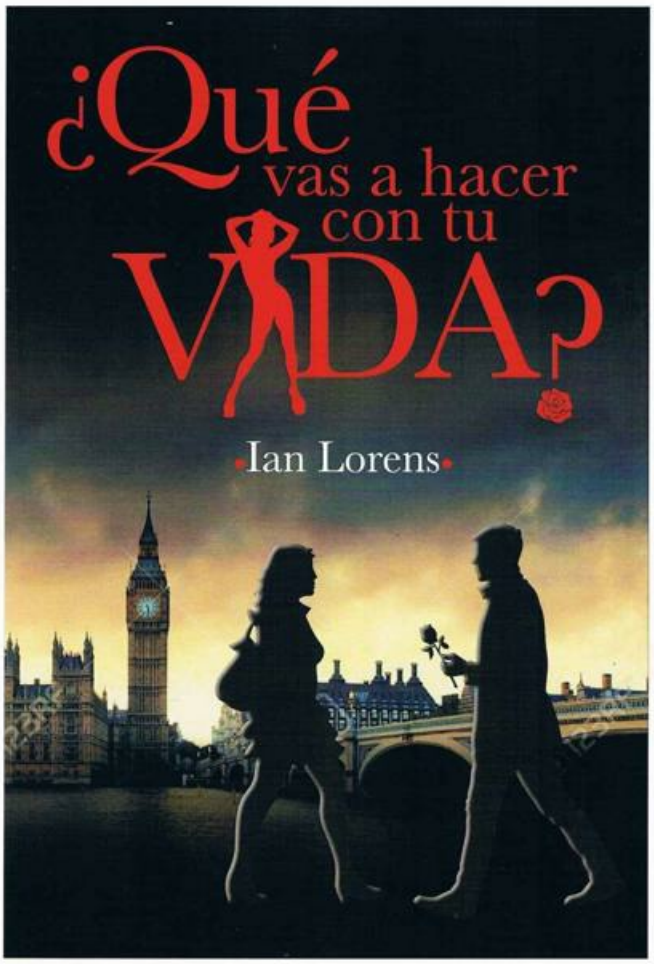
¿Qué vas a hacer con tu VIDA?

Ian Lorens



¿Qué vas a hacer con tu vida

Ian Lorens

ÍNDICE

Prólogo. Página 11
Capítulo 1. Pero ¿qué hago aquí? Página 13
Capítulo 2. Cita a ciegas Página 17
Capítulo 3. Un aparatoso encuentro Página 47
Capítulo 4. Volverla a ver Página 73
Capítulo 5. El cuadro Página 87
Capítulo 6. Encuentros fortuitos Página 103
Capítulo 7. El cumpleaños de Ruth Página 113
Capítulo 8. Confidencias y recuerdos al amparo de una botella de vino Página 141

Capítulo 9. Rossy Página 149

Capítulo 10. Barbacoa en casa de Scott y Elisabeth

P Página 169

Capítulo 11. Idas y venidas al Café 101 Página 217
Capítulo 12. Rutinas Página 231
Capítulo 13. La ciudad de la Luz Página 263
Capítulo 14. ¿Qué te pasa, Randy? Página 287
Capítulo 15. Una cena y un pícnic improvisados Página 295
Capítulo 16. Confesiones Página 317
Capítulo 17. Primera llamada: risas cómplices Página 337
Capítulo 18 Comida en casa de Morty y Natasha Página 343
Capítulo 19. Un giro inesperado Página 365
Capítulo 20. Acortando caminos Página 391
Capítulo 21. ¿Será ella? ¡Sí, es ella! Página 413
Capítulo 22. Un fin de semana para recordar Página 435
Capítulo 23. Urdiendo un plan Página 461
Capítulo 24. Oficializar el compromiso Página 479
Capítulo 25. Un trágico suceso Página 495
Capítulo 26. El funeral Página 511
Capítulo 27. Volver a la rutina Página 521
Capítulo 28. Separados por un par de miles de millas Página 529
Capítulo 29. Ruth y sus travesuras Página 535
Capítulo 30. Destino: Ekaterimburgo Página 545
Capítulo 31. Amor y familia en Degtyarsk Página 561
Capítulo 32. Últimas horas en Ekaterimburgo Página 587
Capítulo 33. Vladimir y Natasha Página 597
Capítulo 34. Volver al nido Página 601
Capítulo 35. Vuelta de Natasha y malas noticias Página 607
Capítulo 36. En cuestión de segundos cambió todo Página 615
Capítulo 37. Oscuridad Página 621
Capítulo 38. Volver a la vida para aferrarme a ella Página 623
Epílogo. Página 635
Agradecimientos. Página 637

Prólogo

Random Williams, el protagonista de esta historia, en su adolescencia y juventud siempre tuvo éxito entre las féminas. Destacaba por su altura entre los muchachos de su edad y, ¿por qué no decirlo? Por su físico. Cabello ondulado de color castaño claro, ojos almendrados y de color miel, de facciones marcadas y angulosas, nariz algo prominente pero bien dibujada, labios gruesos y un cuerpo no muy musculado, pero fibroso, alguien quien en su madurez, a los cuarenta y dos años, no pasa inadvertido allá por donde va.

Un desengaño amoroso le deja tan tocado que no tiene prisa por encontrar pareja. Un soltero que tiene casi todo lo que cualquier persona a su edad puede desear; buena posición económica y laboral. Como se suele decir: «Es un buen partido».

Proviene de una familia de clase media alta en la que tanto a él como a su hermana, Elisabeth, nunca les ha faltado de nada, sus padres les educaron con unos valores en los que priorizaban la unión familiar.

Ian Lorens con su relato, nos sumerge en esta nueva novela donde podrás descubrir a sus personajes y sus vivencias.

Espero que te guste y la disfrutes tanto como yo la he disfrutado corrigiéndola.

Lola Wals
Vva. i la Geltrú, noviembre 2022

¿Qué vas a hacer con tu vida?

Capítulo Nº 1 - Pero ¿que hago aqui?

Esta mañana no hubiera apostado una libra por encontrarme a estas horas en esta especie de encerrona. «¿Para qué habré hecho caso a mi hermana?» No paro de hacerme a mí mismo esa pregunta que me martillea en la cabeza. Ella me retó a que no sería capaz de hacer algo inusual en mi vida. «¡Como si mi trabajo de conservador y marchante del Museo Británico no fuese ya bastante activo!» Dejé mis pensamientos de lado por un momento para mirar a Elisabeth y decirle:

—Déjame jugar con esta señorita, que ha prometido maquillarme si le traía unas chucherías.

—Ruth, cariño, permíteme un rato al tío Randy, que quiero intentar que siente la cabeza de una vez; parece un viejuno yendo de casa al trabajo y del trabajo a casa.

—A ver, Elisabeth, te repito, que la única señora o señorita que va a entrar en mi casa de momento es esta princesa llamada Ruth, y tú cuando vienes y me pones la casa patas arriba, bueno, y también, Zuleima, cada martes y viernes para limpiar un poco mi cueva.

—Random, cielo, que lo que quiero es que te sitúes, y que algún día no muy lejano, le des una primita a tu sobrina, bueno, y una sobrinita a tu hermana.

—Pero ¿por qué no le dais vosotros un hermanito a esta princesa?

—Ja, ja, ja —se rio ella—, por el momento, yo ya he cumplido, además, tu cuñado Scott, viaja más que todos los habitantes de Londres juntos, y la verdad, nos gustaría ser padres de nuevo para que el nuevo hermanito o hermanita no se lleve mucha diferencia de edad con Ruth. —Hizo una pequeña pausa y prosiguió—: Además, al jefe del departamento de Scott le faltan unos meses para jubilarse y lo más seguro —en ese momento Elisabeth cruzó los dedos en señal de que se cumpliera ese deseo—, es que le asciendan y ocupe su puesto.

—¡Ostras, Eli, eso sería genial! ¿No?

—Pues sí, significaría un aumento considerable de su sueldo, pero, sobre todo, y por lo que nos hace muchísima más ilusión a todos, es porque no tendría que viajar tanto de un lado a otro y así podríamos hacer una vida más familiar, a Scott se le hace muy difícil perderse muchas cosas de la familia y más aún, de Ruth, aunque sabe que esa pequeña carencia que tiene la nena está compensada con tu presencia. Así que, hermanito, crucemos los dedos porque así sea.

—Que así sea, Eli. —Hice el gesto a la vez que ella.

—Si las estrellas se alinean y todo marcha como más o menos creemos, nos animaremos a encargarle a la cigüeña un nuevo miembro para esta familia. Pero mientras tanto, la única opción que me queda para convertirme en tía eres tú, hermanito. Insisto: ¿Qué vas a hacer con tu vida? Tienes que pensar en tu futuro… ¡Que se te va a pasar el arroz, guapo!

—Mami, ¿qué es sentar la cabeza? —preguntó la niña— ¿Y lo otro? ¿Eso de que se le va a pasar el arroz?

Solté una carcajada al ver la expresiva cara de Ruth ante aquellas dudas que se le presentaban.

—Pues mira, hija, es algo que, aquí tu tío no hará nunca a este paso. Sentar la cabeza es como intentar de una vez por todas dejar de dar bandazos en la vida y formar una familia. Ah, cariño, y que se le va a pasar el arroz, es que, como no cambie el chip, a tu tío le van a salir las canas antes de que aprenda a cambiar pañales.

—Mamá, tranquila, los pañales se los puedo cambiar yo a los primos, cuando vengan. Por

cierto, ¿qué es eso de dar bandazos?

Miró a su hija y respiró profundamente durante más de cinco segundos, para acto seguido, dejar ir:

—¡Grrr! Cariño, no he dicho nada y ahora déjame que ponga a tu tío en vereda.

—Mamá, ¿qué es poner en vereda? —Por la mirada de su madre, la niña comprendió que era mejor no preguntar más.

—Random, somos tu única familia desde que papá y mamá nos dejaron, o sea, que me tienes que hacer caso aunque sea la hermana pequeña.

Miré a Ruth y le susurré:

—Cielo, intuyo que mamá no nos va a dejar en paz hasta que no le hagamos caso.

—¡Pero, mamá...! ¿Por qué no me dejas al tío Randy un rato? ¡Que estoy *in love* con él! —gritó poniendo las manos en forma de corazón sobre su pecho mirando hacia su madre, ella la miró y giró su cabeza de un lado al otro en señal de estar superada por los dos compinches que tenía delante. Ruth retomó la palabra y propuso una apuesta—: Tío Random, se me ha ocurrido una idea; tengo una ruleta que utilizo cuando no sé a cuál de las muñecas maquillar primero. Mira, mamá, si sale rosa lo maquillo yo primero, si sale azul se va contigo y lo maquillo otro día.

Ahora entenderéis que ese día ganó mi hermana.

En fin, pasaré de ese extraño pacto en el que me he metido por contentar a Elisabeth y luego me iré para mi casa. Cascabel lleva todo el día sola y presiento que habrá maullado sin cesar. Esta última semana ha estado algo pachucha.

«Ya son las ocho de la tarde». Balbuceo al mirar las agujas del Robert Loomes que abraza mi muñeca; el reloj preferido de mi padre que le acompañó durante más de dos décadas y heredé tras su muerte. Tiene un valor sentimental para mí incalculable y solo me separo de él cuando me doy una ducha.

Miraré el lado bueno de todo esto; tomaremos algo y a descansar, la cuestión es que no me ha dado tiempo ni tan siquiera de pasar por casa y cambiarme de ropa, aunque, bueno, tampoco voy del todo desaliñado: pantalón azul de pinzas, camisa blanca por fuera, y una chaqueta tres cuartos azul intenso que hace destacar mi cartera tipo bandolera de piel marrón. La cita estaba concertada en el Café 101 de Dray Walk, lugar típico por sus cócteles y sus brandis, según la propuesta de la página de donde salió mi cita, y dicho por mi hermana. Mis pasos me llevaron a situarme delante de la puerta con un pensamiento: «Pero ¿qué hago aquí?»

La verdad es que últimamente no estoy demasiado por nada que no esté relacionado con mi trabajo y con mi familia. Estos cuatro últimos años, las circunstancias de la vida no me han sonreído como esperaba, de manera que, ¿por qué no salir de mi zona de confort y hacer algo diferente?

Antes de entrar, me coloqué en la solapa una placa redonda, en la que ponía Romeo, la cual me había facilitado mi jefa de partido, o sea, mi hermanita querida, y una margarita recién cortada del jardín por mi especial y querida sobrinita Ruth, cuyo tallo pasé por el ojal de la solapa. Esa idea era como una especie de prueba para ella, ya que me dijo: «Tío Randy, si no le gustan las flores, no jugará conmigo en el jardín». Sonriendo le respondí: «Tranquila, mi niña, lo tendré en cuenta». Ahora debo buscar a alguien que lleve una placa como yo y que ponga Cenicienta.

¿Qué vas a hacer con tu vida?

Capítulo Nº 2 - Cita a ciegas

Abrí la puerta y un camarero se me acercó para preguntarme:

—¿Quiere mesa, señor?

—¿Hay alguna en la que estén esperando a alguien?

—La chica de aquella mesa está sola, señor. En mi opinión está a la espera de compañía, y lleva una placa como la de usted, aunque en la de ella pone Cenicienta y en la suya, Romeo.

—Usted también lleva una placa, señor. Pone Bob…

—Ya, pero aquí la llevamos todos los camareros.

—¿Chica me ha dicho usted? Y, ¿Cenicienta me ha dicho que pone en su placa?

—Sí, señor, no tendrá más de una treintena de edad, o eso parece, aunque no me haga mucho caso, no podría darle más datos sobre ella ahora mismo, usted ya sabe; nosotros en nuestra profesión, normalmente somos de oír, ver y callar. Además, en el tema de la edad no soy ningún lince, según mi esposa, en esos menesteres no tengo el punto de mira bien pillado, a ella siempre que sale ese tema le suelo decir menos años de los que tiene.

Le miré y le sonreí educadamente.

—Es usted un caballero, Bob.

—Si usted lo dice… ¿Se va a quedar el señor?

—Bob, me llamo Random.

—Muy bien, señor Random, ¿qué decide hacer? ¿Ha tomado ya alguna decisión?

Me quedé algo pensativo e internamente debatí qué hacer. «¡Buaggg! ¿Qué hago?» Le pedí a mi hermana que en el programa ese estúpido de citas de Cupido, sobre todo, pusiera que mi cita superara los cuarenta años, aunque si en su placa pone Cenicienta, entonces es ella, pero, la verdad, no tengo ganas de intentar ligar con ninguna mujer que busque en mí un *machoman* joven, lo que en realidad quiero, ahora mismo, es tan solo disfrutar de una buena cena y una copa de vino blanco con fondos afrutados mirando a la luna.

Me iba a girar para irme cuando ella volvió su cabeza hacia donde yo me encontraba, aunque de nuevo miró hacia su copa como si la cosa no fuera con ella, por lo poco que pude ver, me pareció reconocer una tez blanca, piel joven y ojos azules tirando a agrisados. Juraría que tenía rasgos rusos y jóvenes como me había chivado Bob, mi improvisado compinche. Me dejó algo intrigado por saber a quién esperaba, aunque ella estuviera de espaldas visualicé que estaba tomando algún combinado que agarraba con la mano derecha y con la izquierda repicaba con los dedos en la mesa, más bien con las uñas; parecía que estaba algo intranquila por sus gestos.

—¿Desea sentarse el señor Romeo, o ha decidido marcharse finalmente?

—No sé qué hacer, imagino que me espera a mí, por el nombre de su placa, pero ¿y si no soy yo su cita y la molesto? ¿Qué opina usted?

—El cliente siempre tiene la razón, señor. ¿Quiere que le guarde la chaqueta? Ya que le veo dudoso.

—No, no, tranquilo, a lo mejor me voy, seguramente, no me espera a mí, aunque se llama como mi cita. Imagino que esperará a alguien de su edad, o más joven quizá —de nuevo ella se giró y me sonrió graciosamente, o eso creí—. ¿Usted qué opina, Bob?

—Yo, de usted, ya que está aquí aprovecharía y me tomaría algo, el *barman* se llama Peter y hace unos combinados dignos de probar, con apenas unas gotas de alcohol y un punto de arándanos. Él llama a su especialidad, *big ben*, antiguamente, simplemente le llamaba «cóctel de agua misteriosa», pero ahora ha preferido cambiarle el nombre, en honor a nuestro icónico reloj.

En fin, usted dirá, señor Romeo.

—Hagamos un trato, Bob.

—Dígame.

—Me voy a acercar a ella y si ve que me siento, me trae usted directamente el combinado ese tan famoso, y entonces se lleva mi chaqueta si quiere. ¿Qué le parece?

—¿Me hará usted una señal o algo?

—Si ve que le sonrío y le llamo por su nombre, me lo trae directamente, por favor.

—Muy bien, señor.

—Pero le agradecería que esta conversación solo quedara entre usted y yo.

. —Seré una tumba.

—Gracias, Bob.

—A usted.

Caminé lentamente con la incertidumbre de si ella me esperaba a mí. Iba con cuidado entre las mesas con una mano sujetando la bandolera, con el fin de no tirar nada. Metí la otra entre mi pelo a modo de repeinar mi *look*. Me encontraba ya, a escasos metros de ella y vi salir del baño a un chico creo que de su edad más o menos, que le sonreía, también llevaba una placa como las nuestras, aunque desde mi posición no veía lo que ponía en la suya, me detuve hasta valorar la situación. Él se acercó a su mesa y ella le preguntó algo que no llegué a oír, enseguida vi que él seguía su camino, se dirigió hacia mí y al sobrepasarme vi que, francamente, era bien parecido y que en su placa ponía Julius. Al pasar por mi lado me saludó y continuó su camino. Proseguí con cautela hasta que llegué junto a ella.

—Disculpa, ¿eres Cenicienta?

—Sí, y tú eres Romeo.

—¿Cómo lo sabes?

—Lo pone en tu placa.

—¡Vaya, me has pillado! —apostillé por mi completo despiste. Nos reímos los dos sin poder evitarlo.

—¿Tú también vienes del programa ese dichoso de Cupido?

—Sí, Romeo, sí.

—Pues nada, Cenicienta, aclarado esto, ¿qué hacemos ahora?

—Puedes tomar asiento si te apetece.

Extrañamente me quedé de pie mirándola algo ensimismado.

—Perdona mi torpeza estoy algo nervioso.

—Tranquilo, yo también, aunque te vi en la entrada y pensé que eras para otra cita, o que tal vez te ibas.

—La verdad es que estaba en la duda de quedarme o no, la casualidad me trajo hasta aquí y no sabía si tal vez hubiera sido la mejor idea. —El silencio se hizo un instante y lo rompí para añadir—: Bueno, en realidad vi acercarse a alguien que aparentaba menos edad y creí que estaba contigo, o que era tu cita.

—¿Te refieres al chico ese guapo que salió del baño, monísimo, con unos pectorales marcados por su ajustada camiseta que quitaban el sentido y que se llamaba Julius?

—Sí, ese más o menos.

—Pues nada, no hubo suerte, tan solo quería ligar conmigo, pero lo vi demasiado joven para mí. Qué cosas, ¿no? —De nuevo se hizo un pequeño silencio—. ¿No te sientas?

—Sí, gracias, encantado. Soy…

—Ya lo sé, eres Romeo, bobo —nos reímos los dos.

—¡Ostras, qué pillada! Entiendo que mi placa no deja lugar a dudas.

—Ninguna, ja, ja, ja. Pero tranquilo, los nervios a veces juegan malas pasadas.

Me la volví a quedar mirando y le sonreí.

—Gracias—. Levanté la mano para avisar a Bob de que me quedaba y que podía traerme lo que habíamos tramado, la miré y le pregunté:

—¿Quieres tomar alguna cosa, Cenicienta?

—No, gracias, ya estoy tomando algo —señaló con el dedo su copa.

—Disculpa de nuevo. ¡Qué día llevo, por Dios! ¡Puff…, los nervios! Ya veo que estás tomando un combinado.

—Sí, le llaman *big ben*, y está muy rico.

Se acercó el camarero y susurró:

—Señor, su *big ben.* ¿Me da su chaqueta?

—Ah, sí, gracias, Bob.

—De nada.

—¿Brindamos? —le propuse—. Si te parece bien.

—¡Claro que sí! ¿Por qué brindamos?

—Pues yo brindaría por ti, hermosa mujer donde las haya. Ahora mismo, después de Bob, eres la persona con la que he cruzado más palabras aquí dentro, y por la racha que llevo, mejor no hablar con nadie más, es más, añadiría que, para esta cita no podría haber venido nadie más guapa que tú, incluso juraría, que estás acostumbrada a escuchar eso.

—La verdad, Romeo, lo que se escucha en ocasiones por ahí no deberíamos darle importancia, son tan fáciles los cumplidos gratuitos…

—Perdón, no quise incomodarte, Cenicienta, pero tú me diste a entender que tal vez yo esperase a alguien más guapa que tú y tan solo quería que supieras que eso era imposible, solo eso.

Nos miramos y sonreímos cariñosamente. Ella tomó la palabra:

—Pues mira, yo brindo por nosotros y por esta extraña, curiosa y amigable cita. —Levantamos nuestros cócteles, brindamos y sonriendo, saboreamos ese primer trago—. Qué curioso, Romeo…

—¿El qué, Cenicienta?

—Bob sabía lo que querías tomar.

—Ah, es que ha sido muy sutil sugiriéndome la bebida y animándome a que me quedara.

—¿No querías quedarte?

—Bueno..., verás, me sentía extraño y con curiosidad, esta mañana estaba a punto de tomar un avión hacia Rusia y ahora estoy aquí, sentado frente a ti, además, no suelo quedar con desconocidas. —Nos reímos sin más. Aquella broma nos había sacado una sonrisa cómplice. Comenzaba a sentirme cómodo—: La verdad es que no suelo quedar con nadie para intentar gustarle o agradarle, la persona que esté a mi lado como amigo o como pareja tiene que ser libre de tomar esa elección, de ahí, mi extrañeza para esta cita.

—¿Qué te extraña?

—Puff…, no sé, no nos conocemos de nada y tal vez tengas cosas mejores que hacer que estar conmigo, además eres bella…

—Tranquilo, que si no estoy bien te lo diré, y gracias por el cumplido, Romeo, pero somos adultos para estas cosas, y para decidir dónde estamos y con quién. ¿No crees?

—Gracias, Cenicienta, me dejas más tranquilo.

—Además, esto siempre es cosa de dos, tú también eres libre de quedarte o de marchar,

mis nervios tal vez no los veas, pero están por dentro, te lo aseguro. —Dio un sorbo a su copa, y yo aproveché para hacer lo mismo, sutilmente cambió de tema—. Dices que ibas a tomar un avión hacia Rusia. ¿Por qué motivo?

—Por trabajo, pero por algunos temas burocráticos, ese viaje se ha aplazado para más adelante. —Mi curiosidad no dio opción a que la conversación derivara en asuntos laborales—. ¿Puedo preguntarte algo?

—Dispara —me contestó un poco intrigada.

—Cuando estás nerviosa, ¿repicas con los dedos en la mesa?

—¡Sí! Lo has notado, ¿verdad?

—Bueno, me lo ha parecido ver —respondí, sonriéndole.

Entonces ella tomó la palabra y la iniciativa.

—Mira, si no te importa, hagamos algo que tal vez no hayamos propuesto por educación o por vergüenza.

—¿A qué te refieres? Que estoy hecho un flan y no quiero que te sientas incómoda, lo último que deseo es que pidas marcharte, pero si es tu deseo, quizá podamos quedar otro día y en otra cita proseguir.

—Tranquilo, ya estamos aquí, esa era la parte más difícil, pero ahora creo que deberíamos romper el hielo. ¿Te importa levantarte, Romeo?

—No, para nada.

Nos pusimos de pie frente a frente. Cenicienta era alta como yo, casi hasta algo más, quizá sus tacones me engañaban, pero su estatura era bastante a mi gusto, y sus ojos eran… Ahora diría que, de ser un personaje de una novela, esta podría titularse en su honor: *Lo que sus ojos escondían.*

Ella me miró y dijo:

—Hola, soy Cenicienta.

—Hola, soy Romeo —respondí algo titubeante.

Nos acercamos y nos dimos dos besos, uno en cada mejilla.

—¿Ves? Hechas las presentaciones, ya podemos retomar la cita —me sonrió y no pudo evitar girar la cabeza un poco en señal de timidez y satisfacción. Me acerqué para aproximarle la silla, me volví a la mía y de nuevo, me senté frente a ella—. Gracias.

—¡Qué menos! Tú acabas de hacer algo ahora mismo, que yo me veía incapaz de acometer. Dudaba entre decírtelo durante la cita o al terminar. Sinceramente, ahora mismo desearía que este momento durara hasta el amanecer.

Ella me miró sonriendo.

—Estoy de acuerdo en que la cita dure el tiempo que sea necesario, pero te noto muy educado y tal vez, con cierta vergüenza.

—Bueno, sí, verás, yo, esto…

—Tranquilo. Tenemos toda la noche y tal vez toda la vida... —Ella notó que aún me quedaba más extrañado—. No te inquietes, Romeo. Digo toda la vida por si nuestra amistad perdura. Aunque tú me veas tranquila, lo único que pretendo es cruzar esa barrera invisible que a veces no vemos, pero está ahí. ¿Sabes? Yo estuve por irme, de veras, pero alguien que me quiere mucho, me aconsejó que me quedase. Es más, me pregunté a mí misma: «¿Qué problema hay?» Si hubieras tardado solo un poco, tal vez no me hubieras conocido —sonrió tímidamente. Yo me quedé algo más tranquilo y respiré profundamente—. ¿Puedo preguntarte algo?

—Claro que sí. Dime.

—¿A qué se debe el nombre de Romeo?

—Ah, no hay problema en contártelo, aunque tal vez sea largo de explicar.

—¿Tenemos prisa? Aún falta mucho hasta el amanecer —me insinuó.

—Bueno, la verdad es que no, por lo menos yo, mientras esté en casa antes de medianoche.

—¡Entonces, tú deberías llamarte, Ceniciento!

—¡Ja, ja, ja! —me reí ya un poco más relajado—. ¡Pues igual tienes razón! —Me quedé un instante pensativo y me dispuse a responderle—: Es que tengo una gata *ragdoll*[1] color visón llamada Cascabel, que a esas horas ya me echa de menos, pero bueno, por un día que cene algo más tarde, no creo que le pase nada, tal vez debería hacérselo más a menudo, algún kilo le sobra, si le pillase una dietista felina la pondría a dieta seguro —los dos nos reímos mirándonos a los ojos cariñosamente—. ¿Te gustan los animales?

—Pues sí —respondió ella—. Coincidimos en lo del gusto gatuno; tengo un siamés llamado Franky, que un buen día apareció en mi terraza y desde entonces ya no se marchó más, era pequeño y parecía algo desvalido, esa noche durmió en mi regazo y de ahí, hasta hoy.

Me la quedé mirando y musité:

—Ya sé cómo conseguir pasar más tiempo juntos…

Ella que entendió la indirecta me contestó:

—Tú —me miró fijamente—, no tienes pinta de gatito, guapo. Además, no cabrías en la cama de Franky —nos reímos nuevamente al unísono.

Entonces tomé yo la palabra:

—Más tarde si te apetece, podríamos ir a otro lugar y continuar con esta cita. ¿Qué te parece a Covent Garden, o a algún parque?

—Ya veremos, Romeo, no me gusta hacer muchos planes, ya que en ocasiones, esas cosas se tuercen por cuestiones ajenas y la sensación es peor, sobre el tema del lugar para conversar, sinceramente, no me importa, siempre que sea en buena compañía como la tuya, pero dejemos que la noche y estos cócteles nos acompañen ahora mismo y lo vamos viendo.

—Ostras, Cenicienta, ¡qué bien hablas!

—No seas bobo, tan solo son comentarios entre dos personas.

—Lo sé, pero es agradable escuchar hablar a alguien que se siente cómoda y dejarse llevar, creo que vendré más a menudo por aquí, por lo que veo, los camareros son gente agradable y la compañía… ¡Ya, ni te digo! —La miré y le sonreí—. No sabía de este lugar, pero volveré sin dudarlo, además, me encanta escuchar hablar a las personas y, en tu caso, considero que te escucharía toda la noche y, sinceramente, ni te cortaría las conversaciones, transmites paz y sosiego.

—Pues disfrutemos el momento, señor —y añadió—: Realmente, opino que las personas deberíamos poder contarnos más a menudo las cosas que nos gustan o que nos preocupan los unos a los otros, sin ningún interés por ambas partes, con lo cual, si no te importa y no te parece mal, me encantaría escuchar la historia por la cual estamos sentados frente a frente. —Una sonrisa iluminó mi cara completamente—. Además, esto lo he heredado de mi abuela, ella sí que es alguien de quien te enamoras al escucharla. Es capaz de estar toda la noche contándote historias de aquellas que te hacen sentir bien con la vida. Cada vez que voy a verla, ella prefiere que salgamos y yo le digo: «Abuela, si nos quedamos en casa juntas, ya soy feliz escuchando tus vivencias, me transmiten tu sabiduría».

—¡Ostras! —comenté—. ¿Podría conocerla algún día?

Ella me miró y sonrió antes de contestarme:

—No creo. Vive muy lejos… ¡Demasiado! No suele viajar, salvo en casos muy extremos

si se dieran, con lo cual, solo la veo cuando voy a mi país, el mismo al que tú me acabas de decir que ibas a tomar un avión esta mañana.

—Rusia.

—Exacto.

Miles de preguntas se agolpaban en mi cabeza; quería saber más cosas de ella e imaginaba que ella también querría saber más de mí. Preveía que nuestra cita se iba a prolongar a lo largo de la noche o quizá la continuáramos al día siguiente. Mi curiosidad se centró en saber de su abuela.

—¿La echas de menos? —le pregunté.

—Mucho, pero en cuanto mi trabajo me lo permite voy a visitarla. Ella, junto con mi hermano son casi mi única familia —me respondió con una medio sonrisa.

Levanté mi combinado y exclamé:

—¡Brindemos por la familia! —Me miró y sonriendo me secundó levantando su copa, ambos bebimos un sorbo y volví a tomar de nuevo la palabra—: Pues verás, volviendo al tema de por qué estamos hoy aquí sentados te explico: Existe una criatura pequeñita de ojos color verde agua que es para comérsela. Ella me propuso este nombre; el príncipe de sus Nancys se llama así, y cuando supo de mi cita, me pidió varias cosas.

Cenicienta educadamente me cortó la conversación para decirme:

—Ah, tienes una hija y qué bonita esa relación de complicidad que tenéis.

—No, no. No es mi hija, pero como si lo fuera; es mi sobrina, Ruth, la dueña ahora mismo de mi corazón, la que desordena mi casa a su antojo y hace que no sea capaz de evitar sonreír al verla feliz, de hecho, una habitación de mi casa tiene un cartel que pone: *La habitación de la señorita Ruth.* Está decorada a su gusto y criterio con referencias de cuentos de Disney, y sin embargo duerme conmigo, menos mal que la cama es de dos por dos metros. Siempre le digo: «Señorita, usted tiene su cama en su habitación para que pueda descansar mejor», y me contesta: «Tío, de esta manera solo tendrás que hacer una cama y no dos», mi respuesta siempre es la misma: «Jovencita, tu cama ya deberías hacerla tú, mientras yo te preparo el desayuno». Me mira, me sonríe cariñosamente y me desarma, además, ahora que le faltan las dos paletas delanteras, no puedo evitar entregarme a sus niñerías y cedo.

—¿Vive contigo?

—No, pero no sería ningún problema, aunque algún fin de semana me rapta en su casa y hacemos sesión de películas y palomitas, eso sin contar cuando le da por probar su arte maquillador y entonces es mejor desconectar el teléfono por si al contestar me quito sin querer parte del maquillaje. Ella dice que hay momentos para todo —los dos nos miramos y nos reímos sin poder evitarlo—. De hecho, esta margarita que llevo en el ojal es cosa suya y me ha obligado a ponérmela. ¿Te gustan las flores, Cenicienta?

—Sí, me encantan, Romeo.

—Mira qué bien, porque ella desde su preocupación me advirtió: «Tío, si le gustan las flores, entonces a mí me gustará».

—¿Te importa si te explico algo sobre las margaritas?

—Para nada. Soy todo oídos.

—Pues mira, las margaritas blancas como la tuya, entre otros significados representan la inocencia. En la Inglaterra victoriana los niños las usaban para elaborar las coronas florales de mayo. En distintas poblaciones españolas se usan en dicho mes para las conocidas Cruces de Mayo.

—¿Cómo sabes todo eso?

—Bueno, Romeo, en mis ratos libres, entre otras cosas, me gusta leer.

—Mmm… —dejé ir— Además de ser guapa… ¡Lees!

Ella se rio y dijo:

—¡¿Perdooonaaa?! ¡Pero serás…! —Los dos nos reímos sin más—. ¿Qué tiene que ver una cosa con la otra?

—Tienes razón, nada. Perdón, ha sido un comentario desafortunado. Era broma, Cenicienta. —Para pasar rápido por alto ese pequeño incidente volví a utilizar la ironía—: Entonces, tal vez mi sobrina eligió bien. ¿No?

—Sí —respondió ella—. ¿Y tú qué opinas?

—¿Yo? ¿De qué? —Cenicienta sin mediar palabra me hizo un gesto moviendo su cabeza y dirigiendo su mirada a la margarita— ¡Ah, ja, ja, ja! Pues…, que si te gustan las flores tienes el beneplácito de ella. —La miré sonriendo, con esa respuesta esquivaba la pregunta de mi cita sutilmente.

—¿Sabes? Volviendo a tu sobrina, suena bonita vuestra relación, Romeo. Considero que cuando se crea un vínculo con un niño o con una persona mayor es algo tan bonito y especial, que se debería fomentar más este tipo de sentimientos. En ocasiones nos dejamos arrastrar tanto por la vorágine del día a día, que aparcamos muchas veces ese tipo de vivencias —yo me sentía fascinado con la tertulia que teníamos tan sana y natural de manera que, cuando ella me hablaba yo apenas intermediaba palabra con el fin de poder escuchar a aquella mujer que hasta hacía escasos minutos no existía para mí. Cenicienta proseguía con su relato—: De hecho, en mi caso es al contrario; mi abuela es como si fuera mi madre y doy gracias por tenerla. Por cierto, señor, si los ojos de tu sobrina son tan bonitos como los tuyos, ahora entiendo que te tenga ganada su mirada; como a mí ahora…

Se hizo el silencio ante la vergüenza que en ese momento sentí.

—Gracias, Cenicienta, aunque los tuyos puestos a elogiar son más bonitos que los míos; jamás había visto unos ojos azules con esos matices grisáceos tan cristalinos y curiosos.

Ella me miró y no pudo evitar levantar la copa y ofrecerme un brindis.

—¡Por nosotros, Romeo! ¿Sabías que hay algunas personas que tienen un ojo de distinto color?

—Lo sé, David Bowie es una de ellas. ¿Eso es bueno, o malo?

—Creo que no es malo —me respondió—. Se llama heterocromía del iris, de hecho, en mi familia existen algunos casos de esa extraña curiosidad que por lo visto es congénita, aunque también se puede dar por otras circunstancias. Y lo del cantante es otra patología distinta según leí en un periódico hace algún tiempo.

—O sea, que, si tú y yo tuviésemos un… —le decía con las manos señalando hacia ella y de vuelta hacia mí.

—Sí, no sigas, eso exactamente, señor.

Nos miramos y sonreímos educadamente.

—¿Te gustan los niños? —Me atreví a preguntar.

—Sí, sobre todo las niñas, pero bueno, a ver…, si alguna vez decidiera dar el paso de tener hijos y si la primera fuera niña, me gustaría repetir para buscar un pequeño y convertirlo en hombrecito —nos miramos los dos y no pudimos evitar reírnos a carcajadas, aunque evitando molestar a las mesas de al lado. Eran risas cómplices entre nosotros. De tanto en tanto, Bob me miraba y me subía el dedo pulgar como preguntándome si todo estaba correcto, a lo que yo le respondía afirmativamente guiñándole un ojo—. ¿Y tú qué opinas, Romeo?

—Bueno, verás, creo que querría tres, niño, niña y de nuevo, niña.

—¡Alaaa, mecachis! —exclamó ella.

—¿Qué ocurre?

—Pues me refería, a que no cuadramos. Yo quiero dos hijos, y tú, tres, ja, ja, ja.

Nos reímos nuevamente y mirándola fijamente a los ojos aclaré:

—Realmente, Cenicienta, tal vez con dos debería conformarme, dos niños nuestros, más mi princesa Ruth, ya está, ya cuadra la cuenta —nos reímos a carcajadas—. Bueno, va, bromas aparte. No estoy cerrado a nada, el futuro lo dirá, pero ahora mismo, esa pequeña llamada Ruth ocupa todas mis necesidades en ese aspecto. Quiero verla crecer y desarrollarse como persona, que sea feliz e independiente; verla en un futuro acompañada de su padre ir al altar para crear su propia familia con alguien que sepa quererla y llenarla de amor como ella se merece; cosa que para mí sería una gran satisfacción, la verdad.

Cenicienta me escuchaba embelesada y yo me sentía cómodo en nuestro diálogo.

—Tienes una unión especial con ella, ¿a qué se debe, si se puede saber?

—Bueno, verás, cuando mi hermana que es menor que yo, o sea, su madre creció, apareció Ruth, y todo el cariño que tenía por ella lo focalicé en la pequeña. Somos algo más que tío y sobrina. Recuerdo una ocasión en la que tuvieron que operarla de un ojo; tenía estrabismo y el oftalmólogo les recomendó a mi hermana y a mi cuñado la operación, para esa época, ella había adoptado la manía de chuparse el dedo gordo de la mano a modo de chupete, algo que no iba con mi manera de pensar, pero que aceptaba por obligación. —Cenicienta al escuchar esto se señaló a sí misma haciéndome entender que ella también había tenido aquella costumbre, ambos sonreímos y proseguí con mi relato—: El mismo día de la intervención, después de pasar con ella las siguientes horas desde las ocho de la mañana hasta el anochecer conseguí convencer a mi hermana y cuñado de que esa noche me quedaba yo, ya que ellos la noche anterior habían dormido en el hospital para estar junto a ella las horas previas a la intervención. Ya por la noche tranquilamente y a solas, Ruth me pidió que le leyera cuentos y que detuviera el tiempo; siempre que iba a cenar a casa de mi hermana ese ritual era obligatorio, me senté junto a su cama, en el sillón que había de respaldo reclinable y le di la mano, para que supiera que estaba allí, mientras le leía, con una mano sujetaba los cuentos y con la otra le acariciaba las suyas. Llevaba los dos ojos tapados para que la vista se adaptara a lo que iba a llegar, en un receso del cuento, su voz dejó ir una frase que se me quedó grabada para toda la vida: «Tío Randy, ¿puedo solo hoy chuparme el dedo para dormir? Solo hoy por favor…», le apreté la mano y sonreí. «Claro que sí, mi niña», su sonrisa iluminó su carita de ángel, y le murmuré: «Pero procura dormirte que yo velaré tu noche y tus sueños. ¡Nos veremos en ellos, princesa!» Se giró un poco hacia mí y relajó su cuerpecito; proseguí con la lectura de los cuentos que esa noche iban a permitir soñar a mi princesita con cosas bonitas. Aquella noche, aún me sentí más orgulloso de tener como familia a la cual pertenecía —lancé un breve suspiro, pues me produjo melancolía recordar a mi sobrinita en aquella situación—. Y esa es la historia de nuestra especial vinculación.

—Es bonita. Tenéis algo mágico tío y sobrina, cuando hablas de ella se te ilumina la cara.

—Gracias. Ahora pregunto yo, si me lo permites, Cenicienta. No me gustaría monopolizar toda la velada con mis vivencias.

—Tranquilo, a mí también me gusta oírte expresarte, pero tienes razón; te toca preguntar a ti. Dispara, Romeo.

Moví mi cabeza de arriba abajo asintiendo mientras daba un sorbo de mi copa.

—Tu nombre, ¿a qué se debe?

—Bueno, verás, el pesado de mi amigo, Morty, me dijo que no quería verme sola, que parecía una Cenicienta, ya que casi siempre entraba en casa antes de las doce de la noche, me

enfadé con él en broma y le prometí para que me dejara en paz, que tendría una cita para que viera que sabía que me lo pedía con cariño.

—¿Es tu expareja?

—No, no, yo solo soy su musa, le gusta pintar cuadros y ahí es donde figuro yo, cuando necesita dejar volar su mente levanta el teléfono y allí me tiene como una boba o quizá como una buena amiga. Se llama Mortimer, pero cuando le quiero pedir algo le abrevio su nombre y le pongo ojitos para que se compadezca de mí.

—Pues tiene suerte el tal Mortimer…

—¿Por qué lo dices?

—Bueno, lo digo desde el respeto, ¿eh? Porque poder verte mucho tiempo seguido sin que te muevas y poder admirar tu belleza, no tiene precio.

—Oh, qué galante y educado, gracias, pero yo diría que quien tiene suerte soy yo, de tenerlo a mi lado —hizo una breve pausa como cuando se dice que ha pasado un ángel, pero ella enseguida volvió a romper el hielo—: Además, hay algo que compartimos ya que sus gustos son los mismos que los míos, tiempo atrás nos apostábamos a ver quién bailaba antes con cual o con tal chico. Era divertido jugar a ese juego tan irónico y extrovertido a la vez, realmente, casi siempre solía ganar él, que conste; es alguien guapo y de un corazón enorme, te encantaría si lo conocieras, Romeo.

—Parece buena gente tu amigo.

—Lo es, de veras, y claro, al final le hice caso, aunque no me apetecía mucho esta cita, la verdad, pero, ahora, sinceramente, me alegro de haber tomado esta decisión y de estar aquí, en buena compañía y con este cóctel.

—Disculpa, Cenicienta. Hablando de cóctel, ¿te apetece tomar otro ya que este está llegando a su fin?

—Pues, mira, sí que me apetece, la verdad es que, este casi ha desaparecido ya por arte de magia, o porque estaba muy bueno o estamos hablando tanto, que se nos seca la boca y necesitamos humedecerla.

—Este Bob sabe elegir bien la bebida para ofrecer —comenté.

Levanté la mano, le hice señas a Bob para que repitiera las copas, lo hice con la mano marcando dos dedos y después señalé hacia la mesa, él nos miró y nos guiñó un ojo. Proseguimos con la charla tranquilamente a la espera de que el camarero apareciera. Retomó la palabra ella:

—La verdad, Romeo, al margen de lo que ocurra hoy o quién sabe cuándo, es que estoy harta de conocer hombres que tan solo intentan no dormir solos, o que cuando se despiertan, lo único que necesitan es verse satisfechos por la conquista de la noche anterior sin reparar en la persona con la que han compartido almohada.

—Ya, ¿y tú que buscas, Cenicienta?

—No sé, quizá a que aparezca mi «príncipe azul» y me bese para despertarme de este sueño; que simplemente con una mirada entienda que soy importante para él, que un día normal se acerque a mí por detrás y me abrace sin más, que con ese abrazo quizá me dé cuenta de que me envuelve de tan bonita manera, que une todas mis costillas y mis lágrimas con ese gesto.

La miré y sonreí.

—Suena bien, me lo apunto si no te importa, por si algún día consigo cambiar de color y te puedo sorprender, como príncipe, o quizá, como alguien que te quiera como te mereces.

Sonreímos los dos educadamente, pero enseguida ella matizó:

—No sé si de color azul serías tan guapo, ¿eh?

—Gracias por el cumplido.

—No se merecen, Romeo. Lo evidente salta a la vista, ¿no crees? Además, a ver si es que nadie nos merece y por eso estamos los dos en esta cita, o es que somos una especie rara, ja, ja, ja.

—¿Sabes, Cenicienta? Posiblemente, tú y yo seamos de otra época al igual que nuestros nombres, o nos han abierto una ventana en el tiempo para conocernos y para sorprendernos.

Ella me miró curiosa y me sonrió.

—La verdad, es que no necesito que me sorprendan para ser feliz o para querer más a alguien, tan solo pido que esa persona me mire a los ojos y vea cómo soy por dentro y que, sobre todo, no necesite verme desnuda para sumarse un trofeo. Somos lo que somos, en mi opinión, lo que llevamos dentro es lo que nos hace mejores personas. Verás, seguramente, jamás encuentre mi media naranja ya que soy algo complicada en mi vida y de entender; me gusta sentir que cuando un hombre me sonríe, lo hace por lo que ve en mis ojos, y no porque piense en que voy a caer en sus brazos rendida sin tan siquiera saber más de mí, algo difícil de encontrar, además, el día que encuentre a ese hombre tengo un detector especial que nunca se equivoca.

—¿A qué te refieres, Cenicienta?

—Si Mortimer te mira, ¡lo sabrá!

—¿Y qué ves tú?

—No sé, Romeo, me desconciertas, la verdad.

Bob rompió ese entretenido momento de charla.

—Si me disculpan, aquí tienen sus combinados de repetición.

—Muy buenos, Bob —maticé, y ella con la mirada asintió.

—Me alegro de que les gusten, ya les dije que Peter tenía buena mano para estos menesteres. Les dejo las copas nuevas y un platito con *snacks*. —Se llevó las copas vacías y desapareció hacia otras mesas.

Poco a poco, nuestra conversación fue cada vez a más y sin darnos cuenta estábamos pronunciando frases sin demasiada lógica, pero continuas, en una de ellas surgió la comparativa entre las mujeres, los hombres y sus edades.

—Vosotros los hombres siempre soléis conservaros muy bien sin casi connotaciones del tiempo, sin embargo, a nosotras las canas enseguida nos delatan.

Me pareció oportuno interrumpirla para dedicarle un cumplido.

—Menos en ti, todavía.

A ella, una sonrisa le hizo darse un respiro, me miró para contestarme cortésmente:

—Gracias, señor —dio un sorbo a su copa—. Romeo, aún no me has preguntado la edad.

—¿Debería preguntártela? Creo que es algo que si surge no me importa, pero llegar y decir: «Hola, dime tu edad y después tu nombre», no queda bien —nos reímos a carcajadas.

—Tienes razón, pero quiero que sepas que tengo ya, algo más de treinta y cinco años.

—¡Lástima, Cenicienta!

—¿Por qué?

—Pues, mira, había pensado en dejar ese detalle para la cena, algo obligado y pactado, pero ahora que lo sacas, te quiero contar algo que tenía en mente, aunque ahora ya no importa habiéndote conocido, había insistido mucho en que, sobre todo, la mujer que viniera superara los cuarenta años. Mi hermana me lio y dudaba de que esto saliera bien, aunque reconozco que, tengas la edad que tengas, eres de alma tierna y eso, no se puede fingir. Presiento que tu niñez no debió ser fácil y yo diría que, incluso ahora, en tus sueños, tu familia está en todos y cada uno de ellos.

Un ángel pasó por sus ojos y el silencio se adueñó de nuestras miradas. La magia había surgido entre nosotros, pero algo ocurrió que iba a cambiar el transcurso de la noche y tal vez de nuestras vidas. El sonido de llamada de su móvil interrumpió ese mágico momento.

—Discúlpame, Romeo, he de cogerlo obligatoriamente, es alguien que no está pasando su mejor momento.

Agarró su Nokia de color rosa con toques dorados y contestó: «Dígame» La cara y la voz de ella comenzaron a cambiar por momentos. «Tranquila, Svetlana, sobre todo tranquila. Quédate ahí con la policía que llegaré enseguida, y espero que ese mal nacido de Dmitry, tu marido, no lo repita. Espero que no se vuelva a acercar a ti, ni a tus hijos nunca más». Se calló por unos segundos para escuchar a su interlocutora. «Ya te advertí, pero no me hiciste caso, cariño». Masculló entre dientes, inevitablemente escupió varias frases en ruso que no quiso aclarar: «*Proklyatyy Dmitry!*[2] *Kak daleko zaydet yego zloba?*[3]» Podía escuchar levemente cómo la otra mujer le contestaba palabras que yo no podía descifrar, pero por la cara y gestos de Cenicienta parecía entender qué sucedía. «Eso espero, Svetlana, por lo menos procuraremos que no pase de nuevo esta noche y ojalá que nunca más, ahora mismo pido un taxi y voy hacia allí, primero vamos al hospital Saint Thomas y después, esta noche tú y los pequeños dormís en mi casa. Mañana o pasado, ya más tranquilamente procuraremos haceros un sitio en el Refugio de la Mujer Maltratada». Del otro lado del teléfono se oía de nuevo cómo ella le decía algo y cómo Cenicienta le respondía: «Vale, si los niños se quedan con tu hermana esta noche, pues mejor». Colgó el teléfono y levantó la mano para hacer una señal a Bob, este llegó hasta nosotros en un momento.

—Dígame, señorita.

Bob, me puedes pedir un taxi, ¿por favor?

—Lo tiene usted aquí en cinco minutos.

—Lo siento, Romeo, me tengo que ir, lo siento de veras, ha surgido un imprevisto, es algo que me obliga inevitablemente a irme. Ah, y aunque tal vez no tenga la edad que tú andas buscando, me ha encantado conocerte, tal vez cuando llegue a esa edad te busque…

—Puedo acompañarte, Cenicienta, tengo mi coche cerca.

—No, mejor no, pero gracias, además va a ser complicado lo que me espera esta noche. Gracias de nuevo, me viene a recoger el taxi, ya mismo.

—¿Podré volver a verte?

—Tal vez, nunca se sabe lo que nos deparará la vida, aunque preferiría dejar en manos del destino lo de esta noche si no te importa, me gusta ver que las cosas pasan por algo y no forzarlas, aunque insisto, ¿eh? Me he sentido muy bien en la cita, me alegro de haber tomado la decisión de hacerle caso a Morty.

—Yo también, Cenicienta, por lo menos, ¿me dejarás invitarte?

—Mira, Romeo, soy de la opinión que, aunque sea más galante que pague el hombre, en este caso la lógica es pagar a medias, pero si quieres ya que te has ofrecido a pagar tú, la próxima invito yo, así que estoy en deuda contigo, ¿qué te parece?

—Estoy de acuerdo, señorita —le susurré con ojos alegres—, eso quiere decir que habrá otra cita y te volveré a ver.

—No lo sé, aunque espero que sí, te lo debo. Imagino que el destino decidirá.

Bob levantó la mano para hacerle una señal, avisé a Cenicienta ya que ella se encontraba de espaldas, se giró y escuchó:

—Su taxi está en la puerta —le indicó desde la barra el camarero.

Aproveché para hacerle una señal de que la cuenta la pagaba yo, Bob asintió.

—Un placer, señor.

—Lo mismo digo, señorita, por tu edad y por bonita —mascullé entre dientes.

Ella me miró y me regaló una sonrisa cariñosa aprovechando que estábamos levantados, sutilmente, me acerqué para darle dos besos. Cenicienta agradecida, me abrazó un instante en el que el tiempo pareció detenerse y musitó:

—Tal vez, Romeo, el destino nos vuelva a unir, ya se verá. Vamos a retarlo si no te parece mal.

—¿A qué te refieres, Cenicienta?

—Mira, te dejo mi placa donde pone mi nombre ficticio y te voy a explicar algo curioso; mi abuela tocando un objeto, en ocasiones te puede decir lo que el destino te deparará, si esta placa llega a sus manos sabremos qué será de ti y de mí.

Me quedé algo estático sin saber qué hacer.

—¿Me permites entregarte algo?

—Claro —me respondió ella, expectante.

—Toma —me saqué la margarita del ojal y se la entregué en la mano. El tacto de su piel era suave y fuerte. Mi cuerpo reaccionó como si me hubiera transmitido sensaciones que tenía olvidadas.

Cenicienta se quitó la placa y la dejó encima de la mesa, al soltarla rozó mi mano de nuevo, no le dije nada, pero sentí que una corriente traspasaba de piel a piel. Ella se giró y se encaminó hacia la puerta, al llegar a la misma, el camarero la estaba esperando para despedirla.

—¿Se va ya, señorita Natasha?

—Sí, Bob, el trabajo, ya sabe…

—Lo sé, lo sé. Trabaja mucho usted y lo sabe.

—Cierto, Bob, pero el deber me llama.

—¿Qué tal con el caballero?

—Bien, gracias por preguntarme, parece buen hombre, lástima que no sepa su nombre.

—Ya sabe usted que yo soy una tumba, señorita Natasha, pero se llama Random.

—Gracias, Bob, es usted un solete. Me guardaré ese secreto.

—Eso espero, señorita. ¡Ah! Y vaya con cuidado, el tema al que va, imagino que es muy delicado, como en otras ocasiones; ese hombre, Dmitry, ya lo ha hecho en más ocasiones y me da algo de miedo.

—Tranquilo, Bob, ya os contaré.

Cenicienta salió de allí y nada más cruzar la puerta pensó: «¿Por qué no le dije que hace una semana he cumplido los treinta y seis años? ¿Por qué? Y, ¿cuál es la suya…?» Se metió en el taxi y desapareció en dirección a Trafalgar Square.

Bob se acercó a la mesa donde me encontraba yo.

—¿Todo bien, señor Random?

—El combinado, sí, gracias por su elección, el otro tema ya es otra cosa.

—Si lo dice usted porque se ha quedado solo, entiendo que la señorita se ha marchado por una cuestión de urgencia.

—Gracias, Bob.

—¿Por?

—Creo que usted siempre lo sabe todo.

—Bueno, procuro saber cosas para según qué momentos y ocasiones —me sonrió amablemente—. ¿Me permite un comentario el caballero?

—Claro, ¿cómo no?

—Verá usted, mi madre era mucho de refraneros y frases populares y tengo una conocida que también es de estos menesteres, algo que he heredado y que me gustaría compartir con usted, si me lo permite

—Por supuesto que sí, adelante.

—El que ahora usted se quede solo no quiere decir nada, seguramente, el destino sepa que ustedes dos son como la vida misma, que siempre van de la mano —me sonrió y se marchó hacia la barra para continuar con sus obligaciones.

Me quedé allí dándole vueltas a lo acontecido minutos antes mientras saboreaba la copa, y, por supuesto, el momento que me había regalado Bob, aunque me dejó algo preocupado la situación que iba a tener esa noche la mujer de mi cita, había escuchado que quizá irían al hospital Saint Thomas, donde trabajaba una conocida mía, y eso activó ciertas partes de mi mente, quizá podría llamar a Betty y preguntar por ella, incluso que la tuviera más en cuenta, pero fruncí un poco el ceño y recapacité: «Dejemos que la vida siga su curso, y, tiempo al tiempo». Una vez terminada la consumición, me dirigí hacia la barra.

—La cuenta, por favor, Bob. Un placer y muy acertado con los combinados.

—Lo mismo digo, señor Random, y ya sabe usted, cuando guste de nuevo vuelva por aquí.

Me abrió la puerta y nos dimos la mano a modo de despedida o quizás hasta otro día o momento. Camino del *parking* en el que dejé mi coche, me perdí paseando junto al Támesis. Iba junto a la orilla y escuché música de fondo proveniente de una terraza en la que se celebraba una fiesta de amigas, debido a que la noche era rasa, se oía nítidamente a Robbie Williams cantando *Feel*, una canción francamente bonita.

La noche estaba ya bien entrada, recogí mi coche y me dirigí a casa para ver qué tal estaba Cascabel. Al llegar, abrí la puerta y allí estaba ella.

—Miauuu.

—Hola, amiga, me habías echado de menos, ¿eh, sinvergüenza? —Se acercó a mi pierna y se rozó de extremo a extremo—. Ven aquí, felina, que te doy un achuchón como los que te da la pequeña Ruth; sé que la echas de menos —al cogerla me di cuenta de que una de las uñas de su patita la tenía algo fracturada—. ¿Ya te has colgado de nuevo de tu juguete de cuerdas?

—Miauuu.

—Bueno, mañana pediremos hora para el veterinario y que te dé un vistazo.

Le puse agua y abrí una lata de Whiskas, la gata se estaba relamiendo cuando sonó el móvil, abrí la tapa de mi Ericsson azul, y escuché:

—¡Hola, hermanito! ¿Qué tal fue?

—Bueno, Elisabeth, fue, tan solo eso; fue…

—Pero ¿no estuvo bien?

—Sí, sí, la verdad es que pese a que no tuviera la edad que te pedí, fue encantadora y frágil a la vez, era elegante y joven.

—A ver, Randy, el mercado es el que hay, y claro…, ¿por qué no poner que a partir de treinta?

—¡Ya lo vi hermanita, ya! —le rebatí con voz burlona y cómplice a la vez—. Gracias de todos modos, Eli, mañana hablamos, aún no he cenado y me voy a dar una ducha que huelo a tigre —me carcajeé.

—¿Mañana vienes a comer?

—¡Claro, por nada del mundo me perdería el *roast beef*[4] de los jueves!

Colgué mi teléfono, me dirigí hacia el equipo de música, le di al botón del hilo musical,

curiosamente comenzaba una canción que hacía escasos minutos había oído: *Feel*, una ligera sonrisa se dibujó en mis labios.

Tarareando la canción, me dirigí hacia el baño y tras quitarme la ropa me metí en la ducha de hidromasaje, decorada con gresite color verde musgo las tres paredes interiores y cerrada por delante con una mampara de cristal. Cascabel me había seguido, se había subido al mármol del lavamanos a curiosear lo que pasaba, la miré y le dije:

—Hola, amiga, salgo enseguida.

Abrí el grifo y el agua comenzó a caer sobre mis hombros.

Recordé el instante en el que la mano de Cenicienta rozó la mía y lo que sentí en ese momento; se dibujó una sonrisa cariñosa en mi cara. Mientras el agua caliente recorría mi cuerpo rememoré la agradable conversación con mi cita. Me dejé ir durante algo más de treinta minutos. Al salir, Cascabel seguía allí esperándome, pero ahora junto a la puerta.

—¿Qué te ocurre a ti? ¿Tú también quieres saber cómo me ha ido?

—Miauuu.

Le sonreí y me dirigí hacia la habitación para ponerme algo más cómodo, llevaba la toalla anudada a la cintura y unas zapatillas de felpa para absorber el agua, me puse unos pantalones cortos, una camiseta de manga corta y cómoda, de cuello redondo y abotonada por tres botones. Dejé la toalla colgada en el radiador de la habitación para que se secara cómodamente durante toda la noche, mientras hacía todo eso, Cascabel me miraba desde la cama, estirada sobre la colcha, con una curiosa pose; las dos patas delanteras hacia delante y las traseras hacia atrás, moviendo su cola de un lado al otro.

—¿Vamos, señorita? —le pregunté.

—Miauuu —fue su respuesta.

Nos dirigimos hacia la cocina de estilo americano; en el centro había una isla de mármol en la cual estaba ubicaba la encimera y el fregadero. Abrí la nevera y me preparé un par de sándwiches vegetales, me serví una copa de vino blanco y me senté frente a la cristalera de la ventana.

—Miauuu.

—Anda, siéntate a mi lado. ¿Sabes? Hoy he conocido a alguien que quizá te guste.

—Miauuu.

—Sí, ya sé que las únicas féminas que te gustan son Elisabeth y Ruth, bueno, y Zuleima, la chica de la limpieza que viene un par de días a la semana, tranquila, de momento, no entrará nadie que tú no conozcas y sin tu consentimiento. Mira, antes de acostarnos, voy a dejar un mensaje en la clínica veterinaria, y que me den hora para cuando puedan atenderte. —Cogí el inalámbrico y marqué el número de la clínica.

«Hola, este es el contestador automático de la clínica felina “Su mascota”. En estos momentos no estamos, con lo cual, no podemos atenderle, deje su mensaje después de oír la señal y le devolveremos la llamada a la mayor brevedad».

—Buenas noches, soy Random Williams. Tengo a mi gata, Cascabel, con una pequeña uña rota y necesito que me llamen para darme cita. Gracias. —Apreté el botón rojo de colgar y dejé el teléfono en su base—. Ya está, amiga, mañana o pasado nos avisarán.

—Miauuu.

—En ocasiones creo que me entiendes.

—Miauuu.

Me levanté y abrí la cristalera para salir a la terraza, me siguió la felina, se subió a la baranda de balaustres de cemento y se rozó con mi brazo.

—Anda, vamos para adentro que hace algo de fresco y te me vas a caer, loca.

Cuando entré de nuevo vi que el móvil se iluminaba, lo había dejado en silencio por error, pero su linterna parpadeaba en cada tono de llamada.

—¿Quién será ahora, Cascabel? ¿Te apuestas a que es el tío Walter?

—Miauuu.

Levanté la tapa del Ericsson y sonreí para decir:

—¿Qué tal, canalla?

—¡Hombre, al fin te pillo, bribón! ¿Cómo que no me llamas? ¿Qué tal fue?

—Bueno, bien, Walter, bien, más o menos…

—¿Solo bien? ¿No hubo temita?

—¡Qué bruto eres, jodío!

—¡Quéé́é! ¿Qué quieres que te pregunte? Bueno, va, dejemos las ironías machistas a un lado, que si me escuchara Betty me mandaría a dormir al sofá. ¿Cómo te fue, amigo? Me tenías preocupado por saber si habías podido ir al final y si se había presentado ella.

—Pues sí, Walter, Cenicienta se presentó.

—¿Cenicienta? ¿Qué nombre es ese, amigo? Suena extraño, ¿no crees?

—La verdad es que algo sí, pero no soy el más acertado para valorarlo ya que mi nombre también tenía lo suyo.

—No me digas que tu hermana te puso el que quiso.

—¿Tú qué crees, Walter? En mi placa ponía Romeo, pero fue idea de Ruth. —Pude escuchar una gran carcajada al otro lado del móvil—. Yo reaccioné igual, pero era para una cita a ciegas. ¿Qué más da?

—Tienes razón, Randy —asintió Walter—. ¿Qué más sabemos de ella?

—Bueno, sé que es rusa, por sus rasgos y porque me lo ha dicho, y que tiene una cara de ángel como nunca había visto.

—Bueno, algo es algo, majo. ¿Habéis vuelto a quedar?

—No. Se tuvo que ir urgentemente, le surgió un problema a una amiga suya que, al parecer, su marido la maltrata, la iban a llevar al hospital Saint Thomas y prefirió irse para ver cómo podía ayudarla.

—Bueno, no te preocupes, estas cosas pasan muy a nuestro pesar, por mucho que los humanos evolucionemos, parece que nuestro instinto animal en ocasiones es imposible de controlar en ciertos individuos.

—Eso parece, Walter, eso parece, en fin…

—No te olvides, Random, que el sábado tenemos partido en el London Canary Wharf Badminton Club y después nos vamos a tomar unas pintas, tú y yo, a Covent Garden y así charlamos un rato más. ¡Me tienes que poner al día de esa enigmática cita, granuja! —me dijo de manera jocosa.

—Cuenta con ello, Walter, nos vemos mañana en el museo. ¿Qué tal está Betty?

—Trabajando, ya sabes, cuando le toca guardia en el hospital, mejor no molestarla por si pudiera estar descansando entre guardia y guardia. Tal vez sea ella quien atienda a la amiga de tu cita.

—Dale un beso de mi parte a tu mujer cuando la veas más tarde.

Cerré la tapa del teléfono para colgar.

Mientras tanto, al otro lado de la ciudad sonó el móvil.

—¡Hola, sinvergüenza! ¿No piensas contarme nada o qué? ¡Que me tienes en ascuas, jodía!

—Disculpa, Morty, cariño, me quedé sin batería y ahora he podido cargarlo un poco.

—Pero ¿ha ocurrido algo, nena? Noto tu voz rara…

—¿Recuerdas a Svetlana?

—Sí, cielo, la recuerdo.

—Pues nada, que ha vuelto a tener problemas de nuevo con su marido.

—¡Cuánto lo siento, Nat! Ese hombre, Dmitry, ya se veía venir, no la respeta nada.

—Así es, Morty, pero ahora ya es definitivo, o eso espero, de momento se queda sí o sí, hoy en casa y ya a partir de mañana o pasado, en el Refugio de la Mujer Maltratada.

—¿Y los niños?

—Tranquilo, los niños están bien en casa de su hermana, pero a ella le puso la mano encima. Mortimer, el alcohol le convierte en alguien irreconocible.

—Ya lo veo, cielo, ya lo veo, y tú, ¿cómo estás, cariño?

—Bueno, así así, ahora en un rato, ya le dan el alta del hospital y nos vamos para casa, ya sabes que este asunto me toca muy de cerca. ¡Cuántas veces le habré dicho que se alejara de él y no me ha hecho caso nunca! Tengo una rabia… Lloraría, pero no quiero que ella me vea mal.

—¿Os voy a buscar, nena?

—Pues mira, sí, te lo agradeceré, guapo, pero si te va mal pedimos un taxi, ¿eh?

—Para nada, Natasha, para eso estamos los amigos, cielo, y más en este caso, pero no te mortifiques, cariño, tú ya haces lo que puedes.

—Imagino que sí, Morty, pero a veces creo que no es suficiente.

—Venga, va, que os paso a buscar y luego tranquilamente charlamos en casa. En diez minutos estoy ahí.

—Gracias, cielo.

—No seas boba, ya sabes que te quiero y que para mí eres alguien especial, una de las personas más importantes en mi vida, nena.

—Lo sé, guapo. —Colgó el teléfono y se fue a recoger los documentos del hospital y el atestado de la policía.

Pasados unos instantes sonó de nuevo el móvil de Natasha.

—Cielo, estoy esperando fuera en el *parking*, para cuando terminéis.

Mortimer se encontraba apoyado sobre su Aston Martin de color gris plata, él lo llamaba cariñosamente, «mi bala plateada». Enseguida aparecieron las dos mujeres, él abrió la puerta y educadamente le dijo a Svetlana: «Cuidado al entrar, cariño». Miró a Natasha y subió las cejas en señal de pavor al ver el estado en el que se encontraba la mujer, que hacía escasas horas acababa de sufrir un caso de violencia de género, fuera de contexto y sobre todo, desmedido; le habían puesto un collarín para inmovilizar su cuello y llevaba casi toda la cara llena de hematomas. Se subieron ellos dos también al coche y pusieron rumbo a casa. Por el camino apenas cruzaron palabras, el aire se podía cortar por la ausencia de conversación, pero finalmente ese silencio fue roto sutilmente por Morty para preguntarle a Natasha:

—¿Habéis rellenado el papeleo, nena?

—Sí, por lo menos, que quede constancia de lo que le ha pasado. ¿Qué menos? Espero que a ese mal nacido lo encuentre la policía y lo meta en prisión para siempre.

—Bueno, Nat, ahora mismo se trata de que las dos descanséis un poco, mañana con más tranquilidad si hace falta vamos donde sea a hacer más gestiones.

Enseguida llegaron a la gran casa georgiana situada en el distrito de Marylebone, concretamente, en Devonshire Street. Mortimer la había heredado de sus abuelos por parte de madre y donde vivían compartiendo sus tres plantas de noventa metros cuadrados cada una,

además del sótano.

La casa tenía unas escaleras que bajaban hacia el sótano, lugar que les daba más que suficiente para utilizarlo en casos en los que Natasha y él daban por bueno el albergar alguna familia de acogida, mientras la ubicaban en cualquiera de los centros que tenía la fundación llamada: Refugio de la Mujer Maltratada. En la planta baja estaba instalada Natasha, muchos metros para ella sola, pero que también llenaba cuando venía algún familiar suyo de Rusia, detrás tenía una terraza con jardín y una zona con barbacoa para las fiestas que organizaban ella o Mortimer y que en ocasiones compartían. En la planta de arriba había un *loft* donde vivía Morty, y más arriba, un estudio que él utilizaba para pintar sus cuadros de arte.

Tras aparcar el coche en la calle, a pocos metros de la casa entraron a su hogar, y tras ayudar a acomodar a Svetlana en la habitación de invitados de Nat, los dos se sentaron en el salón.

Se escuchó un maullido desde la gatera, Nat se iba a levantar cuando Mortimer le indicó:

—Ya voy yo, nena —se acercó hasta donde estaba Franky y le abrió la trampilla, enseguida el felino se acercó a Mortimer, se rozó con la pierna en su totalidad, él se agachó y lo cogió en brazos—. Anda, ven, minino, que tu dueña no está para mimos ahora mismo, además, los machos nos entendemos mejor.

—Miauuu —pareció contestarle el gato.

Se sentaron en el sofá y lo dejó a su libre albedrío, se acercó caminando lentamente por detrás de ella y se rozó con su espalda.

—Hola, Franky.

—Miauuu —maulló de nuevo.

—Anda, va, que te pongo algo de comida, que estarás hambriento. —Fue a la cocina, le sacó su lata de comida de la nevera, se la puso en su plato en el suelo, junto a la misma.

Se acercó de nuevo hasta la habitación donde se hallaba Svetlana para preguntarle si le apetecía comer algo, pero debió de decirle que no, pues Natasha le dijo que estuviera tranquila, y que, si más tarde quería cenar, ella estaría en el salón. Le cerró la puerta para que pudiera descansar lo máximo posible. Se fue hacia el sofá a sentarse un rato junto a Morty y dejó ir una bocanada de aire que parecía que tenía contenida hacía horas.

—¿Cómo estás, nena?

—Bueno, descolocada, sobre todo, y aparte, enfadada conmigo misma.

—No te mortifiques, Nat, no puedes estar en todos los lados, ni salvar a todas las personas que sufren estas cosas.

—Vale, lo sé, Morty…, pero ya sabes que los abusos a mujeres me sobrepasan. Menos mal, que nos tocó una buena doctora en urgencias, Betty creo que se llamaba, no recuerdo el apellido.

—Sí, ya sé que estos temas te tocan de cerca, nena. ¿Te apetece una copa de vino blanco, cielo?

—Como quieras, aunque lo que más me apetece ahora mismo es una ducha para asimilar lo que he tenido que ver. Por cierto, cariño, gracias por venir a recogernos.

—No seas tonta, anda, ven y dame un abrazo, que creo que te hará bien —se dejó caer sobre él e hizo varios amagos de comenzar a llorar, pero Morty supo desviar esos pensamientos tristes de la cabeza de Nat preguntándole—: ¿Habéis cenado en la cita, nena?

—No, qué va, con todo lo ocurrido, ha sido imposible.

—Anda, date una ducha mientras preparo algo ligero y cenamos, voy a cortar un poco de queso y a preparar una ensalada.

Ella asintió con la mirada y desapareció hacia el baño. Al poco rato salió cubierta con un albornoz blanco y una toalla liada a la cabeza.

—Eres un sol, Morty, si es que te tengo que querer...

Él había preparado un tentempié variado en la mesa que había delante del sofá. La miró, le cogió la mano cariñosamente y le preguntó:

—¿Mejor?

—Sí, gracias, pero déjame que me asome a ver cómo sigue Svetlana.

Se acercó a la habitación abrió la puerta y desde el quicio de esta, vio que se había dormido, aunque se retorcía como si tuviera pesadillas. Encajó la puerta y volvió hacia el sofá.

—¿Está dormida, nena?

—Sí, imagino que los calmantes ya le están haciendo efecto.

—Va, Nat, comamos algo, que no sé si a este paso te van a tener también que medicar a ti.

Mientras cenaban, iban charlando de diferentes cosas; de cómo puede cambiar una relación con el transcurrir de los años, del comportamiento de las personas, de qué bonita es la vida y cómo personas desaprensivas pueden fastidiársela a otras, de cómo en casos de violencia de género, no solo afecta a una parte, sino también a los hijos de la pareja, que en ocasiones, suelen ser de corta edad, y que incluso en muchos casos y desgraciadamente, acaban de una forma fatídica. Natasha, se estaba viniendo abajo moralmente, pero Morty la conocía tanto, que no quería ver a su amiga hundida, de manera que le cambió el tema de conversación para ofrecerle algo de beber.

—¿Te apetece un té? —Ella con la cabeza hizo un gesto afirmativo y le dedicó una sonrisa—. ¿Cómo lo prefiere la señorita? ¿Rojo, blanco, negro, verde…? Siento decirte que multicolor no tenemos, aunque…, ahora que pienso, sería súper genial y original. ¡Ja, ja, ja! ¿No crees querida? —Y arrancó una gran carcajada de Nat—. ¡Shhh! Que vas a despertar a nuestra protegida —le susurró.

—Lo dejo a tu elección, cariño, del color que me lo traigas, seguro que me sentará de maravilla. Una cosa, ¿te importa quedarte con nosotras esta noche a dormir, Mortimer?

—Para nada, cielo, si no me lo llegas a pedir te lo hubiera sugerido yo.

Al cabo de unos minutos apareció con las dos infusiones, le ofreció una a su amiga y se sentó a su lado para proseguir con la conversación.

—La verdad, Morty, es que no me apetece quedarnos solas esta noche, no me fío de ese hombre, por no llamarlo de otra manera. Conociéndolo, es capaz de buscarla y rematar la faena.

—¿Habéis hecho algún tipo de denuncia?

—Sí, sí. Imagino que lo estarán buscando, pero ese hombre no tiene corazón…

—Tranquila, nena, aquí tienes a tu hombre —la miró y sonrió guiñándole un ojo—, de todas maneras, tampoco tenía planes hoy, cariño, pero bueno, ya sabes que como dice el bolero: «Si tú me dices ven, lo dejo todo», Natasha —ella le dedicó una sonrisa cariñosa—. Brindemos, aunque sea con té, por nosotros, nena. Bueno, y ahora que pienso…, ¿no brindamos por nadie más?

—Disculpa, Morty, quizás estoy un poco espesa, ¿a quién te refieres?

—A la cita, Cenicienta. ¿Fuiste?

—¡Ah, sí! —Se llevó la mano a la frente— Sí, sí que fui, todo este ajetreo ha hecho que me olvidara de contártelo, aunque me tuve que ir, por ya sabes…

—Pero ¿conociste a tu cita, a tu hombre?

—Que síií, pesadoooo —le contestó ella con una sonrisa pícara y sutil.

—Chica, ¡que me tienes en ascuas, so jodía! Que te llamé, sobre todo, por eso, cuenta, cuenta —y se reposicionó en su asiento con las manos juntas, los dedos entrelazados sobre su regazo, como si en esta posición pudiera atender mejor a la explicación de su amiga y así, no perderse ni el más mínimo detalle.

—Pero si no hay nada que contar, Mortimer.

—¿Cómo que no, nena? ¿Acaso es muy feo?

—¡Nooo, qué va! Si es muy majo y bien parecido, pero…

Ahora, él dio un respingo en su asiento y puso sus brazos en jarras.

—¡Suéltalo ya todo, guapa! Que tengo que sacarte la información con cuentagotas, ¡so petarda! Al final tendré que agarrar la lámpara y hacerte un interrogatorio en toda regla —se rieron los dos.

—Bueno, pues verás, Romeo fue majo… —Rápidamente interrumpió Morty sin querer a su amiga.

—¡¿Romeooo?! —Inclinó su barbilla pegándola a su pecho y echando su cuerpo hacia atrás —¿Quién se pone ese nombre hoy en día? ¡Por Diosss!

—No es culpa suya, es cosa de su sobrina, Ruth.

—Pues, con sobrinas así, no le hacen falta enemigos a ese tal Romeo… Ja, ja, ja —dejó ir una alocada carcajada—. ¿Pero se llama así?

—No. Sé de buena mano, por Bob, su nombre, el de Romeo era para la ocasión y porque en el programa ese dichoso donde nos apuntasteis, había que dar alguno al azar.

—¡Menos mal que tenías ahí a Bob para echarte una mano, cariño!

—Pues sí, es un ángel, en su línea, como siempre.

—Bueno, ¿me piensas decir o no, el nombre del portento ese? ¡Que me tienes atacá, guapa! —Se llevó los dedos encogidos a la boca como haciendo el gesto de comerse las uñas.

—¡Aaarg, qué pesado eres, majo! —añadió en plan burlona.

—Sabes que soy muy cotilla, chica… ¡Ja, ja, ja! Pero porque te quiero, ¿eh? Que conste.

—Lo sé, también sé que te preocupas por mí.

—Eso no lo dudes, amor, pero suéltalo ya, ¡por Diosss!

—Random, solo sé eso.

—Bueno, Nat, algo es algo, me gusta y suena bien. ¿Qué más sabemos de él?

—¿Sabemos?

—Claro, bomboncito, ya sabes que tiene que pasar por mi detector.

—Lo sé, Morty, pero solo sé eso, de verdad, no me dio tiempo de nada más… —Se quedó un segundo mirando al techo sin decir nada, pero enseguida arrancó de nuevo para soltar —: Bueno y que es dulce, tierno, parece educado y algo vergonzoso cuando está nervioso.

—¡Uisss, que este hombre te ha hecho tilín, neeenaaa! —le dijo a la vez que le daba un toque en la rodilla.

—¡Anda ya! Tan solo es alguien, sin más, además, busca a alguien más mayor que yo.

—¿Te lo ha dicho?

—Me comentó que buscaba a alguien que superara la cuarentena, aunque luego no le dio importancia a la edad.

—¿Cuántos años tiene?

—No lo sé, pero imagino que esa franja ya la pasó, aunque creo que no por mucho.

—Bueno, tampoco habrá mucha diferencia.

— Ya sabes que mis treinta y cinco hace unos días se quedaron atrás.

—Mira, cariño, el hombre que te quiera será con tu edad, y con tu forma de ser, y si no,

¡se las verá conmigo! Otra cosa, y cambiando de tema, recuerda que en dos meses tenemos la presentación en la Galería Nacional, en Trafalgar Square.

—Tranquilo que no me olvido, además, sé que me lo recordarás casi cada día, pero te lo agradezco, Morty, ¡no sé qué sería de mí, sin ti!

Natasha se levantó y se disponía a recoger la mesa, pero él que la vio, estuvo al quite enseguida y le propuso:

—Anda, niña, ve a ver a Svetlana, y a secarte el pelo mientras yo recojo esto un poco, y después nos vamos a la cama si quieres, a mí también me irá bien sentirme acompañado por ti. En días como estos da igual el gusto por el deseo personal, lo nuestro quizá fue un error, o no, pero lo cierto es que ahora eso quedó atrás y mataría por llevarte al altar como padrino algún día, cielo.

—¡Ay, Morty eres un tesoro! Si llega ese día, para mí será un honor. ¡Gracias, guapo! —Remató la conversación dándole un sonoro beso en la mejilla.

Una vez que ella acabó de secarse el pelo se acercó a la habitación donde se encontraba Svetlana, abrió la puerta y vio que estaba despierta.

—¿Tienes hambre, cariño? —le preguntó Nat.

—No, gracias —respondió como pudo, se tapó hasta arriba y se giró en la cama.

Natasha encajó la puerta y tomó camino hacia su habitación, Morty ya estaba acostado, ella se tumbó junto a él y se abrazó en señal de agradecimiento, cerró los ojos y desapareció entre las sábanas, junto con los problemas y los sueños de ese día.

Aquella noche, la amistad y el paternalismo superó cualquier situación por extraña que pudiera parecer.

¿Qué vas a hacer con tu vida?

Capítulo Nº 3 - Un aparato encuentro

Los dos días siguientes fueron algo extraños pero llevaderos para mí, añoraba la noche que tuve la curiosa cita en la que estuve mejor de lo que jamás había estado junto a una persona del sexo contrario, extrañamente, aquella mujer que tan solo había copado un par de horas de mi vida me había dejado descolocado.

El jueves, cuando fui a casa de mi hermana entre mis dos mujeres, Elisabeth y Ruth, no pararon de hacerme preguntas durante la comida; parecía casi un interrogatorio en primer grado. Tras pasar una ardua y larga hora de cotilleo conseguí que entendieran que la cita no pudo ir a más por motivos ajenos a mí, Ruth en un par de ocasiones me preguntó:

—Tío Randy, ¿es bonita?

—Sí, cariño, para mí lo es, pero, sobre todo, parece buena persona, ¡pero ni de lejos te gana a ti! —nos reímos los tres efusivamente.

—¿La conoceremos, tío?

—No sé, Ruth, tal vez algún día, como decía ella: «Quizá la vida nos dé otra oportunidad». Además, princesita mía, sin tu aprobación ninguna mujer ocupará ningún cachito de mi corazón. —La miré y nos reímos de nuevo.

—Tío...

—Dime, cariño.

—¿Le gustó la margarita?

—¡Sí! Ruth, le encantó tu idea. Es más, se la quedó para ella, y me contó algo que tú, señorita, obviaste contarme, ¿no crees?

Su reacción al verse descubierta fue soltar una sonora carcajada.

—Tío, es que mamá me lo ha contado varías veces.

—Sí, ya lo veo, entre vosotras dos existen secretillos que se me escapan. —De nuevo, nos reímos los tres.

Ese día, después del interrogatorio, el tema quedó aparcado para nuevas citas.

—¿Vendrás el domingo, Randy? —me preguntó Elisabeth.

—¿Tenemos barbacoa?

—Sí. Tu cuñado, Scott, quiere estrenar la nueva adquisición. ¡Ah! Diles a Walter y a Betty que no se olviden venir.

—Tranquila, esta tarde se lo recordaré. Ruth, ¿te vendrás el sábado a dormir?

—No puedo, tío, tengo un cumpleaños, pero para el siguiente, sí.

—Tranquila, hay más días. Venga, chicas, darme un beso y un achuchón de oso que me voy. —Nos abrazamos los tres como si quisiéramos abarcar el mundo.

—¿Quieres dejarla tú en el cole si vas bien de tiempo?

—Claro que sí, Eli, pero esta señorita va detrás, ¿eh? Que para algo compramos el alza.

—Vaaale, tío Randy —me respondió Ruth resignada.

Agarré la mochila donde llevaba los libros y algo de merendar y salimos de la casa. Al llegar al coche, un Chrysler PT Cruiser Cabriolet de color rojo burdeos metalizado; color y modelo elegido por mi sobrina del alma, pues como ella decía, le encantaba cuando se reflejaba el sol en él porque parecía un «corazón chispeante» y convertible en descapotable, porque le llenaba de alegría presumir ante sus amiguitas cuando la llevaba al cole, de tener un tío con un coche tan molón, características de este, que pocas veces podíamos presumir divertidamente ambos, pues el clima nublado y lluvioso de Londres, no nos lo permitía demasiado a menudo,

pero había sido un capricho de mi única sobrina que yo compartía gustosamente. Le abrí la puerta para que entrara y le ordené:

—Póngase el cinturón, jovencita, que ya mismo vamos a despegar.

—Ya está.

Elisabeth esperaba en la puerta de la casa para vernos marchar.

—¡Ir con cuidado! —nos dijo—. ¡Sois mi única familia! —dejó ir con una sonrisa cariñosa, yo le guiñé un ojo y con la mano me despedí. Salimos de allí hacia el cole, por el camino, Ruth me preguntó:

—Tío Randy, ¿qué día conoceré a tu amiga Cenicienta?

—Cariño, no lo sé, de veras. Supongo que estará muy ocupada, espero poder presentártela algún día, seguro que te gustará.

—Creo que sí, tío —dejó ir con una sonrisa—, y porque me gusta que se haga llamar Cenicienta. ¡Es muy guay!

La miré por el retrovisor y no pude evitar sonreír.

—Ya hemos llegado, señorita. Espera, que yo te abro y te ayudo a cruzar la calle.

—¡Vale!

Al dejarla en la puerta de la escuela y despedirnos con dos besos salió corriendo junto a sus amiguitas, la llamé, pero fue en vano; entendí que era normal. Mientras esperaba a ver entrar a Ruth pude escuchar detrás de mí:

—¿Este es el hermano de Elisabeth?

—Sí, mujer, al que dejaron plantado un mes antes de casarse. ¿No lo recuerdas, amiga?

—Ah, sí, ahora lo recuerdo —le contestó la otra—. Qué majo es, ¿no? Pues mira, con mi hermana pequeña haría buenas migas creo yo —cuchicheaban entre ellas.

No les hice caso, pero al irme y pasar por su lado las miré y saludé:

—¡Buenos días, señoras! ¡Ah! Por cierto, la chica aquella no sabía ni cocinar y más cosas que me callo por educación. Que lo sepan, me hizo un gran favor.

Levanté la mirada y seguí caminando con una sonrisa de oreja a oreja, me miraron sonrojadas ante tal situación y una de ellas se excusó:

—¡Oh! Disculpe, no le habíamos visto.

Me subí en mi coche y desaparecí calle abajo. Tomé rumbo a mi casa para dejar allí el vehículo y recoger a Cascabel, por fin, hoy teníamos cita en la clínica veterinaria. Me era más cómodo ir en autobús, debido a que la zona de Buckingham Palace estaba en obras y el aparcamiento por allí era casi imposible, de modo que me subí al bus con el trasportín de Cascabel en la mano. Validé mi Oyster Card[5] y me senté hacia la mitad más o menos colocando la jaula sobre mis piernas. Cada vez que una mujer pasaba por mi lado la gata maullaba.

—Ya está, tranquila, ya llegamos señorita.

El número trece hacía varias paradas y yo estaba algo distraído con una mujer de varias filas más adelante de mí, me pareció ver una fisonomía conocida, una compañera de trabajo de años atrás, posiblemente. Alguien presionó el timbre de la próxima parada para que el bus se detuviera, por el rabillo del ojo pude entrever que era una silueta de mujer, a la cual no le hice ningún caso, ya que estaba completamente obsesionado con poder ver a la chica de delante, por si debía saludarla. Extrañamente, Cascabel no bufaba, pero tampoco estaba por la labor de fijarme en ese detalle. Se detuvo el bus y una voz me sacó de mi despiste.

—¡Romeo, no la mires tanto, que es joven para ti!

Cuando conseguí reaccionar y miré, ya se había bajado. El bus de nuevo se había puesto en marcha; dejé a Cascabel en el asiento y me acerqué a la ventanilla para mirar hacia dónde se

encaminaba aquella mujer. «¡Era ella, Cenicienta! ¡Mi cita incógnita, la musa de mis sueños!» Me quedé algo pensativo y enfadándome conmigo mismo por no haberla visto antes, me hubiera bastado para haberla llamado, aunque fuera por su nombre ficticio, me quedé embobado mirándola, sin echar cuentas de Cascabel. Cenicienta se giró un instante y su sonrisa iluminó la calle, parecía que no había nadie más en aquella parada, el tiempo se había detenido un instante o una vida, quizá. Me guiñó un ojo y se fue escaleras arriba, yo levanté la vista y leí un cartel en el que ponía: Royal Courts of Justice[6], me quedé pensativo por descubrir qué hacía allí, me acaricié el pelo por el desconcierto; volví hasta mi asiento y coloqué de nuevo la jaula de Cascabel sobre mis piernas.

—¿Estás ahí, amiga?

—Miauuu.

—Ah, pensé que te habías quedado sin habla como yo. Por cierto, señorita, ¿qué te ha pasado que no has maullado al estar ella a nuestro lado?

—Miauuu.

—¡Ahora maúllas, sinvergüenza...! —La miré por la rejilla de la puerta del trasportín y con una sonrisa le dije—: Ya hablaremos usted y yo, jovencita.

Estaba acabando de decir esas palabras y me di cuenta de que la chica de delante que creía conocer, por fin, se había levantado, se giró y me percaté de que no la conocía, me indigné conmigo mismo al descubrir que la casualidad por estar pendiente de ella, no me permitió ver antes a Cenicienta, mi cita misteriosa. Giré mi cabeza de un lado al otro intentando no darle demasiada importancia a esa mera anécdota. Como dijo ella aquella noche: «Si el destino quería, nos volveríamos a reencontrar». Continué un par de paradas más y me bajé para solucionar el tema de Cascabel.

Una vez acabada la visita en la clínica retomamos el camino de vuelta hacia casa, al pasar de nuevo por delante del edificio de los Reales Tribunales de Justicia iba sentado en el asiento junto a la ventanilla, desde donde podía tener una visión perfecta, me quedé mirando por si la veía salir, pero fue en vano, tampoco me iba a bajar a investigar, ya que mis obligaciones, me recordaban que debía irme a casa para que Cascabel se sintiera más cómoda.

Al llegar a mi ático, la gata salió de la jaula y se estiró para seguidamente acomodarse en su cama de tres pisos hecha de cuerdas y plataformas de madera que había en el salón.

—Cuidado con las uñas, señorita —le recordé. La gata me miró y maulló.

Abrí una botella de vino y me serví una copa. Tenía el portátil abierto encima de la isla de la cocina; saqué un taburete de debajo del mármol y me senté frente al ordenador mientras se actualizaba algún programa que me pedía el mismo, a continuación opté por abrir Google, curiosamente, en el lateral de la página web había propagandas de esas que te es casi imposible de quitar u obviar. Vi una que llamó mi atención: «Citas a ciegas». Giré mi cabeza de un lado al otro, pero tenía dudas y la obvié. Puse el cursor sobre la opción del buscador y escribí: Royal Courts of Justice. «¿Qué estoy buscando?» pensé. «Bienvenido» Decía la dichosa página. «Visite nuestra web» Invitaba la misma. «Y ahora, ¿qué busco yo aquí? ¡Pufff...! Creo que no voy a cotillear, tal vez no sea lo más correcto, aunque pensándolo mejor, ella me saludó, y luego se metió dentro. ¿Será jueza tal vez? ¿O conserje? Quizá sea segurata, aunque es muy bonita para eso, igual trabaja allí su amigo Mortimer. ¡Buafff... Me estoy haciendo una pájara mental que no me lleva a ningún lado!» Dejé el portátil en marcha actualizándose, ya que el sistema recomendaba no apagar mientras realizaba esa acción. Miré a la felina y le dije:

—Que descanses, gatita —le sonreí y apagué las luces.

Al día siguiente procuré estar a la misma hora delante del edificio por si la veía salir o

entrar. Me senté en un banco en la acera de enfrente, había comprado el *The Daily Telegraph* por comprar algo, no es que suela leer el periódico, a no ser que sepa que hay alguna noticia o artículo de hallazgos que me puedan interesar. Pero realmente, este día el diario lo adquirí para que me sirviera de parapeto. Me sentía algo desanimado ya, y de pronto, la vi bajar las escaleras lentamente, como acariciando los peldaños, cuando me quise poner en pie y cruzar la calle para ir a saludarla, me percaté que un coche oficial se paraba en ese instante en la acera, el conductor se bajó a abrirle la puerta para que ella se subiera. Me quedé helado sin saber qué hacer, cuando el coche se iba a poner en marcha, el cristal de la ventanilla de su lado se bajó algo más de un palmo y una sonrisa me compensó, me quedé extrañado pero feliz, la había podido encontrar y llevarme una sonrisa de regalo.

Tomé camino hacia el museo donde trabajaba, tenía dos citas concertadas con dos marchantes de figuras egipcias; llevaba varios meses negociando con unos buscadores de reliquias perdidas y esa tarde logré cerrar los tratos, mi jefe me había pedido que, sobre todo, consiguiera una escultura de Cleopatra y lo había llevado a cabo, me sentía lleno de gozo por esa adquisición y por otras menos importantes, pero de gran valor. Iban a ser un buen negocio para mi museo ya que existía y a día de hoy sigue existiendo una amplia exposición del Antiguo Egipto. Pasé un correo a mi director y amigo Walter y cerré el portátil. «Me merezco un Kit Kat. Mejor que eso, voy a saludar a Bob», y tomé camino hacia el Café 101.

—Buenas tardes, Bob.

—¿Qué tal, señor Random? ¿Qué le pongo?

—Bueno, pues tal vez repita…

—¿Se refiere usted a que espera a la señorita Natasha?

—No, eso no. ¡Ojalá! Me refería al cóctel de la otra noche. Por cierto, ¿ha dicho usted señorita Natasha, Bob?

—¿Yo dije eso, señor?

—Juraría que sí, amigo.

—Entonces, tal vez lo dijera, si usted lo ha oído. ¡Marchando un *big ben*! —Se dirigió hacia la barra y enseguida volvió con la copa y unos cacaos para acompañar.

—Disculpe, Bob, ¿puedo preguntarle algo?

—Si puedo le ayudaré. Dispare usted, aunque sabe que yo soy una tumba, pero dispare.

—Verá, la cita de la otra noche me tiene desestabilizado.

—¿A qué se refiere?

—Pues que tan solo tengo de ella su placa en la que se lee Cenicienta, ya ve…

—Bueno, señor, algo tiene usted.

—¡Ya! Imagino que le doy vueltas a un tema que no tiene futuro.

—Pero usted ahora ya conoce su nombre, y su procedencia.

—Sí. Sé que es del Este de Europa, es rusa.

—Va bien, siga.

—Por Dios, Bob, me ha dejado peor que antes.

—Tranquilo, cuando esté en casa lo entenderá.

—Pero ¿usted no era una tumba?

—Sí, señor, pero usted me cae bien.

—Gracias, Bob.

—Además, tenga en cuenta una cosa, señor Random, las frutas precisan de un proceso antes de llegar a su mejor estado, con lo cual, su momento llegará cuando sea el correcto, ni antes, ni después. Hágame caso.

—Ah, Bob, si usted lo dice…

—Hágame caso, mi santa madre siempre me regalaba refranes y dichos populares cada vez que presentía que en ocasiones necesitábamos un pequeño empujón que nos hiciera ver la vida de otra manera.

—Es usted un pozo de sabiduría, Bob —él me miró y me sonrió cortésmente. Estuve un rato más hasta que acabé mi cóctel, después me dirigí hacia la barra para pagar—. Un placer saludarle, señor.

—Lo mismo digo, señor Random.

Salí del local dándole vueltas a la cabeza, aunque algo más sonriente, había descubierto el verdadero nombre de Cenicienta: ¡Natasha! Iba tranquilamente paseando cuando sonó mi móvil.

—¡Random!

—¿Qué tal, Walter?

—¡Lo primero, quería darte la enhorabuena por el busto de Cleopatra! Nos ha costado, amigo, pero al fin lo lograste. ¡Gracias!

—Un placer, Walter, es mi trabajo, ¿querías decirme algo más?

—Nada, solo quería saber de ti, últimamente te noto algo en las nubes, en la última reunión del museo te noté un poco abstraído.

—Bueno, un poco sí, pero se me pasará, tranquilo. Serán tonterías de la edad, amigo.

—Será eso. Ah, por cierto, ¿sigue en pie el partido de mañana en el London Canary Wharf Badminton Club?

—Claro que sí, Walter, sin problema.

—Luego podemos ir un rato a Covent Garden o dónde tú quieras y conversamos.

—Perfecto. Recuérdale a Betty que el domingo tenemos barbacoa en casa de mi hermana.

—Tranquilo, se lo diré, hasta mañana entonces. ¡Espera no cuelgues!

—Dime.

—Random, la otra noche que cenamos en casa, me comentó Betty que tenías una sonrisa diferente, pero tranquilo, que no le he dicho nada de tu cita misteriosa, ¿eh?

—Bueno, algo hay por ahí, en fin, mañana hablamos. —Cerré la tapa para colgar y continué paseando sin prisas ni metas.

La semana transcurría sin más alteraciones de las que ya había vivido.

La mañana del martes decidí salir a hacer recados con mi bici Lancaster de color azul cobalto, me apetecía desconectar de los ruidos mundanales de los vehículos. Me atreví a acercarme por los Reales Tribunales de Justicia por si volvía a coincidir y volver a ver a mi misteriosa cita. Circulaba por la acera incorrectamente sorteando a los transeúntes que encontraba por mi camino, con el máximo cuidado de no chocar contra nadie, ardua tarea, ya que las bicicletas debían ir por su propio carril; me encontraba a unos cien metros escasos, cuando me di cuenta de que el coche oficial negro de la última vez en el que vi subirse a Cenicienta se paraba junto a la acera, me detuve un instante para ver de lejos quién podría ser, el chófer se bajó y le abrió la puerta, mi cara se iluminó de alegría, incluso de lejos estaba espléndida; iba embutida en un vestido negro con olas blancas alrededor del pecho, llevaba gafas de sol Rayban negras y una cartera blanca que sujetaba con su mano contra su cintura, al parecer con documentos.

Comencé a acelerar el paso de la bicicleta procurando no atropellar a nadie, algo difícil por la locura que estaba llevando a cabo, al llegar cerca del coche, ella ya se hallaba a punto de entrar en el edificio, no sé por qué me vine arriba y grité:

—¡Cenicienta!

Se detuvo y se giró, se bajó un poco las gafas lo suficiente para mirar por encima de ellas y ver que era yo, sus labios dibujaron una sonrisa cariñosa como si a ella también le alegrara el verme, mi vista no se apartaba de su cara. Levanté una mano a modo de saludo eufórico sin reparar en lo que había delante de mí, solo veía a Natasha.

Con la mano que le quedaba libre me señalaba hacia delante advirtiéndome de alguna señal peligrosa, y seguidamente se llevó la mano a la boca en señal de pavor. Advertencia que me llegó tarde, ya que cuando miré al frente, me fue imposible evitar tropezar contra un obrero que trabajaba agachado en la acera, su trasero bien frondoso me sirvió de parapeto, menos mal que el trabajador que estaba manipulando la trampilla del cableado de telefonía estaba algo grueso. Intuyo que, debido a los donuts de su menú, eso me benefició y provocó que la caída contra los escalones fuese menos aparatosa.

Natasha, cuando vio eso, se apresuró a bajar los escalones y preocuparse por lo ocurrido, al llegar hasta nosotros, el atropellado me estaba ayudando a levantarme.

—¡Pero, hombre, por Dios, no se puede ir así de loco por la acera!

—Disculpe —susurré—, me despisté con las prisas —le insistí.

Estaba acabando de procurar convencer al trabajador, cuando apareció Natasha entre la muchedumbre.

—¿Estás bien, Romeo?

—Sí, sí, tan solo fue un despiste, menos mal que aquí el señor obrero evitó que mi caída fuese peor.

—Pero ¿seguro que estás bien?

—Bueno, algo magullado, pero nada que no pueda arreglar un *big ben* —le propuse entre lamentos y con carita de pena.

—Disculpa, pero eso no puedo hoy, si quieres subir a que te vean, tenemos arriba una zona de primeros auxilios.

—No, gracias. Estoy bien y creo que la bici también. Parece que no ha sido nada, además tengo que entregar unos documentos en el museo.

—Bueno, pues otro día, Random. Estaré esperando volver a coincidir contigo, pero de esta manera no, ¿eh? —Los dos nos reímos ante la incredulidad del resto de personas que se habían congregado alrededor nuestro, y sobre todo, viendo la cara del obrero al que embestí.

—Dicho queda, Natasha.

¡Nos acabábamos de llamar por nuestros nombres propios mutuamente! La vi alejarse de mí, escaleras arriba, con una sonrisa que me había regalado, que me hizo olvidar por un instante el incidente con la bici, mientras tanto, el operario me insistía:

—¡Cuidado la próxima vez, señor!

—Discúlpeme de nuevo, me despisté saludando a alguien.

—Ande, circule y vaya con cuidado.

Salí de allí caminando con la bicicleta a un lado, y medio cojeando, pero con una sonrisa de oreja a oreja. Intentaba caminar con paso firme, pero me acompañaba cierto dolor inevitable. En el transcurso de la caída me había golpeado en la cadera y al parecer una costilla me hacía daño. Opté por tomar el metro en dirección hacia el hospital Saint Thomas, al llegar, coloqué la bici en el aparca bicicletas de la entrada y me dirigí a urgencias. Tras tomarme nota en la recepción me dieron entrada a un *box*, nada más entrar me encontré con Betty.

—¿Qué te ha ocurrido, Random?

—Puff… me he caído y me he golpeado en el costado.

—¿Y cómo ha sido?

—Bueno, verás, iba en la bici, me despisté y al caer me di con un bordillo.

Obvié algunos detalles de la dichosa caída.

—Ya te vale… Anda, túmbate en la camilla —me levantó la camisa y se dio cuenta que mi costado comenzaba a ponerse algo morado—. Vamos a ver... Quítate la ropa de cintura para arriba que te vamos a hacer unas radiografías.

—¿Por qué? No creo que sea necesario, si no tengo nada.

—¿Estás seguro? —me preguntó ella—. Te recuerdo que el médico soy yo, majo.

—Ya lo sé, Betty, pero yo sé que no me he hecho nada, o eso creo —le susurré con los ojos un poco extrañado.

—A ver, señor sabiondo —me dijo en tono sarcástico—. Hagamos una prueba. ¿Te duele aquí? —me preguntó tocando levemente con la mano mi espalda.

—No.

—Muy bien, ¿y aquí?

—No.

—Bien, ¿y aquí… —no le di tiempo a terminar la pregunta, ya que solté un fuerte alarido:

—¡Auuughhh!

—¿Qué te ocurre?

—Ahí, sí que me duele. ¡Ufff…!

—Venga, vente conmigo que nos vamos a rayos. Quítate la pulsera esa que llevas de eslabones de barco y del cuello, el colgante Viceroy. Déjalo ahí, que nadie lo tocará.

Tras hacerme varias placas me acompañó al *box* para que me tumbara de nuevo, el dolor persistía, pero ahora ya más acentuado.

—Ahora vengo, Random. Quédate ahí descansando que voy a ver los resultados.

Le hice el gesto de *OK* levantando el dedo pulgar de mi mano hacia arriba. Mientras esperaba en la camilla repasaba lo que había pasado con Natasha, y en la situación que me encontraba por la locura de saludarle de aquella manera tan loca. ¡Ahora sí que mis dolores se acrecentaban cuando hacia algún movimiento con mi cuerpo!

Seguía inmerso en mis pensamientos y no debió de transcurrir mucho tiempo, diez minutos quizá, cuando de pronto se corrió la cortina del *box* y apareció Betty con un par de radiografías en la mano.

—¿Quieres que te las enmarque para que la guardes de recuerdo? —me dijo al mismo tiempo que las levantaba con su mano derecha.

—¿Qué tengo?

—Pues, casi nada... Tienes una contusión en la cadera y una costilla magullada; eso es muy doloroso, además de un hematoma que te va a durar una semana por lo menos. Deberás hacer reposo unos días, ahora te pincharé un calmante, y te recetaré unos antiinflamatorios para que los tomes hasta que mejores y para casita. Ah, y deja la bici afuera; vendrá Walter a recogerte, ya lo he avisado.

—Pero si estoy bien, Betty.

—¿Tú crees? A ver, ponte de pie.

Al intentar levantarme me di cuenta de que el gesto era incómodo y doloroso.

—¡Aughhh! Me duele…

—Ah, que bien, ¿ves cómo yo tenía razón? Y... ¡Sí que tienes algo, cabezota! Anda, gírate que voy a pincharte en ese culito tan bonito.

—Betty, recuerda que odio las jeringuillas.

—Tú decides, si te doy algo para tomar, no sé si podrás descansar toda la noche y sé que te dolerá, los inyectables te aseguro que serán más eficaces. ¿Qué decides?

—Procura que dure poco —me bajé un poco el pantalón, me agarré a la sábana para paliar el posible dolor mental que me propiciaban esas experiencias y encogí el cuerpo preparándolo para la embestida de la aguja—. ¡Te odio, Betty! —grité cuando noté el pinchazo y el líquido entrando hasta los últimos confines de mi cuerpo.

—Lo sé —me respondió ella—. Ya está, ¿ves como no era nada? ¡Qué quejicas sois los hombres, madre mía! —Me dio una palmada en el culo y me ordenó—: Ahora te tumbas hasta que venga Walter, que te acerque a casa y ya mañana será otro día, no os olvidéis pasaros por una farmacia a comprar los calmantes.

—Eh, ¿para qué has avisado a tu marido, si tengo la bici en la calle? No hacía falta, Betty.

—¿Pero tú crees, alma de cántaro, que puedes irte en bici hasta casa? Vamos a ver, Random Williams, ¿es que quieres que después se entere tu hermana y no me invite más a barbacoas, eh? —nos reímos los dos, aunque yo no estaba para mucha guasa. Betty añadió—: Ahora que pienso, vamos a hacer algo mejor; le diré a mi maridito que cuando venga a recogerte te lleve para nuestra casa, yo en una hora más o menos acabo mi turno, así que nos veremos allí y cenaremos algo los tres juntos.

—Gracias, no hace falta, Betty, en casa estaré bien.

—A ver, Random, soy tu médico, así que hazme caso —en ese momento se escuchó por megafonía: «Doctora Hamilton, acuda a recepción, por favor»—. Mira, debe de ser ya tu amigo, te vas vistiendo, ¿vale? Que voy a ver si es él, y vengo a buscarte. ¿Podrás vestirte solo?

—Sí, sí, claro —me coloqué de nuevo la pulsera y el colgante.

Mi doctora salió de allí y se dirigió hacia donde la habían llamado. Yo me puse en pie, no sin alguna complicación; me dolía la costilla y ahora también, el culo. «Odio las jeringuillas y lo que nos hacen esas agujitas tan enanas y minúsculas». Una vez vestido me senté en la silla que había junto a la camilla, al poco, las cortinas se desplazaron y apareció de nuevo Betty, mi salvadora, y a la vez, mi terrorífica amiga cuando tiene una jeringuilla entre sus manos.

—¿Nos vamos, señor? Ya está preparado tu informe.

—Creo que no puedo caminar mucho, Betty…

—Tranquilo, contaba con ello, para eso te he traído este artilugio —me sentó en una silla de ruedas y me acercó hasta la recepción, allí estaba Walter esperándome, Betty ya lo había puesto al tanto de lo que tenía que hacer.

—¡Pero, bueno! Y ahora, ¿qué hago con este abuelito? —espetó mi amigo irónicamente al verme. Lo miré y no pude evitar sonreír obligatoriamente y con cuidado, ya que el dolor de mi costado no me dejaba reírme mucho—. ¿Qué tal, Random? ¿Cómo te ha tratado mi mujer, amigo?

—Mal…—murmuré poniendo cara de lástima—. ¡Me ha pinchado en el trasero, con ojos de poseída!

Nos reímos los tres conjuntamente.

—Hay que ver lo flojos que sois los hombres —nos dijo ella alzando la vista y poniendo los ojos en blanco a la vez que nos dedicó una sonrisa a ambos—. Venga, iros para casa y que procure descansar hasta que yo llegue, ¿me has oído, Walter?

—Sí, cariño. Te he escuchado perfectamente.

Salimos de allí con la silla de ruedas para evitar un tramo de camino hasta el coche. El golpe se me había enfriado y las molestias eran más contundentes por momentos.

Ese día, Walter había decidido traer el Lexus ES300 Sedan negro, algo más cómodo que el de otras ocasiones, en que solía llevar el Jaguar F-Type Concept azul cobalto, que se había comprado con una operación muy rentable del museo. Acercó la silla a la puerta del coche y me ayudó a entrar dentro, me senté en el asiento con alguna complicación, Walter me ayudó a ponerme el cinturón y me indicó que iba a devolver la silla.

—Ahora vuelvo, amigo —al llegar, Betty estaba fuera todavía saludando a alguien que conocía—. Cariño nos vamos para casa, ¿cómo lo has visto?

—Bien, aunque nervioso por el dolor del golpe.

—Bueno, ¿quieres que compre o prepare algo?

—No, deja. Ayer preparé pastel de carne; está en la nevera, si te parece bien haremos una ensalada para acompañar con tomates cherry y queso de cabra.

—Perfecto. Pues nos vemos en casa en un rato. —Besó en la mejilla a su esposa y salió de allí. Según salía le indicó que al día siguiente enviaría a alguien a recoger la bici.

Walter se subió en el vehículo y tomamos camino hacia su casa, en la zona de Park Avenue. Durante el trayecto íbamos desmenuzando lo que me había ocurrido para llegar a verme así.

—A ver, Random, ¿qué te ha pasado? ¿Qué hacías?

—Es que la he visto, amigo.

—¿A quién has visto?

—Pues la he visto a ella, a mi cita, a Natasha.

—¿Ya tenemos nombre para ella, Random?

—Ah sí, disculpa no te lo dije. Sí, se llama Natasha.

—¿Y qué más sabemos?

—Pues, parece ser que trabaja en los Reales Tribunales de Justicia, la semana pasada la vi entrar allí, tan solo sé eso, de momento.

—No te preocupes, cualquier día nos acercamos por allí a ver que sacamos en claro. Pero…, ¿dónde la has visto? ¿Qué ha sido, mucho antes del percance con la bici?

—No, la verdad es que me pasó con la bici y fue cuando la vi.

—Pero ¿cómo fue?

—Pues que pasé por allí y la vi. Ella subía las escaleras como volando y me despisté…

Mi voz se iba relajando por momentos.

—¡Uyyy! Que lo que te han pinchado te ha dejado tocado, amigo. Anda, anda, ahora cuando lleguemos a casa te tumbas en el sofá hasta que llegue Betty y me lo cuentas todo si estas consciente.

Cuando ella llegó aún estaba en el sofá tumbado y dormido, besó a Walter y le preguntó:

—¿Cómo sigue «La Bella Durmiente»?

—Pues ya ves, al parecer, tu calmante lo ha dejado *grogui*. Traía mucho estrés cariño, imagino que estaba falto de sueño y de descanso.

—Venga, lo despiertas tú, mientras tanto, yo me doy una ducha y preparo la cena.

—Nooo, está todo preparado, dúchate si quieres y cuando salgas, cenamos.

—Ah, vale, ¡gracias, amor!

Al poco Betty salió de la habitación ya duchada y con ropa cómoda de estar por casa, los dos hombres ya estábamos sentados a la mesa esperándola. Al verme, sonrió para preguntarme:

—¿Cómo estás, bello durmiente?

—Bueno, bien, gracias, aunque algo dolorido del costado y del culo todavía.

—Va, no seas quejica, ya sé que las jeringuillas te dan pavor, pero necesitabas un

calmante fuerte que te relajara y paliara el dolor. Y ahora esto va para los dos: una semana de reposo absoluto.

—¡A la orden, jefa! —respondió Walter.

—Si es por mí —respondí—, yo puedo ir y hacer cosas de despacho.

—No, no, tú descansa algunos días, que si no, al final me la ganaré yo —alentó Walter—, y luego ya vamos viendo. Mañana te haré llegar la bicicleta a casa con un mensajero, además, tienes trabajo de ordenador pendiente de hacer todavía, con lo cual, desde casa puedes hacer algo, eso, si consigues levantarte —me miró y se rio.

—Bueno, si veo que tal, me voy un par de días a casa de mi hermana, que ya la he avisado del percance.

—¿Y qué te dijo? —me preguntó Walter.

—Que mañana mismo me vaya a su casa a pasar estos días, pero le respondí que no.

—Quizá sea lo mejor. Hazle caso a Elisabeth —me recomendó Betty.

—Ahora —me dijo Walter—, cuando te lleve a casa me dejas las llaves del candado de tu bici.

—Pero si yo puedo llevármela ahora cuando marchemos —miré a Betty y con su mirada entendí que no era buena idea—. Vaaale, lo que digáis —nos reímos todos.

—Ah, cariño, ¿sabes que nuestro invitado tuvo un percance por culpa de su cita, Natasha?

—¿Cómo? —preguntó Betty—. Eso no me lo habías contado, sinvergüenza —yo me quedé algo abochornado por la información que acaba de soltar mi amigo—. ¡Ostras! —dijo ella —. Pues cuenta, cuenta.

—¿Puedo tomar vino, doctora? —le pregunté delicada e irónicamente para pasar mejor ese «mal trago».

—Mejor no, Random, hoy y mientras estés medicándote, agua.

—Vale. Pues nada, que un día llevé a Cascabel al veterinario, y la vi delante de los Reales Tribunales de Justicia. Hoy decidí pasar de nuevo por allí con la bici para ver si volvía a verla de nuevo, lo demás ya lo sabéis, es parte de la historia.

—¿Pero ella te vio, Random?

—Sí, incluso me ofreció a que entrara en el edificio, para que me miraran, al parecer tienen algún tipo de botiquín allí, pero me sentí algo avergonzado y le dije que no hacía falta, no creí que el golpe contra el trabajador y después contra el escalón fuese tan problemático, la verdad es que no le di importancia cuando me ocurrió, pero me he dado cuenta de que me equivoqué.

Se hizo el silencio por un instante, Betty rompió el momento, con una carcajada cariñosa.

—O sea, a ver, ¡que me he perdido! ¿Chocaste con alguien que te amortiguó la caída?

—Sí —respondí—. Gracias a ese hombre creo que mi caída fue menos dañina, el trasero de aquel obrero atenuó mi golpe, pero no pude evitar que al caer mi costado acariciara los escalones. ¡Y eso es todo, amigos!

Betty continuó con el interrogatorio:

—Bueno, entonces, ¿cómo has dicho que se llamaba la cita sorpresa?

—Natasha.

—Qué casualidad… —Betty hizo un gesto como si intentara rebuscar en su memoria—. El otro día atendí a una chica con ese nombre. Será coincidencia imagino, en fin…, lo que interesa, sobre todo, Randy, es que, sí o sí, hagas reposo, y eso va también por ti cariño.

—¿Por mí? ¿Yo que tengo que ver? —respondió Walter.

—Pues lo digo, amor, para que no cuentes con él en una semana como mínimo.

—Tranquila, cariño, ya te oí la primera vez.

—Sí, ya sé que me oíste, pero os conozco a los dos, ¡pajarracos! ¿Quieren postre los caballeros?

—Dile que sí, Random, así como yo también, ja, ja, ja.

—Venga, va, que sacaré tarta helada. Cariño, ¿preparas tú unos cafés?

—En cuanto tomemos el postre los preparo —respondió Walter.

Betty sirvió tres platos con la tarta helada y sin pensarlo le añadió un chorrito de Cointreau.

—¡Ole, lleva algo de alcohol! —grité al probarlo y me reí.

Betty me miró para decir:

—No chupes el plato cuando acabes, ¿eh?

Nos reímos los tres. Walter salió al quite:

—Ya lo chupo yo, amigo. ¡Ja, ja, ja!

Una vez terminados los postres se levantó Walter para preparar los cafés.

—Random, ¿con hielo y dos de azúcar como siempre?

—Sí, por favor. ¿Puedo hacer algo yo?

—Sí —respondió Betty—. Coge del bufete un ibuprofeno de 500 mg y tómatelo con agua.

—Me parece que me tenéis mal criado, amiga.

—Eso díselo a mi maridito que te tiene todo el día en su boca, además, si no fuese por ti, aquel día que Walter no sabía qué carrera elegir, posiblemente, hoy no sería quién es.

—Betty, tal vez yo tampoco sería quién soy hoy en día, si aquí, el señor, no me hubiera reclamado a su lado.

—Estáis hechos un par de colegas de cuidado, ¡menudos sois! Sinceramente, os envidio. Random, estoy pensando que... ¿Y si te quedas a dormir?

—No, gracias. Demasiado habéis hecho ya por mí, hoy y cada vez que entro por esa puerta, además me tengo que ir a casa que Cascabel lleva todo el día sola y estará triste.

—Anda, Random, que hoy estás llorica. Quédate si quieres —propuso Walter—, y ya me acerco yo a darle una vuelta a Cascabel.

—No, no, ya os habéis ocupado demasiado de mí y es mi obligación —me puse en pie y enseguida me di cuenta de que la costilla me recordaba que estaba tocada—. Mira, Walter, hagamos una cosa; me quedo, pero mañana por la mañana a primera hora cuando te vayas al museo me acercas a casa. A primera hora, ¿eh? —recalqué.

—¡Que sí, pesado! —me contestó mi amigo y jefe.

—Espera, que te preparo la habitación de invitados, ahora vuelvo —dijo Betty.

—Os quiero, amigos —dejé ir con voz baja.

—Cariño, no tardes que el invitado está cariñoso y no me fío de sus actos. ¡Ja, ja, ja!

Al poco rato apareció Betty para anunciar que la habitación ya se encontraba disponible.

—Que descanséis —me despedí—. Recordad que os quiero.

Me dirigí al dormitorio, más que acostarme, se puede decir que me dejé caer en la cama y desaparecí.

Al día siguiente, Walter me dejó en casa como habíamos acordado. Al poco rato apareció Elisabeth, ella tenía unas llaves propias, de manera que ni tocó al timbre.

—¡Hola, petardo! —saludó nada más abrir la puerta. Yo me hallaba en el salón. Se acercó a mí y me besó en la mejilla— ¿Qué tal has pasado la noche?

—Con dolores —respondí—, pero ahora mejor. —Cascabel ya se había acercado a Eli para saludarla—. ¿Qué haces aquí, hermanita?

—¿Tú qué crees, Random Williams? —me preguntó mientras se cruzaba de brazos frente a mí. Yo sabía que escuchar mi nombre completo era presagio de alguna corrección a mis ideas — He venido a buscarte para llevarte a casa.

—A ver, Eli, que aquí estoy bien. Es más, tenemos de todo y tengo que trabajar con el portátil.

—Mire usted, señorito Williams, ahora mismo te preparo una maleta con lo que necesites y te mudas a casa mientras dure esto.

—¡Pero, si Betty me dijo que solo serían unos días!

—Lo sé, Random. He hablado con ella esta mañana, y también sé, que es mejor que no estés solo. ¿Qué mejor que estar con tu familia, o sea, nosotros? Además, nos irá bien; Scott está unos días fuera por trabajo, nosotras tendremos compañía y tú estarás atendido.

—Tú tienes que trabajar, Eli...

—Ja, ja, ja. Esa excusa no te vale, bobo. Lo he derivado esta semana y trabajaré desde casa.

—Ya soy un adulto, que lo sepasss —recalqué la «s» con cierta ironía—. Puedo negarme —dije rotundamente para chinchar a mi hermanita.

—Puedes, pero de nada te va a servir, aunque sea tu hermana menor, ya sabes que, si se me mete una idea entre ceja y ceja, no paro hasta que me salgo con la mía, hermanitooo —me contestó con la misma retranca que yo había utilizado—. Y si es necesario, te llevo arrastrando, ahora que estás convaleciente, no me será difícil —se rio de una manera que entendí que de nada me iba a servir quejarme.

—Vaaale, jefa.

Elisabeth metió en una maleta lo que le indiqué que sería más necesario. Preparó el transportín para Cascabel y nos dirigimos hacia su casa, en Wimbledon. Una vez instalado, Eli me dijo:

—Ya verás qué alegría se llevará tu sobrina cuando os vea, a ti y a Cascabel.

—Sí, pero preferiría venir por el gusto de veros y no por estas circunstancias.

—Ya, pero mírale el lado bueno. Vas a pasar más tiempo con tu hermana y sobrina preferidas.

Le sonreí y apostillé:

—No, si al final, tendrás razón y todo...

—Es por tu bien, Randy. ¿De qué te quejas? Si vas a estar como un rey, tu sobrina te hará sentir como si estuvieras en la esteticista —ambos esbozamos una sonrisa cariñosa—. Además, si quieres, ya que no está Scott puedes dormir conmigo, como cuando éramos enanos. ¿Qué te parece?

—Bien, ahora falta que la princesa lo acepte, ja, ja, ja.

Eli se quedó pensativa y me dijo divertida:

—Mi cama es muy grande. Cabemos los tres —nos reímos de nuevo—. Cambiemos de tema y hablemos de todo un poco, señorito. ¿Cómo te ocurrió esto?

Yo no sabía cómo explicárselo y solo balbuceaba palabras inconexas:

—Bueno, veras, yo, es que...

—Anda, no le des más vueltas —me cortó ella—, que ya me han puesto al día, ¡que eres muuuy tonto! —Soltamos los dos unas carcajadas.

—¡Aughhh! Si me río, me duele...

—Pues no te rías y no te vayas por la tangente, que estoy esperando tu respuesta. —Me sacó la lengua en plan burlona.

—Creo que, en esta familia, no se puede guardar un secreto según veo, ¿no, hermanita?

—Pues depende de la calidad de este, no. ¡Ja, ja, ja! ¿Cuándo pensabas contármelo, ¿eh?

—Es que me daba algo de apuro, Eli.

—A ver, Randy, tampoco has matado a nadie, ¿no? —Agaché un poco la mirada y ella irónicamente soltó—: Bueno, tengo entendido que un hombre estuvo a punto de perder su virginidad a causa de un ciclista descontrolado —nos reímos.

—Ufff..., casi. Menos mal que estaba provisto de un trasero bien frondoso que amortiguó mi golpe, ja, ja, ja —las carcajadas inundaban de nuevo el salón.

Eli a sabiendas de que todo aquello había ocurrido por haber visto y saludado a Natasha, me formuló una pregunta que me pilló desprevenido.

—Por cierto, Randy... Ella, ¿es guapa?

Sonreí sin decir nada, mi hermana entendió que yo estaba encantado con tan solo haberla visto.

—Necesitaba verla, y lo demás, ya lo sabes.

—¿Habéis vuelto a quedar?

—No —puse carita de pena—. Ella no sabe lo que me ocurrió del todo, ni pienso decírselo, solo faltaría que supiera que estuve a punto de romperme la crisma por intentar verla. —De nuevo nos reímos.

—¿Sabes, Randy?

—Dime, Eli.

—Lo importante es que la viste, ¿no?

—Pues, sí, pero la próxima vez procuraré mirar al frente, ja, ja, ja.

—O mejor cambia de vehículo, en Londres somos muy educados y no sé si el señor al que atropellaste le haría gracia que de nuevo aparcaras tu bici en su trasero. ¿No crees? —Nos miramos y las carcajadas no cesaron en varios segundos.

—¡Ostras, Eli! No me hagas reír más, por favor, mi costilla tiene que recuperarse. ¡Ah! Y de esto, nada a Ruth, ¿eh? Si no, ya me veo siendo la comidilla de las mamás de las amiguitas de la niña en el colegio.

—Procuraré que no se me escape. —Hizo el gesto con sus dedos de cerrar una cremallera sobre sus labios.

Aquella semana transcurrió en familia y con cierta normalidad a pesar de mis achaques. Por las tardes, después de que Ruth hiciera sus deberes escolares buscábamos juegos en el salón donde yo no tuviera que moverme demasiado.

El viernes por la tarde, Betty no trabajaba y llamó a Eli para preguntar por mí.

—Vente a tomar un té y así le das un vistazo —le sugirió mi hermana.

—Eso haré —apostilló ella.

Sobre las cuatro y antes de que llegara Ruth, apareció Betty, tras saludarnos me hizo un reconocimiento. Me pidió que hiciera varios gestos para comprobar mi estado; tras ese minucioso examen me dio su veredicto.

—Bueno, señor. Está usted ya bien para incorporase al trabajo el lunes.

—¿Puedo mañana?

—No. Descansa estos dos días que te vendrá bien, ya veo que te tienen bien cuidado.

—Sí. Aquí estoy de maravilla, pero mi hermanita me está mal acostumbrando y creo haber engordado un par de kilos —nos reímos los tres.

—Bueno, mira, eso tiene solución caballero; la semana que viene quedas una tarde para llevarte a tu amado jefe y echáis un rato jugando a bádminton.

—¡Sí, eso está hecho! —grité.

—Sin forzar, ¿eh? —me recomendó Betty.

—Sí, sí.

Una semana después y ya casi del todo recuperado de mi altercado con la bici, me acerqué de nuevo a ver si conseguía verla, aunque ahora había ido en el metro. Me bajé en Temple Station y caminé hasta los Reales Tribunales de Justicia situado en Strand Street. Me detuve delante de la entrada y miré hacia arriba debatiendo entre entrar o no, para intentar saber qué trabajo podría desempeñar allí mi misteriosa cita, Cenicienta; ahora ya, Natasha. Observé el majestuoso edificio; respiré hondo, me armé de valor y entré. En la puerta el guarda de seguridad no me dio tiempo a saludarle, con voz grave dijo:

—¡Señor, deje todo los objetos metálicos en la bandeja; ponga el bolso en la cinta y pase por el arco de seguridad!

—Lo siento —me disculpé mientras pasaba por el arco.

—Tranquilo. ¿Va a algún departamento? ¿O busca a alguien en concreto, señor?

—Pues, no sé, la verdad… —Me quedé un instante pensativo y recordé las palabras de Bob—. Busco a Natasha.

Me miró de arriba a abajo con su semblante serio e inexpresivo como escudriñando cada centímetro de mi ser.

—Necesito saber el apellido de la persona que busca, por favor.

Llevé mi mano a la frente para simular que rebuscaba en mi mente su apellido que, obviamente desconocía.

—No lo recuerdo bien. Es algo complicado de pronunciar por su procedencia rusa.

Arqueó sus cejas casi sorprendido y algo dubitativo, me pareció ver una ligera sonrisa en su rostro, tras unos segundos de incertidumbre por ambas partes en los cuales llegué a pensar que me iba a invitar a que me diera la vuelta y me fuera por donde había entrado si no le decía el apellido, me preguntó:

—¿Se refiere usted, a la señorita Natasha Ivanova?

No sabía si el tipo se había apiadado de mí o es que la Divina Providencia había intervenido en mi favor para que lograra verla. Lanzando un ligero suspiro logré contestar tímidamente:

—Sí, la misma.

—Pues como ve, no es tan difícil de pronunciar.

Dejé ir una sonrisa nerviosa.

—Cierto, lo complicado era recordarlo, le aseguro que no lo olvidaré.

—La señorita Ivanova no se encuentra aquí. ¿Quiere dejarle algún mensaje para que yo se lo entregue?

—No, no, ya pasaré otro día.

—La próxima semana dará una conferencia y tendrá una firma de libros aquí mismo.

—¿Ah, sí? ¿Puedo asistir?

—Claro, señor, si lo desea le tomo nota ahora.

—Pues apúnteme, por favor.

Saqué mi pasaporte y se lo di, tras quedar anotado en la lista, me despedí del guarda de seguridad, me di la vuelta y salí hacia mi casa. Al entrar, Cascabel se me acercó para recibirme con su saludo felino.

—Miauuu.

—Hola, señorita, ¿qué tal el día? —Se rozó ronroneando con mi pierna—. Ven, quédate a mi lado —nos tumbamos en el sofá y la noche se apoderó de ambos.

Los dos días siguientes fueron rutinarios pero entretenidos, la noche del viernes había quedado con mi amigo Walter para cenar juntos, cuando llegué a Covent Garden, él ya me esperaba.

—Un abrazo, colega, ¿qué pedimos?

—Lo que tú quieras —respondí—, ya sabes que me amoldo a todo. Lo dejo a tu elección.

Walter tomó el mando; le hizo una señal al camarero y al momento estaba junto a nosotros.

—¿Qué desean para cenar los señores?

—Un *fish and chips*[7] para cada uno y para beber tráiganos una botella de vino blanco *sauvignon*, por favor. —El camarero tomó nota y en cuanto se dio la vuelta Walter me interrogó —: Bueno, Random, ¿has visto de nuevo a Natasha? ¿O has logrado averiguar algo nuevo sobre ella?

—El otro día me acerqué al Royal Courts of Justice pregunté por ella y el guarda de seguridad me dijo que en aquel momento no se encontraba allí —en ese instante apareció el camarero para servirnos la bebida, interrumpí la charla para reiniciarla cuando se fue—: La semana que viene tiene una conferencia y una firma de libros, no sé si será ella la escritora o amadrinará esa firma.

—¿No se lo preguntaste al guarda? —me preguntó Walter.

—No, no se me ocurrió en ese momento, pero él me ofreció inscribirme para garantizarme un sitio ese día.

—¡Bien hecho, amigo! —Walter me dio un toque cariñoso en la espalda. Alzó su copa y me invitó a que hiciera lo mismo—. ¡Brindemos, colega!

—¡Por nuestra amistad, y porque ese día pueda cruzar algunas palabras con Natasha!

—Bueno, amigo, si se llega a fraguar una amistad entre vosotros, cuando quieras puedes traerla a casa, y si surge algo más, nosotros estaremos encantados por ti, ya sabes que Betty está deseosa de que seamos cuatro en nuestras tertulias caseras. ¡Eh! Que quede claro que ella está encantada, aunque vengas solo; nuestra casa es tu casa.

—Lo sé, viejo amigo, tú y Betty sois parte de mi vida.

—Por cierto, y cambiando un poco de tema... Recuerda que el mes que viene iremos a una sala de arte, para ver a un crítico, pintor y pasante de cuadros que me han recomendado, si no me falla la memoria creo que se llama Mortimer Bradley.

—¿¡Mortimer!?

—Sí, creo que sí. ¿Qué ocurre?

—Nada. Disculpa, solo es que me sonó su nombre, Natasha tiene un amigo llamado así, pero no lo conozco. Será una coincidencia.

—Tranquilo, Random. Disfrutemos de la noche, que hacía mucho que no teníamos un rato de chicos. ¿Sabes? Somos un gran equipo. —Me echó el brazo por encima de los hombros a modo de afecto.

—¿Qué te ocurre Walter que estás tan cariñoso?

—Bueno, quizá me esté haciendo mayor…

—¿Tú? ¡Anda ya, si somos de la misma quinta, chaval! Y aún nos queda mucha guerra que dar, además, tenemos que ver algún día al príncipe Carlos heredando la corona, ¿no crees?

—No sé, Random. Creo que a este paso reinará antes su hijo Guillermo; tenemos una

reina dura como su sangre, a esa no la echas de ahí, ni con agua caliente —nos reímos los dos—. ¿Sabes?

—Cuéntame, Walter.

—Pues, verás amigo, espero que algún día nuestros hijos encuentren un país mejor y si todo va bien será gracias a todos, y entre esos todos estamos tú y yo, con lo cual empecemos esta noche por dar buena cuenta de nuestra amistad, y dejemos que la noche nos ayude en esa tarea.

—Mira, colega, cuando salgamos de aquí te voy a llevar a un lugar donde hacen un combinado espectacular.

—¿A dónde?

—Ya lo verás, nos pilla de camino, además, hoy no conducimos e iremos a la zona de Westminster Abbey, allí vas a probar el *big ben* de Bob.

—¿Te refieres al sitio donde conociste a «nuestra» amiga incógnita?

—¡Bingo, amigo! ¡Has acertado!

—Pues por mí, sin problemas, Randy, hoy donde me guíes allí te seguiré.

Brindamos con la copa de vino blanco y rematamos nuestra cena con un delicioso *custard*[8]. Una vez acabamos, pusimos rumbo a nuestro nuevo destino, por el camino íbamos debatiendo diferentes temas.

Abrí la puerta cediéndole el paso a mi amigo, al entrar, Bob nos vio y se acercó a nosotros.

—¿Quieren una mesa frente a la cristalera, señor Random y compañía?

—Sí, por favor, Bob. Te presento a mi gran amigo, Walter. Walter, te presento a Bob, una persona que sabe escuchar y aconsejar —ambos se dieron la mano.

—Un placer, Bob —objetó Walter.

—Encantado, señor Walter, si es usted su amigo, bienvenido sea a este nuestro local. —Nos acomodó en la mesa desde donde se divisaba el río Támesis, y se dispuso a tomar nota—: ¿Qué desean tomar?

—¿Me permites que pida yo, Walter?

—Por supuesto, amigo, ya sabes que confío en ti.

—Bob, dos *big ben*, por favor.

—Marchando, señor. Sabe usted elegir combinados, amigos y citas. —Me miró y me sonrió.

Enseguida regresó con los cócteles y le manifesté:

—Los combinados los recomendó usted. Creo que fue mi amigo el que me eligió, y de la cita, apenas sé más de ella, Bob.

—Si me lo permite, le daré un consejo.

—Adelante.

—Las cosas pasan cuando tienen que pasar, no desespere, tiene todavía toda la vida por delante. —Me miró y me guiñó el ojo.

—Bien ahí, Bob, usted y sus sabias reflexiones.

—Estaré por aquí sí me necesitan, señores —se dio la vuelta y se fue a sus quehaceres.

—Parece simpático y amable, ¿no? —me comentó Walter.

—Sí, lo es.

La tertulia nos mantuvo abstraídos debido al buen clima que manteníamos y a aquel lugar, con la charla se nos fue el tiempo y Walter me instó a que pidiera dos combinados más, enseguida llegó Bob con ellos, acompañado de *snacks*, Walter tomó la palabra:

—Disculpe, Bob, estos cócteles, ¡son estupendos!

—Gracias, señor, si me lo permiten, les cuento un secreto.

—¡Claro que sí. Adelante! —alentó Walter.

—Pues, verá usted, al principio la gente los llamaba «agua con misterio» por lo que envuelve su interior, pero poco a poco pasaron a llamarse *big ben* en honor a nuestro gran emblema de la ciudad.

—Deliciosos, Bob, para mí ha sido un gran descubrimiento.

—¡Te lo dije! —le insistí a Walter.

—Señor Random, si ha vuelto por aquí es que le gustó el lugar, y algo más. He de decirle, que cuando una persona repite algo..., es por algún motivo.

—Usted y sus frases siempre tan acertadas.

—Ya le dije en una ocasión que la edad es un grado, y de eso mi santa madre sabía un rato señor. —Se giró y rehízo su camino hacia la barra.

De nuevo Walter y yo retomamos nuestra conversación.

—Entonces, ¿aquí es donde la conociste?

—Sí, Walter. Me gusta este lugar, no sé…, el sitio, el ambiente, Bob y sus cócteles y, ¿cómo no? Sus reflexiones… Y por otro lado está ella, que no consigo quitármela del todo de la cabeza.

—¿Acaso tienes necesidad de olvidarla, amigo?

—No, no es eso, pero es que no dejo de pensar en ella. Es mi obsesión. ¡Puuuff..., no me hagas caso. Disfrutemos de la velada!

Acabada la segunda copa salimos de allí, no sin antes despedirnos de Bob.

—¿Se marchan?

—Sí, —respondí—, ya es hora de que estas dos viejas glorias planchen la oreja.

—Un placer, Bob —añadió Walter.

—Aquí tienen su casa para cuando quieran volver.

De camino al hogar, durante el trayecto en metro, le cuestioné a Walter:

—¿Estáis bien en casa?

—Sí, Randy. Estamos de maravilla, de veras, solo nos falta algún pequeño enredador en nuestro hogar, pero eso será cuando Betty quiera tomarse un descanso en el hospital.

—Cuando llegue ese día, Walter, aquí tienes al padrino de tu hijo o hija. ¿Lo sabes, no?

—Claro que sí, para nosotros será un placer.

—Gracias, Walter.

—Gracias a ti, Random, por ser mi amigo. ¡Nos vemos!

Al llegar a la parada en que me debía de bajar nos pusimos de pie y nos dimos un fuerte abrazo; de aquellos que demuestran una gran amistad, de camaradas, de fraternidad, de complicidad, un abrazo que traspasó las telas de nuestras ropas hasta llegar a nuestros corazones. Desaparecí por el pasillo del metro.

Mientras, Walter se sentaba de nuevo, ya que su parada se encontraba varias más adelante, se quedó pensativo y pensó para sus adentros: «¡Qué suerte tenemos Betty y yo de tener un amigo como Random!»

El lunes a mitad de mañana acudí de nuevo con Cascabel a la clínica veterinaria para que vieran si ya se encontraba bien, al pasar por delante de los Reales Tribunales de Justicia vi un cartel, que ponía:

PRÓXIMO JUEVES A LAS 18.00 PM CONFERENCIA SOBRE LA MUJER, PRESENTACIÓN Y FIRMA DEL ÚLTIMO LIBRO DE NATASHA IVANOVA: «EVA, LA

PRIMERA MUJER».

¿Qué vas a hacer con tu vida?

Capítulo Nº 4 - Volverla a ver.

Durante los días siguientes y previos a la presentación, tenía la duda de si asistir o no. Finalmente llegó el día en el que debería enfrentarme a mis inquietudes. Me armé de valor y me encaminé hacia el lugar. Llegué y tras pasar por el arco de seguridad accedí al recinto donde habían colocado una mesa para la venta de las novelas.

—Me da una, por favor —insté a la señora que las estaba vendiendo.

—¿Solo una, señor?

Pensé un instante y recapacité. «Creo que pediré tres: una para mí, otra para mis princesas y la tercera, para Walter y Betty, que les encanta leer».

—Tiene razón, lo he pensado mejor. Deme tres, por favor.

—Le puedo asegurar, que esta novela es muy agradecida para nosotras, las mujeres.

—Lo tendré en cuenta, señora.

—Déjeme recomendarle la novela anterior a esta, que es como la primera parte de esta narración. ¿La tiene ya?

—Pu…, pu…, pues no —le respondí titubeando ante el desconocimiento de otros ejemplares.

—Le aconsejo que primero lea la otra, ya que si no, se perderá la esencia de lo que esconde.

—Bueno, pues deme también tres de esas.

—No se arrepentirá. Tenga, le pongo las seis novelas, aquí, en el interior de esta bolsa mochilera elaborada con telas ecológicas tan bonitas.

—Gracias.

Llegué a la puerta y el guarda de seguridad me pidió la entrada, me miró a los ojos y musitó:

—¿Usted es Random Williams?

—Sí. ¿Por qué me lo pregunta?

—Lo pone en su entrada, señor.

—Ah, sí, perdón, ese es mi nombre.

—No pasa nada, pase usted y busque donde sentarse.

—De acuerdo, gracias.

Entré hacia el hemiciclo y tomé asiento en la parte de arriba; estaba algo alejado de donde se encontraba todo el gentío; miré hacia un lado y hacia el otro en la sala de actos. Estaba lleno de mujeres, en su mayoría, aunque algunos hombres también acompañaban la muchedumbre, al otro lado del hemiciclo, algo alejado pude ver curiosamente, al misterioso Bob acompañado de una mujer francamente elegante y con rasgos del este. Levanté la mano a modo de saludo educado y una sonrisa se marcó en mi cara, él me lo devolvió.

Todos/as cuchicheaban cosas sobre la nueva novela y sobre la escritora: «¿Habéis visto qué bien buscado está el título de la última novela?» Se decían. Revisé de nuevo la portada y leí: *Eva, la primera mujer*. Abrí la tapa por curiosidad y sus primeras palabras decían así:

«Somos mujeres y fuertes desde pequeñas…»

Una sonrisa me salió de los labios, de golpe se apagó la luz de toda la sala; en el escenario, un foco iluminó el centro en el cual se pudo observar una mesa alta redonda y un

taburete para sentarse al lado, a un metro escaso había un atril de metacrilato y sobre él, apoyada una novela abierta.

No sé de dónde salió ni cómo la vieron, pero un estruendo de aplausos rompió el silencio sorprendiéndome, nos pusimos de pie para homenajear a la escritora; parecía que lo que aquella mujer había escrito en la novela le daba fuerza en su mayoría, a las personas que se encontraban allí para sentirse tan subidas de moral. Se situó en el centro, detrás del atril y sus primeras palabras fueron:

—Gracias, yo solo escribo lo que todas sentimos y lo que me hacéis saber incluso algunos de vosotros/as, ya que esto no es una única guerra, todos somos necesarios para esta andadura…

No había acabado de decir esas palabras, cuando, de nuevo, el teatro volvió a elevarse para aplaudir a la mujer que acababa de dedicar aquellas palabras a todos los presentes, y a ella misma, lo que sus relatos habían llenado las hojas de aquel manuscrito. Se dedicó durante más de treinta minutos a homenajear en todo momento, a las mujeres en su totalidad, y también hacía hincapié de tanto en tanto, a los hombres que estaban alrededor de ellas y que siempre las apoyaban y ayudaban, y, cómo no, a todos aquellos que dicha cruzada la llevaban incluso independientemente de ellas desde cualquier parte del mundo.

Los aplausos por todas aquellas frases llenaban de sonrisas a cualquiera de los que allí nos encontrábamos, Natasha se puso en pie y rogó silencio para a continuación pedir una gran ovación para la primera mujer que luchó por algo que hoy en día les permite alzar la voz para dar sus opiniones.

—¡Este aplauso va por ti, Emmeline Pankhurst!

El auditorio parecía que se venía abajo, en la grada donde se encontraba Bob, apenas se le veía con todo el gentío del hemiciclo. Cuando los aplausos se detuvieron, la conferenciante miró hacia donde todos nos encontrábamos y matizó:

—Todos provenimos de ellas, hombres y mujeres…

Solía rematar así sus frases. En una de ellas, no sé cómo, me salió del alma levantarme y aplaudir efusivamente, al principio nadie me secundó, pero al momento algunas de las filas cercanas siguieron mis aplausos, incluso Natasha. Nos sentamos todos y mi rubor subió de cien a mil en décimas de segundos, ella siguió con su charla:

—…muchas de vosotras con vuestras vivencias reflejadas en algunos capítulos del libro, habéis vivido situaciones de las que habéis conseguido salir, y ahora gracias a todos os sentís orgullosas. ¡Gracias a todos los que las habéis apoyado! Por eso, esta causa no ha de parar nunca, al contrario; ha de perdurar en el tiempo. Vinimos al mundo a más cosas, no tan solo a ser madres y a tener que soportar que algún hombre nos desmerezca, el respeto es mutuo entre las dos partes que conformamos los seres humanos, tanto hombres como mujeres debemos cuidarnos mutuamente. La vida está concebida por ambas partes, uno sin el otro no existiríamos.

Agachó la mirada y el público arrancó otro aplauso, pero ahora educado y cariñoso. Llegó el momento de terminar, aunque la platea no paraba de elogiarla de tanto en tanto. Se levantó de nuevo e indicó:

—A continuación, procederé a efectuar la firma de la novela. Quisiera recordarles que los beneficios de estas, en su mayoría van a parar al Refugio de la Mujer Maltratada. Por favor, suban por este lado de mi derecha, según hagamos la firma y las fotos los que gusten, vayan saliendo por el lado contrario con el fin de no saturar el escenario. Podremos hacer las fotos que deseen buenamente, no se preocupen, hasta que no hayamos firmado las que haya no acabaremos este evento, todos ustedes están aquí para apoyar esta causa tan humana, nadie se quedará sin la

posibilidad de poder conocernos.

Poco a poco se fue formando una fila de hombres y mujeres para conseguir la firma con dedicatoria. Yo estaba nervioso, no sabía realmente qué hacía allí, pero eso ya no importaba, ahora solo necesitaba saludarla y que me firmara todas las novelas. Me quedé de los últimos por educación, o por vergüenza. Miré hacia arriba un instante para ver si visualizaba a Bob, pero ya había desaparecido sin saber por dónde. Cuando me tocó que firmara las mías, al verme me sonrió.

—¿Qué tal? ¿Qué hace usted por aquí, señor Random?

Me quedé algo extrañado ya que me había llamado por mi nombre.

—Pues no lo sé realmente, señora Natasha —musité—. Pero no me arrepiento, llevo allí arriba desde el principio y me ha parecido un discurso ameno y genial.

—Lo sé, le he visto hace rato. ¿Quiere que le firme, señor Romeo?

—Sí, por favor.

Abrió la primera página y escribió: «Para Romeo de una joven amiga, Natasha Ivanova».

—¿Qué más desea el señor?

—Pues…, si no es molestia, quisiera que me dedicaras..., todasss.

—¡¿Perdonaaa?! Pero ¿cuántas compraste? —me preguntó sorprendida.

—Traigo seis ejemplares, tres de cada.

—¡Me vas a hacer subir el caché, gracias!

—Todo sea por la causa, Natasha.

—Gracias, nuevamente, señor. ¿Entonces, qué te pongo en ellas?

—Pues verás, para mí son una de cada.

—Bien —con mano firme escribió la siguiente dedicatoria:

«Con cariño para alguien que jamás imaginé que podría conocer en una cita a ciegas».

Cerró las dos novelas mías y agarró las otras comenzando a anotar:

«Con cariño…

—¿Para quién es, si puedo saberlo?

—Para mi hermana, Elisabeth, que le gusta leer.

—De acuerdo —continuó escribiendo e iba narrando a la par la dedicatoria—:

«...dedicado a Elisabeth, la hermana de un amigo y a su sobrina Ruth».

—¡Ostras! —dije sorprendido—. ¿Recuerdas el nombre de mi sobrina?

—Claro que sí. ¿Por qué no debería recordarla? —Me miró sonriendo.

—No lo digo por nada. La verdad es que me ha sorprendido que te acuerdes de su nombre. Detalle que te agradezco. —Ambos nos quedamos un momento como en blanco inconscientemente. Para salir del paso, dije—: Las otras dos son para mis grandes amigos, Betty y Walter.

—¿Quieres que ponga, «Con cariño para unos amigos: Betty y Walter»?

—Vale —respondí—. ¡Gracias!

—¿Algún deseo más? —me preguntó a la vez que estampaba su firma—. Hoy estoy generosa; pida usted.

Me agaché para tener su mirada a la altura de la mía y preguntarle de manera seductora:

—¿De veras, puedo pedir…? —Ella, sin retirar sus ojos de los míos levantó sus cejas a modo interrogativo. De manera que continué para sacarla de la duda—. Sí. Quiero algo más... Pero por favor, tutéame. —El juego volvía a empezar.

—No sé, Romeo, es que la diferencia de edad está ahí. —Me miró sonriendo picarescamente.

—¿Qué haces después, Cenicienta? —le susurré dulcemente y en un tono apenas perceptible para el resto de las personas que había a su lado—. ¿O debería llamarte Natasha Ivanova?

—Mientras no me llames señora que me hace sentir muy mayor… Pero volviendo a la primera pregunta que me has formulado, debo mencionar que, más tarde tenemos una cena con algunas de las mujeres y hombres de los que formamos esta familia. ¿Te apetece venir, Romeo?

—¡Lástima, Cenicienta! Me esperan para cenar en casa de mi familia, junto a otra de las mujeres de mi vida, Ruth.

—Ah —dijo ella—, en ese caso se sobreentiende que es una fuerza mayor —los dos nos reímos cariñosamente—. Pero si más tarde, a la vuelta puedes y te apetece, pásate por aquí —en un papel anotó el nombre del restaurante y la dirección donde se iba a encontrar. Extendió su mano para darme dicha nota—. ¿Conoces el lugar?

—Mmm... Creo que no. ¿Es para gente de mi edad o de la tuya? —Ella me dio una patada por debajo de la mesa—. ¡Auggg! —exclamé sorprendido.

—¿Qué te ocurre? —preguntó con cierta sorna.

—Nada, nada. Parece ser que el zapato me aprieta.

Me miró de arriba abajo y con una sonrisa me dijo:

—Creo que, para tu atuendo informal irías más cómodo con calzado tipo deportivo.

—¿Tú crees?

—Apostaría por ello, Random.

—Lo tendré en cuenta, señorita.

—No pierdas la nota —me dijo cambiando de tema—. Durante la cena solemos mantener una tertulia intercambiando impresiones que se suele alargar. Después, quizá pueda estar libre para compartir contigo una copa si no se alarga tu otro compromiso.

—Pues, mira tú —respondí—, eso, quizá sí que lo haga. Pero bueno, como suele decir alguien que conozco: «Dejemos ver qué nos depara la casualidad». Aunque hubiera sido curioso y bonito salir de aquí y poder disfrutar un rato de tu compañía.

—¿Qué tenías pensado, Romeo?

—Suspender mi reunión familiar e ir a cenar juntos, y luego, tú y yo sabemos que hacen unos combinados muy originales en el Café 101.

—Pues esa cena deberá ser otro día; yo tengo un compromiso y tú tienes prisa. ¿No es así?

—La verdad es que ahora mismo, no, ninguna. Lo cierto es que tengo toda la vida. —Sonreí y remarqué—: Aunque la edad aprieta, señora.

Me miró sonriendo, no sin antes darme una pequeña patada en el tobillo por debajo de la mesa, por lo que di un pequeño respingo.

—Ahora, si no te importa deberías de avanzar. Estás formando cola...

La miré sonriendo y de manera cómplice le guiñé un ojo.

—¡Qué directa!

Ella se rio ante tal respuesta y acto seguido me preguntó:

—¿Quieres una foto con la autora?

—Sí, sí, claro. ¡¿Cómo no?! Mmm… —dejé escapar de mis labios—. Además, con alguien tan joven, siempre sale uno favorecido y con la moral más alta. —Me incliné para decirle esto cerca de su oído y su olor me atrapó. Olía a una fragancia desconocida para mí; olor fresco, dulce y a la vez intenso, con toques aromáticos de un valle en primavera, algo que sin querer me desconcertaba—. Disculpe, señorita, ¿podré tener la foto?

—No se preocupe, señor, si la quiere, podrá recogerla aquí en la recepción a partir de la semana que viene, o tal vez, en un sobre en el Café 101 de nuestro amigo Bob.

—¿Me la podrá dar en mano, Natasha?

—No sé, Random, lo tengo algo complicado ya que voy a estar durante un par de semanas fuera.

—¿Te marchas? ¿Huyes de nuevo de mí, Cenicienta? Al final tendrá razón Mortimer…

—¿A qué te refieres?

—En que te pareces a Cenicienta y desapareces antes de la medianoche o quizá porque te evades de los momentos o situaciones que no controlas.

—No, no es el caso. Me marcho por temas personales; mi abuela Tatiana está algo malita y me apetece mucho darle unos cuantos achuchones.

Me separé un poco de ella y le murmuré:

—Si es así, no hay discusión, señorita, esa abuela se merece todos los momentos que puedas compartir con ella. Ojalá algún día tenga el placer de conocerla.

—¿Quién sabe, Random? ¿Quién sabe…?

—Un placer, Natasha Ivanova, me encantaría que a la vuelta pudiéramos volver a vernos y quizá seguir debatiendo sobre las edades de uno y de otro, además, le recuerdo señora, que tenemos algo pendiente… —La miré y me di cuenta inmediatamente de mi metedura de pata, de modo que me arrodillé espontáneamente y junté mis manos a modo de súplica—: Perdón por la palabra señora —puse tal carita, como solía hacer mi sobrina, de niño bueno, que la situación era graciosa.

—Anda, levántate, que nos miran todos, que parece otra cosa... —me susurró sonriendo —. Ejem… Haré como que no he oído nada, ja, ja, ja. Y con respecto a su deseo, espero que sí, Romeo; dejamos, o mejor dicho, dejé una cita a medias y eso no está bien, te debo otra en cuanto podamos. ¿Querrás que vaya más joven o mayor?

—Natasha, me vale con que vengas, con tu presencia me sentiré satisfecho. ¿Habrá que llevar la placa, Cenicienta?

—Guárdalas, Romeo, quizá algún día nos sirvan para algo que nos tenga guardado el destino. ¿Quién sabe?

Nos despedimos con dos besos, me giré y salí de allí con una sonrisa en los labios que no cabía en mí de gozo. Al caminar, noté como unos ojos se clavaban en mi espalda a modo de revisión total por parte de ella. ¡Había localizado por fin a Cenicienta! Ahora ya con nombre y apellido propio; había podido vivir ese gran momento de una joven escritora la cual apoyaba algo que yo también sentía igual: LA MUJER COMO PERSONA.

Me dirigí a casa de mi hermana para la cena de esa velada que teníamos programada, al llegar a la puerta, Ruth se me subió al cuello como si fuese una pequeña monita, no me soltaba.

—¡Tío Randy! ¿Qué traes?

—Algo para tu querida madre que después miraremos, ¿eh? Si me dejas quitármela, ja, ja, ja.

Ella se bajó, pero siendo tan sofisticada que al bajar ya llevaba la mochila en la mano. Me acerqué a besar a Elisabeth en la mejilla.

—¡Hola, Eli!

—¡Hola, grandullón! Va, sentaos a cenar, después nos cuentas durante la cena, Randy.

—*OK*, hermana —le respondí cariñosamente—. Vamos, princesa, a ver qué falta en la mesa.

Tras recibir durante la cena toda una lista de preguntas investigadoras de mis dos mujeres

hasta ahora, más importantes en mi vida, les entregué las novelas, mientras la pequeña escudriñaba sus páginas, Elisabeth levantó la mirada y preguntó:

—¿De quién son, Randy?

—Ah, pues verás, me las aconsejó alguien. —Ella se me quedó mirando fijamente—. ¿Qué te ocurre, Eli?

—¡A ver, majo, que te conozco como si te hubiera parido! ¿Vale? ¿De quién son las novelas?

—¡Joerrr, no se te escapa una! ¿Eh?

—¡Sí se me escapan, hermanitooo! ¡No vi venir cuando Jacqueline nos hizo aquello!

—¿Nos hizo…?

—Sí, guapo. ¡A todos! Pero vamos a lo que interesa y no te escaquees. ¿Quién es la escritora, llamada Natasha Ivanova? —me interrogó mientras ojeaba por encima una de las novelas y reparó en la dedicatoria. Yo estaba a punto de contestar no se sabe qué, cuando ella me interrumpió—: ¡Espera! No digas nada. ¿Es Cenicienta?

Me quedé algo parado y no sabía qué contestar. Al final arranqué.

—Bueno…, verás…, yo…, pues… ¡A veces, Eli, pareces bruja! ¿Dónde tienes escondida la escoba?

Las carcajadas de Ruth parecían que me iban a salvar de aquella situación, pero a mi hermana nada la persuadía ni desviaba cuando estaba centrada en algo.

—¡Pues ten cuidado de que no la saque y te dé un escobazo! —Mi sobrina me contagió con sus risas—. Que sepas, hermanitooo, que eso no es ser o parecer bruja. Es el sexto sentido que tenemos las mujeres, y a mí no me falla. A ver, la novela es de ella y no pasa nada, cariño, me parece bien. ¡Encima es escritora! ¿Qué más quieres? Es muy completita, la moza, ¿no?

—Imagino que sí, pero eso es lo de menos, solo somos conocidos que tienen una cita incompleta que algún día, espero no muy lejano, se volverá a producir.

—Hagamos una cosa; tomemos un té y las miramos más detenidamente.

—De acuerdo.

La pequeña estaba entusiasmada con los detalles. Me preguntó si podría leerlas algún día.

—Claro, que sí, cariño. ¿Sabes? Tienen una dedicatoria para mamá y para ti.

—¡Biennn! —gritó la niña.

—Si quieres, las leeremos juntos, ya que este tipo de novelas van enfocadas a personas más mayores. El otro día te traje la última versión de Peter Pan y no sé si la has leído.

—Nooo, te esperaba para que esta noche leyéramos un rato en la cama.

—Pues jovencita —le dijo la madre—, ya es la hora de que te laves los dientes y te acuestes, cuando te acabes el yogur.

—Mamá, ¿podré ver un rato a Bob Esponja?

—Vale, pero solo un capítulo. Anda, iros al sofá, tío y sobrina.

Ruth se terminó el yogur y fue corriendo a lavarse los dientes. Cuando acabó nos sentamos a la vez en el sofá y la niña ya andaba enredando con el mando de la tele para localizar el canal donde emitían su serie favorita.

—Ja, ja, ja, tío —se rio ella—, ya pongo yo los dibujos.

—Esta sobrina mía, ya sabe más que yo, por Dios…

Eli vino con la bandeja y los dos tés. Ruth y yo nos encontrábamos acurrucados uno con el otro, mejor dicho; la niña estaba estirada y tenía los pies encima de mí.

—Mira, tío Randy, ahora Bob Esponja bailará con Calamardo.

—¿Cómo lo sabes, pequeña?

—Ah, porque es repetido, ja, ja, ja.

La miré sonriendo. Eli nos observó y me acercó la taza de té.

—Anda, toma, que al final se te enfriará.

Mientras saboreaba la infusión y sujetaba la taza con una mano, con la otra acariciaba los piececitos de Ruth. Tío y sobrina tenemos una conexión especial y casi única. Eli nos miraba pensando que no me daba cuenta y vi como sus labios formaban una sonrisa. Cuando el capítulo llegó al final, la pequeña probó suerte y preguntó:

—Mamá, ¿puedo ver otro?

—No, señorita, a la camita que ya es tarde y mañana tienes escuela.

Entonces tomé la palabra para decir:

—¿Hacemos un Superman?

—¡Sí!

—Sí, eso, tú malcríala que después me lo pide a mí y tú no estás.

Ruth y yo, nos miramos y no reímos a carcajadas.

—Dale un beso a mamá —la niña pisoteó el sofá con sus pies desnudos hasta llegar a su madre, la besó con un gran abrazo de oso y se preparó para la aventura—. Venga, súbete a la espalda, cariño. —Se agarró a mi cuello y levanté el brazo como si fuéramos a volar dirección hacia el cuarto—. ¡Allá vamosss! —Ella se reía, la dejé sobre su cama, encendí la luz de la mesita y la tapé hasta el cuello.

Iba a agarrar el cuento cuando la pequeña me dijo:

—Tío Randy…

—Dime, cielo.

—¿Me das dos besos de buenas noches, por si me quedo dormida mientras me cuentas el cuento?

—Claro, mi vida —le susurré. Me agaché y la besé en su carita—. Nos veremos en los sueños, pequeña.

—Ojalá, mañana al despertar, estuvieras, tío.

—Tranquila, mi niña, estaré en tus sueños toda la vida —le sonreí y comencé la lectura de la novela—: «Existía una isla llamada Nunca Jamás, en el cual los niños iban y venían a vivir sus sueños…»

Mi monólogo apenas duró tres minutos, lo que tardó la pequeña en quedarse dormida. Dejé la novela encima de la mesita y salí sigilosamente del dormitorio, no sin antes mirarla y regalarle una sonrisa, ella que lo notó, me dijo con voz bajita y casi vencida por el sueño:

—Tío Randy, no cierres la puerta del todo… —Se giró hacia un lado y siguió soñando.

Al salir de la habitación metí mis manos en los bolsillos del pantalón, en el derecho toqué el papel y saqué la nota que unas horas antes me había dado Natasha. Miré el reloj y pensé: «¿Habrá acabado de cenar? Podría ir a buscarla, pero me dijo que las tertulias son largas, no me gustaría importunarla». Me atusé el cabello por si me servía para aclarar mis dudas. Finalmente decliné la idea, pues ya nos habíamos despedido hasta que volviera de su viaje.

Me dirigí al salón en donde se encontraba Elisabeth y le comenté:

—Es un primor esta princesita.

—Ella te quiere mucho. Lo sabes, ¿no?

En mi cara se dibujó una tierna sonrisa.

—Lo sé, si algún día puedo, voy a pedirte la custodia compartida —nos miramos y sonreímos.

—Anda, ven —sacó dos copas de vino y me ofreció sentarnos en la terraza para seguir

conversando.

—¿Por dónde anda hoy Scott?

—Está en Portugal, ya sabes, por su trabajo, mañana vuelve. Bueno, cambiando de tema, señor mío… ¡Cuéntameee!

—¿Qué quieres saber?

—Pues, tu encuentro con la escritora y eso que dijiste antes de una cita incompleta y que esperas que se vuelva a producir… Eso quiere decir que hablaste con ella, ¿no?

—Claro, Eli. ¡Qué pregunta más absurda! —dije bromeando y poniendo los ojos en blanco—. Además, están dedicadas.

—Espera que voy a por más vino, que esto me lo tienes que contar con todo lujo de detalles —espetó con una sonrisa pícara.

La velada se alargó hasta casi la madrugada, al final, me quedé a dormir en casa de ellas dos, y por la mañana antes de irme a trabajar me acerqué a darle un beso a Ruth, aunque la pequeña aún dormía inmersa en sus sueños, algo en mi corazón se reactivó, algo que al parecer tenía medio dormido o quizá olvidado; miré a Ruth y susurré en voz baja:

—Levantaos feligreses y cumplir con vuestra ley, que lo que un trabajador se merece, no se lo merece el Rey.

La miré de nuevo y pensé para mis adentros: «Si estuviera aquí tu abuelo Alexander te susurraría estas palabras, ya que son las que me regalaba cada mañana cuando venía hasta mi cama y me despertaba con esa frase». Sonreí y salí de allí.

Al llegar al museo, lo primero que hice, fue acercarme al despacho de Walter.

—Buenos días. ¿Se puede?

—Buenos días. Pasa, Random. —Me acerqué a la mesa y tras darnos las manos me senté.

—¿Tienes todo preparado para ir a la Abadía de Westminster, a la iglesia gótica?

—Sí, sí, ahora envío un par de *emails* y me pongo con eso, me esperan a las diez.

—Lo sé. Sé puntual. Llevan el concepto inglés de la puntualidad muy estricto.

—No te preocupes, amigo, lo sé.

—No te olvides de llevarte la Oyster Card del museo para el transporte.

—*OK* —respondí—. ¡Ah, se me olvidaba! Toma —abrí mi mochila y saqué dos novelas de su interior.

—¿Y esto?

—Estas novelas son para ti y para Betty.

—¡Guauuu! —exclamó él a la vez que las cogía y observaba las portadas— ¿Y a qué se debe este detalle?

—Pues que ayer fui a una presentación de libros y compré varios, entre ellos, estos, ya que sé, que, a ti y a Betty os encanta leer.

—Gracias, Randy, esta noche se los daré a mi mujer, que seguro los devorará, ja, ja, ja. —Abrió la portada y unos ojos marcaban la imagen de la escritora—. ¿De quién son?

—Vosotros leerlas y ya os contaré.

—¿Y este misterio, amigo?

—Mira su nombre, Walter.

Buscó donde salía y al leer Natasha Ivanova no pudo evitar exclamar:

—¡Ostras! ¿No me digas que tu cita a ciegas es escritora?

Le guiñé un ojo, salí de allí y cerré la puerta tras de mí.

Las dos siguientes semanas transcurrieron sin sobresaltos ni cambios, me dio tiempo a

realizar todas mis cosas mundanales, y, sobre todo, a leer sobre Natasha y sus novelas. Aproveché para sacarles conclusiones a todo lo que contenía en la medida que pude. Cascabel ya se había recuperado del todo, ahora ya no precisaba pasar por los Reales Tribunales de Justicia camino de la clínica veterinaria, aunque igualmente, una tarde me decidí a dar un garbeo con una de las novelas bajo el brazo, para intentar sacar alguna información más sobre Natasha, si bien fue en vano, el conserje ya me avisó que estaba fuera y que incluso estaría más días por temas familiares. Salí de allí con la incertidumbre de pensar en que quizá su abuela estaría peor, visto que su estancia en su país natal se alargaba. Tomé el camino hacia casa, pero a mitad de este cambié el rumbo y me pasé por el Café 101.

—Buenas tardes, Bob.

—Señor Random, ¿qué tal? ¿Quiere su mesa?

—Como quiera, Bob.

—¿Le pido su combinado?

—Sí, por favor.

—Ahora se lo pido a Peter y se lo acerco —enseguida volvió con la bebida—. ¿Qué tal todo? —me preguntó mientras yo mantenía los ojos clavados en la novela.

—Bien, gracias. Por cierto, Bob, bonito nombre el de Natasha.

—Sí, muy bonito. ¿Le noto triste, quizá? Disculpe mi importunidad, pero si es por ella, no se preocupe, amigo, tranquilo. Volverá.

Miré a Bob para afirmar:

—Veo que usted sabe más que yo.

—Bueno, señor Random, en ocasiones pasa por aquí un rato y charlamos para intercambiar impresiones, solo eso, ya verá como en menos de un mes la tenemos aquí de nuevo.

—Gracias, por la información.

—De nada, ya sabe que yo soy una tumba, pero usted me cae bien. Estaré por aquí si me necesita. Un apunte más, señor, y le dejo con su lectura; buena elección sobre esa novela, yo también la tengo, bueno, mi mujer la está leyendo ahora.

—¿Puedo preguntarle algo, Bob, si no es indiscreción?

—Usted dirá…, no creo que sea nada raro, ¿verdad?

—Ja, ja, ja. No, tranquilo.

—Dispare, entonces.

—Verá…, la otra tarde estaba usted en la presentación de las novelas de Natasha…

—Sí, señor —me interrumpió—, mi esposa es una gran lectora y fiel seguidora de la señorita Natasha. ¿Usted lee mucho?

—Ahora, un poco más —respondí—, desde que ella apareció en mi vida.

Bob me sonrió.

—¿Me permite un consejo, señor Random?

—Claro que sí, Bob. Dígame.

—No se preocupe demasiado por lo que ocurrió ayer u hoy, tan solo preocúpese por lo que ocurrirá mañana, y de momento, tengo la sensación de que usted, mañana seguirá aquí y todos sus seres queridos también, entre ellos, Natasha.

—Es usted un hacha con los consejos, Bob.

Él me guiñó un ojo y se giró para continuar atendiendo a otras mesas.

Me quedé bastante tiempo saboreando el *big ben* hasta que decidí marcharme, tras pagar, levanté el pulgar en señal de gracias a Bob y salí por la puerta. Puse rumbo hacia mi casa en donde me esperaba mi fiel felina.

Tras pasar los momentos burocráticos junto a Cascabel, me preparé para cenar un par de sándwiches y fruta. No encendí la tele, quería acabar de disfrutar el final de una de las novelas de mi extraña amistad y ahora escritora. La noche me atrapó y acabé durmiendo en el sofá.

¿Qué vas a hacer con tu vida?

Capítulo Nº 5 - El cuadro.

Llegó el día de la presentación de las pinturas del tal Mortimer Bradley y recibí una llamada de Walter.

—Random, nos vemos en la presentación, ¿o quieres que pase a buscarte?

—Si no es molestia, Walter, me recoges en la puerta de mi casa y vamos juntos.

—*OK*. En unos minutos estoy ahí. Ve bajando a la puerta.

Al poco rato mi jefe hacía acto de presencia conduciendo su Jaguar, me subí y le di un apretón de manos.

—¿Preparado? —me preguntó—. Vamos, a ver si encontramos algo que nos valga la pena para el museo. —Durante el trayecto surgió el tema de los libros—. Por cierto, Random, mi esposa está encantada con las dos novelas que nos regalaste, que, aunque eran regaladas para los dos, ella dice que son suyas. ¡La muy bribona, ja, ja, ja!

—Eso es que le han gustado.

—¿Gustarle? ¡Le han encantado, amigo! Ya me ha puesto deberes para que le busque más ejemplares de la escritora en cuestión —hizo una pequeña pausa y cambió el tema de conversación—. ¿La has vuelto a ver?

—¿A quién? —respondí irónicamente con otra pregunta.

—¿A quién va a ser, canalla? ¡A Natasha!

—No, qué va, sé que estaba fuera unas semanas por temas familiares.

—Pues que sepas, que la foto donde tan solo se ven unos ojos tiene enamorada a mi Betty. Está intrigada con ella.

—Es que tiene una mirada muy especial, aun poseyendo rasgos del este, sus ojos transmiten un cariño difícil de explicar.

Llegamos al lugar y tras aparcar en el *parking* del mismo recinto, nos dirigimos hacia la entrada. Nada más llegar a la puerta nos ofrecieron una copa de champán y unos canapés. El lugar era súper original, en una especie de fábrica vieja renovada bastante elegante; el techo era abovedado con vigas de madera tratada soportándolo, toda la sala estaba pintada de blanco, completamente abierta y diáfana. Los óleos se encontraban sobre unos paneles de metacrilato que a su vez estaban sujetos en unas piedras en el suelo que parecían lunares; cada cuadro tenía un foco iluminándolo desde la piedra. En cada esquina había unos pasillos anchos que se perdían dando la vuelta a todo el perímetro de la nave.

Walter y yo llevábamos un rato ojeando qué cosas comprar y qué otras nos pudieran interesar.

—Random, ahora vengo, voy a saludar a un conocido.

—De acuerdo, Walter, ve tranquilo, no tenemos prisa.

Continué el recorrido por uno de los pasillos hasta llegar a un cuadro en el que un perfil de mujer dominaba todo el óleo. Iba a pasar casi de largo, pero me volví de nuevo para observarlo más detenidamente y me quedé ensimismado con la imagen de aquella mujer. Ladeé mi cabeza hacia un lado, luego hacia el otro, como para integrarme y captar toda la esencia del cuadro. La mujer estaba de perfil, se veía bonita y dulce; tenía rasgos del este, y cuando levanté la mirada, me di cuenta de que aquellos ojos ya los conocía. Tenía ante mí al parecer, a mi intrigante amiga Natasha; sus ojos estaban tan bien pintados y su mirada tan real, que era difícil

no querer ser dueño de aquel óleo. Evidentemente se trataba de Natasha Ivanova, cosa que me dejó pensativo y boquiabierto. Junto al marco, en la pared, un pequeño letrero anunciaba el nombre del cuadro: *Lo que sus ojos escondían.* Alguien tocó mi hombro por detrás sacándome de mi desconcierto.

—Hola, señor. ¿Le gusta?

—Disculpe, me quedé en shock… Pues, sí, sinceramente, sí. Es muy bonito y expresivo; tiene esencias difíciles de tener como mujer y como ser. Quien la haya metido en ese lienzo ha sacado de ella creo, que toda la magia y el magnetismo que realmente la envuelve. Juraría que en pocas ocasiones he visto plasmado en ningún cuadro, el semblante de una mujer tan bien logrado. Me atrevería a afirmar que la conozco, se parece tanto a alguien con quien tuve la suerte de compartir un par de combinados y de sonrisas en una noche en la que desapareció como Cenicienta. Podría estar horas mirándola, aunque ella ya lo sabe. —Acabé la frase y agaché la mirada hacia el suelo un instante pensativo y volví a poner la mirada sobre mi oyente—: Discúlpeme, caballero, no sé si he sido correcto con el comentario del óleo, usted tan solo me ha preguntado si me gustaba el cuadro y le he dado un sermón como respuesta.

—No se preocupe, me gusta saber las opiniones de los visitantes, parece que usted y yo compartimos pasión por el arte, incluso creo que es alguien que no me importaría tener como amigo. Permítame que me presente —extendió su mano delicadamente—. Me llamo Mortimer Bradley y soy el artista.

—¿Mortimer, ha dicho usted?

—Sí. ¿Por qué lo pregunta, caballero?

—No me haga caso, señor Bradley. Un placer —le correspondí extendiéndole la mía y dándonos ambos un apretón de manos—. ¿Está a la venta?

—Sí, lo está.

—¿Cuánto cuesta?

—Trescientas setenta libras, que serán donadas en su totalidad para una causa por la que aboga la modelo del cuadro; por las mujeres con pocos recursos y con problemas familiares.

—¡Mmm…, me gusta! Póngale el cartel de vendido, por favor, aunque si le soy sincero hubiera pagado por ese lienzo el precio que me hubiera pedido sin importarme la cantidad de números que llevara la cifra. Es bonito poder ver en un cuadro tan bien plasmado el cuerpo de una mujer, sin menospreciar a ninguna otra. Ella podría ser la cara de alguna cruzada a favor de todas ellas sin ningún problema.

—¿Me permite que le haga una pregunta?

—Adelante.

—Antes ha dicho usted algo que, no sé si lo ha dicho irónicamente o con fundamento…

—¿A qué se refiere, señor Bradley?

—¿Ha mencionado por casualidad o me lo ha parecido a mí, el nombre de Cenicienta?

—Sí, lo he pronunciado, aunque no sé si ocurrió, o si, por el contrario, lo soñé. Es difícil sentir tanto en tan poco tiempo y ella lo consiguió incluso sin buscarlo; te habla y te deja hablar, es capaz con una sonrisa, de que te quedes embobado sin saber si ya ha anochecido o si por el contrario podrás disfrutar toda la vida de mirarla a los ojos. En una sola noche consiguió que unas horas con una extraña fuesen dignas de recordar toda una vida.

Me quedé pensativo y absorto.

—¿Me permite una cosa, señor? ¿Puedo acercarme un poco más a usted?

—Imagino que sí, no morderá usted, ¿no? ¡Ja, ja, ja!

—Tranquilo, ante todo, educación —me hizo un guiño—, aunque tiene usted un perfil

que volvería loca a cualquier persona de distinto sexo, pero me quiero aproximar para mirarle a sus ojos. —Me miró tan fijamente, que no pudo evitar abrir la boca formando una enorme «O» a la vez que se llevaba las manos a las mejillas, su conversación formal inicial cambió de tono para exclamar—: ¡Uyyysss, no puede ser, no me lo puedo creer, usted es Random! ¿Random Williams?

—Sí. ¿Cómo lo sabe?

—¡Ay... Diosss, esto no me puede estar pasando! ¡Vuelvo enseguida! —Salió hacia otra galería corriendo como alma que lleva el diablo sin darme tiempo a entender nada.

El sonido de llamada de mi Ericsson me sacó de la estupefacción en la que me encontraba por la reacción de Mortimer Bradley. Abrí la tapa:

—Dime, Eli.

—Randy, ¿podrías venir? Ruth tiene fiebre y no para de llamarte, Scott está fuera y no sé qué hacer.

—Voy enseguida, cariño, ahora pido un taxi y estoy ahí lo más rápido que pueda, en diez minutos más o menos estoy con vosotras. Tranquilízate, que no será nada.

—Gracias, no quería molestarte, pero estoy algo nerviosa…

—Enseguida estoy en tu casa.

Colgué el teléfono, miré de un lado al otro y vi a Walter al fondo, le hice una señal por si podía acercarse.

—¿Qué te ocurre, amigo?

—Me tengo que ir, Walter, mi sobrina está con fiebre y necesito que me hagas un favor.

—¿Qué necesitas?

—Que entres en ese pasillo y me compres un cuadro que hay de una mujer llamado: *Lo que sus ojos escondían.* Valga lo que valga, mañana te hago la transferencia. Haz que llegue a mi casa, o al museo y allí lo recogeré.

—Vete tranquilo. Ya me hago cargo. Llévate mi coche si quieres para ir más rápido.

—No, gracias, Walter. Pillaré un taxi, a estas horas suelen haber por la zona sin problemas, además, me di cuenta al llegar, que enfrente había varios aparcados, me imagino que están ahí para este evento, tranquilo. Te debo una, Walter.

—Ja, ja, ja. ¡No! ¡Me debes más! Pero para eso estamos los amigos.

Me giré sobre mí mismo y salí de allí sin querer mirar atrás, sobre todo, por la prisa de ir a ver qué le ocurría a mi princesita Ruth y por la preocupación de Elisabeth. Como antes había pronosticado, frente a la puerta, en la acera de enfrente había varios taxis parados y otros yendo y viniendo. Me subí en uno y le indiqué al taxista:

—A la zona de Wimbledon, por favor.

Cuando llegué, Eli me abrió la puerta del jardín desde el portero automático y dejó la puerta de la casa entornada mientras yo cruzaba el jardín. Me encontré a la madre y a la niña en el sofá, tumbadas. Tras besarlas, me di cuenta de que ambas tenían la frente caliente, aunque la niña algo más.

—Eli, ¿os habéis tomado la temperatura?

—Se la tomé a Ruth antes de llamarte y tenía casi treinta y ocho de fiebre, rápidamente le di el jarabe, pero no paraba de llamarte.

Miré y vi sobre la mesa de centro el termómetro, lo cogí y se lo puse a Ruth bajo su bracito. Esperé hasta que dio tres pitidos indicando que había terminado de medir la temperatura corporal.

—Bueno, señorita. El jarabe parece que comienza a hacer su efecto, aunque aún es

pronto.

—¿Cuánto marca? —me preguntó Eli con voz débil.

—Treinta y siete y medio. Ahora te toca a ti.

Le di el termómetro y tras sonar los tres pitidos de rigor, Eli lo miró y dijo:

—Puff... Treinta y siete con siete...

—Mamá, el tío Randy dice que estamos griposas —dijo Ruth con un hilillo de voz.

Me reí por la carita que puso mi princesita al hacer su comentario.

—Bueno, bueno... ¡Tranquilas, que está aquí el doctor Williams y voy a curaros! Mejor dicho, voy a intentar que os mejoréis.

—No sé yo... Creo que será mejor llamar a Betty... — dijo Eli entornando los ojos.

—¡Mujer de poca fe. Ja, ja, ja! Ahora vengo.

Fui al baño y busqué en el botiquín un paracetamol y unas gasas, en la cocina llené de agua un recipiente de plástico. Me llevé todo al salón y después de mojar las gasas un poco en el agua se las puse ambas en las muñecas. Me daba lástima verlas allí decaídas, con sus ojos vidriosos y tristones, ellas siempre con tanta vitalidad y energía, pero era normal, si eso eran síntomas de haber pillado la gripe.

—Random, lo siento —me dijo Eli—, por haberte sacado de allí.

—No pasa nada, hermanita. Tampoco me mato por ir a ese tipo de eventos, pero Walter me insistió. Ah, toma, tómate esto —le puse en la mano el antipirético y me senté en el sofá a los pies de ellas dos.

—Randy...

—Dime.

—Con la boca seca, no creo que este comprimido baje por mi garganta.

—¿Quieres agua? —La mirada de Eli me hizo saltar del sofá—. Ja, ja, ja. Ahora te la traigo.

—Yo también quiero, tío Randy —me pidió Ruth.

—¡Marchando agua para las dos señoras de la casa!

—Por cierto, Randy. ¿Os ha dado tiempo de ver y comprar algo interesante?

—Pues como Walter se quedó allí, no sé si habrá adquirido algo para el museo. Pero yo sí me compré un cuadro que vi y que me gustó. Seguramente, lo pondré en la entrada de casa.

—Ah, mira que bien. ¿Es bonito?

—Creo que sí, a mí me encantó. ¡Es guay!

—¿Guay? Eso, ¿qué es lo que esss? ¡Si dices que te encantó!

—Ja, ja, ja. Pues que es de una mujer. ¡Ya lo verás pesada!

Le hice una señal para que bajara la voz, ya que Ruth parecía que se había dormido. Nos quedamos callados, al poco, Eli se quedó también dormida. Les mojé las gasas de nuevo y se las volví a poner. Mientras tanto, aproveché para indagar por la cocina a ver si veía algo para prepararles, en el congelador encontré un *tupper* con caldo.

Me senté de nuevo junto a ellas y me puse a leer el periódico. Pasada una hora larga, Ruth abrió sus ojitos y se pegó a mí. Eli, al notar que Ruth se movía se despertó.

—¿Cómo estáis, bellas durmientes y griposas?

Ruth soltó una carcajada y Eli sonrió.

—Parece que mejor, Randy.

—Pues mientras os ponéis el termómetro, yo voy a calentar un poco de caldo para todos.

Walter se había dirigido hacia aquel pasillo y ya se encontraba delante del cuadro que su amigo quería que comprase para él. Esperó a que alguien viniera para formalizar la compra de

este.

Mientras tanto, Mortimer que había desaparecido por uno de los pasillos, al fondo localizó a quien andaba buscando.

—¡Neeenaaa, no te vas a creer lo que me acaba de ocurrir! —Iba agitando las manos al aire.

—¿El qué, qué te pasa? ¡Parece que has visto un fantasma!

—¡Peor que eso, cariñooo! ¡Está aquí!

—¿Quién está aquí?

—¡Quién va a ser, neeenaaa? Random, Romeo, ¡o como quieras llamarlo! —le dijo sujetándola por los hombros y zarandeándola cariñosamente—. Mírame a los ojos. O te lo quedas tú, o me lo quedo yo, guapa, ese portento humano se merece a uno de los dos, cariño.

—Pero, a ver, Morty, tú alucinas, ¿no? ¿Qué te has tomado, churri? ¿Y cómo lo sabes? ¿Dónde está? Además, es casi imposible, si no lo conoces. La testosterona se te ha subido a la cabeza, cariño, y has podido pensar que fuera él.

—Ven, nena, ven. —La agarró de la mano llevándola casi en volandas por entre la muchedumbre que había en la sala—. ¡Correee! Aclárame lo que han visto mis ojos.

Llegaron hasta la zona en la que estaba situado el cuadro de ella, pero allí solo quedaba Walter.

—Morty, vida…, este no es Random.

—¡Estaba aquí, ahora mismo, corazón, te lo juro! Y si no era él debería ser tu hombre nena, era majo, educado, guapo, moníísimooo y sobre todo, elegante. Me ha pedido que le vendiera tu cuadro.

Walter permanecía atento y divertido al ver cómo aquel hombre describía a su amigo y tomó parte de la tertulia:

—Disculpen que interrumpa. Tengo la orden de comprarlo —dijo señalando el cuadro.

—¡Disculpe, usted, pero ya está reservado! —inquirió Mortimer—. Ya está apalabrado para otro señor.

—Sí, lo sé, para mi amigo, Random. Random Williams.

—¿Ves, neeenaaa? ¿Lo vesss? ¡Estaba aquí hace un momento!

A Natasha le recorrió un escalofrío por todo el cuerpo y Walter tomó partido en la conversación:

—Sí, estaba aquí, pero se ha tenido que marchar por temas personales.

—¿Ha pasado algo? —murmuró ella.

—Nada que no tenga remedio, su sobrina está con fiebre.

—¿Ruth está malita?

—¿La conoces?

—No, pero sé de ella a través de Random, en nuestra cita en varias ocasiones hizo referencia a la niña, cuando habla de esa pequeñita, que según él es su princesa, su cara se ilumina.

—Pues quédese tranquila —manifestó Walter—, no parece nada grave, pero él es así...

—¿Se refiere a que siente mucho por esa pequeña?

—Correcto. Por cierto, entonces... ¿Usted es Cenicienta? Aunque ahora ya se su nombre verdadero, Natasha.

—¿Conoces nuestra cita?

—Algo sé, tenemos una relación bastante estrecha.

Ella se quedó un tanto extrañada y le preguntó:

—¿Son ustedes pareja?

—¡Nooo, ja, ja, ja! Aunque es muy majo, trabajamos en el mismo lugar, bueno, y pasamos la experiencia de haber acabado juntos la universidad, pero sobre todo, tenemos una bonita amistad que perdura en el tiempo. —Ella inclinó un poco la mirada en señal de cierta vergüenza, por la pregunta que le había formulado—. ¿Por qué baja la mirada? No tiene nada de qué avergonzarse. Sé de usted a través de mi amigo, y algo tengo que decirle, nunca lo había visto así de sonriente, incluso el día del accidente de la bici venía contento, jamás había visto en sus ojos esas ganas de ver el mundo de otra manera, no sé..., como más agradecido. Es más, en ocasiones, por el museo lo oigo silbar.

Mortimer se encontraba entre ellos dos, absorto en la conversación con el brazo derecho flexionado por delante de su torso y sujetando con su mano el codo de su brazo izquierdo doblado sobre sí mismo, y con su dedo índice y pulgar había formado un ángulo de noventa grados donde apoyaba su cara ensimismado.

—¿Ves, nena, ves cómo es alguien de corazón bonito y tú no te atreves a dar otro paso?

—No seas pesado —le contestó ella entre dientes a Morty y lanzándole una sonrisa forzada como diciéndole: «Luego te matooo»—. ¿Cómo está él? —le preguntó a Walter—. Me refiero al día del percance con la bici.

—Ya está bien, gracias, después de que mi mujer le administró un calmante y de que en casa se quedase frito en nuestro sofá. Sufrió una contusión en no sé qué parte de las costillas, eso lo sabe mi mujer.

—¿Él le contó que me estaba saludando?

Ahora intervino Mortimer:

—Nena, eso no me lo habías contado, ¡guapa!

—Me dio vergüenza, Morty, por mi culpa sufrió ese percance y ya ves, me quedé sin palabras…

—Bueno, señorita Natasha, él me comentó que usted le ofreció subir a curarse.

—¡Hombre, qué menos guapa, que le ofrecieras eso, cariño! —replicó con cierto retintín Morty.

—Tranquilos, no pasa nada, además, miren, si no les parece mal hagamos que este momento sea recordado para la posteridad.

—¿A qué se refiere, machote? —interrogó Morty haciéndole ojitos a Walter.

—¡Ja, ja, ja! No piensen mal —hizo una señal a uno de los camareros del *catering* para que les acercara unas copas de champán—. Brindemos y hagamos de este momento algo bonito —cogieron cada uno una copa y las chocaron suavemente los tres—. Por cierto, nos falta algo que no hemos hecho aún y los ingleses, si algo tenemos, es que somos muy educados. —Extendió su mano derecha a Natasha, ella hizo lo mismo con la suya ofreciéndosela a Walter—. Hola, me llamo Walter Hamilton, encantado. —Le besó la mano y ella sonrió.

—Encantada, soy Natasha Ivanova.

Walter acercó su mano a Mortimer.

—Encantado, como ya sabe, me llamo Walter.

—Un placer, Walter, mi nombre es Mortimer Bradley. Morty para ti, ¡guapo! —se rieron los tres.

Natasha se quedó algo extrañada, aunque reaccionó rápidamente:

—Bueno, Morty, pues véndelo y punto.

—¿A dónde lo envío? —preguntó Mortimer.

—Pues me ha pedido que se lo envíe al museo.

—¿Al museo? —insistió ella.

—Sí. ¿Algún problema?

—No, no.

—¿A qué museo? —preguntó Mortimer curioso.

—Mire, Morty, mejor envíelo a su casa, NW8 Abbey Road número trece, ático primera.

—Muy bien, Walter.

—Perfecto —asintió él—, ahora entiendo todo este jaleo o casualidad.

—¿A qué se refiere? —interrogó ella.

—Nada, cosas mías y de mi Betty.

Natasha le interrumpió un instante:

—¿Puedo preguntarle algo?

—Claro, dígame, señorita Ivanova.

—Random se llevó varias novelas dedicadas y firmadas por mí, para unos amigos suyos, Betty y Walter. ¿Son ustedes?

—¡Sí! Tiene usted a mi mujer ilusionada con sus relatos.

—Gracias —respondió ella.

—¡Ay, chico, nos tiene en ascuas! —insistió Mortimer.

—¿Yo, por qué?

—Por eso que ha dicho antes de que ahora entiende todo este jaleo o casualidad…

—¡Aaaah! Pues es que verán ustedes, mi mujer fue a que le echaran las cartas y preguntó por Random…

—¡¿Tu mujeeer?! —preguntó Mortimer casi decepcionado—. Oooh… Es que pensé que eras de los nuestros. ¡Qué lástima! —dijo simulando hacer pucheros—. Aunque tú también eres majo.

—Morty, cielo, vuelve a la tierra y centrémonos en lo que nos está contando el señor Hamilton —le insistió Natasha.

—De todas maneras, Mortimer, no está todo perdido, chico —ironizó Walter.

—¿A qué te refieres, hombretón?

—Verás, tengo un hermano algo más joven que yo; se llama Leonard y tal vez podríais hacer buenas migas, como mínimo tenéis los mismos gustos.

—¿Y es tan guapo como túúú? —Aquí ya pasó de la formalidad a tutear arrastrando la última sílaba como haciéndole la pelota a Walter.

—¿Qué? ¡Nooo! —contestó él—. El muy canalla se ha llevado la mejor parte. Creo que mi madre creo guardó para él lo mejor, aunque eso no me molesta, me siento más orgulloso si cabe.

—¿Él vive aquí? —le preguntó Morty mientras se sujetaba a su brazo como implorándole sin expresarle verbalmente que quería conocerlo.

—No. No vive en Londres, pero tiene que venir por trabajo en un par de meses si todo va bien.

—¿Síííí? ¡Pues chico ya sabes, cuando venga me avisas y le montamos una cita a ciegas conmigo! —dijo él todo loco de alegría—. ¡Ya verás si al final seremos cuñados y todo, guapetón! —Le dio un sutil toque en el brazo.

Walter le sonrió. Natasha permanecía callada, divertida y a la vez atenta al diálogo que estaban manteniendo los dos hombres. Finalmente, rompió su silencio dirigiéndose a Walter:

—¿Está mal su mujer?

—No, no, ¡qué va! A ella le apasiona todo lo relacionado con el tarot y fue solo por saber

de temas familiares suyos y aprovechó para preguntar por nuestro amigo. En fin, espero no estar aburriéndoles con mi charla y no sé si estoy preparado para contestar a tantas preguntas sin que esté delante mi abogado. —Se miraron los tres y se rieron.

—Discúlpenos, señor Hamilton —Natasha se excusó con Walter—; estamos algo extraños por los acontecimientos y tal vez estemos invadiendo su vida sin apenas conocernos.

—No se preocupen, la compañía es grata y me siento a gusto charlando con ustedes.

—Pues espera, majo, que con tanta cháchara tengo la boca seca y me tenéis atacado de los nervios. ¡Dios mío! Voy por unas copas y vuelvo.

Al desaparecer por el pasillo en busca de refrigerios, Natasha intervino:

—Disculpe a Morty es que está nervioso, le había hablado de mi cita y al conocer a Random hoy, se le ha subido la testosterona por las nubes.

—Tranquila, me lo imagino, en el museo estamos igual con él y su cita, parece ser que vuestro primer encuentro no fue desacertado, aunque corto.

—Cierto, me tuve que ir por un problema.

—Ya, algo me contó Random; creo recordar algo sobre una mujer, ¿quizá? —le preguntó él educadamente.

—Sí, tuvimos que ir al hospital Saint Thomas por un imprevisto.

—Perdón por mi intromisión, señorita Ivanova, ¿fueron por un tema de malos tratos?

—Sí, ¿cómo lo sabe?

—¡El mundo en ocasiones es como un pañuelo! No sé mucho, la verdad, Betty, mi mujer, es doctora y no me cuenta muchas cosas debido al código de deontología médica, pero esa noche vino algo afectada, y ante mi insistencia, me contó que una mujer acompañó a otra que había sido golpeada por su pareja, ambas con rasgos del este. Solo eso —ella bajó la mirada y asintió —. Cuánto lo siento, señorita Ivanova, esas cosas no deberían ocurrir nunca. Pero bueno, miremos el lado menos malo, ya conoce a mi mujer también.

Ella sonrió asintiendo. Seguían hablando cuando llegó Mortimer.

—Perdonad por el retraso, pero me tuvieron secuestrado haciéndome preguntas por una de mis obras y no podía esquivarlos. Vamos, chicos, a aquella mesa que hay alguna cosa para picar y beber —se acercaron al lugar y prosiguieron con la charla—: Bueno, hombretón, cuéntanos, ¿dónde trabaja nuestro *gigoló*? —Natasha que estaba a su lado le dio un codazo—. ¡Ay! Hija, que estoy en blanco y me faltan muchos datos, mujerrr. Quiero saber más del hombre que te tiene intrigada desde el primer día que le conociste —ahora ella que seguía a su lado aprovechó y le pisó el pie, para contener a aquella lengua viperina que la estaba poniendo en un compromiso—: ¡Auuu! ¡Neeenaaa, que no me des más, que me estás maltratando y eso queda feo en un gay, y en ti más, guapa, tú que luchas en contra de eso! —le dijo mientras le ofrecía una sonrisa divertida y traviesa.

Walter que estaba al tanto de la entretenida situación que estaba ocurriendo se hizo el disimulado y se prestó a complacer a Morty respondiéndole a su interrogatorio.

—A ver, chicos, trabajamos en un museo.

—¿Museo? —inquirió Morty.

—Sí —respondió Walter, en el Museo Británico. Él trabaja como conservador y pasante, y yo soy su jefe.

—¡Ostras! —apuntó Natasha—. Menos mal que no dijimos nada malo sobre él. Ja, ja, ja.

—Tranquila, no pasa nada, él debido a su cargo, casi siempre va de aquí para allá en busca de «el arca perdida», esa broma siempre la tenemos mutuamente.

—Parece que sois muy amigos —apostilló Mortimer.

—Pues sí —respondió Walter—. Conseguimos separar el trabajo de lo personal perfectamente, pero si él precisa algo de mí y viceversa, aunque estemos trabajando, tan solo tenemos que pedirlo.

—Suena bien —apuntó Natasha—. Parece que es un hombre afortunado y buena gente.

—Les puedo asegurar, chicos, que jamás había conocido a nadie como Random; buena gente, atento con los suyos y sobre todo si necesitas algo, ¡ahí está él! —Natasha y Morty estaban tan cautivados escuchando a Walter, que ni pestañeaban—. Me parece, señores, que les estoy monopolizando completamente, y por allí hay gente que les reclama.

—¡Aysss…! Sí, Walter, nos tienes acaparados —ironizó Mortimer—. Mira yo me voy, que como siga escuchando maravillas de ese hombre, al final Nat y yo nos vamos a tirar de los pelos por él. —Soltó una carcajada—. Si te parece bien, Natasha te acompaña a hacer la compra del óleo y le dejas a ella los datos de la casa del galán.

—¿Galán? —preguntó ella.

—Ay, hija. ¡Qué rancia eres! De Random, cariño, que estás embobada desde que os conocisteis. —Se giró dando una sacudida a su cabeza airadamente, se encaminó hacia el grupo que había al fondo y que hacía rato que preguntaban por el artista.

—No le haga caso, señor Hamilton, me ha cuidado siempre y ahora está más pesado que nunca.

—Llámeme Walter, por favor. Si le sirve de consuelo tengo a alguien cercano que me ocurre lo mismo con él —ambos sonrieron—. Bueno, ¿qué le parece si el martes le lleva usted el cuadro?

—Por mí, no hay problema, pero ¿qué dirá él?

—Sin problema, le diré que se lo llevará un repartidor cualquiera y así no sospechará nada.

—¿Sabe una cosa, Walter? No quisiera crearle falsas esperanzas ni incomodarlo, ya que mi vida es un sin parar.

—No se preocupe, él es difícil de enfadar y de desestabilizar, usted le lleva el cuadro y se lo da, después, que él decida qué hacer, ¿le parece bien?

—No sé, el martes decidiré qué hago…

—Un placer, Natasha.

—Lo mismo opino, Walter. —Se besaron en las mejillas y se despidieron con un «hasta pronto».

Cada uno se dirigió a algún lugar de la galería. Walter se acercó a ver un par de objetos que quería comprar. Una vez que hubo cerrado el trato de las compras salió del lugar calle abajo, en busca de su coche sonriendo por lo que acababa de suceder. Sacó su móvil del bolsillo y llamó a Betty:

—Hola, cariño, ¿qué tal llevas la guardia?

—Liada, vida, hoy el hospital está desbordado.

—Tranquila, eres la mejor, amor.

—¡Gracias, cariño! ¿Habéis cenado?

—He picado un poco del *catering* que unos camareros iban ofreciendo a los visitantes. Random se tuvo que marchar, Ruth tenía fiebre.

—Vaya, pues ahora llamo a Elisabeth en cuanto tenga un hueco y que me cuente. Entonces, ¿qué tal te fue con la exposición de cuadros?

—Bien, he reservado varias piezas que me han parecido interesantes para el museo y un cuadro para Random.

—¿Y eso?

—¿Recuerdas que nuestro amigo conoció a alguien?

—Sí, Walter, algo recuerdo, y la cara de Random es diferente últimamente.

—Pues encontró un cuadro allí de su nueva amiga y después la encontré a ella, bueno, ella y su amigo me encontraron a mí allí, cariño.

—¡Anda! Bueno, amor, luego me cuentas en casa, que me llaman por megafonía, y en cuanto pueda, llamo a Eli. ¡Un beso cielo! —Y colgó.

A Walter no le dio tiempo de llegar al coche, cuando le sonó el teléfono de nuevo pensaba que sería Betty, que se habría olvidado de pedirle algo; miró la pantalla y le dio a la tecla de descolgar:

—Hola, Random, ¿qué tal sigue Ruth?

—Bien, gracias. Mejor ya. ¿Y a ti, qué tal, cómo te fue, pudiste comprar el cuadro que te pedí?

—Sí, el martes te llegará a casa, imagino que te lo llevará algún repartidor durante la mañana.

—¿Pudiste encontrar algo más para el museo?

—Sí, encontré algo y a alguien más.

—¿A quién te refieres?

—Bah, no me hagas caso, ya te contaré.

—Te dejo, que tu mujer está hablando con Elisabeth para informarse, un abrazo amigo.

Cuando ambos colgamos, Eli me preguntó por la llamada que había hecho.

—¿Era Walter?

—Sí —respondí—. Preguntaba por la niña.

Ella se quedó algo extrañada y dijo:

—Tú le has preguntado por el cuadro que te gustaba. ¿Te lo ha comprado?

—Sí, al final sí que lo ha podido comprar.

Esa noche, la acabé pasando con mi familia. Scott estaba fuera y no quise dejar solas a mi hermana y a mi adorada sobrina en aquellas circunstancias, a pesar de que la fiebre había ido bajando, pero me sentía más tranquilo al cuidado de ambas. A todos nos fue bien quedarnos juntos, cada vez que me juntaba con ellas, lo demás, casi que no importaba tanto.

Capítulo Nº 6 - Encuentros inesperados.

La mañana del martes aproveché para pasarla en casa, ya que no sabía a qué hora vendría el repartidor con el cuadro. Estaba entretenido con el portátil indagando sobre las obras de Mortimer, cuando sonó el interfono.

—¿Sí? ¿Quién es?

—¿El señor Random Williams? Le traigo un paquete.

—Sí, es aquí, le abro —por el videoportero vi a alguien con una sudadera, la capucha puesta y un paquete en los brazos. Al llegar al ático tocó la puerta, abrí y apenas sin mirar le indiqué:

—Pase, por favor y déjelo ahí —señalé el sofá—, que voy a por la cartera.

Me encontraba descalzo, con unos pantalones de chándal anchos de color gris y una camiseta blanca de algodón de manga corta, con un bolsillo en la parte delantera muy *chic*, ya que dicho bolsillo asimétrico estaba cosido por encima. La llevaba desabotonada por arriba tres botones, por lo que se podía entrever mi torso semidesnudo, detalles que no se le pasaron por alto al supuesto repartidor. Noté cómo me observaba por el rabillo del ojo cuando pasó por mi lado. Dejó el cuadro encima del sofá para que no sufriera daño y esperó junto a la puerta. Cuando volví con la cartera e iba a sacar un par de billetes para mostrar mi agradecimiento con una propina, miré a la cara del repartidor y vi que tenía a la gata entre los brazos, en ese momento, ella se quitó la capucha y me dijo:

—Hola, Romeo.

No me la esperaba, al verla me quedé boquiabierto y la cartera se me cayó al suelo, jamás me hubiera imaginado que ella misma vendría a traer el cuadro.

—¡Cenicienta! Digo... ¡Natasha! —Parpadeé varias veces, e incluso me restregué los ojos incrédulo por si lo que veía era una alucinación—. Pero…, esto no puede estar pasando, ¿tú qué haces aquí? Pero ¿cómo…? —me toqué el pelo y susurraba palabras extrañas de traducir.

A ella, esa situación de desconcierto y sorpresa le estaba resultando divertida, se agachó y me dijo:

—Su cartera, señor Random Williams.

¡Ufff…! No sabía qué estaba ocurriendo, me encontraba en estado de *shock*; Natasha en mi casa, con el cuadro, con Cascabel en sus brazos. No daba crédito a lo que estaba sucediendo. «¿Cómo conocía mi dirección? ¿Y mi nombre completo? ¿Y a la hora en que estaba en casa?» Todo eso fui capaz de pensar en una décima de segundo, evidentemente recapacité y me di cuenta de que detrás de todo esto estaba mi buen amigo Walter. Ella que se mantenía sonriente me comentó:

—¿Me va a dar propina el señor, o no?

Me acerqué torpemente un poco más a Natasha y sonreí sin poder evitarlo.

—Sí, sí, claro. ¿Qué menos? Tenga —le iba a dar un par de billetes cuando ella acercándose a mí hasta casi un palmo de distancia, con mirada sugerente, y voz susurrante dijo:

—No, gracias, en la próxima cita pagas tú de nuevo, y estamos en paz por el viajecito.

Ahora que parecía que ya estaba algo más centrado le respondí:

—¡Entonces tendremos que quedar otro día más, para que tú me invites!

—Dicho queda, ahora debo irme, que tengo cosas que hacer, además, ya que no me invitas a nada… ¡Con más motivo! —me dijo traviesa e irónicamente.

«¡Pufff…, hoy no doy una!» Pensé, reaccionando rápidamente ante la indirecta.

—Disculpa mi torpeza… ¿Te apetece tomar un café, o tal vez, algo fresco?

—Tranquilo, era broma; he de irme ya, sí o sí. Solo vine porque te debía mínimamente esto por lo de la otra noche.

—Por cierto, Natasha, ¿qué tal fue con la mujer aquella que tuviste que ir a socorrer?

—La verdad es que fue una situación complicada, pero bien. Svetlana, que es como se llama es fuerte, poco a poco se recuperarán en la casa de acogida, ella y sus hijos.

—Me alegro —susurré.

—Bueno, discúlpame, ahora sí debo marcharme, tengo que acudir antes al Consulado de Rusia y después voy a ir a verla. Esta tarde precisamente hay organizada una manifestación que comenzará en Trafalgar Square sobre ese tema.

—Natasha, ¿te llevas a Cascabel?

—No. ¿Por qué?

—Pues, porque está en tus brazos, ja, ja, ja —nos reímos los dos.

—¡Ay, lo siento! Imagino que percibió el olor de mi gato siamés.

—Miauuu —dejó ir la gata como reacción a las caricias que acababa de recibir de Natasha.

La soltó en mis brazos procurando dejarla sobre mi pecho, cosa que ella aprovechó para rozarme la piel, no sin antes mirarme a los ojos durante algo más de cinco segundos y decirme que teníamos pendientes dos citas. Acercó sus labios a mis mejillas y se despidió con dos besos. Salió hacia el ascensor recorriendo el pasillo de la zona comunitaria, la puerta del piso la mantuve abierta para observarla desde allí, entonces reaccioné:

—Si hubiera sabido que venías, me hubiese puesto más elegante para la ocasión.

Ella me respondió:

—Tal cual estás, ya estás bien para lo que acabamos de vivir, no cambiaría nada de este momento, señor Williams. —Me guiñó un ojo y se metió en el ascensor, a punto de cerrarse las puertas de este, le grité:

—¿Cuándo volveré a verte?

—No sé —respondió ella—. ¡Cuando quiera el destino, Romeo!

El ascensor desapareció pisos abajo y yo me quedé con Cascabel en las manos. Acaricié su cabeza y ella dejó escapar un maullido.

—¿Ahora maúllas, sinvergüenza? ¡Ya hablaremos tú y yo, señorita!

Me asomé a la terraza con la felina entre mis brazos, mi flamante repartidora de cuadros había llegado en un taxi que se encontraba aparcado en la acera de enfrente, antes de subirse en él alzó su mirada; levantó su mano despidiéndose y me regaló una sonrisa, debido a la altura que me encontraba me llegó difuminada. Yo se la devolví cariñosamente. Una vez que desapareció el vehículo calle abajo, me volví hacia el salón para desempaquetar el susodicho cuadro. Dejé a la gata en el suelo y me dirigí a desenvolver el óleo; lo miré y me dije a mí mismo: «Es que es bonita pintada y al natural la chica».

Tomé mi móvil para hacer una llamada.

—¿Walter?

—Sí. Dime, Random.

—¡Canalla, tú sabías todo esto!

—¿El qué, amigo? —me preguntó tratando de disimular.

—Que vendría una chica a entregarme el cuadro en mano a mi casa.

—¿Te refieres al repartidor? ¿Era una chica? ¿Qué tiene eso de malo? Me sorprendes

Random, tú, acérrimo defensor de la igualdad de derechos en las personas sin distinciones de sexos... —me respondió socarronamente a la vez que divertido por mi reacción.

—¿Pero tú sabes quién es, no?

—¡Aaah! Es que trabaja también llevando obras de arte a casa de los clientes. —Tapó el micrófono del teléfono para soltar una carcajada, que pude escuchar.

—Me estás vacilando, ¿no?

—Que síií, hombre, ¡que es broma! La otra noche la conocí después de marcharte tú y quedamos en que quizá te entregaría el cuadro ella en tu casa, pero pensé que no sería capaz de llevártelo en persona, por eso tampoco te comenté nada, por si finalmente no acudía y lo mandaba con un mensajero, no te llevaras una decepción. Solo eso, Randy, tampoco he tenido mucho tiempo de contártelo.

—Ya, me lo imagino, aunque hubiera preferido saberlo.

—A ver, amigo; estabas preocupado por tu sobrina y ya sabes que en el museo andamos liados. Quédate con lo que has vivido, las cosas vienen cuando vienen. Venga, nos vemos a la tarde en el museo, que tienes que ir a entregar un pedido importante a la Galería Nacional en Trafalgar Square.

—Tranquilo, ahí estaré canalla, pero que sepas que, ¡esta me la apunto y me la cobro!

—¡Ja, ja, ja, yo también te quiero, Romeo!

Acabé la mañana colgando el cuadro de Cenicienta en la entrada de casa, me alejé unos pasos más atrás tomando un poco de distancia de la pared para poder observarlo y no pude evitar pensar en voz alta:

—Parece que te han hecho para esta pared y qué mejor que tú, para estar reflejada en él, amiga.

—Miauuu —respondió Cascabel.

—Tú opinas igual, por lo que veo. Venga vamos a comer algo que después tengo trabajo.

Mientras tanto, en el taxi que llevaba a Natasha al consulado ruso, recibió una llamada:

—¡Hola, nena! ¿Cómo fue?

—Hola, Morty. Bien, ahora voy un instante al consulado a llevar aquellos papeles que tenía pendientes.

—Muy bien, cielo. ¿Entregaste el cuadro?

—¡Sí, al final fui yo!

—Así me gusta, Nat, ¿quién dijo miedo? ¿Qué problema hay? Y, ¿qué tal su casa?

—Bueno, le subí el cuadro y le di una pequeña sorpresa.

—Ja, ja, ja—él se rio al otro lado del móvil—. Hubiera pagado por ver por un agujerito ese momento.

—Te cuento más tarde, Morty, que ya llego al consulado.

—Vale, nena, un beso.

Después de comer me dirigí hacia el Museo Británico. Subí a saludar a Walter y a pegarle un tirón de orejas, pero él estaba bastante ocupado.

—Pasa, Random. Mira, esto es lo que has de llevar al pasante de arte que te comenté esta mañana.

—De acuerdo. Cuando puedas tenemos que hablar.

—Tranquilo, el sábado en casa cenando puedes decirme lo que quieras mientras saboreamos una copa de vino. Por cierto, amigo, la tal Natasha es de diez. —Hizo el gesto con el dedo pulgar hacia arriba en señal de aprobación.

Esas últimas palabras de Walter me desarmaron, lo miré sonriéndole, me metí los dedos entre el pelo y murmuré:

—No sé cómo lo haces, pero te quiero.

Minutos más tarde, me hallaba al otro lado de la ciudad, en La Galería Nacional haciendo gestiones, las cuales, me llevaron más de dos horas para cerrar los temas que allí tenía que tratar. Cuando estaba a punto de marcharme, vi mucha gente concentrada en la plaza de delante del edificio.

—¿Sabe usted qué ocurre, señorita?

La secretaria de la centralita me comentó:

—Procure ir por La City, ya que va a haber una gran manifestación.

—¿Qué ocurre?

—Es una concentración en favor de la mujer, algo que no se debería reivindicar, simplemente, debería de ser algo normal.

—Tiene usted razón —asentí—. En ocasiones nos escandalizamos por cosas que solo deberían solucionar los políticos, y sin embargo, para estos temas más rudos, apenas nadie de la política levanta la mano.

—Cierto, señor —apostilló ella.

—Un placer, señorita. Más tarde les paso el informe de la transacción hecha hoy.

—Quedamos a la espera, señor Williams.

Estaba contento por la gestión efectuada y por la charla que acababa de tener. Al salir a la calle al otro lado de esta, en Trafalgar Square encontré un gran grupo de personas concentradas, en su mayoría mujeres que gritaban frases como:

—«¡UNIDAS JAMÁS SEREMOS VENCIDAS! ¡JUNTAS SOMOS MÁS FUERTES!»

Y otra, que más las unía al parecer:

—«¡RESPETO! ¡NO ES NO! ¡SOMOS LAS MADRES DE LOS HIJOS DEL MUNDO!»

Entonces recordé la conversación con Natasha por la mañana en la que me dijo que iba a acudir a una protesta en contra del maltrato. Caminé por el lateral intentado alcanzar la cabecera de la manifestación, al llegar hasta ella vi sujetando entre una veintena de mujeres una pancarta, Natasha iba en el centro gritando como una posesa. El eslogan decía así:

«¡SOMOS PERSONAS!»

A algunos de los transeúntes que paseábamos por los laterales, nos iban entregando banderines de color morado en favor de la mujer, me debatía entre integrarme en su grupo o por el contrario seguir por el lateral y unirme tan solo a su grito y a su causa. Vi un pequeño pasillo para meterme y opté por hacerlo, poco a poco iba avanzando filas hasta que me quedaban apenas tres o cuatro para llegar hasta la cabecera; el griterío ya era apabullante por la cantidad de manifestantes y por todo aquel que se unía a aquella lucha. Creo que mis gritos eran tan intensos, que, en uno de los clamores, a Natasha le pareció reconocer mi voz. Se giró y me vio; frunció el ceño en señal de extrañeza, habló con unas de las mujeres que había delante de mí e hizo señales para que me dejaran pasar. Llegué hasta ella y me situé a su lado, la manifestación se había detenido hacía escasos instantes.

—¡Pero bueno! ¿Qué hace usted aquí?

—Pues, no sé, señorita Cenicienta. Pasaba por aquí y pasé a saludarla. Además, esta mañana me sorprendió usted, y ahora le devuelvo yo el cumplido, y algo más importante…

—¿Qué es señor, Romeo?

—No quería que estuvieras sola siendo tan joven. —En ese momento la tuteé en señal de proximidad.

Ella me miró y me dio un codazo.

—¡Augh! —grité—. Esto me lo apunto, que lo sepas… —le dije bromeando—. No sabía que tratases así a los amigos. ¡Aughhh! —Me sorprendió con otro.

—Lo siento, Random, fue un acto espontáneo.

—Tranquila, no pasa nada, quizá con un beso en la mejilla se me pase. —Incliné un poco mi cara para facilitarle la labor.

Ella se me quedó mirando y dudando sobre qué hacer, si dármelo o no, cuando de nuevo la manifestación se puso en marcha. Los gritos de todas las personas eran más intensos por momentos, parecía que a medida que caminábamos la cola se hacía más infinita, de tanto en tanto, nuestras manos se acercaban y se solapaban irónicamente para sujetar la pancarta, o para comenzar a conocerse. Llegamos hasta los Reales Tribunales de Justicia donde la manifestación debía detenerse.

—¿Y ahora, qué? —le pregunté.

—¿Qué, de qué?

—Que... ¿Qué hacemos ahora, señora?

Ella torció un poco el morro en plan de mínimo cabreo por tener que irse, o por que la había llamado señora, no lo sé.

—Nos esperan arriba a una pequeña comitiva.

—¿Puedo subir y acompañarte?

—¡Nooo! No es que no quiera que vengas, ni que no puedas ir donde yo vaya, pero es que debemos subir tan solo las personas que ya estamos asignadas, solo eso.

—¿Volveré a verte?

—No lo sé, Romeo. Tal vez. Está claro que el destino de tanto en tanto, nos une, aunque te recuerdo que la edad era algo importante para ti. ¿Has cambiado de opinión?

—Bueno, no te conocía, y eso era un hándicap para ti. Además, Cascabel al parecer, hizo buenas migas contigo.

Ella se acercó para darme dos besos, uno en cada mejilla.

—Tienes algo bonito, Random —me dijo tocándome con su mano derecha el corazón. Metí los dedos entre mi cabello como si me lo aplacara en reacción a su comentario—. Tal vez podamos algún día reiniciar la cita en el Café 101, no quiero darte esperanzas de algo más, pero te pediría que te quedases con eso. Hacía tiempo que un hombre no tenía tanto de mí…

—Tienes edad, todavía, para muchas citas, Natasha. Ojalá en alguna de ellas volvamos a coincidir, y si nuestros caminos no nos unen, por lo menos yo, me quedo con lo vivido.

Ella se dio la vuelta y desapareció escaleras arriba hacia el edificio. Salí de las filas de la manifestación y me encaminé hacia el museo, al llegar, encontré a Walter que salía de su despacho.

—¿Qué tal fue, Random?

—Bien —le respondí algo distraído.

—¿Estás bien, amigo?

—Sí, no te preocupes, pero es que cada vez que la veo me descoloca.

—¿A quién te refieres, a la escultura de Cleopatra? Sácala de tu despacho y llévala a la sala de distribución, o mejor, que vengan a buscarla.

—¡Nooo! ¡Ja, ja, ja, me refiero a Natasha!

—Pero ¿todavía estás dándole vueltas a lo de esta mañana? Te ha dado fuerte, ¿eh,

canalla?

—No. No me refería a eso, que hablando de ese tema, tú y yo tenemos cosas que contarnos, ¿no?

—Ya te dije que el sábado cenando en mi casa tendríamos una charla en la que podrías preguntarme lo que quisieras, ja, ja, ja —nos reímos los dos.

—Sí, sí, Walter, eso me quedó claro, pero es que la he vuelto a ver.

—¿La has visto? ¿Dónde?

—En la manifestación que se congregó en Trafalgar Square. No sé si fue producto de la casualidad, cosa tuya, o del destino.

—¡Mira qué bien fue enviarte allí! ¿No?

—Sí, ya veo, gracias, pero no sé qué me pasa, después de verla me quedo pillado siempre.

—No le des tanta importancia. Oye, ¿qué tal tu cuadro?

—Ah, pues bien, en la entrada de casa queda de lujo.

—Pues, quédate con eso, así la verás más a menudo.

—Ya, también tienes razón. Walter, recuérdale a tu mujer que el sábado a las 17:00 PM hemos quedado junto a mi hermana y mi cuñado, por el cumpleaños de Ruth, lo celebraremos en el *burger* de la zona de Picadilly Circus, en el local que hay habilitado para cumpleaños y ambientado en la película de *Grease*.

—¿Te volverás a disfrazar?

—¡Sí, claro! En esta ocasión de Peter Pan, ahora estamos en esa época que hemos visto sus aventuras como veinte veces y leído otras tantas.

—Pues allí nos veremos, amigo.

—Hasta mañana, Walter.

Me marché para casa a mis obligaciones y a mis momentos de relax, al entrar por la puerta vi el cuadro de Natasha y le saludé:

—Hola, señorita.

Al fondo se escuchó:

—Miauuu —Cascabel se dio por aludida ya que ese era mi saludo cuando llegaba a casa y sonreí.

—Hola, a ti también, amiga. ¿Tienes hambre? —Volvió a maullar la gata como respondiéndome afirmativamente—. A ver esa patita, bueno, esto ya está completamente curado, a ver si no te vuelve a ocurrir —maulló de nuevo—, pues eso, minina, procura portarte bien en adelante.

¿Qué vas a hacer con tu vida?

Capítulo Nº 7 - El cumpleaños de Ruth.

Y llegó el sábado. A la misma hora en que se suele servir el té y con la puntualidad estricta que caracteriza a los británicos llegué al *burger* de Picadilly Circus. Me encontré a Walter en la calle fumando un cigarrillo.

—¡Hola, Randy! ¿Entramos? Ya se encuentran todos dentro del local.

—Sí —respondí—, me costó aparcar, pero al fin lo conseguí.

—Pues, vamos para adentro.

—¡Hola, a todos! —saludé efusivamente a los allí congregados.

Nada más verme, Ruth salió corriendo hacia mí. Me dio varios besos y me abrazó como si hiciera años que no nos viéramos. Saludé en primer lugar, a los anfitriones: a mi hermana, Elisabeth, a mi cuñado Scott, y luego fui uno por uno saludando al resto de invitados: un par de matrimonios amigos de Elisabeth y Scott, a Betty, la mujer de Walter y a varios amiguitos y amiguitas de la pequeña.

Hacia el fondo de la sala habían puesto en el centro un sillón adornado como si fuera el trono de una reina para la galardonada. En un lado habilitaron una larga mesa a modo de buffet con unas bandejas llenas de mini *baguettes* y sándwiches de pan de molde, rellenos de embutidos variados, queso, paté e incluso, de crema de cacao. También había platos de patatas fritas, olivas y frutos secos. Casi al final de la mesa se encontraban las bebidas: refrescos de naranja, limón, cola, agua, zumos, cervezas, vino y champán.

Durante el transcurso de la fiesta, todo el mundo íbamos de aquí para allá picoteando, bebiendo y dialogando, los más pequeños, también comían mientras jugaban entre ellos.

Habían transcurrido un par de horas de la fiesta y, en un momento en el que Ruth se despistó, Elisabeth me hizo una señal para que me marchara a disfrazarme como siempre solía hacer. La idea era que cuando yo entrase a hacer mi espectáculo, le diese los regalos el mismo Peter Pan. De manera que, en un momento en que las niñas y niños estaban distraídos aproveché para entrar por sorpresa, me situé en el centro de la sala para llamar la atención de todos:

—¡A ver! —vociferé cual pirata—. ¡Sentaos todos!

Ruth gritó:

—¡Mirad, es Peter Pan!

—Vengo del país de Nunca Jamás, y he venido a ver si encuentro a «los niños perdidos» —les susurré como Peter Pan—, y me han chivadooo que por aquí anda una linda señorita que cumple hoy añosss... —Miré a todos los niños y con la mano extendida y el dedo iba señalando a uno por uno:

—Eres..., ¡tú!

—¡Nooo! —gritó una niña.

—A ver, a ver, ¿eres tú?

—¡Nooo, yo soy un niño!

—¡Pufff…, tendré que ir a la óptica a que me pongan gafas!

Se oyeron unas fuertes carcajadas de niños y grandes. Continué metido en mi papel indagando:

—¿Eres tú, bella pequeña?

—¡Nooo, que es Ruth! —gritó otra niña señalándola.

—¡Mecachisss! Digooo... ¡Chispitas! ¿Y quién es la bella dama, Ruth? Que no acierto nunca.

—¡Yooo! ¡Tío Randy, que te conocemosss!

—Eh, ¿quién es ese personaje que nombráis? Quizá deba batirme en duelo contra él, le retaré al igual que hice con el capitán Garfio, al que siempre gano. ¿Lo prefieres a él o a Peter Pan, bella señorita?

Ella sonrió y dijo divertida:

—Os quiero a los dos, ja, ja, ja.

—¡Bueno, bueno, menos mal, porque si no me tendría que retar con él y seguro que ganaría yo! —Dije cruzándome de brazos y poniendo cara de presumido. Todos los niños se echaron a reír por la escena que estaban disfrutando—. ¿Sabéis qué? —dije emulando a Peter Pan— En mis últimos viajes por el mundo de Nunca Jamás, me encontré tesoros de todo tipo. ¿Queréis verlos?

—¡Síií! —gritaron todos los pequeños, incluso los grandes.

Dejé en el suelo el saco que llevaba a la espalda y comencé a sacar regalos. La sala donde nos encontrábamos era una especie de reservado medio abierto y en la sala de al lado se celebraba otro cumpleaños. Mientras yo me divertía con la escena que había conseguido montar, Walter vio entrar en la sala contigua alguien a quien conocía, aunque fuera tan solo de un día. Se dirigió hacia ella, mientras yo, Peter Pan, seguía sacando regalos.

—Disculpa, Betty, ahora vuelvo.

—De acuerdo, cariño.

Él se acercó a la entrada del otro cumpleaños e hizo un gesto para que la persona a la que había visto saliera.

—Hola, Natasha, ¿qué hace usted aquí?

—¡Ah, hola, Walter! Me han invitado al cumpleaños de la hija de una amiga.

—¿Y usted?

Betty que estaba algo intrigada salió a ver a quién saludaba Walter tan efusivamente. Al llegar hasta ellos se dio cuenta de quién era.

—Hola, Natasha…

—¿Os conocéis? —preguntó Walter.

—Sí —respondió ella—, nos atendió en el hospital Saint Thomas.

—Cierto —añadió Betty—. No es un recuerdo agradable, pero para eso estamos Natasha.

—¿Y vosotros, que hacéis por aquí?

—Walter es mi marido.

—De eso me enteré la otra noche. ¡El mundo es un pañuelo!

—Pues, eso parece, Natasha.

Ante el pequeño posible malentendido que parecía que se podía crear, Walter salió al quite:

—Cariño, ¿recuerdas el otro día que estuvimos en la sala de arte, Random y yo?

—Ah, sí —respondió Betty curiosa.

—Pues, de ese día surgió la casualidad de que ahora nos conozcamos, se lo debemos en parte a Randy. Es más, cariño, ante ti tienes a la escritora de los libros que tanto te gustan. Por cierto, Natasha, que sepas que ha monopolizado tanto las novelas que aún no les he podido echar un ojo, ja, ja, ja —se rieron los tres, y, sobre todo, Betty, ahora más relajada.

—Sí, Natasha, gracias por esa bonita forma de describir a las mujeres y nuestros derechos humanos.

Natasha le devolvió el agradecimiento con una sonrisa.

—Escribir me apasiona y lo encuentro una obligación para defender nuestros derechos, como mujeres, y como personas.

—Natasha, ¿qué tal tu amiga...? —Se quedó algo pensativa intentando recordar el nombre.

—Svetlana. Está mejor y muchas gracias por ayudarnos tanto y sobre todo a ella con la policía. Estaba indecisa a pesar de mis consejos, en estos casos los nervios y la realidad superan a la ficción.

—Pues creo que sí, Natasha, pero para eso estamos, para ayudar en la medida que podemos al que cruza las puertas de un hospital.

—Puedes llamarme Nat, si te apetece, Betty.

Ella le correspondió con una sonrisa.

Tomó la palabra de nuevo Walter:

—¿Recuerdas, Betty, que te comenté que Random compró el cuadro de un rostro de mujer?

—Sí, lo recuerdo.

—Pues ese rostro es el de Natasha.

—¡Guauuu! —exclamó Betty—. Parece que ya formas parte de esta familia.

Natasha se sentía abrumada y solo pudo contestar:

—Ese cuadro me lo pintó un amigo con el objetivo de recaudar ingresos para la asociación de las mujeres maltratadas, no me gusta que mi imagen esté plasmada en cuadros, aunque de vez en cuando le haga de modelo, con la condición de que mi rostro casi no se vea, pero mi amigo y pintor Mortimer insistió para esa ocasión especial y acepté por la causa que les acabo de contar.

—La verdad, es que es muy majo —añadió Walter.

—Bueno, parejita, ¿qué hacen ustedes por aquí? —insistió Natasha más efusivamente.

—Nat, tú y yo ya nos conocemos del hospital, y a Walter por el tema del cuadro, así que dejémonos de formalidades y tuteémonos, por favor, que si no parece que mantengamos una conversación muy distante.

—Gracias, Betty, opino lo mismo que tú.

—Respondiendo a tu pregunta de antes, Nat, es que hemos venido a un cumpleaños.

—Ah, qué bien —dijo ella—, como yo en esta otra parte de la sala.

—Nuestros amigos celebran el cumpleaños de su pequeña aquí —le aclaró Betty.

—Natasha, ¿te importaría saludar a alguien? —preguntó Walter.

—Claro, ¿algún familiar vuestro? —Aceptó pensando que habría alguien a quien le haría ilusión que ella como escritora fuera a saludar; quizá a algún lector o lectora de su libro.

—Bueno, la queremos tanto que es como si lo fuera, pero sé que te va a encantar, es la sobrina de Random.

—¿Está aquí, Ruth?

—Sí, estamos aquí por ella.

—¡Oh, qué bien! Dejadme que les diga a estos amigos míos que ahora vuelvo, y os acompaño.

Entraron los tres donde se encontraba Ruth y pudieron disfrutar del espectáculo que Peter Pan seguía haciendo. Random estaba de pie con la espada de madera señalando al horizonte de manera justiciera y dijo:

—Y este, señorita Ruth, es el último regalo que le he podido traer desde el país de Nunca

Jamás. Es algo que me ha costado conseguir, mi pequeña. Tuve que cruzar muchos mares para poder arrebatárselo ante sus barbas al mismísimo, capitán Garfio… —Ella me interrumpió:

—¿Pero sigue vivo, Peter Pan?

—¡Ejem, ejem! —carraspeé— Sí, bueno, claro, claro... Tenemos más batallas pendientes, pero sigamos, mi pequeña princesa.

Mientras ellos seguían con las peripecias de Peter Pan, Elisabeth vio en la puerta a Walter y a Betty con alguien más; alguien a quién no conocía. Se acercó a saludar a la posible invitada.

—Hola, soy la mamá de la cumpleañera. ¿Tú eres…?

Se adelantó Walter para decir:

—Es Cenicienta. ¡Perdón! Es Natasha.

Elisabeth se quedó sorprendida y abrió los ojos en señal de extrañeza.

—¡Un placer, Natasha! —se saludaron con dos besos—. No sabía que mi hermano te hubiera invitado, pero me alegro de conocerte y de que estés aquí.

—No, no me invitó. Estoy en la sala de al lado, que también están celebrando el cumpleaños de la hija de una amiga. —Hizo una pequeña pausa y reaccionó—: O sea, ¿tú eres la hermana de Random? ¡Elisabeth, a la que tanto quiere, y la cumpleañera es Ruth!

—¡Síií! Es la que está rodeada de juguetes.

—¡Ay, qué bonita! Tenía razón Random. Es bonita de quererla.

—Gracias —respondió Elisabeth—, y tú eres Natasha, la escritora que nos tiene a todos pendientes de tus novelas.

Natasha sacó una sonrisa algo vergonzosa.

—Espero que os gusten.

—Claro, mujer, aquí nos tienes a Betty y a mí esperando a que saques la próxima novela, porque literalmente, las hemos devorado. ¡Ah, y que sepas, que en mi barrio tengo motivado a medio vecindario para que las lean!

—Y yo, en mi hospital también —apostilló Betty.

—Pues muchas gracias, señoras —dijo Natasha—, no sé qué decir…

—No digas nada, mujer —la tranquilizó Elisabeth—. Es un mérito tuyo, solo tuyo.

Nat se sentía un poco sobrepasada ante tanto elogio y también por la situación tan casual, así que cambió de tema.

—¿Y tu hermano? —preguntó extrañada—. ¿No ha llegado todavía?

—No lo ves, ¿verdad?

Los tres acompañantes de Nat en ese momento se miraron y dejaron ir una carcajada. En ese instante Ruth le gritó a Peter Pan:

—¡Queremos ver al tío Randy!

—¿De veras queréis verlo?

—¡Síií! —gritaron todos los niños.

—¿Pero no preferís que se quede Peter Pan?

—¡Sí! —exclamó Ruth—. Pero mis amiguitos y amiguitas quieren saludarte, tío Randy.

En ese momento, Natasha se percató de que Peter Pan era Random y se quedó fascinada observándolo. Él seguía con su tarea interpretativa:

—Bien, pero..., ¡con una condición!

—¿Cuál? —gritaron todos impacientes.

—Que no le contéis este pequeño secreto al capitán Garfio —dije carraspeando la voz—, no quiero que sepa dónde vivo para que no se le ocurra raptar algún día a Ruth, cuando se queda en mi casa. ¿De acuerdo?

—¡Valeee! —gritaron los niños, incluso los mayores.

—Y ahora, si realmente queréis ver a ese tal Random, tío de la princesita de este sueño… ¡Aquí me tenéis!

Entonces yo, el supuesto Peter Pan me quité la máscara, agarré el gorro, y a modo de reverencia, lo bajé hacia el suelo. Todos aplaudieron enérgicamente, me iba girando hacia todos cortésmente hasta que llegó el turno de hacerlo hacia la puerta, ya que algunos de los invitados estaban detrás de mí, y de repente, mis ojos se encontraron con los de Natasha. Ella al ver que la miraba me dedicó un aplauso muy enérgico.

—¡Eh! ¿Llevas mucho ahí, señorita? —le interrogué sorprendido.

—El suficiente como para verte hacer disfrutar a esos pequeños.

—Pero…, tú, ¿qué haces aquí? ¿También pasabas por casualidad? ¿O es algo tramado por algunos de estos que están a tu lado? —dije moviendo la cabeza hacia el lado donde se encontraban mis amigos y mi hermana—. Walter, dime que no es cosa tuya... —Le reté mirándole a los ojos.

—Ja, ja, ja —se rio él—. ¡No! Es casualidad, amigo. ¡A ella también le gusta Peter Pan!

Nat los miró y con una señal les dio a entender que la dejaran hablar. Iba a comenzar a articular las palabras para su respuesta, pero Elisabeth lo hizo antes:

—¡Vaya maneras de saludar y de presentárnosla, Randy! —me recriminó a la vez que casi me fulminaba con la mirada. Reaccioné como pude y dije:

—Bueno, esto, yo, veréis, ella es...

Ante mi torpeza, me interrumpió Elisabeth:

—Quédate si puedes, Natasha, que, a este —me señaló con el dedo—, ya le leeré luego la cartilla.

—Gracias —respondió ella, —pero en el otro cumpleaños también me requieren.

—Lo entiendo, Natasha.

Nat le sonrió y dijo:

—Hagamos una cosa, dejarme que salude un instante a todos los de la otra sala y miro de estar un poco aquí, y otro poco allí con ellos. —Elisabeth asintió.

—¿Te vas? —acerté a preguntar apesadumbrado—. ¿Es por mi desafortunada pregunta de antes? Si es así, discúlpame, Natasha, no fue mi intención lastimarte —le cogí la mano a ella y la cubrí entre las mías, mientras me disculpaba—, pero es que estos salvajes, últimamente me hacen algunas jugarretas…

—Tranquilo, Random, lo entiendo y acepto tus disculpas, quizá ante tanta coincidencia, yo también hubiera reaccionado así. Pero, ahora me tengo que ir, si me sueltas la mano, ja, ja, ja.

—¿Huyes de nuevo?

—No —respondió ella—, ahora vuelvo.

Me acerqué nuevamente a los pequeños que estaban en el suelo con todos los juguetes. Al cabo de casi tres cuartos de hora regresó Natasha, Walter que la vio entrar, se acercó a ella para decirle:

—Ven, que te presento al resto de invitados. Este es Scott, el marido de Elisabeth y padre de la pequeña, estos son el matrimonio Úrsula y Paul, y papás de aquellos dos niñitos que llevan la camisa de cuadros, estos son Andrea e Ian, papás de la niña que lleva el lazo rojo en el pelo, y como ves están esperando un bebé para dentro de unos meses, el resto de los niños y niñas son amiguitos de Ruth de la escuela, y a los demás, ya nos conoces. Todos le fueron dando la mano y besando a Natasha conforme Walter les iba presentando. Elisabeth se acercó a ella y se la robó a Walter.

—Si no puedes estar mucho rato lo entenderemos, pero si puedes te lo agradezco, de veras, Natasha.

—Puedes llamarme Nat, si quieres, Elisabeth.

—Y tú a mí, Eli.

—Gracias, Eli. ¿Puedo pedirte un favor?

—Claro, dime.

—Pues verás, me he tomado la libertad y he ido a comprarle un pequeño detalle a Ruth. ¿Me permites dárselo?

—No hacía falta, mujer. Pero, ya que te has tomado la molestia…

—Lo sé, Eli, no es ninguna molestia, de veras, y al ver de qué va disfrazado Random, no he podido evitarlo y me he acercado a Hamleys a comprar este regalo para vuestra hija que creo que le gustará.

Eli asintió con la mirada. En ese momento Ruth observó que charlaba con alguien que ella no conocía y dijo:

—Tío Randy, ¿quién es aquella señora que habla con mami?

Yo estaba de espaldas, y no me había dado cuenta de que Natasha había regresado, enseguida me levanté y le dije a mi sobrinita:

—Ven, princesa, que os presento. Ruth, te presento a una buena amiga, Natasha.

—Tío Randy, ¿es la señora de los libros, con la que fuiste a cenar hace unos días y que mamá te preguntó tanto?

Miré a Natasha algo avergonzado. Ella tomó la palabra:

—Aquí solo soy tu amiga, si me dejas serlo.

—Claro que sí —respondió la pequeña.

—¿Puedo darte dos besos, Ruth? Según tu tío estás para comerte y ahora veo que es verdad.

Ella sonrió dejando ver la mella producida por la falta de las dos paletas de delante y dijo:

—Es que mi tío me quiere mucho.

Natasha la cogió en brazos y le susurró al oído:

—Alguien me ha chivado que es tu cumpleaños. ¿Podría darte un regalo de amiga?

—Je, je, je —sonrió la pequeña—, no hace falta.

—Ya lo sé, pero mira lo que me he encontrado, algo que quizá se le cayera a Peter Pan de su saco. Ábrelo.

Dejó a Ruth en el suelo. Era una caja envuelta en papel de regalo. Miré a Nat y le hice un gesto de extrañeza, ella me lanzó un beso al aire. La niña miró a su madre esperando su aceptación por el regalo, Eli inclinó la cabeza a modo de afirmación y Ruth enseguida rompió el papel deseosa por descubrir qué contenía aquella caja.

—¡Alaaa, qué guay! —Era una lámpara de noche con la silueta de Peter Pan señalando hacia el país de Nunca Jamás. La parte superior estaba cubierta por un protector que tenía dibujados lugares donde Peter Pan solía volar—. ¡Oooh, gracias! —dejó ir la niña con una sonrisa de oreja a oreja.

Yo observaba cariñosamente y a la vez con expectación aquella escena. Sabía que esa presentación daría paso a una posible amistad entre ellas. Como también sabía que, si a Ruth le gustaba Natasha, entonces, tenía su bendición.

—¿Te gusta, Ruth?

—¡Me encanta! ¿Te puedo dar un beso, Natasha?

—¡Claro, y dos! ¿Sabes? Esto es para que tu tío Random te lea los cuentos a la luz de la

mesita.

—¡Síií! Tío Random, ¿lo harás?

—Claro, mi niña —respondí a sabiendas de que habían congeniado bastante bien, para ser la primera vez que se veían.

—¿Qué te apetece tomar? —le preguntó Elisabeth señalando hacia la mesa de las bebidas.

—Ah, no, nada, gracias, en el otro cumpleaños me esperan. Tranquila, estaré un poco por allí y después vuelvo.

Salió de la sala y se dirigió a la otra que se encontraba continua y estaba separada por unas cristaleras hasta una altura de un metro y medio. De tanto en tanto, yo la buscaba con la mirada y nuestros ojos se encontraban, una sonrisa se dibujaba en los labios de ambos.

Pasado un rato, Natasha decidió volver a nuestra fiesta.

—Hola, aquí estoy de nuevo.

—¿Quieres pastel? —le preguntó Ruth.

—Claro. ¿Cómo no?

—Lo ha hecho la tía Betty.

—Entonces, con más razón lo quiero. ¡Mmm, esto está buenísimo, Ruth!

—Natasha, me han contado que tienes un gato siamés, llamado Franky. ¿Es verdad?

—Sí, señorita. Veo que tu tío Random te tiene bien informada, ¿eh? Y que tienes buena memoria.

—¡Sí! —dijo inocentemente—. El tío Randy dice que sois amigos.

—Sí, cielo. Amigos, igual que tú y yo ahora. ¿Me lo permites?

—¡Claro que sí! —respondió Ruth efusivamente.

—Y hablando de mi gato, ¿quieres conocerlo algún día?

—¡Sí! ¿Podrás escribir un libro para niños?

—¡Ostras, Ruth! ¿También estás al día de eso?

Mi sobrina sonrió y respondió afirmativamente moviendo la cabeza.

—Pero sé que no son libros para pequeñas como yo.

—¿Tú quieres que lo escriba?

—¡Síií!

—¿Y cómo te gustaría que lo titulase?

—Pues no sé —se quedó pensando un instante mientras acariciaba su mentón—. ¡Ya está! Tal vez se podría titular *La amiga de Peter Pan.* ¿Podrías dedicármelo?

—Claro, princesa —Ruth puso carita de ángel—, ¿qué te ocurre?

—Es que mi tío me llama así siempre.

—Eso es porque tienes cara de princesa. —Nat se acercó al oído de la pequeña y poniendo una mano delante de este, le confesó—: Lo sé, porque tu tío me lo chivó.

—Je, je, je. Mira, ya sé otro título, a ver si te gusta: *Cuando Peter Pan se convirtió en mi tío.*

Natasha sonriéndole opinó:

—Suena bien, tal vez algún día lo consigamos.

—¿Consigamos? —preguntó Ruth extrañada.

—Claro, me tendrás que ayudar.

—¡Vale!

Todos los allí presentes estábamos atónitos por la buena sintonía que tenían la pequeña y la invitada.

Walter interrumpió el momento:

—Disculparme, pero te llaman desde la otra sala, Nat.

—Ah, sí, seguramente marchamos ya. Vamos a cenar a casa de los padres de la pequeña homenajeada.

—¿Volveremos a vernos, Natasha? —preguntó Ruth.

—Claro, mi niña, imagino que sí, además tenemos trabajo juntas para ese libro, quizá algún día. Tu tío ya sabe dónde trabajo.

—Tío Randy, ¿iremos un día?

La miré y le respondí:

—Claro, princesa, cuando gustes y ella pueda atendernos. Es una amiga muy atareada.

Yo no podía parar de mirarla y de sonreírle cariñosamente, me sentía como hipnotizado por su presencia. Parecía que aquella mujer ya formaba parte de la familia.

Tomó la palabra Elisabeth:

—¿Qué haces el sábado que viene, Nat?

—Pues, no sé, ahora mismo estoy algo desconectada de mi agenda. ¿Por qué lo dices?

—Porque hacemos una barbacoa en casa y tal vez te gustaría venir.

—¡Sí! —gritó Ruth, desde lejos.

Ella se quedó sorprendida. Yo no decía nada, ya que estaba algo superado por todo lo ocurrido esa tarde y completamente nervioso, tanto, que incluso se me cayó lo que tenía en las manos.

—¿Qué te pasa, hermanito?

—¿Eh? Nada, se me ha caído la copa de plástico de champán que tenía entre las manos, menos mal que estaba vacía…

—¿Tú qué dices? —me preguntó Eli.

—¿Yo? Sí, sí, claro, por mí, sí. Imagino que sería buena idea, aunque quizá ella no pueda, está siempre muy liada con todas sus cosas.

—¡Anda ya, Randy! Seguro que encuentra un hueco para comer con nosotros y si después se tiene que ir no pasa nada, la llevas tú —ahora se dirigió a Natasha—. ¿Tú que dices, Natasha? ¿Tienes familia aquí?

—No, bueno, algo parecido, más o menos.

—Bueno, no quiero que te sientas obligada, pero si eres amiga de mi hermano eres bien recibida, además, mira —insistió Elisabeth—, quiero presentarte a varias amigas que les comenté que tenía tus novelas.

No sé qué me pasaba e hice un comentario casi desafortunado.

—Quizá tenga compromisos suyos, Eli.

—Tranquila, Elisabeth, otro día mejor, además, no sé si a tu hermano le parece bien.

Yo andaba tocándome el pelo, con mis dedos entre el cabello, en señal de una cierta vergüenza e inseguridad.

—Tío Randy, ¿no quieres que venga? —me preguntó Ruth con los labios apretados y el entrecejo fruncido a modo de enfado.

—Sí, claro que sí, pero no quería que ella se sintiera obligada, solo eso.

—Entonces —intermedió mi sobrina—, yo quiero que venga, así verá mis regalos de hoy y mi habitación.

De nuevo Natasha tomó la palabra:

—Si me lo pides tú, Ruth, cuenta con ello, además, así veré donde pones la lámpara y charlaremos un poco de nuestro futuro cuento. —Las dos se miraron y se rieron con una

complicidad extraña y bonita.

—Toma, Nat —le dijo Elisabeth a la vez que sacaba una tarjeta de su bolso y se la daba —, aquí está nuestra dirección en Wimbledon, ¿te esperamos sobre mediodía?

—De acuerdo.

Eli por lo visto se lo pensó mejor y propuso:

—Mira, Random te puede pasar a buscar, así no te pierdes. ¿Tú que dices, Randy?

—Por mí, sí, claro.

—¿Por dónde pasa a buscarte, Natasha? —preguntó Elisabeth.

—Pues, mira, Eli, casi que mejor que pase por los Reales Tribunales de Justicia. Estaré allí por la mañana; estamos de preparativos para asuntos sobre mi trabajo.

—¿Has oído, Randy, sabes dónde es?

Walter se apresuró a contestar:

—Sí que lo sabe, suele pasar por allí en bici —soltó una carcajada irónica.

Betty que estaba al tanto de la conversación añadió mirándome:

—¿Allí te ocurrió el percance con la bici?

Yo no era capaz de articular palabra, me estaban dejando entre unos y otros en evidencia. Natasha tomó cartas en el asunto.

—Bueno, creo que se tropezó con un obrero que estaba mal situado en la acera.

Ella me miró y ambos sonreímos.

—Cuidado, hermano cuando vayas a recogerla. ¿*OK*? —Todos nos reímos educadamente. Eli continuó con lo suyo—: Ya sabes, a las doce del mediodía allí.

—Sí, claro, ¿a las doce te va bien? —le pregunté a Nat.

—Esa hora me parece perfecta.

—Pues entonces hasta el sábado, Natasha.

—Pequeña, nos vemos el sábado —le instó a Ruth.

—¿Me das dos besos? —le preguntó mi sobrina.

—Claro, mi niña —Natasha se despidió uno por uno, yo me había quedado el último para despedirme en el pasillo—. ¿Estás bien? —me preguntó ella.

—Sí, solo que te veo tan bonita y joven que casi no soy capaz de reaccionar a nada, solo me pasa eso. Además, me has pillado disfrazado de Peter Pan y no sé si me favorece…

—¡Ostras, es verdad! Casi no me había dado cuenta —respondió en plan burlón—. ¿Qué feo no? —La ironía continuaba sin cambiar su semblante, yo no decía nada, tan solo tenía mi cabeza medio baja—. Pues que sepa usted, señor Random, que me encanta verlo vestido así, divertido, juvenil, como yo, y sobre todo, con los tuyos, y con esa pequeña que te tiene robado tu corazoncito. Además, puestos a elegir, opino que estás medio cachitas, ja, ja, ja.

Doblé mi brazo provocando que mi bíceps se hinchara marcándose en la tela del disfraz.

—Esto es pura fibra muscular sin un gramo de grasa. Mis horas de gimnasio; acudir al trabajo en bici y algunas partidas de bádminton, me mantienen en forma.

—Y una alimentación sana imagino —añadió Natasha.

—Cierto. Ya sabes, puedo ser tu entrenador personal para que te pongas en forma.

—¿Me estás insinuando que estoy fondona?

«¡Aghhh! ¿Qué dices Randy? ¡Si vas a meter la pata más vale que te calles, si lo que quieres conseguir es otra cita pídesela!» Mi pensamiento no me acompañaba, solo me atreví a manifestar:

—Nada de eso; quería decir para mantenerte en forma. Es más, estás estupenda.

Ella segura de sí misma reafirmó mis palabras.

—Es evidente. —Con sus manos mostrando su silueta dijo—: Aún tengo mis cosas en su sitio, ja, ja, ja.

Nos reímos los dos. La miré a los ojos y me regaló una sonrisa que sería digna de ser besada, pero los demás nos estaban mirando en la lejanía y no era adecuado, ni quizá acertado. Nos quedamos unos segundos en silencio como intentando congelar aquel momento para que no acabara.

—¿Nos damos la mano, o dos besos? —me preguntó ella.

Entonces me acerqué a su oído para susurrarle:

—Me quedaría con Peter Pan toda la noche, para ver si me salva como a Ruth, pero imagino que con tan solo dos besos estará bien. —Me acerqué más a ella y durante el tiempo que duraron los dos besos los dos procuramos quedarnos con nuestras fragancias—. ¡Hasta el sábado pues, señorita!

—Dicho queda, señor. ¡Adiós, Peter Pan! ¡Tal vez sea yo tu Campanilla algún día! —dejó ir cariñosamente.

Se dirigió hacia el grupo de la otra sala y se alejó con sus amigos y con los pequeños que la ocupaban. Sus andares eran tan dulces que parecía que flotaba, yo continuaba su despedida con la mirada, ella al llegar al final, antes de salir se giró, buscó mi mirada y me guiñó un ojo, una gran sonrisa inundó mi cara. Me volví hacia los invitados y en ese momento venía Ruth hacia mí.

—¡Tío Randy, mira qué bonito este regalo de la tía Betty!

—¡Guauuu, qué chulo princesa, la manta que querías de Campanilla!

Elisabeth se acercó hacia mí con un vaso de refresco.

—Toma, hermanito, que estarás seco con el calor de ese traje y con todo lo demásss —dijo arrastrando la palabra con un poco de guasa por los acontecimientos ocurridos esa tarde.

—¡Eh! ¿A qué te refieres?

—¿Yo? A nada, pero bebe que estarás seco. —Me miró y se rio—. Por cierto, no sabía que era tan guapa nuestra cita y nuestra escritora.

—¿Nuestra?

—Bueno, tú ya me entiendes, guapo.

—¿La ves guapa, Eli?

—Veo algo más, Randy…

—¿Qué ves?

—Veo a una mujer con un corazón bonito, y a alguien que creo que sería una gran cuñada y tía para tu sobrina del alma, no como tu ex, que a última hora con la mirada ya asustaba. —Formó una mueca en su cara estirando los labios hacia atrás, como de rechazo.

—Lo sé, Eli, lo sé, pero el amor tiene eso; nos vuelve ciegos.

—Ya, y aunque ya es agua pasada, te recuerdo que en un año casi consigue alejarte de nosotros, y eso, Ruth lo notó. Tuve que convencerla varias veces de que tú tenías tu vida, y de que tarde o temprano volverías.

—¿Presentías eso?

—Sí. Me ha tocado hacerte casi de madre y, pocas veces se nos escapan cosas a las mamis... —Acercó su nariz a la mía rozándola y moviéndola, gesto cariñoso que nos hacíamos cuando éramos pequeños y que ahora ambos compartíamos con Ruth en muchas ocasiones. Ese gesto nos hizo reír.

Pensé rápidamente en esas palabras que mi hermana me había dicho y se quedaron retumbando en mi mente haciéndome reaccionar.

—Lo lamento, porque no supe darme cuenta antes, pero, aquí estoy.

—Lo sé, Randy, lo sé. Al final fue un milagro para todos que ella misma quisiera irse a conocer mundo lejos de ti. Espero que nunca vuelva de España, que se quede allí en Barcelona. —Se hizo un breve silencio y se abrazó a mí, abrazo que le correspondí—. Y cambiando de tema; dime la verdad, ¿te ha molestado que la invitase?

—Nooo, para nada, de veras, es que me quedé en estado de *shock*.

—Ya me di cuenta, pero, mira, me sentí casi obligada, ella tuvo el detalle de regalarle algo a Ruth sin conocerla, o sea, ¿qué menos?

—Eli, seguro que tienes. Yo no me hubiera atrevido a invitarla, es tu casa —le dije sonriendo.

—Mi casa es tu casa, grandullón, y además vamos a tener en ella, a la chica que te está haciendo perder la cabeza —me dijo en plan irónico.

—¡Ja, ja, ja! ¿Tú crees?

—Claro que sí, últimamente estás algo empanado, ja, ja, ja. Anda, sigamos con el resto y ya hablaremos más extensamente, tú y yo —nos volvimos a reír.

—¡Qué miedo me das, Eli! —Hice el gesto como si me temblaran las manos mientras me alejaba de ella, entonces mi cuñado se me acercó y me dio un fuerte abrazo.

—¿Y esto, Scott?

—Nada, cuñado, es para que sepas que te quiero. —Puso sus labios como si esperara un beso en ellos y soltó una gran carcajada, yo que tardé unos segundos en reaccionar le secundé con la risa y le dije:

—¡Anda ya! Quita, quita…, que vas a poner a mi hermanísima celosa y te va a arrastrar de los pelos, ja, ja, ja.

—Bueno, Randy, dejando las bromas a un lado, ese abrazo aparte de que es porque te quiero y eres como un hermano para mí, también es en agradecimiento por el espectáculo que has hecho para los peques; ver a nuestra pequeña con esa carita de felicidad, no tiene precio. Y ya que estamos de cháchara quería comentarte que, esa chica, Natasha es bien recibida en esta familia.

—Gracias, cuñado por tus amables palabras. ¡Ayssss! Si es que me vas a poner melancólico... —Hice amago de hacer pucheros bromeando—. Me gusta saber que Natasha es de tu agrado, pero después de lo que sucedió con Jacqueline, es más difícil para mí confiar en alguien, además, de momento, solo somos conocidos de una cita a medio acabar, que en ocasiones las casualidades de la vida, o del destino, nos vuelve a juntar. Parece que entre nosotros está surgiendo una bonita amistad y quién sabe qué sucederá…

—Aquello es pasado, Randy. Olvídalo, pero si puede ser, procura no alejarte mucho de esta familia de nuevo, ¿vale? —me dijo en tono retador—. Esas dos mujeres que tienes ahí te adoran, y darían la vida por ti.

—Lo sé. ¡Gracias, Scott!

—Formas parte de esta familia, cuñado. ¡Venga ese abrazo!

El resto de la fiesta continuó entretenida; entre el pastel y una mesa dulce con todo tipo de caramelos, bombones, galletas y gominolas, que hasta el momento había permanecido tapada para evitar que algún goloso tuviera alguna tentación; entre ellos, yo, que soy un fanático de los dulces; y las conversaciones entre todos nosotros, sobre todo haciendo alusión a la invitada de última hora, Ruth preguntó inocentemente:

—Tío Randy, ¿es tu novia?

—Nooo, cariño, tan solo es una amiga que he conocido hace poco. ¿Por qué lo

preguntas?

—Porque la mirabas como a mí. —Me miró sonriendo.

—Cariño —me agaché para estar a su altura—, no puedo mirar a nadie como a ti. ¡Tú eres la princesa de mi casa! —Ella abrió la boca en señal de alegría, la falta de sus dos paletas hacía que esa boquita siempre me sacase una sonrisa al verla—. Quizá la miro como a alguien a quien le he tomado cariño, como a una amiga especial. ¿Tú tienes amigas especiales?

—¡Sí! Y las quiero mucho, compartimos los bocadillos y las chuches.

—¿Ves, cielo? Ella quizá es especial para mí, tan solo eso. Además, tú la has invitado a la barbacoa de casa.

—Nooo. Ha sido mamá.

—Lo sé, princesa, pero tú querías que viniera. ¡Confiésalo pequeñaja! —Le hice cosquillas en el cuello.

—Ja, ja, ja. ¡Síii!

—O sea, que ahora es amiga de los dos, ¿qué te parece?

—¡Bien! Así si viene a casa podré jugar con ella.

—Claro —le respondí a la vez que le guiñaba un ojo.

—¿Sabes una cosa, tío Randy?

—Dime, cielo.

—Me gusta esa señora, es muy educada y te mira como mamá.

—¿Y cómo me mira mamá?

—¡Ja, ja, ja! ¿No te has dado cuenta, bobo? ¡Te mira con mucho cariño siempre!

—Ah, pues no me había fijado, pero recuerda que soy su tío y no un lobo.

—Síii, lo sé, pero he dicho bobo y no lobooo, ji, ji, ji. —Se tapó con su manita la boca riéndose por la torpeza fingida por mí—. ¿La volveremos a ver?

—¿A quién, princesa? —indagué.

—¿A quién va a ser, tío Randy? —Se puso las manos en jarras—. Pues, a la señora de sonrisa bonita y piel blanca, a Natasha.

Yo ya no sabía qué contestar, además mi sobrina acababa de describirla de una manera especial y nueva para mí: «Señora de sonrisa bonita y piel blanca». Me quedé pensando en esa descripción que me resonaba en el cerebro como eco.

Walter aprovechó para decirle a la pequeña:

—Ruth, cariño, tranquila, bonita, que la veremos en más ocasiones, por lo pronto, el sábado en tu casa durante la barbacoa, además, tu tío no os lo ha dicho a ninguno, pero tiene un cuadro de ella colgado en la entrada de su casa.

Los colores me subieron por momentos pasando desde el blanco al amarillo y al rojo más intenso, hasta extremos irreconocibles. «¡Este Walter, siempre tan oportuno!» Pensé.

—¡Uy, hermanito! ¡Qué callado te lo teníasss!

Entonces tragué saliva, tomé aire y respondí:

—Bueno, es largo de contar, Eli, el sábado te cuento. ¿Vale? —Le hice un guiño.

—¡Qué bien! —añadió Ruth—. Si está en tu casa, ¡la veré siempre que quiera!

—Cierto, cariño, lo que pasa es que hace varias semanas que no vienes por allí.

—Ya, tío Randy. Es que estaba ocupada y malita.

—Lo sé, princesa.

Scott hizo sonar una botella con la pala de servir el pastel para decir:

—Señoras, señores, señoritas y señoritos. Deberíamos pensar en ir recogiendo, ya que en treinta minutos cierran las salas.

—Jooo… —se lamentó Ruth—. ¡Un poco más, porfi! —Juntó sus manitas a modo de plegaria.

—Anda, ves un ratito más a jugar —respondió la madre.

Los mayores nos quedamos solos con una copa de champán en la mano y las miradas se centraron en mí. ¿Cómo no?

—Randy, ¿a qué se debe lo del cuadro? La curiosidad me corroe, y lo sabesss, no sé si podré esperar una semana a que me lo cuentes, ¿eh?

—Pues…, es queee, no sé, pero fue, ¡ya está!

Elisabeth me miró y se quedó con cara extrañada. Pero entonces tomó la palabra Walter:

—Mejor os lo cuento yo, que nuestro amigo está algo espeso hoy.

—¡Y tú más charlatán de la cuenta, canalla! —Le hice una señal disimuladamente con los dedos llevándomelos a la boca para que se diera un punto. Pero Walter me ignoró.

—La otra tarde, fuimos a una subasta benéfica de objetos que interesaban para el museo, y entre ellos encontramos un pintor llamado Mortimer Bradley, sus obras están envueltas de pasión y ocultismo; encierran cierto atractivo. Estábamos disfrutando de los lienzos cuando Random encontró uno que era la imagen de ella, nuestra nueva amiga, Natasha. Se interesó en él porque le gustaba mucho, pero se tuvo que ir, si recordáis fue la noche en la que Ruth tenía fiebre —todos asintieron—, yo me quedé para mis compras y él me mandó que comprara el cuadro de Natasha pintado por Mortimer, así fue como los conocí, y aquí acaba la historia.

—Vaya, vaya —dijo Betty—, ahora me cuadra todo un poco más. O sea, Random, ¿el día de la caída con la bici, la estabas saludando también a ella?

—Bueno..., sí veréis..., es que..., me despisté con un obrero que se interpuso en mi camino.

—Ja, ja, ja. No, hermanito, él estaba haciendo su trabajo, tú fuiste el que se interpuso en el suyo, porque...

La interrumpí para que no contara todo el percance.

—Bueno, el resto ya lo sabes —me dirigí a Betty para responderle a su pregunta—. Pasé esa noche en tu casa y una semana en la de mi hermana.

—Sí, sí, lo sé, pero obviaste decirme que fue por haberla visto, jovencito, ja, ja, ja —se rieron todos—. Esta joven, últimamente, aparece por todos lados, solo le falta salir en el *The Daily Telegraph.*…

Mi cara debía de seguir de color rojo subido por ser el centro de la conversación y por tener que estar aclarando todos los interrogantes. Se nos fue el tiempo cascando y me sentí liberado cuando Scott se apoderó del momento para decir:

—Señores, nos acaban de avisar de que ahora, sí, vayamos recogiendo.

Elisabeth me dio con el codo en el brazo y me susurró:

—Usted y yo, tenemos que abrir una botella de vino blanco y hablar.

Me limité a sonreírle. Fui a quitarme el disfraz y a ponerme mi ropa. Una vez recogido todo, salimos hacia la calle.

Me despedí primeramente de Ruth:

—A ver ese abrazo de oso, princesa. —Ella se colgó de mi cuello—. Esta noche vas a dormir con un montón de juguetes, ¿eh?

—¡Sí! Me pondré la manta de la tía Betty y si mamá me deja pondremos la lámpara en la mesita, para ver los viajes de Peter Pan.

—¡Dulces sueños, mi princesita guapa! Hasta el sábado, cielo.

Eli nos recordó lo de la barbacoa del sábado siguiente.

—Randy, no te olvides de recoger a Natasha.

—Sí, tranquila que no me olvidaré.

—Geacias, hermanito, por entretener a los pequeños y por hacer que el cumpleaños de Ruth sea siempre especial.

Me despedí de todos y me alejé en busca de mi coche para tomar camino hacia casa. Al llegar, miré el cuadro de Natasha y murmuré entre dientes:

—Hola de nuevo, Cenicienta, tan guapa como siempre. —Cascabel se acercó hasta mí para acariciarse con mis piernas—. Hola, gatita, ¿tienes hambre?

—Miauuu.

Le puse su comida y salí a la terraza. Necesitaba sentir el frescor de la noche en la cara, me apoyé sobre la baranda de piedra y me quedé ensimismado mirando a las estrellas. Era una de esas pocas noches en que el cielo estaba raso y era digno de admirar. El sonido y vibración de una llamada entrante en el móvil que se encontraba sobre la mesa del salón me sacó de golpe de mis pensamientos. Levanté la tapa y vi que era Elisabeth.

—Hola, Eli. ¿Ocurre algo?

—No, tranquilo. Espera que tu sobrina, quiere decirte algo.

—¡Tío Randy, la lámpara es muy chuli! La que me ha regalado tu amiga de ojos bonitos, Natasha.

—Hola, princesa, ¿sí? Me alegro de que te encante.

—Síií, el sábado ya la verás.

—Claro, mi niña. ¿Dormirás con la luz encendida?

—Si me deja mami, sí.

—Pues a lavarse los dientes y a la cama cariño, que tengas dulces sueños.

—Ruth, dame ya el teléfono, anda, tira a lavarte los dientes que ahora voy, Scott, cariño, procura que se ponga el pijama ya. —«Voy». Se escuchó al fondo del teléfono—. Bueno, cielo, ¿cómo estás?

—Bien, ¿por qué?

—Por todo, Randy, quizá no querías que viniera tu nueva amiga…

—No, no. No es eso, es que aún no nos conocemos bien y no sé si se sentiría a gusto ella.

—Parece buena gente, la tal Natasha, Walter me contó que es una buena mujer.

—¿Ah, sí? ¿Y qué más le ha contado mi amigo bocazas a la espía de mi hermanísima?

—Ja, ja, ja, nada malo. Anda, quédate con la tarde tan bonita y divertida que hemos pasado todos y no le des más vueltas, pero, ahora, hablando contigo te noto raro y no sé qué estará pasando por esa cabecita tuya.

—No pienses nada raro, Eli, lo que pasa es que vuelven recuerdos a mi cabeza y quizá me notes melancólico…

—Date tiempo, ya deberías haber olvidado a Jacqueline y lo que pasó, ¿no crees?

—Imagino que sí, pero que me dejara a falta de pocos días para casarnos… Esos recuerdos no consigo borrarlos del todo, y el hecho de que se fuese a Barcelona...

—Tranquilo, ya hace mucho de eso, ya pasó, ahora tienes varios frentes más de qué preocuparte.

—¿A qué te refieres?

—Pues, a que tienes una sobrinita que te adora, tu hermanita que siempre me vas a tener ahí, a tu súper cuñado Scott, y unos amigos como Walter y Betty que son como tu familia.

—Es verdad, Eli, tienes razón. ¡Gracias, hermana!

—¿Gracias, por qué?

—Por este chute de moral, lo necesitaba. —Hubo un breve silencio por las dos partes, pero continué—: Desde que fallecieron nuestros padres, sois mi única familia.

—Randy, ¿quieres venirte a dormir a casa?

—¿Tú crees que es buena idea?

—No lo creo. ¡Lo es! Mira, mañana es domingo, pero Scott se levanta temprano porque tiene que viajar a Ucrania por asuntos de su trabajo. Tú podrás disfrutar de tu sobrina y de tu hermana, y nosotras de ti.

—¡Hecho! No le digas nada a la niña para que sea una sorpresa, pero tendrás que mantenerla despierta hasta que llegue.

—¿Tú crees que eso será un problema? Tiene todos los regalos en medio de la habitación y se escabulle cuando le digo de irse a la cama.

—Le dejo a Cascabel agua; cojo algo de ropa, la bolsa de aseo y me voy para vuestra casa.

—Vale, yo voy a hacerle algo ligero de cenar a Scott que se va a acostar pronto, y cuando llegues, ya veremos qué cenamos tú y yo.

—¿Y Ruth?

—No quiere nada, dice que está llena de los bocadillos del cumple, y de los dulces y chuches que ha comido.

—Ahora voy, Eli.

—Avísame al móvil cuando llegues y te abro, así no despiertas a tu cuñado y la niña no se entera.

Pasó casi una hora y media cuando llamé al móvil de Eli. Me abrió con el mando la doble puerta del jardín y la del garaje. Entré y dejé el vehículo en la cochera, allí me cambié de ropa poniéndome el disfraz de Peter Pan nuevamente; pasé hasta la habitación de Ruth para darle una sorpresa. Choqué los nudillos en la puerta.

—¡Ejem, ejem. Vengo desde el mundo perdido y me han dicho que una niña no se quiere ir a la cama!

Ella se encontraba jugando con algunos de los juguetes, al verme, exclamó:

—¡Tío Randyyy! —Saltó como un resorte hacia mí—. ¿Te quedas?

—Bueno, eso depende

—¿De qué? —respondió ella.

—Pues de que no te importe que esta noche duerma aquí, Peter Pan.

La niña sonrió y respondió:

—No me importa, además, puedes dormir en la otra cama de mi habitación.

—No sé, señorita, quizá no pueda dormir Peter Pan con tus ronquidos.

—Ja, ja, ja, si yo no roncooo.

—Bueno, más tarde lo decidimos, ahora vamos a ver más tranquilamente todos los regalos, que entre los juegos y los amigos, apenas vi nada.

—Mira, esta lámpara es la de Natasha.

—Veo que recuerdas su nombre.

—¡Sí! Es guapa y creo que le gustas.

—¿Eh? —pregunté como quien no quiere.

Pero ella no le dio importancia y siguió enseñándome todos los regalos. Habría pasado quizá algo más de una hora cuando Elisabeth se acercó a la habitación.

—Es hora de dormir, jovencita.

—¿Ya, mami?

—Sí, cariño, mañana seguís. Dame un besito, mi amor. Que tengas felices sueños.

—Hagamos caso a mamá —le indiqué.

—Vaaale. ¿Me vas a leer el cuento? Hoy es especial, ya que no siempre tendré a Peter Pan para mí sola.

No pude evitar sonreírle ante tal ocurrencia.

—Claro, princesa, te voy a leer el cuento hasta que los sueños te atrapen.

Se metió entre las sábanas y la arropé. Cogí el cuento y comencé a leer:

—«Había una isla en el país de Nunca Jamás, donde los niños eran los protagonistas de aquel lugar…»

Miré a la pequeña y vi que había caído rendida al sueño y al cuento. Me levanté cuidadosamente dejando el libro sobre la mesita, al lado de la lámpara que Natasha le había regalado, me quedé en la puerta mirando hacia la niña, instintivamente, se me dibujó una sonrisa en los labios y me dirigí al salón. Elisabeth estaba releyendo uno de los libros que yo le había regalado de mi ya no tan intrigante amiga, ella al verme, preguntó:

—¿Se ha dormido ya?

—Cayó rendida, no sé si por el cansancio de su ajetreado cumpleaños, o por el aburrimiento de mi voz, ja, ja, ja.

—Seguro que, por la primera opción, Randy. Apostaría cualquier cosa por asegurarte que de tu voz, jamás se aburrirá. Quítate esa ropa si quieres, y ponte algo más cómodo que voy a preparar algo para picotear los dos, con unas copitas de vino.

—No, me esperaré un poco. Estoy bien con esta ropa ahora, además, si la niña se despierta me verá así y le hará gracia.

—Eres un primor, hermanito, ¿lo sabes?

Miré a Eli parpadeando repetidamente los ojos y dibujando una sonrisa plana en mi boca, como reacción a las palabras de mi hermana para seguidamente contestarle:

—Sois mi familia, Eli.

A la misma hora aproximadamente en que Random le había leído el cuento a su sobrina, Natasha metió las llaves en la puerta de su casa, las dejó sobre el mueble de la entrada y se dirigió hacia el sofá. Se estiró entera y suspiró:

—Hola, amigo sofá.

Evidentemente, nadie respondió, pero por la puerta de la habitación salió su amigo de cuatro patas.

—Miauuu.

—Hola, Franky, guapo.

De un salto se subió al sofá y se acomodó encima de las piernas de ella. A los pocos minutos se escuchó el coche de Mortimer aparcando frente a la casa.

Desde fuera, él vio luz por la ventana del salón, antes de subir a su casa decidió pasar por la de Natasha y tocó en la puerta.

—¡Nena! ¿Estás despierta y visible?

—Sí, pasa Morty.

Entró, se dirigió hacia ella y le preguntó—:

—Chiiicaaa, ¿qué te pasa? Parece que te ha atropellado un camión. —Se acercó y le dio un pico en los labios—. ¿Cómo te fue el día?

—Bien, ¿y a ti?

—Bien, también, pero vengo muerta, Nat, me han pedido más cuadros para la galería del otro día, puuuff…

—Eso es bueno, ¿verdad, Morty?

—¡Sí, es maravilloso! Pero vengo cansado. —La observó nuevamente y sintió curiosidad al ver que Natasha no le preguntaba por la causa del cansancio de él—. ¿Y tú? ¿Por qué estás así?

—Es que acabo de llegar del cumpleaños ese al que te dije que iba a asistir.

—Ah, pues no me acuerdo, cielo.

—No pasa nada, Morty. Por cierto, he visto al propietario del cuadro que me pintaste.

—¿Perdonaaa? ¿Y eso? Explícame, que me he perdido, guapa.

—Que lo vi en el cumpleaños.

—¡Quéééé! ¿Es que estaba invitado?

—No, no, solo que coincidimos allí.

—¿En el cumpleaños?

—¡Que sí, pesadooo!

—Pero a ver... ¿Estabais en el mismo evento, o no? ¿Es que te persigue este chico, o qué?

—Que nooo, Morty. —Nat puso los ojos en blanco y tomó aire—. ¡Déjame que te lo explique, loca! —le sacó la lengua a modo de burla cariñosa—. Si no, hagamos una cosa, mañana te lo cuento, ¿vale?

—¡Ja, ja, ja! —Soltó Morty una gran carcajada alocada—. ¡Eso no te lo crees ni tú, guapa. Que me vas a dejar intrigado hasta mañana...! —dijo poniendo los brazos en jarras—. A ver, nena, ¿estás para tomar una copa o ya la has tomado y estás piripi?

Ella lo miró y sonrió, sabía que no se escapaba de contarle con pelos y señales lo ocurrido esa tarde.

—Tomemos esa copa, señor, a mí me apetece un *gin-tonic*.

—¡Marchando, además secundo tu idea, jefa! —Mortimer sacó de la nevera dos tónicas, puso cuatro cubitos de hielo, en un vaso. Se dirigió al salón y sacó del mueble bar la botella de Beefeater y dos copas balón—. ¡Uy, me he olvidado de una cosa, ahora vuelvo, cielo! —Fue a la cocina a buscar un par de trozos de piel de limón. Volvió a donde se encontraba Nat. y cual *barman*, se dispuso a preparar los combinados: con las pieles del limón frotó el interior de las copas para que su esencia quedara impregnada en estas; introdujo dos cubitos de hielo en cada una y echó como un par de dedos del alcohol, seguidamente, vertió la tónica. Arrimó rápidamente un sillón frente al sofá y expectante le dijo a su amiga, mientras le ofrecía la copa —: Sigamos, nena…

—Que no hay mucho que contar, solo que coincidimos…

—¿Cómo qué no? —Dejó a Nat con la frase a medias—. ¡Empieza por el principio, querida, si no quieres que te agarre de la lengua y no te la voy a soltar hasta que largues todo por esa boquita, guapa!

—¡Arrrggg…! Mira, Morty, te lo voy a contar porque no tengo ganas ahora de matarte — se rieron los dos a carcajadas—. Comienzo por el principio. ¿*OK*? —Él movió la cabeza lentamente de manera afirmativa—. Yo estaba invitada al cumpleaños de la hija de mi amiga Sophie, y él estaba allí, en la sala de al lado vestido de Peter Pan.

—Ay, este chico me tiene descolocado, guapa.

—¿Recuerdas a Walter?

—Claro, neeena, ¡ese es mi posible cuñado! —Y puso ojitos ilusionados.

—Pues él también estaba allí.

—Chica, ¡cada vez me lías más! ¡No me digas que iba disfrazado de Campanilla, que no

le pega nada!

—¡Ja, ja, ja! —Natasha soltó una grandísima carcajada por la ocurrencia de su amigo que se debió de oír en toda la manzana, o quizás, en todo Londres—. Nooo, allí también estaban su mujer y la familia de Random.

Morty en ese momento se llevó sus manos a las mejillas, se le cayó literalmente, la mandíbula inferior dejando una expresión en su cara, que parecía la imagen del cuadro *El grito* de Edvard Munch.

—¡Ostras, nena! ¿Y te han conocido? ¡Qué miedo! ¿No?

—Más bien, nervios, Morty. Era la primera vez que conocía a su entorno y los nervios han estado ahí también.

—¿Y él, qué decía? Y encima vestido así de Peter Pan, nena, ¿para qué?

—Es que era el cumpleaños de su sobrina Ruth, ya te conté que tenía una sobrina pequeña.

—Me estoy liando, cielo, de veras. —Parpadeó varias veces seguidas como si eso le fuera a aclarar algo.

—Bueno, Morty, pues todo no acaba ahí...

—¿Ah, no? ¡Oh, Dios mío, qué tarde más intensa, guapa, con razón estabas tirada en el sofá que parecía que te habías caído del piso de arriba, chiiicaaa! Pero cuenta, cuenta…

—Pues, verás, amigo —Nat se incorporó un poco para tener su vista frente a la de Morty —. Escúchame con las orejas bien abiertas, que ahora viene lo peor... —dijo con ojos de cierto misterio y miedo—. Me han invitado a casa de su hermana a comer el sábado próximo.

—¡Neeenaaa! Pero... ¡¿Qué me cuentasss?! Me imagino que le habrás dicho que no. —Entendió la mirada de Natasha y dejó ir—: ¡Ay, Dios mío...! Que me temo lo peor, ¿qué le has dicho?

—Es que me invitó la hermana y la sobrina, y no supe negarme. Ya sabes que adoro a los niños, y he aceptado. Pero me da vergüenza ir sola, Morty. ¿Me acompañarás? —le susurró con ojos tristones.

—Ay, no puedo mi niña… —le dijo con voz apenada por no poder complacer a su querida amiga—. Me vienen los holandeses a mediodía para comer y llevarse los cuadros que quedaron y para que les enseñe los nuevos proyectos en los que estoy trabajando.

—¿Y no podrías quedar otro día con ellos, Mortimer?

—Qué va, nena. Vienen expresamente ese día porque les era muy complicado cuadrar la agenda para otra fecha, y es algo que no puedo eludir. Espero que me entiendas, Natasha, pues si todo va bien, posiblemente hagan más negocios conmigo —dijo cruzando los dedos, acto que Nat secundó—. Pero tranquila, que no te van a comer, ¡que tú puedes con todo y más, guapa! Además, ¿qué pinto yo allí?

—Pues qué vas a pintar… ¡Cuadros! —Se miraron y las carcajadas no las pudieron evitar.

Ahora Mortimer acercó un poco más su sillón al sofá donde se hallaba medio recostada Natasha, le cogió su mano, la dejó entre las suyas y con voz serena y firme le animó:

—A ver, señorita rusa, usted está capacitada para eso y para más. ¿Estamos? Jamás había conocido a nadie con tu entereza. Cariño, eres capaz de escribir novelas, de ayudar a todo ser que se cruza en tu camino, de viajar sola a la ciudad de tu abuela para estar con los tuyos, ¿y ahora me vas a decir que no eres capaz de ir a una barbacoa aquí en Londres? —La miró a los ojos para decirle—: Si pudiera te acompañaría, y lo sabes, cielo. —Ahora, su tono de voz cambió a su peculiar forma de expresarse—: Aunque este tipito tengo que mantenerlo, ¡ya sabes que la carne

me gusta de todas las maneras, guapa! Es más; mira, si puedo, y no habéis acabado, me pasaré a tomar café, ¿vale? —Ella asintió—. Aunque no te lo aseguro, porque uno de los holandeses me mira de una maneraaa, que no sé yo, si al final tendremos que firmar arriba en casa, o en el hotel —se rieron de nuevo sin poder parar—. No te preocupes, querida, ya verás como todo saldrá bien, eso sí, pásate cuando puedas por la vinoteca que hay en Trafalgar Square y llévate unos vinos que yo dejaré expresamente encargados para ti, para ese evento, ya verás que quedas como una reina. A los ingleses se les gana por el estómago y por un buen vino, cariño.

—¡No sé qué haría sin ti, Mortimer!

—Ay, neeenaaa, qué lástima que tu condición sexual no sea la mía, si no te aseguro que no te me escapabas, guapa. —Ella lo miró y le regaló una sonrisa, aunque sus pilas ya marcaban la reserva.

—Venga, a la cama —le dijo Natasha. Se pusieron de pie, Morty la besó en la frente y salió por la puerta—. Que descanses, cariño.

—Igualmente, corazón.

¿Qué vas a hacer con tu vida?

Capítulo Nº 8 - Confidencias y recuerdos al amparo de una botella de vino.

Mientras mi hermana preparaba algo ligero en la cocina, me relajé en el salón mirando hacia el jardín y la piscina. Al poco rato llegó ella con la bandeja, la dejó sobre la mesa de delante del sofá y me preguntó:

—¿En qué piensas, si se puede saber?

—Bueno, soñaba despierto, quizá este personaje y los cuentos de Ruth me permiten estas cosas.

Se sentó a mi vera y me echó el brazo por el hombro.

—Sabes que te adora, ¿no?

—Lo sé, soy su único tío, ¡que yo sepa! —Los dos nos reímos procurando no hacer mucho ruido.

—¿Te apetece el sándwich de pavo o de queso?

—Ummm…, de queso, gracias. ¿Te lleno la copa, Eli?

—No, solo un par de dedos, así vamos saboreando más lentamente este vino blanco. ¿Estás ahora mejor, Randy?

—Sí, ¿por qué?

—Bueno, antes al teléfono te noté callado.

—Ya. Fue un momento de bajón solamente, después de estar toda la tarde rodeado de personas y llegar a casa y notarla tan vacía, mi cabeza comenzó a rememorar a personas del pasado.

—Tú lo has dicho, ella ya es pasado, Random, lo sabes, ¿no?

—Sí, claro que lo sé —apostillé—. Hace ya bastante tiempo de aquello.

—Pues, ahora, debes mirar hacia adelante, además, los que te queremos seguimos a tu lado. ¡Todos! Recuérdalo. —Miré a Eli e hice una mueca en señal de afirmación—. Por cierto, señorito, tu nueva amiga es muy guapa y parece buena gente.

Yo ya lo sabía por lo poco que había podido comprobar, pero me hice de nuevas.

—Me imagino que sí, Eli, aunque nos estamos conociendo.

—¿Habéis vuelto a quedar?

—No. Bueno, sí, porque tú la invitaste a la barbacoa.

—Dime la verdad, ¿te importó que lo hiciera?

—¡Nooo, qué va!

—Pues parecía que sí, por cómo reaccionaste.

—No, Eli, en serio, lo que ocurre es que no sé sus gustos, sus reacciones, sus sensaciones. Sé muy poco de ella, quizá no le apeteciera venir y yo no quería que se sintiera obligada, solo eso.

—Quédate tranquilo, si viene es porque le apetece, si no, no vendría. Habría dicho que no y ya está. Además, así le podré preguntar cosas sobre sus novelas, también sabes que a tu sobrina le encantó, y si a ella le gusta algo o alguien, a ti también debería gustarte, ¿no crees?

—Mmm, visto de ese modo tienes razón.

—Relájate. Es solo una amiga; deja que el tiempo transcurra y ya se verá. ¡*Carpe diem*! —exclamó sonriente.

—Ya que hablamos de ella, ¿cómo llevas sus novelas, y que te parecen?

—Pues verás, me he leído las dos, ahora estaba releyendo la primera de nuevo. Las novelas son francamente bonitas y me gusta releerlas por lo menos una vez más, porque a veces encuentras en ellas datos que, en ocasiones, pasas por alto la primera vez. Es una gran escritora y hace algo muy bueno para el mundo; lucha por el papel de la mujer para que siempre se la tenga en cuenta, y, sobre todo, casi siempre, deja entrever que todos somos necesarios para que la vida continúe así.

—Es cierto. La verdad es que por esos derechos no se debería de luchar, deberían ser, sí o sí. —Nos quedamos un instante callados, momento que aprovechamos para dar un sorbo del vino —. ¿Sabes, Eli? Ya que estamos en este momento de confesiones, te contaré un par de cosas que no te había contado aún.

—¿Eh? ¿Me ocultas secretos? ¡Canalla! —Los dos nos reímos procurando no hacer mucho ruido. Me miró y me dijo—: Dime, cariño.

—La he visto un par de veces más, aunque no te lo he contado...

—Ya me lo imaginaba. ¡Vamos! Me extrañaba que no la hubieses vuelto a ver. —Sonrió por conocer mis debilidades.

—No, no han sido citas, de veras. Han sido una especie de coincidencias. De hecho, ella misma siempre lo dice: «Dejemos que las casualidades nos lleven a dónde ellas crean oportuno».

—¿Entonces, Randy? Sigue, que me estoy perdiendo.

—Verás, Eli. El cuadro en cuestión, me lo tenía que traer un mensajero, ¿lo recuerdas?

—Sí, algo recuerdo.

—Pues, resulta, que me lo trajo ella, evidentemente, todo orquestado por Walter, ¿cómo no? —Mi hermana escuchaba atenta y curiosamente—. Se presentó en casa; me lo dejó y ya está.

—¿Ya está? —insistió ella, escéptica.

—Sí, ya está.

—¿La dejaste ir, así, sin más? ¿No le ofreciste tomar nada? ¡Aunque hubiera sido un vaso de agua...!

—Fui un poco torpe, la verdad.

—¿Un poco?

—Es que no me la esperaba. Me pilló descolocado y apenas pude reaccionar, pero sucedió algo muy curioso...

Eli se recolocó en el sofá como si en esa nueva posición me fuera a escuchar o entender mejor.

—Dime. ¡Que me tienes en ascuas!

—Cuando dejó el cuadro sobre el sofá y yo volví con la cartera para darle una propina al supuesto mensajero, vi que Cascabel se encontraba entre sus brazos, y ya sabes que mi gata tiene sus gustos... No sé por qué, no puso ninguna objeción.

—Bueno, ella tiene un gato según escuché, ¿no? Tal vez tu gata percibiera el olor del suyo.

—Imagino que sí.

—Y después, ¿qué? ¿Pasó algo más?

—Nada. Se despidió diciendo que tenía prisa y cosas que hacer.

—Pero, me has dicho que la has visto dos veces. ¿Y la otra?

—El mismo día, pero por la tarde. Fui a llevar unos documentos a Trafalgar Square, cuando terminé, vi que en la calle había una manifestación muy grande sobre la defensa de las mujeres. Yo sabía por ella que tenía ese tema pendiente, aunque no estaba seguro y me acerqué a curiosear.

—¿Y?

—Pues que avancé por un lateral hasta la cabecera de la manifestación. Ya sabes, por sus novelas, que aboga por los derechos de las mujeres. Finalmente la localicé, ella al verme me hizo un hueco a su lado y me sumé a la concentración mostrando mi apoyo.

—¡Anda, qué bien! —me dijo Eli posando su mano sobre la mía apretándomela en señal de aprobación—. Me gusta que hagas eso.

La miré y le sonreí para proseguir con mi relato:

—Que conste, que, no solamente lo hice porque ella estuviera allí. Si esa concentración hubiera sido por cualquier otra causa con la que yo empatizo, también me habría sumado.

—¡Ese es mi hermano! Bueno, ¿y qué más?

—Pues, eso, que, aunque estuvimos juntos, casi no pudimos hablar, cuando la manifestación llegó al edificio que era el objetivo, se detuvo, y las personas que habían acreditadas, entre ellas, Natasha subieron, pues tenían una reunión para hablar con el ministro de asuntos sociales y el alcalde, entre otras personalidades. Ese fue el fin de la cuestión.

—Bueno, Randy... Habrá que hacer caso a lo que ella te pide. Poco a poco, y dejemos que la casualidad actúe, ¿no? —me sonrió y añadió—: Aunque un empujoncito tal vez no vaya mal, ja, ja, ja. —Nos reímos los dos.

—Pues sí, hermanita, tal vez tu empujón ayude a que nuestra relación como mínimo sea algo más constante, aunque me da algo de miedo, Eli.

—A ver, cielo. Mírame a la cara —obedecí a su petición—. ¿Qué problema hay?

—Ninguno.

—Pues, ya que estamos de acuerdo en esto, brindemos. —Levantamos nuestras copas haciéndolas chocar suavemente y tomamos un trago—. ¿Te gusta ella?

—¡Joeee, qué directa eresss! Casi me atraganto con el vino, ja, ja, ja.

—No cambies de tema, que no te escapas de responderme a lo que te he preguntado.

—¿Y cuál era la pregunta? —bromeé, pero al ver la cara de mi hermana me dispuse a contestarle, no me quedaba otra—. Bueeeno, imagino que sí.

—¿Imagino? —me preguntó escéptica—. ¡A ver Randicito, o te gusta, o no te gusta! O, sí, un poco, o mucho, perooo... ¿Imagino?

—No sé, Eli —dije metiendo los dedos entre mi pelo, como si ese ligero masaje me ayudara a despejar las dudas—. Estoy hecho un lío…

—Bueno, tomemos la última, a ver si poco a poco se deslía esa cabecita. —Me dio unos toquecitos con los nudillos en ella.

—La penúltima, Elisabeth, siempre se dice la penúltima, la última suena mal.

—Pues, ponme la penúltima.

Le serví el vino y yo me puse un poco más. Se produjo un silencio por unos instantes mientras cada uno saboreábamos un sorbo de aquel caldo blanco. Yo me encargué de deshacer ese silencio.

—¿Recuerdas a papá y a mamá?

—No hay día que no los recuerde, sobre todo, a mamá —aclaró Elisabeth.

—Fue injusto como ocurrió, el hombre que se equivocó de carril no debería haberlo hecho jamás. —Apreté la copa entre mis manos, en señal de impotencia.

—No te fustigues, Random. El infarto que sufrió conduciendo aquel hombre era imposible de prever, además, la mala suerte y la desgracia hizo que los tres; papá, mamá y el otro conductor, se fuesen el mismo día y de la misma manera, nos sentimos todos destrozados por la fatídica tragedia, pues también hubo otra familia rota de dolor por las mismas circunstancias.

—Lo sé, pero opino que todavía no debía de ser la hora de nuestros padres. Acababa de nacer Ruth y se perdieron su infancia como abuelos.

Ella me cogió de la mano apretándomela, y mirándome, dijo:

—Para eso estamos tú y yo; a mí me toca hacer de madre y de abuela a su lado, y a ti te toca hacer de tío y de abuelo a sus ojos, lo que no va a poder tener sin ellos, es obligación nuestra hacia ella.

—¿Sabes, Elisabeth? Papá tenía un brillo especial en sus ojos, cuando miro a los de Ruth, me recuerda cosas de él.

—Pues, disfrutemos de eso, Random.

—Es verdad. En algunas ocasiones, pienso que debería volver a tocar el piano, papá pensaba que llegaría lejos con él.

—Lo sé, pero a veces lo que deseamos para nuestros hijos, no es lo que a ellos les guste o motive, hay que dejarles que elijan, y los padres deberíamos orientarles e incluso ayudarles a conseguir lo que a los hijos verdaderamente les apasione. Por eso, Scott, tú y yo, procuraremos que esa princesita que ahora duerme sea alguien grande y especial, el destino y después la realidad, nos enseñará lo que acabará siendo. Es por eso por lo que no debes de pensar en lo que a papá le hubiese gustado, esa idea solo puede llevarte a sentirte frustrado. Si decides volver a tocarlo, que sea porque a ti realmente te apetezca. Ya sabes que mamá ya estaba conforme con que para ti fuera un *hobby*.

—¿Sabes qué recuerdo me ha venido ahora a la mente, Eli?

—Dime, cariño, pero llénname la copa que creo que la cosa se va a alargar...

—Antes de que tú nacieras, por las mañanas cuando papá se marchaba a trabajar yo salía a despedirle a la puerta, él bajaba un par de escalones para ponerse a mi altura, me miraba y después me decía: «Cariño, ahora yo me voy a trabajar y tú te quedas como hombre de la casa, cuida de mamá». Yo le sonreía cariñosamente y agitaba la cabeza de arriba abajo en señal de haber entendido lo que me pedía, después me besaba en la frente y me decía: «Que dios te bendiga, hijo». Desaparecía calle abajo y yo me metía para casa, mamá siempre me preguntaba de qué hablábamos, que me hacía mirarla con aquella alegría.

—¿Y tú qué le respondías?

—Pues yo le decía: Me ha pedido que cuide de ti, mamá.

—¿Y qué decía o hacía mamá, Randy?

—Me cogía en brazos, me ponía a la altura de sus ojos, y me decía: «Ahora, tú y yo nos vamos a cuidar mutuamente, muchachito, y pediremos al cielo que tu papá vuelva pronto y que nada malo le pase, porque lo necesitamos en nuestras vidas, ¿verdad? Además, señorito, tenemos que estar bien, ya que pronto estará aquí tu hermanita».

Recordar esa escena provocó que los ojos se me pusiesen vidriosos; hice un esfuerzo por no romperme y porque no inundaran mis mejillas, cosa que sí le ocurrió a Elisabeth, me miraba con lágrimas que no pudo evitar, pues estaba escuchando algo inédito para ella hasta ahora.

—¡Eh! ¿Por qué no sabía yo, todo esto?

—¿El qué, Eli?

—Este capítulo de nuestras vidas.

—No sé… —Le sequé las lágrimas con mi mano—. Imagino que nunca habíamos coincidido como hoy, para que surgieran estas conversaciones y tener este agradable ratito así de charla, o quizá ha sido producto del vino que ha hecho que afloren estos recuerdos que permanecían ahí, en algún rinconcito del cual, hoy han querido salir. Que, por cierto, a lo tonto, ¡la botella nos la hemos soplado! —De la melancolía pasamos a la risa por el tema del vino.

—Tú y yo, tenemos que abrir más botellas de vino a estas horas —me dijo y yo le sonreí.

—¿Te gusta tu nombre, Elisabeth?

—Sí, claro —respondió ella extrañada—. ¿Por qué lo preguntas, Randy?

—Verás, cuando mamá me subía para mirarme a los ojos me decía: «Cariño, pronto vamos a tener a alguien más en nuestras vidas, y tenemos que quererla de manera muy especial». En una ocasión me preguntó: «¿Qué nombré le vamos a poner?» Yo lo tenía claro: «Mamá, ¿la podemos llamar Elisabeth?» Ella me dijo: «¿A ti te gusta?» «A mí sí, mamá, ¿y a ti?» «¡A mí me encanta, mi niño! Así que cuando a la noche llegue papá se lo decimos, y si a él también le gusta, ya tendremos nombre para tu hermanita, pero recuerda que deberás de cuidarla como a mí me cuidas, ¿eh?» Yo la miraba y con la cabecita asentía.

—¡Oh! —exclamó Eli— O sea… ¿Que tú eres el culpable de mi nombre y de que te quiera tanto?

—Del nombre creo que sí —respondí—, yo tenía una amiga en la escuela de preescolar 3, que se llamaba así, no recuerdo si me gustaba ella a mi corta edad, o, porque me gustaba su nombre para cuando nacieras tú, hermanita. De ahí su nombre, señora Elizabeth. De que me quieras tanto imagino que es cosa de tu corazoncito, y de que papá y mamá legaron en ti ese don.

Ella se acercó más a mí y me abrazó a la vez que me dio un sonoro beso en la cara.

—Te quiero demasiado, lo sabes, ¿verdad?

—Lo sé, Eli —entonces la miré y formé en mis labios una sonrisa medio burlona para decirle—: ¡Menos mal que no me gustó el nombre de la abuela!

Ella que estaba apurando el último sorbo de vino, casi lo espurreó.

—¡No, por Diosss! A la abuela la quise mucho, pero, Eustaquia… ¡No, por favor! —Los dos soltamos unas grandiosas carcajadas, pero esta vez casi no nos pudimos contener y al darnos cuenta, aflojamos el tono, aunque tardaron unos minutos en cesar—. Deberíamos repetir en más ocasiones estas charlas, Randy, sobre todo, para recordar a aquellos que nos trajeron al mundo.

—Es verdad, aunque no los mencionamos, siempre están en nuestra mente y viven en nuestro corazón eternamente.

—Eso es cierto, además, sus nombres en ocasiones, me los encuentro por cualquier lado…

—Bueno, Eli, Alexander y Rosemary, son bastante comunes.

—Ya, pero pienso que ellos desde arriba nos mandan a personas con sus mismos nombres para cuidarnos y que los tengamos presentes.

—Eli, juraría que no deberíamos tomar nada más, ¿no crees? ¿Qué hora será ya?

—El reloj del vídeo marca la una y media de la madrugada. Creo que ya deberíamos irnos a la cama, que es tarde y la botella ya hace rato que se le ve el fondo, ¡guapo! ¿Qué te apetece comer mañana?

—No sé, cualquier cosa, no te preocupes.

—Pues, mañana lo decidimos. ¿Vas a dormir en la otra cama en el dormitorio de Ruth, o en la habitación de invitados?

—Creo que dormiré en el cuarto de ella.

—Me parece perfecto, así por la mañana al despertar te verá y le hará ilusión.

—Venga, recojamos esto y a la cama, doña Eustaquia, ja, ja, ja. Que mi cuñadito te tiene que estar echando de menos. —Me acerqué a ella y la besé en la frente—. ¡Te quiero, petarda!

—¡Y yo, Randicito!

Me dirigí al baño a quitarme el disfraz, me puse el pijama y me cepillé los dientes. Llegué a la habitación de Ruth, tras quitar varios juguetes que quedaban desparramados por el

suelo apagué la luz de la mesita, y me acosté en la otra cama. La noche y los sueños se encargaron del resto.

¿Qué vas a hacer con tu vida?

Capítulo Nº 9 - Rossy.

A la mañana siguiente cuando Elisabeth se levantó, sobre las once, nos encontró a Ruth y a mí en el salón, la niña estaba tumbada encima del piano, bocabajo con sus piernas flexionadas y cruzadas a la altura de los tobillos, su carita apoyada sobre sus manitas observándo cómo extrañamente me estaba preparando y estirando las manos para sacar de aquel instrumento, lo que mi alma soñaba.

—¿Cuándo os habéis levantado, sinvergüenzas?

—Llevamos un rato aquí, mamá.

—¡Ostras! —exclamó Eli, me miró y le sonreí, después de un gran bostezo dijo—: Me levanté para compartir con Scott un café antes de irse a las seis de la mañana, me eché de nuevo en la cama y se ve, que me quedé dormida nuevamente.

—Tranquila, Eli, nosotros dos ya llevamos rato aquí cotilleando cosas.

—¿Habéis desayunado?

—Ruth y yo hemos comido solo dos galletas para matar el gusanillo.

—Es que queríamos desayunar contigo, mami —le regaló a su mamá una encantadora sonrisa.

—Pues, voy al baño, me doy una ducha rápida y preparo unas tostadas.

—¡Para mí con mantequilla! —gritó la pequeña.

—¡Alaaa, habéis recogido toda la cocina, sois unos soletes!

—Mamá, el tío Randy lavaba y yo secaba.

—Menudos dos estáis hechos, tío y sobrina. Por cierto, hermano, ¿vas a volver a tocar el piano?

—No sé, Eli, aquí la moza me ha pedido que toque algo, y creo que ya es hora de que mire de sacar a este mueble lo que sabe hacer. Creo que a papá y a mamá les gustaría que continuara lo que me obligaron a estudiar, aunque reconozco que les he de dar las gracias por permitirme que tomara ese otro camino.

—Cuando estés bien ya sabes que él —señaló el piano—, está ahí para que lo utilices cuando quieras.

—Gracias.

Eli desapareció hacia el baño y nosotros nos regalamos a nuestras locuras.

—¿Qué vas a tocar, tío?

—¿Qué te apetece, sobrina? Podemos realizar una de las canciones de Peter Pan. ¿O dejamos que salga algo bonito?

—Algo bonito, tío Randy, y después de comer haces la otra.

—Vale, sus deseos son órdenes para mí, señorita.

Comencé a acariciar las teclas del piano, y poco a poco las notas que iba sacando de aquel instrumento hacían que el despertar de cualquier persona fuese algo bonito. Eli ya había salido del baño y se encontraba en la cocina preparando las tostadas, de tanto en tanto, se giraba hacia nosotros y no podía evitar dibujar en su cara una sonrisa cariñosa, la niña ya se había bajado de la parte de arriba del piano y se había sentado junto a mí en la banqueta abrazándome por detrás. Mis manos tocaban una música que jamás antes había tocado, aquella melodía encerraba momentos de aquellos que, perfectamente, hubieran podido ser escritos para una

relación de pareja o quizá para una familia. Las notas volaban en el ambiente, hasta tal punto, que Eli dejó lo que estaba haciendo para apoyarse en el mármol; dejó sus manos aguantando su cara y se dejó llevar. Cuando toqué la última nota, Ruth me dijo:

—¿Es para mí, tío Randy?

—Claro, mi princesa, ¿para quién, si no?

Desde la cocina se oyó un aplauso suave pero continuo.

—¡Eh! ¿Y esa melodía? ¡Qué pedazo de canción! ¿De quién es?

—¡Mamá, es mía! —respondió Ruth.

Miré a Eli alzando un poco mis manos abiertas y reflexioné irónicamente:

—Ya sabes de quién es. ¿Para qué preguntas, Eli? Ja, ja, ja.

—Puede valer para más personas.

—A ver, hermanísima, las tostadas están echando humo…

Eli dio un salto y gritó:

—¡Alaa, ya se me han quemado! Pero, un poco solo, ¿eh? —Desde el piano mi sobrina y yo nos reíamos. Aquella imagen era digna de compartir y causar cierta envidia a cualquier familia, sin embargo, la estábamos disfrutando nosotros—. A desayunar, señoritos, que después tenemos trabajo, los tres, ¿eh? Hay que tirar las cajas de los regalos, y subiremos a la buhardilla la ropa de cambio. Hoy vamos a cambiar la ropa de invierno a verano. O sea, Randy; desayuna bien, que te tocará ayudarnos a subir las cosas arriba.

Miré a mi hermana y pregunté:

—¿Habrá *roast beef* para comer?

—No, hoy comeremos verduras salteadas y merluza al horno, el *roast beef*, lo prepararé mañana que vuelve Scott.

—¡Oh, no me digas eso, que me vengo mañana a comer también! Ja, ja, ja.

—Pues, si quieres, ya sabes, te vienes a eso de las doce y media, que a esa hora ya estará aquí de vuelta tu cuñado y comemos los cuatro juntos, o pensándolo mejor, como mañana es festivo quédate esta noche a dormir.

—No quiero hacerme pesado, Eli, ni abusar de tu hospitalidad.

—¡Anda, calla, que eres mi hermano, no alguien que me he encontrado por la calle!

—¡Síií, tío Randy. Quédate! —me imploró la niñita poniendo sus manos juntas como rogándomelo. Ante tal situación, no me pude negar.

—Bueeeno, pero luego antes de que anochezca me acercaré a mi casa a supervisar que Cascabel esté bien, a ponerle agua y comida y traerme algo de ropa.

—¡Yupiii! —Aplaudió Ruth mi decisión.

—Bien, nosotras estamos encantadas de que estés aquí y tu cuñado, más tranquilo sabiendo que estamos acompañadas.

Entonces miré a Ruth y le dije:

—Venga, vamos a desayunar mucho que mamá nos va a dar trabajo por un buen rato.

—Vale —contestó la pequeña.

—¿Queréis zumo?

—¿De piña y frío puede ser, hermana?

—Claro, Randy, en la nevera no puede faltar, has enviciado a tu sobrina a tomarlo así.

Nos reímos los tres.

Una vez que acabamos de desayunar nos pusimos codo con codo para realizar las tareas que tenía previstas Elisabeth; la niña sacaba las cajas, mientras que yo subía las perchas de la ropa que mi hermana quería cambiar de armarios. Cuando acabamos de ese trabajo le ayudé a

cambiar los juegos de camas de invierno a verano. Después tocó el momento de la habitación de Ruth.

—Cariño, mira a ver con qué cosas juegas menos y que el tío las lleve a la otra habitación de los juegos.

—Vale, mamá.

Mientras cambiábamos las sábanas de las camas del dormitorio de Ruth, ella iba y venía con juguetes que reubicaba en la otra habitación, con tal de despejar un poco la suya y dar cabida a los últimos juguetes recibidos con motivo de su cumpleaños, para jugar más a menudo con ellos.

Veía a mi sobrina tan inocente y feliz ayudando en lo que podía, que le dije a Eli:

—Es un primor de niña, lo sabes, ¿no? —Ella me devolvió una sonrisa para contestarme:

—Síií, pero no lo digas delante de ella a menudo, no sea que baje la guardia, de esa manera, siempre procura ser mejor.

—Pero, si ya lo es —susurré.

—¡Shhh! Calla, que te va a oír, petardo.

Una vez que acabamos todo, Eli nos anunció:

—Ya estáis libres, ahora podéis hacer lo que queráis, mientras, yo prepararé la comida y en una hora aproximadamente comeremos.

—*OK*, Eli. Ruth…

—Dime, tío.

—¿Ayudas a mamá, o me ayudas a mí?

—¿Qué vas a hacer?

—Pues, quería componer la canción para Peter Pan.

—¿Por qué no preparas tú la canción mientras yo ayudo a mami?

—¡Perfecto! Así puedo crearla sin que nadie esté subido en el piano o dando vueltas alrededor de mis pies. ¡Buena idea, Ruth, no se me había ocurrido! —le dije levantando las cejas en varias ocasiones y riéndome.

—Ja, ja, ja, si ves que estoy debajo no me pises, tíooo.

—Pero ¿no hemos quedado que ayudas a mamá?

—Ja, ja, ja —se volvió a reír divertida—, tu déjame un ladito en la banqueta del piano, por si vengo.

—Vale, cielo.

Me puse a pensar en cómo componer la melodía, notas que después escribiría en partituras y que también grabaría en un reproductor de Mp3, para cuando la niña quisiera, la pudiera volver a escuchar.

—Randy...

—Dígame, señora hermana.

—¿Has grabado y guardado la música de antes? —Sabía a la que se refería, pero me hice el loco.

—¿A cuál te refieres?

—¡No me trolees, guapo!

—¡Ah! ¿Te refieres a la de antes? —respondí.

—Sí, a esa me refiero, está claro, si solo has tocado una.

—Pues no. ¿De verdad queréis que la guarde?

—¡Sí! —dijeron las dos a la vez.

—¡Pufff…! Dos contra uno, vaaale, habéis ganado.

Comencé a tocar las teclas de nuevo, cada pocos segundos paraba y apuntaba las notas musicales en la partitura. Madre e hija, espectadoras improvisadas, tarareaban al son de la música desde la cocina.

—No —me dijo Eli—, esa nota no la tocaste antes.

—¿Quizá, esta?

—Sí, sí, esa.

—¿Puedo seguir, señoras?

—Claro, señor Williams, siga usted, que nosotras no le molestamos más.

Durante el resto de la canción volvió a interrumpirme un par de veces, para que cambiara alguna nota, hasta que llegué al final.

—Bueno, señoras, ¿qué les parece? —Esperé a escuchar sus opiniones.

—Tío Randy, ¿puedes tocarla seguida, porfi?

—Claro que sí, mi cielo.

Me giré de nuevo hacia el piano y estiré los dedos; se hizo el silencio total, las espectadoras ocasionales esperaban atentas. Comencé el suave juego de mis manos acariciando las teclas procurando tocar todas las notas tal y como las había modificado, estas emitían una melodía que envolvió todo el salón; solo se escuchaba el piano. Cuando acabé la última nota suspiré profundamente; cerré la tapa y me giré hacia ellas. Las dos estaban completamente anonadadas, como hechizadas mirándome y admirándome por cómo había conseguido sacar aquella música tan bonita, unificada y continua; como si llevara tocándola toda la vida.

—¿Qué os pasa, no os ha gustado? —pregunté.

En ese momento, Ruth reaccionó eufórica, aplaudiendo.

—¡Qué bonita es, tío Randy!

Me levanté e incliné un poco el torso y la cabeza.

—Gracias —respondí—. Y tú, hermanita, ¿qué opinas?

—Pues te voy a decir dos cosas: la primera, que no dejes nunca más de tocar el piano. ¿Vale? Y la segunda, que es... ¡Tan bonitaaa! Que me siento más orgullosa de ti, si cabe. Lo que sacas del piano cuando tu mente quiere, es algo difícil de explicar, Randy, algún día enviaremos una maqueta tuya a alguna productora musical a ver si te fichan para crear bandas sonoras —nos reímos los tres—. ¿Cómo la vas a llamar?

—No sé, tendré que pensar algún título, ¿qué opináis vosotras dos? Ya que parece que seáis mis representantes —dije riéndome y esperando una respuesta.

—¿Tú cómo la llamarías, Randy?

—No sé, Eli, se me ocurren varios posibles títulos…

—A ver, ¡sorpréndenos!

—Escuchad, uno podría ser: *Desde el corazón.*

—Me gusta, es bonito —respondió ella.

—¿Y el otro, tío? — preguntó Ruth.

—El otro, podría ser: *Gracias a la vida.*

—A mí me gusta más el primero, tío Randy.

—¿Y a tu madre?

—Pues mira, a mí me gusta así: *Desde el corazón, gracias a la vida.*

—¡Ostras, Elisabeth, me has sorprendido! Te acabas de ganar el sueldo, guapa.

—¡Ja, ja, ja! Venga, jovencitos, a poner la mesa ya, que la comida está a punto.

El resto de la tarde la pasamos viendo la película de la sobremesa en el televisor y luego jugando los tres, a juegos de mesa.

Como anuncié por la mañana, antes de que anocheciera me acerqué a casa. Mientras tanto, Eli aprovechó para bañar a Ruth.

Por la noche, después de cenar, cumplí con la rutina de leerle a mi sobrina el libro de Peter Pan bajo la luz de la lamparita de noche. No había leído tres renglones cuando Ruth cayó rendida en los brazos de Morfeo. Cerré el libro y le di un suave beso en la frente, ella esbozó una leve sonrisa, se giró hacia el otro lado y se dejó atrapar por el sueño.

Cuando fui al salón, Elisabeth estaba estirada en el sofá, se había quedado dormida también viendo la tele, pero al notar mi presencia abrió los ojos.

—¿Se ha dormido ya?

—Sí, se ha quedado frita, como tú, ja, ja, ja.

—¿Te apetece un vino o un té? —dijo bostezando.

—No, Eli. Vayámonos a dormir, que tú estarás cansada.

—Pues creo que tienes razón, pero si tú no te quieres acostar todavía y te apetece ver la tele un rato, quédate, estás en tu casa.

—Gracias, creo que me haré un té y veré alguna película. —Le di un beso en la frente y le di las buenas noches.

—Buenas noches, Randy.

A la mañana siguiente, les propuse a las damas de la casa ir a desayunar fuera.

—Os voy a llevar a desayunar algo distinto, a un sitio que hace poco descubrí con unos amigos.

Nos encaminamos a varias manzanas de la casa de mi hermana y llegamos a una cafetería de origen español, nos acomodamos en una mesa junto a la vidriera desde donde se divisaba un parque. Enseguida se nos acercó una señora de mediana edad.

—¿Qué van a tomar, señores?

Tomé la palabra y pregunté a mi hermana y sobrina:

—¿Os fiais de mí, señora y señorita? —Ambas se miraron y asintieron con la cabeza—. Pues, entonces, tres chocolates y una rueda de churros para los tres, por favor.

—Enseguida se los sirvo.

—¡Mmm…, chocolate! —exclamó Eli.

—¿Qué son churros, tío Randy?

—Es una masa hecha de harina, agua y un poquito de sal, que después de frita se puede comer así tal cual, o con un poco de azúcar espolvoreada por encima, o mojándola en el chocolate caliente. Es típico de España y se le llaman churros o porras.

—¡Qué ganas de comerlos! Creo que Scott y yo los comimos hace como diez o doce años en unas vacaciones que pasamos en Madrid —comentó Eli.

Al poco apareció la señora. Traía una bandeja en la mano con tres tazas de chocolate.

—Enseguida les traigo los churros, que los está cortando mi marido; es el churrero —matizó. Y como dijo, enseguida volvió con una bandeja y los ardientes churros que parecían salidos del mismísimo infierno por lo que quemaban—. Que aproveche.

—Gracias —respondimos.

—¡Oh, Dios mío, están deliciosos! —alabó Elisabeth.

—¿Te gusta, Ruth? —le pregunté.

—Síííi, esto está más rico que desayunar leche con cereales —dijo la niña con el borde de los labios llenos de chocolate.

Nos reímos todos.

—Pero esto no se puede desayunar todos los días, señorita —sugirió Eli—. Espera que te

limpio la boca que te estás poniendo perdida.

No le dio tiempo, Ruth paseó su lengua por todo el contorno de esta arrastrando cualquier rastro de chocolate.

Estábamos acabando y Ruth pidió ir un rato a jugar al parque que divisábamos desde la churrería. Como Eli aún se estaba recreando con aquella delicia, le dije que si quería que nos esperase allí. Ella accedió gustosa.

Pagué a la churrera y salimos hacia la zona de juego. Dicha zona tenía el suelo cubierto con una especie de alfombra mullida y flexible. La niña se subió primero a un columpio y yo la balanceaba, luego se quiso tirar por el tobogán un par de ocasiones y acto seguido quiso subirse al balancín, que parecía creado por algún loco de la construcción por su curiosa maquinaria. Me pidió mi sobrina del alma, que nos subiéramos cada uno a un lado. Ni me lo pensé, allí que me subí; flexioné las piernas para bajar e impulsé la otra parte hacia arriba.

—¡Uaaaaauuuuuu! —gritó Ruth—. ¡Otra vez, tíooo!

Mi ánimo se acrecentó y cada vez aumentaba más la intensidad de mis subidas y bajadas. La niña estaba encantada con aquellas locuras, hasta que uno de los impulsos fue tan fuerte al bajar, que Ruth se cayó hacia atrás dando una voltereta sobre sí misma. Miré horrorizado a Elisabeth que se encontraba parapetada tras la cristalera; se puso de pie poniendo los brazos en jarras reprobando mi actitud. Cuando volví la vista hacia mi sobrina, ya se hallaba de nuevo subida al balancín.

—¿Estás bien, cariño?

—Sí, tío Randy. ¡Otra vez! —me dijo con una sonrisa de oreja a oreja.

Miré otra vez a mi hermana, que ahora se encontraba hablando por el móvil sin quitarnos la vista de encima. Vi que ponía el puño hacia arriba y me miraba con cara de reto. No pude evitar reírme a carcajadas. Volvimos a sentarnos en el balancín y en unas de las bajadas, me dejé caer como si Ruth me hubiera tirado. Me levanté y dije:

—¡Otra, otra! —Los dos nos reímos divertidos.

Menos mal que el suelo de esa zona era de goma, con lo cual, las caídas eran menos preocupantes.

Cuando Elisabeth acabó su charla por el teléfono se dirigió hacia nosotros divertida. Sacó su cámara digital del bolso y nos disparó varias fotografías.

—Mami, ¿quieres subir?

—No, cariño, disfrutad vosotros que yo me divierto viéndoos.

—Vamos, hermanísima, anímate y súbete en mi lugar que yo os fotografío.

—¡Síií, mamá, ya verás qué divertido!

—Venga, va…, pero porque hoy vengo con pantalones. Ah, por cierto, yo no quiero acabar en el suelo como vosotros dos, ¿eh? ¡Menudos sois, tío y sobrina!

Me dediqué a inmortalizar con la cámara distintas fotos de madre e hija en aquel columpio e incluso, luego, nos fuimos al tobogán de nuevo y nos íbamos deslizando uno tras otro. Le pedí a un chico que había por allí con su hijo si nos podía hacer varias fotos a los tres juntos subidos en el tobogán, él amablemente aceptó, cosa que le agradecimos. Pasamos un buen rato divirtiéndonos como tres enanos.

Elisabeth miró su reloj y vio que eran las once y media.

—Jovencitos. Siento romper este momento tan bonito, pero va siendo hora de que nos vayamos para casa que hay que preparar el asado.

—Jooo…, mami, ¿ya?

—Sí, cariño, venga, no valen excusas, otro día venimos.

La niña caminaba para casa con el morrito arrugado, el incipiente enfado se le pasó rápidamente con mi propuesta.

—Chicas, tenemos que venir otro día, que yo me he quedado con ganas de subirme en la tirolina.

—Ja, ja, ja, tío Randy, que tú eres muy grande para subirte ahí.

—Es igual, Ruth, pero yo no me quedo con las ganas. ¿Sabes? El día que vengamos traemos también a tu papi, ¡ya verás qué bien lo vamos a pasar! —Puse la palma de mi mano recta y Ruth me la chocó.

—¡Sí! —gritó contenta.

Elisabeth comenzó a reírse sola.

—¿De qué te ríes? —le pregunté intrigado.

—Me he imaginado a tu cuñado deslizándose por el tobogán y no lo veo. Pero te juro, que pagaría por ver esa imagen, por no decir que va a ser imposible.

—Nunca digas nunca, Eli. —Le guiñé el ojo.

Llegamos a casa y Elisabeth se puso a preparar la comida.

—¿Necesitas ayuda? —le pregunté mientras me lavaba las manos en el fregadero.

—Pues mira, sí, ya que lo dices ves preparando tú la ensalada que yo meto esto en el horno.

—Ruth, ves poniendo la mesa que ya mismo llegará papá.

Estuvimos todos un buen rato con nuestras tareas asignadas. Habíamos formado un equipo bien coordinado. Ya casi todo estaba listo, la mesa puesta con la ensalada en el centro, la panera con pan recién cortado. Solo faltaba que el asado terminara de cocinarse, cuando se escuchó el sonido de las llaves entrando en la cerradura de la puerta.

—¡Familia, ya estoy en casa! —Scott soltó el maletín en el suelo con el tiempo justo para acoger con una sola mano a Ruth, que se le colgó al cuello.

—¡Hola, papiii!

—¡Hola, preciosa mía! —Le dio un beso en la carita a su pequeña, esta le correspondió con otro y dejó su cabecita apoyada en su hombro, al hacer esto, vio lo que su padre escondía con su mano derecha detrás de su espalda, entonces levantó su cabeza en décimas de segundo para preguntarle a su papá, pero él que se percató, le hizo una señal de que no dijera nada.

—¿Qué tal el viaje, cuñado?

—Bien, bien. ¿Te han tratado bien estas dos bellas damas, Randy?

—Bueno, cuñado, ya sabes que yo con ellas me dejo hacer, estoy en minoría, ja, ja, ja.

—¿Dónde está mi mujercita?

Entonces apareció Elisabeth que había aprovechado esos breves minutos mientras nosotros saludábamos a Scott para quitarse el delantal e ir al baño a retocarse el pelo y ponerse un poco de brillo labial.

—¡Hola, cielo! ¡Qué bien que ya estás en casa!

—¡Hola, amor mío! —Se besaron en los labios con un profundo y largo beso.

Entonces de detrás suyo sacó dos rosas.

—¿Y esto, Scott? —preguntó Eli.

—¡Para mis dos mujeres! —Le dio primero la rosa a la pequeña y luego la otra a mi hermana.

—¡Gracias, papi! Mamá, dame la tuya, que las pongo en agua.

El matrimonio se volvió a regalar otro beso de esos que quitan el sentido.

—¿Y para mí, cuñado? —le pregunté a Scott poniendo morritos.

Scott me dio unos toques en el hombro para decirme:

—Para ti abriremos un buen vino. ¿Qué te parece?

—¿Qué celebramos, Scott?

—Pues mira cuñado, vamos a celebrar que estamos en familia.

—¡Bravo, maridito! —gritó Elisabeth

—Ruth, ¿quieres zumo o agua? —pregunté.

—Agua, tío.

—Pues, ala, marchando agüita para la niña.

—Venga, todos a la mesa —ordenó Elisabeth.

—Voy a lavarme las manos —dijo Scott.

Cuando ya estábamos todos sentados en la mesa, Elisabeth se dispuso a servir.

—Id pasándome los platos.

—¡Ese *roast beef* tiene una pinta espectacular, cariño!

—Gracias, amor.

—Si sobra me llevo un *tupper*, hermanita.

—Ja, ja, ja —se rio ella— ya contaba con eso, grandullón. Quedará para que te lleves y para la cena de tu sobrina, que también le encanta.

La comida fue de lo más familiar, algo que era de buen agrado en aquella casa. Estuvimos hablando de lo que habíamos desayunado esa mañana y de lo bien que nos lo pasamos en el parque. Scott, por su parte, también nos contó algo de su viaje de trabajo, pero no contaba mucho para no aburrirnos con temas laborales.

—¿Preparamos cafés, señorita?

—¡Sí! Pero, para mí no, tío Randy, que soy pequeña… —Me regaló una sonrisa divertida.

—Cuñado —dijo Scott—, para mí un té.

—¡Marchando!

Una vez que acabamos de preparar los cafés y el té, Ruth me recordó que tenía que crear al piano una canción del capitán Garfio.

—Eso, está hecho, princesa, pero cuando terminemos la canción nos tumbamos en el sofá, ¿eh? Que yo ya tengo una edad y en el parque me habéis machacado.

—Ja, ja, ja, vale, tío.

Dejamos los cafés encima de la mesa y me dirigí al piano.

—Randy, ¿quieres hielo con el café?

—Sí, por favor, Eli.

Mientras Scott saboreaba su té, yo comencé a montar la melodía para Ruth, Eli le puso hielo al café y me lo acercó al piano. Comencé a tocar y fui nota a nota llenando la partitura, poco a poco, la canción fue acabando de completarse.

—Tócala otra vez —propuso mi hermana.

—Voy.

La música era de aquellas que parecen escritas para una batalla campal, subía y bajaba la intensidad de la melodía; era para alguien con una personalidad tosca como el capitán Garfio. Al terminar, todos aplaudieron.

—¡Ole mi cuñado!

—Randy, tócale a tu cuñado la primera de ayer.

—¿Estáis seguras? —Miré a mis dos amores y ellas asintieron. Le sugerí a Scott:

—Cuñado, baja el volumen de la tele a ver si opinas como ellas, que me parece que están

confundidas entre lo que me quieren y la realidad.

Me giré de nuevo hacia al piano, estiré mis dedos abriendo y cerrando las manos para hacer un calentamiento previo y comencé a rozar las teclas con tanto mimo que no se oía nada más, tan solo hablaban las teclas desprendiendo una dulce melodía que provocó tal silencio en el salón, que incluso el sonido de mis pies pisando los pedales del piano era perceptible. Cuando acabé de tocar la última nota respiré profundamente; cerré la tapa del piano y me giré hacia ellos. Los tres que habían escuchado absortos aquella música tenían una sonrisa de oreja a oreja. Scott se levantó y comenzó a aplaudir lentamente, poco a poco subió la intensidad hasta que las dos mujeres se unieron a él, al final, los tres estaban aplaudiendo la audición espontánea que les había ofrecido. Scott que seguía levantado exclamó:

—¡Bravo, Random! Es una maravilla esa melodía para los oídos. ¿Tomamos un *brandy*, cuñado?

—Claro, Scott.

—¡Eh! —advirtió Eli poniendo sus brazos en jarras—. ¿Y yo qué?

Scott fue rápido en su respuesta:

—¡Cariño, a ti te preparo lo que tú quieras! —Le guiñó un ojo.

—Ya sabes lo que me gusta, cielo —le respondió al tiempo que le lanzaba un amoroso beso al aire.

—Venga, va, ¡marchando unos *brandies* y un chupito de arándanos en vaso largo! —Y se dirigió al mueble bar para servirlos.

—Pero ¿y tu evaluación? —le requerí a Scott cruzándome de brazos.

—Ya sabes, cuñado, que lo que dicen ellas dos, para mí, va a misa. Confío tanto en mis mujercitas, que cualquier duda sería hasta feo, Randy. O sea, con esto quiero decirte que, ojalá vuelvas a ocupar ese lugar del piano en más ocasiones.

Elisabeth me miró y me guiñó un ojo.

Me senté en el sofá para ver la película que había en la pantalla y saborear tranquilamente la copa que me había preparado Scott.

Había pasado poco más de una hora y Eli se dio cuenta de que yo daba cabezadas.

—Randy, échate una siesta en la habitación, anda.

—Tío, ¿puedo pintarte? —me preguntó Ruth.

—Si me dejas dormir, haz lo que quieras —le respondí, sin reparar mucho en sus palabras debido al cansancio.

—Ruth, pon sobre la almohada una toalla, si lo maquillas.

—Sí, mami —respondió la pequeña.

Me tiré sobre la cama y me desconecté del mundo. Habrían pasado algo más de dos horas cuando Ruth y yo aparecimos por la puerta. Scott también había acabado marchándose a la habitación a descansar, con lo cual, solo quedaba Elisabeth viendo la tele. El volumen de esta lo tenía bajito para no molestar y para poder releer una de las novelas de Natasha.

—¿Mamá, está guapo el tío?

Ella miró hacia los dos, y exclamó:

—¡Madre mía, ja, ja, ja! Pero ¿dónde está el tío? —Ruth soltó una carcajada—. ¿Tú te has visto, Randy?

—Pues, no, Eli… ¿Estoy guapo, o me ha dejado como un cuadro, esta diablilla?

—¡Espera, que te hago una foto, ja, ja, ja! —Me fotografió con el móvil haciendo un esfuerzo en que no le temblara el pulso con sus carcajadas, pero no alcancé a decirle que me dejara verla—. ¡Que esto es digno de guardar! Le podemos decir que te pinte así, el amigo ese,

de tu amiga Natasha —nos reímos los tres—. Anda, date una ducha de media hora para quitarte toda esa pintura, por la espalda también, que tu sobrina te ha pintado tatuajes de Peter Pan. —Miré a Ruth y le hice un gesto, como que no pasaba nada—. Y tú, señorita, recoge todas las pinturas, que cuando salga el tío de la ducha y papá se levante, merendaremos algo.

—Vale —contestó ella.

Me fui al baño con el aplomo que se siente cuando te has levantado de una siesta, pero no has descansado lo suficiente. Creo que los ojos los llevaba semi cerrados, me costaba abrirlos, cuando encendí la luz y me miré al espejo, ¡casi me caigo del susto! Los párpados me los había pintado de un color morado oscuro que parecía que me habían dado dos puñetazos, trazos de rímel que al tener los ojos cerrados y secarse, seguramente era lo que impedía que los abriera por completo, unos coloretes, que ni la misma Heidi hubiera llevado jamás, ni con cuarenta grados de fiebre, y de los labios... Os podéis imaginar; nada discretos, había sobrepasado el contorno de estos como un centímetro, incluso me había dibujado un lunar a lo Cindy Crawford. Me permití hacer algunas poses, mirándome al espejo poniendo morritos para ver si le podía sacar algo positivo a aquel maquillaje, pero no pude evitar soltar una sonora carcajada y más, cuando me giré y vi los dibujos que tenía por la espalda. Parecía un cuadro de Picasso con patas. «¡Creativa nos ha salido la pequeña!» Pensé a la vez que esbozaba una sonrisa. Necesité como medio paquete de toallitas desmaquillantes de Eli. Finalmente, me quité la ropa y me perdí en la ducha.

Una vez que los dos hombres aparecimos en el salón, Elisabeth nos animó a tomar unos emparedados que había dejado en la mesa de delante del sofá.

—Ruth, cariño —dijo Elisabeth—, ¿quién ha llamado al tío Randy? Escuché su teléfono.

Yo, que no me había enterado pregunté:

—¿Eh, me han llamado?

—Sí, tío, contesté a la llamada y era una voz de mujer.

—¿Alguien con voz de mujer? Sería alguna empresa de telefonía, seguro, no paran de incordiar a menudo.

—No sé, tío.

—¿Y qué dijiste?

—Pues le dije: Mi tío no se puede poner ahora mismo, está ocupado durmiendo y yo pintándolo.

—¿Y qué dijo ella?

—Nada.

—¿Cómo que nada? —interrogó su madre.

—Sería alguien para venderme algo, Eli. Además, tranquila, hermana, después miraré la llamada y le rellamaré.

Ruth levantó la mano y dijo:

—No puedes, tío Randy, la llamada era oculta.

—Vaya. ¿Le dijiste algo más, cariño?

—Sí, me preguntó que quién era yo, y le respondí que era tu princesa Ruth.

—¿Y qué dijo la señora, cariño? —preguntó Eli.

—Solo dijo: «Un placer hablar contigo de nuevo, Ruth», y ya está.

Elisabeth y yo nos miramos y nos encogimos de hombros sin darle importancia. Mientras merendábamos hicimos mención del día tan maravilloso que habíamos pasado.

—¿Dónde dejaste las canciones? —me preguntó Eli.

—Las tenéis en el Mp3, las tres juntas.

—Al final, ¿qué título le vas a poner, Randy?

—No sé, depende de vosotras.

—Tío Randy…

—Dime, cielo.

—Tengo otro nombre que quizá os guste.

—Adelante, te escuchamos.

—*¿Qué vas a hacer con tu vida?*

—Pues, mira, me gusta, ¿qué opináis vosotros dos?

—Por mí le doy el visto bueno —alentó Scott.

—¿Y tú, Eli?

—Mira, tú elegiste mi nombre, y esta señorita te ha bautizado la canción, ¿sabes qué? Te la voy a grabar en un CD y te la llevas para el coche si quieres.

—*OK*.

Una vez que acabamos el picoteo me levanté y les avisé de que me iba.

—Familia…, me voy, que Cascabel está sola.

—Llévate el *tupper* que te he preparado y el CD.

—Vale —respondí—. Voy por mi bolsa de ropa y lo meto todo dentro. Princesa, me llevo al señor Peter Pan.

—Jooo…, tío... Vale, pero no lo tires, por si algún día lo usas en alguna fiesta para alguna amiga mía.

—Claro, cariño.

Scott se acercó y me dio un abrazo.

—Cuñado, ten cuidado al volver en el coche a casa, ¿vale? Que hay algo de niebla.

—Gracias, Scott.

—¡Ah! Y no te olvides de traer a tu nueva amiga —me dijo Eli, yo asentí con la cabeza.

—Buenas noches, familia.

—Randy, envía un mensaje cuando llegues a casa, por favor.

—Vaaale, cuenta con ello.

Miré a Ruth y le envié un beso. Salí de allí con una sonrisa de oreja a oreja. Sabía que en aquella casa vivía mi familia; aquellos que me querían y que compartían mi misma sangre.

Por el camino iba despacio debido a la niebla. Tenía la bolsa a mano, en el primer semáforo que encontré en rojo metí la mano en la bolsa y saqué el CD, lo inserté en la ranura y comenzó a sonar la música de piano, inconscientemente rebuscaba una letra para aquella melodía que no acababa de encontrar, pero sin embargo disfrutaba con aquella música, tanto, que en un visto y no visto llegué a casa. Dejé el coche en el garaje y subí a mi ático. Al entrar, salió Cascabel a saludarme.

—Miauuu.

—Hola, señorita, ¿qué tal el día, gatita? Venga, jovencita, que vamos a cambiar tu arena y a ponerte de todo.

Cuando acabé de apañar a la gata, me puse una copa de vino y abrí la tapa del piano; llevaba años sin tocar aquellas teclas desde que habían fallecido mis padres y de mi fallida boda. Había decidido no visitar más aquella banqueta que había frente a él, lo estuve observando y pensé: «Hola, ¿me recuerdas?» Pasé un dedo de punta a punta por las teclas y toqué un tímido Do, después un Mi, después un La, y así, poco a poco fui dejando que mis dedos las fueran acariciando. Estaba inmerso en mi locura y no vi cómo Cascabel de un salto se sentaba encima del piano, ella se relamía las patas y me miraba. Busqué en las teclas dónde empezaba la melodía que mi sobrina había llamado correcta o incorrectamente, *¿Qué vas a hacer con tu vida?* Cerré

los ojos y me dejé atrapar por las notas de aquella composición salida inesperadamente, de la magia, el domingo por la mañana. Desconecté del mundo, de un tirón llegué al final de la partitura, me detuve y observé a Cascabel, la gata seguía relamiéndose las patitas delanteras.

—Bueno, señorita, ¿qué opinas?

—Miauuu.

—Intuyo que te gusta, Cascabel.

Me levanté, fui a la cocina; abrí el *tupper* de *roast beef* y me dirigí hacia la terraza, por el camino agarré la copa de vino y me senté allí a saborear el refrigerio. Cascabel había olido la comida y vino a sentarse delante de mí.

—Miauuu.

—¿Qué te ocurre, gatita? Tienes buen olfato, ¿eh?

Cogí un trozo de carne y se lo ofrecí, después, me comí el resto, una vez que acabé volví hacia el salón. Dejé el recipiente en la cocina dentro del fregadero, le eché un poco de agua y me acerqué de nuevo hacia el piano. Lo miré y susurré:

—¿Estás preparado, amigo? Sé que te tenía olvidado, discúlpame, pero he vuelto, así que dame tu mejor versión, a ver qué sabes hacer o qué me permites sacar de ti.

Comencé a acariciar sus teclas y parecía que llevaba toda la vida tocándolo, la gata se había subido de nuevo a la parte de arriba del piano y movía la cola de un lado al otro mientras se seguía relamiendo por la exquisitez de aquel trozo de carne asada. Cuando acabé la partitura dejé ir una sonrisa cariñosa, el sonido del móvil me sacó del trance. Lo cogí y vi que era un mensaje de texto.

«Randy, ¿llegaste bien?»

—¡Ostras qué fallo! —exclamé en voz alta—. Voy a contestarle, que si no se preocupará».

«Llegué bien, hermanita, lo siento, me despisté y no te envié un SMS al llegar».

Le di a enviar, al momento llegó otro mensaje:

«Tranquilo, que descanses, cariño».

Acto seguido respondí:

«Tú también, Eli. Por cierto, he vuelto a acariciar a Rossy».

No tardó ni un minuto en llegar otro mensaje de vuelta:

«Bravo, papá estaría orgulloso de saberlo, ese piano al que bautizaste Rossy, te echaría de menos. Un beso. Te quiero».

Cuando abrí el SMS sonreí y le envié otro:

«Ídem».

Tras este último mensaje, me fui a la cama, me quedé un momento mirando hacia el techo; dejé ir otra sonrisa y cerré los ojos.

Era miércoles, y había quedado con mi hermana en que ese día, Ruth se llevaría a Cascabel al colegio; les habían permitido poder llevar sus mascotas a clase, quien quisiera llevarlas. Por la ventana de la habitación las vi llegar, se bajaron del coche y se aproximaron a la entrada del edificio, Eli tocó al timbre y por el videoportero les anuncié:

—¡Hola! No hay nadie. Deje su mensaje después de la señal —me reí.

Mi sobrina me secundó y Eli bromeó:

—¡Eres muuuy tooontooo, Randy!

—¿Para qué tocas, si tienes llaves, Eli?

—Es verdad —respondió ella—. Pero ha sido Ruth.

A través de la cámara vi cómo Elisabeth rebuscaba en el fondo de su bolso, pero ya era

tarde porque presioné el botón y les abrí, mientras subían, aproveché para lavarme los dientes. Desde el baño les grité:

—¡Ahora salgo!

Cascabel que sabía quiénes eran, de un salto se subió a los brazos de Ruth, en la entrada pudieron contemplar madre e hija, el cuadro de Natasha.

—Mamá, qué guapa es, ¿verdad?

—Pues sí, hija, la verdad es que sí, y bonito lugar donde lo ha puesto.

En ese momento salí del baño, me acerqué y besé a mis dos mujeres.

—Hola, guapo —me saludó Eli—. Randy, que cuadro más bonito, ¿no?

—¿Os gusta?

—¡Síií! —gritó Ruth—. Es muy guapa tu amiga, tío Randy.

—Gracias, princesa. ¿Me acercáis al museo?

—Claro.

—Pues, venga, me visto y nos vamos.

—Sí, sí —insistió Eli—, que después tengo que entrar con Ruth y Cascabel en el cole. A la noche si quieres, ya pasarás por casa a recoger a la felina.

—*OK*. Ruth, prepara el trasportín.

—Voy, tío.

Metió a la gata dentro y los tres nos dirigimos hacia el coche de Elisabeth, colocamos la gatera a los pies de Ruth y le abroché el cinturón de seguridad a la pequeña. Eli arrancó el motor y salimos de allí dirección al museo, por el camino mi sobrina me hizo un comentario.

—Tío Randy, si hoy no puedes pasar a buscar a Cascabel no pasa nada, ¿eh?

Me reí por su ocurrencia.

—Bueno, princesa, a la noche vemos qué hacemos. Recuerda que tiene su cama y sus cosas en casa.

—Puede dormir conmigo, tío.

—Ya lo iremos viendo —apostilló Elisabeth.

—Tío, pon música, por favor.

—Voy, cariño.

Le di al botón del CD y se puso en marcha una canción que nos encantaba a tío y a sobrina, la música decía así:

Everybody needs somebody
Everybody needs somebody to love
Sweetheart to miss
Sugar to kiss
I need you you you
I need you you you…

Los dos íbamos cantando la canción de The Blue Brothers al unísono y hacíamos gestos con la cabeza de un lado al otro. Elisabeth se rio y dijo:

—¡Vaya dosss!

Miré a mi hermana y le animé:

—¡Eli, déjate llevar!

Al final los tres canturreábamos:

Everybody needs somebody…

……..
I need you you you…

Aquel momento e imagen no tenían precio.

Al llegar a mi lugar de trabajo me despedí:

—Después nos vemos, princesas. —Me bajé del auto y me encaminé hacia el interior del museo.

Capítulo Nº 10 - Barbacoa en casa de Scott y Elisabeth

Había pasado ya, una semana del cumpleaños de Ruth. A las doce del mediodía como habíamos quedado, aparqué el Chrysler en doble fila y activé los cuatro intermitentes, me situé al lado de la acera de los Reales Tribunales de Justicia. Me bajé por el lado de la calle; rodeé mi vehículo para coger del asiento del copiloto un pequeño ramo de rosas de color púrpura que me había permitido comprar, color el cual, le encantaba a mi madre. La florista, me comentó el significado de ese color. Me dijo algo así, mientras las preparaba: «Este color representa el amor a primera vista». En ese momento, no reparé en la explicación, sino que las compraba porque eran las que le gustaban a mamá.

Cogí el ramo y comencé a subir varios peldaños para ir a buscar a Natasha cuando la vi salir por la puerta. Me quedé quieto esperándola y observándola. Llevaba unos *jeans* tobilleros azul marino, una camiseta celeste que dejaba un hombro al descubierto y se sujetaba por el otro. Lo acompañaba con un bolso de Armani azul tejano y unas gafas de sol, todo ese atuendo lo decoraba con un pañuelo al cuello con dos nudos hacia delante. Cuando la vi me quedé inmóvil, sin saber qué hacer. Solo atiné a decir:

—¡Hola!

—¡Hola! —respondió ella—. ¿Esperabas a alguien más mayor?

—¿Eh? ¿Cómo? —respondí, preguntando torpemente—. Perdón, me quedé en blanco. Te esperaba a ti, o a usted, ya no sé qué digo, ¡por Dios! ¿Me permites el brazo?

—Claro —susurró ella—, además, tienes una estatura que me encanta, casi como yo, pero por muy poco —me miró y dibujando una sonrisa me dijo—: ¿Quieres que subamos ese ramo arriba, o es para alguien?

—¡Ostras! —exclamé por mi torpeza—. Era para ti, perdona.

—¿Era?

—Nooo. Perdón. Espera..., rebobinemos. ¡Es para ti! No sé qué me pasa que me dejas sin palabras. —Ella me observaba divertida por la situación y mi nerviosismo, que se debía de notar a leguas—. No sé si te gustan este tipo de rosas; eran las preferidas de mi madre. Quería traerte un ramo de flores variadas, pero me decanté por este. Si no te gustan, entonces...

Natasha me interrumpió:

—Me encantan las rosas. ¡Gracias! Pero ¿sabes lo que más me ha gustado? —Agaché un poco la mirada y moví la cabeza en señal de desconocimiento—. Que subieras a buscarme y que tuvieras el detalle de querer traerme algo, aunque no era necesario.

Se agarró fuertemente de mi brazo y bajamos las escaleras. Llegamos hasta el coche, le abrí la puerta con delicadeza y educación ofreciéndole que entrara en él. Ella se quedó parada y me dijo:

—Nos falta algo, ¿no crees?

Me quedé extrañado.

—¡Puff…! Ahora mismo, no caigo... —Os puedo asegurar que tenía los nervios a flor de piel—. ¿A qué te refieres, Cenicienta?

—¿Me has cambiado el nombre?

—No, es que me gusta poder jugar con ese nombre y con el tuyo.

—¿Y cuál es el mío, si se puede saber? ¿O no lo recuerdas?

La miré fijamente a los ojos y le susurré con voz dulce:

—Nat. Natasha Ivanova.

—Repítelo por favor, si no te importa.

—Natasha Ivanova —le repetí con el mismo tono de voz.

—¡Me gusta! —Por su expresión creo que le encantó escuchar de mis labios su nombre y apellido—. Hola, señor Random Williams.

Seguíamos los dos al lado del coche.

—¿Qué más nos hace falta? —pregunté, extrañado—. ¡Dímelo, que me va a dar algo! —dije haciendo una mueca con la cara como si me fuera a dar un patatús o algo parecido.

—¡Ja, ja, ja! — se rio divertida—. Nos falta el saludo y sabes que en nosotros es un acto obligatorio, o sea, que…

Le interrumpí:

—Te dije hola, al verte, ¿no?

—Sí, señor, pero lo más coherente serían dos besos, ¿no crees?

—¡Ostras, qué fallo! —respondí haciendo el gesto con mi mano derecha simulando darme un disparo con una pistola—. ¡Lo siento! —Me acerqué a ella educadamente y rocé ligeramente con un beso su mejilla.

—A ver —reclamó Natasha—, si no me quiere besar el caballero, lo entiendo, pero dos besos se dan así… —Me agarró de los hombros y tiró de mí hacia ella, al acercar mi mejilla obligó a que sus labios dejasen en mi cara los besos marcados—. ¡Esto son dos besos en condiciones, señor!

La miré y sonreí.

—¿Puedo probar yo, Nat?

—Claro que sí, Random.

Acerqué mis labios a cada una de sus mejillas.

—¿Mejor?

—Sí, sí, mucho mejor.

—¡Me gusta, que lo sepas!

—¿El qué? —interpeló ella.

—Todo y nada —respondí.

—Hola, Natasha.

—Hola, Random.

—A ver, ¿puedes repetirlo?

—No —dijo ella y se metió en el coche con una sonrisa algo maléfica, pero cariñosa.

Cerré su puerta y rodeé de nuevo el coche por delante. Me subí en el lado del conductor.

—El cinturón, por favor, señorita.

—Ahora mismo, caballero.

—¿A dónde quiere ir, bella dama?

Ella se aproximó un poco hacia mí, lo justo, pues el cinturón de seguridad no permitía más, y mirándome a los ojos me susurró:

—A dónde nos lleve la vida…

Sonreí y puse en marcha el motor, pero aún no habíamos comenzado a circular cuando ella me preguntó:

—Por cierto, ¿ya has decidido cómo llamarme?

—¿Por qué lo dices?

—Bueno, me acabas de llamar en un segundo, de tres maneras distintas, ja, ja, ja.

—¿A qué se refiere, la señora?

Ella me dio un codazo cariñoso para decirme:

—Cuatro. Me has llamado Cenicienta, Natasha, Nat y señora. ¿Con cuál te quedas?

Me quedé pensando un instante y con voz algo baja y temblorosa respondí con otra pregunta:

—¿Cómo puedo llamarte?

—Menos señora, puedes llamarme como quieras, ¡mientras me llames!

Le sonreí por la indirecta captada.

—Pues ya que estamos con esto de los nombres, ¿cómo me vas a llamar tú?

—Mmm..., no sé... Tengo que pensarlo.

—¿Por qué dudas?

—Porque tienes varios... —La miré levantando mis cejas sorprendido—. Yo te llamaría: «Hombre misterioso».

—¿Eh? ¿A qué viene ese nombre?

—Ja, ja, ja, no te lo tomes a mal, es broma. Es que mi amigo Morty te suele llamar así.

—Ah, el famoso, Morty.

—Sí. Aunque a mí me gusta más Randy. Vi que a tu sobrina se le llenaba la cara de alegría al llamarte así. O tal vez te llame Romeo, o Peter Pan, o quizá, Random Williams, ja, ja, ja —se carcajeó de nuevo—. O señor mayor. Sí, quizá te llame así —me miró y me sacó la lengua extrovertidamente.

Me gustaba la complicidad que estábamos desarrollando a propósito de nuestros nombres, nos sentíamos cómodos con la conversación. Irónicamente cambié de tema.

—Señorita Natasha. Prepárate que vamos a despegar, y agarra muy fuerte ese ramo que llevas sobre las piernas.

Llevábamos un par de calles recorridas cuando ella me pidió:

—Por favor, ¿puedes parar en la vinoteca de Trafalgar Square? Tengo encargados unos vinos.

—¿Para qué te has molestado, Natasha?

—Ah, es solo un detalle hacia tu familia y hacia ti, claro.

—¿Hacia mí?

—Bueno, son tu familia, y por lo que tengo entendido y sabido, son muy importantes para ti, Romeo. —Le regalé nuevamente una sonrisa e hice un gesto con la cara en señal de agradecimiento—. ¿Por qué sonríe el señor?

—Porque me gusta este juego que tenemos de nombres, solo eso.

Aparqué en doble fila cuando llegamos al establecimiento.

—Vuelvo enseguida.

—¿Te acompaño, Nat?

—No es necesario. Mantén el motor encendido, no tardo nada, Randy. —Acepté levantando el pulgar y le sugerí cuando me di cuenta de un detalle.

—Si quieres deja el ramo aquí, en el coche, yo te lo cuido.

—¡De eso nada! —respondió—. ¡Este ramo es mío! —matizó con una sonrisa burlona.

Habían pasado apenas un par de minutos y ya estaba de vuelta. Traía en una mano una bolsa de tela con botellas y el ramo en la otra.

—Ya estoy, señor.

—Pues, prosigamos a nuestro destino. Abróchese el cinturón señorita, que vamos a volar.

—No corras demasiado, por favor.

—¿Te asusta la velocidad?

—Un poco sí, la verdad.

—Tranquila, no suelo correr, Ruth, no me deja.

—Es muy importante para ti, ¿verdad? —me preguntó con una sonrisa.

—Tenemos un *feeling* difícil de explicar. Imagino que el día que se suba al altar me partirá el corazón.

—No digas eso —me acarició el hombro—, ese día deberías sentirte orgulloso.

—Cierto, era broma, pero es que esa pequeña me tiene robado el corazón. ¿Sabes? Está deseando verte hoy.

—¿Ah, sí?

—Claro que sí, ya verás. Creo que le gustaste desde el primer día.

—¿No será que alguien le habló bien de mí?

—Tal vez, aunque es muy vivaracha, ella observa, solita aprende y pregunta. —Rápidamente me di cuenta de que si nos centrábamos en hablar de la pequeña, no tendría oportunidad de saber más de Natasha, por lo que sutilmente cambié de tema—: Entonces, señorita, ¿cree que tengo alguna posibilidad con usted?

—No sé, caballero, quizá dentro de unos años, cuando crezca y mi edad cuadre con los gustos del señor… —Me miró sonriendo.

Yo, sin perder de vista el volante, le lancé una mirada de arriba abajo y apostillé:

—Hoy llevas una ropa diferente a las ocasiones en las que hemos coincidido, y la verdad es que, si me dijeras que tienes tan solo treinta años, me lo creería. —Ella me guiñó un ojo y matizó:

—Tengo esos años y alguno más que, de momento vamos a dejar en la incógnita. ¿Qué le parece al señor misterioso?

—Realmente, ya no me importa su edad, señorita —nos reímos los dos de nuevo.

El resto del camino se hizo muy ameno con nuestro juego de palabras que aclaraban poco, pero a la vez decían mucho.

— Mira, ahí es.

—¡Guauuu! Qué casa más bonita tiene tu hermana.

—Pues, sí, la verdad, es que sí, aunque trabajan los dos, ¿eh? —aclaré.

Aparqué en la puerta y antes de tocar el timbre, ella me pidió que dejáramos el ramo en el coche.

—Es que me da vergüenza entrar con él.

—Tranquila, Nat, pero si lo dejamos ahí se pondrán mustias. Además, posiblemente tengamos ayuda.

—¿A qué te refieres?

—Ya verás. Observa.

Nada más tocar al timbre salió Ruth exaltada de emoción hacia la puerta. Abrió la cancela del jardín e hizo algo muy peculiar.

—¡Hola, tío Randy! —Pasó de largo y se subió a los brazos de Natasha.

Ella se quedó sorprendida y no sabía qué hacer, pero su instinto fue agarrarla fuertemente y darle un par de besos.

—¡Hola, princesa!

—¡Hola, tía Natasha!

Ambos nos miramos boquiabiertos por la reacción de Ruth.

—Pero… ¿Qué pasa aquí? —pregunté cruzándome de brazos ante la escena—. ¿Habéis quedado de acuerdo? —Las dos me miraron y se rieron a carcajadas.

—Bájame, por favor —le dijo Ruth a Natasha—, que voy a saludar a mi tío. No te enfades, tío Randy, es que a ti te veo casi cada día, a ella no. —Puso carita de angelito conocedora de que esa carita desarmaba a su tío del alma.

La alcé en mis brazos hasta ponerla a mi altura y poderle dar un gran achuchón.

—No me enfado, cariño, al contrario, es bonito que recibas así a Natasha. ¿Nos ayudas?

—Claro, tío. Dime...

—Pues, mira, tú llevas esto y Natasha la bolsa, ¿qué te parece?

—¡Sí! —respondió solícita—. ¡Qué bonitas! Son flores como las que le gustaban a la abuela.

—Cierto, señorita. Son para tu amiga Natasha.

—¡Oh! Vaya...

Natasha que se dio cuenta estuvo al quite e intervino:

—Bueno, tal vez podamos compartirlas como buenas amigas. ¿Te gusta la idea?

—¡Sí! —respondió entusiasmada Ruth.

Miré a Natasha y con la mirada le agradecí aquel gesto.

—Y ahora, ya podemos entrar jovencitas.

—Random, ¿te ha dado envidia de que primero quisiera saludarme a mí? —me preguntó Natasha divertida.

—Bueno, un poco sí, la verdad. Pero ahora me desquitaré... —Puse voz grave y amenacé cariñosamente—: ¡Me comeré toda vuestra carne! —Y aceleré el paso hacia donde estaban todos.

—¡Oooh, no vale correr! —gritó Ruth, mientras ella salía corriendo. Yo que la vi, la dejé pasar riéndome por la reacción de mi sobrina y esperé a Natasha.

—Por aquí, señorita —le indiqué.

—Gracias.

Al pasar me obsequió con un beso en la mejilla. Me quedé perplejo por la espontaneidad de ese acto, pero no quise darle importancia. Natasha llevaba la bolsa con los vinos que había comprado.

—¿Te importa entrarlos tú, por favor? Me da un poco de vergüenza.

—¡A mandar, señorita! —Ella me los entregó en la mano y me dio un pequeño golpe en el brazo con su puño.

—¡Eh, eso es intimidación femenina! —me reí.

—No. Eso es por insistir en llamarme señorita —me aclaró Natasha.

—¿No te gusta?

—Me da igual —respondió ella—, pero me gusta más oír mi nombre de tus labios.

—Mmm, pues, señorita Natasha, si me hace el honor de agarrarse a mi brazo entraremos juntos.

—Un placer, señor Random.

Al llegar hasta los anfitriones y al resto de los invitados fuimos saludando uno por uno a todos los que ya habían llegado, al margen de dos matrimonios vecinos que Elisabeth había invitado, ya se encontraban allí Walter y Betty.

Elisabeth al ver a Ruth con el ramo le preguntó:

—Cariño, ¿a dónde vas con ese ramo tan bonito?

—Es de Natasha y mío.

—Anda, mira qué bien. Es como los que el abuelo Alexander le regalaba a la abuela Rosemary.

—Sí, mami.

—¿Te lo ha traído ella?

—No, mamá. El tío Randy se lo ha regalado a Natasha y ella lo comparte conmigo.

—Estupendo, hija, y gracias, Nat.

Natasha salió al quite para aclarar:

—Que conste, que el ramo es de las dos —sonrió y dejó pasar el tema educadamente.

—Scott, cuñado, ¿puedes poner el vino en la nevera? Es un detalle que ha traído Natasha.

—No deberías haberte molestado —comentó Elisabeth.

—Es un detalle de agradecimiento —respondió ella—. No sabía qué traer.

—Anda, boba, no tenías que traer nada. Ven, que te presento al resto de invitados.

Scott abrió la bolsa y exclamó:

—¡Ostras un Cabernet sauvignon del 76, y un Sangre de Toro del 90! ¡Ummm..., perfectas elecciones, Natasha!

—Gracias, pero han sido idea de mi amigo Mortimer, que es el más entendido.

—Los pondré a enfriar y luego los saborearemos.

Walter que estaba al tanto de la conversación preguntó:

—¿No viene él?

—Ah, bueno, no pensé en decirle nada. De todos modos, hoy, él tenía una comida con unos pasantes de arte.

—Pues llámalo, Natasha, así conoceremos al que tan bonito te pintó —alzó la voz Elisabeth—. Dile que pase más tarde a tomar café y unos dulces, que mis vecinas nos han hecho unos pasteles para chuparse los dedos; como sabían que venías, querían tener ese detalle. Por cierto, alguna querrá que le firmes sus novelas.

—Claro, no hay problema, siempre que conozco a alguna mujer que comparte nuestras ideas, me siento más orgullosa de nuestra labor.

—Anda, llama a tu amigo y dile eso.

—No hace falta, gracias, Elisabeth.

—Random, ¿a que tú quieres que venga Mortimer? —me preguntó mi hermana.

—¿Eh, yo? Sí, claro. Además, si tú lo ves bien, para mí será un placer, apenas lo conozco, pero sé, que es muy importante para ella.

—Pues ale, no se diga más, llámalo.

—De acuerdo. Voy a ver qué dice —musitó ella, se alejó unos pasos y comenzó a hablar por el móvil.

Mientras tanto, Scott había servido un poco de vino en copas de cristal para todos, Ruth estaba jugando al pillapilla con dos niñas y un niño, hijos de las vecinas que estaban también invitadas.

—Cuñado, ¿me ayudas a preparar la barbacoa? —preguntó Scott.

—Sí, claro, y dejamos a las mujeres que se encarguen de las ensaladas, así hablan de sus cosas.

—Cierto. Tomad, caballeros, poneos estos delantales para que no nos manchemos.

—Si queréis, vais asando carne y yo la voy probando —propuso Walter, todos nos reímos.

—No, no, Walter, tú también ayudas —le señalé la carne—, así que ves preparándola y ponle sal. Ah, y más tarde vas llenando las copas de vino, entonces quizá piquemos algo todos.

—Mirar, chicas… —dijo Eli señalando a los hombres. Todos llevaban el mismo modelo de delantal, que tenía estampado unos pectorales marcados como si fuesen de ellos.

—¡Fiuuuu fiuuuuu! —silbó Betty—. ¡Arriba esos hombres macizos! —exclamó.

Todos nos reímos. Natasha ya había terminado de hablar por teléfono. Se dirigió hacia Elisabeth.

—Ya está.

—¿Vendrá? —preguntó ella.

—Me ha dicho que sí, a tomar café, pero no sabe a qué hora. De veras, no hubiera hecho falta —insistió Natasha—, gracias.

—No seas tonta, para nosotros es un placer que acepte venir —respondió Eli.

—Vale, ¿qué puedo hacer?

—Mira, dejamos un momento aquí a las chicas mientras te enseño la casa, después, ya nos ponemos con ellas para lo que falte.

—Bien, como digas, pero quisiera ayudar, Elisabeth.

—Tranquila, tiempo habrá luego, además, espero que haya más ocasiones como esta.

—¿A qué te refieres?

—Bueno, si tú quieres, claro, eres amiga de mi hermano y a la niña también le caes bien.

—Gracias, mi familia está muy lejos y ahora mismo, esto me recuerda a la mía.

—Me lo imagino. Va, venga, agárrate a mi brazo que te enseño la casa. Señores, ahora venimos —le dijo al resto de los invitados—. ¡Ah, Random, cariño! No te olvides cuando puedas de hacer salsa a la pimienta verde y salsa barbacoa, que a ti te salen de maravilla.

Walter levantó la voz:

—¡Pero no le pongas tanta pimienta, que mi estómago se resiente!

—Ja, ja, ja —se rio Elisabeth—. Randy, tú sabes cómo nos gusta a ti y a mí, ¿no? Con bastante pimienta.

Él la miró y le guiñó un ojo, pero vio a su amigo Walter con mirada suplicatoria señalando su estómago y comentó:

—Está bien. Haré de dos maneras, hermanita, para que todos podamos comer. ¿A ti cómo te gusta, Natasha?

—Como queráis —respondió ella—, pero si se le nota la pimienta, mejor.

—¡Oh, no…! —se lamentó Walter—. A nadie le gusta como a mí.

—Tranquilo, cariño —respondió Betty—, después te doy un antiácido.

Todos nos reímos cariñosamente, mientras tanto, Elisabeth y Natasha se fueron de *tourné* por la casa.

—¡Qué bonita Elisabeth! Me recuerda a la casa de mis padres.

—¿Viven todavía?

—No, fallecieron hace ya unos años.

—Disculpa, Natasha, no quería incomodarte. Si no te apetece seguir hablando de este tema lo dejamos, que las mujeres tenemos otros muchos temas de qué hablar. —Natasha esbozó una ligera sonrisa.

—Tranquila, Elisabeth.

—Llámame Eli, si quieres.

—Gracias, Eli. En ocasiones me va bien hablar de esto… —Eli la agarró del brazo y le dijo cariñosamente:

—Pues, cuando tú lo necesites, aquí tienes una amiga y tu casa.

—Gracias, la verdad es que sois iguales.

—¿Quién?

—Random y tú, y cómo no, la pequeña Ruth, transmitís amor y felicidad.

—¡Pobre de él que no lo haga! Nos criamos así, y espero que no cambiemos nunca y la pequeña, lleva los genes de mis padres también.

—Pues, sí, Eli, se os nota que tenéis unos genes bonitos y especiales.

Eli procedió a enseñarle las estancias de la casa como le había anunciado.

—Este es el salón.

—¡Tenéis un piano! ¿Lo tocáis alguno de vosotros?

—Nuestros padres nos llevaron a aprender, pero el único que lo toca hoy en día es Randy.

—¡Qué bonito! Tienes un hermano muy polifacético.

—Lo querría igual, aunque fuese menos versátil, la verdad.

—Claro —respondió Nat.

—Mira, esta es la cocina —era de estilo americana, de más de veinte metros cuadrados, con una isla de mármol en el centro—, la otra puerta es la del baño, y esta habitación de aquí es la nuestra, tipo suite, y esta de al lado, es la habitación de Ruth.

—¡Qué bonita! Anda, y tiene la lámpara de Peter Pan en la mesita.

—Sí, hija, desde el primer día, no la quiere apagar y duerme de maravilla con ella.

—Tiene dos camas...

—Ah, es porque en ocasiones Random se queda y duerme aquí, aunque tenemos esta otra habitación para cuando le apetece quedarse, él o alguien más. —Llegaron a unas escaleras—. Subamos. Aquí hay este dormitorio, el de los invitados y otro baño, y aquí, el despacho que Scott y yo compartimos.

Desde abajo se escuchó:

—Elisabeth, ya está todo.

—¡Ya vamos! —gritó ella—. Vamos, que deben de tener hambre.

Una vez fuera, Natasha se acercó a la zona de la barbacoa y preguntó:

—¿Qué tal, señores, puedo hacer algo?

Yo le sonreí y Walter tomó la palabra:

—¿Puedes llevar esta bandeja a la mesa? E iros sentando.

—¿Dónde me siento, Eli? —Ruth se anticipó y le gritó:

—¡Al lado mío, porfi, porfi...!

—Claro, cariño —respondió Nat.

Llegamos los hombres con el resto de las bandejas, al llegar a la mesa, cada uno se acomodó más o menos donde pudo. Coincidió que el asiento de al lado de Natasha estaba vacío, y Walter se iba a sentar, pero una mirada de Betty le dio a entender que dejara ese sitio para mí, pero por si acaso, le sugirió:

—Siéntate aquí, campeón, a mi lado, cariño.

—Me es igual, ¿eh? —respondió Natasha, ya que incluso ella, no sabía dónde ubicarse.

Finalmente, yo me situé junto a ella, de esa manera, Natasha tenía a un lado a Ruth y al otro, a mí. Me incliné un poco para mirar a mi sobrina y chincharle.

—O sea, señorita, ¿prefieres sentarte junto a ella, que junto a tu tío favorito?

—¡Nooo! —gritó la niña—. Es que quería estar a su lado. Natasha, ¿te puedes sentar tú junto a mamá y yo en medio de los dos?

Yo que me di cuenta, rápidamente solté:

—No, no, ahora ya no vale sobrina, ahora ya no. —Me crucé de brazos simulando un pequeño enfado.

Elisabeth que se percató de la trifulca que se avecinaba, aunque cariñosa que solíamos tener a veces los dos, levantó un poco la voz para decir:

—A ver, tío y sobrina, vale ya, ¿eh? No empecéis como siempre, que cuando os da, parecéis el perro y el gato.

Fui raudo y levanté la mano pidiendo la palabra.

—¡Ha empezado ella!

La pequeña que estaba súper divertida ese día dijo:

—¡Mamiii, es que el tío Randy antes me dijo que se iba a comer mi carne!

Al escuchar decir eso a la niña todos nos reímos a carcajadas y Natasha mirando a Ruth apuntilló:

—Es verdad, yo lo escuché.

Yo reaccioné a risa partida.

—¡Pero bueno! ¿Vosotras dos os habéis puesto de acuerdo, señoritas?

Elisabeth de nuevo tomó partido.

—A verrr, haya paz —todos nos reímos y remató diciendo—: Venga, va, que hay hambre.

Se levantó Eli, ya que se encontraba sentada hacia la mitad de la mesa más o menos y fue pasando bandejas para que cada uno fuera cogiendo la comida.

—Mamá, ¿me puede partir la carne Natasha?

—Claro, mi vida, pero, si siempre lo hace el tío Random.

—Ya, mamá, pero como está ella a mi lado...

—No pasa nada —murmuré—. ¡Pero esta me la apunto! —rematé con una sonrisa cariñosa.

—No empecéis de nuevo, ¿eh? —instó Elisabeth dando un golpe encima de la mesa a modo de broma.

De tanto en tanto, le iba preguntando a Natasha si estaba cómoda, o si se sentía a gusto, si quería de esto o aquello, pues lo que más me interesaba en ese momento, es que se sintiese integrada en el grupo.

—Toma —le dije—, pásaselo por favor a Ruth, que le encanta roer los huesos de las costillas.

—Toma, cariño, tu tío me lo ha pasado para ti.

—Gracias. ¡Tío Randy, te quiero! —dejó ir con esa sonrisa infantil poderosa que la caracterizaba.

Durante toda la comida las bandejas iban de acá para allá, al igual que las salsas que preparé para acompañar el asado. Walter le recordó a Betty que preparara el antiácido para más tarde.

—Cariño —le susurró Betty—, si tú quieres ponte salsa Perrins, que también te gusta, quizá entonces, no precises tomar el medicamento, aunque lo dudo, ja, ja, ja.

Elisabeth le preguntó a Natasha si le gustaba lo que habíamos preparado.

—Sí, está todo exquisito. La próxima ocasión si no os importa, estáis todos invitados a mi casa. Bueno, a donde vivo, que es la casa de mi amigo Mortimer. Probaréis la carne preparada de otra manera.

—¿Ah, sí? —preguntó Scott.

—Sí, la hacemos enterrada en el suelo cubierta de fuego y está para chuparse los dedos.

—Gracias, Natasha. Habrá que probarla. ¿No, Random?

—Sí, claro, Scott. ¡Cómo no! —contesté con una sonrisa en mis labios sabiendo que así

habría más ocasiones en las que podríamos vernos y saber más cosas sobre ella—. Imagino que sí —insistí—, así probaremos esas delicatesen rusas.

—¡Mamá, yo quiero ir! —insistió Ruth.

Walter preguntó:

—Natasha, ¿sin salsas?

—Bueno, Walter, alguna lleva, pero van aparte también, tranquilo —se rieron los dos.

Estábamos ya acabando de comer y manteníamos una tertulia de temas variados previa a los cafés, cuando sonó el teléfono de Natasha.

—¿Sí? Dime. Ah, espera que salimos a buscarte —colgó el móvil.

—¿Es tu amigo, el pintor? —preguntó Elisabeth.

—Sí, es Mortimer, ya está aquí.

—Pues, que te acompañe Randy y salís a buscarlo, nena.

—¿Eh? —dije al escuchar mi nombre—. Ah, sí, sí, claro, claro.

—¡Espabila, hermanito, que estamos hoy empanados, guapo! —Me miró y me guiñó el ojo.

—¡Yo también quiero ir, mamá! —gritó Ruth.

—Ah, como quieras.

—Déjala, Eli, y así vamos los tres —dijo Natasha.

Íbamos por el jardín uno a cada lado y la niña en medio, ella espontáneamente, se cogió de la mano de Nat y de la mía, la levantábamos en el aire y la niña se lo pasaba pipa. Llegamos hasta la puerta, al abrir, nos encontramos a Mortimer con una caja de repostería y un par de botellas de champán. Rápidamente, Natasha salió a abrazarlo.

—¡Hola, Morty, cielo! Te presento a Random y a su princesa, Ruth.

—Por fin tengo de nuevo enfrente de mí a este portento de muchacho, ah, y a su querida sobrina —respondió Mortimer—. Tú debes de ser la reina de esta casa.

—¡Síii! ¿Cómo lo sabes?

Se agachó para estar a la altura de la niña y le respondió graciosamente:

—Se dice el pecado, pero no el pecador. ¡Cariñín! —Mientras le hacía cosquillas en el cuello y Ruth reía entusiasmada—. Toma, nena —le dijo a Nat—. Aguántame estas cosas, que quiero saludar como se debe a este chico tan majo. —Se me acercó y me dio un abrazo educado pero muy efusivo y cariñoso, de aquellos que te abarcan todo alrededor para transmitirte que te quieren en su vida. Se separó un poco de mí y me miró a los ojos, al igual que el día que nos conocimos en la sala de arte, me sonrió y me dijo—: ¡Cuídala! Natasha es alguien de corazón bonito, señor. Si me entero de que le permites llorar sin que recojas sus lágrimas, te buscaré y nos veremos las caras de hombre a hombre.

Me quedé algo sorprendido por aquella presentación tan extraña y efusiva, solo pude responder asintiendo y sonriendo, aunque al final fui capaz de articular una frase para decir:

—Ojalá pueda ser algún día el príncipe que ella necesita.

Mortimer que estaba expectante apostilló:

—Eso espero, querido —se agachó para levantar en el aire a la pequeña Ruth. Mientras tanto, Natasha me miró con algo de vergüenza, me sonrió y bajó la mirada, yo le devolví una sonrisa y un guiño. Mortimer le dio dos besos a Ruth y le preguntó—: ¿Quieres ver el cielo?

—Síii —respondió ella.

—Ven, que te subo a caballito.

Pese a que Mortimer llevara un traje azul grisáceo tornasolado, con chaleco a juego y pantalones de pitillo de una importante firma, no le importó subir a la pequeña en sus hombros.

Natasha abrazó por la cintura a Morty, y a mí, solo me quedó la opción de llevar las cosas que el nuevo invitado había traído. Cuando llegamos cerca de la mesa, Morty bajó a Ruth para poder saludar a todos. Natasha hizo las presentaciones.

—Mira, Morty, ella es Elisabeth, la anfitriona y hermana de Random, este es su marido, Scott, estos matrimonios son unos amigos del vecindario —él iba saludando educadamente a las señoras con dos besos y a los caballeros estrechándoles la mano—, y Walter y Betty, su mujer, aunque a Walter ya lo conoces.

—¡Sí, este hombretón tan guaaapo quizá algún día sea mi cuñado! —Todos nos reímos y Betty salió al quite:

—Entonces, usted y yo seremos también cuñados, señor, ja, ja, ja.

Walter se levantó para aclarar:

—Es que cuando estuvimos Random y yo en la sala de arte nos conocimos, solo eso.

Mortimer tomó la palabra e insistió:

—Hasta que seamos cuñados. ¡Si Dios quiere, ja, ja, ja! —Otra vez se escucharon las risas.

Una vez saludados y besados todos, Eli tomó la palabra:

—Venga, sentaos que vamos a preparar los cafés. ¿Qué es eso, Randy?

—Ah, lo trajo aquí el señor Mortimer.

—Morty, si lo preferís y no os importa, que así es más cómodo mi nombre, además, el Señor está en la cruz. Solo Morty, ya me gusta.

—¿Cómo te gusta el café?

—Como lo toméis, Elisabeth, yo me adapto a todo.

—Randy, quédate con ellos mientras nosotros quitamos todo esto y salimos con los cafés.

—Sin problema, hermanita.

—Qué casa más bonita, nena —le susurró a Natasha.

Estábamos sentados en una mesa ovalada grande, Morty se sentó junto a Natasha y frente a él me senté yo. Mortimer me miró y me comentó:

—Un placer, señor. Por fin, un rato para nosotros tres solos. ¡Hijo míooo, es que fue conocerte..., y salir volando!

—Tuve que irme corriendo aquel día, Morty, como ya sabrás, mi sobrina estaba malita, pero bueno, conozco a alguien más, que también desaparece de las citas. —Miré a Natasha y le guiñé un ojo. No sabía si decir algo más, por si el comentario no le hubiese gustado, y lo primero que se me ocurrió para romper el hielo fue—: ¿Te costó llegar, Morty?

—¡No, qué va! —respondió él—. Tengo amigas y amigos en la zona, a algunas les he traído cuadros y a ellos bombones… —Me guiñó un ojo.

Ruth iba de aquí para allá jugando al escondite con sus amiguitos cuando se acercó a nosotros.

—Tío Randy, te necesito, que nos falta uno. ¿Me lo prestáis? —les preguntó a ellos dos.

—Claro que sí, cielo —respondió Natasha.

—¿Cómo le vamos a negar algo a alguien tan bonita como tú? —manifestó Morty.

—Me disculpan, señores —me excusé, ellos asintieron con la cabeza.

Me levanté y comencé a ir de aquí para allá con los niños, me había tocado contar e ir a buscar a los escondidos, aunque no corría para no tener ventaja iba pillando uno a uno.

Morty le dio con la rodilla a Natasha por debajo de la mesa; acercó ligeramente su cuerpo hasta rozarse ambos los hombros para susurrarle:

—Nena…

—¿Qué?

—¡Qué guapo es! Y lo bien que se lo pasa con la pequeña.

—Tiene una familia y amigos muy bonitos, como tú y yo, pero con más gente.

—¿Me das permiso, nena, para una cosa?

—¿Qué cosa? A veces no me fío de ti, que tienes un peligro…

—Voy a hacerle un retrato a nuestro hombre, ¿qué te parece?

—¿Tú crees que le gustará, Morty?

—Mira, guapa, a este hombre lo adoran, según desprende esta familia. ¿Te imaginas que ese cuadro lo tuviera aquí su hermana?

—No sé… —respondió ella—, ya le preguntaré.

Estaban acabando esa frase cuando se escuchó:

—¡El café, señores! ¡Randy! —gritó Elisabeth.

—Ya voy, comenzar sin mí, que estos diablillos, me traen loco.

Eli comenzó a servir, los gustos de los demás se los conocía más o menos, faltaban Natasha y Mortimer.

—¿Cómo os gusta? ¿Café o té solo, o con leche?

—Yo prefiero té solo, gracias —respondió Morty.

—Yo cortado, gracias —respondió Nat.

—Aquí tenéis azúcar y sacarina; lo que más os guste.

—Walter, tú sacarina que ya te has metido en el cuerpo suficientes calorías con todas las salsas, y a la noche verás... —le dijo Betty y se rieron todos conjuntamente.

Morty aprovechó para decirle a Walter:

—Cuñado, cuídate, que me tienes que llevar al altar, ja, ja, ja. —Todos se rieron por aquel gracioso comentario.

Eli tomó la palabra para preguntarle a Mortimer por su afición a la pintura.

—Me han contado que eres pintor, Morty.

—Sí, es una de mis pasiones.

—Vimos en casa de Randy el cuadro de Natasha, por cierto, es muy bonito.

—Gracias, la verdad, es difícil que no saliera guapa siendo como es. —Natasha se quedó algo avergonzada.

—Tienes razón, Morty —apuntilló Scott—. Pero sin una buena mano que la sepa pintar, jamás quedaría como al parecer, la has conseguido plasmar.

Él, al sentirse elogiado bajó la mirada sonriendo y aprovechó el momento para pedirle a Eli un favor.

—Dime...

—¿Crees que a Randy le molestaría si le hago un retrato?

—Nooo, para nada, además, diga lo que diga él, ese cuadro pasaría a formar parte de nuestro salón. Tenemos otro con nuestros padres de antes de su marcha.

—¿Murieron? —preguntó Morty.

—Sí, en un accidente de coche.

—Vaya, lo siento.

—Gracias —respondió ella.

—Entonces, quiero proponerte otra cosa, Eli.

—Dime.

—¿Puedo pintaros juntos, uno frente al otro? Creo que tenéis algo que, en un cuadro quedaría divino.

—Ah, por mí, sí. —Se quedó un instante pensativa y añadió—: Mira, tenemos una foto que nos hicimos hace poco, quizá te valga. —Sacó el móvil y se la enseñó.

—Perfecta, nena. ¡Uy! —Se llevó la mano a la boca—. Perdón, Eli.

—Ja, ja, ja, no pasa nada que me llames así, mi marido suele llamarme de ese modo y me gusta.

—Pues dicho queda, Eli, tú déjame a mí, que esto será una sorpresa.

Walter se dirigió a Elisabeth y al resto del grupo:

—De esa manera, nos conocimos Morty y yo, a través de los cuadros. Fuimos a su exposición por si podíamos adquirir algunas piezas para el museo, y la casualidad nos ha traído hoy aquí.

—Pues, nosotros una noche en el hospital —les explicaba Betty—. Nat acompañó a una mujer que había sufrido malos tratos y estuvo junto a ella apoyándola en todo momento, de hecho, ahora que sale el tema, quiero decir que me quedé tan preocupada que cuando os marchabais —ahora se dirigió a Nat—, me asomé para despedirme y vi que alguien os recogía en la puerta del hospital con un coche plateado; alguien a quién no conocía y que ahora ya conozco, Mortimer. —Le miró y ambos se sonrieron. Se hizo un breve silencio por la noticia—. ¿Qué tal sigue ella, Natasha?

—Bien, gracias. Afortunadamente, ese episodio, ya es pasado.

Eli aprovechó para romper esa conversación que no les dejaba indiferentes pero que les estaba sumiendo en una especie de letargo a todos.

—¡Randyyy, tu café!

—¡Ya voy! —grité desde donde ahora estaba escondido, delatándome yo mismo—. ¡Alaaa, ya me han pillado! —les pedí a los pequeños que me dejaran ir a tomar el café y descansar un rato con los mayores, cosa que aceptaron y ellos siguieron con sus juegos. Llegué y me senté casi dejándome caer en la silla con las piernas estiradas—. Disculpad, es que los pequeños me necesitaban.

—Randy, ¿café con hielo y dos de azúcar? —me preguntó Natasha.

—Sí, y creo que necesito una dosis extra de azúcar, esos pequeños me han dejado sin energías. ¡Mmm…! Estos pastelitos tienen buena pinta. ¿Dónde los has comprado, hermana?

—Los trajo Morty.

—Pues habrá que probarlos —cogí uno y le di un bocado, al saborearlo le hice una reverencia con la cabeza—. ¡Exquisito, señor!

—Son de Maison Bertaux, en el Soho. Fui expresamente allí, pues su gran variedad en pastelería, ¡me chiiiflaaa! Además, la ocasión lo requería. Espero que os gusten.

Todos nos dispusimos a deleitar nuestro paladar con esas exquisiteces. Tras dar buena cuenta de los dulces, los dos matrimonios vecinos con sus hijos decidieron marcharse, uno de ellos, porque iban a visitar al hospital a un familiar y el otro, porque su pequeño se quedó dormido en brazos de su madre después de juguetear todo el rato en el jardín con las otras niñas. Eli, le ofreció a su vecina y amiga, Mary, que acostara al nene en la habitación de Ruth, pero decidieron marcharse, después de despedirse de todos y agradecer la barbacoa a la que habían sido invitados.

—¿Qué coche tienes, Morty? Es para saber si tienes posibilidades con mi hermano. ¡Ja, ja, ja! —le expuso Walter ya que los automóviles eran una de sus pasiones. Se rieron todos.

—Tengo un Aston Martin DB7 Vantage Zagato Volante, es descapotable, aunque en realidad, eso más bien fue un capricho, ya que en pocas ocasiones puedo quitarle la capota por nuestro clima, pero el día que lo puedo abrirrr —dijo poniendo la mano en su frente a modo de

visera—, ¡no veáis cómo fardo y ligo con él! Bueno, lo de ligar es un farol, ¿eh? Que luego no me como una… ¡Ay! —Natasha le dio con el codo disimuladamente—. Ay, neeenaaa —le dijo mirándola—, no iba a decir nada maaalo —se dirigió de nuevo al resto—. No penséis que soy un promiscuo, queridos y queridas, que aún no nos conocemos bien y vais a pensar que soy un putón verbenero.

Nos reímos todos a carcajadas por su ocurrencia.

—¿De qué color es? —preguntó Walter.

—Gris plata, yo lo llamo «mi bala plateada», se pone a cien en casi cinco segundos, como yo... ¡Ay! —soltó carraspeando para disimular el nuevo codazo que había recibido.

—¿Ves, cariño? —le reprochó Walter a Betty— ¡Ese era el que yo quería!

—A ver, cabezota —le insistió ella—, ¿acaso el último que compramos no fue a tu gusto?

—Sí.

—¿Entonces?

Morty se rio y se le ocurrió una idea.

—Mirad, eso es fácil de solucionar, salimos ahora mismo y lo pruebas si quieres.

—¿De verdad puedo probarlo? —preguntó Walter sorprendido y extrañado.

—¡Claro! Ahora no es un farol, ¿eh? —respondió él. Sacó del pantalón un llavero con una réplica de su coche en latón y una llave. Se lo lanzó sobre la mesa.

—¡Eeeh! —dijo Eli—. Primero nos acabamos esto tranquilamente y después hacéis lo que queráis. ¡Hombresss! —Puso los ojos en blanco y estallaron todos en risas—. Ah, Natasha, un par de vecinas tienen tu novela, si no te importa, ¿les puedo decir que pasen a tomar té y se las firmas?

—Claro que sí, será un placer.

—Señores y señoras, ¿qué licores les apetece tomar? Tenemos orujo de hierbas, *brandy*, *whisky* y por supuesto licores de manzana y melocotón sin alcohol —ofreció Scott.

—Cariño, tráete todos y aquí decidimos.

—Buena idea, Eli.

—Randy, acompaña a tu cuñado, anda, y os traéis los vasos y el hielo, ah, y tú también Walter, que no me fio de ellos.

—¿Y de mí sí que te fías? —le respondió riéndose a carcajadas.

Según marchaban, Morty comentó:

—Hacéis una buena y bonita familia, Elisabeth.

—Gracias, Morty.

—Lástima que tu hermano no sea de mi gremio. ¡Es tan guaaapooo!

Natasha le dio con la rodilla por debajo de la mesa y apretó los labios para que este se callara.

Enseguida llegamos con los licores y las copas.

—Cariño, ¿dónde están los vasos de chupito congelados que no los he encontrado? —Eli miró a Scott y suspirando murmuró:

—Ainsss… En el primer cajón del congelador, corazón. Pero déjalo, que aún irás y no los encontrarás, además aprovecharé para sacar un polo con cara del pato Donald que me ha pedido Ruth. Sirve tú las copas, Randy.

Me volví a sentar junto a Natasha, y le pregunté que qué tal lo estaba pasando.

—Está de maravilla —respondió Morty. Nat le dio de nuevo un rodillazo por debajo—. Me vas a dejar la rodilla marcada con tanto golpe, neeenaaa —le masculló entre dientes, pero

aun así, todos lo escuchamos y nos reímos graciosamente.

—¿Qué te apetece, Morty? —le pregunté.

—¡Ay, ponme un *whisky* doble para que se me quite el dolor de la rodilla! —Nos reímos de nuevo.

En ese momento llegaba Eli con el polo, los vasos de chupito y preguntó:

—¿Qué me he perdido, que estáis tan divertidos?

—Por las ocurrencias de Morty, cariño —respondió Scott—. Ahora iremos los hombres a probar su coche.

—¿Solo los hombres? —preguntó Betty poniendo cara de circunstancias—. Las mujeres también conducimos, ¿eh?

Scott se puso rojo por su pequeña metedura de pata.

—Bueno, me salió así, ya sabéis que a mí no me gusta hacer distinciones. —Bajó un poco el tono de su voz y poniendo una mano por el lado de su boca como parapeto comentó—: Menos mal que Eli no se ha dado cuenta, si no, me manda a dormir a la caseta del perro...

—¡Pero si no tenemos perro, papi! —gritó Ruth sorprendida, la que parecía que no estaba escuchando lo que hablábamos, ya que parecía ensimismada saboreando su polo.

—Es un decir, cielo —salió al quite, Eli—. Te he escuchado, Scott. Tienes suerte de que no tengamos perro y de que hayas rectificado —las risas se apoderaron del ambiente.

—Las damas también podéis probar el coche —aseveró Mortimer.

Natasha ni se lo pensó, se levantó y cogió el llavero que todavía permanecía sobre la mesa.

—Yo ya lo conozco. ¡Vamos, chicas! ¿Quién conduce? —preguntó Nat.

—¡Yo misma! —contestó Eli a la vez que se ponía en pie y la secundaba Betty—. Tú lo traes a la vuelta, le indicó a su amiga, ambas levantaron la palma de su mano y las chocaron.

—¡Yo también voy! —Ruth tiró el palo del polo encima de la mesa y saltó de su silla para agarrarse de la mano de Nat—. Vamos al garaje a por el alza.

Allí nos quedamos los hombres atónitos por la decisión de las mujeres de irse a dar una vuelta en el auto de Morty, sin darnos opción a nada y mucho menos, a réplica.

Con una carcajada rompí el silencio en el que nos hallábamos sumergidos desde que las féminas habían salido por la puerta del jardín.

—¿Qué os pasa? —dije mirando a Scott y a Walter—. ¡Parece que no conocéis a vuestras mujeres, son de armas tomar y lo sabéis!

—¡Eso es lo que nos gusta de ellas! —replicó mi cuñado, Walter asentía con la cabeza y Morty sonreía divertido al ver la cara de ellos ante la situación.

Les propuse ir a la cocina a meter los platos en el lavavajillas y fregar lo que no cabía en él, de esa manera, se nos pasaría más rápido el rato en el que nos habíamos quedado solos.

—Así ganaréis puntos con vuestras mujeres.

Les guiñé un ojo y Scott me respondió haciendo el gesto de que me callara la boca y de cortarme el cuello.

—¡Ah, pues yo quiero ganar puntos con mi futuro cuñado! ¿Qué hago? —dijo Morty quitándose la americana del traje y remangándose las mangas de su cara camisa.

—Creo que con dejarnos probar tu coche ya tienes todos los puntos ganados, Morty. —Especifiqué a la vez que le daba unas palmaditas en la espalda y las risas volvían a apoderarse de nuestros rostros.

Recoger a ocho manos permitió que acabáramos en un momento, así que volvimos al jardín a esperarlas. Pasó una hora larga hasta que las mujeres decidieron volver.

—¡Guauuu, qué pasada! —exclamó Eli al llegar—. Nos hemos llevado todas las miradas de la ciudad.

—¡Y algunos piropos! —añadió Betty.

—Normal, cuatro mujeres guapas a bordo de un descapotable, ¡no es para menos! —dije mirando a Natasha y ella posaba su dulces ojos sobre los míos.

Fue a sentarse y yo me moví a otra silla contigua para que ella quedara entre medias de Morty y de mí.

—Con la vuelta que os habéis pegado, espero que le hayáis dejado algo de gasolina al coche —soltó Mortimer bromeando—. ¡Ay! —Nat movió su pierna chocando su rodilla con la de él—. ¡Nena, es que va cara! —largó riéndose como si tal cosa, todos nos reímos.

—¡Ahora nos toca a nosotros, vamos! —ordenó Walter ansioso por probar la «bala plateada».

Mortimer que estaba súper gracioso apuntilló:

—Yo me quedo con Betty para que me cure la rodilla.

Natasha que ya se dejó llevar por la broma respondió:

—Yo, hoy te matooo.

—¡Alaaa! —exclamó él—. Ahora, sí que no puedo ir —dijo poniendo cara dramática—. ¡Randy, cielo, ponme otro *whisky*, que quizá sea mi última copa!

Explotamos todos en carcajadas que, seguramente, se oyeron en todo Wimbledon.

Yo, siguiéndole el juego, me disponía a rellenar la copa inacabada de Morty, pero él puso su mano sobre la misma, me dio a entender que era broma.

—Perdonarme —nos dijo a todos, cuando estoy a gusto y veo que mi niña, Natasha, es feliz, me dejo llevar.

—No hay nada que perdonar —respondió Eli—. Es un placer teneros hoy aquí.

—Pues esta invitación es de ida y de vuelta —miró a Natasha para ver si le daba el visto bueno y propuso—: Estáis invitados a nuestra casa cuando queráis, aunque quizá, Nat ya os haya invitado.

—Sí, Morty —respondió Eli—, gracias a los dos.

—Ya buscaremos un día y veréis qué bien. Nat es especialista en enterrar carne. ¡Aughhh! —otro rodillazo encontró su pierna—. A mí me cambiáis el sitio, ¿eh? Que me tiene la rodilla destrozadita. ¡Por Diosss! Menos mal que la quiero… —Y le dio un beso en la mejilla—. Nena, la rodilla me da igual, Betty me la puede curar, pero el traje como me lo rompasss, eso sí que lo pagas, ¡aunque me tenga que esperar a tu próxima novela para que tengas *cash*! —De nuevo todos nos reímos, era un no parar de risas con sus ocurrencias, incluso Natasha. Él me miró y soltó otra perla—. Nena, déjalo a él a mi lado, ¡que lo quieres solo para ti, guaaapaaa!

Las risas predominaban en todo momento en la mesa, siempre de buen rollo, pues Morty parecía serio a simple vista, primordialmente, en el ámbito laboral y con gente desconocida, pero cuando se encontraba con sus amigos y sobre todo, con personas con las cuales se sentía a gusto, no podía evitar ser el centro de atención, pues su espontaneidad y gracia hacía que así fuera.

Las miradas cómplices que nos dedicábamos Natasha y yo de tanto en tanto, se cruzaban. Ella tomó la palabra:

—Pues, mira, todo para ti, ¿te importa cambiarte de lugar, Randy?

—Sin problema, Natasha —contesté y me senté al lado de él.

Ahora Natasha fue a sentarse junto a Eli quedando justo delante de nosotros.

—¿Ves que bien, nena? A mí me encanta tener a los hombres a mi lado, ya sabesss, la pluma es la pluma... —dijo inclinando la cabeza hacia un lado todo presumido él—, y los

hombres que hoy hay en esta mesa —extendió su palma abierta dirigiéndose a todos ellos—, son de primer nivel, son perfectos caballeros ingleses. —Natasha ahora que se encontraba delante de él, casi que le fue mejor, le dio con el zapato en el tobillo—: ¡Aaayyy! —se le escapó a Morty.

—¿Qué te pasa ahora? —le preguntó Eli sorprendida al ver que Nat se encontraba al otro lado.

—Nada, nada, que ahora los golpes van al tobillo —de nuevo todos nos reímos.

—Déjalo que diga lo que quiera —le recriminó educadamente Eli a Natasha—, creo que sus comentarios son con cariño y porque está a gusto. —Nat la miró y asintió.

—Gracias, de veras —expresó agradecido Morty—, sois una familia genial y nos estáis abriendo la puerta de vuestra casa; los dos teníamos nostalgia de eso. —Nat agachó la mirada y sonrió.

Walter se puso de pie y gritó:

—¡Un brindis por esta pequeña familia y por ese paseo en un Aston Martin! —Todos nos levantamos para brindar—. Bueno, ¿quién se apunta?

—Ahora os toca a vosotros —apuntó Betty.

—Señores, si queréis, podéis iros ya a ese paseo en el coche —aconsejó Eli—, que yo voy a llamar a un par de vecinas para el tema de los libros.

—¿Vamos los cuatro? —pregunté.

—Claro —respondió Eli.

Me acerqué a Natasha y le pregunté si se sentía a gusto y ella asintió con los ojos llenos de cariño.

—Si no, me quedo, ¿eh?

—Tranquilo, ve con ellos que yo estoy perfectamente.

—*OK*, señorita, hasta dentro de un rato.

—¡Yo conduzco al ir! —gritó Walter.

—¡Y yo a la vuelta! —insistió Scott.

Nos levantamos y nos dirigimos hacia el turismo, nos subimos en la «bala plateada» y desaparecimos por Wimbledon.

Mientras tanto, las mujeres prepararon un poco más de café y té con la ayuda de Ruth. Eli aprovechó para llamar a un par de vecinas que le habían pedido que les avisase para firmar sus novelas. Ellas llegaron enseguida, y sobre la mesa del jardín tuvieron una pequeña tertulia acompañada de un té.

Cuando volvimos, ya se habían marchado las vecinas, parecía que hubiéramos tardado un mundo. Entrábamos los cuatro por la puerta como si llegásemos de una atracción de feria que nos había subido la adrenalina al máximo nivel.

—¿Viste cómo tomaba las curvas? —se decían entre Walter y Scott.

Yo apuntillé:

—¡Lo que yo vi en la curva fue unas vacas muy cerca! —Los cuatro nos reímos como colegiales que acababan de compartir una experiencia fuera de lo común.

—¿Qué, ya habéis descargado toda la adrenalina, señores? —preguntó Betty con cierta ironía.

—¡Síííí! —gritamos los cuatro a la vez.

—Va, que hago un poco más de café y de té —comentó Elisabeth.

—¿Me dejas hacerlo, mami?

—No, cielo, si quieres lo preparamos entre las dos.

—¡Me puede ayudar Natasha! —Elisabeth iba a alegar algo, pero Ruth no le dio opción

—. Como yo sé dónde está todo, entre las dos lo preparamos y ella pone la tetera y la cafetera en la vitro. ¿Vale, mami?

Natasha escuchaba divertida a la pequeña cómo le daba a su madre argumentos, Elisabeth miró a Natasha sin saber qué decir.

—Si no es molestia, Eli, ayudo a Ruth.

—Ninguna, Nat, pero es que esta niña a veces es más caprichosa...

Ruth sonreía sabedora de que se iba a salir con la suya una vez más.

—¡Vamos, yo te ayudo, Natasha! —exclamó Ruth.

Natasha recogió la bandeja y se dirigió hacia la cocina, al pasar junto a nosotros, nos sonrió cariñosamente.

—Ahora vuelvo, caballeros —musitó ella, que llevaba a la pequeña a su lado, cual lazarillo.

Nos sentamos alrededor de la mesa para contar cómo había ido todo, no parábamos de explicar la experiencia con el Aston Martin. Entonces, tomé la palabra para decir:

—Voy al baño, que me habéis encogido la vejiga, ¡canallas! —En mi camino hacia el aseo cambié la ruta y me dirigí hacia la cocina—. ¡Hola, señoritas! ¿Puedo ayudar?

—Claro —respondió Nat—. Puedes mirar mientras ves cómo lo preparamos.

—Mmm... —respondí—, estás preparando algo que vamos a compartir.

—De eso se trata, señorito, aquí su princesa y una servidora vamos a ver si preparamos un buen café y té.

—Pues, que sepas, Cenicienta, que ahora mismo me siento como nunca.

—Me alegro, yo también, y es gracias a ti —respondió ella. Tomó la bandeja, Ruth iba delante con el azucarero en sus manos.

—Princesita, has hecho una nueva amiga muy rápido, ¿no?

—Sí, tío Randy, y la próxima vez que venga, se quedará a dormir.

—Bueno, eso si tus papás me dejan —añadió Nat mirándome y yo le sonreí.

—O sea, Ruth, que mi cama, ¿me la van a robar? —dije poniendo cara de lástima.

—¡Nooo! —gritó ella divertida con una sonrisa en la boca—. Tú se la prestas a ella y podrás dormir en la otra habitación.

—¡Ala, encima me echas del cuarto, pequeñaja!

Natasha al pasar por mi lado sonrió y me dio un beso en la mejilla.

—Apaga la luz, por favor, cielo.

Me quedé estático y pensativo al escuchar esa última palabra, pero no quise hacer mucho caso. Pensé en que solamente era una palabra cariñosa y ya está. Salí detrás de ella, viendo cómo sus andares me hacían sacar una sonrisa y me dirigí al aseo, necesidad que tenía pendiente y que había pospuesto.

La tarde pasó como una exhalación entre charlas y bromas. Eli se levantó y propuso:

—Señores, empieza a refrescar, ¿qué os parece si mientras vosotros recogéis esto y limpiáis la barbacoa, nosotras preparamos unos sándwiches ligeros?

Natasha se apresuró a decir:

—No, no, que se nos hará tarde y ya está bien por hoy. Ayudamos a recoger un poco y nos marchamos. Gracias por vuestra hospitalidad, Scott y Elisabeth.

—¿Trabajáis mañana? —interrogó Scott.

—No.

—Yo tampoco —respondió Morty.

—Pues entonces, no se hable más, ya habéis escuchado a mi mujer, que os aseguro una

cosa, aquí donde veis a mi santa esposa cuando dice algo, ¡va a misa!

Nat miró a Morty y le hizo un gesto, como preguntándole qué hacían, él disimuladamente asintió con su cabeza.

Eli se dirigió a su marido:

—Cariño, hacerlo entre los tres, que yo me llevo a Morty a que vea la casa.

—Vale, cielo, no hay problema —Scott alentó al resto—. Vamos, señores, no os escaqueéis que nos ha mandado a los tres, ¿eh? Ja, ja, ja.

Ellas, junto al invitado entraron hacia el interior de la vivienda.

—Chicas, ¿podéis empezar vosotras? Voy a enseñarle a Morty la casa. ¿Os importa?

—Para nada —respondió Betty—. Ve tranquila, que sé dónde están las cosas, y nosotras vamos preparando todo. ¿Verdad?

—Por supuesto, faltaba más —respondió Nat.

—Ahora volvemos, chicas —dijo Eli.

Mientras tanto, nosotros nos encargábamos de toda la parte del jardín, Ruth que andaba de aquí para allá se me acercó a ver que hacía.

—¿Nos ayudas, princesa?

—Tío Randy, mejor voy con ellas para ayudarlas.

—Muy bien —le respondí sonriendo, porque hoy, yo casi había pasado a un segundo plano inconscientemente para ella, pero me gustaba, porque de esa manera, mientras yo estaba ocupado en otros quehaceres, Nat se sentía acompañada.

Ruth se dirigió hacia la cocina y se subió a una silla.

—Hola, ¿qué puedo hacer?

—Hola, cariño —respondió Natasha—, lo que tú quieras, vida.

—Pues, preparo los sándwiches fríos.

Ellas estaban acabando cuando entramos por la puerta los hombres, Eli volvía con Morty cogida del brazo y a risa partida.

—¡Pero bueno! ¿Qué ocurre aquí? —dijo Scott.

—Mira, cariño, creo que vamos a hacer algunos cambios en casa, este hombre me acaba de dar varias ideas para decorarla, o sea, que, quizá necesitemos algún crédito para esa labor —se rieron los dos.

—Que conste —dijo Morty—, que yo solo di ideas, a mí no me metáis en este tema, ¿eh? Además, varios de los cambios no os costarán nada.

—Ah —respondió Scott—. Si es así, adelante.

Morty observó que en un lado del salón había un piano y no pudo evitar preguntar:

—¿Y ese piano, Elisabeth?

—Está ahí para que alguien lo toque si le apetece.

—¿Lo tocáis alguno de vosotros, nena?

—¡Mira que eres cotilla, Morty! —espetó Nat.

—Aaah, ahora me he librado de que me tortures con tus codazos y rodillazos, ja, ja, ja. ¡Pero, no me mires asíií, Nat, que me vas a fulminar con tu mirada, jodía!

De nuevo nos reímos todos con los comentarios de Morty.

Eli estaba algo descolocada, por la pregunta de su nuevo amigo, pues no sabía si decir que lo tocaba yo, pero aprovechando el ambiente de humor que existía a menudo, procuró salir del paso como pudo.

—Pues, mira; tocarlo, lo toco yo y Ruth —todos nos quedamos extrañados; Walter, Betty, el sorprendido Scott, que desconocía esa faceta de su mujer e incluso la propia Ruth que

dijo:

—¿Yooo, mami?

—Sí, tú —le hizo el gesto de llevarse un dedo a la boca para indicarle que no dijera nada.

—¡Qué callado te lo tenías, Eli! Hasta tu marido se ha sorprendido, mira con qué cara lo has dejado —le dijo Walter—. Por cierto, Scott, cierra la boca y respira que te va a dar algo, ja, ja, ja.

—Ah, ya sé hermanísima —logré decir—, seguro que tú y mi sobrina habéis estado recibiendo clases de piano en secreto para darnos una sorpresa y hoy es el día. ¿A que sí?

Eli, ya no se pudo aguantar más y arrancó una grandísima carcajada. Todos los allí presentes esperábamos expectantes que nos explicara por qué se reía así, pero sus carcajadas le impedían explicarse.

—Pues es que…, ja, ja, ja, la verdad, que yo…, —más carcadas—, yo toco el piano todas las..., ja, ja, ja…, semanas.

—¡Anda ya, Eli…! —dijo Scott intrigado.

—Que sí, lo que pasa que tú no me has visto, porque cuando lo toco, tú estás trabajando.

—Pero no me has dicho que hubieras vuelto a recibir clases...

—Bueno, ja, ja, ja… —Ya la risa iba disminuyendo y le permitió terminar de contarnos su secreto—. He de decir, que todas las semanas lo toco para limpiarlo y quitar las huellas que deja marcadas la señorita Ruth!

Arrancamos todos a reír sin poder parar ante la ocurrencia de mi hermana.

—Ya te vale, Elisabeth —apunté—, yo que me había hecho la ilusión de que íbamos a poder tocar el piano los dos juntos… ¡Jooo!

—Y podremos, hermanito, el próximo día que vengas a comer, te doy una bayeta y lo limpiamos a cuatro manos. ¡Ja, ja, ja! —Las carcajadas eran imparables—. Perdona, Morty, pero es que me debes de haber contagiado tu sentido del humor y no he podido evitar gastaros a todos una broma, pero ahora, ya volviendo a la formalidad, he de decirte que, aquí mi hermanito cuando está menos perezoso, lo toca. Mejor dicho, lo acaricia.

—¡Ostras! —dijo gratamente sorprendido—. ¡Pero si el chico guapo es un señor polivalente y todo, por Diosss Nat, ya te dije que este hombre o te lo quedabas tú, o me lo quedaba yo!

—¡Ay, qué bruto eres Mortimer! —le recriminó Natasha.

—¡Es broma, mujeeerrr! —respondió él mirando a todos. Yo, ya no sabía qué decir ni dónde meterme—. ¡Qué lástima que esté ahí sin ser tocado! —apuntilló Mortimer.

—¿Sabes tocarlo, Morty? —preguntó Eli.

—Bueno, creo que él y yo nos entendemos bastante bien.

Natasha salió al quite:

—No le hagas caso, Elisabeth, es un portento cuando se sienta delante de un piano.

—¿Te atreves, Morty? —le preguntó Scott.

Él se quedó algo pensativo y respondió:

—Espero no estropear la velada. ¿Me traes una bayeta Eli? ¡Es broma, ja, ja, ja!

—Todo tuyo —respondió ella.

Nos sentamos repartidos en los dos grandes sofás del salón, con el fin de escuchar a aquel hombre acariciar el piano. En uno se sentaron Betty, Walter, y Scott, y en el otro, Eli, a su lado Natasha, con la niña encima y junto a ella, yo, pierna con pierna. Ruth al final, prefirió sentarse subida en una pierna de Nat y en otra mía, así nos tenía a los dos a la vez cogidos, ella movía las piernas y eso hacía que nosotros dos balanceáramos las nuestras.

Mortimer buscó cada nota: Do, La, Si…, hasta que se ubicó. Colocó sus pies sobre los pedales y comenzó a tocar con mimo y delicadeza las teclas del piano, ladeó un poco el cuello y buscó que su cabeza encontrara la sinfonía adecuada. Enseguida identificamos la balada que él sacaba de aquel instrumento: *Angels*, de Robbie Williams. Nadie hablaba, solo observábamos y escuchábamos disfrutando de aquel pequeño recital, ya que la música sonaba como los ángeles, valga la redundancia. Cuando acabó y tocó la última nota, respiró hondo y se giró para ver quién se encontraba detrás de él; vio que todos le observábamos con una sonrisa.

Walter se arrancó con un aplauso y con una ovación:

—¡Bravo! ¡Bravo, por el arte inglés!

Todos le secundamos aplaudiendo sin cesar, hasta Ruth, que, aunque hacía malabarismos para no caerse, mantenía sus dos piernas apretadas de forma que Natasha y yo estábamos como atados juntos, aplaudía entusiasmada.

Morty se levantó, puso su mano izquierda delante de su torso y la otra la situó tras de sí; inclinó su cuerpo ligeramente para agradecer, como si de un artista se tratase, los aplausos que le estábamos regalando. Se sentía orgulloso y abrumado a la vez.

—Espero y deseo, que os haya gustado esta música que os he ofrecido desde mi corazón y que pueda cenar pese a mi actuación. —Todos nos reímos y le aplaudimos de nuevo. La formalidad que durante ese momento había profesado, desapareció para volver a ser el Morty dicharachero y divertido—: Luego os firmo unos autógrafos, ja, ja, ja —nos reímos todos nuevamente—. ¡Ay, Eli, hija, dame un vaso de agua, aunque sea del grifo, que tengo la lengua que parece una alpargata de esparto!

—¡Oh, qué fallo! Ahora mismo traigo unas bebidas, pero antes quería decirte, que para nosotros es un orgullo que ese piano haya podido ser acariciado por Randy hace pocos días y por ti hoy, y que es una delicia poder disfrutar de él, después de tanto tiempo inerte. —Se iba a dirigir a la cocina, pero añadió—: Gracias, Morty, el próximo día montamos una parada en el local social del complejo; Randy al piano, Natasha firmando libros y tú firmando cuadros. —Las risas se apoderaron nuevamente del salón—. Bueno, y ahora a cenar, señores.

Betty y Nat se dispusieron a preparar la mesa del salón, colocando un mantel, los cubiertos, los platos y las copas. Ruth fue a la cocina donde se encontraba su madre.

—¿Qué hago, mami?

—Toma, lleva agua; pones una jarra en cada punta de la mesa y vuelve.

—¿Qué más?

—Llévate el zumo para ti y por si alguien más quiere.

—Mami, yo quiero beber lo mismo que Natasha —ella que se dio cuenta dijo:

—Tomaré lo mismo que Ruth —y le guiñó un ojo a la pequeña.

—Randy, cariño; saca de la nevera la otra botella de vino que trajo Natasha.

—*OK*.

—Toma, Ruth; llévate los sándwiches de Nutella y paté para ti. Ten cuidado, que tu tío te los quita, ya sabes…

Ella cogió su plato y mirándome fijamente, hizo el gesto con dos dedos hacia sus ojos y después hacia los míos, advirtiéndome sin hablar, de que me vigilaba. Acto seguido se rio dejando entrever su mella.

Terminamos de poner el resto de las bandejas de distintos tipos de sándwiches; fríos y calientes y unas tablas de distintos surtidos de quesos. Nos sentamos de manera que yo estaba al lado de Natasha. Entonces la niña preguntó:

—Tío Randy…, ¿me cambias el sitio, porfi?

—¿Quieres sentarte aquí, princesa?

—Síií, junto a Natasha.

—¡Hija! —le reprimió su madre—. Da igual, ¿no?

—No pasa nada, hermanita. Nada..., ¿qué se le va a hacer? Alguien ya no me quiere... —Fingí hacer pucheros.

—¡Que sí te quierooo, tío! Solo quiero sentarme junto a Natasha.

—Queridos y queridas —requirió atención Scott—, ¿un poco de vino?

—Pon un poco en todas las copas, cariño —le ordenó Eli.

—Espero que os guste, fue elección de Morty —comentó Nat.

Scott cogió la copa por el pie, la levantó para ver el líquido a contraluz, la bajó y le dio unas vueltas haciendo rodar el vino en el interior de la copa para airearlo y al mismo tiempo se intensificaran sus aromas, se lo acercó a la nariz para olfatear sus matices y finalmente, le dio un sorbo; lo dejó unos segundos en el interior de su boca para captar la textura y su cuerpo, para acabar tragándoselo. Todos lo observábamos, ya que había hecho el ritual propio de un catador y esperábamos atentos a su valoración.

—¡De puta madre! —esgrimió.

—¡Cariñooo —le recriminó Eli señalando con la cabeza a la pequeña—, esos modales!

—¡Upsss! Perdón, Ruth, cariño, tú haz como que no has oído nada, ¿vale?

—Sí lo he oído, papi, ja, ja, ja. Ahora mami te castigará sin tomar postre por decir palabrotas, ¡y muy gordas! ¿A que sí, mami? —nos reímos.

—Sí, cielo. Tu papi y yo, ya hablaremos esta noche —Eli miró a Scott lanzándole una sonrisa pícara.

—Nooo, Eli. Déjame sin postre si quieres, pero no me hagas dormir en el sofá. ¡Por favor! —dijo juntando sus manos a modo de plegaria.

Ruth se carcajeaba divertida.

—Disculpad, es que…, ¡me salió del alma! Quería describir sus matices, pero no lo pude evitar. Felicidades, excelente elección, Morty.

—Gracias, Scott —respondió él henchido de orgullo por haber dado en la diana con el vino.

La cena transcurrió en una sintonía tan bonita, que parecíamos una familia que se juntase cada sábado o domingo. Durante la misma, los temas de conversación eran diversos. Morty sacó el tema de que quizá, según qué cambios en el hogar no les costarían nada a Eli y Scott, pues él, en ocasiones tomaba fotos de las casas en las que había vendido cuadros para una revista de decoración, y esas fotos previo consentimiento de los propietarios, eran utilizadas por la empresa que hacía la reforma si era necesario, para su publicidad, mostrando el antes y el después de la misma. De manera que, si había que pagar algo, sería una parte, pues cediendo las fotos se consideraba como pago.

Habíamos terminado de cenar y Ruth le preguntó a su madre:

—¿Mamá, podemos ir a la habitación?

—¿Quiénes hija?

—Pues, Natasha y yo, bueno, y el tío Randy. Quiero enseñarle a ella la lámpara que me regaló. —Miró a su madre con ojitos de niña bonita esperando su afirmación.

—Quizá más tarde, hija, ahora estamos disfrutando de una agradable tertulia, u otro día.

Natasha no podía resistirse al deseo de la niña y le comentó a Eli:

—No, por mí no hay problema. Vamos si a ella le apetece y no os parece mal, yo encantada; quiero ver esa habitación donde Peter Pan viene a visitar a los niños.

Nos levantamos los tres y nos dirigimos al dormitorio de Ruth, la niña llevaba de la mano a Natasha y yo iba detrás como si no fuese conmigo la visita. He de destacar que Ruth estaba tan encantada de que Natasha viera la habitación junto a ella, que, a mí, su propio tío, me dejaba cariñosamente en un segundo plano. Llegamos al cuarto y se sentaron las dos en el borde de la cama, yo me senté en la de enfrente. Sabía que la pequeña quería hacer partícipe a su nueva amiga de todas las cosas que pertenecían a aquel pequeño mundo que existía en su habitación. Natasha me miró y me hizo un gesto para que me sentara junto a ella. Decliné la idea con una sonrisa cómplice a sabiendas que ese momento era para ellas dos estrictamente. La niña le contaba todo lo que le venía a la mente:

—Mira, Natasha, si algún día te quedas a dormir podrías hacerlo en mi cama, conmigo, en esa cama donde está sentado el tío Randy, dormiría él, así dormimos juntos los tres. Apaga la luz —me ordenó a lo que yo obedecí pulsando el interruptor y se hizo la oscuridad, tan solo un haz de luna que entraba por la ventana hacía que se viera un poco—. ¿Preparados? —susurró Ruth.

—Sí, claro —respondimos los dos. Encendió la luz de la mesita y se hizo magia. De la pantalla de la lámpara aparecieron diferentes dibujos de Peter Pan que hacía que el techo de la habitación se iluminara creando unos efectos tan originales como curiosos.

—¿Ves qué bonito? —Natasha me miró y vio como una sonrisa cariñosa adornaba mi cara—. Mira —le susurró Ruth a Nat—, cuando duermas aquí podemos dejar esta luz toda la noche. Natasha le preguntó:

—¿No te molestaré si duermo contigo?

—Nooo —respondió ella—, yo me pego a ti y no me muevo. —Sacó una sonrisa algo mentirosa y traviesa con el fin de que ella aceptara.

—Tranquila, Ruth, no me importa que te muevas. ¿Pero no prefieres dormir con tu tío?

—Ya he dormido muchas veces con él, ja, ja, ja.

—¿Y qué dice él?

Las miré y contesté:

—Lo que decidáis me parecerá bien, señoritas.

Les regalé una sonrisa y me quedé mirándolas ensimismado como si fuesen lo más importante para mí en ese momento. La niña continuó enseñándole todo lo que en aquella habitación guardaba como secretos de su niñez. La voz de Eli desde el salón nos sacó de ese momento tan mágico.

—¿Os apetece una infusión?

—¡Ya vamos! —respondí—. Señoritas, nos reclaman desde el salón.

—Espera, tío Randy. Llévame como Superman. Ahora verás, Natasha.

—¿Qué vais a hacer?

—¡Me vas a ver volar! —respondió la niña.

Agarré a la pequeña, la subí hasta la altura casi de mi cabeza, y me dirigí hacia el salón gritando:

—¡Aquí llega Superwomannn! —Todos nos observaron divertidos.

—¿Queréis té o manzanilla? —preguntó Eli a todos en general, pero a nadie le apetecía —. Bueno, pues a una copita de champán para acompañar un delicioso *brownie* de chocolate que trajo Betty preparado por ella, seguro que no os vais a resistir, ¿eh?

Betty, ya venía con el dulce en una bandeja y unos platos que puso en la mesa.

—¿Qué puedo hacer, Eli, os ayudo? —preguntó Nat.

—Nada, cielo, tranquila, siéntate. Scott, saca unas copas para el champán.

—¡Marchando!

Nat se sentó junto a Mortimer y él le susurró:

—Nena, ¿qué tal? ¡Cómo desapareces, guapa!

—Ah, sí. Es que Ruth es un primor.

—¡Aaay, chicaaa! —Le puso la mano encima de la pierna como para que pusiera más atención a lo que le decía—. En esta casa no hay ninguno malo. ¿Te acuerdas de aquellas pinturas que hice sobre Cleopatra? —Nat asintió—. Walter me acaba de sugerir que se las deje en el museo unos días a modo de préstamo, que Random las ofrecerá al British Museum, ya que allí existe una sala dedicada al Antiguo Egipto y si les interesa, me tendré que reunir con ellos para negociar el *cash*.

—¡Qué bien! ¡Crucemos los dedos para que así sea! —propuso ella.

—¡Sí! —Él la secundó.

La tertulia mientras degustábamos el bizcocho casero se hizo tan amena que las horas nos arrastraron sin apenas darnos cuenta.

—¿Qué partido se ha jugado hoy, cuñado?

—El Liverpool contra el Chelsea —respondió Scott—. Lo puse a grabar. ¿Os apetece verlo? —Walter y yo asentimos—. ¿Te gusta el fútbol Mortimer?

—No mucho, Scott —respondió con tono irónico—, pero ver a veintidós hombres corriendo detrás de un balón, eso ya me gusta mássss —nos reímos—, si queréis que lo veamos por mí, ¡encantado! Mi ex era del Chelsea y más de un partido me tragué enteritooo. Lo bueno era cuando ganaba su equipo, ¡ay, hijo! —elevó su mirada volviendo los ojos para atrás, al mismo tiempo que se mordía el labio inferior, como rememorando ese momento—. No puedo contarlo porque hay una menor, ja, ja, ja. —Se tapó la boca con su mano para que no se le escapara alguna intimidad delante de la pequeña—, pero cuando perdíaaa..., —puso cara de haber chupado un limón—, ¡después era una tumba toda la noche el muy —en este momento Nat fue rápida y le tapó los oídos a Ruth— jodido! ¡Aghhh, perdónnn, se me escapó! —Se levantó corriendo antes de que Natasha esta vez lo estrangulara y se fue al sofá.

Rompimos a reír todos a carcajadas por las ocurrencias de Morty que había caído perfecto en nuestra familia, y tanto él, como Nat, se habían integrado tan bien con todos nosotros en tan solo unas horas, que parecía que llevaban toda la vida a nuestro lado.

Los hombres con la excusa de no dejar solo a Morty nos fuimos al sofá también.

El salón era grande, en una de las paredes se encontraba colgada una gran pantalla plana que se podía divisar desde cualquier ángulo del mismo, cerca de la pantalla había dos sofás de tres metros cada uno formando una ele, y en sus puntas se convertían en *chaise longue*, a continuación del sofá que pegaba a la pared a unos dos metros y medio aproximadamente se encontraba la mesa del comedor, también grande porque solían juntarse muchas personas alrededor de ella para comer en ocasiones como la de este día, pero a diario solían comer en la cocina. En el ángulo opuesto de la mesa se hallaba el piano, en un rincón privilegiado y destacado.

Eli invitó a las chicas a sentarse en el sofá, pero declinaron la invitación al ver que ya había comenzado el partido y los comentarios entre ellos eran de todos los colores.

—¡Eso es falta! —gritó Scott.

—¡Penalty! —apuntilló Walter.

Ni entre ellos mismos se aclaraban, pero eran libres de gritar divertidamente.

Las mujeres se quedaron en la mesa, Ruth se encontraba sentada encima de Nat y le preguntó:

—¿Te gusta dibujar, Natasha?

—Sí, ¿quieres que dibujemos?

—Síií. Espera, que voy a buscar unas hojas y colores.

La casualidad hizo que Scott estuviera sentado junto a Walter y Morty junto a mí, aunque yo me encontraba sentado en el ángulo que con tan solo girar un poco el cuello podía ver donde estaba sentada Nat y mi princesita.

Enseguida volvió Ruth y se volvió a sentar sobre las piernas de Natasha.

—¿Qué pintamos, señorita?

—¿Sabes dibujar una princesa?

—¿Cómo tú? —respondió Nat.

—Nooo, yo no soy una princesa, ja, ja, ja.

—Para tu tío sí que lo eres —le susurró al oído.

Yo que tenía una oreja en el fútbol y otra en mis mujeres, la miré; nuestras miradas se encontraron y nos regalamos una sonrisa. Eli y Betty se pusieron a recoger los platitos y copas de la mesa para dejarla despejada. Natasha se ofreció a ayudarles, pero Eli le dijo que no era necesario.

—Además, mira que calladita está Ruth, está a gusto contigo y así estáis entretenidas.

—La verdad es que es un primor de niña, como dice Random: «Dan ganas de quedársela».

Ruth que estaba atenta, aunque dibujando, preguntó:

—¿Puedo dormir un día en tu casa?

—¡Ruth! —le recriminó su madre— Eso no se pregunta, cariño.

—No, déjala, Eli, no pasa nada. Mira, cariño, cuando hagamos la barbacoa en mi casa, si tus papás te dejan y no tienes colegio al día siguiente, pues será un placer que te quedes esa noche, además, tengo un gato siamés que te encantará, a Franky le encantan las niñas, pero si no te gusta, le cambiamos el nombre —le respondió cariñosamente.

—Nooo, sí que me gusta —susurró ella.

—Pues eso. Dicho queda, pero siempre con el permiso de papá y mamá, ¿de acuerdo?

—Sí —asintió Ruth—, ¿quieres que lo hagamos mañana, Natasha?

Eli que ya se había sentado a la mesa y estaba ojeando unas revistas de decoración junto a Betty escuchó la propuesta de Ruth y no pudo evitar reprender de nuevo a la niña:

—¡Pero, bueno, señorita, te han dado un dedo y ya te has cogido la mano! —Ruth agachó su cabecita, pero su madre que se encontraba sentada junto a ellas le levantó la carita cogiéndosela por la barbilla para mirarle a los ojos y decirle—: Cariño, ya quedaremos algún día, vida, no seas impaciente, cielo.

Natasha añadió:

—Mira, Ruth, mañana justamente, no se puede, no porque no quiera, es que a media mañana me marcho. Tengo un viaje a Rusia de cuatro semanas para asuntos familiares.

Yo que tenía puesta una oreja en cada lugar me quedé desinflado al escuchar que Natasha iba a desaparecer de nuevo tanto tiempo, aunque procuré no hacer gestos, aquella frase me había dejado algo tocado, y seguí mirando el partido como si nada.

Ruth prosiguió con sus preguntas:

—¿Están allí tus papás?

—No —respondió Nat—, mis papás están en el cielo, princesa. Se fueron un día, pero tengo allí a mi abuelita y a mi hermano, al que hace bastante tiempo que no veo.

—¿Es más grande que tú? —preguntó la niña.

—Sí, cielo, dos años, nos queremos mucho, él me llama ratita. Cuando éramos pequeños hasta que no di el estirón siempre me llamaba así.

—¿Y te gusta ese nombre?

—Al principio no me importaba demasiado, después ya no me importó del todo, y ahora, ¡me encanta cuando le oigo llamarme así! Al igual que tu tío te llama a ti princesa.

—¡Sí!

Mientras hablaban, Nat ya había conseguido pintarle varias princesas con diferentes trazos y colores. Ruth al ver los dibujos le preguntó:

—¿Puedes pintar a mi tío Randy?

—¿Cómo lo hago? —preguntó Nat.

—Pues, dibújalo de príncipe.

—Mmm…, vale, ¿quieres que lo pinte guapo?

—¡Sí! —respondió ella y a la vez le preguntó—: ¿Tú no lo ves guapo?

Yo les sonreí.

—Si tú opinas que es guapo, para mí también lo es. Aquí mandas tú, princesa. —Ruth la miró, abrió su boca para dejar entrever las dos paletas que le faltaban y respondió:

—¡Pues entonces, hazlo guapo, ja, ja, ja! ¿Me enseñarás algún día a dibujar?

—Claro, mi niña, y si no, tenemos ahí delante sentado a alguien que hace unos cuadros muy bonitos, Ruth.

—¡Gooolll!

Gritamos al unísono los que estábamos en el sofá, nos abrazamos sin valorar que con Mortimer apenas nos unía unas horas.

Morty se giró y le dijo a Natasha:

—¡Neeenaaa, tengo un subidón de testosteronaaa, creo que después te dejo en casa y me voy a ver unos amigosss, ja, ja, ja! —se rieron los dos.

Ellos siguieron con sus gritos enarbolando una bandera imaginaria de su equipo en común.

Ruth miró a Natasha, y le preguntó:

—¿Me puedes peinar y hacerme masajes?

—Claro que sí.

—Cariño... —murmuró Eli.

Nat le interrumpió:

—Elisabeth, no pasa nada, así estamos entretenidas.

—En eso sí que tienes razón, pero es que te tiene absorbida.

—Tranquila, Eli, estoy a gusto.

Ruth salió corriendo alocadamente hacia el baño a buscar su cepillo y unos coleteros. Yo, sonriendo, le hice un gesto a Nat que tan solo veía ella; abrí las manos en señal de que no era necesario si no quería. Ella me devolvió otro gesto frunciendo el ceño. Sonreí. Enseguida volvió la niña.

—Toma, Natasha.

Se sentó de nuevo sobre ella apoyó los brazos en la mesa y dejó su cabeza sobre los mismos, Natasha comenzó a peinarla, cada vez que le pasaba el cepillo le rozaba la espalda, Ruth la sacudía de tanto en tanto, porque le producía cosquillas.

—¿Te hago una trenza?

—¡Vale!

El final del partido y de la velada estaban a punto de llegar a su fin. El partido se

encontraba en tablas en ese momento, ya que el otro equipo con un gol había conseguido empatar.

Ruth se incorporó y le dijo a Natasha:

—¿Te peino yo ahora?

—Como tú quieras, bonita.

Ruth se puso de pie detrás de ella y comenzó a peinarle el pelo. Eli miró a Nat, pero ella con un leve gesto de la mano le indicó que no pasaba nada.

Elisabeth se encontraba hablando de cosas variadas con Betty, mientras, Nat y la niña estaban en sus labores, ahora de peluqueras, cuando la voz alta de los hombres las sacó de su abstracción.

—¡Vaya, al final empatamos! —dijo Walter.

—Bueno, menos mal —respondió Scott—. Podría haber sido peor.

Eran las diez y media de la noche cuando acabó la grabación del partido. Walter se acercó hasta donde se encontraba Betty y le recordó:

—Cariño, deberíamos marcharnos ya, tú mañana trabajas…

—Sí, amor, entro a las dos y además, me toca guardia.

—Pues, cuando tú digas, nos vamos.

—¿Me llevarás tú mañana, vida?

—Claro que sí, cariño —le respondió él—. Aprovecharé cuando te deje para ir a visitar a mi tía que está un poco pachucha, ya sabes.

Natasha tomó la palabra, mirándome:

—Señores, unos servidores también se marchan ya, que bastante habéis hecho por nosotros, llevamos todo el día aquí. Ha sido un verdadero placer y estamos muy agradecidos por vuestra hospitalidad, simpatía y cariño —le dio un abrazo y dos besos a Elisabeth y le estrechó la mano a Scott—. Gracias de nuevo por todo.

—¡Jooo! ¿Ya os tenéis que ir? —preguntó Ruth poniendo el morrito arrugado, por si eso conseguía ablandar a Nat.

—Sí, cariño —respondió ella—, no podrás tener queja —le dijo mientras le hacía unas cosquillas en su cuerpecito para provocarle una sonrisa—. Hemos pasado muchas horas juntas, princesa.

—Randy, ¿tú te quedas a dormir? —preguntó Eli.

—¡Sí, sí...! —casi rogó la pequeña.

Fingí hacerme el contrariado y le comenté a mi sobrina:

—Usted y yo, ya hablaremos más tarde, ¿eh? Que hace un rato querías dormir con Natasha, sinvergüenza —la niña me sonrió cariñosamente—. No sé qué hacer, hermanita, si Mortimer se va por ahí a visitar unos amigos quizá yo debería llevar a Natasha a su casa.

Walter alzó la mano para decir:

—Si queréis, podemos acercarla nosotros.

Betty que estaba a su lado le dio un pequeño codazo para que se callara, ya que, teóricamente, quién debería llevarla debería ser yo, con el fin de que tuviéramos un ratito para nosotros dos solos. Pero Morty salió al quite:

—No te preocupes, guaaapo —le dijo a Walter poniéndole bien el pañuelo que sobresalía por el bolsillo de la americana—, eso que dije antes de irme por ahí a visitar amigos íntimos, se me pasó con el empate del fútbol —nos reímos—. Además, me voy con ella que le ayudaré a terminar de preparar las maletas. Mañana la llevaré al aeropuerto por la mañana. —Nat le sonrió cariñosamente—. Quiero recordaros que la invitación a nuestra casa queda relegada a cuando

vuelva Natasha de su viaje. Ah, Elisabeth, un día pasaré a por las fotos. —Le guiñó un ojo, ellos dos sabían que tenían pendiente el cuadro de Random y ella juntos—. Walter, ya llevaré los cuadros al museo a ver qué pasa con ellos.

—Esperad —dijo Eli—, que voy a buscar el ramo de rosas que trajiste, Natasha.

—¡Ostrasss! Es verdad —remarqué yo, por el olvido de mi detalle a Nat.

—No, no, Eli, déjalas para Ruth, que también le encantan. Es un regalo de Random para las dos, y ya que marcho de viaje para tantos días es una pena que se marchiten en casa. —Natasha me miró buscando mi aprobación, hecho que me pareció oportuno dada su explicación.

—Como es de las dos llévate la mitad, mujer.

—Las dejo al cuidado de Ruth —Nat le guiñó un ojo.

—Mira —dijo Elisabet—, hagamos una cosa; llévate una por lo menos de recuerdo, las otras las dejaremos en el jarrón, aunque de un par de tallos de ellas, aquí mi maridito que es casi un experto en temas de jardinería mañana sacará unos esquejes, les pondrá unos polvitos especiales...

—Hormonas de enraizamiento, Eli —aclaró Scott.

—Ah, sí. Pues eso, les pondrá esas hormonas y los plantará en el jardín, a ver si tenemos suerte, si agarran, tendremos unos bonitos rosales. ¿Qué te parece?

Nat que había escuchado atentamente la explicación de Eli respondió:

—Por mí, perfecto. Me parece una idea estupenda. Venga, va, me llevo una, si a Ruth no le importa.

—Vaaale, pero cuídala, ¿eh?

Enseguida vino Eli con el tallo de la rosa envuelto en papel de aluminio para que se mantuviera fresco y se lo entregó a Nat. Esta miró a Ruth y le dijo:

—Procura cambiarles el agua cada día y cuida de los tallos que plante tu papá.

La niña sonrió y asintió con su cabecita.

Les acompañamos hasta la puerta, y allí se fueron despidiendo de uno en uno, al llegar Natasha hasta Ruth, la pequeña, le cuestionó:

—¿Ves? Si te hubieras quedado, hubiéramos podido dormir juntas.

—Bueno, princesa —se agachó para estar a su altura—, habrá más días, además, si yo me entero de que tu tío Randy no duerme contigo y no te lee un cuento volveré y le tendremos que castigar con unos azotes —le dijo poniendo la voz grave como la del capitán Garfio.

—Ja, ja, ja, nooo —respondió la pequeña—, él siempre me lee.

Mientras tanto, Mortimer se despedía de mí.

—Un placer, señor Random —se arrimó un poco para confesarme—: Estoy ansioso de repetir tardes como esta. Aquí mi amiga del alma y yo nos hemos sentido como nunca, a esa señorita con la que comparto casa hacía mucho tiempo que no la veía tan risueña. Bueno, al igual que esta pequeñita princesa que tienes de sobrina, que es un solete —nos despedimos dándonos un apretón de manos y continuó su despedida de los demás.

Cogí a Ruth en brazos a requerimiento de ella, pues así se aseguraba que no me fuera. Natasha llegó hasta nosotros.

—Un placer, guapo. Sois una familia encantadora. Tenemos pendiente acabar una cita, mientras tanto, cuídame a esta pequeña tan bonita y de paso, usted también cuídese señor. —Se acercó y me besó las dos mejillas.

—Te esperaré en el Café 101, Cenicienta —susurré.

—Ya sabes mi opinión, Romeo, las cosas pasan por algo, pero estate tranquilo; el camino es muy largo, parece que nuestros pasos suelen coincidir.

—Ahora me has recordado a Bob, con sus consejos, reflexiones y refranes. —Ella me sonrió y respondió:

—Posiblemente...

—¿Quién es Bob, tío Randy?

Natasha me miró y me comentó:

—Si me permites, le explico yo —evidentemente asentí—. Pues, verás, mi niña, algún día lo conocerás, te lo prometo; estoy segura de ello. Es alguien a quién los dos conocemos y que el camino puso en nuestros pasos —Ruth sonrió y le instó a que era una promesa—. Claro, Ruth, si prometo algo, procuro no fallar, a ti, espero no fallarte nunca.

—¿Por qué a mí, Natasha?

—Porque alguien me dijo una vez que eras muy especial y su princesa.

Mi sobrina me miró sonriendo; había captado las palabras de Nat.

Walter y Betty ya se habían subido a su auto y pitaron al salir. Natasha al meterse en el coche le lanzó un beso con la mano a Ruth, y de paso a los demás. Mortimer bajó la cabeza lo suficiente para que le vieran la cara.

—¡Gracias por todo! Eli, hablamos —le dijo haciendo un gesto con la mano como si tuviera un móvil en la misma.

—De acuerdo —contestó ella.

Nos quedamos en la puerta hasta que los dos coches desaparecieron calle abajo por Wimbledon. Una vez que ya no se veían, nos metimos los cuatro al interior de la casa.

—Mami, voy al aseo.

—Vale, cariño. Lávate los dientes, luego te pones el pijama y a dormir, señorita.

—Venga, hermanísima que recogemos todo esto en un «plis plas».

—Scott, cariño, déjame que le enseñe una cosa a tu cuñado y ahora volvemos.

—*OK* —respondió él, mientras veía la tele.

Me llevó para la habitación.

—Dime, hermanita…

—¿Cómo estás?

—Bien, ¿por qué?

—¿Sabes? Esa chica tiene algo bonito en sus ojos y especial en su ser.

—Lo sé, Eli, pero no quiero hacerme ilusiones, ya lo sabes.

—Claro que lo sé, pero aquello ya quedó atrás y ojalá que jamás vuelva aquella mujer. Confié tanto en ella que, aún me hago cruces de cómo nos engañó a todos.

—Tengo algo de miedo…

—Parecen encantadores, tanto ella, como Mortimer —comentó Eli.

—Imagino que poco a poco los iremos conociendo más y veremos qué pasa, no quiero hacerme ilusiones. —Le di un beso en la mejilla—. Anda, vamos que tenemos cosas que hacer, además, quiero agradecer también a mi cuñado que vuestra casa haya sido hoy la ideal para este día.

La abracé y al salir, por el pasillo, la niña que ya se había puesto el pijama venía corriendo, de un salto se subió a mis brazos. Llegamos al salón y Eli propuso dejar todo como estaba, pues al día siguiente ya tendríamos tiempo de recogerlo. Elisabeth se sentó junto a su marido y Ruth se estiró poniendo un cojín bajo su cabecita y los pies sobre mis piernas.

—¿Qué estás viendo, cuñado?

—Pues mira, he puesto en el DVD una de Steven Seagal, hace cinco minutos que ha comenzado, pero la vuelvo a poner desde el principio.

No habían pasado ni diez minutos y Ruth ya se había quedado dormida, agotada por el cansancio. Le hice una señal a mi hermana y ella dijo en voz baja:

—Espera que voy a abrirle la cama.

Al momento volvió y me hizo una señal para que la acostara. La cogí en brazos y al llegar al dormitorio la dejé lentamente en su cama, Eli la arropó y le dejó un suave y cariñoso beso en la frente.

Al llegar ambos al salón Scott nos dijo:

—Vamos, sentaos que he parado la película para que la podamos ver juntos.

—Chicos, a mí me disculpáis, yo me voy a dormir también, que hemos tenido un día muy intenso, pero bonito a la vez. Buenas noches, Randy. Hasta luego, amor.

—Dulces sueños, hermanita.

—Cuñado, ¿nos ponemos una copa?

—¿Qué me propones, Scott?

—¿Qué te parece un *bourbon*?

—Perfecto, Scott. Voy a por hielo.

Saboreando esa copa dejaron que la película y la noche los envolviera.

Casi una hora antes de estos hechos, en el Lexus Sedán negro, Walter ponía el intermitente para girar hacia su casa, Mortimer le hizo señales con las luces de su Aston Martin conforme seguían su camino.

Dentro del Lexus, Walter y Betty iban conversando:

—Se ven majos, ¿verdad, Betty?

—Sí, me gustan los dos, además, Nat es de corazón bonito.

—Ojalá que consigan congeniar, Natasha y Random —apostilló él.

—Esperemos que sí, cariño —susurró ella. Él le puso la mano en el muslo y le apretó la pierna—, no sé si soportaría otra vez tener que vivir lo que ya vivimos tiempo atrás. Creo que ella tiene algo especial, Walter.

—Esperemos que sí, Betty. ¿Quieres que desayunemos juntos mañana?

—Claro, cariño, mira, podíamos ir a la cafetería nueva que hay junto al hospital Saint Thomas.

—Como quieras. Por cierto, ¡qué fallo he tenido, cariño, con lo de llevar a Natasha! ¿No?

—Pues, sí, Walter, por eso te avisé, evidentemente, era una noche para ellos solos, pero bueno, sé que fue sin maldad, querido.

—Creí que le hacíamos un favor, si Morty se iba de fiesta.

—Lo sé, cielo, ya está, no te preocupes por eso, quedémonos con que ha sido un día fantástico y fabuloso. Creo que la vida nos dará más jornadas como estas. La mujer de las cartas me auguró un año lleno de alegrías. —Betty le dio un cariñoso beso en la cara a su marido.

—Mmmm…, cariño, no me distraigas al volante que no respondo, guarda ese beso para cuando lleguemos a casa y me lo das en condiciones, ja, ja, ja.

Mientras tanto, al otro lado de la ciudad, Mortimer estacionaba su «bala plateada» frente a la casa que compartían Natasha y él. Paró el motor del auto y mirándola a los ojos le preguntó:

—¿Has estado bien, nena?

—Sí, Morty. He estado como jamás imaginaría, esas familias parecen buena gente.

—Lo son, cari —apostilló él—. Es más, Random tiene algo muy bonito.

—Entonces, guapo, ¿me das tu visto bueno? —le preguntó irónicamente.

—Que sepasss, que desde el primer día que lo conocí en la sala de arte, ¡ya me lo hubiera

llevado a casa para ti, guapa! Pero quise esperar a tener una tarde junto a él, y opino, Nat, que no podríamos haber tenido una mejor tarde que hoy; juraría que esa gente con la que hemos compartido este día tan fantástico era casi imposible de imaginar, además, gracias a ti nena, ¡mis cuadros me los van a quitar de las manos!

Ella le dio unos toquecitos en el hombro para decirle:

—Pues, ya sabes, aprovecha a pintar mucho estos días que voy a estar fuera —se rieron.

—Venga, chaaataaa, salgamos del coche, entremos en casa y te ayudo a hacer las maletas.

Mientras Nat iba sacando ropa del armario y la dejaba sobre la cama, Morty iba llenando las dos maletas e iban comentando detalles que habían vivido esa tarde-noche.

—Ostras, Nat, la niña te tomó cariño enseguida, ¿eh?

—Sí, eso parece, Random ya me comentó que era una niña especial.

—Bueno, nena, ¡vamos al turrón, guapaaa! —Se sentó en la cama—. ¿Y tú, qué opinas de nuestro hombre?

—¿De quién me hablas? —respondió ella intentando disimular.

—¡Aghhhh! —Hizo amago de morderse las uñas—. ¿De quién va a ser, petarda? ¡Pues de nuestro hombre ya menos misterioso, Random Williams, alias Romeo!

—Aaah, ¿y qué quieres que te diga? Me parece una buena persona, alguien con quién no me importaría tener otra cita.

—¿Solo eso, nena?

—Morty, ya sabes que no me gusta correr…

—Ya lo sé, cari, perooo es que es taaan majooo, atento, familiar, cariñoso y con esa sonrisaaa... ¡Mmm! —Puso los ojos en blanco y se mordió el labio inferior—. ¡Es que lo mirooo y me lo comería! —se rieron los dos.

—¡Uyuyuyyy..., que a ti te gusta mucho!

—Pues sí, nenaaa, para qué nos vamos a engañar, pero él no juega en mi misma liga —dijo bajando el tono de voz, parpadeando varias veces seguidas y simulando con su boca hacer pucheros—. Además, ese hombre se deshace por tus huesos.

—¿Tú crees? —preguntó ella, curiosa.

—¡Aquí va a haber tema que te quemasss! —dijo sacudiendo su mano—. ¡Así, que no seas boba, y *Carpe Diem*! —apostilló él.

—No sé, Morty, yo creo que aún tienes el efecto de las copas que te has tomado esta tarde, ja, ja, ja.

—¡Neeena, si solo había que mirarlo a los ojos, se desvive por tiii! ¡Lo que pasa es que intenta disimularlo, pero, allí estaba el radar, o seaaa, yooo! —Se señaló a sí mismo—. Tú, porque no lo mirabas, pero yo, sí, y en varias ocasionesss. Te puedo decir que te hizo una radiografía por no decir un escáner de arriba hasta los pies, guapaaa.

—Ja, ja, ja, ¿y eso es bueno?

—¡Andaaa con lo que me sales ahora...! —dijo poniendo los brazos en jarras—. ¡Eso es maravilloso, nenaaa! Está valorando cariñosamente a alguien que le gusta, nada más había que ver su sonrisa cada vez que abrías la boca.

—Anda ya, ¡qué exagerado eres!

—Sí, sí, tú llámame exagerado, pero ese hombre algún día nos hará felices a los dos.

—¿A los dos?

—Claro, nenaaa, si tú estás feliz, ¡yo más!

—Bueno, ya está toda la ropa preparada.

Mortimer insistió:

—Además, habéis congeniado tan bien tú y la niña, que parecía que llevabais años con ese rol, y ya sabes que, si te ganas a su sobrina tienes las puertas abiertas de su casa y de su corazón.

—A Ruth es difícil no quererla, Morty. Venga, y ahora a la cama, guapo. ¿Te quieres quedar a dormir?

—Vale, que me vas a dejar solito un messs chata. ¡A ver con quién duermo yo ahora!

—Pues con Franky. —Nat soltó una carcajada.

—¡Jummm! —Puso cara de ofendido, bromeando—. Ahora vuelvo; voy a subir a cepillarme los dientes, me pongo el pijama y bajo.

—*OK*, yo voy a hacer lo mismo, solo que no me moveré de aquí —le sonrió divertida.

Tardó treinta minutos en bajar, tiempo que aprovechó Nat para cortarle el tallo a la rosa dejándole unos cinco centímetros, la colocó entre una hoja de periódico doblado, luego puso otra de papel secante por los dos lados y la cubrió con una cartulina. Acabó sellando los bordes con cinta adhesiva. Fue al salón, de la estantería cogió un libro y puso el paquete entre sus páginas, dicho libro lo dejó sobre el buró que tenía al lado de la ventana. Se fue a la estantería y buscó dos libros, los más pesados, y los colocó encima del que había dejado en el buró. De esta manera, cuando volviera de su viaje seguiría conservando la rosa, aunque fuese seca. Ese mismo proceso lo había hecho antes con la margarita que Romeo le dio el día de su cita, que, ahora pasadas unas semanas, ya se encontraba entre dos placas de metacrilato sobre su tocador. Acarició el libro como despidiéndose de él y dijo:

—Ahí quietecita para cuando vuelva.

Sonó el teléfono, tras descolgar, se escuchó al otro lado:

—Hola, cariño, ¿cómo fue? —dijo una voz masculina y conocida para Natasha.

—Bien, bien. Al final pudo venir Morty.

—Ah, qué bien —le respondió la otra persona—. ¿Tienes ya todo preparado para mañana, cielo?

—Sí, todo listo.

—Acuérdate de darle recuerdos de nuestra parte a Tatiana, y recuerda que iremos en un par de semanas.

—Sí, no os preocupéis —dijo ella.

—Que descanses, vida. Buen viaje.

—Igual para vosotros, Bob. Un beso.

Nat fue a darse una ducha ligera; se puso su pijama de raso y al poco apareció Morty. Se metieron en la cama, él se tumbó boca arriba, ella se giró y se abrazó a él.

—Qué bien huele tu colonia, Morty.

—Lo sé, nena, es Rochas *man*. —Apagó la luz y susurró—: Que descanses, corazón. Mañana estarás de nuevo con tu abuela Tatiana.

La besó en la frente y ambos cerraron los ojos.

¿Qué vas a hacer con tu vida?

Capítulo Nº 11 - Idas y venidas al cafe 101

El lunes por la mañana cuando llegué a mi trabajo, sobre mi mesa encontré una nota: «Walter te espera». Salí de mi despacho encaminándome al de Walter y toqué con los nudillos en la puerta.

—Adelante. Pasa y toma asiento, amigo, que no hemos tenido tiempo casi de hablar.

—Tú dirás, Walter.

—Espera, que me he hecho una lista. A ver, señor, vayamos por orden, que lo primero es lo primero. Recuerda que en una semana has de ir a París a cerrar el trato que empezaste hace varios meses.

—*OK.*

—Parece que el museo del Louvre ya está de acuerdo en cedernos temporalmente algunas piezas del Antiguo Egipto, pero quedan algunos flecos que tratar, ya sabes.

—Sí, sí, lo tengo presente.

—Y aclarado este tema que era primordial, vayamos al resto de temas —ya me veía venir por donde iban los tiros y sonreí—. Betty y yo, el sábado lo pasamos estupendamente en casa de Eli y Scott, y con el resto de la compañía.

—Me alegro de que os divirtierais, fue entretenido, la verdad, es que fue un día casi perfecto.

—Casi, ¿solo?

—No me puedo quejar, Walter —le contesté escuetamente.

—Y ahora, otra cosita, ¿qué opinas de nuestros nuevos amigos?

—Bueno, ha sido bonito y a la vez raro, es la primera vez que nos juntábamos todos. Me habría gustado que los acontecimientos se sucedieran de otra manera, pero la casualidad ha hecho que suceda así.

—¿Qué acontecimientos?

—Pues conocer más pausadamente a Natasha y sobre todo saber más cosas de ella, su día a día, sus gustos, no sé, no me hagas caso, el hecho de ser lunes me tiene como en *standby*. Ja, ja, ja.

Walter que estaba eufórico respondió:

—Amigo, te conozco, y sé a lo que te refieres, pero ¿sabes una cosa?

—Dime...

—Que no le des tantas vueltas a la cabeza. Pienso que fue un sábado para recordar; fue bonito, ameno y divertido. Se ven personas sanas, sencillas y cercanas. Es más, ¿sabes qué, amigo? Creo que Natasha nos va a dar muchos días para recordar en un futuro, además, según mi santa esposa, que sabes que nunca se equivoca, dice que: «Esta chica, incluso con tan solo su amistad, ya es alguien digno de valorar».

—¿A dónde quieres llegar, Walter?

—Pues a que con Natasha si en un futuro solo fuese una amistad, merecería la pena tenerla cerca, a eso me refiero.

—No sé, Walter, ahora mismo, a los que quiero tener a mi lado ya os tengo, si ellos dos han de formar parte de nuestro entorno, ya se verá, según ella, no es de hacer planes a futuro. Pero tendré en cuenta tus palabras y las de Betty, ya lo sabes.

—Recuerda, Random, que cualquier cosa que necesites, aquí me tienes.

—Gracias, lo sé, amigo. Lo mismo te digo.

—Ah, otra cosa, el viernes noche a eso de las ocho tenemos partida de bridge, ¡a ver si esta vez conseguimos darles una paliza a nuestros contrincantes! —Nos reímos los dos.

—¿Cenaremos al salir? —pregunté.

—Sí, claro, luego se añadirán nuestras parejas e iremos a alguna terraza a cenar algo ligero, que mi estómago me juega a veces malas pasadas, suerte que tengo a mi doctora particular, ja, ja, ja. ¡Ah! El sábado por la tarde, si te apetece, nos echamos un partido de bádminton y luego cenamos en casa, no te olvides de que Betty ya me ha avisado un par de veces.

—*OK*, está todo controlado, Walter. ¿Alguna cosa más?

—Creo que ya está todo. Anda, ve tirando que te esperan en Trafalgar Square, que tienen algo original que nos quieren vender.

Se levantó y dio la vuelta alrededor de la mesa para acercarse a darme un abrazo con palmada en la espalda y me instó al viernes para la partida de bridge.

Salí de allí hacia mis obligaciones, esa tarde cuando acabé mi trabajo, mis pasos andaban cercanos al Café 101, me quedé algo indeciso y al final decidí entrar. Eran las ocho de la tarde aproximadamente, Bob andaba cerca de la puerta despidiendo a una pareja.

—¿Se quedará a tomar algo, señor Random?

—Creo que sí, aunque estoy indeciso…

—Yo le aconsejo que se quede. Hacen unos combinados muy originales, señor.

—¡Vaya, me ha convencido, Bob!

—Si quiere, su mesa está libre; tome asiento y ahora le llevo su copa y unos *snacks*.

Me acomodé en una butaca y me dediqué durante unos instantes a disfrutar de las vistas del Big Ben. La gente deambulaba de un lado hacia el otro, sin reparar en que, en ocasiones, nos movemos porque la vida se encarga de llevarnos de aquí para allá, sin hora ni lugar; tan solo nos mueve para que carguemos nuestras pilas y compartamos nuestras vivencias. Me acordé de que traía en la bandolera un par de trabajos para fechas próximas. Saqué dos carpetas, una de ellas contenía fotografías del tesoro de Sutton Hoo.

—Veo que le gusta lo anglosajón.

—Bueno, Bob, forma parte de mi trabajo en el museo, es algo de mi día a día.

—¿Trabaja usted en un museo?

—Sí, en el Museo Británico. Soy conservador y pasante de arte.

—Un trabajo interesante, señor.

Se dio la vuelta para volver a sus quehaceres y yo continué trasteando en mis papeles. Abrí la otra carpeta, me encontraba tan inmerso en la lectura de un documento procedente del Museo Fabergé de San Petersburgo con algunas imágenes de sus joyas, algunas de las cuales, si llegábamos a una buena negociación, nos serían cedidas temporalmente para una exposición en Londres, que no percibí la presencia de Bob en la mesa colindante.

—¿Sabe usted que algunas de esas reliquias se encuentran en Rusia?

—Sí, sí, lo sé, Bob.

—¿Y que no todas están en museos? Algunos huevos imperiales están desaparecidos.

—Cierto, los famosos huevos Fabergé. ¿Y usted, cómo lo sabe?

—Bueno, ya sabe que, aunque nosotros aquí somos de oír, ver y callar, yo en mi tiempo libre leo, me informo y documento. —Dibujó una leve sonrisa en sus labios—. También puedo decirle que conozco a alguien que también trata esos temas. ¿Sabe usted una cosa, señor

Random?

—Me da a mí, que usted, Bob, me va a regalar una de sus reflexiones, si es así, adelante.

—Para usted, señor Random: En ocasiones, las casualidades de la vida hacen que las personas nos conozcamos sin buscarlo.

—Tiene razón, gracias por otro de sus famosos consejos, Bob.

—Ya sabe que mi madre era la mujer más sabía del mundo en estos menesteres, y claro, algo heredé de ella.

—¿Ahora le puedo preguntar yo a usted?

—Claro, señor, dispare.

Mientras tanto, Bob iba poniendo en la bandeja botellas, vasos y copas que recogía de otras mesas.

—¿Ha vuelto a venir por aquí la chica con la que tuve la cita aquella noche?

—¿Se refiere a Cenicienta, o a Natasha, tal vez?

—Bueno, creo que los dos sabemos que es la misma persona.

—¿Por qué esa pregunta, señor?

—Pues lo digo porque presentía y ahora me lo acaba de confirmar, de que a usted le gusta la lectura y acudir a presentaciones de escritoras.

—Ah, si se refiere a aquella tarde cuando usted también se encontraba en los Reales Tribunales de Justicia, pues sí. Mi esposa, Alona, es una lectora empedernida, y en especial, de ese tipo de libros que escribe la señorita Natasha. ¿A usted le gusta leer, señor?

—Digamos que, desde hace algún tiempo leo más, también gracias a nuestra amiga en común.

—Mire, señor, le voy a regalar otra reflexión que esta sí que viene como anillo al dedo: Cuando crees que conoces a alguien, la mayor sorpresa es darse cuenta de que a quién conocías ya pertenecía a tu círculo.

—Es usted un pozo de sabiduría, Bob.

—Señor, ya sabe; soy más de oír, ver y callar, pero de vez en cuando, me gusta aconsejar. Disfrute de la copa y si me lo permite, más tarde, le daré una nota en donde podrá preguntar por algunos objetos similares a los que busca para su museo. —Se dio la vuelta para seguir con sus obligaciones.

Yo proseguí con la revisión de los papeles mientras disfrutaba del combinado. Estaba distraído con mis cosas cuando en la mesa de al lado escuché:

—Hola, ¿eres Centinela?

—Sí, y tú debes de ser Orión.

—¡Correcto! —Se dieron dos besos y comenzaron a entablar conversación.

No pude evitar sonreír al recordar mi primera cita con Cenicienta; su cara, sus ojos, su sonrisa cariñosa y agradable como pocas. Mi boca aún mantenía unos labios sonriendo, al parecer, ese tipo de citas eran comunes en aquel lugar. Una vez que terminé la copa me aproximé a la barra.

—Cóbreme, por favor, Bob.

—Esta copa está pagada, señor Random.

—Ah, ¿sí? ¿Quién la pagó?

—Está usted invitado.

—¿Puedo saber por quién? —Bob se me quedó mirando y pensando—. Dígamelo, ¡que me tiene sobre ascuas!

—Verá, señor, se lo voy a decir a mi manera, si me lo permite, aunque tal vez no

debería… Si alguien te regala algo, no es de ser cortés discutir y valorar lo que envuelve, tan solo hay que disfrutarlo.

—Pues gracias, por esta invitación incógnita, por la persona que haya querido tener ese detalle conmigo y, sobre todo, por su sabio consejo.

—Gracias a usted, señor Random. Espere..., tenga —me pasó un trozo de papel con una dirección escrita en ruso y un número de teléfono—, ahí quizá pueda encontrar lo que busca.

—Gracias, Bob. —Le regalé una sonrisa amistosa—. Por cierto, ¿sabemos algo más de nuestra amiga en común? Ya que su evasiva y su adivinanza de antes nos ha cortado ese momento de posible aclaración.

—Solo sé que estará fuera por unos días, pero presiento que usted ya lo sabe. —Me guiñó el ojo.

—Bueno, sí, algo sabía, pero como usted sabe tanto… —Lancé esa indirecta por si me contaba algo más.

—Imagino que más pronto que tarde, la tendremos de vuelta, además dejó pagadas un par de copas más por si usted volvía por aquí.

—¡Vaya, Bob, por fin sé quién me ha invitado!

—No, señor Random.

—¿No, qué, Bob?

—Esta copa en concreto, es una invitación mía y saldrá de mi sueldo.

—No sé si debería permitir esta invitación, y que se lo descuenten a usted.

—Señor, espero que no le parezca mal, pero esté tranquilo, sale de nuestras propinas, las podemos destinar a lo que buenamente precisemos. —Me alejé un poco de la barra y me quedé como parado y extrañado—. ¿Qué le ocurre? Tranquilo, ella de vez en cuando viene por aquí y me pidió ese favor.

—Bob, ¡es usted una caja de sorpresas!

—¿Quiere llevarse otro pensamiento, señor? —La barra estaba vacía y podía dedicarme unos segundos más.

—Claro que sí. Creo que sus reflexiones las recordaré toda la vida.

—En ocasiones a las personas se las juzga por el color o por la edad, sin embargo, los hechos son los que solamente deberían ser juzgados, el resto, solo son suposiciones.

—Bob, quizá algún día me apunte en servilletas de papel o en alguna libreta, todos estos consejos o pensamientos y hagamos un libro.

—Quizá nuestra amiga en común sepa trasladarlos a un libro mejor que usted y yo.

Asentí con la cabeza y pensando en que Bob tenía razón.

—Cierto, amigo. En fin, me marcho ya, como siempre, un placer charlar con usted y gracias por todo.

—A usted, señor Random.

Desaparecí del Café 101 sin mirar atrás. Al llegar a casa Cascabel salió a recibirme.

—Hola, amiga, ¿qué tal tu día?

—Miauuu —dejó ir la gata.

Dejé las llaves encima del mueble del recibidor y miré al frente, allí estaba aquel cuadro de la mujer que ahora rondaba por mi cabeza, le sonreí y me fui a la habitación a ponerme cómodo, según salía de la misma sonó el móvil, al abrir la tapa pude ver que era Eli.

—¡Hola, hermanísima!

—¿Vendrás a comer el jueves?

—Claro, Eli, ese *roast beef* no me lo pierdo por nada del mundo. Conseguiste que la

receta de mamá ahora esté en tus manos y es como si lo cocinara ella…

—Bueno, voy a bañar a Ruth... «Un beso tío Randy» —se escuchó a lo lejos— Te dejo hermanito, ya la has oído, te manda besos.

Colgué el móvil y me preparé algo ligero de cena, la gata andaba metiéndose entre mis piernas, me senté en el sofá cómodamente y elevé la mesa pequeña de centro, tenía unas palancas las cuales al activarlas, subía un palmo más y se reclinaba hacia el sofá, de esa manera era más fácil comer lo que tuvieras sobre ella. Puse los papeles a un lado de dicha mesa y les iba dando un vistazo. Cuando estaba acabando de cenar me acordé de la nota que me había dado Bob. Cogí el plato para dejarlo en el fregadero y dejé ir un poco de agua con el fin de que el resto de la comida no se quedara reseca. Fui al dormitorio en busca del pantalón y saqué del bolsillo derecho la nota que me había suministrado Bob. En ella había una dirección de Ekaterimburgo, un poco más abajo ponía: «Preguntar por Pavel». Me quedé extrañado, pues era curioso que precisamente Bob tuviera conocimiento del paradero de algún huevo imperial desaparecido, pero no quise darle más importancia, aunque quizá la tenía y tampoco era malo tenerlo en cuenta. Agarré el portátil y ubiqué la dirección del papel. Su edificio era algo antiguo, no más de tres metros de anchura, con pequeños objetos muy antiguos en sus dos escaparates, parecía que llevaba toda la vida ahí aquella fachada. Era extraña y original a la vez; mantenía un equilibrio entre lo paranormal y lo curioso, por encima de la puerta había un letrero en el cual se podía leer: «*Shest´desyat pyat´*[9]». Guardé el *link* en el portátil y me fui al baño a lavarme los dientes, no sin antes meter dicha nota en el dossier de Rusia.

—Miauuu.

—¿Qué te ocurre, pequeña? ¿Echas de menos a alguien?

—Miauuu.

—Ah, ya te entiendo, quizá a la pequeña que te hace volar por los aires, ¿eh? A esa brujilla…

—Miauuu. —De su garganta salía un carraspeo típico de los felinos cuando quieren decir algo a su manera.

Apagué la luz del baño, me dirigí al dormitorio y me tumbé en la cama, Cascabel tenía la suya en el suelo al lado de la mía.

—Buenas noches.

—Miauuu.

Acostado bocarriba dejé divagar mi mente: «¿Qué estará haciendo ella ahora? ¿Se acordará de mí? Quizá ya no…, ella tiene su vida, su mundo... Su sonrisa me embauca, tiene algo especial que no soy capaz de quitármela de la cabeza». Seguía pensando en silencio: «Qué curioso que la primera vez que la llevé a casa de mi hermana fuese tan bonita esa tarde, incluso lo bien que congenió con Ruth. Y Morty, ¡qué majo es! Ahora que pienso, ¿qué habrá pensado él de mí? Natasha dijo que si me miraba a los ojos sabría si estamos hechos el uno para el otro… ¡Qué tonterías estoy pensado yo solo, madre mía, Random, estás fatal!» Se me escapó una sonora carcajada rompiendo el silencio que imperaba en el dormitorio, eso no impidió que siguiera absorto en mis pensamientos: «Quizá la otra noche debería haberla llevado yo a su casa y por el camino intimar un poco más… Hubiera sido lo más educado ¿Cómo no pensaste en ello, Randy? En fin, qué tonterías me estoy diciendo a mí mismo, si viven juntos, ¿qué lógica tendría hacer eso? ¡Me estoy emparanoiando! O quizá me hago mayor…» Sonreí y cerré los ojos e irónicamente dejé ir de mis labios en voz alta:

—Buenas noches, Cenicienta.

Al otro lado del mundo, el reloj marcaba las tres de la madrugada. Natasha ya hacía rato

que había disfrutado de una cena con su abuela, ella estaba en su habitación delante de su portátil escribiendo parte de su siguiente novela, aunque tenía la cabeza en más sitios, se quedó algo distraída incluso casi perdida. Miró hacia la ventana y a través de ella observó el cielo; se quedó como mirando los posibles angelitos. Estaba tan abstraída que casi no se daba cuenta que en su teléfono parpadeaba su linterna, lo cogió para ver el mensaje que le había llegado, automáticamente se le dibujó una sonrisa en sus labios:

«Hola, cariño, llegaremos la semana que viene, espero que puedas venir a recogernos. Besos de Alona y míos».

Ella sonrió y pensó qué poner, finalmente se decidió a contestar:

«¡Besos, Bob. Ni lo dudes que voy a buscaros, la abuela Tatiana ya me lo recuerda cada día!»

Le dio a enviar y esperó unos segundos, pero como vio que no volvía ningún SMS más, decidió tumbarse en la cama mirando al techo y se quedó pensando: «¿Qué estará haciendo Random? ¿Y Ruth? Bueno, ¡y todos! ¿Se acordarán de mí?» Se dio media vuelta en la cama acomodándose para intentar dormirse, pero de nuevo su mente se dejó arrastrar por los recuerdos: «Qué bonita fue la cita y la tarde en casa de Elisabeth. ¡Son todos maravillosos! Y la pequeña Ruth…, está como bien dice Randy: "¡Para comérsela!" ¿Qué estará haciendo él? ¿Se acordará de mí? ¿Realmente le gustaré tanto como para perder algo de su tiempo para pasarlo junto a mí? Tal vez mi príncipe azul podría ser él…, y el miedo a enamorarme no me permita avanzar. Es galante, guapo, de sonrisa bonita y tan cariñoso…

—¡Ayyy…! —Se le escapó un suspiro y susurró—: Buenas noches, Romeo.

Al día siguiente me dediqué a ir de un lado a otro en Londres visitando los lugares que ya tenía acordados previamente, esa semana estaba siendo muy intensa y en pocos días tenía el famoso viaje a París.

Durante esa mañana, me encontraba por la zona del Café 101. Por las mañanas en dicho local preparaban unos suculentos desayunos basados en café con leche y *brownie* de chocolate, según me habían comentado. Entré y busqué una mesa.

—Buenos días, señor Random.

—¡Ostras, Bob! ¿Usted también trabaja por las mañanas?

—Bueno, señor, vengo las horas más fuertes de mañana y de tarde, uno ya está hecho a esto y en casa me aburro, aunque mi esposa me insiste en que me jubile ya.

—Usted es joven, todavía.

—¿Me permite usted un pensamiento?

—Adelante, Bob.

—No crea usted todo lo que ve, en ocasiones, las apariencias engañan. Parezco más joven de lo que soy, señor, pero acepto su cumplido.

—Es usted un erudito, Bob —Él me miró y sonrió.

—¿Qué desea tomar?

—Llámeme Random, por favor.

—Como usted prefiera. ¿Qué desea desayunar, Random?

—¿Qué me aconseja, Bob? Aunque me han chivado que el café con leche y el brownie de chocolate son deliciosos.

—Cierto, le han aconsejado bien. Ahora mismo se lo traigo. ¡Marchando un London Bridge, para la mesa siete! —gritó a la cocina.

Disculpe, Bob, ¿a qué se debe ese nombre?

—Pues verá usted, el cocinero vive por allí, una mañana que se sentía inspirado en su

casa, se le ocurrió preparar la receta de ese bizcocho que había leído en una revista para su familia, les gustó tanto, que cuando querían que repitiera la receta no tenían nombre, así que su mujer decidió bautizarlo London Bridge en honor al lugar de donde salió. Eso es todo.

—Curiosa anécdota, Bob.

—Mire, ya está preparado en la barra, voy a por él. —Colocó todo en una bandeja y lo acercó a la mesa siete—. Aquí tiene usted su desayuno, señor.

—¡Mmm…Tiene buena pinta!

—Pues sabe mejor, Random.

Mientras me deleitaba con el desayuno saqué mi carpeta de anotaciones y revisé las citas que tenía pendientes, cuando estaba acabando, me di cuenta de que un par de mesas más allá, hacia la barra, había una ancianita que se levantaba de la mesa como podía, sus largos años no le permitían estar más fuerte. Puso su bolso sobre la mesa y empezó a buscar monedas; sacó casi todo lo que llevaba dentro para procurar juntar lo que buenamente debería costar aquel desayuno, pero buscaba y rebuscaba sin encontrar al parecer, el dinero suficiente. No sé por qué, pero no pude evitar mirarla fijamente, aunque ella no me viera. Su ropa no era de esta temporada, tal vez tuviera algunos años menos que ella, pero no mucho más; aunque se le veía educada y cariñosa por su mirada, y por su forma de moverse. Miré a Bob desde mi mesa, instintivamente, le hice una señal para darle a entender que no cobrara a la anciana, él asintió con la cabeza rápidamente. Al llegar la mujer a la barra comenzó a buscar monedas para ver si tenía más suerte y encontraba alguna más, imagino que, para poder cubrir todo el gasto, Bob que se dio cuenta le habló. No sé qué dialogaron, ya que estaban a una distancia de la que no me llegaba el sonido, pero sí que pude ver cómo Bob le hacía un gesto de que no tenía que pagar nada. Me di cuenta de que la señora se giró y me envió una sonrisa que hubiera pagado porque fuera la de mi abuela. La mujer salió de allí, no sin antes saludarme educadamente desde de la puerta con un pañuelo que llevaba entre las manos. Bob le abrió la puerta y al salir la cerró, se dirigió hacia mí y me preguntó:

—¿Todo bien, Random?

—Sí, Bob, todo perfecto.

—Por cierto, esa señora es buena gente.

—Lo imagino, me causó esa sensación.

—¿Por qué lo hizo?

—No lo sé, en ocasiones las cosas se hacen sin más. ¿Puedo preguntarle algo?

—Dispare usted.

—¿Conoce usted a esa señora?

—Bueno, un poco de oídas. Esa buena mujer, en un pasado fue una gran dama. Era poseedora de un alto estatus tanto económico como social; se codeaba con las personas más adineradas de Londres, pero la casualidad, quizá su buena voluntad, o la mala gestión de sus hijos, le ha hecho verse como está hoy en día, aunque tiene para vivir, pero hay meses que le son más difíciles de llegar a todo…

Interrumpí a Bob educadamente para decir:

—No se preocupe, amigo, no suelo juzgar a nadie a primera vista.

—Lo sé —respondió Bob—, pero quería que supiera eso, ella es alguien de buen corazón.

Entonces se me ocurrió una idea y se la expuse a Bob.

—Si algún día viene y le vuelve a ocurrir lo mismo, tenga usted la delicadeza de no cogerle el dinero y cuando yo pase por aquí de nuevo, saldo sus cuentas.

—Tranquilo, Random, y gracias. De todas maneras, esa mujer siempre tendrá las puertas

de nuestra casa abiertas, ella es historia en este lugar. Pero agradecido por su buen hacer, señor.

—¿Sabe lo que pasa, Bob? Creo que, últimamente, mis decisiones las marca la casualidad.

—Será por algo, señor.

—Seguro que sí, desde que alguien me tocó el corazón hace poco, mis sentimientos están volviendo al lugar de donde no deberían haberse ido nunca.

—¿Quiere un consejo? No permita que nunca más le cambien, no sé cómo era el Random de antes, yo le he conocido así, como está siendo hoy, y me quedo con este.

—¡Gracias, Bob! Pero no supe darme cuenta de que mi realidad no era real. Pasaron cosas en mi vida que creí que tenía controladas, pero un par de golpes de la vida me habían trastocado esa realidad.

Me puse de pie para marcharme de aquel lugar, Bob se acercó un poco a mí para musitarme:

—No se aleje, por favor, del camino por el que ahora camina.

—Eso procuraré, Bob.

Me acerqué a la barra y le dejé sobre el platillo el dinero de los dos tiques. Me giré y él aprovechó para decirme:

—¿Puedo regalarle un proverbio hindú?

—Claro, Bob, ¿cómo no?

—No es de mi cosecha ni de mi santa madre; es de Rabindranath Tagore, lo leí en una ocasión y dice así: «Si lloras porque no puedes ver el sol, las lágrimas no te dejarán ver las estrellas».

—Bonito y sabio proverbio. Gracias, Bob. Procuraré nunca más salirme de mi camino. Y usted, recuerde, si esa gran dama vuelve, hágale una cuenta a mi nombre.

—Guarde cuidado, Random. Marche tranquilo.

Me giré y salí por la puerta con una sonrisa de aquellas que te es imposible no ver el mundo de mejor manera.

A casi cinco mil kilómetros de distancia de Londres, Natasha se encontraba desayunando con su abuela Tatiana en Degtyarsk, una pequeña ciudad a unos treinta y cinco o cuarenta kilómetros al oeste de Ekaterimburgo.

—Nat, cariño, acércame ese paquete.

—Voy, abuela. ¿Qué es?

—Una cosa para ti, vida. Ábrelo a ver si te gusta.

—¡Es una manta! ¿La has hecho tú?

—Bueno, ayudé a tu madre a confeccionarla. ¿Sabes qué quiere decir esa manta, Natasha?

—Dime, abuela.

—Pues verás, esa manta te la vas a llevar contigo a Londres, para que te proteja de las malas energías y para que la compartas con la persona que vaya a ser el padre de tus hijos. —Natasha la miró y seguidamente se abrazó a ella.

—¡Gracias, abuela! Eso de momento tardará, pero cualquier cosa tuya y de mamá, las guardaré para toda la vida.

—Bueno, mi niña, y hablando de todo un poco, ¿cómo van los amoríos? —Ella se encogió de hombros en señal de no querer dar mucha importancia a la pregunta, pero su tímida sonrisa la delató—. ¡Uy, uy! —recalcó la abuela—. Esos hoyuelos que te salen en las mejillas

son como los de tu madre. ¿Quién es? ¿Lo conozco?

—¿A quién?

—¿A quién va a ser, cariño? Al mozo que te saca esa sonrisa de niña.

—Es un amigo, abuelita querida, solo eso, aunque… ¡Es guapo, cariñoso y tiene una familia maravillosa!

—¿Ves tú? Ya sabemos algo más, niña —las dos se rieron—. Por cierto, cariño, tu última novela me ha encantado, gracias por esa lucha tuya por las mujeres, y que al final hagas hincapié en tu abuela. O sea: yo. ¡Es bonito de leer!

—Abuela, lo que está escrito ahí, es la verdad.

—Lo sé, hija, lo sé. Siempre fuiste una buena estudiante, todavía guardo por ahí pequeños capítulos tuyos de novelas empezadas sin acabar, que, cuando me junto con las chicas a jugar al bingo les hago mención sobre ti. —Natasha la miró y le sonrió—. ¿Quieres que mañana vayamos al cementerio?

—Mejor pasado mañana, abuela, aún no estoy preparada. Mañana si no te importa, lo pasamos aquí, me da paz verte tejer mientras yo escribo.

—Muy bien, cariño, no tenemos prisa. Recuerda que la semana que viene tendrás que ir a recoger al aeropuerto a Bob y a Alona.

—Lo recuerdo, abuela, ayer nos mandamos unos mensajes, pero no se sí quedarán aquí, o en casa de la prima de Alona.

—Bueno, niña, tú vas a buscarlos y ya después decidirán dónde se quedan.

¿Qué vas a hacer con tu vida?

Capítulo Nº 12 - Rutinas

Era jueves y sonó el timbre de la casa de Elisabeth.

—¡Voy yo, mamá! —gritó Ruth. Abrió la puerta del jardín desde el portero automático.

—Será el tío —apostilló su madre.

Mi princesa abrió la puerta de la casa y mientras me aproximaba por el jardín, ella tomó carrerilla para tomar impulso, de un salto, se me colgó al cuello. Rápidamente buscó en los bolsillos de mi chaqueta.

—¡Eh, señorita! Eso es para después, ¿eh? Que si no, tu madre nos regañará a los dos.

Al llegar a la cocina senté a la pequeña sobre el mármol y me acerqué a besar a Elisabeth.

—¡Ruth, eso ahora no! —Eli llamó la atención a la pequeña, que tenía en sus manos unas chocolatinas que yo le había traído y no paraba de darles vueltas.

—Lo sé, mami —dijo a regañadientes deseosa de comerse una.

—Venga, Ruth, vamos a poner la mesa —le dije.

—Llévate el agua, Randy.

—Voy. ¿Y mi cuñado, por dónde anda?

—Scott, está fuera, en Berlín creo, esta noche vuelve.

—Ah, perfecto. Hermanita, he visto cuadros nuevos…

—Ah, sí, es que vino Mortimer a traérmelos.

—¿Eh? ¿Y eso?

—Ya te lo dije, ¿no?

—Pues juraría que no, hermana.

—Que síií, Randy, ¡hay que ver cómo sois los hombres! ¡Os olvidáis de todo rápidamente! Es que quiere hacer unas fotos para una revista, y como le gustó la casa pensó que después de hacer las fotos los dejaba aquí unos días, y ahí están.

—¡Ostras!

—¿Qué te pasa, Randy?

—Nada, nada.

—Es que me llamó por teléfono para venir a hacer las fotos y le dije que sí.

—¿Tienes su teléfono?

—Claro, y el de Natasha. —Me di cuenta en ese momento, de que se lo podía haber pedido el día de la barbacoa. «¡Qué fallo!» Pensé, pero inmediatamente, me di cuenta de que ella también me lo podía haber pedido a mí, o incluso haberme dado el suyo—. ¿Es que tú no lo tienes?

—Pues no, la verdad es que no caí en pedírselo…

—Después te lo paso. Venga, vamos a comer! ¿Sabes qué?

—Dime, hermana.

—Estoy pensando en que los dos, ahora, tenemos cuadros de Mortimer.

Al acabar la frase me guiñó un ojo. El resto de la comida fue en una sintonía muy familiar, como solía ocurrir.

Lo que Random en ese momento ignoraba es que Mortimer ya se encontraba atareado pintando un cuadro que en un tiempo no muy lejano le iba a dar una gran alegría a su familia. Dicho cuadro se colgaría en la casa de Elisabeth y Scott, sobre la chimenea. Los dos hermanos

íban a estar inmortalizados para siempre por aquellas manos prodigiosas de la pintura, según Walter, a quien Morty consideraba su posible cuñado.

—¿Llevas a tu sobrina al cole?

—Claro que sí.

—¿Puedo ir delante, tío Randy?

—No deberías, señorita, cualquier día el policía que se pone habitualmente en la puerta nos va a pillar y nos multará.

—¡Jooo! Si está en la puerta, me paso corriendo detrás, ¿vale?

—Vale, pequeña, pero porque está lloviendo y vamos con la capota echada, sino, ya sabes que deberías de ir detrás. —Le guiñé un ojo cómplice.

—Cualquier día tendremos un problema por culpa del tío y la niña —masculló Eli. Los dos la miramos sin que ella se diera cuenta y le pusimos caras raras de risa—. Os estoy viendo por el rabillo del ojo. ¡A los dos! —Los tres nos reímos cariñosamente.

—¡Qué día te vas?

—El lunes. Estaré dos semanas fuera, en París. Recordad que tenéis que ir a ver a Cascabel día sí y día no, ¿vale? Aunque Zuleima irá dos días a la semana, así recoge el correo y controla que todo esté bien.

—Sí, sí, tranquilo —respondió Elisabeth.

—Tío Randy, ¿nos la podemos traer un par de días a casa?

—Bueno, por mí, sí. Si mamá está de acuerdo. —Miramos a Eli y pusimos carita de lástima.

—¿Ya estáis los dos haciéndome pucheros y chantaje emocional?

—¡Por favor, mamá! Porfi…, porfi…

—Vale, pero con una condición.

—¡A la orden, mamá! —respondió la niña esperando a que su madre le informara.

—Que duerma en el garaje, y que los deberes estén hechos lo primero cada tarde, antes de jugar con la gata.

—¡Vale!

—Si quieres, Randy, el domingo te vienes a dormir a casa, te traes ya a Cascabel, y sales de aquí.

—Buena idea, Eli, por la tarde prepararé las maletas y me traeré a Cascabel en su trasportín y sus cosas.

—Pues no se diga más. ¿Quieres un café *latte* frío?

—Me vendría genial, hermanita. —Eli sacó de la nevera el envase del preparado y lo puso sobre la mesa de la cocina.

—¡Lo bato yo, tío!

—*OK*, princesa.

Lo agarró y comenzó a moverlo de arriba abajo, después de varias batidas le quitó el precinto con cuidado, le puso de nuevo la tapa, la cual llevaba una ranura para beber por ahí.

—Mami, ¿puedo darle un sorbo?

Eli la miró y dijo:

—Pero uno pequeñito. Y luego a lavarse los dientes, señorita.

Le dio un sorbo y salió corriendo hacia el baño, cuando volvió yo ya estaba esperándola.

—¡Va, al cole tú, y usted, señor hermano, a trabajar! Que me tenéis estresada entre tío y sobrina. —Al mirarnos suspiró—: Pero ¿qué sería de mí sin vosotros…?

Me di cuenta inmediatamente que en ese momento la melancolía invadió la cara de mi

hermana. Miré a Ruth y le dije:

—¡Abrazo de oso ya! ¡Urgente! —Nos abalanzamos los dos sobre ella y la envolvimos con un gran abrazo fraternal y lleno de energía positiva.

—¡Mmm, qué subidón! Voy a tener que pediros más abrazos de estos —se rio—. Venga, iros ya pesadosss, que tengo trabajo en el despacho.

—¿Qué tienes hoy?

—Tengo que preparar la defensa de una empresa sobre malversación de fondos.

—Muy bien, señora abogada, pues si no hay novedad, nos vemos el domingo en la noche. Ah, recuerda ir de vez en cuando por casa a darle una vuelta a Cascabel, Eli.

—Tranquilo, que iré, pero pensándolo mejor, nos la podrías dejar aquí los días que estés fuera, si no te parece mal, aunque eso no quita que igualmente pase por allí a dar un vistazo.

—¡Yupiiiii! —aplaudió la pequeña.

—Me parece perfecto, Eli, y Ruth, ya veo que está encantada.

Para despedirme iba a besar a mi hermana juntando mejilla con mejilla como solía hacer y entonces recordé lo que Nat me había dicho; acerqué mis labios a la mejilla de Eli y la besé.

—¡Guauuu! Me encanta esa forma de despedida, guapo.

—*Au revoir, soeur!* —Adiós, hermana, le dije chapurreando en francés entrenando mi acento para el viaje de París.

—*Bye* Randy, hasta el domingo.

Ruth ya había salido eufórica hacia el auto.

—Déjame el mando tío, que yo abro.

—Tenga usted, señorita.

Le dio al botón, abrió la puerta y se sentó, me devolvió las llaves y me dijo risueña:

—Cinturón, señorito Randy.

—Así me gusta, señorita. ¿Pongo música?

—Sí —respondió ella con la alegría que la caracterizaba.

—¿Cuál quieres?

—La que tú quieras.

Debido a que en muchas ocasiones viajaba con la niña ya iba preparado, inserté un CD de Barry White, mi cantante favorito, y la melodía salió por los altavoces. Comenzamos a cantar y a chasquear los dedos; éramos dos personajes atrapados por la música.

Ese día no estaba el *bobbie*[10] en la puerta todavía, así que Ruth no se tuvo que cambiar de asiento. Al llegar, paré en doble fila y me bajé para abrirle la puerta.

—Venga, señorita, para adentro, que yo te vea.

—*Bye bye*! ¡Hasta el domingo! Y dile a Cascabel que se quedará en mi casa.

—Tranquila, cariño. ¿Abrazo de oso?

—Síii.

Nos abrazamos fuertemente y se adentró en el colegio. Esperé hasta que la vi entrar. Me subí al coche y me quedé pensativo: «Parece mi hija, ojalá algún día tenga a alguien como ella a quién enseñar y a la que cuidar en la vida». Puse en marcha el motor y me alejé hacia mi trabajo.

Al llegar al museo, Walter me recordó todo lo que tenía que procurar traer del viaje.

—Recuerda que el viernes tenemos partida de bridge con los chicos, el sábado por la tarde, tú y yo partido de bádminton, que estos cuerpos tenemos que mantenerlos en forma ja, ja, ja, y luego cenamos en casa. Ah, también vendrán tu hermana, tu cuñado y Ruth.

—No lo sabía, no me ha dicho nada mi hermana hoy…

—Se le habrá pasado, amigo.

—*OK*, no pasa nada —respondí—, seguramente.

—¿Hoy vas a Trafalgar Square?

—Sí, ¿por?

—¿Podrías entregar estos documentos que me urgen junto a los Reales Tribunales de Justicia?

—Sin problema. Mira, me acerco de camino; puedo aparcar el coche en el *parking* que hay al lado.

Walter me entregó un sobre marrón.

—No hace falta, Random, donde vas, tienen propio.

—Ah, mira qué bien, voy a mi despacho a por mis cosas y me voy para allí.

—Vale. Recuerda lo de mañana y el sábado.

—¡Que sí, pesadooo! —Ambos nos reímos.

Al llegar a la zona donde debía de acudir, aparqué el coche y antes de ir a mi destino, me di primero una vuelta por el edificio donde trabajaba Natasha. Sabía que ella se encontraba en su país, pero me picaba la curiosidad; subí las escaleras y al llegar arriba el guardia de seguridad me preguntó:

—Buenas tardes, señor. ¿ Adónde va?

—Buenas tardes. Venía a ver si saben cuándo vuelve la señorita Natasha Ivanova.

—Eso es asunto reservado, señor, esa información no se la puedo dar.

—*OK*, lo entiendo, no pasa nada. —Me quedé algo cabizbajo y pensativo, me iba a ir cuando una voz me sacó de mi mundo.

—Disculpe, señor Random, él no puede —dijo señalando con la cabeza al guardia de seguridad—, pero yo, sí le puedo decir algo más sobre ella.

Levanté la mirada y me encontré a Bob.

—Usted… ¿Qué hace aquí? ¡No me diga que los consejos de su madre se los envían a este lugar!

Él me contestó sonriendo:

—No es eso, señor Random, lo que ocurre es que mi mujer trabaja aquí y colabora de vez en cuando con la señorita Natasha.

—¡Ostras! —respondí sorprendido.

—Vayamos afuera, esta información es mejor que solo la oiga usted. —Nos encaminamos hacia la puerta y fuimos bajando las escaleras.

Bob me dijo que Natasha estaría fuera varias semanas por temas de su abuela, que tenía que volver, pero que aún no sabía la fecha. Me quedé mirándolo y tan solo pude mascullar:

—Bob, si ahora me pinchasen, no me saldría sangre. Estoy helado y algo despistado. ¡Al final conoce usted mejor que yo a mi cita!

—El mundo es un pañuelo, señor Random. Escuche una cosa; como decía mi santa madre: «En ocasiones las cosas no son lo que parecen, aunque lo parezcan». Yo le aconsejo que pase una tarde por el Café 101. —Se aproximó a mí, como para que nadie más le oyera—: Dicen que hacen unos combinados muy originales, es más, señor, hay días en que dos personas se conocen y marcan su vida para el resto.

—¿Eso, también es de su madre?

—Ja, ja, ja —se rio Bob entre dientes, acostumbrado a no desviar su temple británico requerido en su trabajo—. No, esa última recomendación es mía completamente, pero me imagino que la costumbre de regalar consejos, ya me marca mi día a día. Pásese por allí cuando pueda y le daré alguna dirección más de colegas míos que guardan reliquias.

—Pues seguramente le haré caso, Bob, quizá me acerque el viernes.

—Allí estaré, aunque el lunes que viene marcho fuera un par de semanas. ¡Ah, y guarde usted cuidado por París!

—¡Eh! ¿Cómo lo sabe?

—¿El qué, señor?

—Lo de París...

—Ah, no sé. Imagino que usted lo diría durante la conversación.

—¿Usted cree?

—Claro, señor, no se habrá dado cuenta.

—A lo mejor, Bob. Seguramente debo de tener la cabeza en más sitios.

—No se preocupe, Random, ella volverá. —Él me miró y me regaló una sonrisa—. Tenga en cuenta que yo marcho también unos días fuera. Vamos al país de mi esposa, Rusia; en concreto, a Ekaterimburgo, su ciudad natal.

—Pues que lo disfruten, Bob.

—Gracias, eso espero, señor.

—Ojalá coincidan con Natasha, allá a donde van.

—Quizá. De todas maneras, es un viaje por temas familiares, su país me lo ha dado casi todo, señor. Pero si viera a Natasha, por aquellas casualidades de la vida, ¿quiere que le diga algo de su parte?

—¡Puff…! Ahora mismo, no sé, con que usted sepa que está bien y me lo haga saber a su vuelta, ya me valdría. Confío mucho en usted. Aunque…, pensándolo bien, sí que hay algo que sí me gustaría que le dijera, si la ve.

—Dispare usted, Random.

—Dígale que no me importa la edad, que la persona que tenemos dentro de cada uno es lo que cuenta, y que la estaré esperando, ya sabe usted dónde.

Bob escuchó atentamente mis palabras y me anunció:

—Ahora, si me disculpa tengo que ir a trabajar.

—Sí, sí, claro. Discúlpeme, Bob, quizá lo entretuve más de lo que usted pudiera pararse.

—Tranquilo, señor Random, ya sabe, si le apetece un combinado y algo de charla ya conoce dónde estaré hasta el viernes. —Me alargó su mano y estrechándomela nos despedimos.

Retomé el camino hacia el lugar donde debía hacer unas gestiones. Entregué documentos en un par de oficinas más y cuando acabé me dirigí hacia mi casa, esa noche la terminé entre la felina y los recuerdos de la conversación que tuve con Bob.

El viernes Walter y yo, después de salir del trabajo nos trasladamos a la zona de Covent Garden. Llegamos a las seis en punto. Una vez al mes nos juntábamos en una cafetería con un grupo de amigos comunes para jugar unas partidas de bridge que solían durar un par de horas. A eso de las ocho de la noche comenzaron a llegar algunas de las esposas y parejas de los allí presentes, para ir a cenar a alguna de las terrazas típicas del lugar aprovechando que se aproximaba el verano y la ocasión era propicia. Estuvimos cenando en plan de picoteo, la cena fue amena y divertida, Walter y yo esa noche habíamos ganado las rondas de bridge a nuestros contrincantes; estábamos eufóricos, pues en las últimas quedadas no habíamos conseguido hacernos con la victoria, pero esa noche, el azar estuvo de nuestro lado. Esas partidas eran una afición y a la vez servían de excusa para juntarnos los amigos y amigas, pues por nuestros diversos trabajos y quehaceres cotidianos, nos veíamos menos de lo que nos gustaría. Contrariamente a lo que normalmente está estipulado, quien pierde paga algo, en nuestro grupo

lo que solíamos hacer es que la pareja ganadora debía hacer algo que previamente hubiéramos decidido. Esa noche, minutos antes de la partida acordamos que los ganadores después de cenar pagarían un par de rondas en algún *pub* cercano. Pero esa noche a mí no me apetecía quedarme, me sentía raro; quizá por el hecho de ver a la mayoría de mis amigos casados o emparejados, cosa que hasta ahora no me había afectado, o tal vez por el hecho de tener que viajar a París…

—Amigas y amigos, la compañía es muy grata pero no os voy a acompañar esta noche

—¡Oh, vaya, Random! ¿Cómo nos vas a dejar, si eres el alma de la fiesta? —dijo uno de los allí presentes.

—Amigo, ¿te ocurre algo? —me preguntó Walter.

—¡Nooo! Solo que me apetece irme a casa a descansar, mañana quiero dejar algunas cosas preparadas para el viaje. Toma —saqué de mi cartera dos billetes—. Paga la ronda que me pertenece.

—No es necesario, Randy, las pago yo y en la próxima quedada ya las pagarás tú.

—Nada de eso, Walter, esas son nuestras reglas del juego. Pagas mi ronda y la otra la pagas tú.

—¡Sus deseos son órdenes! —Walter se llevó la palma de su mano derecha a la frente, como saludando al estilo militar.

—Ja, ja, ja, anda, canalla, deja que me vaya.

—Random, ¿te vas? —Se me agarró Betty al brazo para retenerme—. Andaaa, vente a tomarnos unas copas y a bailar un rato que mañana no trabajo y ¡la noche es joven!

—No me enredes, Betty, que como me quede, al final seré yo el que cierre el local, ja, ja, ja. —Le di un beso en la mejilla para despedirme y luego hice lo mismo con el resto del grupo—. ¡Hasta la próxima partida, amigos!

Me marché caminando hacia la estación de metro para ir a casa, pero mientras iba disfrutando de la noche y contemplando las estrellas que pocas veces se hacían visibles; esa noche parecía especial. Pensaba en mis cosas, cuando me vino a la mente la conversación del día anterior con Bob. Entonces decidí cambiar el rumbo y pasar por el Café 101.

—Buenas noches, señor Random. ¿Quiere su mesa?

—Sin problemas, Bob, si está libre acepto la oferta, sino, otra.

—Siéntese y ahora voy. ¿Le llevo el combinado de siempre?

—Sí, por favor. —Me senté mirando hacia el famoso y majestuoso reloj, me sonó el móvil y al poco llegó el camarero.

—Aquí tiene su combinado, señor.

—Gracias, Bob.

—Le dejo también unos *snacks.* —Levanté el pulgar de mi mano dándole el *OK,* ya que me encontraba hablando por teléfono.

—Hola, Walter, ¿ocurre algo?

—No, amigo, es que Betty me insistió en que te llamara porque antes se le olvidó recordarte la cena de mañana en casa, y no te olvides que tenemos partido.

—Sí, sí, no te preocupes, colega, que allí estaré. ¿Llevamos los dos coches?

—No, te paso a buscar por tu casa si quieres, luego te vienes conmigo y después de la cena te puedes volver con tu hermana que te puede dejar de camino.

—Vale, no es mala idea.

—Pues entonces, hasta mañana, majo. Recuerda, te recojo a las cuatro.

—Tranquilo, no se me olvida.

—Bien, te dejo, que con esta música tan fuerte no me entero y Betty me reclama para

bailar. *Bye*!

—¡Divertiros mucho!

Cerré el móvil y me quedé contemplando abstraído la vida nocturna tras la ventana. Volví a abrir la tapa del terminal y preparé un mensaje de texto para mi hermana:

«Hola, hermanita. Recuerda que mañana cenamos en casa de Betty y Walter».

Al momento llegó otro:

«Hola, guapo, y tú recuerda que el domingo cenas y duermes en casa, tráete a Cascabel».

Me guardé el móvil y saboreé los últimos tragos del combinado, me levanté y me acerqué a la barra para pagar la copa.

—¿Se va usted ya?

—Sí, ya está bien por hoy, además la semana ha sido completita y dura, la verdad.

—¿Me permite una reflexión, señor?

—¡Claro, Bob, ya las echo de menos cuando no las oigo, ja, ja, ja!

—Pues mire usted, ahí va: Cuando uno piense que ya no puede más debe mirar al cielo y dar gracias por lo que tenemos. Hay personas que apenas tienen nada y son felices.

—Tiene usted razón, Bob, como siempre. Debería venir más a menudo para que usted me suba la moral. Por cierto, en unos pocos días no me verá por aquí.

—¿Estará en París muchos días?

—¿Cómo sabe lo de París, Bob?

—Me lo dijo el otro día, señor.

—Disculpe, no sé dónde tengo la cabeza, además, me parece ya hasta familiar; hablamos de nuestras cosas como si nos conociéramos de toda la vida.

—Yo estos días tampoco estaré por aquí, no sé si recuerda usted que esta noche es mi último día de trabajo, el lunes marchamos nosotros para Rusia.

—Sí, me lo dijo el otro día, por eso vine. ¿Le puedo pedir un favor?

—Claro, ¡dispare! Si está en mi mano, no habrá problema.

—Quisiera dejarle esta placa que pone Romeo, y si por aquellas casualidades de la vida usted viera a Natasha, se la haga llegar.

—¿Algo más, señor Random?

—No, solo eso, si no es molestia para ustedes.

—Seguramente, mi esposa no pondrá ninguna objeción a este tema, ella es muy familiar, además, sabiendo que es para la señorita Natasha no se negará. Estoy seguro de ello, ya sabe usted que en ocasiones colaboran juntas. —Hubo un pequeño silencio y Bob añadió—: Imagino que ya sabrá que en los alrededores del Louvre hay tiendas de anticuarios donde existen auténticas reliquias dignas de ser admiradas en cualquier prestigioso museo.

—Lo sé, Bob. Llevo algunas direcciones anotadas, pero tendré en cuenta su recomendación. ¡Es usted una fuente de información!

—Recuerdos de la juventud, y de matar el tiempo en ocasiones leyendo, solo eso.

—¿Qué le debo?

—Está usted invitado, señor.

—¿Y a quién debo el honor de dicha invitación? Más que nada, por devolver el cumplido algún día.

—Pues mire usted, hoy a esta le invito yo, ya que todos nos vamos unos días fuera, así quizá nos eche más de menos para la vuelta.

—Gracias, Bob, le debo una invitación, entre usted y Natasha no voy a dar abasto a la vuelta en devolver favores, ja, ja, ja, aunque eso para mí no es inconveniente; estaré encantado

de poder invitarles.

—Señor, a mí, sinceramente, me vale con que vuelva, y a la señorita Natasha, también. ¡Téngalo por seguro!

Nos despedimos con un apretón de manos y salí por la puerta camino a casa, no sin antes pensar durante el trayecto en todas las aportaciones que Bob me hacía.

Al día siguiente, me encontraba terminando de preparar la bolsa con la pala de pádel, el neceser, ropa interior limpia y la ropa que me pondría después de ducharme. Estaba repasando todo, cuando escuché el sonido de la llegada de un mensaje de texto en el móvil:

«Estoy abajo, amigo».

Mandé otro:

«Ya voy».

Cerré la puerta de casa y entré en el ascensor, al llegar al coche metí la bolsa detrás, Walter conducía el Jaguar, me subí y estreché la mano a mi amigo.

—¿Preparado para perder, colega? —me preguntó Walter con una sonrisa.

—Eso tú, ¿no? Porque te voy a hacer sudar como nunca. Ya avisaré a tu mujer para que te prepare hielo, amigo —nos reímos los dos.

Tomamos camino hacia el club donde Walter había encargado pista, ya íbamos los dos ataviados con ropa deportiva, de manera que dejamos las bolsas en sendas taquillas del vestuario y nos fuimos a la cancha. Comenzamos el partido tranquilos, pues íbamos sumando puntos de manera que, por uno gané el primer set. Hicimos una pequeña parada para beber agua y secarnos el sudor, ya que ambos somos bastante competitivos en el juego. Comenzamos de nuevo con la misma tónica de ir sumando tantos, cada set constaba de veintiún puntos, el segundo lo ganó Walter, después de más de una hora y media y varios empates y desempates. Estábamos a punto de terminar el tercer set que demarcaría quién de los dos sería el ganador, ya que íbamos empatados a sets 1/21. En este último íbamos 20/20 puntos, con lo cual, aquel que consiguiera el punto sería el ganador.

Lancé el volante con fuerza y determinación, este alcanzó una altura considerable; rodaba en el aire a tal velocidad, que Walter se dio cuenta que no iba a alcanzar a darle con su pala e iba a tocar el suelo, cuando de pronto gritó:

—¡Eh, falta!

—¿Cómo que falta, Walter?

—Sí, sí. Has levantado un pie antes de golpear el volante.

—¡Anda yaaa, si los tengo bien pegados al suelo! ¿Ya me estás tangando, colega?

—¿Yo? Si he visto cómo has levantado el pie izquierdo del suelo y eso es falta amigo, ja, ja, ja.

—¡Si es que siempre me la lías, canalla! Venga que lo lanzo de nuevo, que acabemos de una vez.

Walter se miró el reloj y dijo:

—¿Has visto la hora que es? Llevamos casi dos horas jugando y aún queda ducharnos y arreglarnos. Venga, Random, ¿lo dejamos en tablas?

—Venga, va —respondí, poniendo los ojos en blanco—, pero que conste, que era buena, ¿eh? Lo que pasa es que te haces mayor… —solté una carcajada.

—¿Tú quieres vino para cenar, amigo? —dijo Walter con el dedo señalándome directamente.

—¡Eso es chantaje!

Él como queriendo desviar la divertida coacción lanzada, me advirtió de manera jocosa:

—¡Y ahora, a la ducha, que en mi coche no te subes así de sudado! —Cogimos nuestras palas y mientras íbamos camino de las taquillas a guardarlas y coger cada uno nuestra ropa limpia, Walter me echó el brazo por el cuello—. Confiésalo, Randy, levantaste un pie, ja, ja, ja.

Mi respuesta fue soltarle un derechazo en el costado.

Una vez duchados y con olor a limpio, Walter condujo hacia su casa. Al llegar, dejamos las bolsas en la entrada y nos fuimos a la cocina, donde se encontraban todos. Ruth tomó carrerilla y se colgó de mi cuello. Nos saludaron todos y Betty preguntó:

—¿Quién ha ganado, chicos?

—Quedó en tablas… —se apresuró a contestar Walter, como el que no quiere.

—¡Eeeh, de eso nada amigo! —grité—. ¡Es un vil chantaje lo que ha pasado hoy! Ganaba yo y me ha obligado a aceptar tablas a cambio de servirme vino esta noche.

Todos los allí presentes soltaron una gran carcajada al ver que nos comportábamos como críos. Betty que estaba terminando de aliñar la ensalada giraba la cabeza de un lado hacia el otro y dijo:

—Estos hombres siempre están igual, ¡por Dios! Venga, a cenar ya. Cariño, mira a ver si falta algo en la mesa, Scott, ¿abres tú el vino?

—Sí, claro —respondió Scott bromeando—. ¡Ya me teníais algo aburrido sin alcohol!

—No le hagáis caso, ¿eh? —respondió Eli—. Que ya se tomó una Bombardier mientras veía el canal de deportes.

La cena estuvo amenizada en su mayoría, por la charla de las triquiñuelas del partido de bádminton ejercidas por mi contrincante y amigo. Ya en los postres, la niña preguntó inocentemente:

—Tío Randy, ¿qué día vamos a ir a comer a casa de tu amiga Natasha? —Todos se quedaron callados, hasta que Scott tomó la palabra.

—Cariño, iremos cuando ella nos avise, recuerda que estaba fuera varias semanas, además, mamá tiene su teléfono y viceversa, cuando vuelva, imagino que ella misma avisará cuando le vaya bien. Pero ¿por qué lo dices, cielo?

—Porque me dijo que me podía quedar a dormir en su casa. —Su madre la miró y amablemente le susurró:

—Bueno, eso ya lo veremos, cariño, cuando llegue ese día, ¿vale?

—Vaaale —respondió la pequeña que se quedó un poco desilusionada, hasta que Betty propuso:

—¿Echamos unas partidas al parchís que tenemos de ocho?

—¡Síií! —gritó Ruth—. Me pido el color rosa.

Las cuatro partidas que jugamos fueron de locura, en casi todas, la niña solía matarnos varias veces por mucho que la evitáramos, todos poníamos cara de circunstancias, sin embargo, la pequeña se encontraba en su salsa.

—Tía Betty —dijo poniendo carita de pena. Pura estrategia. Sabía que con ese gesto se ganaba a cualquiera—, te quiero mucho, pero si no te mato, viene detrás mi papá y me comeee, ja, ja, ja.

—Venga, va, la última partida —dijo Walter—, que es casi la medianoche, mañana Betty trabaja, y este señor —me puso la mano sobre el hombro—, tiene que prepararse una maleta para irse a París.

—Hermanito, ya me voy yo y te quedas tú aquí en Londres —me reí por la ocurrencia de Elisabeth.

—Haremos una cosita, Eli, tomaré nota para cuando decidamos ir en familia poder

llevaros a sitios bonitos, así si el año que viene decidimos ir a Disneyland París, ya conoceré sus entornos.

—Me parece muy buena idea. Bueno, pues acabemos esta partida, recojamos esto y nos vamos, que aquí la princesita ya empieza a dar cabezadas.

—Tranquila, Elisabeth —apuntó Betty—. Podéis marchar; quedan cuatro cosas y mañana ya se recogerán.

—¿Segura?

—Que sí, mujer, además, aquí el grandullón de la casa mañana no trabaja, que, aunque viene de jugar al bádminton, creo que podrá hacer algo más.

—Sí, claro, cariño.

—Además —apostilló Betty—, tenemos que dejarle algo que hacer, ¿no crees? —Se miraron las dos amigas y se rieron.

—Scott, cielo, ¿coges tú a Ruth?

—Tranquila, ya la lleva tu hermano en brazos. Juraría que se dormirá antes de llegar al coche. Bajo ya, y voy a por el coche, cariño.

Él se adelantó, mientras Eli y yo nos despedíamos en la puerta hasta la nueva cita. Bajamos en el ascensor hasta la entrada del edificio, enseguida llegó Scott con el coche, nos subimos y tomamos camino a mi casa.

Ruth abrió un ojo y preguntó:

—¿Mamá, me puedo quedar a dormir en casa del tío Randy?

—Pero, usted jovencita, ¿no iba dormida?

—A medias, mami… —contestó con la poca energía que le quedaba.

—Te puedes quedar, pero con una condición, os quiero a los dos al mediodía en casa para comer. ¿*OK*? Y ya te quedas, Randy. O sea, que mañana por la mañana tenéis trabajo los dos preparando la maleta del tío y las cosas de Cascabel.

—Pero cariño, ¿no es mejor que duerma en casa, en su cama?

—¿Qué más da, Scott? Su tío favorito se va dos semanas a París y ambos se van a echar de menos, y por el tema de la cama, no te preocupes, ya sabes que la princesa tiene su propia habitación en casa de su tío.

—¡Ala! Que no nos falte de nada —opinó Scott.

—Cuñado, ¿mañana hacemos barbacoa?

—Como quieras. Todo depende del tiempo que haga.

—Si hace mal tiempo ya improvisaremos algo, ¿vale? —sugirió Eli.

—Señores, ya hemos llegado —anunció Scott.

—No os acostéis tarde, ¿eh?

—Sí, señora mandona —le contesté con una sonrisa socarrona y ella me sacó la lengua.

—Y hazle caso al tío, ¿de acuerdo mi amor?

—Sí, mami.

Les dio un beso a sus papás, y tío y sobrina nos bajamos del auto cogidos de la mano dirigiéndonos hacia la casa. Al abrir la puerta, rápidamente, Cascabel se subió en los brazos de la niña, un maullido cariñoso fue su saludo, el felino le lamía la cara repetidamente.

—Mira, cómo pasa de mí —comenté resignado.

—¡Aghhh, Cascabel, que no me dejas respirar!

—Cascabel, deja a la princesa en paz. Anda, vamos a ponerle agua y dale una chuche para que sepa que debe irse a su cama, ¿vale?

—Voy, tío.

—¿Quieres que deje su camita cerca de la tuya?

—Síií, vale.

—Te saco un pijama y te lavas los dientes. ¿*OK*, sobrina?

—¿Juntos?

—Venga, vale princesa.

Nos pusimos los dos delante del espejo, ella se subió a una banqueta para estar más alta y comenzamos el ritual. Cada gesto que yo hacía, ella lo repetía; movía el cepillo de arriba hacia abajo en la parte superior y viceversa en la parte inferior, de un lado hacia el otro, cualquier cara que ponía yo, ella la copiaba. Una vez acabamos, nos enjuagamos con agua y después con un colutorio, el de ella, fluorado. Finalmente, enseñamos nuestros dientes a su otro yo del espejo. Cascabel estaba junto a Ruth subida encima del mármol y nos observaba atentamente.

—¿Hacemos un Superman, tío Randy?

—Venga, va, vamos a sobrevolar los cielos. —Me giré y me agaché un poco aprovechando que mi sobrina estaba subida al taburete, cuando se subió a mi espalda, la gata se lanzó también a la de Ruth. Fuimos emulando por el pasillo a Superman, la gata por la velocidad salió automáticamente disparada. Lanzó un maullido como quejándose por el salto acrobático que acaba de vivir. Llegamos a la habitación y acosté a la pequeña en su cama, al momento llegó la gata y se acostó en su cama, en el suelo.

—Buenas noches, tío.

Le di un beso en la frente a mi sobrina.

—Buenas noches, princesa y Cascabel. Portaros bien, ¿eh? Cuando te duermas, te apago la luz de la mesita; voy a enviarle un mensaje a mamá para que sepa que estamos bien, y a terminar de preparar documentos para mañana.

Ruth duró menos en dormirse, que en llegar yo hasta el ordenador. Me puse a preparar todos los documentos cuando me llegó un mensaje de Eli.

«¿Estás dormido?»

«Ruth, sí, yo estoy acabando de preparar documentos».

De vuelta vino otro.

«No te acuestes muy tarde, hermanito».

«*OK*, hermanita».

Cuando acabé de preparar todo, me dirigí hacia mi dormitorio, pero primero pasé por el de Ruth y le apagué la luz de la mesilla, después me dirigía a mi cuarto, pero me acerqué a la entrada y al situarme delante del cuadro de Natasha susurré:

—Buenas noches, Cenicienta.

Momentos antes, mientras Ruth y Random estaban entretenidos cepillándose los dientes, en el coche de Scott y Eli iban hablando de lo amena que había sido la velada. Ella se quedó unos segundos callada y pensativa, Scott se dio cuenta y le puso la mano encima de la rodilla.

—¿Cómo estás, cariño?

—Bien, bien, maridito. —Le regaló una sonrisa.

—Le echarás de menos, pero no pienses ahora en eso.

—Bueno, ya sabes que sí, pero en unos días lo tendremos de vuelta, además, mañana comerá en casa. —Se miraron y se sonrieron.

—¿Sabes, nena?

—Dime, cielo.

—Esta noche estamos solos…

—¿Y qué me quiere decir con eso, señor Scott? —preguntó ella con mirada pícara.

—Le quiero decir, que le voy a dar de ventaja, el tiempo que tarde en guardar el coche en el garaje.

En ese momento llegaban a su casa. Scott accionó con el mando la doble puerta del jardín y la del garaje, mientras se abrían, Eli se bajó del coche y provocativamente le dijo:

—Si me encuentras, te prometo una loca noche de pasión.

Y salió corriendo para la casa.

A la mañana siguiente, aún estaba dormido cuando noté cómo un cuerpo pequeño en pijama invadía mi cama, y detrás de ese cuerpecito, cómo un felino saltaba desde el suelo hacia sus pies para engancharse con sus uñas a sus calcetines.

—¡Tíooo ayudaaa, que Cascabel me quiere quitar los calcetines!

La niña se había metido de un salto en mi cama y la felina la esperaba a los pies, moviendo la cola de un lado al otro cabreada por no haberla pillado en la carrera. Se quedó agazapada carraspeando su boca y observando hacia donde debía saltar si ella salía corriendo. Era un espectáculo ver aquella imagen. Tiré de la colcha y nos tapamos los dos completamente.

—¿Crees que seguirá ahí Cascabel? —le pregunté a Ruth.

—No sé, tío. ¿Miramos los dos a ver lo que hace?

—Venga, va, a la de tres, los dos a la vez levantamos la colcha, ¿eh?

—¡Vale! —contestó ella divertida, y nos pusimos los dos a la vez a contar.

—Uno, dos, yyy… ¡Tresss!

La gata al asustarse dio un fuerte maullido, saltó de la cama y se fue hacia el baño. Las risas de Ruth me contagiaron y no podíamos parar de reír.

—Vamos, señorita, parece que el peligro ya pasó, a levantarse y a desayunar. Ponte las zapatillas y vamos a la cocina, pero primero al baño a asearse, jovencita.

Al llegar al baño, Cascabel salió como alma que llevaba el diablo, debía de haber estado esperando escondida el momento oportuno para pasar entre sus piernas y se agarró de nuevo a sus calcetines. «¡Miauuuu!» Dejó ir la gata como si dijera en su lenguaje gatuno: «¡Te pillé!»

—Tíooo mira, no me deja…

—Anda, ven —me agaché para alzar a Cascabel a mis brazos y dejara a Ruth en paz—. Ahora vengo, sobrina, voy a llevar a Cascabel a la cocina a que haga sus necesidades matinales —dejé a la gata allí y volví junto a Ruth—. Ahora, señorita, usted y yo hemos de vestirnos, desayunar, hacer las camas y dejar todo adecentado, cuando estemos listos, nos vamos a casa de mamá.

—Voy a preparar las cosas de Cascabel —dijo Ruth solícita.

Una vez que hicimos nuestras tareas recogimos todos los bártulos para marcharnos, al llegar al recibidor ambos nos detuvimos.

—Bueno, señorita, despidámonos por un par de semanas de esta casa y del cuadro de ella.

—Ja, ja, ja. Tú primero, tío Randy.

—Hasta pronto, Cenicienta.

—Hasta pronto, tía Natasha.

Miré a Ruth contrariado por la curiosa despedida y le pregunté:

—¿Por qué la has llamado tía Natasha, si solo es una amiga mía y de la familia?

La niña sin hablar supo salir del paso como ella solo sabía hacer: sonriendo.

No quise darle más vueltas al asunto, de manera que cerré la puerta de casa y bajamos en el ascensor hasta el garaje.

—Pon música, tío.

—Voy, princesa.

Le di al *play* del CD y comenzó a sonar una música que a los dos nos hacía sentirnos medio poseídos:

Everybody needs somebody…
…….……
I need you you you
I need you you you…

Estoy seguro de que esa imagen de mi sobrina y mía era digna de ver, pues cuando escuchábamos esa canción nos transformaba, de manera que nos invadía tal energía positiva, que daba igual si estaba nublado, si llovía o incluso, si diluviaba. Esa canción podía convertir el día más nefasto en hermoso.

Precisamente, el día era precioso y poco habitual en Londres; cielo azul, sol chispeante y ninguna nube que pudiera amenazar la barbacoa.

Al llegar a casa de mi hermana, me bajé a tocar el timbre del videoportero, con mi mano tapé la cámara y esperé a que alguien contestara. Lo hizo Eli.

—Si eres tú, hermanitooo, ¡no te abro hasta que no vea tu cara! —Quité la mano, pero puse mi cara muy cerca para que la imagen se viera distorsionada y pareciera una caricatura. Pude escuchar su risa.

Puse voz ronca y dije:

—¡Tenemos a su hija raptada!

—Ah, ¿sí? ¿Y qué piden los raptores?

—Poca cosa —respondí—. ¿Tienen algo para comer?

—Si les apetece a los raptores vamos a hacer barbacoa.

Entonces maticé yo:

—Nos vale. Estamos de acuerdo, ábranos y la niña no sufrirá ningún daño.

—Ahora abro, ¡que eresss muuuy bobo!

Me fui riendo al coche, enseguida se abrió la doble puerta. Introduje el vehículo y lo dejé en el garaje junto al coche de Scott. Al parar el motor, la niña se quitó el cinturón en un «plis plas» y salió escopeteada.

—¡Eh, señorita! ¿Y Cascabel?

—¡Uy, ya voy tío! —Volvió rauda; cogió la jaula con la gata y se dirigió al interior de la casa. En ese momento ya venía Eli.

—¡Ya estáis aquí, sinvergüenzas! —nos dijo a los dos—. Venga, que tu cuñado ya está delante de la barbacoa, y usted señorita, un beso, ¿no?

—Sí, mami. ¡Muuuuak! —Resonó el beso en la mejilla de Eli—. Voy a llevar a Cascabel adentro de casa y la saco del trasportín.

—Vale, cielo, pero cierra la puerta al salir que no está acostumbrada a estar por el jardín, no se nos vaya a perder, pero antes, ve a darle un beso a papá, que si no, otro día no te quedarás a dormir en casa de tu tío, que se ha convertido en un raptador de niñas, ja, ja, ja —ironizó.

—Vaaale —dejó la jaula en el césped y se fue a la zona de la barbacoa—. ¡Hola, papi!

—¡Hola, cielo! —Cogió a su pequeña en brazos y se la comía a besos.

—Papá, que solo he estado una noche fuera, ja, ja, ja.

Elisabeth y yo mientras nos saludábamos:

—Hola, hermanito, ¿qué tal se ha portado tu sobrina?

—Muy bien, Eli, tienes una hija de la que no puedo darte ninguna queja, ya sabes que en casa se porta bien; nos lavamos los dientes juntos y cayó rendida.

—Sí, es un amor. Venga, vamos a disfrutar del domingo.

Dejé la bolsa de la ropa para el día siguiente en la habitación de invitados y salí al jardín.

—¡Buenas, cuñado guapo!

—¿Qué tal, Randy? Y gracias por lo de guapo, pelota. —Me dio un toque cariñoso con el puño en el brazo—. ¿Cómo se ha portado la pequeña?

—Bien, Scott, ya sabes que tu hija me tiene el corazón robado.

—Lo sé, aunque en ocasiones me hago el duro con ella, no tengo nada que reprocharle. Venga, échame una mano y dale la vuelta a esas costillas, que yo termino de asar estas patatas. ¡Chicas! ¿Está la mesa preparada? Que en dos minutos más o menos comemos —ordenó Scott.

Nos sentamos los cuatro en la mesa del jardín, Ruth, cómo no, a mi lado.

—¿Habéis visto qué día más bonito hace hoy? —dijo Eli, mirando al cielo.

—¡Eso es porque he venido yo, hermana!

—¡Y yo, tío Randy, que yo también he venido!

—Ah, es verdad —nos reímos todos.

—Pues ayer en el tiempo daban lluvia para hoy —apuntó Scott.

—Bueno, cuñado estamos en Londres, extraño sería que no lloviese.

—Pues venga, comamos no sea que venga una nube perdida y nos agüe estas deliciosas costillas.

Después de comer, entre todos recogimos la mesa del jardín y nos acomodamos en el sofá para ver una película, evidentemente, a gusto de Ruth, enseguida los dos hombres aprovechamos para dar una cabezada.

Ruth le susurró a su madre:

—Mira, mami, están dormidos.

—Shhhh —se puso el dedo en los labios—. Déjalos que ayer todos nos acostamos tarde y estarán rendidos.

Eran aproximadamente las seis de la tarde cuando Scott dio el primer bostezo, eso también me espabiló a mí. Ruth estaba viendo los dibujos en la tele con Cascabel acurrucada a su lado. Elisabeth venía de la cocina; traía una bandeja con café y un vaso de zumo para la niña.

—¿Os apetece un café? Así espabiláis un poco que tenéis que limpiar la barbacoa y sacar las bolsas de basura a los contenedores del final de la calle.

—Venga, cuñado —alenté a Scott—, que cuanto antes empecemos, antes acabaremos.

—Sí. Vamos, que creo que nos tenemos que ganar la cena. Por cierto, hoy juega el Chelsea.

—Ah, Scott, cariño, no te olvides que a las siete más o menos hay que bañar a tu hija, y tú hermanito que eres un manitas, échale un vistazo a la puerta del garaje que no cierra bien.

Scott, se dirigió al jardín, pero yo me crucé de brazos y me quedé mirando a Eli, para decirle con cierto retintineo:

—Por cierto, hermanita, tú ya tenías todo esto de hoy programado, ¿verdad?

—¡Ay, qué mal pensado eres! ¿No? —puso cara de inocente, para mofarse—: ¡Eres muuuy tonto…, si lo hago por vosotros, así cuando acabéis ya podéis estar tirados en el sofá, ja, ja, ja!

—¿Y tú qué vas a hacer mientras, hermanísimaaa? —arrastré la «a» irónicamente.

—Vaaa, que ya baño yo a la niña y así veis el fútbol. ¡Hombres! —Puso los ojos en blanco.

La miré y no pude evitar decirle:

—Os voy a echar de menos, lo sabes, ¿no?

—Eso espero, grandullón, eso espero. El día que vuelvas, primero pasas por casa, ¿eh? Que vendrás con hambre de platos típicos míos, guapo.

—Ja.ja, ja. Gracias, por lo de guapo, y con respecto a tus recetas, la verdad es que sí; tienes una mano para la cocina que eres la verdadera heredera del arte culinario de mamá. —La besé en la frente y me fui al jardín junto a mi cuñado a realizar las tareas que nos había asignado a los dos.

Pasaban quince minutos de las siete cuando acabamos, Eli había terminado de bañar a Ruth y ya le había puesto el pijama, ambas se encontraban en el cuarto de baño y estaba secándole el pelo. Ella al oírnos en el salón gritó:

—¡Enseguida acabo y preparo la cena!

Se me ocurrió una idea y le pregunté a Scott:

—Cuñado, ¿te apetece cenar *pizza*?

—Pues mira, ahora que lo dices, es un buen plan, cenar *pizza* viendo el fútbol. Voy a ver si tu hermana tiene en el congelador y las preparamos.

—Déjalo. Voy a llamar a Rocco´s Pizza y pido que nos la manden. ¿A ti cuál te gusta?

—De lo que la pidas, Randy, sin problema.

—A Ruth sé que le gusta la de cuatro quesos. ¿Y a Eli?

—A ella, la napolitana como a mí, pero pide como tú quieras, cuñado.

Agarré mi Ericsson y llamé a la pizzería. Pedí tres *pizzas* familiares: una napolitana, una de cuatro quesos y otra de *pepperoni*, y una botella de Lambrusco. Di la dirección y mi número de teléfono; me indicaron que tardarían aproximadamente media hora. Nada más colgar, aparecieron por el salón Eli y Ruth.

—Chicos, voy a preparar algo ligero para cenar.

—Hermanita, siéntate y descansa, que de la cena hoy me he encargado yo. He pedido unas *pizzas* para compartir.

—¡Síií! —Aplaudió la niña—. A mí me gusta de cuatro quesos.

—Cariño —le dijo su madre—, de lo que la haya pedido el tío Randy está bien, ¿eh?

—Tranquila, Eli. Las he pedido a gusto de todos.

—¡Aysss…, si es que este hermanito mío es un solete! Voy mientras a por unas copas y bebida, ¿qué os apetece, vino o cerveza?

Scott contestó:

—Beberemos Lambrusco que traerán junto con las *pizzas*. ¿Te apuntas, Eli?

—Claro, amor, ¿no querréis beberos la botella vosotros solitooos?

Nos reímos todos menos la niña.

—Y yo, ¿qué?

—Tú, agua o zumo, cariño —le contestó Scott.

—¡Zumo!

—¡Marchando un zumo para la princesa de la casa! —dijo Scott mientras lo traía de la cocina.

Justo cuando comenzaba el fútbol llegó el repartidor, pusimos las *pizzas* en la mesa central de delante de los sofás y nos dispusimos a dar buena cuenta de ellas. Durante la cena íbamos mirando la televisión y debatiendo el partido por encima. A Eli y a Ruth el fútbol no les gustaba, pero disfrutaban viendo como Scott y yo reaccionábamos cuando a nuestro equipo le quitaba la pelota el contrario, o incluso, cuando le marcaron un gol. En la media parte del partido aprovechó Eli para preguntarme:

—Mañana, ¿a qué hora te vas?

—A las once tengo que estar en el aeropuerto de Gatwick. Saldré de aquí con tiempo por el tema del tráfico.

—¿Entonces dejas tú a Ruth en el cole?

—Vale.

—¿A qué hora te vas tú mañana, Scott?

—A las seis, cariño. Tengo vuelo a las siete y media de la mañana a Bruselas, pero a la tarde a las cuatro ya estoy aquí de vuelta.

—Entonces, ¿podrías pasar tú por la academia para recoger a Ruth a las seis?

—¿Qué academia?

—Al lado de la escuela, papi, allí voy a clases de español.

—¿Va a idiomas la niña? ¿Desde cuándo? —preguntó Scott sorprendido.

—¡Ay…, por Diosss, hombreees! Ya te dije a principio de curso que la iba a apuntar a alguna clase de idiomas. Mira, cariño, tú no te preocupes, que ya te voy diciendo yo las actividades que hace cada día. ¿Vale?

Scott miró a su hija y le preguntó:

—¿Seguro que vas a idiomas?

—¡Síií, papá, ja, ja, ja! —respondió ella toda risueña—. Me gusta mucho y he aprendido muchas palabras.

—¡Pufff…! Con este trabajo, me paso media vida viajando y me pierdo un montón de cosas de mi peque… —dijo Scott, quedándose pensativo—. Espero que pronto llegue ese ascenso que me permita trabajar aquí en la ciudad y no tener que viajar tanto.

Eli que estaba sentada junto a su marido, le pasó la mano por el hombro y le dio un tierno beso en la mejilla.

—No pienses así, cielo. Piensa en disfrutar todo el tiempo que estás en casa. Míranos, somos una familia y nos queremos, ¿no te parece eso suficiente? —Él asintió con la cabeza.

Ruth, que se encontraba sentada al otro lado, entre su padre y mío advirtió:

—Mira, papi, ya ha vuelto el fútbol. Mami, ¿puedo recoger yo la mesa hoy?

—Claro, cariño.

Se fue a la cocina y volvió con un delantal puesto que lo arrastraba de forma que parecía un traje de novia.

—Anda, ven, que te lo arreglo. —Eli se lo soltó y lo dobló por la cintura, las cintas se las rodeó por la misma anudándoselo por delante—. ¿Ves? Ahora ya no te lo pisarás.

Una vez que recogió todo a su manera; se quitó el delantal y volvió al salón para estirarse en el sofá con la cabeza apoyada en mis piernas y las suyas, sobre las de su padre. Enseguida comenzó a dar señales de que iba a quedarse dormida. Cuando acabó el partido los cuñados nos habíamos desinflado por el desenlace de este.

—¡Jolín, Randy, qué mal ha jugado hoy el Chelsea!

—La verdad es que sí, Scott. Menos mal que le llevamos diez puntos al Liverpool. Tenemos margen.

—Pues sí, a ver si no se relajan. Bueno, yo me voy a la cama que mañana toca madrugar.

—Señorita, hora de dormir. Scott, cariño, ¿acuestas tú a la nena?

—Esperad que voy a llevar a Cascabel al garaje —anunció Ruth. Se puso las zapatillas y se dirigió al lugar, Cascabel inmediatamente la siguió y señalándole su cama a la gata le ordenó —: Y ahora, a dormir tú también. —Cascabel se posó sobre su camita acolchada y se enroscó adoptando su postura favorita, la niña se agachó y le dejó un beso en la cabeza—. Que descanses linda gatita. —Cerró la puerta y se escuchó un maullido, la niña se esperó un instante para

comprobar si volvía a maullar, pero viendo que no, se fue de nuevo al salón rauda y veloz, donde la esperaba Scott para acostarla. Se quitó las zapatillas; se subió al sofá y le pidió a su padre—: ¿Me llevas a caballito, papi?

—Claro, mi niña —respondió él, mientras se ponía en pie. Inevitablemente, no se podía negar—, pero antes dales un beso de buenas noches a tu tío preferido y a mamá.

Ella fue de un lado al otro pisando por encima del sofá como si fuese por una pista americana, para darnos un beso a su mami y a mí.

—Buenas noches, princesa.

—Que sueñes con los angelitos, mi amor —le deseó Eli.

Scott, se giró y ella marcó el tiempo:

—Preparados, listos… ¡Ya! —De un salto se subió a la espalda de su padre, este se giró para desearnos buenas noches. Ruth solicitó—: Tío Randy, ¿vendrás a leerme el libro de Peter Pan?

—Ahora voy, sobrina.

Scott imitó el relincho de un caballo y se dirigió hacia la habitación de Ruth dando saltitos como si fueran al trote, la niña reía divertida. Llegaron allí no sin algún pequeño golpe inevitable, pero ambos llegaron vivos, la dejó caer en la cama, la tapó lo suficiente para que se sintiera cómoda y le dio un beso en la mejilla.

—Buenas noches, cielo, te dejo la luz de la lamparita encendida que ahora viene el tío a leerte. ¿*OK*?

—*OK*, papi, buenas noches.

Al instante fui, me senté en la cama enfrente de la suya y me dispuse a leerle.

—¿Por qué página vas, cariño?

—Por la que quieras —respondió ella con un hilo de voz, ya que apenas le quedaban fuerzas para mantener los ojos abiertos. Enseguida me di cuenta de que aquel pequeño cuerpo ya se encontraba soñando, la besé en la frente y salí de la habitación procurando no hacer ruido, aunque fue en vano. Ruth tenía una especie de detector de movimientos en su cabeza—. Buenas noches, tío Randy.

—Buenas noches, princesa.

Fui al salón donde se encontraba Elisabeth y me senté en el sofá.

—¿Cómo estás, Randy?

—Bien, no podría estar mejor, aunque algo extraño, me marcho un par de semanas fuera y eso me tiene algo desconcertado.

—Bueno, enseguida estarás de vuelta, ya verás qué rápido se pasa, además, ahora que no nos oye tu sobrina podrías mirar lo que nos costaría ir en septiembre los cuatro a Disneyland París.

—¿Quieres que lo mire, Eli?

—Claro, podríamos darle esa sorpresa a tu sobrina y compartir esas vacaciones en familia. ¿Cómo lo ves?

—¿Septiembre has dicho, Elisabeth?

—Sí, ¿por? ¿No te va bien esa fecha?

—Nooo, por mí no hay problema, si no os parece mal seríamos dos más.

—¿A qué te refieres, Randy?

—Pues a que seguramente, Walter y Betty se apunten.

—¡Ah, qué bien! Pues mira, tú da un vistazo por allí sobre el tema de hoteles y demás, y yo me encargo de hablar con Betty para organizarlo todo. Sin que se entere tu sobrina, ¿eh?

—¡A la orden hermanita!

—Random, podemos pasar unos días maravillosos los seis juntos, además a tu sobrina le encantará poder ver el «País de los sueños». Incluso, sé, que en ocasiones a la hora del desayuno puedes coincidir con algunos de los personajes de Disney.

—¡Genial!

—¡Shhh, calla! —Me alentó ella, que aún nos oirá tu sobrina—. Tú disfruta de tu viaje, aunque sea de trabajo, que yo me encargo de organizar fechas y demás para todos. ¿Qué te parece?

—Me parece estupendo, Eli.

—Hemos quedado antes que llevabas tú a la peque al cole, ¿seguro que te da tiempo?

—Sí, Eli, mi avión sale a las once, así que la dejo y de allí me voy al aeropuerto. No sin antes darle un repaso a un par de vecinas tuyas.

—¿Y eso, hermanito? ¿Qué me he perdido?

—Ah, pues verás, la otra mañana un par de mamás estaban cuchicheando sobre mí y sobre Jacqueline, y claro, me tiraron de la lengua así que me despaché a gusto.

—¿Quizá te refieres a las dos mujeres que viven en la entrada de la urbanización?

—Creo que sí.

—Bah, pues no les hagas caso, no tienen otra cosa que hacer que sacar faltas a todo lo que ven, pero no son malas personas, aunque es mejor solo decirles buenos días y adiós, cualquier información más que puedan recibir, la procesan y acaba investigándote hasta la CIA —nos reímos—. Venga, guapo, a la cama que mañana todos tenemos trabajo.

Nos pusimos de pie y me acerqué a ella, la abracé y le susurré:

—¡Te quiero, hermanita pequeña! Aunque en ocasiones pareces tú la hermana mayor.

Ella me abrazó fuerte y musitó:

—Eres mi hermano del alma y eso es algo bonito para mí, cariño. —Nos dirigimos los dos abrazados por la cintura hacia nuestras habitaciones—. ¿Dónde vas a dormir?

—Mejor en la otra habitación, Eli. Quiero repasar algunas cosas en el ordenador y así no despierto a Ruth.

—De acuerdo, que descanses, cielo.

—Buenas noches, Eli.

—Buenas noches, Randy.

Nos metimos cada uno en nuestro dormitorio. Abrí el portátil en el escritorio del cuarto, envié unas notas a un pasante y me descargué el billete de avión. Cerré el ordenador, me acosté en la cama mirando al techo y pensé en voz alta:

—¿Qué haría sin ellas?

Mi sonrisa debía de ser tan cariñosa que seguramente, hasta los ángeles me sonreirían. Apagué la luz y me dejé atrapar por los brazos de Morfeo.

Al día siguiente, aún estaba algo dormido cuando apareció mi sobrina; venía como alma que la seguía el diablo, Cascabel la perseguía. Ruth se sentó en el borde de la cama.

—¡Tío Randy, mamá nos llama para desayunar!

—Voy, princesa. Déjame que me dé una ducha y salgo. Ponle agua limpia a Cascabel si le hace falta, cariño.

—Ya está, pero quiere jugar, ja, ja, ja. —De un salto Cascabel se subió en la cama y se puso entre los dos.

—Dile a mamá que salgo enseguida, cielo.

—Vale, voy —la gata saltó tras la pequeña y se enganchó a su pijama con las uñas, Ruth

iba caminado y a la vez arrastraba a la felina, la cual parecía una mopa pasándola por toda la casa —. Mami, el tío ahora viene, ha ido a ducharse.

—De acuerdo, hija. Vete lavando la cara y ponte el uniforme de la escuela, ahora voy a peinarte.

—Vale, mami. ¿Me haces unas trenzas?

—Como quieras, amor.

Al poco rato llegué a la cocina y allí estaban ellas esperándome.

—¡Ummm! ¡Qué bien huele ese café, Eli!

—Venga, sentaros a desayunar y cada uno para vuestras obligaciones, aunque tranquilos que vais bien de tiempo.

—¿Y Scott, ya se fue?

—Sí, tu cuñado se marchó hace rato. Ahora vosotros dos, y más tarde, una servidora. ¿Dejamos a Cascabel siempre en el garaje, Randy?

—Sí, si no estáis en casa, sí, mejor, pero cuando estéis por aquí sería bueno que la dejéis que vaya de aquí para allá para que se acostumbre. Bueno, Eli, nos marchamos que al final llegará tarde esta señorita.

—¿Llevas algo para leer en el avión?

—Sí. Mira llevo una novela de Natasha aquí, a mano, para después.

—Pues venga, dame un abrazo de oso y salid ya, que no quiero que corras.

—Despídeme de mi cuñadito, cuando vuelva luego.

—Toma, petardo. En este Mp3 te he grabado música variada, pero, sobre todo, la música de tu piano del otro día.

—Esto es para que me acuerde de vosotros, ¿no, hermanita?

—Claro, guapo —nos reímos los tres—. No te olvides Randy, de enviarme un SMS cuando llegues, por favor, que sepa que llegaste bien.

—*OK*, pero tranquila, que estoy aquí al lado, a tiro de piedra. —Hice el gesto de lanzar una piedra al aire—. Vamos al coche, princesa —alenté a la peque—. *Bye bye*, Eli.

—Hasta luego. Ruth, cariño, pórtate bien con el tío y en el cole —le dijo mientras le ponía bien el flequillo y le daba un sonoro beso en la frente.

Eli nos acompañó al coche para ver cómo salíamos del garaje y posteriormente por el jardín, cruzamos las dos puertas que nos separaban de la calle. Ella se quedó en medio de la calzada agitando la mano y viendo como parte de su familia íbamos en ese auto.

Al llegar al colegio nos bajamos del vehículo.

—Tío, ¿me llevas a caballito?

—Venga, vale, pero no te me acostumbres, que cada día estás más grande, cielo.

Al llegar a la puerta me agaché para que bajara y para que la niña pudiera entrar al cole.

—*Bye*, tío Random.

—*Bye bye*, princesa. Cuida de Cascabel, ¿eh?

Ella movió su cabecita afirmativamente.

—Y tú vuelve pronto, ¿vale? Por dos cosas, tío: la primera es para que me hagas el Superman.

—¿Y la segunda, cariño?

—Pues…, la segunda es para que vayamos a comer a casa de tu amiga Natasha.

—Ah —respondí—, es bueno saberlo, sobrina.

Entró en la escuela deprisa, casi sin despedirse, algo normal en ese momento, pero no pude evitar sonreír igualmente.

El verano se encontraba en su máximo apogeo, quedaban tan solo un par de semanas de colegio, cuando volviera ya tendría vacaciones Ruth. Al darme la vuelta volví a ver a las dos mujeres que parecían dos torres de comunicación cuchicheando de todo lo que se movía, al pasar por el lado de ellas se hicieron las disimuladas como si no me hubieran visto.

—¡Buenos días, señoras!

—Ah, hola, disculpe, no le habíamos visto —dijeron irónicamente.

Yo, que ya iba preparado porque les tenía ganas y estaba un poco subidito, les informé:

—Que sepan, que la mujer que me dejó en el altar, ¡en la cama era muy frígida!

—¡Uy, por Dios! —exclamó una de ellas y ambas se miraron abochornadas.

Pasé de largo, pero no pude evitar que una sonrisa maliciosa ocupara toda mi cara, al pasar junto a las dos «cacatúas» junté mis labios haciéndolos más carnosos y les envié un beso, les sonreí y proseguí mi camino hacia mi Chrysler. Salí de allí raudo cual «Fitipaldi» en mi bólido hacia el aeropuerto de Gatwick. Una vez llegué, tras aparcar el auto en el *parking* de larga estancia bajé las maletas y esperé al autobús que deambulaba de un lado hacia el otro dentro del recinto y que me dejaría en la terminal del aeropuerto.

Al bajarme del bus coloqué mi chaqueta encima de la bolsa de mano que dejé sobre la maleta, para poder arrastrarla cómodamente. Me colgué la bandolera entreabierta por donde asomaba un poco la novela de Natasha. Me acerqué a los letreros luminosos de las salidas para controlar los horarios y vi que, curiosamente, encima de mi vuelo donde ponía París había otro vuelo con destino a Ekaterimburgo que salía en treinta minutos y pensé: «Mira qué casualidad. ¿Estará allí Natasha? ¿O será en otra ciudad?». Por unos instantes dudé entre cambiar de vuelo o no; algo completamente ilógico, pues conocía que se encontraba en Rusia, pero no en qué ciudad o pueblo. Estaba totalmente abstraído con mis ironías, cuando alguien por la espalda me sacó de mis conjeturas.

—No sabía que venía a despedirme, señor Random.

—¡Hombre, Bob, usted por aquí! ¿Coincidencia, o quizá tiene algún mensaje de Natasha para asegurarse de que me monte en el avión?

Bob, me miró sonriendo.

—Yo hubiera pensado lo mismo, pero verá, ese avión —dijo señalando al letrero luminoso donde marcaba destino a Ekaterimburgo—, me lleva a la tierra de mi esposa, por cierto, se la quiero presentar, si me lo permite.

—Por supuesto, Bob. ¿Cómo no? Será un placer.

—Cariño, ven, que te presento a alguien. Señor Random, le presento a mi esposa, Alona Collins.

—Un placer, señor Random...

—Williams —maticé y ella extendió su mano para saludarme, le correspondí de la misma manera.

—He oído hablar mucho de usted, pero reconozco que es más guapo de lo que me habían contado.

Me quedé un poco parado, pero conseguí responder:

—Un placer, señora Collins. Ahora que pienso, la vi el día de la presentación del libro de la señorita Natasha.

—Ah, sí, es verdad, señor Williams. Veo que tiene usted buena memoria. Por sus maletas deduzco que también va de viaje.

—Correcto. Voy a París por asuntos de trabajo.

Ella se dio cuenta de que llevaba una novela de Natasha en la bandolera y comentó:

—Veo también, que usted lleva lectura para el avión.

—Sí, leer para mí es un auténtico placer, desde que conocí a alguien con la que usted colabora, según alguien me dijo —respondí. No quise revelar que había sido Bob quien me había puesto al día de ese tema.

—Sí, es cierto, señor Williams. Colaboramos en el mismo lugar de trabajo desde hace algunos años, el tiempo pasa volando. Bueno, ha sido un placer conocerle. Disfrute la novela, es muy bonita.

—Gracias. Lo mismo digo. Espero que tengan buen tiempo en su ciudad, señores.

—Lo mismo para usted —añadió Bob.

Nos despedimos los tres con un apretón de manos y me dirigí a la zona de *check-in* de mi compañía de vuelo, facturé la maleta y me dirigí a la sala de espera próxima a la puerta de embarque. Mi avión salía aproximadamente en noventa minutos.

Me puse a dar vueltas por el aeropuerto sin más; haciendo tiempo a la espera de mi vuelo. Pensando en mis cosas me di cuenta de que no caí en preguntarle a Bob si llevaba mi placa en la que ponía mi nombre ficticio. «Qué tontería —me dije a mí mismo—. Bob y su mujer van a sus asuntos, a la vuelta, tiempo habrá de que me la devuelva, lo malo es que ahora solo tengo la de Natasha en mi maleta. Algo es algo». Pensé.

Seguía deambulando de aquí para allá por el aeropuerto, el reloj digital que había en la sala parecía no cambiar sus dígitos; los minutos parecían horas. El pitido del móvil me advirtió de la entrada de un mensaje de Eli:

«¡Hola, Randy! ¿Ya has salido?»

Enseguida le respondí:

«No. Estoy esperando todavía».

Al momento me llegó otro:

«Cuidadito, hermano, que solo te tengo a ti».

Una sonrisa cariñosa se dibujó en mi semblante y le contesté:

«Tranquila, hermana, como dice Arnold Schwarzenegger: “¡Volveré!”»

Le di al botón de enviar y me reí yo solo imaginándome, emulando al protagonista de *Terminator*.

Pasaron un par o tres de minutos quizá, y pensé que los mensajes ya se habían terminado, pero llegó otro:

«¡Randy! Se me olvidó de darte el número de teléfono de Nat: 0769825491».

Al ver el contenido del mensaje pensé: «¡Ostras, es verdad! Eli lo tenía y no caí en pedírselo. Aunque mejor así, posiblemente esté ocupada con sus asuntos familiares, como ella me dijo. Ojalá que todo le vaya bien».

Me senté en una butaca y me dejé llevar viendo cómo la gente transitaba por la terminal hasta tal punto, que dejé mi mente en blanco por unos instantes, pero de repente a mi pensamiento volvió Natasha y pensé: «¿Y si le envío un SMS?» Me envalentoné y escribí:

«¡Hola! Soy yo. ¿Qué tal todo por tu país?»

Le di a enviar, justo en ese momento, se escuchó por megafonía una voz que indicaba el número de vuelo e invitaba a los pasajeros con destino a París a que nos dirigiéramos a la puerta de embarque número trece. Enseguida nos dieron paso hacia el interior del avión. Busqué el número de mi asiento y metí la bolsa de mano en el compartimento superior; me senté y me puse los auriculares para escuchar música del pequeño reproductor Mp3 que mi hermana me había grabado. Por megafonía nos pidieron, por favor, que apagáramos los móviles. Así lo hice y me relajé, ya que teníamos algo más de dos horas de vuelo. Realmente, la música de piano que aquel

día compuse en casa de Eli sonaba de maravilla; la placidez de aquellas notas me produjeron tal evasión, que incluso me dormí.

Mi sueño me hizo disfrutar de un encuentro con Natasha bajo la torre Eiffel. Me acerqué a admirar aquella imponente estructura de hierro, se veía tan enorme desde abajo..., cuando una voz me sorprendió preguntando: «¿También es joven para usted?» Al darme la vuelta, una gran sonrisa se dibujó en mis labios. «¿Qué hace una chica como tú, en un sitio como este?» Ella iba a contestarme, cuando una voz que oía lejana me sacó de mi trance:

—Por favor, señor, abróchese el cinturón. Vamos a aterrizar.

—Sí. Voy. Gracias —acerté a decir apabullado.

En la butaca de al lado no viajaba nadie que me pudiera avisar, así que fue la azafata la que al verme dormido me advirtió, arrancándome de cuajo de mi maravilloso sueño. Me sentí contrariado por haberme despertado, pero su amable sonrisa me hizo volver al mundo real. ¡Pufff...! Había sido tan bonito y a la vez tan cariñoso aquel sueño... ¡Lástima...! El no haber podido avanzar un poquito más y ver qué nos hubiera deparado aquel encuentro onírico. Aunque ahora que ya me sentía despejado recordé la pregunta tan cutre que le había hecho a Nat en mi sueño. «¡Qué poco original eres, Randy!» Me dijo mi subconsciente y sacudí mi cabeza sonriendo.

El avión ya había aterrizado. Agarré la bolsa de mano, mi bandolera y salí del aparato para dirigirme al lugar donde recoger la maleta. Había traído solo una con lo suficiente para quince días. Busqué la salida del aeropuerto Charles de Gaulle y pillé el primer taxi de la fila.

—*S´il vous plait*[11], al hotel Moderne Saint Germain, junto a la Catedral de Notre Dame —le pedí al taxista chapurreando unas palabras en francés mezcladas con mi acento inglés.

—*Oui, monsieur*[12].

Por el camino me iba fijando en detalles de París; tenía que recabar información para cuando viniéramos con Ruth. Una vez que el taxista me dejó en el hotel entregué mi pasaporte en la recepción y me dieron la tarjeta de la habitación que tenía reservada. Subí para dejar el equipaje. Tras entrar y darle una rápida ojeada a la *suite* abrí la puerta del balcón que daba a la calle para contemplar las vistas. «¡Me encanta! —me dije a mí mismo—. Bueno, ahora colocaré bien las cosas, me daré una buena ducha..., ¡y a por trabajo!»

Dejé la chaqueta encima de la cama y se cayó el móvil al suelo.

—¡Ostras! Menos mal que el suelo de la habitación es de moqueta... —Al recogerlo, me di cuenta de que todavía lo llevaba en modo avión—. ¡Vaya, qué fallo! Quizá me haya llamado Walter o Eli.

En cuanto lo puse en marcha me llegaron varias llamadas perdidas y varios mensajes. Levanté la tapa del móvil para llamar a mi jefe y amigo.

—¡Hola, Walter! Ya estoy aquí.

—¿Todo bien, Random?

—Bueno, sí, casi todo...

—¿Qué quieres decir con casi todo?

—Espera, que matizo, ja, ja, ja. El viaje en general, bien. Lo que pasa es que, mientras iba en el avión me dormí; estaba soñando con Natasha y la azafata me sacó de mi sueño.

—¡Ja, ja, ja! —Fue la respuesta de Walter—. Uf, me habías asustado, amigo.

—Tranquilo, Walter, ahora dejo las cosas y ya me pongo por faena.

—Ten cuidado por París, colega. Estamos en contacto, cualquier cosa me llamas. *¿OK?*

Colgué el teléfono y lo dejé encima de la cama mientras colocaba toda la ropa en el armario, pero una llamada me hizo dejar la camisa que tenía entre las manos.

—¿Qué pasa? ¿No piensas decir nada, guapo?

—Eli, acabo de llegar, solo he tenido tiempo de llamar a Walter. ¡Lo siento! Pero pensaba llamarte ahora en cuanto organizara esto un poco.

—Bueno, bueno, si es así, vale. ¿Todo bien?

—Sí, sí, de momento, sí. Ahora, solo me falta que no me suene más el teléfono y poder colocar todas mis cosas en el armario.

—Ah —se rio—, entonces te dejo, Randy. Acuérdate de mirar hoteles por si vamos de vacaciones. *¿OK?*

—Tranquila, es una tarea pendiente que llevaré a cabo en cuanto mi trabajo me lo permita. Un beso para mi princesita y otro para vosotros. ¡Os quiero!

—Y nosotros, hermanito. No lo olvides.

Acabé de colocar todas mis pertenencias y me puse a repasar para darle un vistazo a los asuntos que tenía planificados. Acto seguido bajé al restaurante propio del hotel a comer. Mientras daba cuenta de la gastronomía francesa saqué mi móvil para ver si tenía alguna llamada o mensaje que no hubiera respondido. Comprobé si tenía alguno de Natasha, pero fue en vano. Pensé que quizá por la diferencia horaria no lo habría visto todavía. Me animé y le envié otro.

«Hola de nuevo. Espero que, por ahí en tu país, y con los tuyos, todo vaya bien. Yo, hace

dos horas que he aterrizado en Paris. Saludos, Nat».

Le di a enviar y guardé el teléfono para deleitarme degustando unos *macarons*[13] con el café.

Durante toda la semana estuve entretenido de un lado para el otro con todos los temas del museo. El sábado al mediodía acabé lo que tenía previsto para esa semana. «Hoy por la tarde y mañana domingo los dedicaré a hacer turismo. Quiero visitar varios lugares típicos, pero, sobre todo, el museo del Louvre». Pensé mientras comía. Más tarde, cuando subí a la habitación, me eché sobre la cama un rato a la vez que con el mando iba pasando canales de la tele, evidentemente, no entendía ni papa. Busqué los canales internacionales hasta que di con uno que hablaba mi idioma, en el cual, en ese momento, solo daban noticias; escuchándolas, me dormí.

Abrí los ojos y miré el reloj; habían pasado dos horas. Me di una reconfortante ducha y tras vestirme con ropa cómoda bajé a la cafetería del hotel. Tenía una terraza exterior cubierta con unos toldos triangulares situados estratégicamente, de manera que ocultaban el caluroso sol de la tarde, pero producían una sombra muy agradable. Hallé una mesa vacía y me senté en una butaca desde donde veía pasar a los transeúntes que por allí deambulaban.

—*Bonsoir, monsieur*[14].

A estas alturas de la semana, ya entendía algunas de las palabras más comunes como saludos o despedidas, por lo que deduje que el camarero me estaba saludando con un: «Buenas tardes, señor». Aunque él ya conocía que yo era inglés y dominaba mi idioma, evidentemente, con su acento francés.

—*Bonsoir* —respondí.

—¿Qué desea tomar, señor?

—Perdone que le responda con otra pregunta, ¿qué me aconseja usted?

—Le recomiendo un *french* 24, o un...

No le dejé acabar.

—Me atrae ese *french* 24. Sírvamelo, por favor.

—Le gustará. Es una combinación dulce con toques cítricos y herbales a la vez, que junto a la ginebra y el champán hacen una mezcla explosiva y exquisita. ¿Qué ginebra suele tomar usted?

—Beefeater.

—Pues ya verá que las dos bebidas fusionadas serán de su gusto.

—*OK. Merci*[15].

Mientras me lo preparaba aproveché para revisar mi móvil de nuevo. Algo que apenas hacía durante el día. ¡Y, sorpresa! Curiosamente, me había respondido al mensaje de texto, ¡Natasha! Decía así:

«Hola, ¿quién eres?»

Me quedé algo extrañado, pero valoré la respuesta, pues ella no conocía mi número y lo más seguro es que no supiera quién le escribía. Tecleé:

«Soy Random. Sé que estás en Rusia, por eso te preguntaba».

Lo envié y me dediqué a saborear mi combinado, enseguida me llegó de vuelta otro mensaje.

«Disculpe, pero no estoy en Rusia».

Me quedé extrañado nuevamente por la sobriedad con la que me respondía, pero me obcequé y respondí:

«Perdón. Tenía entendido que estabas en Rusia. Quizá hayas vuelto y te haya pillado en mal momento, Nat. Espero verte a la vuelta por Londres. *Bye!*»

Le di a enviar y me quedé algo rayado por las escuetas respuestas, como no recibí ningún SMS más, traté de olvidarme del tema y me dediqué a contemplar desde mi butaca, la pintoresca estampa que me ofrecía esta hermosa ciudad.

Esa noche después de cenar subí a mi cuarto a cambiarme de ropa un poco más formal, o digamos, elegante. Me puse unos pantalones de pinzas de color gris marengo, una camisa de lino blanca y me calcé unos Hogan negros; calzado que estrenaba en ese viaje y que, aunque eran comodísimos, mis pies aún no se habían adaptado a ellos, o quizá fuese al revés.

Salí dispuesto a conocer un poco el ambiente nocturno parisino, pues mis quehaceres entre semana, no me lo habían permitido. Anduve por entre las calles próximas al hotel observando a sus gentes; y cómo cambia la ciudad por la noche. El ambiente de lujo y romanticismo que desprendía me sedujo e imaginé que debería ser precioso recorrer París con la persona amada.

Hacía tiempo que no había echado de menos tener pareja, me encontraba bien así, posiblemente, me había acomodado a tener esos tiempos de soledad en mi casa cuando desconectaba en ella de mis quehaceres, pero algo me estaba pasando, lo presentí, o quizá hallarme lejos de los míos me estaba poniendo melancólico. En ese preciso momento, me acordé de Natasha. «¿Habrá estado ella aquí?» Dejé volar mi mente imaginándome junto a ella cogidos de la mano como cualquier pareja de enamorados descubriendo sus calles, sus monumentos y sus famosos museos.

«Volveré a esta ciudad de ensueño, no sé si será con ella como amigos o como algo más, o si no, siempre me quedará volver con mi familia, pero volveré. ¡Claro que volverás, Random; hay un viaje pendiente a Disneyland París». Ese pensamiento me devolvió a la realidad provocando que una sonrisa se me escapara de los labios. «¡Deja de soñar despierto y disfruta de la noche!»

No sabía realmente, a dónde dirigirme por lo que iba sin rumbo fijo, pero de pronto, recordé que un par de días atrás, durante la vuelta del trabajo al hotel en la puerta de este, un chico me dio una propaganda del Moulin Rouge, que, por cierto, dejé sobre la mesa de la habitación y ahora me vino a la mente. No sabía por dónde quedaba exactamente, de manera que esperé un poco en la calle hasta que vi pasar un taxi libre y alcé mi mano, este se detuvo al instante y le indiqué el lugar. Creo que debimos recorrer unos seis kilómetros aproximadamente, lo deduje por el tiempo y por el precio de la carrera. El taxista creo que me recomendó en un inglés afrancesado, que tuviera cuidado por el hecho de ser turista, pero no le di la mayor importancia, pues en todos los sitios turísticos del mundo suele haber alguien acechando a algún extranjero despistado.

Al llegar me quedé impresionado, no por el edificio en sí, que en su película homóloga parecía más grande; pero, sí, por su colorido e iluminación, por la cantidad de gente fotografiándose frente a él, y, sobre todo, por la larga cola dividida en dos: una para la cena-espectáculo y la otra para el espectáculo solo.

Esperé como veinte minutos y por lo que vi, pude comprobar que casi después de recorrer varios kilómetros en taxi estuve a punto de quedarme sin poder entrar, porque a tan solo tres personas tras de mí colocaron una pequeña vaya que indicaba que el aforo estaba completo. «Uf...» Pensé. Tenía dos personas por delante de mí y entonces ya más próximo a la taquilla pude observar los precios de la entrada. Eran bastante caros, pero ya que me encontraba allí, no podía perderme la actuación.

El show fue espectacular, con una iluminación, escenografía y coreografía sensacionales. Cabe destacar el baile del Can Can: ¡Impresionante y divertido! Donde sus bailarinas gritaban

con sus acrobacias e invitaban al público a hacer palmas al son de la música, e incluso, en un momento dado, se bajaron del escenario paseándose entre los espectadores haciéndonos más partícipes de la magia del *burlesque*.

Miraba entusiasmado por la simpatía de las bailarinas cuando vi que una de ellas se acercaba a mí. «¡Aaah... que viene!» Me dije a mí mismo, pero no me dio tiempo a pensar en nada más, solo sé que puso una mano en mi hombro y rodeó mi asiento, al ponerse frente a mí se agachó poniendo su frondoso escote frente a mis ojos que, por cierto, no pude evitar mirar, me alzó la barbilla poniendo su cara frente a la mía, como si fuera a darme un pico en los labios y cuando estaba a dos centímetros casi de los míos llevó el dedo índice a su boca dejando un beso y poniendo este en los míos. Se dio la vuelta y se inclinó un poco al mismo tiempo que levantaba su falda dejando su trasero cubierto por un *culotte* blanco adornado con volantes frente a mi cara. ¡A medio metro escaso! No sé la cara que puse, solo sé, que los allí presentes se rieron y comenzaron a aplaudir. He de decir, que no fui el único sorprendido, pues el resto de las chicas que se habían dispersado por la sala estaban haciendo travesuras similares con otros espectadores. Se fueron de nuevo para el escenario al ritmo de la música y allí terminaron el espectáculo. Todos nos levantamos a aplaudir entre gritos de «bravo». Se cerró el telón y seguidamente se abrió para despedirse del público todo el elenco de bailarinas y bailarines. Seguimos aplaudiendo hasta que se volvió a cerrar el telón y se encendieron todas las luces. Por los altavoces pudimos escuchar en varios idiomas una voz deseándonos que el espectáculo hubiera sido de nuestro agrado y nos invitaban a volver, por último, nos recordó que a la salida había un apartado donde previo pago podríamos recoger alguna foto de esa noche.

Recordé que durante el espectáculo un fotógrafo iba haciendo fotos por las mesas al cual le indiqué que iba solo, y mientras me enfocaba levanté mi copa de champán ofreciendo un brindis a alguien imaginario. Me dirigí allí donde había varias personas atendiendo para que no se formara un gran cúmulo de personal. Por unas pantallas iban saliendo imágenes, de esa manera, si te gustaba la foto, te la imprimían al momento. Mientras esperaba mi turno vi la mía tomando mi consumición, no me vi mal en ella por lo que decidí comprarla, me quedé con el número que figuraba junto a la misma y cuando me tocó el turno se lo indiqué al chico que atendía. Se fue a la impresora y sacó la foto, la metió en un sobre y justo cuando iba a pagar vi en la pantalla otra imagen mía. Abrí los ojos como platos, pues ya os podéis imaginar de qué imagen se trataba. Le señalé al chico la foto y me la imprimió, al enseñármela no pude evitar soltar una sonora carcajada. «Pero ¿dónde estaba la cámara?» Pensé. Supongo que debía de haber varias repartidas en diversos puntos estratégicos y en uno de esos me pilló a mí... Salí de allí con sendas instantáneas en un sobre; pillé un taxi que me llevó de vuelta al hotel, esta vez hizo el recorrido junto al Sena, la ciudad de noche era digna de ver. Ahora entiendo que la llamen la Ciudad de la Luz.

El domingo por la mañana, revisé el mapa que tenía y me animé a ir a ver la Torre Eiffel. Fui caminando un buen trecho siguiendo nuevamente el recorrido del Sena. Pude observar sus numerosos puentes e hice algunas fotos con mi cámara. Hacía una mañana soleada espectacular, me sentía admirado ya que estaba acostumbrado a los grisáceos días de Londres. Al llegar, me encontré muchos turistas y parejas haciéndose fotos, de aquellas dignas de recordar haciendo poses o besándose. Me vi como en el sueño del avión; admirando desde abajo aquella enorme maravilla arquitectónica. Miré a un lado y al otro por si irónicamente veía a Natasha, incluso cerré los ojos por si al abrirlos aparecía, ya que en mi sueño surgió de la nada. La búsqueda fue inútil, evidentemente, y me desinflé un poco. En ese momento me acordé de mi familia y les llamé a casa.

—*Bonjour, petite soeur*[16]*!* —dije con un entrenado acento parisino pensando que Eli atendería a la llamada.

La respuesta al otro lado fue colgar el teléfono. Miré la pantalla del móvil por si me había equivocado de contacto, pero pude ver que la llamada era correcta. Le di al botón de rellamada y esperé:

—¿Diga?

Reconocí la voz de Ruth.

—¡Espera, no cuelgues!

—¡Hola, tío Randy!

—*Bonjour, princesse*[17]*!*

—Ja, ja, ja. ¿Qué te pasa en la boca?

—Ja, ja, ja. Nada, cielo, que me comí una tortilla francesa en el desayuno y ahora hablo francés —nos reímos los dos a carcajadas.

—¿Estás bien?

—Bien, bien, cariño. ¿Sabes? Te he comprado una cosita.

—¿Qué es? ¡Dimelooo, porfiii!

—Aaah. Es un secreto, sobrina. Tendrás que esperar una semana a que vuelva, cielo.

—¡Jooo...!

—No desesperes que cuando vaya te contaré cosas divertidas, ¿vale?

—¡Sí!

—¿Y mamá?

—Está en la cocina, pero ya viene corriendo.

—Pásamela. Besitos, cielo.

—¿Randy?

—*Bonjour, petite soeur*!

—¡Hola, grandullón! No sé lo que significa, ja, ja, ja, pero me alegro de escucharte.

—Te estoy dando los buenos días, hermanita.

—*Oh, là, là...!* —nos reímos los dos—. ¿Qué haces, y cómo va todo por ahí?

—Bien. ¿Sabes dónde estoy ahora?

—En París, ja, ja, ja. Venga, va, dime...

—Estoy debajo de la Torre Eiffel.

—¡Ualaaa! ¿Es chula?

—¡Sí! ¡Es impresionante! No digas nada, Eli, pero ya he mirado cosas para las vacaciones.

—Ah, vale, vale —me respondió—. Espera que pongo el manos libres, que tu sobrina y tu cuñado quieren escucharte.

—¡Hola, familia! —saludé efusivamente—. ¿Cómo estáis?

—Bien. ¿Cuándo vuelves, Randy? —me preguntó Scott.

—El domingo que viene me tenéis ahí saboreando una barbacoa familiar.

—Eso está hecho, cuñado.

—Tío, ¡ten cuidadooo!

—Lo tendré, cariño. Familia, os dejo que me voy a comer al hotel, que el horario del mediodía se me va a pasar. Cuidaros y besos.

—*Bye!* —respondieron los tres al unísono.

Fui caminando por los Campos Elíseos y cuando me hube retirado cierta distancia del monumento le pedí a una pareja que se encontraban haciéndose fotos, si me podían hacer con mi

cámara el típico retrato: yo a un lado de la Torre Eiffel con mi mano izquierda alzada sujetando la cúspide y con la palma derecha abierta donde parecía posarse su base. «Esta foto le va a encantar a mi princesa». Tras agradecer a aquellos muchachos el favor, se lo devolví haciéndoles yo a ellos con su cámara un par de fotos.

Se acercaba el mediodía y me encaminé hacia el hotel para comer.

Esa tarde de fin de semana la acabé con una buena siesta y posteriormente planificando la agenda de trabajo.

La semana siguiente, el ejercicio de mi profesión transcurrió tal y como tenía previsto, por las mañanas me dedicaba a visitar museos, anticuarios y marchantes, y por las tardes si me quedaba algo pendiente me dedicaba a ello, o a dar algún paseo visitando lugares turísticos conocidos. Todas las gestiones estaban saliendo a pedir de boca, el sábado por la mañana, a las diez vino un transportista con el que había contactado para llevar las adquisiciones que había conseguido al aeropuerto Charles de Gaulle. Tenía que tramitar cierto papeleo para facturar los paquetes en un avión distinto al de mi vuelo.

Cuando tuve todo arreglado llamé a Walter.

—¡Jefe, la misión está cumplida! Esta tarde llegará todo a Gatwick, y si todo va bien, el lunes me acerco al aeropuerto a recoger los paquetes en persona.

—Muy bien, Randy, y eso de jefe lo dejas para formalidades en el museo, ja, ja, ja. Disfruta del resto del día y nos vemos el lunes. Cuídate. *Bye!*

—*Adieu, mon ami*[18]*!*

Cerré la tapa del móvil, me disponía a salir cuando alguien me tocó en la espalda.

—Buenas tardes, ¿viene usted para Londres ya, Random?

Me pilló tan de sorpresa, que casi me dio un susto de muerte.

—¿Eh? —Me giré y dije—: Hola, Bob. ¡Qué susto me acaba de dar usted, por Dios...!

—Perdón, señor, no era esa mi intención, no se asuste.

—Es que no esperaba encontrar aquí a nadie conocido. ¿Qué hace usted por aquí?

—Hemos venido aquí un par de días para visitar a unos amigos. Es una casualidad, solo eso. Ya marchamos para Londres. ¿Usted también?

—No, no... —respondí aun sorprendido por la coincidencia—. Vine a facturar los artículos que he conseguido, mañana me marcho ya. ¿Y su esposa?

—Está en la cafetería y luego quería ir al baño a retocar un poco su maquillaje; cosas de mujeres, usted ya me entiende...

—Sí, claro —sonreí—. ¿Qué tal les ha ido estos días, Bob?

—Bien, gracias. Pasándolo con la familia, ya sabe usted.

—El mundo es un pañuelo. Es usted la última persona que pensé que podría encontrarme por aquí.

—Ya ve, cómo es de caprichoso el destino... ¡Casualidades de la vida! Ahora que pienso, le voy a regalar la última reflexión que me regaló una abuelita a la que mi esposa y yo le tenemos un cariño especial. ¿No le importa, joven?

—¿Cómo me va a importar, Bob? ¡Si he echado de menos sus consejos y refranes!

Él se rio escuetamente.

—Pues ahí va: «En ocasiones las casualidades las marca el destino, y eso quiere decir que las cosas ocurren por algún motivo». Mire, mi mujer me está buscando, voy con ella. ¿Nos veremos en el Café 101?

—Claro, no lo dude. —Nos estrechamos las manos y nos despedimos—. Salude a su señora de mi parte, Bob.

Él me respondió levantando su pulgar.

Después de esa sorpresa tan grata busqué un taxi y me fui al hotel. Tras la comida me eché sobre la cama para ver un rato la tele, no me dormí, quizá el viaje del día siguiente, inconscientemente, me tenía algo alterado, aunque no entendía por qué; regresaba a mi país, a mi ciudad, con mi familia, mis amigos, a mis rutinas diarias y, ¿quién sabe? Posiblemente volvería a ver a Nat. Pasó por mi mente mandarle un mensaje. Miré el móvil y al comprobar que mi teórica amiga no me había escrito desistí de la idea. «Quizá más tarde», me dije a mí mismo.

Me vestí y salí a dar un paseo, el último de esos días. Curiosamente tenía la Catedral de Notre Dame relativamente cerca, a unos diez minutos andando; en mis recorridos por trabajo o de asueto habiendo pasado junto al Sena había podido ver sus torres, pero no había ido expresamente. Era uno de los destinos pendientes que pensé en visitar cuando volviera con mi familia, pero paseando por las calles sin rumbo fui a parar junto al río y a uno de sus numerosos puentes: el Pont de l´Archevêché. Lo crucé llegando a la Île de la Cité. Me recreé paseando por los jardines de alrededor y admirando la arquitectura del emblemático edificio de estilo gótico. En la fachada principal se encontraban gran cantidad de turistas que como yo aprovechábamos para inmortalizar el momento. Disparé como ocho o diez fotos con mi cámara del revés para fotografiarme con la catedral de fondo. La ventaja de estos artilugios es que después puedes mirar las instantáneas y deshacerte de las que no te gusten. Borré tres por su desenfoque, pero las otras, aunque había un par que no me convencían, las dejé; sabía que Ruth se iba a divertir viendo mis poses.

Entré a la catedral y solo tengo dos palabras para describirlas: colosal e impresionante.

Como veis me quedé sin palabras.

A la salida me tomé un refresco en uno de los quioscos ambulantes que había por los alrededores y me fui de nuevo al hotel. Dejé preparada la ropa que me pondría al día siguiente e hice el equipaje, al acabar, me di una ducha para vestirme antes de bajar a cenar.

Al salir del restaurante vi un letrero junto a la puerta de este en el que anunciaban para esa noche, música en vivo en la terraza de la azotea. Incliné la cabeza a un lado, sopesando si subir o quedarme un rato en la terraza de la cafetería que había en la planta baja. «Ummm... voy a subir, esta de aquí abajo, ya me la conozco». Pensé a la vez que esbozaba una sonrisa.

El ascensor abrió sus puertas y dejé pasar a un matrimonio mayor que hicieron el trayecto conmigo. Recorrimos un corto pasillo y al abrir la puerta mi pensamiento se escapó en voz alta:

—¡Guauuu!

La terraza ocupaba casi más de la mitad de la superficie del edificio. Estaba decorada en su perímetro por unas bombillas con farolillos tubulares. En un lado había una zona de bar que destacaba por sus luces de neón, a continuación, se encontraba un chico tocando un órgano eléctrico y junto a él, una chica cantando: *La vie en rose.* Me quedé junto a la puerta observando el recinto con esa deliciosa canción sonando de fondo. Delante de este dúo había marcada una pista de baile con algunas parejas bailando, y al otro lado, casi todas ocupadas ya, excepto tres, un grupo de mesas bajas rodeadas de unas butacas que, a simple vista parecían cómodas, como pude comprobar acto seguido. Al momento se me acercó un camarero con la carta de bebidas. Le di una ojeada y pedí:

—Un *french connection, s´il vous plait*[19]. —Me llamó la atención el curioso nombre del combinado.

—Buena elección, *monsieur*.

En ese preciso instante, la música acabó. Aplaudimos y la cantante nos dio las buenas noches a todos. Hablaba en francés, italiano e inglés.

—Espero que esta velada sea de su agrado. Les he dado la bienvenida con esta emblemática canción, que a mi parecer, no puede ser más bella con estas maravillosas vistas —desde la terraza se divisaba casi toda París iluminada—. Pero esto no acaba aquí intentaré amenizarles la velada con temas variados, si tienen alguna canción predilecta solo tienen que pedírsela a Jean. Yo soy Nadine e intentaré cantársela, aunque he de advertirles que no me las sé todas, ¿eh? —nos reímos por su simpatía y gracejo; aplaudimos mientras Jean comenzaba a tocar una melodía y ella se preparaba para cantar—. Y dicho todo esto, ¡todos a bailar!

La noche estaba resultando agradable por la variedad de temas que aquella chica menuda, pero con una poderosa y dulce voz, y por qué no decirlo, guapa; hacía que el tiempo corriera casi sin darme cuenta. No salí a bailar, simplemente, me dejaba llevar regalando mis oídos a la música y el paladar, a aquel combinado que me pareció exquisito. Miré mi reloj y vi que eran las diez y media de la noche. Volví a mirar el móvil y nada... Así que me armé de valor y me dije: «Pues si la montaña no viene a mí; iré yo a la montaña».

Preparé un SMS:

«Hola, Natasha. Soy Random, tal vez no puedas contestarme, no pasa nada, posiblemente, nos veamos de nuevo en Londres cuando volvamos, si lo ves acertado. Un beso Cenicienta».

Le di a enviar a sabiendas de que había hecho lo correcto bajo mi criterio. Apuré de un sorbo el cóctel y le indiqué al camarero que me sirviera otro. En ese momento cantaban a dúo Jean y Nadine *I want to break free*[20] de Queen, en un tono más lento y apropiado para la noche. La mayoría de los que nos encontrábamos allí nos animamos a cantarla. Llegó el camarero con mi nuevo combinado y le di un sorbo para suavizar mi garganta, cuando vi que se iluminaba la pantalla con la entrada de un mensaje. Rápidamente me apresuré a abrirlo al ver que era de Natasha.

Casi espurreé parte del cóctel. Decía así:

«Disculpe, señor Random. Me parece muy bien su insistencia, pero debería intentar con otro número, ya que, ni me llamo Natasha, ni Cenicienta, ni vivo en Londres. Por su perseverancia he accedido a responderle ya que no están llegando los SMS a la persona correcta. Yo, por mi parte he de decirle que me llamo Manuel, y le escribo desde el barrio gay de Castro, en San Francisco. Hechas las presentaciones, si usted quiere podemos seguir intimando, de lo contrario rogaría no más mensajes. Gracias».

Solté el móvil encima de la mesa como si estuviese electrificado; pegué mi espalda bien al respaldo del sillón y me quedé quieto, casi inerte mirando al teléfono como si fuese un arma de destrucción masiva. Pasé así, quizá un par de minutos; miré a los lados como si hubiera hecho algo malo y en cualquier momento pudiera ser descubierto. «¡Qué ironía! Si aquí nadie me conoce, y no creo que Bob vaya a salir de detrás de un sillón para sorprenderme». Pensé a la vez que me reía yo solo. En la mesa contigua, se encontraban dos matrimonios, las señoras me observaban como si fuese un bicho raro, mientras sus maridos miraban embelesados a la cantante. No pude evitar mirarlas y levanté las cejas desafiante como diciéndoles con la mirada: «¿Qué? ¿Ocurre algo?» Ellas giraron la cabeza airadas; juntaron más sus sillones para cuchichear no sé qué. Moví mis pies para ver si me circulaba la sangre y seguían con vida a la par que volvía a mi pensamiento el tal Manuel. «¡Madre mía! Qué fallo he tenido con esa persona molestándole insistentemente. Me debería de haber disculpado por lo menos». Tomé un buen trago del cóctel y escribí:

«Hola, señor Manuel. Lamento haberle molestado tanto. Me debieron dar mal el número, ya lo aclararé, con lo cual, no le molestaré más. Un saludo y me reitero en mis disculpas por el

malentendido».

Lo envié enseguida y me quedé pensando: «¡Qué mal trago...! Espero que esto no sea una broma de mi hermanita... —Apreté los labios formando una línea recta—. En fin, como mañana vuelvo a Londres, ya lo aclararé con ella».

Traté de olvidarme del tema. La canción que estaba cantando en ese momento Nadine: *One day in your life*[21] de Anastacia consiguió que me centrara en el momento que estaba viviendo; mi última noche en París, cuando vi que la cantante salió de su zona e iba cantando entre las mesas, poco a poco, se iba acercando y pensé: «Ah, nooo. Otra vez no me pillan». Di un largo trago apurando mi *french connection* y me puse en pie para dirigirme a la puerta de salida.

Nadine dejó de cantar, pero la música seguía, ella dijo por el micrófono:

—¿Se marcha ya, *monsieur*?

Todas las miradas se centraron en mí, incluso las personas que estaban bailando dejaron de hacerlo.

—Esto..., yo..., es que..., ¡me aprietan los zapatos! Buenas noches.

Salí rápidamente para dirigirme al ascensor, mientras esperaba a que este subiera pude oír como decía:

—Bueno, sigamos, que he debido de asustar a ese lindo gatito.

Las puertas del ascensor se abrieron, pero antes de que se cerraran, pude escuchar las risas. Me miré al espejo y estaba sudando. «Debes de tener el guapo subido, Randy, las féminas te acosan, ja, ja, ja». Le dije a mi otro yo.

El domingo por la mañana un taxi me dejó en el aeropuerto. Antes de subir al avión de las 10:00 AM llamé a mi hermana.

—¡Hola, Eli! Ya salgo. Estaré por ahí alrededor del mediodía.

—*OK*. ¿Todo bien, Randy?

—Lo preguntas por algo en particularrr?

—No, pregunto en general. ¿Por qué lo dices?

—Bah, por nada, cosas mías. Sí, hermanita, todo bien, ya estoy en el aeropuerto.

—Bien. No olvides desconectar el móvil cuando subas al avión.

—¡Eh! ¡Esperaaa!

—¿Qué te paaasaaa?

—Pues que me diste el número de Natasha mal.

—¡¿Y ahora me lo dices, jodiooo?! ¿Después de dos semanas?

—Pufff..., hermanita, ya te contaré.

—Pero ¿qué te ha pasadooo?

—Ya te lo contaré en casa, que es largo de explicar. Mándame de nuevo el número de Nat, porfa.

—Enseguida te lo mando.

—Cuelgo, así me lo apunto si me da tiempo antes de entrar al avión.

—*OK*, un beso.

—Otro para vosotros.

Colgó y al momento me llegó su mensaje. Revisé bien uno a uno cada número por si era el mismo al que había molestado, cuando me di cuenta de que el segundo número no era el mismo. Lo guardé en mi lista de contactos añadiendo a ese número el nombre de Natasha y Cenicienta. Acto seguido, preparé un mensaje.

«Hola, Cenicienta. ¿Qué tal todo? ¿Y tu familia? Y por supuesto, ¿qué tal estás tú?»

Me quedé pensando, pues no sabía qué más escribirle y en qué orden ante el fallo de mis

últimos SMS. «Ya está bien», me dije mientras le daba a enviar y me olvidé del tema. Estaba a punto ya de embarcar cuando escuché el pitido de la llegada de un mensaje. Rápidamente le di para abrirlo y poder cerciorarme de que había llegado de la persona correcta:

«¡Hola! ¿Cómo estás tú, Romeo? ¡Qué alegría de tener noticias tuyas, pronto regreso a Londres si todo va bien! Besos para ti y los tuyos. Me ha hecho mucha ilusión saber de ti. Nos vemos en Londres. Tu amiga: Nat. :)»

Al leerlo, una gratificante sonrisa de oreja a oreja se dibujó en mi cara. Los asuntos del trabajo habían salido a pedir de boca; París me había encantado, y para rematar, por fin había podido hablar con Nat por mensaje. «¡Guauu! ¿Qué más podía pedir?» Pensé.

Me dirigí hacia la puerta de embarque y no pude evitar abrazar a la azafata; no le dio tiempo a reaccionar y solo pudo sonreír ante mi ocurrencia. Subí al avión, busqué mi asiento y tras colocar mi bolso de mano en el compartimento superior, me senté, de mi bandolera saqué el Mp3, me coloqué los auriculares para desconectar del mundo y dejarme llevar por la música.

En cuanto puse los pies en tierra firme emprendí el camino hacia el *parking* de larga estancia para recoger mi coche y poner rumbo al hogar de mi familia.

Paré delante de la puerta de casa de mi hermana y toqué el claxon del coche, al momento se abrió la doble puerta del jardín y la de la cochera. Como una exhalación apareció Ruth dando saltos.

—¡Tíooo!

—Cuidado, cariño —le dijo Eli—. Deja que tu tío aparque, ¡por Dios!

Nada más bajarme del coche venía Ruth corriendo como una posesa, la agarré al vuelo entre mis brazos y le di un beso de vaca.

—¡Hola, tío Randy!

—¿Qué tal, princesa mía? ¿Cómo está mi sobrina preferida?

Ella se rio.

—¡Tío, que soy la única!

—Lo sé, señorita, por eso eres mi preferida, ja, ja, ja. Y ahora, ¿me deja usted que salude al resto?

—Puedes saludarlos conmigo en brazos, ¿no?

—Pues también tienes razón, cariño.

Me acerqué a Scott y le di un fuerte abrazo.

—¡Cuñado! ¿Qué tal el viaje? Menos mal que ya te tenemos de vuelta, estas dos señoritas no están igual si tú estás lejos.

—Eso es que me quieren.

Detrás de Scott se encontraba mi hermana,

—Ruth, cariño ven —le dijo su padre—. Deja que el tío salude a mamá.

Me acerqué a Eli y nos dimos un abrazo de aquellos que te traspasan el alma.

—¿Cómo estás, grandullón?

—Ja, ja, ja, bien y feliz por estar por fin, ya en casa.

Ruth que quería protagonismo por tantos días de mi ausencia gritó:

—¡Mamiii, antes, el tío me ha dado un beso de vaca y me ha chupado toda la cara...!

Nos reímos.

—No pasa nada, cariño, ahora te doy una toallita. O mira, mejor. ¿Quieres devolvérselo tú?

—¡Sí! —respondió ella risueña y con aquella mella que ya comenzaba a tapársele.

—Pues eso, ahora mismo lo solucionamos. Randy, acércate.

—¡Oh, nooo! Ahora me va a ensalivar toda la cara.

Mi pequeña princesa se rio con cara malévola y divertida.

—Aaah... —dijo Eli—. Es lo que hay, tú empezaste primero... —Mi hermana lo decía seria, pero sé, que estaba haciendo un esfuerzo por contener la risa.

—Digo yo..., que..., si no te lo hago más, ¿me perdonas?

Supliqué poniendo las manos juntas a modo de plegaria, pero Ruth me miró cruzando sus brazos con la cabeza algo baja y medio enfadada, giró la cabeza de un lado al otro negándose. Su madre que la vio me dijo:

—Tú te lo has buscado, ja, ja, ja.

Viendo el panorama, solo tenía dos opciones: dejarme hacer, o tener a mi sobrina enfadada, hecho que no quería provocar después de tantos días sin verla, aunque a decir verdad, le solían durar poco los enfados.

—Bueeeno, vaaale. —Me agaché para me devolviera el saludo. Ella sacó su lengua y me la pasó por toda la cara—. ¡Aaagh! ¡Ahora me tendré que duchar!

Ruth se rio por fin, al dejarme medio rostro babeado, pero entonces antes de que se diera la vuelta me agaché de nuevo y le volví a lamer la cara.

—¡Mami! ¡Otra vez me lo acaba de hacer!

—¡Madre mía! No sé quién es más niño, tú, o ella. ¡Por Dios! —Eli puso los ojos en blanco.

—Venga, va. Hagamos las paces, ¡que he traído regalos para todos!

—Pues entremos a comer y allí se los das —sentenció Eli.

Cogí a mi sobrina y la subí en mis hombros a caballito.

—Cuñado, ¿quieres que baje algo del coche?

—Sí, por favor, Scott. Coge esa bolsa de tela color burdeos.

Mientras le daba las indicaciones a mi cuñado, Ruth aprovechó mi despiste y bajó su cabeza acercando sus labios a mi pómulo para darme otro lengüetazo.

—¡Pero bueeeno! ¿Con que esas tenemos? —le dije mientras la dejaba en el suelo y me puse a hacerle cosquillas, ella riéndose salió corriendo para la cocina al amparo de su madre.

—¡Eliii, que sepas, que la niña me ha chupado otra vez la cara!

—Ja, ja, ja —oía al fondo, la risa de mi sobrina.

—Pero ¿queréis parar ya los dos? —Escuchaba desde la cocina a donde me acerqué—. Mira que sois cansinos, ¿eh? Es que sois iguales, a cual peor, ja, ja, ja. Ha sido volver tú y ya me la tienes alborotada.

—Bueno, será porque nos echábamos de menos, ya lo sabes, hermana.

Miré a Ruth que se había posicionado al lado de su madre como asegurándose de que allí no le devolvería el lametón, ella me miraba divertida y me amenazó sutilmente como hacía otras veces, con sus dedos señalando sus ojos y dirigiéndolos a los míos para advertirme de que me vigilaba. Solté una carcajada.

—¿De qué te ríes, Randy?

—Ah, nada Eli, cosas de tu hija y mías, ja, ja, ja. ¿Y Cascabel, por dónde anda?

Miré por la ventana al jardín, la vi agazapada en el césped, la iba a llamar, pero en ese momento dio un salto seguido de unos rápidos y cortos movimientos como de querer cazar algo, imagino que sería alguna lagartija que seguramente debió de escapar.

—¡Cascabel! —grité.

—Miauuu —dejó ir la gata.

Fui al salón para salir al jardín y ella al verme vino y se rozó con mi pierna. Maulló en

varias ocasiones como dándome la bienvenida.

—¿Has visto, tío Randy, que bien he cuidado de Cascabel?

—Ya lo veo, cielo, la has cuidado de maravilla. ¡Y eso merece un regalo!

—¡Sí! —exclamó la pequeña que fue corriendo de nuevo a la cocina y se sentó junto a la mesa donde Scott había dejado la bolsa.

—A ver, a ver..., qué me han metido en esta bolsa...

Nos sentamos los cuatro alrededor de la mesa. Metí la mano y saqué un paquete que le di a Ruth, ella rápidamente rompió el papel para descubrir un muñeco de Peter Pan que sostenía en su palma de la mano una torre Eiffel de felpa.

—¡Ualaaa! ¡Qué chuli!

—Un momento, señorita, aún hay más...

Abrió los ojos como platos sorprendida, le entregué una bolsa de donde rápidamente sacó una camiseta de color rosa fucsia con unas letras estampadas en blanco que ponían: *París In Love*.

—¿Es para mí, tío?

—Claro, mi niña.

—¿Qué se dice, Ruth?

—Eeeh, a mí me vale con un beso, pero de vaca no, ¿eh? —nos reímos los cuatro.

—Mamá, ¿me la puedo poner ya?

—Claro, cariño.

Se fue a su cuarto a ponérsela, mientras, saqué de la bolsa un estuche que contenía una botella de champán francés para Scott.

—¡Guauuu! —exclamó graciosamente mi cuñado al tener entre sus manos la botella—. ¡Un Moët & Chandom Grand Vintage 2000! ¡Gracias, te lo has currado, tío! La guardaremos para degustarla en alguna ocasión especial.

—Bueno, y ahora falta la anfitriona de la casa. A ver..., qué encuentro en la bolsa... —Saqué un paquete pequeño envuelto en papel—. Tenga usted, hermanita.

—¿Qué es, Randy? Ya sabes que no deberías haber comprado nada para nosotros, solo a Ruth en todo caso, y ya está.

—Ábrelo, anda.

Le quitó el papel y al verlo exclamó:

—¡Oh, que chulo! Mirad, es un imán para la nevera, de la torre Eiffel. ¡Mola! —Se me acercó y me besó—. Gracias, por todo, hermanito.

En esas venía Ruth con su camiseta puesta, al ver el imán, dijo:

—Yo lo pongo en la nevera.

—Vale, cariño. Vamos a buscarle sitio.

—¡Eh, señora de la casa! No se vaya tan rápido que parece que queda algo todavía en el fondo de la bolsa.

Eli se volvió intrigada y le entregué otro paquete.

—*Oh là là!* —dejó ir Eli simulando el acento francés, cuando lo abrió y descubrió lo que contenía: una pequeña cesta de mimbre cuadrada en cuyo interior había cuatro botes de perfume francés—. ¡Ostras, te has lucido! No hacía falta, cariño.—Se acercó para darme un abrazo de los que nosotros llamábamos de oso y que tanto había echado de menos estos días de viaje—. Scott, cariño. Abre el mejor vino que tengamos que la ocasión lo merece. Hemos echado mucho de menos a este grandullón.

—¡Marchando! —espetó Scott mientras se dirigía hacia la despensa donde tenían una

pequeña vinoteca en la que cabrían unas veinte botellas a su temperatura adecuada.

—¡Y ahora, a comer! —ordenó Eli—. He preparado *roast*...

No dejé acabar a mi hermana.

—¡Ummm! Cómo lo he echado de menooos. Aunque no desmerezco la comida francesa, que también es exquisita, pero donde se ponga tu asado, Eli...

—He hecho también, puré de manzana, patatas y zanahorias salteadas a la mantequilla y tomates a la provenzal.

—¡Pues quiero de todo, que tengo hambre de lobooo! —dije poniendo la voz ruda. Ruth reía contenta.

Durante toda la comida no paré de contar cosas ocurridas en París; sobre el trabajo y sobre las visitas a lugares emblemáticos durante mi tiempo libre. Mientras tomábamos café, les enseñaba las instantáneas hechas con el móvil y con la cámara que había llevado. Les conté mis anécdotas en el Moulin Rouge con fotos incluidas, y en la terraza del hotel. No parábamos de reír por mi cara de asombro al ver el trasero de la bailarina. Ruth me pedía una y otra vez que pusiera la misma cara de la foto y ella se partía de risa.

—Ay, hermanito. Es que te pasa cada cosa... ¡Ja, ja, ja!

Tras un buen rato de tertulia, Eli nos sugirió que nos tumbáramos en el gran sofá todos, para que la niña disfrutara un poco más de mí, su tío del alma.

—Bueno, un rato para reposar y luego me marcho.

—Después de merendar, ¿vale?

Levanté el pulgar.

No quería dormirme, pero la película de la tele no me atraía y dormitaba ligeramente, pues Ruth se encontraba recostada a mi lado, ella seguía mirando aquellas fotos, entre sueños oía su risilla divertida y a mi hermana que le chistaba para que me dejara descansar. Finalmente, caí en un soporífero sueño.

Casi dos horas más tarde de la hora rigurosa en la que los ingleses solemos tomar té, merendamos acompañándolo con unos *macarons* que compré en el *duty free* del aeropuerto mientras esperaba mi vuelo.

—Randy, quédate a dormir si quieres y mañana te vas —me ofreció Scott.

—¡Sí! —gritó Ruth contenta.

—Familia, me quedaría encantado, pero tengo que ir a casa a dejar todo y sacar toda la ropa. Además, mañana a primera hora he de ir al aeropuerto a recoger lo conseguido para el museo. Gracias, Scott.

Ruth puso el morrito arrugado.

—Jooo, ahora me quedo sin Cascabel...

—Bueno, señorita míralo por el lado bueno, por unos días la gata no te tirará del pijama al levantarte, ¿no?

—Ja, ja, ja —el semblante de la niña cambió—, es verdad. Tío Randy...

—Dime, cielo.

—¿Me das un abrazo de oso, porfi?

—¡Claro, mi niña!

Nos levantamos del sofá para despedirnos. Scott me abrazó.

—Me alegro de que estés de vuelta, cuñado.

Eli se me acercó y cogiéndome de las manos, me dijo:

—A mí, ya me valía con que volvieras, Randy. Los regalos se agradecen, pero no eran necesarios.

Miré a los tres allí delante de mí y me alegré de estar de vuelta, en ese momento no podía sentirme más orgulloso y feliz, de manera que me acerqué más a ellos y les di un abrazo en el que nos fundimos los cuatro; Ruth nos abarcaba con sus bracitos a su padre y a mí por la cintura.

—Sois mi familia, y si no lo hago por vosotros, ¿por quién lo voy a hacer? —Ese abrazo duró casi un minuto en el que nos transmitimos el amor y el cariño que nos profesábamos. Di un profundo suspiro y dije—: Bueno, soltarme que al final me vais a tener que echar a patadas. —Todos nos reímos—. Ruth, ¿me ayudas a buscar a Cascabel?

—Ya voy yo a buscarla tío Randy, seguro que está en el jardín incordiando a algún bicho.

Enseguida llegó mi sobrina con la gata en sus brazos, le dio un beso en la cabeza y se despidió de ella con un «hasta pronto, Cascabel», esta como si la entendiera le correspondió en la despedida como ella solo podía hacer: maullando. La metió en el transportín y yo lo coloqué en el asiento trasero sujeto con el cinturón de seguridad.

Me despedí de nuevo con un beso a mis chicas y un apretón de manos a mi cuñado, me subí al coche mientras Scott accionaba con el mando la puerta del garaje y la del jardín. Saqué el coche a la calzada, los tres se encontraban en la puerta para despedirme.

—¡Hasta pronto, familia!

—¡Randy, te esperamos el domingo para la barbacoa! —me dijo Eli.

—¡Sí! Además, algún día probaremos ese champán francés —dije guiñando un ojo.

Me fui para casa, tras aparcar, y sacar la maleta, la bolsa de viaje, la gatera y todo lo demás, me introduje en el ascensor. Al llegar arriba y abrir la puerta de mi ático, lo primero que divisé fue el cuadro de Nat. Parecía que lo había colgado inconscientemente allí para ser ella quien me recibiera y, como si aquella imagen tuviera vida, le hablé:

—¡Hola, señorita! ¿Qué tal? Cuánto tiempo sin verla...

Me quedé unos segundos admirando el retrato, evidentemente permanecía mudo y pensé: «¡Ostras! Hace mucho que no le he escrito». Abrí la gatera para que Cascabel deambulara por casa; dejé las cosas junto al sofá y me tiré en él como si llegara de un viaje de miles de kilómetros. Levanté la tapa del móvil y me puse a escribir.

«¡Hola, Cenicienta. Soy el hombre misterioso. Tenemos que hablar cuando vuelva, no es normal que sueñe con mi sobrina y aparezca usted. :)»

Le di a enviar y dejé ir una sonrisa picarona por ver lo que en teoría volvería de vuelta. Para pasar el tiempo encendí el portátil, me distraje repasando algunas cosas, cuando el pitido del móvil me advirtió de la entrada de un mensaje. Habían pasado solamente cinco minutos y me parecieron una eternidad. Lo abrí rápidamente al ver que era de Natasha.

«Perdone usted, señor Romeo, eso será debido a la edad. :p Pero es agradable saber que usted se preocupa por mí. Salude de mi parte a su princesa, y espero que lo haya pasado bien en París».

Lo leí y pensé: «Uyyy... ¿cómo lo sabe? Tal vez lo dijera mi hermana mientras comíamos en su casa, o tal vez se lo dijera Bob a su mujer y esta se lo trasladara a Natasha... No sé...»

Apagué el portátil y fui a darme una ducha. Saqué de la maleta la ropa que tenía para lavar y dejé preparada la que me pondría al día siguiente. Fui a la cocina, me hice un café con leche que acompañé con algunas galletas y me fui a la cama. Aunque esta es de dos por dos metros tengo la costumbre de acostarme en el lado derecho, de manera que me tumbé bocarriba y mirando hacia el techo desconecté del mundo. Me di la vuelta mirando hacia el lado izquierdo, que era la posición que a mí me gusta para dormir. Recordé el mensaje que había recibido hacía un rato y dejé ir de mis labios un suave susurro:

—Buenas noches, Natasha.

A más de tres mil kilómetros de Londres, Natasha se tomaba una tila que su abuela le acababa de hacer.

—Cariño, yo ya me voy a la cama, no te acuestes muy tarde, Natasha.

—Tranquila, abuelita. Acabo un capítulo de esta novela, y lo dejo. Que descanses.

—Buenas noches, mi niña —respondió la abuela a la vez que le dejaba un cariñoso beso en su mejilla.

Natasha se encontraba en pijama sentada frente a un antiguo buró de caoba, allí tenía su portátil abierto, en uno de los cajones, algunos objetos de poco valor material, pero de un inmenso valor sentimental para ella; entre ellos, la placa donde figuraba el nombre de Romeo y una pieza de metacrilato con la margarita disecada. Terminó de tomarse la tila y cerró el archivo en el que estaba escribiendo, acto seguido apagó el portátil y bajó la puerta de persiana del buró. Se dirigió hacia el lado izquierdo de la cama y se metió entre las sábanas, a ella le gustaba acomodarse mirando hacia el lado derecho. Apagó la luz de la mesilla, la oscuridad de la noche inundó la habitación. Clavó su mirada en el infinito que, poco a poco se fue adaptando a la tenue luz que la luna dejaba pasar por la ventana. Flexionó la pierna izquierda como queriendo tocar con su rodilla a alguien imaginario al otro lado de la cama y murmuró:

—Que descanses, Romeo».

Capítulo Nº 14 - ¿Que te pasa,Randy?

El pitido intermitente del despertador me sacó de mi sueño para devolverme a la realidad. Cascabel se subió en la cama para darme los buenos días con su maullido metiendo su cabeza gatuna entre mis manos demandándome algunas caricias que seguramente había echado de menos, aunque estoy seguro de que no le faltaron, es más, posiblemente estuviera echando de menos a Ruth. Me levanté para cumplir con mis rutinas de aseo personal y ponerle un poco de pienso en su plato a la felina. Me tomé un café y salí de casa poniendo rumbo con mi auto hacia el aeropuerto de Gatwick.

Dos horas más tarde aparcaba en el muelle de carga y descarga del museo; entregué toda la documentación que traían las piezas llegadas desde París para registrarlas correctamente. Saqué el coche de aquella zona y lo aparqué en una calle paralela al museo. Entré al edificio y mis pasos me llevaron hasta el despacho de Walter, por uno de los pasillos pude contemplar algunos cuadros nuevos que no tenía vistos, pero no me paré a mirar la firma del pintor, aunque me imaginé que serían los que Morty le tenía que traer a Walter.

Al llegar a la puerta que me separaba de mi amigo toqué con los nudillos y se abrió ligeramente al encontrarse esta entornada.

—Perdón, se abrió sola. ¿Se puede?

Walter al verme se levantó de su sillón.

—¡Adelante, colega! —Él rodeó su mesa; nuestros pasos se encontraron en el centro del despacho para fundirnos en un abrazo—. ¿Qué tal todo, Random? ¡Qué alegría de tenerte ya de vuelta!

—Bien. Se podría decir que salió todo a pedir de boca.

—¡Me alegro!

Nos sentamos en el sofá que había bajo el gran ventanal del despacho y puse a mi jefe al día de todo lo acontecido referente al tema laboral del viaje.

—Bueno, jefe, ¿qué me tienes preparado para hoy?

—Pues mira, Randy, puedes comenzar a ponerte en marcha con el tema de Rusia, que, en unos meses, posiblemente tengas que ir.

—Tranquilo, Walter, ahora mismo me pongo con ello. Voy a mi oficina a ponerme en órbita —nos reímos—, y a comenzar las gestiones.

—No te olvides que este viernes tenemos partida de bridge. *¿OK?* —Asentí con la cabeza —. ¡Hablamos, Randy!

Levanté mi pulgar aceptando la orden y me fui para mi despacho a ejecutar mis obligaciones.

Transcurridas un par de horas me llegó un mensaje de texto al móvil.

«¡Hola, Romeo! ¿Qué haces, guapo? ¡Espero que no me hayas olvidado! Si no, me veré en la obligación de enviarte amigas más jóvenes que yo, para que el señor Williams no se fije en más mujeres. :) Un saludo, señor Misterioso».

Enseguida preparé otro de vuelta:

«¡Hola, Cenicienta! Ya de vuelta. Trabajando en futuros proyectos laborales y personales. ;)»

Le di a enviar, pues ese mensaje iba con doble sentido. «¿Sabrá captar la indirecta? —me

pregunté en silencio, pero enseguida me di la respuesta—: Seguro que sí, como suele decir Eli: "Las mujeres tienen un sexto sentido"». No había acabado de pensar en esto, cuando de nuevo llegó otro SMS.

«Ah, a finales de semana estaré de nuevo por nuestro bonito y amado Londres. Tal vez me pase por el Café 101».

Sonreí plácidamente por lo que estaba leyendo y no pude evitar que me albergaran sentimientos de felicidad, así que me animé y me dispuse a contestarle:

«Mmm..., no sé si es buena idea que me envíe amigas, uno no es de piedra y los ojos a veces no obedecen ante la belleza natural y efímera de la juventud. Creo que quizá deba volver a ese café que usted y yo conocemos y sabemos que se conciertan citas... Me han dicho que preparan unos combinados muy originales y que en ocasiones van damas agradables, de corazón y sentimientos bonitos, que es en lo que se suele fijar un tipo maduro y raro como yo. O sea, señorita Natasha Ivanova, mejor que no tarde mucho, si no, le pediré a nuestro buen amigo Bob, que me asesore sobre posibles citas. :)»

La extensión de mis palabras en aquel mensaje provocó que, al enviarlo, la compañía telefónica lo fraccionara en dos. Sonreí cariñosamente por aquellos mensajes irónicos que nos enviábamos sin más. Estábamos dando los primeros pasos virtuales, que nos permitían mantener en contacto y que, hasta ahora, nunca habíamos cruzado esa barrera inexistente e infranqueable hasta ese día, que nos ayudaba a lanzar señales al otro indirectamente.

Continué con mi labor clavando la mirada en el ordenador e intentando centrarme en mis obligaciones, pero el pitido de un nuevo mensaje por parte de Nat, no me lo permitió. Me apresuré a abrirlo.

«A ver, señorito raro y maduro... :p Usted y yo tenemos alguna cita pendiente creo, además, si me aprieta mucho hablaré con su princesa, amiga mía también, y le haré saber que su tío no cuida de su amiga. Así que usted mismo, Sr., pero yo en su lugar trataría mejor a la amiga de Ruth; tenga la edad que tenga. ;)»

Al leerlo casi me caigo de la silla por el sarcasmo de Natasha. Sonreí y pensé: «¡Ups! Espero no haberla molestado, aunque por los iconos que envía parece que no. Creo que tenemos buena sintonía, espero que dure». Dejé el móvil a un lado de la mesa y los mensajes cesaron en ambos sentidos. Por lo que continué con mi tarea. Aquella semana tenía muchos tratos que negociar y cerrar con unos pasantes por obras que había visto en París y que habían quedado pendientes.

El lunes y el martes visité el Café 101 para desayunar, ya que tenía que solventar unos asuntos referentes a mi trabajo por aquellas inmediaciones. Bob siempre que me veía me recordaba las ocasiones en que la ancianita había venido a desayunar y que se marchaba sabiendo que, de sus desayunos se hacía cargo un alma caritativa. Ese martes saldé la cuenta con Bob, para ponerme al corriente de los pagos.

La mañana del jueves conseguí por fin hablar con un agente de Rusia, para las negociaciones que me había pedido Walter.

Esa misma mañana sonó el teléfono en casa de Elisabeth:

—¿Sí, dígame?

—¡Hola, Eli! Soy Morty, cariño.

—¡Ah, hola! ¿Qué tal?

—Bien, bien. Quería decirte que Natasha ya ha vuelto de su viaje.

—¿Sí? ¡Qué bien! ¿Y qué tal está?

—Bien, me encargó que os mandara saludos y un beso para Ruth, bueno y mío también para esa dulce princesita.

—Gracias, ahora se lo doy, se pondrá contenta.

—Cielo, te llamaba para decirte que si os va bien la semana que viene, el sábado o tal vez el siguiente, podríamos quedar en nuestra casa para hacer la barbacoa.

—Claro, Morty. Hablo con el resto y lo organizamos.

—Ya me dirás algo nena. *¿OK?*

—*OK*, más tarde te envío un mensaje y quedamos.

—*Bye*, guapa.

En la otra parte de la ciudad sonó el teléfono:

—¡Hola, hermana! Dígamelo, ja, ja, ja.

—Randy, que dice Morty que ya podemos quedar para hacer la barbacoa en casa de tu amiga.

—¿Qué amiga?

—¿Qué amiga va a ser, bobo? ¡Por Dios…, pues Natasha!

—¡Ah! Pues cuando digáis. ¡Si hablas tú más con ellos que yo, jodía!

Elisabeth dejó ir una carcajada.

—Mira, hablo con Betty y a ver qué dicen.

—Vale, pues ya me dirás hermanita, un beso para ti y para la enana princesa.

—¿Enana la has llamado? —esgrimió ella—. ¡Si dentro de nada estará más alta que tú, majo! —Y se rio—. *Bye bye*, Randy. Te digo algo más tarde.

Una vez que la llamada acabó me quedé pensativo. Me estaba acabando de preparar para ir al museo miré a Cascabel para decirle:

—¡Jovencita, nuestra amiga ha vuelto, por fin! —La gata mirándome fijamente dejó ir un maullido, mientras se lamía las patitas delanteras, una a una—. Pórtate bien —le dije al salir por la puerta.

Mientras esperaba el ascensor me quedé pensativo. Abrí la tapa del móvil y preparé un SMS:

«¡Hola, señorita amiga de Ruth! Me he enterado, por la mamá de nuestra amiga en común, que ya está usted aquí. ¡Qué feooo, por Dios! ;p Hablas más con mi familia que conmigo. :(Estoy por hacerle una cruz y raya, aunque no sé..., tal vez me enfade menos si me invita usted, a una copa donde Bob ;)».

Lo envié y me quedé con cara de haber hecho alguna trastada. Justo al entrar al ascensor, mi móvil emitió el pitido que últimamente se me hacía tan familiar. Metí mi mano en el bolsillo de la chaqueta, al abrir la tapa vi que el mensaje era de Natasha, pero no lo podía leer, pues dentro del elevador no había cobertura. Este se detuvo tan solo dos pisos más abajo para que entrara un matrimonio con su hijo, nuevos vecinos, imaginé, ya que era la primera vez que los veía. El aparato continuó su bajada, en el primero se volvió a detener y se abrieron las puertas correderas de seguridad.

El señor Peterson abrió la puerta y se quedó como embobado mirando al interior del habitáculo, no había sitio para nadie más.

—Oh, perdón, ya me espero que veo que va lleno —dijo manteniendo la puerta abierta y sin ninguna prisa por cerrarla.

—¡Pero cierre ya, buen hombre para que consigamos llegar abajo!

Exclamé inconscientemente por la impaciencia de leer aquel mensaje que sabía que era de Nat. El señor Frank Peterson del primero tercera, soltó la puerta como si le hubiera dado un

calambrazo. El matrimonio se me quedó mirando de arriba abajo con cara de pocos amigos.

—¡Vaya modales de buena mañana! —dijo el hombre mirándome de soslayo.

Me sentí avergonzado y enrojecí por el comentario del señor.

—Yo..., es que... —Su mujer no me dejó acabar.

—¡Ni es que, ni nada! ¡Buenos días! —espetó la señora con cara de haberse tragado un limón.

El ascensor se había detenido y me quedé allí parado viendo cómo aquellas tres personas salían. «¿Qué me había pasado?» Pensé. Salí y el vecino del primero tercera bajaba los últimos escalones que le llevaban a la entrada.

—Perdóneme, señor Peterson por haberle hablado de esa manera. Es que me da un poco de claustrofobia el ascensor y además voy un poco tarde al trabajo.

—Tranquilo, señor Williams, no hay problema. Nos conocemos de hace años y un mal día lo tiene cualquiera. No se preocupe.

—Gracias. Que tenga un buen día.

«¡Aaahg! Vas a ir al infierno de cabeza Randy, en menos de un minuto has mentido dos veces». Me dije para mis adentros. «Pero ¡es que tengo que leer el mensaje de Nat!» «Sí, claro, y no podías esperar unos minutos, ¿verdad?» «Pues..., realmente no» «¿No te das cuenta de que no se sostiene uno de los argumentos que le has dado al señor Peterson? Si realmente tuvieras claustrofobia, no te habrías comprado un ático». Este diálogo que mantenían un ángel y un demonio imaginario en mi conciencia me estaban impidiendo leer el SMS, de manera que sacudí la cabeza enérgicamente para despejar esos pensamientos y abrí el mensaje. Al leerlo, me descojoné yo solo. Decía así:

«Verá, hombre misterioso; será que su familia intenta saber más de mí, que usted... ¿Por qué será? Está visto que no sé si elegí bien la cita. :p Menos mal, que gracias a usted he conocido a una familia maravillosa. Por cierto, señor Random Williams, ¿querrá tomar vino en mi casa?»

Una gran sonrisa se dibujó en mi cara haciéndome olvidar lo ocurrido pocos minutos antes.

«Soy un invitado y lo que usted decida poner me valdrá, incluso si es agua del grifo me parecerá deliciosa, mientras no me ponga la del florero :)».

Contesté al mensaje de Nat mientras esperaba en la parada del bus.

Este día había decidido coger el trece para ir al museo, ya que pasaba por delante del edificio en donde trabajaba Natasha, al aproximarnos al lugar, alguien pulsó el botón de parada, no pude evitar dejar ir una sonrisa cariñosa, pues es como si estuviera viviendo un *déjà vu*; estaba rememorando el día que unos meses antes había vivido, cuando ella me avisó que miraba a una mujer más joven que yo, aunque la miraba porque pensé que era una amiga, y que Natasha me recriminó porque la veía joven. Volví a mirar hacia arriba del todo de las escaleras, cuando entonces vi que se estaba saludando con alguien, incrédulo acerqué mi cara al cristal. Pude ver a lo lejos, a Mortimer y ella dándose un abrazo cariñoso. Inconscientemente, toqué con los nudillos el cristal para hacerme ver, pero estaban muy lejos, además, una señora del otro asiento me recriminó:

—¿Qué hace? ¡Va a romper el cristal!

La miré y me disculpé:

—Lo siento, señora.

Volví a mirarles y no pude evitar sonreír cariñosamente. El autobús se puso de nuevo en marcha mientras veía que aquella extraña y conocida pareja seguía dándose abrazos muy efusivos, al girar la calle, me puse de nuevo en postura normal en mi asiento, miré a la mujer que

me había llamado la atención, le sonreí e hice un gesto como diciendo: «Ya está, señora, ya me estoy quieto». Me giré de nuevo hacia el cristal y dejé ir una sonrisa maliciosa. Cuando llegó el momento de mi parada me puse de pie para salir, y al pasar junto a la mujer que me había reprimido mis actos le dije:

—Que tenga usted un buen día, señora.

Ella me regaló una sonrisa y me respondió:

—Igualmente, señor.

Caminé por el pasillo hacia la salida, miré hacia atrás y ella seguía sonriéndome, justo en ese momento se detuvo el vehículo, se abrieron las puertas, miré nuevamente a la señora para decirle:

—¡Borde, sosa! —Y me bajé del bus, no sin poder escapar de la contestación de ella:

—¡Deslenguado!

Me giré hacia el autobús y mientras se ponía de nuevo en marcha, aún me atreví a sacarle la lengua. De nuevo la sonrisa maliciosa apareció en mi cara. Según entraba al museo me iba riendo de mí mismo y de la escena que acababa de vivir. «¿Qué te pasa, Randy? ¡Vaya día llevas!» Pensé. Yo, que apenas mataba una mosca, siempre con un gesto amable, cortés y educado, acababa de llamar a una mujer varios improperios dignos de un mal hablado, y todo porque me había recriminado el énfasis por haber intentado saludar a alguien a quién echaba de menos.

Una vez dentro del edificio me dirigí hacia el despacho de Walter. Toqué en la puerta y escuché:

—Adelante, Random. ¿Tienes todo?

—Sí.

—Pues ya sabes. Vamos a por esas imágenes que necesitamos para el museo.

—Bien. Vamos. Ah, por cierto, te llamará Eli.

—Ya me ha contado Betty, si te refieres a lo de la barbacoa.

—Sí, a eso me refería, amigo.

—Todo controlado, entre ellas decidirán qué comprar y esas cosas. ¿Estás bien?

—Sí, claro, ¿por qué no iba a estarlo? —pregunté extrañado.

—No sé, Randy, lo digo porque vamos a ir a su casa.

—Tranquilo, Walter, todo bien. Además, es una barbacoa, no es un compromiso de boda. —Los dos nos miramos sonriendo cariñosamente.

Walter se me acercó, me rodeó con su brazo por el hombro y apostilló:

—Te vamos a querer toda la vida amigo, con o sin pareja. ¡Ya lo sabes!

—Lo sé, lo sé, grandullón. Por cierto, señor, no te olvides que el miércoles noche tenemos partido de bádminton y cena en casa. ¿*OK*? Y prepárate que pienso meterte la del pulpo en ese partido, que últimamente soy muy flojo contigo.

—Es que me da no sé qué hacerte correr… —se rio para sí mismo, Walter.

—¿Perdonaaa? —contesté con una pregunta—. ¡El que vas a correr vas a ser tú majo, que te me estás poniendo fondón, chaval!

—Nos reímos los dos.

—Mira —me retó Walter—, si ganas tú, te dejo que conduzcas a la vuelta mi Jaguar, pero si gano yo, en la barbacoa de la casa de Natasha te podré mandar todo lo que yo quiera.

Extendí mi mano para cerrar el trato, sin reparar en la apuesta, Walter se apresuró a estrechármela antes de que me pudiera echar atrás.

—¡Puaaaf...! ¡Prepara tu coche que le voy a sacar la carbonilla, petardo! —Ahora me

asaltó la duda—. Pero…, ¿qué es eso de que me podrás mandar todo lo que tú quieras en casa de Natasha en caso de perder? ¿A qué te refieres, tío?

—Tú déjame a mí, Random —me contestó con una sonrisa divertida.

—Me das miedo, Walter…

—Tranquilo, amigo, que no es nada malo, solo que si gano yo podré tenerte de camarero personal en casa de Natasha —se rio él.

—Vale —respondí—, pero si gano yo podré sacarle toda la carbonilla a tu coche, que lo tienes medio dormido, ja, ja, ja —nos volvimos a estrechar las manos y añadió Walter:

—De esto nada a las mujeres, ¿eh?

Salí del despacho de Walter con la tranquilidad de que la vida a mi alrededor funcionaba cada día algo mejor.

¿Qué vas a hacer con tu vida?

Capítulo Nº 15 - Una cena y un picnic improvisados

El viernes por la mañana tenía que hacer unas gestiones cerca del Café 101 y aproveché para ir a desayunar.

—Buenos días, Bob —saludé al entrar y me dirigí a la mesa en la cual me solía sentar si esta se hallaba libre.

—Buenos días, señor Random —me saludó Bob nada más verme—. ¿Qué tal todo?

—Bien, gracias.

—¿Va usted a desayunar?

—Sí, por favor, lo de siempre —respondí mientras hice un recorrido con la mirada por el interior de la cafetería, para ver si veía a aquella señora mayor—. Disculpe, Bob, ¿ha venido hoy aquella abuelita?

Al preguntarle a Bob, su carácter mesurado debido a la formalidad con la que se tomaba su trabajo, le cambió, embargándole un sentimiento de tristeza.

—Señor Random, he de darle una mala noticia... Aunque era previsible que ocurriera algún día por su edad, no contábamos con que se marchara todavía.

—¿Quiere decir que ha fallecido?

—Sí, señor —Bob apretó su mandíbula dibujando una línea recta en sus labios.

—¡Oh, vaya... No sabe cuánto lo lamento! Esa señora parecía buena mujer.

Me vino a la mente el día que se despidió de mí sacudiendo su pañuelo al aire, no habíamos intercambiado ninguna palabra, pero aquel gesto me llegó al corazón. Sentí pena, pero lamentablemente era ley de vida y pensé que había otra estrella más alumbrando desde el cielo.

—Lo era, Random, lo era. Si me permite, mientras le preparan el desayuno le diré un par de cosas...

—Adelante, dispare. —Sin darme cuenta le había copiado ese latiguillo a Bob.

—Cuando ayudamos a alguien sin pedir nada a cambio, ese acto heroico es más placentero a nivel personal, que si hacemos algo por alguien amparándonos en un solapado interés.

—Cierto, Bob, ya echaba de menos sus reflexiones.

Se fue a la barra a recoger la bandeja de mi desayuno que se encontraba allí preparada y me lo sirvió.

—Y ahora otro tema, señor. El miércoles fue la última vez que vino por aquí esa buena mujer, nos dijo algo que le contaré con palabras textuales de ella: «Si algún día no vuelvo, por favor agradézcanle a aquel amable señor que costea mis desayunos, lo que hace por mí. Ese hombre es de corazón grande y bonito, Bob».

No me lo esperaba, me quedé mirando a mi interlocutor y no sabía qué responder. Otra vez aquella ancianita me había tocado el corazón con sus póstumas palabras, transmitidas por Bob. Me encogí de hombros y me quedé mudo. Pero reaccioné rápidamente como un resorte.

—Bob, no quisiera quitarle su don... Pero pienso que, en ocasiones los actos espontáneos sin premeditación son los mejores. Cuando algo se hace desde el corazón no hay barrera que lo impida.

—Tiene razón, Random. ¡Me gusta! Y con su permiso, me lo guardo. —Los dos

sonreímos ligeramente—. Le dejo para que disfrute de su desayuno.

Así lo hice, a la vez que le daba una ojeada al periódico para ponerme al día de las noticias. Al terminar, me acerqué a la barra a pagar.

—La cuenta, por favor.

—Está usted invitado.

—¿Y eso, Bob? ¿Lo ha dejado pagado nuestra amiga en común?

—No, no. En esta ocasión fue la propia mujer a la que usted solía invitar. El último día que vino me dijo: «Por favor, Bob, cóbreme lo mío y lo del señor tan amable que me ha invitado en varias ocasiones». ¿Ve usted? El mundo está lleno de personas de buen corazón, como usted. —Me sentí azorado y le sonreí educadamente—. Cuídese, señor.

—Gracias, igualmente, Bob.

Salí de allí sin preguntar nada sobre Natasha ni sobre mi placa en la que ponía Romeo. Ese día, las palabras sobraban, los hechos hablaban por sí solos.

Realicé mis gestiones laborales y me fui para casa, Walter me había dado permiso, de modo que llegué antes de lo habitual, me preparé la comida y antes de que la pereza se apoderara de mí decidí acudir al centro comercial Burlington Arcade, tenía que comprarme algunas prendas de vestir que me hacían falta, así que cogí el metro y allí que me fui. Recorrí la galería visionando sus elegantes escaparates, pero no veía nada que fuera de mi agrado, todo me parecía demasiado sobrio, de manera que me fui a otro centro, a Victoria Place. Entré en un par de tiendas sin éxito, hasta que finalmente, logré encontrar en otra algo más de mi estilo; un traje elegante pero moderno, dos camisas, un polo y un par de pantalones *sport.* Salí de la tienda con las bolsas y satisfecho, pues no me gustaba mucho ir de tiendas, por este motivo, cuando salía de compras hacía acopio de varias piezas a la vez.

Me estaba aproximando a la estación de metro cuando pensé en sentarme en una terraza a tomarme una pinta antes de marcharme para casa. Pedí la bebida y busqué entre las mesas una libre, me acomodé dejando las bolsas al lado de mi silla. Iba a sacar el móvil del bolsillo trasero de mi pantalón cuando de repente, a mi espalda escuché a alguien hablando en otro idioma, no reparé en ese momento, pero la voz me resultó conocida y ese idioma... ¡Era ruso, y ella, era Nat! Di un salto y me puse en pie dándome la vuelta, pero no la veía. Miré a todos lados y entre el gentío la pude ver a unos veinte metros acercándose a la parada del bus. Salí corriendo sin reparar en las bolsas, ni en el camarero, con el que casi tropiezo, éste tuvo que hacer filigranas para mantener el equilibrio y la bandeja que portaba en su mano con bebidas.

—¡Cenicienta! —grité justo cuando había puesto un pie en el primer escalón del vehículo.

Ella, al escuchar su nombre ficticio miró hacia atrás sorprendida y cuando me vio, sonrió. Llegué a su altura y el conductor del autobús espetó:

—Señora, ¿sube o se queda? ¡Que no tenemos toda la tarde!

—¡Se queda, disculpe caballero! —respondí yo, ya que Nat se había quedado impactada y parecía no poder articular palabra. El chófer cerró las puertas y siguió adelante con su ruta—. Bueno, señorita, ¿se le ha comido la lengua el gato?

—Ja, ja, ja, no. ¡Hola, Romeo!

Acercamos nuestros rostros para saludarnos con dos besos.

—¡Hola, Cenicienta! Por un momento había creído que sí. Perdona mi osadía al decirle al conductor que te quedabas, quizá debías de acudir a algún lugar y yo he entorpecido tu marcha provocando tu retraso.

—No te preocupes, ya me marchaba para casa.

—Entonces, ¿no te importa llegar un poco más tarde y acompañarme a tomar una pinta, o lo que te apetezca?

—No hay problema.

—Entonces, vamos. ¡Oh, Dios! —Puse una mano en mi frente al acordarme de las bolsas de la ropa.

—¿Qué ocurre, Random?

—Sígueme —aligeré mis pasos hasta la terraza del *pub*, al llegar a mi mesa no las vi—. ¡No están!

—¿Quiénes?

En ese momento apareció el camarero.

—Señor, sus bolsas las he dejado dentro.

—¡Uff..., gracias, muchas gracias! Las di por perdidas.

Nos sentamos y ambos pedimos unas cervezas.

—¿Qué haces por aquí? ¿No me estarías siguiendo o espiando? Ja, ja, ja.

—Pues no, pero mira, no es mala idea, así sabría algo más de ti, me pareces una dama intrigante y sospechosa, ja, ja, ja —Natasha secundó mis carcajadas—. He salido a hacer unas compras y antes de irme para casa me senté a tomarme algo, y mira por dónde, te vi.

El camarero llegó hasta nosotros para poner nuestras bebidas sobre la mesa.

—Había quedado con dos amigas a tomar té y después hemos estado mirando escaparates, finalmente he acabado comprándome un bolso. —Señaló su bolsa que había dejado sobre la silla contigua—, y como te dije antes, ya me iba para casa.

Nos pusimos a hablar de nuestras cosas, del día a día y de un sinfín de temas banales, pero interesantes a la vez. Entre charla y bromas, la tarde se iba diluyendo y yo no tenía ganas de que el momento que estábamos compartiendo acabara. Miré el reloj y se me ocurrió una idea.

—Te invito a cenar, Natasha.

—No sé, quizá otro día...

—Bueno, solo si te apetece, no quisiera importunarte, tal vez tengas ganas de ir a tu casa y descansar.

—¿Tengo cara de cansada?

La miré curioso por su pregunta divertidamente sarcástica, por lo que agudicé mi sentido del humor.

—No, tienes una cara divina, pero posiblemente, este adorable Romeo te esté aburriendo con su charla de lobo solitario.

—Nooo, ja, ja, ja. Estoy encantada de escucharte y de que el destino hoy haya cruzado nuestros caminos.

—¿Entonces?

—¿Entonces, qué?

—No se responde con otra pregunta, señorita.

Sonreímos.

—Tiene razón, caballero.

—¿Aceptas mi invitación?

Mientras ella simulaba que sopesaba la respuesta, yo mantenía los dedos de mi mano cruzados para que aceptara.

—Con una condición.

—Mmm..., no sé, depende, pero soy todo oídos....

—La condición es que paguemos a medias.

—Entonces no es una invitación, Nat.

—¿Cómo qué no? —se rio.

—Mira, yo he hecho la propuesta y como cualquier caballero que se precie, no puedo dejar que mi acompañante pague, es más, así me aseguro de que no te vayas antes de las doce. ¿Quedaría muy feo, no? Es broma, ¿eh?

—Ja, ja, ja, lo sé, no te garantizo nada, pero como veo que eres perseverante e incluso te lo debo por lo que pasó la vez anterior, acepto.

—¡Bien! —Hice el gesto con el brazo flexionado de bajar el puño en señal de triunfo.

—Permíteme una llamada, por favor.

—Por supuesto, Nat, yo voy a aprovechar para hacer otra. —Busqué en la agenda del teléfono y llamé para hacer una reserva.

Ella sacó su móvil del bolso y marcó un número.

—Hola, Morty, cielo. ¿Estás en casa?

—Sí, nena. ¿Ocurre algo?

—No, solo quería pedirte que me hagas el favor de ponerle comida a Franky, que llegaré un poco más tarde.

—¿Y esooo?

—Nada, ya te contaré.

—Jooo, ¿no me puedes adelantar nada?

—Mira que eres cotilla —bajó un poco la voz—, voy a cenar con alguien.

—¿Ese alguien, quién es? ¿Lo conozco?

—Sí.

—¡Aaay, nenaaa! ¿Es Random?

—Sí, bueno, te dejo, un beso. —Cortó la llamada.

—¿Todo bien? —le pregunté.

—Sí, mira, voy a apagar el teléfono, de esta manera te garantizo que no tendré que irme.

Me pareció un gesto loable por su parte.

—No es necesario que lo desconectes, ¿y si surge alguna emergencia?

—Espero que no, pero tampoco lo pienso tener apagado toda la vida, ja, ja, ja.

Me reí yo también por su ocurrencia y como un acto reflejo saqué yo el mío e hice lo mismo. Entré al *pub* para pagar nuestras consumiciones y recoger mis bolsas, le di una generosa propina al camarero por su gesto de proteger mi compra y pusimos rumbo a nuestro próximo destino.

—Y ahora, si me permites, te voy a coger de la mano porque tenemos prisa, el tiempo justo para llegar a un lugar.

Natasha me observó con mirada curiosa esperando una explicación, pero no había tiempo para pararme a darle indicaciones, además, quería sorprenderla. Agarré su mano para guiarla en nuestra ruta caminando a paso ligero, casi corriendo, a la estación de metro Victoria. Cogimos la línea verde y nos bajamos en Westminster; salimos a la calle y allí mismo junto al Támesis y al puente de Westminster, se encontraba el muelle del Milenio. Bajamos unas escalerillas hasta el embarcadero, llegamos con el tiempo casi justo, pues faltaban cinco minutos para que cerraran la pasarela del crucero donde íbamos a cenar.

—Buenas noches, señores —nos saludó uno de los tripulantes—, les guiaré a su mesa.

—Gracias. —Seguimos sus pasos hasta nuestro lugar—. ¿Nos podría hacer el favor de guardar nuestras bolsas? No nos ha dado tiempo de llevarlas a casa.

—Por supuesto, señor. Dígame su nombre y recuerde pedírnoslas al regreso.

Enseguida vinieron varios camareros portando unas bandejas en las que nos iban ofreciendo a todos una copa de vino espumoso para darnos la bienvenida. Hicimos un brindis general y seguidamente le propuse otro a Natasha.

—Brindemos por nosotros y por este afortunado encuentro casual.

Ella sonrió al tiempo que acercaba su copa a la mía.

—Por nosotros, porque esta cena sea especial y bonita para recordar, cosa que no creo sea difícil con las espectaculares vistas que prometen.

Chocamos nuestras copas y dimos un sorbo.

—Espero que te guste el lugar, ¿has venido a cenar alguna vez?

—No. Evidentemente conocía estas rutas con cena incluida en barco por el río, pero no había tenido ocasión de disfrutarla. No me lo esperaba, ha sido una grata sorpresa.

—Pues me alegra haberte sorprendido, pero te diré que hay alguna sorpresa más.

—¿Ah, sí? ¿Más aún?

—Si, pero no te la voy a desvelar, si no, no tendrá gracia. Ven, coge tu copa.

Natasha me siguió a la cubierta del barco y desde allí pudimos contemplar cómo se ponía el sol en el horizonte en esa tarde de verano.

—¡Oh, qué maravilla!

Saqué mi móvil, lo puse en marcha y activé la cámara.

—Sonríe, Nat.

Tomé una foto de los dos con la ciudad de fondo y el ocaso del sol a nuestras espaldas. La luz natural del cielo de Londres comenzó a disminuir dando paso a la artificial de las calles y sus edificios. Por megafonía dieron el aviso de que en unos minutos comenzaría nuestra ruta por el río y de que tomáramos nuestros asientos. Todos los pasajeros bajamos y fuimos ocupando los lugares asignados. El crucero se puso en marcha y comenzó a sonar una música por los altavoces. Delante de las mesas se situó una cantante de mi edad aproximadamente, que tras saludar a los presentes y desearnos una feliz velada comenzó a cantar conocidos temas del West End[22] londinense. La mezcla de la música, el suave y casi imperceptible balanceo de la nave junto con las maravillosas vistas de los edificios más emblemáticos de la ciudad iluminados y la compañía de Natasha, conformaban un marco especial para una bonita velada; en ese momento, no me podía sentir más a gusto y satisfecho de compartir con ella esa experiencia. Enseguida los camareros comenzaron a servir la bebida para proseguir con la cena que formaba parte del *tour*.

—Espero que sea de tu agrado la cena que nos van a ofrecer, pues solo hay el menú clásico de carne, pescado o vegetariano.

—No te preocupes, en general, me gusta todo —respondió ella.

—Elegí el clásico.

—Buena elección, hay que comer de todo.

—Opino lo mismo, aunque prefiero la carne... ¿Tú qué prefieres, Natasha?

—También la carne, pero no le hago ascos a nada, puedo disfrutar lo mismo comiendo un pescado, que un filete, que unas verduras salteadas o una simple tortilla.

—Veo que no eres nada exigente en cuanto a temas nutricionales, si algún día tengo que prepararte una comida dispongo de un amplio abanico que ofrecerte.

—Bueno, una cosa es que me guste todo, y otra, cómo me guste, ¿eh?

—Ja, ja, ja, a ver, explícate.

—Pues que el pescado me gusta poco hecho, las verduras también, pero la carne me gusta muy hecha.

—Mmm..., veo que te gusta hincar el diente.

—¡Síií, ñam, ñam, ñam! —Hizo el gesto de masticar con sus dientes—. ¡Ja, ja, ja!

No sé si decía aquello con segundas, pero lo dijo con tanta gracia, que me reí yo también.

—¡A ver si en vez de Cenicienta vas a ser una discípula de Drácula y en la media noche te salen colmillos y vas mordiendo yugulares! Claro que aquí hay muchas y te darías un festín —nos reímos los dos.

—¿Tienes miedo?

—Bueno, si me muerdes flojito, no, ja, ja, ja.

—Ten en cuenta que soy muy selectiva y no voy mordiendo por ahí a cualquiera, ¿eh?

—¿Ah, no?

—No. Tengo que cuidar bien mis colmillos, y no rendirme al primer cuello que se me ponga a la vista —soltó una carcajada.

Mientras saboreábamos la cena, la conversación iba siendo más distendida, en algunos momentos con toques de humor, y en otros, algo más formal; interrumpida en algunas ocasiones por la cantante que animaba a que la acompañáramos haciendo palmas o incluso cantando, a la vez que disfrutábamos de las vistas tras la cristalera del habitáculo.

—Es la primera vez que veo la ciudad desde esta perspectiva.

—¿En serio? —me preguntó ella.

—Sí, Nat, ¿te sorprendes?

—Sí, la verdad. Pensaba que posiblemente, habrías traído aquí a alguna conquista.

—Ja, ja, ja, pues no.

—Pues si así hubiera sido, habrías triunfado en tu cita, seguro.

—¡Mmm..., vaya, no lo había pensado, lo tendré en cuenta en el futuro! —Di un sorbo de mi copa—. ¡Aaagh!

—¿Qué te pasa?

—Que a ti ya no podré sorprenderte, ni esto era una cita...

—¿Ni soy tu conquista? —Ella se rio—. Aunque ese término que antes he utilizado no me gusta.

—Bueno, no sé cómo definirlo. Digamos que..., es una cena improvisada con alguien con quien me siento a gusto y se merecía algo diferente.

—Pues ha acertado, señor, gracias.

—No se merecen, pero me gusta saber que es de su agrado. Sabía de este tipo de *tours* porque el año pasado, este fue mi regalo de cumpleaños que hice a mi hermana, lo disfrutaron ella y mi cuñado mientras yo me quedaba con Ruth, claro que le tuve que prometer que algún día la traería.

—Pues ya sabes, has de cumplir tu promesa, que no me entere yo de que no lo haces. Estaré al tanto, ja, ja, ja.

Tras los postres y el café, la cantante se despidió recibiendo un merecido aplauso por habernos amenizado la cena. Nos ofrecieron ir a la parte que se encontraba despejada de mesas y semi descubierta que era utilizada como pista de baile; pusieron música y enseguida algunas personas se animaron a bailar. Nat y yo nos habíamos situado junto a la borda desde donde disfrutamos de una ligera brisa que nos acompañó durante la travesía.

—¿Bailamos? —le pregunté.

Su respuesta fue sonreír y acercarse a la pista de baile, yo la seguí y comenzamos a mover nuestros cuerpos al ritmo de la canción que sonaba en ese momento. Nos manteníamos algo distantes pero cercanos a la vez, las canciones de estilo pop no invitaban a que tuviéramos mucho contacto físico, solo visual. Nos dejábamos llevar mientras canturreábamos, e incluso

intentábamos copiar y compaginar algunos pasos. Pusieron una balada: *Nothing else matters*[23] de Metallica y abrí mis brazos para acoger los de Nat, ella puso sus manos sobre mis hombros y yo rodeé con mis manos su cintura, la letra de aquella canción parecía escrita para este momento: nuestro primer baile juntos. Miré a los ojos a Natasha y ella posó su cabeza en mi hombro, nos abandonamos al baile y a los sentidos: al tacto de nuestras manos sobre el cuerpo cubierto por nuestra ropa; al olfato de la mezcla del perfume con la piel; al oído escuchando la canción que parecía hablar por nosotros, pues en ese momento haciendo honor a su título, nada más importaba; ni a la vista, cuando yo giraba un poco mi cara y bajaba mi mirada a sus ojos; ni al gusto, cuando en una de esas miradas me fijé en sus labios y sentí la necesidad de besarlos, pero no me atreví.

Acabó la balada y percibí en Nat un brillo especial en sus ojos, yo no sabía qué decir pero las primeras notas de una nueva canción que cambiaba el registro transformaron a mi acompañante.

—¡*Wooow*! —Empezó a moverse al son de la música y cual Kylie Minogue comenzó a cantar *Can´t get you out my head*[24]—. La, la, la —su voz quedaba solapada por los altavoces, pero veía cómo movía sus labios coreando la canción—, la, la, lalala, la, la, la...

Yo me quedé parado observándola, pues me hacía gracia verla tan metida en aquel papel cantando *No puedo sacarte de mi cabeza*, mientras bailaba sin quitar sus ojos de los míos. Me tenía completamente hipnotizado y yo solo podía seguirla con la mirada cuando con uno de sus dedos tocó figuradamente mi corazón a la vez que cantaba:

—Chico, en tu amor es en todo lo que pienso —y se paseó por detrás de mí para volver a situarse enfrente—: No te puedo sacar de mi cabeza.

Comencé a bailar siguiendo su ritmo, ella se giró dándome la espalda y yo puse mis manos en su cintura, movía sus caderas sensualmente y se pegó a mi cuerpo. Giraba su cara y me miraba de reojo acercando sus labios a escasos centímetros de los míos. «Quiero besar esos labios» pensé. Ella parecía querer también. Era como un sí pero no, un juego en el que yo no sabía si me daba licencia a intentarlo, no me atrevía a pasar esa barrera que quizá por un momento de complicidad se fuera al traste por mi osadía. «¡Oh, Dios, me voy a volver loco!» Grité imaginariamente en mi interior, pero no me hubiera importado gritarlo al infinito y acabar aquella tortura creada en mi subconsciente a la que estaba siendo sometido. Tenía ganas de que finalizara aquella diabólica canción o no iba a ser dueño de mis actos; deseaba con locura comerle la boca sin que me afectara quien nos viera o donde nos encontrábamos, pero la cautela de la experiencia de los años provocaron que refrenara mi deseo. No quería acabar aquella cena de una forma inapropiada ni precipitarme a cometer un fallo que llevara a equívoco.

Acabó la canción, encendieron las luces y con ello se esfumó la magia que se había creado en aquel salón flotante, por megafonía anunciaron la llegada a nuestro destino, a la vez que nos deseaban que el crucero hubiera sido de nuestro agrado. Todos los allí presentes respondimos con un sonoro aplauso. Fui a pagar la cena y le pedí al camarero nuestras bolsas con la compra. Esperamos a desembarcar y subimos hasta el puente de Westminster.

—¡Ha sido una velada maravillosa, gracias! —Me dio un sonoro beso en la cara.

—No hay de qué. ¿Cogemos un taxi?

No le di tiempo a responder, por Bridge Street venía uno con la luz amarilla encendida indicando que estaba libre. Alcé mi mano y este paró. Entramos y Natasha le indicó la dirección. «Vaya...» Pensé. «Podría haberle dicho de ir a tomar una última copa, me siento tan a gusto que no quisiera que esta noche acabara, sé que a ella no le gusta forzar los acontecimientos, pero ¿cuándo la volveré a ver? Aún tenemos pendiente la invitación de todos en su casa, pero

reconozco que, disfrutar de su presencia a solas me reconforta, tanto, que el tiempo se me pasa volando. Quiero y necesito saber más; conocer sus gustos, sus sueños, sus anhelos... Hacía tiempo que no me sentía así, me siento atraído por ella, pero no sé qué sentirá ella por mí...»

—¿En qué piensas?

—¿Eh? —Su pregunta me sacó de mis pensamientos—. Pues en que podíamos ir a tomar algo antes de marcharnos para casa.

—¡Ja, ja, ja! ¿No has tenido bastante?

—Nunca tengo bastante de estar a tu lado. —Noté cierto halo de cortedad o timidez por su silencio, seguramente, no se esperaba mi respuesta, pero pude apreciar a pesar de la oscuridad de la noche y del vehículo, un significativo brillo en sus ojos—. Por cierto —cambié rápidamente de tema por si se había sentido intimidada por mi respuesta tan directa—, no sabía que además de ser una chica inteligente, independiente y guapa fueras una excelente bailarina.

—Bueno, entre otras cosas. Hay facetas de mí que aún no conoces. —Me lanzó una mirada desafiante e intrigante.

—Ah, entonces deberemos tener más citas para que las pueda descubrir o me las muestres, ¿no crees?

—El tiempo lo dirá, Romeo.

«¡Aaagh, el tiempo! ¡No tengo ganas de esperar al tiempo, ni al azar, ni a las coincidencias...!» Entonces se me ocurrió una idea.

—Pues tendremos que desafiar al tiempo. —Se me escapó una sonrisilla traviesa y ella sonrió divertida—. ¿Trabajas mañana, Nat?

—No, me incorporo el lunes, ¿por?

—Si te parece bien, no tienes otro compromiso y te apetece pasar un rato conmigo, podríamos quedar para comer juntos.

—Vale, no tengo ningún plan en todo el día, pero si no es un inconveniente para ti, mañana invito yo.

—Ningún problema, señorita Cenicienta, yo también estoy libre, Cascabel no pondrá ninguna objeción en quedarse sola —nos reímos los dos—. ¿Paso a buscarte a las doce?

—Esa hora me parece perfecta.

El taxista nos indicó la llegada a la casa de Natasha, ella quiso pagar el trayecto pero le dije que yo me ocupaba. Avisé al chófer que me esperara y nos bajamos del coche.

—Lástima que esta noche acabe ya, Natasha.

Se acercó más a mí, un palmo escaso nos separaba.

—Te invitaría a tomar algo, pero es tarde y te espera el taxista —me dijo de una manera socarrona y divertida a la vez.

—Ah, si es por eso, no hay problema, le pago y que se vaya, ja, ja, ja.

—No seas avaro —verbalizó con voz dulce y melosa—, en algo menos de doce horas nos volveremos a ver.

Me miraba fijamente a los ojos aproximando su cara frente a la mía. Pude percibir el calor de sus labios tan cerca de los míos, que cerré los ojos, pues quería sentir con mis cinco sentidos aquel beso que parecía tan inminente como inesperado y deseado. Y sí, lo sentí pero en mi mejilla. «¡Oh, Dios mío, esta mujer me va a matar!» Pensé a la vez que abría mis ojos y yo le correspondía con otro en la suya.

—Buenas noches, Cenicienta, que tengas felices sueños.

—Igualmente, Romeo, hasta mañana.

Cruzó la cancela y yo me fui para el taxi, tras indicarle al chófer mi dirección

desaparecimos por las calles de Marylebone hasta llegar a casa.

Natasha subió los cuatro escalones que la separaban de su hogar. Metió la llave en la cerradura de la puerta, al abrir, encontró la luz del distribuidor encendida y allí al pie de las escaleras estaba en pijama, él, Morty.

—¡Aaaghhh, me has asustado! ¿Qué haces ahí, cotilla? —Nat esbozó una sonrisa—. Ya deberías de estar durmiendo, te saldrán arrugas por no descansar lo suficiente. —Hizo un gran esfuerzo por no soltar una carcajada mientras entraba al salón de su casa y este la seguía.

—¡Jaaa! ¿Crees tú que podría dormir sin que me cuentes qué ha pasado?

—Pues conociéndote, no, ja, ja, ja. —Se quitó los zapatos y caminaba descalza hacia su dormitorio—, pero la que necesita descansar soy yo, sino, mañana voy a tener unas ojeras que pareceré un oso panda y necesitaré medio bote de maquillaje si no quiero asustar a alguien.

—¿Ese alguien es Randommm? ¡Ya estás tardando!

—¡Eres insaciable! —espetó poniendo los ojos en blanco.

—¡Sí, ya lo sabes, nena! Va, te preparo un té mientras te cambias, anda.

—Mejor una manzanilla, cielo.

—¡Marchando! —Natasha se dio prisa en ponerse el pijama y se metió en la cama pensando que así, Morty la dejaría dormir, y a poder ser, soñar con la bonita velada que había disfrutado junto a Random—. Nena, ese truco no te va a valer —dijo a su vuelta con la taza de la infusión en la mano plantado delante de la cama de Nat—, o me lo cuentas todo, o no me voy. ¡Parece mentira que no me conozcas, ja, ja, ja!

Natasha apoyó la almohada en el cabecero de la cama y puso un cojín encima para estar recostada, Morty le ofreció la taza y ella con su mano dio unos golpecitos en el lado derecho del colchón para que él se echara a su lado. Comenzó por el principio, por el encuentro fortuito y de lo ocurrido después.

Él, le cortaba continuamente para preguntarle por detalles más concretos, pues quería saberlo, absolutamente, todo.

También le contó cual iba a ser su plan para el día siguiente, pues había pensado en algo distinto para ir a comer.

El sueño se apoderó primero de Morty, Natasha no se había percatado, ella iba narrando un monólogo en el cual, poco a poco, su voz iba bajando de intensidad hasta quedarse profundamente dormida cuando le explicaba su despedida en la puerta.

—¡Nena! —La despertó al cabo de dos horas sacudiéndole el brazo.

—¿Qué ocurre, Morty...? —le respondió con voz cansada y adormecida.

Este encendió la luz de la mesilla, se incorporó en la cama y se volvió hacia ella.

—¿¡Te besóóó!?

—Sí..., bue...

—¿¡Quéééé!? ¿¡Y te lo callas!?

Nat se espabiló de golpe.

—¡Nooo!

—¿Sí o no, nena? ¡A ver si te aclaras!

—Quería decir que nos besamos para despedirnos. —Él ya estaba mordiéndose las uñas figuradamente y ella se apresuró a aclararle esa despedida—. Quiero decir en las mejillas, ¿eh? Que ya te veo montándote tu película.

—¡Buaaafff...! —expresó abatido y Nat se rio—. ¡Se me acaba de ocurrir una idea!

—Mañana, o mejor dicho, Morty, en unas horas me la cuentas.

—¡Nooo. Escucha lo que se me acaba de ocurrir! Podrías llevarte mi «bala plateada» para

ir a ese lugar que me has dicho.

—No, Morty, pero gracias. Random me recogerá con su coche, yo solo tengo que decidir a qué lugar vamos.

—Querida, él te ha sorprendido eligiendo a dónde llevarte, ahora te toca a ti corresponderle y queda muy feo decirle: «Quiero ir aquí, así que conduce hasta el lugar». No queda *cool*[25]; todavía es pronto, os conocéis poco, así que por la mañana, le llamas, le dices que vas a recogerlo y te llevas mi coche, nena.

—¿Estás seguro? ¿No lo vas a necesitar?

—Si no lo estuviera, no te lo dejaría, tonta. Y no lo voy a necesitar, hoy no me voy a mover de la ciudad y creo que de casa tampoco, por lo tanto, es todo tuyo.

—Te quiero. Eres un cielo. ¿Lo sabes?

—Bueno, tú ya me lo has dicho alguna vez y alguien más en la intimidad..., ja, ja, ja.

Ella le sonrió y le dio un beso en la mejilla, se giró para mirar la hora en el reloj de la mesita.

—Venga a dormir, que son las cuatro y media.

Se volvieron a quedar dormidos.

A eso de las ocho de la mañana, Nat se levantó para preparar algunas cosas en la cocina, al cabo de una hora y haciéndole caso a su amigo, decidió llamar a Random.

—¿Sí?

—Hola, Random, buenos días.

—Buenos días, Natasha. ¿Qué ocurre?

—Nada, solo quería comentarte que Morty me deja su coche. ¿Qué te parece que pase a buscarte?

—¡Uuuff, qué susto! Pensaba que me ibas a decir que te había surgido algún imprevisto —. Ella soltó una carcajada—. Pues yo tenía previsto llamarte, porque ayer no me di cuenta de la dirección de tu casa. Y respondiendo a tu pregunta, te diré que no es necesario que te deje su coche podemos ir en el mío.

—Él ha insistido, no es molestia, en serio. Como sé dónde vives, iré a la hora que quedamos. ¡Ah! Ponte ropa cómoda y llévate el bañador.

—¡Guauuu! Si es así, yo me dejo llevar, señorita.

—Pues queda dicho, hasta las doce, caballero.

—Estupendo, aquí la espero.

Morty apareció en la cocina donde se encontraba Nat.

—Buenos días, nena.

—Buenos días, ¿te he despertado?

—No, bueno, sí, te escuché hablar y...

—Y viniste a husmear —se rieron los dos—. ¡Te conoceré yo!

—Bueno, y porque me llegó un ligero olorcito a algo que estás cocinando. ¡Uyyy! ¿Qué es lo que tienes aquí liado, guapa? Parece esto la cocina del Palace.

—Estoy preparando comida para el pícnic que te conté anoche. Va, lávate las manos y ayúdame a rellenar estos *pirozhki*[26], que aún tengo que preparar unos *blinis*[27].

—¡Oído cocina, chef!

—Espero que dé tiempo a que se descongelen estos filetes para empanarlos.

Natasha le colocó un delantal encima del pijama y se pusieron mano a mano los dos, Morty rellenando aquellos bollos, unos con carne condimentada y sofrita, y otros con queso para luego hornearlos, mientras ella preparaba una ensalada de patatas y beicon.

—Nena, parece que vayáis a comer un regimiento, ja, ja, ja.

—Estoy preparando todo esto por si hay algo que no le guste, pueda tomar otra cosa, aunque por lo que he comprobado es de buen comer.

—Sí, sí... Pues no lo has podido comprobar bien, porque aún no te ha comido la boca ni...

—¡Mortimer, que te veo venir! —Simuló ponerse seria conteniendo la risa.

—¡Ayyy, no me vengas ahora con mojigaterías, a estas alturas, que no eres una santa, querida!

—¡Ni tú, precisamente, marujón! —Ella soltó una carcajada y él dibujó en su cara una sonrisa pícara—. Anda, loca, vamos a acabar esto y así podremos desayunar.

—¿Y de beber, qué vas a llevar?

—Pues agua y vino, alguna botella tendré por ahí.

—¿Alguna botellaaa? —Hizo una mueca como si hubiera visto un perro verde—. Nena, si quieres atrapar a ese adonis, aparte de con tu gracia, inteligencia y belleza natural tienes que emplear otro don, y es el de conquistarle por el estómago y si además sabe apreciar un buen vino, pues mejor que mejor, ¿no crees?

—¡Pues sí, pero qué feo ha quedado eso que has dicho de «atrapar», Morty! Estás perdiendo glamour... —Nat hizo un gesto con su brazo flexionado y la palma de la mano que la tenía hacia arriba, la volteó. Los dos rompieron a reír a carcajadas—. Anda, mira tú, en el mueble bar, ya que eres el entendido, a ver qué me sugieres.

Enseguida volvió portando una botella entre sus manos.

—Estoy pensando que es un sacrilegio tomar este vino sin enfriar, te podrías llevar la nevera que va conectada al coche, no es muy grande, pero os lo podréis tomar en su temperatura óptima. Voy al trastero a ver si la encuentro y te la conecto.

—¡Ay, estás en todo, si es que eres un sol! —Mortimer se fue y dejó a Natasha revisando el menaje de la cesta de mimbre y metiendo la comida en su interior—. A ver, que no me olvide nada..., los *pirozhki*, los filetes empanados, *los blinis*, la ensalada, la mantequilla, el caviar, el sirope de chocolate, el termo de café, un par de toallas... ¡Oh, Dios mío, la manta! —Fue a la habitación a coger una.

—Ya está, querida, vas a necesitar un remolque, ja, ja, ja.

—Ahora, sí; creo que no me olvido nada.

—Tranquila, nena, vas a quedar como una reina.

—Como Cenicienta, ya me va bien, ¿eh?

Ambos se rieron.

—Pues si no me necesitas voy a darme una ducha y subiré al estudio, hoy parece que me van a visitar las musas y tengo que dejar volar mi inspiración.

—Yo voy a ducharme también y, por supuesto, a acicalarme. Tengo tres cuartos de hora escasos para arreglarme y salir a buscar a mi Romeo—. Al decir estas últimas palabras, Morty puso cara de sorpresa, se iba a girar para exponerle algo a Nat, pero ésta conociéndolo, no le dejó y, casi empujándole por la espalda, lo arrastró hasta el distribuidor para decirle—: No has escuchado nada, todo ha sido producto de tu imaginación —se rio—, en cuanto esté lista te aviso, cariño.

Faltaban cinco minutos para las doce cuando Natasha llegó al número trece de Abbey Road y allí en la puerta le estaba esperando Random. Paró junto a la acera y se bajó para saludar a su acompañante.

—¡Fiiiu, fiiiuuu! —silbé al mismo tiempo que bajaba un poco mis gafas de sol para ver por encima de ellas a Natasha, mientras ella rodeaba el coche para llegar a mi lado—. Espera que

me vuelvo a poner las gafas, corro peligro de quedar ciego ante tanta belleza.

Ella vestía un vaporoso, floreado y colorido vestido en tonos fucsia y calzaba unas sandalias de cuña de poco tacón, un atuendo que la hacía más jovial y elegante.

—¡Ja, ja, ja, qué embaucador eres! ¡Hola, Random!

—¡Hola, Natasha! Bueno, aquí me tienes —con mis manos estirándolas hacia abajo mostré mi cuerpo ataviado con unos pantalones de algodón de color caqui, polo blanco y calzando unos náuticos color camel—, llevo puesto el bañador como me indicaste.

—Perfecto, espero que este bonito día nos acompañe. ¿Vamos?

—¡Vamos! —Nos subimos al auto, se puso sus gafas de sol que hasta ahora habían permanecido colgadas en el escote de su vestido y le dio a un botón del tablero de mandos, automáticamente el techo del Aston Martin comenzó a plegarse, puso el coche en marcha y comenzamos nuestro recorrido—. ¿Me puedes adelantar a dónde me llevas?

—Es una sorpresa —me contestó ella sin quitar la mirada del asfalto.

—Entonces, sorpréndeme.

—Eso espero, posiblemente, ya conozcas el sitio, pero es un bonito lugar en el que ya he estado y no te voy a contar nada más—. Me miró y sonrió.

Nat conducía segura pero prudente.

—Morty confía mucho en ti, por lo que veo, dejándote su «bala plateada».

—¡Oye! ¿Qué quieres decir, tan mal conduzco?

—¡Ja, ja, ja. Nooo! Solo que a algunos hombres no les gusta dejar su coche, aunque ahora que recuerdo, el día de la barbacoa en casa de mi hermana, nos lo dejó a todos. ¡Ahggg! Olvida mi comentario. —Con mi dedo pulgar e índice simulé darme un disparo en la sien y ella se rio—. No sabía que conducías.

—Hay muchas cosas que no sabes de mí, como yo tampoco de ti.

—Pues hoy es un buen día para que nos las contemos, ¿no crees? Aunque solo si realmente te apetece y hasta donde tú quieras contar, claro.

—No tengo ningún problema en hacerlo, pregunta y responderé.

Comenzamos así un interrogatorio de ida y vuelta de uno al otro, como cuáles eran nuestros ídolos musicales e interpretativos, nuestros colores predilectos, comida favorita, etc.., una serie de preguntas y respuestas triviales pero de gran importancia cuando quieres conocer los gustos de la otra persona. Imagino que tampoco nos atrevíamos a preguntar sobre temas más personales y profundos porque queríamos tener algo de cautela, ninguno pretendía molestar al otro con alguna pregunta incómoda. Cabe decir, que nuestro diálogo siempre era en un tono informal, ya que ambos teníamos esa chispa de contar las cosas con cierto sentido del humor, esto provocó que ambos nos relajáramos y nuestra conversación fuera más distendida y natural.

Llevábamos recorridas unas dieciséis millas entre diversas carreteras y la M4 cuando se desvió para la M25, un poco más adelante vi el indicador del aeropuerto de Heathrow.

—No me digas que en el aeropuerto tienes un *jet* privado el cual vas a pilotar y llevarme a algún lugar recóndito para agasajarme con algún exquisito manjar.

—Ja, ja, ja —pasamos de largo del desvío—, ya me gustaría a mí tener un *jet* privado. Lo del lugar y agasajarte con algún manjar, es más fácil y viable.

—¡Guauuu, esto promete! —Me froté las manos en señal de entusiasmo.

Se salió de la autopista en la salida trece dirección a Wraysbury, a dos millas aproximadamente, se desvió de la carretera hacia el gran lago Hythe End. En una explanada vimos varios coches aparcados, estacionó allí.

—Ya hemos llegado. —Accionó nuevamente un botón y el techo del coche inició su

proceso de desplegado para quedar completamente cubierto—. Vamos que tenemos que buscar un lugar bonito. —Nos bajamos, Nat abrió el maletero, desconectó una pequeña nevera y cogió la manta y las toallas—. ¿Puedes llevar tú esta cesta?

—Claro que sí.

—Hoy vamos a disfrutar de un día de pícnic.

—Me parece genial. Ahora entiendo lo de la ropa cómoda.

Caminamos unos doscientos metros por un sendero cubierto por un manto fino de hierba y flanqueado por secuoyas gigantes, tan altas, que parecían no tener fin. Nos adentramos por una zona boscosa hasta llegar al gran lago. Había varios grupos de personas por la zona cobijados a la sombra de los árboles, algunas tumbadas al sol y otras disfrutando del baño en el lago, en un lado más apartado, se hallaba un grupo de padres con niños jugando a la pelota. Buscamos un lugar bajo un roble para tener algo de sombra y extendimos la manta sobre la hierba. Hacía un día espectacular, soleado, de esos pocos días que se puede apreciar el azul del cielo que, a su vez, se reflejaba en la gran masa de agua frente a nosotros. El entorno rodeado de cedros, robles y pinos era tan bucólico que parecía un paisaje sacado de un cuadro. Nos sentamos en la manta uno al lado del otro y mirando hacia el lago.

—¿Habías venido alguna vez por aquí? —me preguntó Nat.

—No, he pasado cerca por la M25, pero nunca había parado, ya sabes que si algo abunda en esta tierra son los lagos.

—Sí, pero no en todos se puede uno bañar. Morty me enseñó este lugar, me recuerda al pueblecito donde vive mi abuela. He venido en numerosas ocasiones con él, o con algunas amigas, me encanta pasar el día al aire libre disfrutando de la naturaleza.

—Realmente, el lugar es precioso, gracias.

Natasha me sonrió.

—Me alegro de que te guste, no puedo superar tu cena de anoche en el crucero, pero quería compartir contigo este pequeño paraíso.

—No seas boba, no tienes que superar nada, los detalles no se miden por el lujo o el valor material, la intención es la que cuenta.

—¿Me has llamado boba?

—¿Yo?

—¡Sí, sí, tú! —dijo ella fingiendo estar molesta y aguantándose la risa.

—No creo, Nat. Debes haberte confundido, he dicho señorita Ivanova. —Me puse de pie y comencé a quitarme la ropa quedándome con el bañador—. ¡Uf, parece que hace calor voy a darme un baño! —Y salí corriendo al agua.

—¡Encima me vacilas! ¿Eh? —Ella se levantó y se quitó el vestido dejándose el bañador de color burdeos que tenía un generoso escote cerrado por un adorno dorado por debajo del pecho, yo me permití desde el agua observar su bonita silueta—. ¡Ahora verás!

Se vino hacia mí y yo para picarla aún más, le lanzaba agua con mis manos.

—Cuidado, Nat, no sé nadar.

—¿Ja, ja, ja! ¿En serio?

—Sí, mira, me ahogo. —Me sumergí un poco fingiendo no saber mantenerme a flote.

—No te creo. ¡Ahora, sí te vas a ahogar de verdad!

Comenzó a lanzarme agua con las manos acercándose hasta mí, yo intenté esquivarla nadando y ella me siguió. Nadábamos en una carrera en la que yo era el perseguido. Desvié mi recorrido hacia la izquierda para sortear una pequeña barca de remos, hecho que facilitó que Nat me alcanzara, me agarró del cuello y me sumergió, ella aprovechó para escapar nadando en

sentido contrario. Cuando emergí, fui en su búsqueda, ahora ella era la perseguida. Con cuatro brazadas la alcancé.

—¿Ahora qué? —le dije sujetándola por los hombros.

—¿No te atreverás? —me retó riendo.

—¡Ja, ja, ja! ¿Qué no? —Me hubiera atrevido, pero a besarla en ese momento. La rodeé con un brazo por el hombro, el otro lo pasé por sus piernas y la cogí en brazos—. Vamos, hay que probar lo que has traído en esa cesta.

—Bájame —me susurró con un hilo de voz—, que nos miran y me da vergüenza...

—Me da igual, que nos miren. —La llevé así hasta nuestro lugar y antes de dejarla en el suelo, ella me dio un beso en la mejilla.

—¿Ves? No te has atrevido... —Me lanzó una mirada traviesa.

«¿Eso irá con segundas? ¿Qué te pasa, Random? Has vuelto a tener otra oportunidad de besarla y la has desaprovechado, si ella está hoy aquí contigo es que le gustas, mírala, te atrae...» Pensaba mientras me secaba con la toalla.

Natasha extendió un mantel y comenzó a sacar *tuppers* de la cesta.

—¿A qué ayudo?

—Saca de la nevera el vino, mientras yo termino de preparar esto.

Me senté, abrí la botella y lo serví en copas de plástico, la observaba cómo con suma delicadeza untaba mantequilla sobre una especie de tortitas que coronaba con un poco de caviar rojo, me explicó que se llamaban *blinis*, típicos de Rusia como los *pirozhki* que también comimos. En un momento tuvimos un buen surtido de exquisiteces ante nosotros.

—¿Todo esto lo has hecho tú?

—Sí, con ayuda de Morty. Sin él, no me habría dado tiempo.

—Vaya, que apañado es el muchacho. Me voy a tener que apuntar a un cursillo acelerado de cocina para ganar puntos, ja, ja, ja.

—Aprender nunca está de más.

—Cierto. Ahora compruebo que también eres una buena cocinera. Estás ganando puntos.

Nos reímos los dos.

—¿Puntos? ¿Para qué? —preguntó ella curiosa.

—Pues... —le habría dicho que para ser mi novia, mi compañera, mi mujer, posiblemente la madre de mis hijos..., cualquier cosa que me hubiera permitido no separarme por mucho tiempo de su lado, pero mi subconsciente me hizo pronunciar ingeniosamente, otro tipo de palabras—, para ganar un viaje en el London Eye.

—¡Ja, ja, ja! Aunque lo gane no creo que me suba.

—¿No? ¿Por qué?

—Porque me da vértigo.

—La clave está en no mirar abajo, solo hay que mirar de frente, al horizonte.

—Es igual, nunca me subiré.

—Natasha, nunca digas, nunca. —Ella respondió con una sonrisa—. Propongo un brindis.

—Adelante.

Alzamos nuestras copas.

—Por este momento maravilloso en tu compañía, por este pícnic y por nosotros.

Brindamos y saboreamos el vino.

¿Qué vas a hacer con tu vida?

Capítulo Nº 16 - Confesiones

El tiempo iba pasando entre charla y bocado. Mantuvimos una conversación en la que cada cual hablamos de la pasión por nuestros trabajos; ella me contó que ejercía de *barrister*[28] para el estado en los Reales Tribunales de Justicia ofreciendo asistencia jurídica gratuita a las personas con pocos recursos y que se había especializado en violencia de género doméstica.

—¿Por algún motivo, en especial?

—Sí...

Bajó un poco la mirada, yo me encontraba recostado de lado sobre mi codo derecho y la tenía a ella enfrente sentada con las piernas flexionadas y cruzadas, me incorporé y cogiéndole su mentón para levantar su mirada a la mía, le dije:

—Nat, si es doloroso para ti, no lo cuentes.

Por su cambio de expresión intuí que algo le producía dolor.

—No pasa nada, tranquilo.

—Pero no es necesario, si eso supone sufrimiento para ti, no quiero que sufras, yo no necesito saberlo. Si algún día tú quieres y lo necesitas, aquí estaré para escucharte.

Dibujó una ligera sonrisa en sus labios.

—Ya ha pasado mucho tiempo, con los años he logrado relegar esos recuerdos a un rincón de mi mente, aunque el trabajo que tengo no deja que se mantenga oculto del todo, pero no me importa, soy fuerte y mi vivencia me ha ayudado a serlo aún más.

—Debe de ser duro trabajar a diario llevando casos de ese tipo que, por desgracia existen.

—Lo es, pero no más para mí, aunque no lo hubiera conocido en primera persona sería igual de doloroso. Sí que me ha permitido entender mejor la situación de las personas, empatizar con ellas, saber cómo se sienten y sobre todo, poder ayudarlas conociendo ese mundo. En la mayoría de los casos intento ejercer mi empleo desde la distancia emocional, pero no lo consigo, ya que en ocasiones, nos encontramos con mujeres que han estado a punto de tirar la toalla por encontrarse ante muchos muros burocráticos y sobre todo, machistas. Cuando llegan a nosotros, a veces vienen desesperanzadas y nos cuesta mucho trabajo que depositen su confianza para poder demostrar el sufrimiento que padecen o que aún siguen padeciendo.

—Es admirable el trabajo que haces, Nat.

—No más que cualquier otro. Solamente es gratificante cuando consigues que la persona que ha vivido esos episodios consigue vivir su vida alejada de la violencia que ha padecido durante años. Desgraciadamente existen casos que se quedan a mitad de esa lucha o incluso tras ella, ya sea por el miedo y el chantaje emocional que el agresor ejerce, o porque consigue llevar a cabo lo que anteriormente era una amenaza. —Dio un largo sorbo de su copa—. Cuéntame algo de tu trabajo.

—Me encanta la labor que realizo de marchante y conservador en el museo, me dedico a buscar objetos para las exposiciones permanentes y a negociar intercambios con otros museos, eso me permite viajar y recorrer mundo en busca de alguna reliquia. Para mí no es un trabajo monótono, ya que cada objetivo que me marca Walter es como un reto que tengo que conseguir y superar. A mi padre le hubiese gustado que mi futuro hubiera estado en el mundo de la música, que hubiera sido un gran pianista. Era su sueño frustrado, pues aunque él recibía clases de piano, mi abuelo no le dejó que esa fuera su profesión obligándole a estudiar economía para que fuera

banquero como él, y por no decepcionarle, antepuso el deseo de su padre en detrimento del suyo. Cuando él se convirtió en padre, casi sin darse cuenta repitió el mismo patrón que él había vivido, enfatizando su anhelo en mí. Desde bien pequeño me apuntó a clases de solfeo y como en casa siempre hubo un piano elegí aprender a tocarlo, no era lo que más ilusión me hacía, pero tampoco me disgustaba. Mi madre me llevaba a la clase; veía que acudía con desgana y me aconsejaba que me lo tomara como un *hobby*, que ella ya me ayudaría a que yo orientara mi futuro en lo que me gustara, de manera que cuando decidí estudiar Historia del Arte, ella ya había ido allanando el camino con mi padre. Tuve una charla con él defendiendo mi deseo, le costó asimilarlo, pero poco a poco se fue dando cuenta de que me apasionaba el rumbo que había tomado, prueba de ello eran las excelentes notas que siempre sacaba, acabando la tesis con *magna cum laude.*

—¡Guauuu!

—Esto me permitió poder trabajar en la National Gallery durante cuatro años y más tarde entrar en el British Museum de la mano de Walter, cuando a él le ascendieron de puesto y quedó su plaza vacante.

—Es un privilegio trabajar en algo en lo que crees y te gusta.

—La verdad es que sí —apostillé.

—¿Sabes una cosa?

—Dime.

—Yo no quería ser abogada.

—¿Ah, no? Déjame que piense. —Ella me miraba curiosa—. Ya sé, querías ser modelo de alta costura.

—Ja, ja, ja, no.

—Pues podías haberlo sido, tienes una bonita silueta —se volvió a reír.

—Gracias, por el cumplido. Quería ser bailarina de ballet clásico.

—¿De verdad? —respondió asintiendo con la cabeza—. ¿Qué ocurrió entonces?

—Las malas decisiones de juventud...

—Vaya...

—Desde bien pequeña, me apasionaba la danza. Cuando escuchaba en la radio música clásica o hacían algún programa en televisión de ballet imitaba a las bailarinas y me inventaba pasos pululando por la casa dando saltitos de puntillas y moviendo los brazos de manera más o menos rítmica. Mi abuela paterna, Tatiana, cuando venía de la aldea a visitarnos y me veía danzar, le decía a mi madre que yo había nacido con un talento especial y que me tenían que ayudar a desarrollarlo, pero las clases costaban caras. Solo trabajaba mi padre, de modo que, a escondidas de él, mi madre bordaba camisas, pañuelos y todo lo que le encargaban para ganar unos rublos, junto con la ayuda económica de mi abuela y la complicidad de mi hermano, que mantuvo el secreto, consiguieron apuntarme a una academia de mucho prestigio de la ciudad, a la que acudía dos veces por semana. Por aquel entonces tenía seis añitos.

—¿Cuándo se enteró tu padre?

—Cinco años más tarde.

—¿En serio? —pregunté sorprendido mientras ella movía la cabeza afirmativamente.

—Porque me torcí un tobillo, desde la academia me llevaron al centro médico a donde me vino a buscar mi madre, pero resulta que se olvidó de recoger el informe ante la premura de llevarme para casa antes de que llegara mi padre. Aquella noche cuando él llegó y me vio con el tobillo vendado hasta la pantorrilla, mi madre le dijo que me había hecho daño en la escuela, pero a los dos días al llegar él a casa, se encontró una carta en el buzón procedente del hospital y

descubrió la verdad.

—¡Ostras! ¿Ahí se acabó tu sueño?

—No, antes te dije que fue por una mala dec...

La interrumpí sin querer, reaccioné sacudiendo la cabeza por mi despiste.

—Decisión de juventud. Perdona.

—El que fuera a clases de ballet no fue lo que más le molestó, porque mis estudios iban bien, le sentó mal el hecho de que todos se lo hubiéramos ocultado. Estuvo casi dos semanas sin hablarle ni a mi madre, ni a mi abuela. En un principio dijo que ya no iba a acudir más, pero mi abuela intercedió argumentando que llevaba bien los estudios, que la profesora de ballet le había dicho que tenía tablas y que si me aplicaba y esforzaba, podría destacar en el mundo de la danza. Así fue cómo de dos clases por semana pasé a tres. Larissa, que es cómo se llamaba la profesora ponía mucho ahínco conmigo y me exigía mucho, pero no me importaba porque me encantaba lo que hacía, ella me presentaba a audiciones cada cierto tiempo hasta que consiguió que con trece años me admitieran en la academia estatal de Ekaterimburgo, allí asistía a diario a mis clases y allí comenzó mi carrera como bailarina de ballet que alternaba con mis estudios.

Con diecisiete años tenía un puesto en el cuerpo de baile en la compañía de la Ural Opera Ballet de mi ciudad y más adelante conseguí uno de los puestos de solista. A los diecinueve años y tras presentarme a varias audiciones, en una de ellas conseguí un puesto en el cuerpo de baile de la compañía de ballet del Teatro Bolshói de Moscú.

—¿En serio? —Me fascinaba lo que me estaba contando y quería saber más—. ¡Tu familia estaría orgullosísima de ti! Sobre todo tu madre y tu abuela, que fueron las que te ayudaron a desarrollar tu potencial.

—Lo estaban todos, pero ellas dos, las que más.

Se le dibujó una sonrisa al evocar aquellos recuerdos.

—¿Te marchaste a Moscú?

—Fue una decisión difícil, eso comportaba dejar a mi familia, mi ciudad y trasladar mis estudios universitarios, pero era por lo que llevaba mucho tiempo luchando y si lo había conseguido no era cuestión de dejarlo pasar, no contaba con mucho tiempo para pensarlo ya que debía de buscar dónde vivir y solicitar plaza en la universidad, así que, durante el verano me trasladé.

—¿Eso supondría un gran cambio para todos, sobre todo para ti?

—Sí, claro. Mudarte a una capital sin conocer a nadie es un poco duro, pero me adapté ya que compartía piso con tres chicas. Gracias a la beca que me concedieron y con el sueldo del ballet iba tirando para adelante.

—¿Allí te licenciaste en Derecho?

—No. Estaba estudiando Psicología.

—¿Cambiaste de carrera?

Se rio.

—¡Espera, impaciente! Me licencié en esa carrera, pero nunca he ejercido como psicóloga.

—¿Por qué?

—Por culpa del amor.

—Vaya...

—Cuando llevaba seis meses viviendo en la capital, en una fiesta conocí a un chico y eso me llevó a mi ruina personal. —Bajó la mirada para enfocarla en sus manos que las frotaba una contra la otra.

—Natasha, si te hace daño recordarlo, déjalo.

—No, no, ya está superado, solo que a veces pienso en cómo cambió mi vida.

—Igual fue para mejor. —Ahora sí me producía curiosidad saber el porqué de hallarse actualmente en Londres.

—Sí, pero antes tuve que pasar por un calvario. Aquel chico, alto, guapo y con porte de galán, supo conquistarme con su galantería. Era mi primer amor, el que más te marca y por el que te vuelves ciega sumergiéndote en una nube de sensaciones, en las que piensas que ya no puedes vivir sin esa persona. La cuestión es que, él rozaba los treinta años y trabajaba como administrativo en un banco y no paró hasta convencerme de que me fuera a vivir con él. Quería que tuviéramos hijos enseguida, yo deseaba ser madre, pero cuando tuviera una estabilidad, ya que había luchado muchísimo por lograr aquel puesto y quería acabar los estudios. Me costaba convencerle, pero su impaciencia y, sobre todo sus celos comenzaron a cambiarle, en cuestión de tres años cambió tanto que, no era ni la mitad de la persona que me enamoró, comenzó a beber a diario, aquel chico amable y con don de gentes se transformó en un ser oscuro al que todo lo que para mí era un logro, para él no era nada importante. Cuando me licencié no le dio ninguna importancia, y cuando me eligieron para hacer una gira por el país con la compañía de ballet, se desesperó y me quiso convencer de que rechazara aquella propuesta, al ver mi negativa comenzó a maltratarme, primero psicológica y luego físicamente.

Hizo una pausa y tomó aire.

—Natasha, no sigas, no es necesario.

—No te preocupes, aquella etapa con el paso de los años se ha convertido en una cicatriz en mi vida.

—Pero a veces, las cicatrices si se hurgan en ellas pueden sangrar.

—Pero ahora soy más fuerte. Y nada ni nadie va a pararme ni a hacerme más pequeña.

—No lo permitas, nadie debe de cortar las alas de nadie para sentirse superior. —Quise cambiar de tema y para que se saltara algunos detalles, le pregunté—: ¿Qué te trajo a Londres?

Ella sonrió otra vez. Parecía ser que su psicología le había permitido adentrarse en mis pensamientos adivinándolos y obviando mi pericia.

—Voy a resumir, quizá te estoy aburriendo con este tema.

—No me aburres, me gusta saber cosas de ti, pero solo estoy dispuesto a escucharlas siempre que tú lo desees.

—Bueno, como te decía; él quería que rechazara ir a la gira, pero hacerlo supondría impedirme en un futuro poder escalar en la profesión que tanto amaba, al ver que no se iba a salir con la suya, en una de las muchas discusiones que teníamos, tras propinarme una paliza hallándome en el suelo semi inconsciente, remató su faena saltando y dejando caer todo el peso de su cuerpo sobre mi pie.

Un escalofrío recorrió mi cuerpo para luego hervirme la sangre y no me pude contener.

—¡Maldito hijo de puta! —Hubo un silencio—. Lo siento, Nat, no he podido evitarlo.

Me enseñó la cicatriz que tenía en el tobillo en la parte interna del pie.

—Me rompió el tobillo y un ligamento. Esa fue la última vez que me maltrató. Cuando salí del quirófano juré no volver con él; insistió muchísimo en que no iba a volver a pasar, como veía que no me iba a convencer, aun en el hospital, cuando me visitaba, me amenazaba, hasta el día que me dieron el alta; reuní todas mis fuerzas y le dije que si no me dejaba en paz tenía el informe médico con el que podía denunciarle. Llamé a sus padres y les expliqué lo que me estaba pasando, parece ser que le convencieron para que dejara de acosarme. Jamás le he vuelto a ver. Ese suceso me imposibilitó evidentemente ir de gira, pero también volver a la danza profesional

a pesar de nueve meses complicados de ardua rehabilitación.

—¿Volviste a casa de tus padres?

—En un principio, no, ya que estaba de baja médica y tenía que asistir a la terapia. Me alquilé una habitación en casa de un matrimonio mayor y cuando me despedí de la compañía volví a casa. Pero entonces, me encontré con que mi madre estaba enferma. Tenía cáncer de riñón y falleció al cabo de un año.

—¡Ostras!

Mi padre no pudo soportar su marcha y la bebida que antes controlaba, pasó a controlarle a él. Una fría y gélida noche de invierno en la que volvía a casa ebrio, se tumbó en el banco de un parque y allí apareció muerto.

—¡Cuánto lo siento, Natasha! Has tenido una vida muy dura.

—No me lamento, siempre pienso que hay quien la tiene peor y eso sí que es una pena.

—Pues sí, pero son vivencias que marcan para siempre. ¿Qué te llevó a estudiar abogacía?

—Necesitaba dar un giro a mi vida, aunque tenía el cariño de mi abuela y de mi hermano decidí venirme a Londres junto a la exmujer de mi tío, el hermano de mi padre, que aunque se habían separado, ella mantenía buena relación con la familia y mi abuela habló con ella para que me ayudara acogiéndome temporalmente en su casa y la de su nuevo marido. Me vine para trabajar en lo que me surgiera para poder empezar a crearme un porvenir. Conseguí trabajo en una librería a media jornada por la mañana y por la tarde colaboraba en una asociación como psicóloga, allí después de ver algunos casos de maltrato que me recordaban lo que había vivido, decidí estudiar Derecho. Unos años más tarde a través de unos amigos de la facultad conocí a Morty y poco a poco fuimos forjando una bonita amistad como ya conoces.

—Me fascina tu capacidad de superación, Natasha, algunas personas en tu situación no saben qué camino tomar o toman decisiones inadecuadas.

—Ya sabes el refrán que dice: «Lo que no te mata, te hace más fuerte». —Llené nuestras copas de vino y dimos un sorbo—. Cuéntame algo más de ti.

—¿Qué te gustaría saber? —le pregunté dispuesto a contestarle a cualquier pregunta por la que tuviera curiosidad.

—Tu vida amorosa, seguro que has ido por ahí rompiendo muchos corazones.

Solté una sonora carcajada.

—Ni mucho menos.

Me miró incrédula.

—Me cuesta creer que alguien, de buen ver, con un buen trabajo, educado y simpático como tú, no tenga o haya tenido un currículum amoroso extenso. A no ser que pongas el listón muy alto y nadie alcance tus expectativas.

Me volví a reír.

—¡Uy, me parece que como psicóloga no me has analizado lo suficiente! ¿Eh?

—Quizá sí, e incluso haya realizado un perfil de ti sin tú saberlo. ¡Ja, ja, ja!

—¿Ah, sí? Entonces me gustaría saber qué opinas de mí.

—No. Prefiero que seas tú el que me cuente cosas de ti.

—Pues para empezar, te diré que no he tenido ni tengo un prototipo de persona de la que enamorarme, pues lo que me gusta o enamora es la persona en sí.

Le conté que en la época del instituto y después en la universidad tuve dos novias, con la primera estuve casi un año y con la segunda casi dos, pero no sentí la verdadera llamada del amor hasta que conocí a Jacqueline, o eso creía. Acudí a la boda de un amigo y allí la conocí. Era

la prima del novio y no sé si fue casualidad o nos hicieron coincidir a propósito los anfitriones en la mesa durante el banquete, la cuestión es que me pareció una chica alegre y encantadora con la que me lo pasé muy bien ese día y quedamos en vernos al siguiente. De ahí, poco a poco, nos fuimos conociendo hasta que nos hicimos novios, a mí me quedaba un año de carrera y a ella dos, por lo que, en cuanto la acabamos y encontramos trabajo, yo en la National Gallery y ella en una importante mutua como fisioterapeuta deportiva en la que trataba a deportistas de élite, decidimos irnos a vivir juntos. Cuando ya estábamos situados y parecía que teníamos la vida encauzada hablamos de casarnos, pero a ella le parecía pronto para «atarse». Quería vivir la juventud antes de dar ese paso, ya que también valoramos ser padres y decía no sentirse preparada para una responsabilidad tan grande. A mí me parecía bien, pues ambos teníamos por entonces veintisiete años y, aunque éramos jóvenes, a mí no me apetecía ser padre muy mayor, pero estaba tan enamorado de Jacqueline, que estaba dispuesto a esperar lo que hiciera falta. Y así fue como un día me encontré con casi treinta y nueve años creyendo que tenía todo lo que podía desear: una mujer que amaba y que me correspondía, un trabajo que era mi sueño, puesto que ya trabajaba en el Museo Británico, un piso que habíamos comprado y arreglado a nuestro gusto, coche, vacaciones a distintos países... Una vida personal cómoda, pero incompleta a mi parecer. Se lo hacía saber a ella, pues soñaba con formar una familia y tomaba como ejemplo la que habían logrado mis padres o incluso los de ella, a lo que siempre me respondía lo mismo. Después de darle muchas vueltas pensé que debía de tomar la iniciativa, pues si ambos seguíamos con esa pasividad nunca daríamos el paso y me decidí a pedirle matrimonio con anillo incluido la noche de fin de año. Ahora viéndolo desde la lejanía, no sé si le gustó más el anillo que la idea del matrimonio. Le costó decir que sí, pero entonces, no le di la suficiente importancia pensando en que los nervios la debían de haber paralizado.

Nuestras familias cuando se enteraron celebraron el compromiso y entre pensar en cómo queríamos que fuese nuestra boda, dónde celebrarla y todas las cosas que ello conllevaba, transcurrió un año en el que aún no habíamos fijado fecha, hasta que un día ya medio mosqueadom le dije que me dijera un número del uno al treinta y uno, luego uno del uno al doce y de esta manera, ella sin saberlo, escogió el día de nuestro enlace: el 30 de agosto de 1998. Se quedó perpleja pero le hizo gracia. Teníamos por delante casi ocho meses para prepararlo todo.

—Así que estuviste casado.

—No.

Natasha me interrumpió.

—¿No? ¿Por qué?

—Espera, impaciente —nos reímos y continué relatándole cómo a partir de aquel día, Jacqueline cambió y se mostraba más distante—. Yo lo achacaba a que posiblemente los preparativos de la boda la ponían nerviosa y por ello, intentaba ayudarla en lo que podía. Cada vez volvía más tarde del trabajo, decía que tenían muchos clientes a los que asistir. Algunas veces, en su tiempo libre acudía al gimnasio o salía con sus amigas para despejarse, a mí me parecía bien, pues cada uno necesitábamos nuestro espacio en ocasiones, pero lo que no me imaginaba es que todo aquello eran excusas porque no sabía cómo enfrentarse a la realidad de lo que se acontecía.

—Quizá se sintió presionada.

—Posiblemente. Pienso que tuve mi parte de culpa, pero necesitaba dar un paso más en nuestra relación. Creo que ella no estaba en el mismo nivel o es que dentro de sus planes de futuro yo no figuraba.

—¿Qué pasó?

—Seguimos adelante con los preparativos, en el mes de mayo me dijo que estaba estresada y se iba a pasar tres días a la casa de campo de una amiga para desconectar y reencontrarse consigo misma.

—¿Lo consiguió?

—No. Seguía con el mismo estrés. Varias veces hablé con ella y le dije que si la boda iba a cambiar algo nuestras vidas, mejor la dejábamos correr, pues tenía que ser algo que deseáramos los dos.

—¿Vuestra convivencia a nivel afectivo cambió?

—Un poco sí, incluso la íntima, pero pensaba que era por todo lo que se avecinaba, y como ella le quitaba importancia, la creí. Con nuestras familias también cambió su forma de comportarse, evadía los encuentros familiares los domingos y con Ruth comenzó a mostrarse más distante; yo pensaba que era algo transitorio.

—¿Para esa época tus padres ya habían fallecido?

—Sí, hacía dos años. Fallecieron al poco de nacer Ruth; por lo menos pudieron disfrutar de la satisfacción de convertirse en abuelos, en un periodo breve, pero de gran felicidad. —Natasha apretó mi mano y me ofreció una sonrisa cariñosa—. Ruth quería muchísimo a Jacqueline, pero parece ser que esa correspondencia a la inversa era fingida.

—¡Pero si es un cielo de niña! —En la cara de Nat noté indignación.

—Siento que ella padeciera algunas consecuencias de las que yo sin darme cuenta era partícipe, pues astutamente, Jacqueline comenzaba a aislarme de la familia y de Ruth primordialmente.

—Pobrecilla...

—Si la niña quería venir a pasar el día con nosotros, ella buscaba alguna excusa, incluso yo ya no iba llevarla o a recogerla a la guardería. Tuve que darme cuenta cuando explotó todo y ella ya era consciente de mis ausencias.

—¿Qué pasó al final?

—En resumen, cuando faltaba un mes para la boda y prácticamente ya teníamos todo perfilado, como normalmente no coincidíamos en el horario de salida del trabajo, un día Walter me dio permiso para salir antes; fui a buscarla a la mutua y una de sus compañeras se sorprendió al verme allí, pues había pedido el día libre con la excusa de que teníamos ambos que realizar unas gestiones. Me hice el olvidadizo para que no viera que no me había dicho nada y me marché para casa. Aquello me pareció extraño, pero pensé que posiblemente estaba preparando algo para nuestro día y que sería una sorpresa, de manera que cuando llegué a casa, ella acababa de llegar. Le pregunté cómo le había ido su jornada, me respondió que normal, como cada día. Yo no sabía cómo abordar el tema, pues si preparaba algo especial iba a dejar de serlo en cuanto se viera descubierta. Aguanté sin decir nada hasta la cena en la que ya no pude más y le pregunté.

—Y te llevaste la sorpresa...

—Más bien pasé en cuestión de segundos por distintas fases: de la ignorancia al asombro, y de la confusión a la consternación.

—¡Puuuff!

La mirada de Nat me demostraba que quería saber más, pero no preguntaba, se mantenía cauta.

—Al verse descubierta se echó a llorar, diciendo que no podía más, que se sentía como si estuviera dentro de una olla a presión en la que en cualquier momento iba a explotar. Le dije que si todo aquello le estaba afectando que podíamos posponer la fecha, que no había problema, pero

entonces, me culpó de que no me daba cuenta, de que si estaba haciendo todo aquello era por mí, porque me quería, pero que sabía que después de nuestro enlace yo querría ser padre y que a ella el instinto maternal no se le había despertado, es más, me dijo textualmente: «Ni quiero que se me despierte, yo no quiero tener hijos». —Natasha abrió los ojos como platos—. Me quedé helado, no podía esperarme aquello, con tantas veces como lo habíamos hablado y jamás me había dado un atisbo de que no quisiera tenerlos.

—¿Eso habría cambiado algo entre vosotros?

—No lo sé, puede que sí, o quizá no, yo la amaba y si lo hubiese sabido, posiblemente lo hubiera entendido, pero lo que no podía entender era que me lo dijera a falta de un mes de pasar por el altar. No sé cómo habría sido la cosa. La cuestión es que tuvimos una fortísima discusión en la que no faltaron los reproches en ambas direcciones, más por su parte, porque la ignorancia en la que había vivido me dejó tan desconcertado que casi no reaccionaba, pero su riada verbal no tenía freno. La veía dirigirse a mí con aquella frialdad que parecía que tenía delante a una desconocida con la que había compartido casi quince años de mi vida y de quien parecía estar descubriendo su verdadera forma de ser en aquel preciso momento. —Di un sorbo del vino acabando con lo que quedaba en la copa para continuar—: Aquella noche me fui a la habitación de Ruth, no pegué ojo pensando en todas aquellas palabras que habían salido en cascada por su boca. El sueño debió de vencerme casi al amanecer, recuerdo haber visto clarear el cielo por la ventana. Ese día no acudí a trabajar, pedí un día de asuntos personales, obviamente, no tenía la cabeza para pensar en otra cosa que no fueran todos aquellos reproches, al acudir a la habitación a coger ropa limpia, me encontré una nota sobre la cama en la que me decía que se marchaba, que tenía que pensar en cómo iba a enfocar su vida. La llamé en varias ocasiones sin obtener respuesta hasta que respondió una de esas llamadas y dijo que volvería por la tarde para hablar. La espera se me hizo eterna hasta que apareció para volverme a dejar en la más absoluta derrota. —Miré hacia el horizonte sobre el lago tragué saliva y continué—: Me dijo que no habría boda, que lo sentía mucho por mí, que me había querido mucho, pero que ya no era lo mismo, que dar el paso de casarnos le había permitido darse cuenta de que no quería vivir una vida atada a unos hijos, que había conocido a alguien que le había devuelto la ilusión que había perdido y que necesitaba alejarse de todo para descubrirse y ver cómo enfocar su existencia. Así fue cómo desapareció de mi vida en un abrir y cerrar de ojos.

—¿Tenía a otro?

—Sí. Durante las dos semanas siguientes fui descubriendo casi sin querer a través de sus padres, que no entendían aquella locura de su única hija y se compadecían constantemente de mí mostrándome su apoyo; de sus amistades y de su entorno laboral, de que hacía unos dos meses había conocido a un entrenador de fútbol al que había asistido por una lesión y del que se había enamorado perdidamente, este había fichado por cuatro temporadas por un equipo español y por lo visto no estaba dispuesta a pasar ese tiempo separada de él, de manera que pidió la liquidación en su trabajo, se despidió de sus padres dejándolos desolados y se marchó con su nuevo amor.

—¡Buuuff! La que se queda ahora sin palabras soy yo... No sé qué decir.

—No digas nada, ya es agua pasada.

—¿Quieres café?

Me preguntó agitando con su mano un termo que había sacado de la cesta. Moví la cabeza afirmativamente.

—Todo aquello me marcó por un largo tiempo. Explicarle a la familia y a las amistades lo que había sucedido era como abrir una herida que tratas de que cierre rápidamente sin éxito, y el descubrir poco a poco situaciones o actuaciones que para los demás no pasaban inadvertidas,

pero que no me decían nada porque iba a convertirse en mi esposa y a mí me veían feliz a su lado. Como por ejemplo a mi hermana, que veía en ella actitudes que no le gustaban y callaba por amor a mí, o mi sobrina, que a pesar de contar con dos añitos por entonces, y de su cariño incondicional hacia ella, sí que acusó mis ausencias. Eso es una espinita que tengo aquí clavada. —Señalé el centro de mi pecho.

—No te fustigues con eso, Randy, la prueba de que a ella no le ha afectado se ve por el profundo amor y cariño que te profesa.

—Pero no debería de haberlo permitido.

—Bueno, eso ya pasó y has de tratar de olvidarlo y sobre todo, no permitir que nadie te aparte ni de ella, ni de los tuyos.

—Por supuesto. ¿Sabes lo peor?

—¿Aún hay más?

—Sí, como en los dibujos aquellos que decían: «¡No se vayan todavía...!» —Provoqué en Natasha una risa educada y contenida—. Decidí poner a la venta el piso y compré el ático en el que vivo. Desmontando el armario descubrí detrás de la cajonera un sobre con el membrete de una clínica. Estaba abierto y sin hacerle mucho caso lo dejé en la caja de sus cosas para llevársela a sus padres, pero una fuerza extraña o un presentimiento me hizo volver a buscarlo e invadir, o más bien, violar su privacidad para descubrir en su interior el informe y la factura de la clínica en donde había permanecido ingresada dos días en el mes de mayo para abortar. —No tengo palabras para describir la cara de Natasha, su reacción fue la de abrir su boca quedándose estupefacta y se la tapó con la mano—. Según me contó su madre más tarde, ella le confesó que, cuando conoció al entrenador acababa de descubrir que se había quedado embarazada y decidió unilateralmente aprovechándose de mi desconocimiento interrumpir su embarazo, el cual le iba a cambiar su vida y eso ella no lo deseaba.

—¡Qué fuerte y qué desalmada! No por hacer eso, sino por no contar contigo, aunque conociendo tus deseos habría sido una situación difícil para ambos.

—Pero habríamos encontrado una solución conjuntamente, aunque en esa fecha digamos que todo estaba «normal», para mí, claro. Pienso que, si ella no hubiera querido hacerse cargo del bebé, yo sí que lo habría hecho, con todas las consecuencias.

—Habrías sido un padre maravilloso. Estoy segura de ello.

Sonreí.

—Gracias, pero ella con su actitud egoísta me quitó la oportunidad de averiguarlo.

—Nunca es tarde, Random. ¿Has vuelto a saber algo de ella?

—A los ocho meses de irse me llamó pidiéndome perdón, se lo di para que estuviera tranquila, pero el daño ya estaba hecho, incluso me pidió que le diera otra oportunidad. Estaba arrepentida, reconoció que alejarse de mí, le había permitido darse cuenta de lo que realmente había perdido, echando por la borda su vida.

—¿Y el entrenador?

—Lo dejaron, no sé quién dejó a quién, ni me importa, solo sé, que ella vive con otra persona y que sigue en España.

—Imagino que tu familia fue un puntal muy importante en el que poder apoyarte en esos momentos cruciales.

—Indudablemente, ellos junto a Betty y Walter, se encargaron de que no desfalleciera en los peores momentos cuando creí que mi vida ya no iba a ser como la de antes. Me sumergí en una especie de pozo del que pensé que jamás iba a poder salir y que ya no podría volver a confiar en nadie, pero las personas que me quieren e incluso aquellas que conozco algo menos, se

encargaron de demostrarme que no es así, que todo el mundo no es igual y sobre todo, que hay que quererse y creer en uno mismo para seguir hacia adelante. Afortunadamente, mi optimismo y mi forma de ser me ayudaron a salir de esa especie de nube negra permitiéndome seguir siendo feliz con mi vida hasta el día de hoy.

—Me alegro de que así sea, Random. ¡Somos unos guerreros! —Levantó su brazo en señal de poderío. Tomó su vaso que se hallaba medio lleno de café y lo levantó para decirme—: Brindemos. —Copié su gesto y chocamos nuestros vasos de plástico—. ¡Porque nada ni nadie cambie nuestros objetivos!

Recogimos lo del café de encima de la manta, yo me tumbé boca arriba mirando al cielo, Natasha hizo lo mismo situándose a mi lado.

—¡Madre mía! Nos hemos contado parte de nuestra vida, que, por cierto, si aunáramos nuestros relatos darían para escribir un libro.

—Bueno, yo soy escritora, aunque me dedico a otros temas, pero ¿quién te dice que no lo haga? Me acabas de dar tema para hacerlo, ja, ja, ja.

—¡Eh, a ver si ahora me vas a robar mi historia! Ja, ja, ja.

—Ya se verá...

La conversación fue derivando a otros temas menos banales y con un tono más animado quedando todo lo demás en un segundo plano.

—Gracias —dejé escapar de mis labios.

—¿Por qué?

—Por todo un poco, Nat. Sinceramente, el día que nos conocimos, no pensé que nuestra cita tomase este rumbo y hoy ya ves dónde hemos llegado.

—¿Te arrepientes de algo, Romeo?

—¡No, al contrario, me alegro desde el primer minuto de nuestra cita! Como tú bien solías decir al principio, ya se verá lo que la vida nos depara, solo sé, que ahora mismo, no cambiaría ni un segundo de los momentos que hemos compartido hasta ahora. Bueno, si te he de ser sincero, sí que me arrepiento de algo.

Ella giró su cuerpo hacia mí para mirarme a los ojos.

—¿Ah, sí? —preguntó con cierta curiosidad.

—Sí, me arrepiento de no haberte conocido antes, aunque entiendo que no dependía de mí, sino del destino que a veces es caprichoso.

Ella me dio un delicado y cariñoso beso en la mejilla. Apoyó su cabeza sobre mi pecho y dijo:

—No hables, quedémonos así y escuchemos los sonidos de la naturaleza.

Obedecí a su petición. La naturaleza hablaba por sí misma; emitía sonidos para que el mundo continuara su proceso natural, para que los humanos valorásemos un bien del que disponemos y a veces no sabemos cuidar y proteger. El conjunto del lago, el cantar de los pájaros y el aire que movía ligeramente las ramas de los árboles presentaba la escena perfecta de cualquier novela o película. Nuestro propio silencio provocó que Nat se durmiera, su respiración pausada me lo advirtió y mis ojos parecían querer cerrarse también. Acaricié su pelo y susurré:

—Te veré en los sueños, Cenicienta.

—No lo dudes, Romeo —murmuró ella.

Nos dejamos llevar por aquel sueño compartido aproximadamente una hora. No sé si lo soñé o pasó, me pareció percibir el roce de sus labios en los míos, lo que sé, es que abrí los ojos y allí estaba ella mirándome.

—¡Uf! Me he dormido.

—Nos hemos dormido los dos —aclaró ella.

—¿Sabes? Ha pasado algo muy curioso.

—¿Se puede saber el qué?

—Claro. Me acabas de despertar de un precioso sueño en el que me encontraba junto a una joven, bonita, preciosa, cariñosa, delicada y especial mujer que... —Ella me interrumpió.

—¡¿Perdonaaa?! —Se alzó para quedarse sentada—. ¿Me estabas siendo infiel, ya, en tus sueños?

Me dio un pellizco en el muslo.

—¡Auuughhh! —reaccioné rápido—. ¡Eh, eso no vale, que la tela del bañador es muy fina y me va a salir un morado!

—No seas llorón, que ha sido flojito.

Nos reímos y me incorporé para sentarme.

—Además —quise aclararle—, la protagonista de mi sueño era la misma que me acaba de despertar y creo que con un sutil beso.

—¡Eso lo has soñado, ja, ja, ja! —Su cara y su risa la delataba.

—Estaba en mi sueño y ahora en la realidad, o sea, que me has despertado y continúo soñando, Cenicienta.

La gente que había pasado allí el día como nosotros comenzaba a retirarse; una gran nube casi negra hizo acto de presencia asustando al sol que debía de permanecer luchando contra ella al menos una hora más intentando evitar que soltara un chaparrón.

—¿Nos vamos?

—Sí, antes de que nos mojemos. Cuando desees, Nat.

Recogimos todo y nos vestimos, el trayecto hasta el coche lo tuvimos que hacer corriendo, pues la amenaza se cumplió antes de lo previsto y a escasos dos metros del auto comenzó a llover.

—¿Quieres conducir tú? —me preguntó, pero no me dio tiempo a responder, para no mojarse se metió corriendo en el lado del copiloto.

—¡Eso no vale, no me has dado tiempo a contestar! Quizá a Morty no le guste.

—Ya lo has conducido anteriormente, además, ¿tú se lo vas a decir?

Solté una carcajada. Fui a poner el motor en marcha y le di al limpiaparabrisas, pero con tan mala pata, que no sé a dónde le di y comenzó a plegarse el techo, precisamente cuando apretaba a llover más.

—¡Oh, Dios mío! ¿Dónde demonios se cierra? —gritaba mientras buscaba el interruptor, que, acostumbrado a mi coche, lo tenía justo al lado derecho del volante, pero en este era incapaz de encontrarlo.

—¡Ahí, ahí! —Me señalaba Nat con el dedo.

Entre que el plegarse lleva su tiempo, el que yo tardé en accionar de nuevo el interruptor y lo que demoró en volverse a cerrar, quedamos calados hasta los huesos.

—¡Morty nos va a matar. Mira los asientos de piel! —clamaba por mi torpeza y por la preocupación de no ser mi coche.

—¿Tienes seguro de defunción?

Asentí con la cabeza, por la cara que puse, Natasha comenzó a reír a carcajadas.

—No te rías, que vas a ser una Cenicienta viuda antes de tiempo.

Ella seguía riéndose, no sé si por los nervios de la situación o por las tonterías que salían de mi boca. Me quedé observándola por un instante. Estaba tan guapa así, risueña y despreocupada, que me acerqué a ella tomé su mentón con mi mano y sofoqué aquellas risas con

un beso al que ella correspondió. Nos mantuvimos así pegados saboreando aquel momento que ahora sí era real; el contacto por primera vez de nuestros labios en el que mi lengua jugaba a buscar la suya y cuando se encontraban parecían emanar corrientes eléctricas que recorrían todo mi cuerpo.

De la pasión al desenfreno nos separaba una delgada línea imaginaria, ella también reaccionaba a esa lujuria, pero recordar que nos encontrábamos en un coche ajeno, me hizo parar.

—¿Qué te ocurre?

—No sé, si debemos...

Ella se sonrojó y bajó un poco su mirada, posiblemente estaba demasiado contagiada por el bonito día que habíamos vivido y por aquel primer beso, eso le produjo algo de nostalgia incontrolada. Se abrazó a mí y percibí su felicidad; correspondí a su abrazo cobijándola entre mis brazos dejando que el lenguaje corporal expresara más que nuestras palabras.

Pasado un instante, Nat levantó su cara para transmitirme lo que sus ojos delataban.

—¿Dónde habías estado todos estos años en que el azar no nos había querido unir, Romeo?

—Eso ahora da igual, Cenicienta, lo que cuenta es el presente.

—Entonces, vivámoslo por si no hay un mañana.

Ella accionó la palanca de mi asiento que se reclinó hacia atrás, se sentó sobre mí y comenzó a besarme fogosamente. La mezcla de humedad en el interior del vehículo, el calor de nuestros cuerpos húmedos ardientes de deseo y el contraste de la temperatura exterior formó un denso vaho en los cristales del coche que nos permitía tener cierta intimidad, aunque eso no importaba; los demás coches habían desaparecido con la misma velocidad con la que se presentó la lluvia.

No había pensado que nuestro primer encuentro sexual fuera así, de hecho, no pensaba en que lo fuera a haber, ni mucho menos precipitarlo, pero iba a suceder y no íbamos a detenernos. Claro, que, no contábamos que por allí iba a pasar una patrulla de la policía, que al ver un coche parado con los cristales empañados se detuvo a preguntar si nos ocurría algo. El golpe de unos nudillos tocando en el cristal del lado del copiloto nos asustó cortándonos el momento en el que nos hallábamos inmersos de besos y caricias. Recompusimos rápidamente nuestras ropas, Nat abrochándose los botones de su vestido y yo poniéndome el polo.

Le di al contacto y accioné el botón para bajar un poco el cristal.

—Buenas tardes. ¿Ocurre algo? —nos preguntó el agente.

—Buenas tardes. No, no, solo que no encontrábamos las llaves —acerté a decir torpemente, Nat estaba ruborizada y no articulaba palabra.

El policía dibujó una sonrisa de medio lado.

—Las tiene puestas.

—Ah, sí, no nos habíamos dado cuenta. ¡Qué torpes!

—Márchense, que parece que va a diluviar.

—Sí, sí. Gracias, agente.

Le di al elevalunas para cerrar el cristal; puse en marcha el coche y salimos de allí como alma que lleva el diablo. No dijimos nada durante los cinco minutos siguientes en que ya habíamos tomado la carretera, Natasha y yo, nos miramos y comenzamos a reírnos a carcajadas.

—¡Qué vergüenza, Random!

—¿Por no encontrar las llaves? —Me miró de soslayo—. ¡Bah, no te preocupes! —Le resté importancia, pero en realidad me había sentido abochornado ante la mirada del policía—.

Creo que no ha colado lo de las llaves, ja, ja, ja.

—Pues no.

Durante el trayecto fuimos bromeando con lo ocurrido pero obviamos hablar de lo que habíamos estado a punto de hacer.

Unas horas más tarde, Natasha llegaba a su casa. Había dejado a Random en la suya, él le había ofrecido que subiera, pero debía devolverle el auto a su dueño. Quedaron en que se verían el sábado siguiente en el que ella y Morty serían los anfitriones en la comida que habían organizado. Subió al piso de su amigo, que se encontraba en el estudio plasmando su arte en un lienzo.

—Morty, cariño. Ha ocurrido algo.

—¡Aaay, neeena! ¿Qué te ha pasado, te has peleado con tu Romeo, o con Franky? ¡Menudos pelos llevas, hija!

Ella se rio, intentando no revelar cuál era el motivo de su cabello despeinado.

—No me he peleado con nadie, el motivo es que nos pilló la lluvia.

—¿Y te sorprendes? Estamos en el Reino Unido y raro es el día que la lluvia no se presenta —le dijo sin apartar la mirada del cuadro.

—Ya, pero..., tu coche... —No la dejó acabar.

—¿Qué le ha pasado? ¡Oh, Dios mío! —Se giró sobre el taburete donde estaba sentado para mirar a Natasha—. ¿Qué le habéis hecho a mi «bala plateada»?

—Tranquilo, cielo, que está entero, no tiene ni un rasguño.

—¡Ah, menos mal! Pensé que me lo habrías reducido a un coche del Scalextric.

—¡Oye, que no conduzco, tan mal, jodío! —Se rieron—. Ocurrió que comenzó a llover y por darle al parabrisas le dimos sin querer al interruptor del techo y se abrió; entre que se abre y se cierra, resulta que los respaldos de los asientos se han mojado un poco.

Morty comenzó a dar pinceladas sin sentido en el lienzo, quizá para atemperar los nervios.

—¿Qué queríais convertirlo en una barca? ¡A saber qué estaríais haciendo!

—En ese momento, todavía nada. —Él soltó el pincel de golpe.

—¡Sinvergüenzas! ¿Habéis convertido mi adorado coche en un picadero?

—¡Que no, locaaa! Déjame decirte que si lo de los respaldos no tiene arreglo, yo me hago cargo.

Antes de que Natasha acabara de darle explicaciones, Morty salió corriendo escaleras abajo para salir a la calle a comprobar lo que había ocurrido.

Ella sabía que siendo su amigo tan cotilla, le esperaba una larga noche, ya que no iba a parar de acribillarla a preguntas para que le contara todo lo acontecido ese día y aunque quisiera obviarle algunos detalles más personales con anécdota incluida, su mirada no sabía mentir.

¿Qué vas a hacer con tu vida?

Capítulo Nº 17 - Primera llamada: risas cómplices

La semana parecía no querer correr; solo ansiaba que llegara el sábado para poder ver a Natasha. Estuve tentado en varias ocasiones de llamarla o mandarle un mensaje, pero pensaba que igual estaría ocupada, pues ella tampoco lo hacía y yo no quería forzar la situación y parecer un pesado.

El viernes por la tarde llamé a mi hermana:

—Eli, ¿qué llevamos mañana a casa de Natasha?

—Pues no sé. ¿Tú qué opinas? He hablado con Betty y ella me ha dicho que hará hoy unas pastas variadas de té y *scones*[29], ya sabes que desciende de familia de pasteleros y la repostería la lleva en la sangre, entre otras aficiones, y cuando su trabajo se lo permite, claro.

—Bien, entonces, ¿qué te parece si aparte de llevar bebidas llevamos algún pastel ruso en honor a la anfitriona?

—Perfecto, Randy, ¡buena idea! ¿Te quieres encargar tú? Ya haremos cuentas.

—Vale, sin problemas —acepté—. Ahora buscaré por internet alguna pastelería especializada.

—Mira, tú puedes llevar el pastel ruso y nosotros, las bebidas. ¿Lo ves bien?

—Genial.

—¡Esperaaa! Que tu sobrina se quiere poner al teléfono.

—Tío Randy, ¿mañana me podré quedar a dormir en casa de Natasha?

—¡Hola, princesa! Pues no sé, cielo —no sabía qué responder ante aquella pregunta—, primero habrá que ver si Natasha tiene cama para ti y luego a ver qué dicen papá y mamá. Lo vemos sobre la marcha, ¿vale, cariño?

—Vaaale.

De fondo se oía la voz de Eli recriminando a la pequeña:

—Anda, hija, que ya te vale... Dame el teléfono. —Enseguida escuché a Eli decirme—: Bueno, te encargas tú, ¿vale?

—*OK*, hermana, luego le mandaré un mensaje a ver a qué hora vamos, y te digo algo. *¿OK?*

—Perfecto, cariño. *Bye!*

Colgué el teléfono y me quedé pensando.

—¡Ya sé! —dije en voz alta—. Voy a ir a la vinoteca de Trafalgar Square al lugar a donde acompañé a Natasha. Imagino que allí encontraré buenos vinos y licores, además, a la vuelta hay una pastelería llamada The European, donde imagino que tendrán pasteles de diferentes lugares.

Cascabel me observaba mientras me cambiaba de calzado y mantenía mi monólogo.

Así lo hice. Aparqué el Chrysler frente a la vinoteca; compré varios vinos aconsejado por el sumiller del lugar y un par de botellas de champán. Los guardé en el maletero del coche y me dirigí a la pastelería. Una de las dependientas me recomendó una tarta llamada *shazka*[30], pero al explicarme que llevaba *brandy* desistí, pues al llevar alcohol no la podría probar Ruth y se llevaría un tremendo disgusto. Así que me decanté por una *ptichie molokó*[31].

Al llegar a casa metí todo en la nevera y me tiré un rato en el sofá para ver la tele, Cascabel de un salto se acurrucó a mi lado, enseguida vino a mi pensamiento Nat. Pensé en

mandarle un SMS, pero valoré si sería mejor llamarla, me apetecía escuchar su voz, de modo que me armé de valor y marqué su número. Escuché el sonido de la llamada y cómo descolgaba.

—El abonado al que está llamando no está operativo en estos momentos. Deje su mensaje tras escuchar la señal. «Piiip».

Al escuchar la locución me quedé chafado e iba a colgar, pero me envalentoné para dejar el mensaje:

—¡Hola, Natasha! Soy yo, Random, el pesadooo —me reí—. Llámame cuando puedas, por favor. Es para ver a qué hora quedamos mañana.

Me pareció escuchar unos sonidos extraños y me quedé callado, cuando me percaté de que, al otro lado, alguien se estaba descojonando.

—¡Ja, ja, ja! ¡Me partooo! —Me senté en el sofá de golpe asustando a Cascabel que se hallaba plácidamente dormida. Abrí los ojos y la boca al ver que había sido engañado, pero no conseguía articular palabra—. ¿Random? ¡Perdóname, por favor! Es que al llamarme vi que eras tú y quise gastarte una broma, que conste, que no ha sido premeditado, ¿eh? No quería vacilarte, me salió solo, sin más... Es más, pensaba que no podría aguantar la risa y me descubrirías enseguida. Por favor, no te enfades... ¿¡Random!? ¡Eooo! ¿Estás ahí?

Viendo que me había vacilado, sutilmente puse mi voz un poco más grave para hacerla más adusta y respondí:

—Está usted hablando con el mayordomo de la casa. El señor Williams me ha dejado encargado que le diga a la señorita Ivanova, que si tiene algo que decirle lo haga ahora a través de su contestador automático. Espere a escuchar la señal que es esta: ¡Petarda!

Al otro lado escuché cómo se partía de la risa Natasha. Risas que me contagiaron a mí, por lo que en ese momento, nuestra conversación solo eran carcajadas por ambas partes.

—¡Me la has devuelto! ¿Eh?

—¡Aaah, se siente!

—Di que sí, me lo merezco por burlona. —Por su tono de voz noté como se tapaba la boca para controlar sus risas, pero inevitablemente seguía desternillándose—. Perdóname, cariño —insistió un poco más calmada y en tono suave.

«¿Eeeh, me ha llamado cariño?» Pensé en décimas de segundo y respondí:

—Sí, sí, te perdono. Yo te absuelvo... En el nombre del padre, del hijo... —Nat se volvía a partir de risa—. Lo siento, Nat, no te puedo perdonar... —Sus risotadas se cortaron de golpe.

—¿No? ¿Por qué?

—Pues porque... ¡Yo no soy ningún cura y no puedo interceder ante el Todopoderoso!

—¡Canalla!

Y los dos rompimos de nuevo a reír a carcajadas.

—Venga, va, señorita... Está usted perdonada, pero que sepas, que por un momento me lo creí. ¡Jodía!

—¡Lo siento, Romeo! Ostrasss... Hace tiempo que no me reía así y me hacía falta un ratito como este. Gracias, señor Random Williams.

—De nada. Bueno, vamos por faena, bella dama.

—¡Mmm! ¿A dónde vamos, señor? ¡Ja, ja, ja! Perdóname, Random, es que me lo pones a huevo. Todavía recuerdo lo de antes y no puedo evitar reírme, pero ya está. —Otra vez hacía esfuerzos por reprimirse—. Venga ya me callo o por lo menos, lo intentaré.

—Eso, eso, calladita un ratito estás más guapa... —De nuevo me interrumpió graciosamente.

—¿Cómooo? ¿Es que ahora has desarrollado superpoderes tecnológicos y telepáticos y

puedes verme a través de las ondas de 3G? Ja, ja, ja...

—Pues no, pero ya me gustaría, guapa... —Ambos, nos quedamos un instante en silencio, pero rápidamente continué—: En fin, Nat, que te quería preguntar, ¿a qué hora y cómo quedamos?

—Mmm... —dejó ir ella de nuevo—. Quedamos como amigos, ja, ja, ja —yo también me reí por su ocurrencia—. ¡Puuuf! Me duelen las costillas de reírme tanto, por Dios, cielo... Discúlpame. Es nuestra primera llamada telefónica y lo estoy haciendo muy mal, no me vas a tomar en serio.

—Nooo, Nat, a mí me está pareciendo genial esta conversación, me encanta que te sientas así de dicharachera y me alegro mucho de haber decidido llamarte.

—¡Uff..., me quedo más tranquila! A todo el mundo no le sientan bien según qué bromas.

—Pues por mí, no te preocupes, este tipo de bromas que no son dañinas, me molan, ja, ja, ja.

—Bueno, te explico: ayer hablé con Elisabeth para que vinierais sobre las doce.

—Vale, Nat. ¿Qué llevamos?

—¿Qué vais a traer? Pues nada. Morty y yo nos conformamos con vuestra presencia, pero si quieres traer algo tráete al mayordomo del contestador, que es muy simpático. —Volvieron de nuevo las carcajadas.

—Ya veo, señorita, que el mayordomo, o más bien su voz, le ha encantado.

Instintivamente formé una mueca en mi cara de satisfacción.

—Que sepa usted, señor Random Williams, que me sirve cualquiera de los personajes que su cuerpo traiga, ja, ja, ja. He de dejarte que voy a entrar a una reunión. ¡Hasta mañana, cielo!

Ella cortó y yo cerré la tapa del teléfono. Me estiré de nuevo en el sofá mirando al techo, Cascabel emitió un sonido molesta por tenerse que mover para yo acomodarme. Repasé en mi mente algunas palabras que me había dicho Nat: «Cariño, cielo... Lo próximo, ¿qué será? ¿¡Vida, amooor!? ¡Por Dios, me debo de estar volviendo loco con este tema! Aunque también es cierto, que a Mortimer lo llama con esos calificativos normalmente. Quizá sea buena señal que me trate así, pero la verdad es que me ha vacilado como le da dado la gana. ¡Seráá á la tiaaa...!» Me reí solo y moví la cabeza de un lado al otro en señal de no saber qué estaba pasando realmente. O más bien, no era consciente.

Automáticamente llamé a mi hermana.

—¿Sí?

—¡Bruja!

—Pero ¿qué te pasa?

—Tú ya habías quedado con Nat sobre las doce.

—¡Ah, ja, ja, ja! Sí, Randy...

—Me lo podías haber dicho, ¿no?

—Pues sí, pero lo más normal es que le mandes tú un mensaje interesándote por la hora en que debemos ir, ¿no crees? Es tu amiga y nuestra también, pero tuya más, ja, ja, ja. Tú la conociste primero...

Me desarmó con ese argumento.

—Vale. Tienes razón, pero me ratifico: ¡eres una bruja! —nos reímos—. A ver cuando me invitas a dar una vuelta en tu escoba voladora. —Eli no paraba de reír—. Avisa a Betty también, aunque deduzco que ya está avisada.

—Pues claro.

—Yo, ya he comprado todo lo necesario. Nos vemos mañana sábado en la puerta de casa de Nat.

—Hermanito, ¿puedes pasarnos a buscar y vamos juntos si no te importa? Scott está de viaje y vendrá directo desde el aeropuerto. Tiene allí su coche y llegará aproximadamente sobre la una. Podría llevar el mío, pero así luego nos volvemos los tres juntos.

—Podrías llevarte la escoba voladora y luego meterla en el maletero, ja, ja, ja. Pero por la seguridad de mi sobrina, y tuya también, pasaré a recogeros a las once y media.

—Perfecto. ¡Hasta mañana! ¡Besos!

Capítulo Nº 18 - Comida en casa de Morty y Natasha

Llegó el día. Natasha se levantó feliz y nerviosa al mismo tiempo, este día volvía a ver a todos después de unas semanas que habían parecido meses. Tenía ganas de verles, especialmente, a su nueva amiguita con la que había conectado a la perfección. «En realidad, esa pequeñaja se hace querer», se dijo a sí misma mientras se daba una ducha, pero se sentía así realmente, porque volvía a ver a Random. «No deberías estar nerviosa, Nat, no es una cita con él a solas». Se vistió con ropa de estar por casa, luego ya se vestiría para la ocasión. Al poco bajó Morty.

—¡Buenos días, nena! ¿Qué tal has dormido?

—Regular, cariño, ya sabes que me gustaría que saliera todo bien.

Morty puso sus manos en las mejillas de ella para que se juntaran sus miradas.

—Mírame, Nat. ¡Va a salir bien! ¿Vale? —Ella asintió con la cabeza y él le dio un beso en la frente—. Aunque para serte sincero... ¡Yo también estoy atacaaá! —Hizo el gesto de morderse las uñas.

—¡Ja, ja, ja! Venga, no perdamos tiempo —le ordenó ella.

—Nena, dime qué hago.

—Pues mira, parece que hará buen día, con lo cual podemos preparar todo en la pérgola del jardín como comentamos ayer, así disfrutaremos del sol por un día, que vaya semanita llevamos... Coge el mantel y los cubiertos y vas preparando tú la mesa, mientras, yo voy preparando algunas cosas en la cocina.

—Nat, Espero que les guste el cuadro...

—¡Les gustará! —matizó ella—. Han quedado preciosos los dos, tanto, que la foto parece sacada del cuadro y no al revés. —Ambos se rieron.

—He pensado dejarlo en un lado del jardín tapado con una lona y a última hora se lo doy. ¿Qué te parece?

—Me parece estupendo, Morty. Venga, pongámonos manos a la obra, yo voy a preparar la carne y sus salsas.

—Recuerda, cariño, que mucho picante no le va bien a mi cuñado Walter.

Nat, soltó una gran carcajada al oír a su amigo y verle la cara de pillo que había puesto.

—Lo recuerdo, Morty. —Le guiñó el ojo de manera cómplice.

En esos momentos, Random dudaba qué ropa ponerse y llamó a su hermana:

—¡Hola, Eli!

—Buenos días.

—¡No sé qué ponerme! —dije un poco intranquilo —. No sé si ir en plan formal con traje o informal.

—Bueno, yo creo que informal; ten en cuenta que vamos a comer a casa de ellos, no vamos a ningún restaurante y los que vamos nos conocemos.

—Tienes razón, hermanita. ¡Nos vemos pronto!

—*Bye!*

Finalmente, me decanté por vestirme con unos pantalones sport de algodón color verde militar y un polo blanco; coloqué sobre mis hombros un jersey de hilo de color verde también, por si el día se giraba o refrescaba, el clima de Londres es impredecible, y rematé el atuendo con los Hogan que ya se habían amoldado a mi pies. Por último, eché colonia en mis manos y la

esparcí con un masaje por mi cara y el cabello, también pulvericé mi ropa.

Cuando se aproximaba la hora en la que había quedado con Eli cargué las cosas en el coche y puse rumbo a Wimbledon.

Al llegar toqué el claxon y enseguida aparecieron por la puerta mi hermana y mi sobrina. Me bajé para besarlas.

—¡Tío Randy! —La niña estaba pletórica.

—¡Hola, princesa!

—¡Ummm..., hermano, hueles de maravilla! Irás a comprar otro frasco el lunes, ¿no?

—¿Otro? —pregunté extrañado—. ¿Quieres uno para Scott?

—¡Ja, ja, ja, nooo! Es porque el tuyo lo debes de haber dejado vacío —dijo mientras yo abrochaba el cinturón de seguridad de Ruth y Eli hacía lo mismo con el propio.

—¿Se nota mucho?

—No, un poco, nada más, ja, ja, ja. —Movió sus ojos en círculo simulando un mareo.

Le di al botón para que se plegara el techo del coche quedando descubierto.

—¡Yupiii! —exclamó Ruth, le encantaba ir en el descapotable.

—Aprovechemos que hoy hace un lindo día para que nos dé el sol.

—Sí, sí... —dijo Eli riendo e ironizando—, y para que no lleguemos mareadas a casa de Nat y Morty. No corras, Randy, que tu sobrina y yo llegaremos con el pelo enredado.

Ganas no me faltaron de pisar a fondo y quitarle la carbonilla a mi Chrysler y por vengarme de algunas pequeñas travesuras cometidas por mi hermana, pero yo, el Random formal, no quería que mis mujercitas llegaran con el pelo como si hubieran metido los dedos en el enchufe.

Llegamos al distrito de Marylebone, cinco minutos antes de la hora prevista, allí nos estaban esperando Walter y Betty. Nos bajamos y nos saludamos todos. Walter llevaba una gran bandeja envuelta en papel de seda con los dulces elaborados por Betty, por lo que hizo malabarismos para saludarme dándome la mano.

Fui al maletero a sacar las cosas y Ruth que estaba al quite me preguntó:

—¿Puedo llevar algo yo, tío?

—Pon tus manos estiradas que vas a llevar este pastel, pero con cuidado, ¿eh?

—¿De qué es?

—Es un pastel ruso con un nombre muy raro, pero tiene que estar de mueeerte, porque va cubierto de chocolate.

—¡Mmm! —La pequeña se relamió los labios como si ya lo estuviera saboreando—. ¡Me encanta el chocolate!

—¡Shhh! —bajé un poco la voz—. No digas nada es una sorpresa, ¿vale?

—¡Vale!

Mientras yo cogía la bolsa con las bebidas y me aseguraba de que el coche quedara cerrado, Eli ya había tocado al timbre de la casa de los anfitriones de este día.

Enseguida abrió Morty, junto a él, se hallaba Natasha.

Morty, elegantemente vestido con unos pantalones de pinzas azul marino y camisa azul cielo, llevaba incluso corbata a juego, y Nat vestía unos pantalones tipo pirata negros, blusa vaporosa de rayas negras sobre fondo blanco de cuello *halter*[32], que dejaba sus hombros al descubierto. Completaba su *look* con unas sandalias metidas de tacón ancho y de unos cinco centímetros de tacón aproximadamente. Realmente, tenía buen gusto para elegir sus atuendos.

Los dos plantados allí ante nosotros a simple vista, parecían un matrimonio londinense preparados para dar la bienvenida a su nueva especie de familia.

—¡Bienvenidos, amigos! —gritó Morty—. ¡Estáis en vuestra casa!

Tras besar a Betty y a Eli se dirigió a Ruth:

—¡A verrr esa princesitaaa! —Se puso la mano en la frente—. ¡Oh, Dios mío! ¡Si has crecido un montón! Eli, ¿qué le das de comer a esta niña, que pronto me va a dejar pequeño?

Ruth se reía mientras él al verle las manos ocupadas, le plasmaba un sonoro beso en su carita.

Nat, ya había saludado a Eli y a Betty. Ruth le dijo a su madre:

—Mami, sujeta esto que quiero saludar a la tía Natasha —todos nos quedamos sorprendidos por la ocurrencia de mi sobrina y no nos dio tiempo a reaccionar, o más bien hicimos como que no habíamos escuchado nada—, pero ten cuidado, es un pastel de chocolate. ¡Ups! —Se llevó las manos a la boca como queriendo que aquellas palabras no hubieran salido de allí—. Se me ha escapado, tío Randy...

—No pasa nada, cariño —le dije con una sonrisa.

Ella ya despreocupada se echó a los brazos de Natasha que la recibió con los brazos abiertos para darle un abrazo de oso.

—¡Hola, princesa!

Morty se dirigió a Walter y a mí obsequiándonos con un fuerte abrazo lleno de cariño.

—¡Así me gusta, ver hombres guapos en casa, ja, ja, ja! —Nos reímos los tres—. Pero ¿qué traéis ahí? ¡Por Diosss!

—Unos detalles —maticé.

—Va, que os ayudo dejad que lo lleve yo, que aquí la jefa de la casa, Natasha querrá saludaros.

Ella con Ruth en brazos se acercó primero a Walter.

—¿Qué tal, Walter? Es un placer veros de nuevo.

Se dieron dos besos y Nat se dirigió hacia mí:

—Pero ¿a quién tenemos aquí? —dijo con voz cariñosa.

—¡A mi tíooo! —contestó Ruth.

—Ya veo, princesa, pero ¿tú sabías que él venía? —Simuló con cara extrañada.

—¡Claro!

Yo permanecía atento a la escena, Nat le propuso a Ruth:

—¿Qué te parece si cada una lo besamos por un lado a la vez?

—¡Vale! —Ruth le dijo algo al oído y Nat le hizo un gesto con la cabeza como negando y señaló a la pequeña.

Se acercaron y a la vez que Nat me daba un cálido beso en una mejilla, Ruth en la otra, me dio un beso de vaca.

—¡Aaagh! —Se echaron a reír las dos—. ¡Esto ha sido cosa de Ruth! —La miré fijamente y dije—: ¡Esta me la pagarás, pequeñaja. Comeré más pastel que tú!

—Nooo... —reaccionó la niña haciendo pucheros.

—¿Ya estamos? —gritó Eli desde más adelante—. Tío y sobrina, ¡a cual peor!

—Por cierto, Eli, ¿dónde está Scott?

—Viene de viaje, Morty. Llegará aproximadamente a las dos y vendrá directo aquí.

—Ah, *OK*. ¡Perfecto! Bueno, señores —alentó Morty—; entremos en la casa y mientras Nat os enseña el jardín en la parte trasera, voy a poner esto en la nevera. Walter, ¿me ayudas?

—Claro que sí, faltaba más.

Morty aprovechó para preguntarle a Walter cómo iba el tema de sus cuadros.

—Bastante bien, vamos a necesitar más de esa índole, pues se va a abrir otra ala del

museo y creo que será del mismo estilo contemporáneo.

—Ah, qué bien —respondió él—, pues nada, aparte de cuñados seremos colaboradores —se rieron los dos—. Venga, vamos con ellos, para que no te pierdas nada. —Salieron de la casa y se dirigieron al jardín, donde se hallaba el resto—. ¡Ya estamos aquí!

A un lado del jardín se encontraba la barbacoa y próxima a ella, una pérgola de hierro tipo glorieta, en cuyo centro había una gran mesa redonda con sus sillas correspondientes, engalanada con un bonito mantel y colocada minuciosamente, vajilla, cubertería y cristalería. En un rincón, en la tierra habían formado un hueco forrado con piedras y los troncos que había encima ardían a viva llama, Nat nos explicó que había que dejar que ardieran y se quemaran bien, pues esas piedras del fondo debían de coger mucha temperatura. Junto a la valla medianera, que era de hiedra, había una zona de plantas aromáticas variadas y una pajarera de uno por dos metros aproximadamente, en su interior albergaba varias parejas de agapornis de diversos colores. Ruth se quedó embobada mirando la gran jaula y cómo aquellas pequeñas aves revoloteaban.

—¡Mira, mami! ¡Hay dos que se dan besitos! —gritó divertida.

Nat se acercó y se agachó para ponerse a la altura de la niña.

—Son agapornis, su nombre común es: *ave de amor*. —Ruth sorprendida, abrió más los ojos y la boca—. Suelen vivir en pareja y se cuidan uno al otro.

—¡Anda, como mi papá y mi mamá! —nos reímos todos por la ocurrencia—. Tía Nat, ¿qué es eso?

Junto a la jaula había un gran bulto tapado con una sábana y atado con una cinta que despertó la curiosidad de mi sobrina.

—Mi niña, es una sorpresa que aquí, el guapo de Morty guarda para después de comer y esté también tú papá.

—Aaah... —dijo ella intrigada sin quitarle la vista a aquel bulto.

—¿Pasamos a tu casa, nena? —preguntó Morty.

—Claro, cariño, pero antes podrías ofrecerles a nuestros invitados algo de beber.

—He traído vino blanco, Morty —le comenté—, por si lo crees oportuno.

—Ya lo he visto, guapo. —Me guiñó un ojo cómplice—. Por cierto, ¿me ayudas?

—¡Claro!

Acompañé a Morty a la cocina.

—Coge esas copas de vino —dijo a la vez que me indicaba con la vista donde se hallaban, mientras él sacaba el vino de la nevera.

—*OK* —Me animé y algo cabizbajo susurré—: Natasha me gusta...

—Eso espero, Randy, por tu bien y por el de ella. —Se aproximó a mí—. Mírame a los ojos, anda que no te voy a comer, eso lo dejo para ella —me sonrió—. Desde que te conoció, todo en ella cambió; yo te imaginaba buena gente, pero veo que has superado mis expectativas, así que, señor, como ya somos mayorcitos..., tienes el sí de Morty.

Y me volvió a lanzar un guiño.

—Gracias, para mí tampoco está siendo fácil. Salí de varias situaciones en las que me ha costado llegar a ser cómo soy ahora, pero ella me está cambiado, Morty.

—Lo imagino —respondió este—, ella es especial, Randy; muy especial. Anda, coge también de la nevera zumo para Ruth, por si le apetece. Y tras este intercambio de ideas, ¿qué te parece si vamos con los demás?

—Será un placer.

—¡Aiiins, si es que te comía!

Los dos nos reímos y al entrar al salón, Nat nos preguntó:

—Bueno, bueno, pero ¿qué os pasa a vosotros dos?

—Nada, nena, que Randy me contó un chiste.

Eli nos miró extrañada.

—¿Random contando un chiste? —se rieron todos.

—A saber... —apostilló Walter provocando de nuevo la risa a todos.

De detrás del sofá apareció Franky.

—¡Eh, señor! ¿Dónde estabas tú? —le gritó Nat.

—¿Puedo cogerlo, tía Natasha?

Eli miró a Nat un poco abochornada por la insistencia de Ruth en llamarla tía, pero ella le hizo un gesto con la cara quitándole importancia. Franky de un salto se subió a los brazos extendidos de la niña y comenzó a ronronear.

—Le has caído bien, Ruth —le dijo Morty con una sonrisa.

—¡Qué bien!

—Y este felino, ¿cómo se llama? —pregunté.

—Franky, mira tío, lo pone aquí en su placa.

—Así, que es un chico.

Morty, que estaba al tanto añadió:

—Mira por dónde, Random, tu gata ya tiene novio.

—Pero ¿cómo sabes que tengo una gata?

—Aaay, mira, mientras has estado en París estuve en casa de tu hermana y conocí a Cascabel, ja, ja, ja.

—¡Madre mía! —ironicé—. Está visto que no puedo tener secretos.

—Más te vale, guapo —matizó Morty, a la vez que me hacía un gesto con dos dedos desde sus ojos hacia los míos—, que me saco las uñas y verás—. Natasha lo miraba con cara de circunstancias—. No me mires así, nena, que defiendo lo nuestro.

Esas palabras provocaron en todos unas risas.

Betty y Elisabeth, se encontraban junto a la chimenea observando sobre una repisa unas placas de metacrilato, Eli, curiosa, le preguntó a Nat:

—Qué bonitas estas flores, ¿las has disecado tú?

—Sí, Eli, son flores que tienen un significado especial para mí.

Ruth que estaba al tanto de la conversación se acercó sin soltar a Franky para verlas.

—Tía Natasha...

—Dime, Ruth.

—Esta margarita, se parece a la que le di a mi tío el día que tuvisteis la primera cita.

—Efectivamente, lo es, princesa, tu tío me la dio porque me dijo que tú se la habías regalado, y aquí está. —Me miró y le sonreí cariñosamente a la vez que inclinaba un poco mi cabeza en señal de agradecimiento a ese detalle—. Y esta otra es la rosa púrpura del ramo que tu tío nos regaló a la dos.

—¡Guauuu! ¡Qué chulis!

—Ah, pues que sepas, Natasha —intervino Eli—, que dos de los esquejes que plantó Scott en el jardín están brotando.

—¿Sí? ¡Qué ilusión! Así habrá un recuerdo de ese bonito día. Bueno, sigamos que os enseño el resto de la casa. —Todos la seguimos—. Aquí está la cocina, esta habitación es la de invitados y esta otra es para alguna princesita si algún día se queda a dormir —dijo Nat guiñándole un ojo a Ruth.

—¿Es para mí, tía Natasha?

—¡Ruth! —le llamó la atención su madre.

—Déjala, no pasa nada, Eli. Hoy no sé si te podrás quedar, cariño —dijo agachándose para estar a la altura de los ojos de la pequeña—, ya habrá otra ocasión si tus papás te dejan. ¿Vale, cielo? —Nat miró a Eli y esta vio que fue sutil con la explicación—. Mirad, aquí hay un cuarto de baño y esta otra habitación es mi dormitorio.

Todos observábamos la estancia desde la puerta, pero Ruth curiosa se adentró en ella acercándose al tocador. Miraba un par de fotos y junto a un joyero vio algo que le llamó la atención.

—Tienes tú la placa de mi tío ahí.

—¡Sí! Yo tengo la de tu tío y él tiene la mía, nos la intercambiamos.

Me quedé algo parado al ver que mi placa de Romeo la tenía Natasha, algo rocambolesco, ya que, en teoría, la tenía Bob, pero preferí no decir nada ante tal descubrimiento. Volvimos al salón.

—Vamos arriba —dijo Morty—, y os enseño mi cueva, que aún es pronto para preparar todo.

Primero bajamos al sótano; una vivienda acondicionada con el mobiliario imprescindible para albergar a una familia de cuatro miembros y que ellos denominaban como casa de invitados. Fuimos al recibidor, Morty subía delante por las escaleras, le seguía Walter, Eli, Ruth con el gato en brazos, detrás, Betty, unos peldaños más abajo, Natasha, y por último, yo.

—Vamos, Randy que te quedas atrás, petardo.

La miré y sonriendo le hice el gesto de que la estaba vigilando, ella me lanzó una bonita sonrisa y me sacó la lengua irónicamente mientras continuaba subiendo las escaleras moviendo su trasero de una forma sensual.

Al llegar arriba, ella me agarró de la mano, nuestros dedos se entrelazaron y provocaron que nuestros tejidos se cargaran de energía.

—Pasa tú delante —me dijo—, que si no, te me quedas atrás, señorito—. Al pasar por su lado, se me acercó y me besó en la mejilla. Me quedé estático, pues no me lo esperaba y ella ante mi reacción susurró—: Si quieres, te llamo por teléfono para que reacciones.

Solté una carcajada que oyeron el resto del grupo, a lo que Walter preguntó:

—Pero ¿dónde estabais, parejita?

Hicimos caso omiso a la pregunta y pusimos atención a Morty mientras este se pavoneaba con sus pinturas, adquisiciones y demás, sobre todo hacía hincapié en su piano.

—Mirad, este señor me ayuda a desconectar cuando necesito evadirme. Por cierto, Randy, después podrías deleitarnos con alguna pieza. ¿Aceptas?

—¡Puuff...! No sé, estoy muy lejos de tu nivel, ¿eh?

—¡Aaay, cielo, eso no es lo que yo tengo entendidooo! —cuestionó mientras ponía los dedos de su mano izquierda extendidos por debajo de su mentón.

Miré a mi hermana y entendí que durante mi viaje a París ellos dos habían compartido confidencias mutuas.

—Bueno, Morty, sobre la marcha lo vamos viendo —atiné a decir.

—¡Sí! —gritó Ruth pletórica—. A mí me hizo una canción de Peter Pan y otra para la tía Natasha.

—Cariño —dije mirando a mi sobrina—, solamente es una melodía.

—Sí, sí... —añadió mi hermana—, una melodía con la que nos dejó a todos con la boca abierta.

—Pues nada —insistió Morty—, dicho queda, señores, después de comer subimos a mi cueva de nuevo, y aquí, el señor guapo, que nos regale los oídos con sus manos. Seguidme, que subiremos a mi santuario, un lugar visitado por pocas personas, hasta hoy.

Seguimos el mismo orden para subir, pero en esta ocasión, Natasha iba la última.

—¿Te doy la mano para subir, Cenicienta? —le dije en un tono de voz bajo para que pudiera escucharlo solo ella.

—Claro que sí, Romeo, si no espera usted a alguien más mayor, acepto.

Nuestras manos jugaron a acariciarse sutilmente en un corto espacio de tiempo, pues al llegar arriba nos soltamos.

—¡Guauuu! —Fue la reacción de todos.

Llegamos a una buhardilla preciosa, cuyo techo era de madera y vigas vistas del mismo material. Cubrían todo el perímetro de aquella sala unas cortinas que el anfitrión descorrió, dejando a la vista unas grandes cristaleras que le dieron una gran luminosidad al lugar, ya que este día el sol lucía en todo su esplendor. Morty nos explicó que aquellas cristaleras en su origen eran paredes con algunas pequeñas ventanas que ofrecían a la buhardilla poca luz, por lo que hacía algún tiempo, había decidido hacer una reforma que le permitiera crear sus obras disfrutando de luz natural. Allí había casi una docena de caballetes con cuadros, algunos en su mayoría, acabados y otros tapados que se hallaban en proceso y que aún no debían de ser vistos. Todos los allí presentes disfrutábamos atónitos de lo que aquella habitación guardaba.

—¡Ostras! —exclamó Walter—. Nos encontramos en el lugar donde todo fluye, Morty.

—Así es, Walter, aquí comienza todo, este es mi laboratorio, el lugar donde las inspiraciones van y vienen, un lugar donde la magia aparece y desaparece.

Walter levantó sus manos para aplaudir sus palabras y el hecho de que compartiera con nosotros el lugar de sus creaciones, acto que secundamos todos elevando al cielo el ego de uno de nuestros anfitriones.

—Esos de ahí —dijo Walter señalando unos cuadros con su dedo—, ya me los estás llevando al museo, ¿eh?

—Sí, sí, claro, tus deseos son órdenes, cuñado —respondió Morty guiñándole un ojo—. Y ahora vais a disfrutar de la joya de la corona de este lugar.

Abrió una de las cristaleras y salimos a una terraza que rodeaba la sala acristalada. Franky que se hallaba todavía en los brazos de la niña, al verse en la terraza maullaba por verse liberado.

—Ruth —murmuró Natasha—, déjalo un poco en el suelo, que es muy cotilla y quiere ir a chafardear por los tejados de los vecinos.

—Vale.

—No os lo iba a decir, pero como podéis observar, este es un lugar divino para tomar el sol y hacer *topless*. ¿A que sí,Nat?

—¡Morty!

—¡Aaay! ¿Qué pasa, querida? Que estamos en confianza, no seas vergonzosa. Es verdad, este rincón es idóneo y no puedes ser vista...

—¡Te voy a matar, y haré que parezca un accidente! —Nos reímos todos por la situación cómica de aquel comentario—. En fin, me bajo que voy a introducir la carne para que se vaya asando, antes de que cometa un Morticidio.

—Vamos contigo —dijo Elisabeth.

—Nena, vamos todos para abajo que hay que echarle un vistazo al fuego de la barbacoa.

Morty lanzó un silbido al unísono y enseguida apareció Franky. Bajó como una flecha

por las escaleras para posarse sobre el regazo de Ruth que se encontraba ya sentada en una mecedora del salón, ella, le masajeaba la cabeza. En ese momento sonó el timbre.

—¡Mi papá! —gritó la pequeña poniéndose de pie de un salto provocando que el felino cayera al suelo de pie y emitiera un maullido de sobresalto.

—¿Estás segura? —le preguntó Morty.

—¡Sí! ¿Puedo ir a abrirle?

—Claro, cielo, pero te acompaño, que tú y yo somos las mejores vestidas hoy.

Todos nos reímos y vimos cómo Ruth cogía de nuevo en brazos a Franky, como si fuera un pequeño saco se lo apoyaba a la cintura con una mano y con la otra se agarraba a la de Morty dirigiéndose ambos al jardín.

—¡Papiii!

—¡Hola, cariño! —Scott se agachó para rodear con un brazo el hombro de su hija a la vez que le daba dos sonoros besos—. ¿Y este gatito?

—Se llama Franky, papá, y es de Natasha.

—¡Adelante —interrumpió Morty, ofreciéndole su mano para saludarlo—, bienvenido a nuestra casa!

Los tres entraron al salón y se dirigieron al jardín trasero donde nos encontrábamos el resto. Scott fue saludando uno a uno a todos, al llegar a Eli, la rodeó por la cintura para dejarle un tierno beso en los labios.

—¡Hola, cariño! —le regaló Eli una tierna sonrisa.

No sé por qué, pero instintivamente, en ese momento miré a Natasha y me encontré con sus ojos. «Quizá algún día nosotros también nos besemos así». El abrazo de mi cuñado me sacó de aquel pensamiento.

—¡Hola, cuñado!

—¿Todo bien, Scott?

—¡Todo perfecto! Vengo con hambre y con sed, no me he parado para que no se me hiciera tarde en llegar.

—¿Te apetece una copa de vino blanco? —le preguntó Mortimer.

—Me vendrá genial.

—Pues venga, un vinito blanco para todos, Randy, sírvelo tú, mientras me llevo a Scott a enseñarle nuestra morada. Walter, ¿nos acompañas?

—Vamos.

—¿Sabes dónde está el vino, Random? —me preguntó Natasha.

—Imagino que sí, ¿en la nevera?

—Espera, que te acompaño.

Parecía la excusa perfecta para compartir los dos un instante a solas, pero ese momento quedó en una leve idea.

—¡Yo quiero ir, tía Nat!

—Claro, princesa, pero creo que deberías dejar que Franky deambule por la casa a su capricho.

—¡No, no quiere! —dijo mi sobrina con una sonrisa pícara, a sabiendas de que el felino ya llevaba un rato intentando zafarse de sus brazos y de vez en cuando emitía algún maullido en vano, pues ella hacía lo imposible por retenerlo—. Prefiere estar conmigo.

—¿Seguro que quiere estar contigo, Ruth? —le preguntó mi hermana.

—Que sí, mami, y si se porta bien, después le maquillaré.

Betty soltó una carcajada y se dirigió a Natasha:

—¿Tu gato tenía clara su condición sexual? Porque cuando acabe hoy Ruth con él, quizá haya que cambiarle el nombre, ja, ja, ja.

Nos reímos todos, en esas, el felino vio la ocasión de escaparse, dio un salto y salió corriendo.

—¡Oh, tía Nat, Franky se ha escapado!

—¡Gato malo! —sonrió ella por la situación—. Déjalo un rato, anda, después ya iremos a buscarlo. Venga, acompáñanos a la cocina si quieres.

Mientras yo sacaba el vino de la nevera, Nat sacaba unas copas del armario.

—¿Puedo llevar algunas copas? —preguntó Ruth.

—Toma, una en cada mano, yo llevo el resto y tu tío trae el vino.

—Llevo una para mi papá y la otra para Morty.

—Bien —dijo Natasha—, hoy lo que diga la princesa, se hace.

Mi sobrina salió delante contenta por poder ayudar, nosotros nos quedamos un poco rezagados, así que aproveché para decirle:

—Gracias.

—Gracias, ¿por qué? No tienes que dármelas, os estoy devolviendo la invitación en la casa de tu hermana, bobo... Además, es un buen motivo para vernos, ¿no crees?

—Pues sí —me aproximé a ella—, pero algún día me tendrás que explicar cómo ha llegado a tus manos mi placa, señorita...

—¡Ah! No te puedo contar todo, cielo... —me respondió ella en plan sarcástico y divertido a la vez—, si no sabrás lo mismo que yo y luego tendré que matarte —me reí por su ocurrencia—. Pero sí te puedo regalar una reflexión: En ocasiones, las casualidades existen, señor Random Williams.

—Me has recordado a Bob —le dije esbozando una sonrisa.

Hubo un breve silencio en el que nuestras miradas se mantenían.

—¿Qué tienes ahí? —me preguntó indicándome con su cara en un punto indefinido de la mía.

—¿Dónde?

—Ahí...

—No sé, no me lo veo. ¿Qué es?

—Espera, que te lo quito.

Soltó algunas de las copas que sujetaba en su mano derecha sobre el mármol, yo cerré los ojos al ver acercar su dedo a mi rostro, pero me sorprendí al sentir el roce de sus labios posándose en los míos.

—¡Mmm...! Mírame a ver si tengo algo más, por favor.

Ella me lanzó una sensual sonrisa a la vez que me dio un ligero azote en mi trasero. Ese beso me había sabido a poco, «¡quiero máááás!» pensé en décimas de segundo, pues la voz de Morty nos sacó de aquel mágico momento.

—¡Chicos, ese vino, que tenemos a Scott seco!

—Y a mí, Morty —añadió Walter.

Salimos al jardín, Natasha se acercó a la barbacoa improvisada bajo tierra, con un palo escarbó un poco en ella y comenzó a salir un poco de humo.

—Vamos a traer los boles de ensaladas, que la carne está casi a punto.

—¿Cómo lo sabes, tía Nat?

—Por el humo que sale por ese agujero que he hecho, Ruth, algún día te enseñaré, *¿OK?*

—*¡OK!*

—¿Me ayudas, Randy?

—Claro, ahora mismo. ¿Qué hago?

—Pon aquí, en el suelo esa bandeja, y ahora, con esos palos vamos retirando con cuidado la tierra a un lado.

—¿Qué me das a cambio? —la miré pícaramente a los ojos susurrándole para que el resto del grupo que se encontraba en la glorieta, no me oyeran y aprovechando que Ruth estaba junto a ellos. Se quedó pensativa y me respondió con una pregunta:

—¿No te dura todavía el beso de antes, o lo has perdido?

—¡Eh! ¿Qué beso? —ironicé a la vez que me reía.

—Bueno, tú haz lo que te he pedido y ya veremos...

Ella comenzó a mover la tierra y yo la secundé, enseguida comenzó a salir humo, se percibía el olor de carne asada, y eso que permanecía cubierta por una doble capa de papel de aluminio. Retiramos la tierra hasta quedar descubierto el paquete, Natasha se colocó unos guantes ignífugos y lo sacó, colocándolo sobre la bandeja que yo me encargué de poner en la mesa. Allí, Nat fue destapando la carne que puso sobre otra bandeja limpia, junto con las verduras que la acompañaban, la visión de aquel asado era digno de inmortalizarlo en una foto. El aroma, nos embriagó los sentidos.

—¡Guauuu!

—¿Qué pasa, hermanito?

—Eli, esta carne no tiene nada que envidiar a la que hace mi cuñado, que lo sepas.

—¡Pelota! —dijo entre risas Scott—. Ya hablaremos tú y yo, cuñado.

La comida estuvo exquisita; era la primera vez que comíamos un asado de aquella forma tan peculiar y la sobremesa fue muy amena, pues nos sentíamos todos como si nos conociéramos desde hacía mucho tiempo. En realidad, quien no paraba de hablar era Morty contándonos chismes sobre su familia y la casa; de cómo él y Natasha acabaron viviendo en aquel caserón.

Tras tomar café, Natasha sacó una pelota para que Ruth se entretuviera y esta me arrastró a jugar, se nos unió Franky que seguía el rumbo de un lado a otro intentando pillarla.

—Morty, cielo, ¿no tenías algo preparado?

—¡Oh, Dios mío! —Se llevó el torso de la mano derecha a la frente—. ¡Es verdad! Me encuentro tan a gusto, que se me olvidaba... ¡Queridos! —dijo alzando un poco la voz para llamar nuestra atención—. ¡Tío y sobrina, os necesitamos aquí, ya!

—¡A la orden! —grité.

Nos sentamos en nuestros asientos a la espera de ver con qué nos iba a sorprender nuestro anfitrión. Todos observábamos cómo se acercó a aquel gran bulto oculto tras una sábana.

—Creo que voy a necesitar un poco de ayuda... ¿Algún tío buenorro se ofrece voluntario para ayudarme?

Nos pusimos los tres hombres en pie como un resorte, hecho que provocó las risas de las mujeres.

—¡Anda, mira cómo no han dudado en ponerse en pie, ja, ja, ja! —dijo Betty.

—Bueno, todos tienen su punto nena..., que os lo digo yo —añadió Morty guiñándoles un ojo—. Venga, va, que me ayude mi futuro cuñado.

Walter se aproximó a él, entre los dos acercaron aquel artilugio oculto. Lo situaron delante de donde nos encontrábamos en la glorieta, Walter se sentó junto a su esposa.

—¿Qué es? —preguntó Ruth.

—Algo muy bonito, princesa —le respondió Natasha, dejando a la pequeña con más curiosidad aún.

Morty le hizo una señal a Natasha para que le acompañara a hacer los honores, pero ella negó con la mirada a sabiendas de que aquel cuadro y aquel momento era una obra exclusiva de él.

—¿Quieres ayudarme, Ruth?

—¡Sí! —respondió dando un salto.

—Quita esa lazada y sujeta esa punta de la sábana que yo sujetaré esta otra, a la de tres tiramos de ella.

—*OK*.

—Una, dos..., ¡y tres!

La sábana cayó dejando al descubierto un cuadro con la imagen de Elisabeth y mía, uno frente al otro mirándonos, inmortalizados como en una foto que ambos poseíamos.

Todos comenzamos a aplaudir y a alabar por la calidad de las imágenes tan reales.

—¡Es mamá y el tío Randy!

Morty hizo un gesto con las manos para que bajáramos la voz pues iba a pronunciar unas palabras.

—Ya sabéis que una de mis pasiones es la pintura, bueno, y con lo que me gano la vida, aunque bien podría vivir de algunas rentas, pero coger un pincel y expresar en un lienzo aquello que me inspira, para mí, más que un trabajo es un *hobby*. En lo profesional, con Walter estoy al día de cuadros y es un honor que puedan ser visualizados en su museo.

—Ya me gustaría que fuera mío, Morty, ja, ja, ja.

Nos reímos todos.

—En fin, desde el día en que nos conocimos, nos habéis tratado todos con mucho cariño, nos habéis abierto vuestros corazones. Sé que tú, Eli, y tú, Random, tenéis un vínculo especial e inquebrantable como hermanos que sois, y sentí la necesidad de plasmarlo en este cuadro. Espero que os guste.

Yo me quedé boquiabierto, estaba tan impactado que no podía articular palabra, pues pensaba que en aquel cuadro habría plasmado algún paisaje, pero no esperaba ser uno de los protagonistas.

—¿Os gusta? —nos preguntó a mi hermana y a mí.

—¡Sí, es precioso! —respondió Eli—. ¡Hermano, reacciona!

—¿Eh? ¡Ah, sí! —respondí atónito—. Es que no doy crédito a lo que estoy viendo. ¡Qué pasada, Morty!

—¡Aaay, menos mal que reaccionas, chico! Me has dejado desconcertado pensando que tal vez no te había gustado...

—No me gusta, Morty... ¡Me encanta! De veras, nos has pintado mejor, sobre todo a mí, a Elisabeth no la podías mejorar, porque ella ya es espectacular y lo has sabido captar.

—Y el cuadro, ¿dónde lo guardarás, tío Morty? —preguntó Ruth, inconscientemente—. ¿En el museo del tío Walter?

—No, mi niña —le respondió con una sonrisa mientras le acariciaba la mejilla—. Este cuadro va para tu casa, creo que tu mamá ya le ha encontrado un lugar.

Todos los allí presentes coincidíamos en que el cuadro era precioso. Miré a mi hermana con mirada interrogante.

—Tú tienes algo que ver, ¿no?

—¿Yooo? Aunque ahora que recuerdo, por casa creo que debo de tener alguna foto parecida... —me respondió con una sonrisa casi burlona.

—Por eso lo digo, granuja, porque yo tengo otra igual —me levanté para admirar el

cuadro más de cerca—. ¡Espectacular! Insisto, Mortimer, Elisabeth ha quedado de maravilla, conmigo lo tenías más complicado; ella es más guapa.

—¡No, tío Randy, tú también eres muy guapo! —apostilló mi sobrina.

Scott se levantó para abrazar y darle las gracias a Morty.

—¡Me encanta! Va directo a la chimenea de casa, sí o sí.

—¡Oh, mirad, Scott quiere quemar el cuadro! —Morty sacó un pañuelo de su bolsillo y simuló echarse a llorar—. Si es que no tienes leña quema el sofá, pero no mi lienzo, jodio!

El comentario y dramatismo de Morty nos provocó a todos una gran carcajada.

—No, hombre. Quería decir colgado sobre la chimenea. ¡Allí va a quedar de lujo!

—Ese cuadro quedaría muy bien en el Museo Británico —opinó Walter bromeando.

—Pues no —inquirió Scott—, que te haga otro, ja, ja, ja.

—¡Buenooo! Me acabas de chafar la sorpresa que les estoy preparando a ellos.

—¿Ah, sí? —preguntó Betty sorprendida, y acto seguido miró a Elisabeth—. Tú tienes algo que ver con eso, ¿no?

—¿Yooo? —Eli arrastró la «o» como si ella no supiera nada.

—¡Aaagh! —Morty puso su mano plana e hizo ademán de morderse la mano—. Me debería de morder la lengua, acabo de descubrir algo que no quería desvelar todavía. Mira que sois cotillas, ¿eh? —ironizó casi echándoles la culpa a Scott y a Walter por tener él su lengua descontrolada.

—Está visto, que Mortimer nos tiene a todos fichados —comenté.

—Tío Morty, faltamos mi papá y yo...

—Lo sé, princesa, vosotros dos seréis los siguientes. Arriba tengo dos lienzos tapados, en los cuales tengo los primeros trazos, pero no me pidáis que os lo enseñe, de momento, no vais a verlos, ¿eh? ¡Me niego! Ja, ja, ja.

—Pues yo sigo pensando —añadió Walter—, que este cuadro podría quedar bien en el museo, sería la muestra de un espécimen soltero en peligro de extinción.

Se rieron todos, mientras yo le hacía el gesto a Walter de que le iba a retorcer la lengua, pero ante aquella ocurrencia, no pude evitar unirme a las carcajadas que resonaban en el jardín.

Después de la sorpresa del cuadro, Natasha nos propuso pasar al salón de la casa y allí sentados proseguimos con la tertulia.

Ruth, con la ayuda de Natasha, convenció a sus padres para que la dejaran quedarse a dormir en su casa, ellos eran un poco reticentes, pues les preocupaba que a medianoche la niña se despertara echando de menos a sus papás.

—¡Tengo una idea! —exclamó mi sobrina—. ¡Que se quede también el tío Randy!

Hubo un silencio, pues nos pilló a todos desprevenidos, o más bien, a mí.

—No hay ningún problema —salió al quite Natasha—, hay dos habitaciones más, de hecho, os podríais quedar todos si queréis, hay sitio entre las dos casas, ¿verdad, Morty?

—Claro que sí, nena, y en el sótano.

Todos nos mirábamos escépticos, aquella propuesta nos había dejado sin armas para buscar alguna excusa educada. Natasha, rompiendo el hielo añadió:

—Como decía mi abuelo: «¿Qué problema hay?»

Parecía que aquella pequeña familia, que habíamos creado de la casualidad o del destino a través de Romeo y Cenicienta, con el paso de los días, y en este día precisamente, con el paso de las horas, iba en aumento, ya que compartíamos entre todos un gran cariño.

Nos encontrábamos jugando al juego de adivinar con mímica títulos de películas, en el que nos echábamos unas risas por las caras que poníamos, cuando Eli se dio cuenta de que Ruth

no se encontraba bien. Betty sacó de su bolso un termómetro y se lo puso a la pequeña.

—Tiene unas décimas de fiebre, quizá no sea nada importante, tal vez haya cogido un poco de frío jugando antes en el jardín.

—Scott, deberíamos marcharnos para casa por si la fiebre sube más poder darle el jarabe —ordenó Elisabeth.

—Jooo, mami... ¿No podré quedarme en casa de la tía Natasha?

—Hoy no, cariño, otro día será, cuando a Natasha le vaya bien.

—Claro que sí, cielo —le dijo Nat—, habrá más días. Si queréis, la semana que viene volvemos a repetir la comida. ¿Vale?

Ruth con carita triste y con síntomas de tener más fiebre movió su cabecita en señal de aceptación.

—Vaya, princesa —intervine para quitarle hierro al asunto—, yo que me había hecho a la idea de que íbamos a dormir aquí los dos... —Simulé hacer unos pucheros—. Ahora, ¿qué?

Ella intentó esbozar una leve sonrisa y con un hilillo de voz, me contestó:

—Tú sí puedes quedarte, ¿eh?

—No, mi niña, nos vamos todos.

—Si queréis —propuso Betty a Eli, y a Scott—, pasamos por el hospital y que Sebastian, el pediatra de guardia, le dé un vistazo.

—De acuerdo —contestó Scott—. Señores, ha sido un placer. Morty, de nuevo, muchas gracias por el cuadro, ya quedaremos en hacer una comida para que veáis cómo queda en el salón. Ahora nos marchamos, lo primero es lo primero.

—¿Queréis que os acompañemos? —se ofreció Natasha.

—Sí, porfi... —dejó ir Ruth en un suspiro.

—Nena, yo debería de ir a casa de mi *nanny* Catherine, no se encuentra bien y quiero verla para quedarme más tranquilo. Tenme al tanto y cuando sepas algo, me llamas al móvil. Random, ¿la traerás tú luego?

—Claro, Morty, no te preocupes.

Salimos todos de allí y los tres coches pusimos rumbo al hospital Saint Thomas. Yo iba callado y preocupado por la salud de mi sobrina.

—Tranquilo, Randy —Nat trataba de tranquilizarme—, ya verás como no será nada, a su edad es normal que al dar algún estirón, le den algunas décimas de fiebre.

Dibujé una sonrisa nerviosa por la inquietud y ella en un atisbo de optimismo, me besó en la mejilla.

Tras aparcar los coches esperamos todos en la sala de espera de urgencias, excepto Betty, Ruth y Elisabeth que entraron por la puerta de entrada del personal residente dirigiéndose al despacho de médicos.

—Cuñado —le eché un brazo por el hombro a Scott—, tranquilo, no será nada, ya verás.

—Eso espero, Randy. Se pone tan tristona cuando le da fiebre...

—¿Queréis un café? —preguntó Natasha recibiendo una respuesta afirmativa por parte de todos.

Me ofrecí a acompañarla. Fuimos al pasillo donde se hallaban unas máquinas expendedoras, el café no es para tirar cohetes, pero ese momento a solas junto a Natasha, valía la pena aunque este, supiera a rayos.

—Gracias —murmuré.

—¿Por?

—Por venir, Natasha.

—Anda ya, no seas bobo... Me importáis, aunque vaya de dura y parezca un témpano de hielo, soy muy sensible, lo sabes, ¿no?

—En lo poco que hemos coincidido, lo he podido intuir y me gustaría seguir descubriendo más... —Me acerqué más a Natasha quedando mi cara a un escaso palmo de la suya—. Espera, no te muevas.

Levanté mi mano para quitarle una pestaña caída sobre su pómulo derecho, ella cerró los ojos y yo me lancé a darle un beso en los labios. Fue espontáneo y corto, en el que nuestros labios se rozaron, no sé si duró tres o cuatro segundos, pero lo suficiente para percibir la calidez que de ellos emanaba. De habernos encontrado en otro lugar, quizá ese beso hubiera sido más largo y profundo, pues Natasha se dejó besar sin oponer resistencia, por lo que deduje que no le había disgustado.

—Deberíamos ir con los demás —propuso Natasha rompiendo aquel mágico e inusual momento.

—Discúlpame, Nat, sentí un impulso y me dejé llevar.

—O sea, que ha sido una estrategia, ¿no?

—¡No! Es cierto que te vi una pestaña caída y fui a quitártela... Mira, todavía la tengo en mi dedo. —Tenía mi mano cerrada para mantenerla dentro de la palma—. Pide un deseo y cuando abra la mano sopla.

Natasha sopló sobre ella y acto seguido me dijo:

—¡Hecho! Ahora, solo falta que se cumpla.

—Y de que yo me encuentre incluido en ese deseo...

—Pues no te lo pienso decir, los deseos si se revelan no se cumplen —me dijo sonriendo. Se dio la vuelta hacia la máquina de café e introdujo unas monedas.

—Ya pago yo los cafés, señorita.

—No es necesario, Random. ¿O es que eres de aquellos caballeros que no le parece apropiado que una dama pague?

—Sí. ¡Digo nooo! Bueno, sí, estooo... Pero ¿qué estoy diciendo? —Tragué saliva y respiré hondo para aclarar mi garganta y mi cerebro que estaba a punto de electrocutarse—. Quiero decir, que no me parece mal, solo me ofrecí a pagarlos yo. Es más, ¿quieres saber algo?

—A ver, señor misterioso, sorpréndame usted.

—Natasha, en tu caso, me parece bien todo lo que hagas, por gustarme, me gustan hasta tus andares.

Me sonrió y pude observar cómo sus mejillas se ruborizaban.

—¿Me esperará usted hasta que llegue a la edad que parece ser que le gusta?

—Si hace falta pienso hacer un pacto con el diablo con tal de compartir contigo lo que los dos estemos de acuerdo, Natasha.

—¡Mmm...! No suena mal, señor, pero ahora deberíamos llevar estos cafés que se van a quedar helados.

Nos encontrábamos en la sala de espera casi en silencio esperando que en cualquier momento, alguien nos diera noticias de Ruth. Al poco rato aparecieron Betty y la pequeña, en brazos de su madre.

—Bueno, bueno —dijo Betty—, la fiebre ha bajado un poco gracias al jarabe que le hemos dado, los análisis que se le han practicado están perfectos, quizá esta pequeña se nos está haciendo un poquito más grande. Ahora a casa y a la cama, en un par de días estará como nueva.

—¡Uf, menos mal, ya comenzaba a ponerme nervioso! —comentó Scott mientras le daba un beso en la frente a mi sobrina.

—Tío Randy, ¿te vienes a dormir a casa?

—Cariño —le respondí—, voy a acompañar a Natasha y luego me voy a la mía, que Cascabel me debe estar echando de menos.

—En mi habitación hay otra cama, se puede venir también Natasha.

—Otro día, princesa —le dijo Nat—, ahora, lo principal es que te recuperes.

—Mañana al mediodía te llamo a ver cómo sigues. *¿OK?*

—*OK*, tío Randy.

Ya en el *parking* del hospital, todos, uno a uno se fueron despidiendo de Natasha, Eli lamentó haber acabado la velada así.

—Por Dios, no hay nada que lamentar —manifestó Natasha—, lo primero es Ruth, ya habrá más días para vernos si os apetece.

—La próxima —dijo Betty levantando la mano para ser escuchada—, en mi casa, señores.

—¿Cuándo, tía Betty? —preguntó Ruth entusiasmada.

—Cuando tú estés bien y podamos todos, cariño.

—Venga, vámonos que la niña tiene que descansar —propuso Walter—.

Cada vehículo tomó rumbo a su destino, yo conducía pensando en mi sobrina.

—¿Estás bien? —me preguntó Natasha.

—Sí, sí, aunque no me gusta ver a la pequeña malita.

—Te entiendo, Random, ya verás como mañana estará mejor, ya lo verás.

Pasó su brazo por encima de mi hombro para transmitirme tranquilidad y cariño, mientras íbamos conversando sobre el día que habíamos pasado en su casa.

¿Qué vas a hacer con tu vida?

Capítulo Nº 19 - Un giro inesperado

Al llegar, encontré un hueco a unos veinte metros más adelante de la casa de Nat en donde aparqué el coche. Proseguíamos con nuestra conversación por lo que nos quedamos en el auto. Automáticamente nos posicionamos frente a frente.

—¿Te apetece entrar a tomar la última copa de hoy?

—¿Cree usted, señorita, que sería una buena idea?

—No veo, porqué no. ¿Acaso debo de temer algo?

—Bueno, con la luna podría transformarme en un ser maléfico —ella sonrió por mi ocurrencia. A medida que hablábamos nuestro tono de voz iba disminuyendo, hasta convertirse en un susurro, e instintivamente íbamos acercando nuestros rostros—. Por cierto, hoy nos hemos robado unos besos con alguna pequeña artimaña intencionadamente, y creo que conozco una forma mejor de conseguirlos...

—¿Ah, sí? —Esbozó una pícara sonrisa a la vez que fingía estar sorprendida—. ¡No me digas! ¿Cuál sería según el señor Random, la mejor forma?

Estaba a punto de demostrárselo, nuestros labios se encontraban a unos escasos milímetros en los que se podía apreciar la calidez de nuestro aliento, cuando nos sorprendió el estruendo de un cristal al romperse y un fuerte maullido.

Los dos volvimos nuestras miradas hacia la casa de Natasha.

—¡Franky!

Bajamos del coche y enseguida escuchamos cómo caían cosas al suelo, ambos nos miramos.

—Voy a llamar a la policía.

—Espera —negó con la cabeza—, seguramente habrá sido Franky, quizá haya tropezado con algo al perseguir a algún gato vecino.

En ese momento, el gato apareció por encima de la valla, un lugar donde le gustaba ponerse para husmear cualquier movimiento de la calle, al ver a Natasha le saludó con un maullido casi inaudible, pero aún se podían escuchar sonidos que no cesaban y que provenían del interior de la vivienda.

—Natasha, déjame la llave que entro a ver qué pasa.

—¡No! Entramos los dos. —Cruzamos la cancela y nos situamos frente a la puerta, Nat me dio las llaves para que abriera—. ¡¿Quién anda ahí?!

Gritó hacia el interior de la casa, los sonidos finalizaron automáticamente. Ella accionó el interruptor de la luz para iluminar el recibidor, pero fue en vano.

—¿Dónde está el automático? —pregunté.

—Ahí —señaló con su dedo hacia la pared.

—No veo nada. Voy a coger el móvil al coche para encender la linterna. No te muevas, espera.

Hizo caso omiso. Entró iluminada por el resplandor de la luna llena de la noche que se reflejaba hacia el interior de la casa, se dirigió hasta la cocina para coger una linterna que tenía guardada en un cajón, al encenderla, alumbró al suelo viendo todo lo que había por allí desparramado y con lo que había tropezado en la oscuridad. Levantó la linterna un poco y pudo contemplar la silueta de alguien que ya conocía y que no era de su agrado.

—¡¿Tú que haces aquí?!

—¡¿Quién te crees que eres, eh, Natasha?! ¿Dónde están mi mujer y mis hijos?

—¡No lo sé y aunque lo supiera, no te lo diría! ¡Donde estén, seguramente están mejor que contigo!

—¡¿Qué sabrás tú?!

—¡Más de lo que a ti te gustaría!

—¡Deja de meter tonterías en la cabeza de mi mujer!

—¿Tonterías? ¿Pegarle a tu mujer, son tonterías? ¡Si no la quieres, déjala en paz!

—¡Tú, señora sabionda, no te metas en nuestros asuntos, o volveré y lo pagarás muy caro! ¡Svetlana me pertenece y está obligada a hacer lo que yo le mande! ¡Esto es solo una advertencia, espero no tener que volver, porque lo lamentarás, la próxima vez no será un aviso!

Volví con la linterna del móvil encendida, Nat no estaba, enfoqué a la pared y vi el automático, lo accioné y le di al interruptor del recibidor, entonces escuché una voz masculina lanzando improperios que por el nerviosismo de la situación no acertaba a descifrar. Fui encendiendo luces hasta llegar a donde escuchaba las voces. Le di al interruptor de la cocina y allí contemplé frente a Natasha, a escasos centímetros, a un tipo corpulento que parecía un armario, desaliñado, con el rostro desencajado y con pintas de haber bebido.

—¡Eh! ¿Qué hace usted aquí?

—¡Tú no te metas, si no queréis acabar mal los dos!

—¡Random, llama a la policía! —gritó Nat.

—¡Lárguese de esta casa, y deje en paz a Natasha! —vociferé mientras intentaba marcar en el teclado el número de la policía.

Aquel individuo se enfureció aún más al oír mis palabras, se dirigió a mí, sus pasos retumbaban en el silencio de la noche por toda la casa, nos separaban unos cuatro metros, pero los recorrió en tres zancadas; parecía un tren sin frenos, sin control, a doscientos quilómetros por hora. Solo me dio tiempo a marcar los dos primeros dígitos, él echó su puño hacia atrás y lo estampó en mi cara.

Lo siguiente que recuerdo es el frío de un cubito de hielo envuelto en un trapo sobre mi pómulo izquierdo.

—¿Qué ha pasado? —pregunté desconcertado—. ¿Dónde está ese personaje?

—¡Shhh! Calla. Ya pasó, Random, te ayudé a venir hasta aquí cuando comenzaste a recuperarte.

Me encontraba tumbado en el sofá, Nat, me había descalzado para que pudiera estar más cómodo y ella se encontraba arrodillada junto a mí sujetando el paño con el hielo.

—¡Puuuf, qué dolor! —murmuré—. Ese hombre es como una apisonadora, no pensé que me fuera a pegar, me pilló desprevenido.

—Es Dmitry, el hombre por el cual me tuve que marchar en nuestra primera cita.

—¡Menudo energúmeno! La próxima vez procuraré estar alerta.

—Espero que no haya una próxima vez, ante un salvaje como él, nunca se está preparado.

—¡Uff! Me duele la cara.

—Me lo imagino, Randy, el derechazo que te dio, te tumbó en el suelo de golpe.

—¿Qué pasó después?

—Salió corriendo, despotricando.

—¿Qué decía?

—Olvídalo, no te preocupes, no merece la pena.

La miré fijamente a los ojos con mirada suplicante, necesitaba saber qué es lo que había dicho.

—¿Dijo algo por lo que deba preocuparme?

—Que no hablase más con su mujer, y que tú no intervengas si no quieres pagarlo caro.

—Tenemos que llamar a la policía, Nat.

—Ya he llamado.

Al poco rato, el timbre del interfono nos advirtió de que ésta había llegado.

—Buenas noches, soy el inspector Lewis Howland y ella es la agente Miller. ¿Me puede decir su nombre, por favor?

—Buenas noches, mi nombre es Natasha Ivanova, adelante.

—Si no me equivoco, creo que la conozco a usted —dijo el inspector paseando su vista por el suelo de la entrada mientras se dirigían al salón y observaba todo tirado a su paso.

—Cierto, hace un tiempo acompañé a una amiga, Svetlana Kovalenkova a la comisaría a poner una denuncia contra su marido, Dmitry Kovalenko.

—Ah, sí, si no recuerdo mal, creo que fue por malos tratos. —Natasha bajó la mirada y asintió—. No se avergüence por ello, señorita, lamentablemente, casi cada día tenemos algún caso de este tipo y es algo que parece que no somos capaces de erradicar. Disculpe, ¿cuál ha sido el motivo por el que ha llamado?

—Él es un amigo, Random Williams —saludé al tiempo que me ponía de pie y me acercaba a saludar a ambos policías, mientras Natasha les informaba de lo ocurrido—. Volvíamos a casa, al llegar a la puerta escuchamos el sonido de un cristal romperse y objetos cayendo al suelo, al abrir la puerta la luz estaba cortada, Random fue al coche a buscar su móvil para alumbrarnos, pero yo me dirigí a la cocina a por una linterna, allí me encontré con Dmitry.

El inspector por las explicaciones intuyó por dónde iban los tiros, la agente Miller tomaba apuntes de la declaración en un formulario.

—¿Vino a amenazarla?

—Sí, me amenazó con que dejara de aconsejar a su mujer, o según él, lo pagaría muy caro, entonces Random volvió, encendió el automático y las luces; vino a la cocina y le dijo que se fuera, pero Dmitry le asestó un puñetazo en la cara que hizo que este cayera al suelo.

—Ya veo —me dijo el inspector—. ¿Le conoce usted?

—No, y no me imaginé que me fuera a golpear, pensé que solo quería asustarla a ella. Cuando me recuperé ya se había marchado, Natasha dice que, en su huida volvió a amenazarnos.

—Señor, este tipo de seres no tienen escrúpulos, les da igual enfrentarse a un hombre o a una mujer movidos por el afán de demostrarse a sí mismos que son superiores. Permítannos que hagamos una inspección ocular, tomemos fotos de los desperfectos, y mi compañera tome algunas huellas, aunque usted —se dirigió a Natasha—, ya lo ha identificado claramente, pero hemos de seguir el protocolo para poder demostrar que ese individuo ha estado aquí.

—También —añadió Natasha—, me exigía que le dijera dónde se encontraban su mujer y sus hijos.

—No se lo diría...

—No, como sabe, la asociación le proporcionó una casa de acogida, pero jamás le diría a ese energúmeno donde están. —Nat le mostró al inspector su sorpresa y malestar por estar Dmitry en libertad—. Pensé que interviniendo la justicia, ese ser estaría en la cárcel y la dejaría en paz, pero veo que no es así...

—Tiene una orden de alejamiento, no se puede acercar a menos de trescientos metros de su mujer y de sus hijos. Cada quince días se ha de personar en el juzgado hasta que haya juicio.

Dejamos a la policía hacer su trabajo, debieron de estar como una hora y media, tras la cual, el inspector Howland le dio una copia de la denuncia a Natasha, a mí, me recomendó que fuera a urgencias a que me dieran un vistazo en la contusión provocada por el golpe.

—No creo que sea necesario, inspector, ya estoy bien.

—Debería de acudir y con más motivo si, a consecuencia de ese golpe ha estado inconsciente algunos segundos. Si se decide a ir, traiga a la comisaría el informe médico y si usted quiere, puede interponer también una denuncia contra ese individuo. Ahora mismo, desde nuestra patrulla curso una orden de arresto sobre él.

Los dos agentes se marcharon y yo me ofrecí a Natasha para recoger un poco todo lo que había desparramado por el suelo, pero una especie de torbellino sacudió mi cabeza por lo que me sujeté sobre la mesa del salón.

—¿Qué te ocurre, Random?

No oí nada más, lo siguiente que recuerdo es cuando recuperé la conciencia y me encontraba tumbado nuevamente en el sofá, descalzo, mi cabeza apoyada sobre el regazo de Natasha y ésta pasando un paño húmedo por mi frente.

—¡Eh! ¿Cómo he llegado hasta aquí?

—Deberíamos ir a urgencias, te desvaneciste y te arrastré como pude hasta el sofá, has estado unos segundos inconsciente, deberían hacerte un reconocimiento.

—Uf..., ya pasó, solo ha sido un mareo.

—Yo no lo considero así, señor cabezón.

—Va, que te ayudo a recoger todo esto.

—Ya lo recogeré mañana, Randy. Ahora, lo importante eres tú, lo demás puede esperar, cielo.

—¿No te habrás aprovechado de un pobre indefenso, en mi situación de debilidad?

—Ja, ja, ja, pues mira, no lo había pensado, pero ahora que lo dices, si quieres te doy un puñetazo en la otra mejilla, aunque pensándolo bien, según para qué, prefiero que estés despierto.

—¡Mmm...! —Cerré los ojos simulando un desmayo, pero no coló, abrí uno para mirarla y ver su reacción.

—En este momento eres muy mal actor, quizá si fueras vestido de Peter Pan...

—Y con este moratón en mi cara, seguro que estoy más feo.

—Bueno, bueno..., ha bajado usted un par de puestos en el escalafón de la lista de mis pretendientes, señor Williams.

—¡Uuuy! —Abrí mis ojos como platos—. ¿Cuántos somos? ¡Ja, ja, ja! —Ella también se rio.

—Unos cuantos. —Me sacó la lengua—. Has sido muy valiente al enfrentarte a ese despojo de persona.

—Nat, te vi en peligro y lo mínimo que podía hacer, era invitarle a salir educadamente, sin utilizar la violencia. —Hubo un instante de silencio, imagino que ambos pensábamos en lo que podía haber pasado si aquel individuo hubiese ido armado—. Ahora que pienso, habíamos dejado una conversación pendiente en el coche, ¿no?

—Qué curioso —me respondió ella, sujetando su barbilla con su índice y pulgar de la mano derecha—, ahora no la recuerdo..., qué raro, ¿verdad?

—Yo sí que la recuerdo, Natasha. —Ella me acariciaba el cabello y me sonreía cariñosamente—. Sí, señorita Cenicienta, usted y yo hablábamos de unos besos robados estratégicamente por parte de ambos. Quizá, debido a mi estado de fragilidad en este momento, me debería de compensar con algo...

—¿Y qué se le ocurre al señor Romeo?

—Tal vez, si Cenicienta me besase donde me duele, podría encontrarme mucho mejor.

Ella sin pensarlo, inclinó su cara y me besó en la mejilla dolorida.

—¿Tiene algún deseo más, el señor caprichoso y así poder estar en paz con usted?

—Bueno, Nat, la otra mejilla también me duele, seguro que de la caída...

La ironía comenzaba a dar forma a aquella conversación convirtiendo el devastador ambiente a nuestro alrededor en otro más romántico. Natasha obedeció a mi petición y cuando se inclinó de nuevo, yo giré mi cara para que nuestros labios se encontrasen. Fue un leve roce, pero nuestros alientos y nuestra respiración subieron de intensidad, ambos deseábamos que aquel beso fuese más profundo, lo podíamos percibir, de manera que la miré a sus ojos y a sus labios entreabiertos y receptivos. La besé sin reprimirme y me permití morder delicadamente su labio inferior dando un pequeño tirón hacia mí. Eso provocó que la pasión se desencadenara y que nuestras lenguas se buscasen con deseo.

Mi posición era adecuada para besarnos pero para poco más. Fui incorporando mi torso aunque tenía las piernas estiradas en el sofá, de esta manera podía tener a Natasha frente a frente. Mis manos acariciaban su pelo y después las bajé por su espalda, ella me tenía abrazado por la cintura empujándome contra su pecho mientras nuestros labios no querían despegarse. Instintivamente, nos pusimos de pie, la inercia de sus labios me atraían y volví a besarla con desenfreno, ella se abrazó a mi cuello y yo que la sujetaba por la cintura bajé mis manos a sus glúteos, los acariciaba por encima de la tela de sus pantalones al mismo tiempo que la atraía hacia mí. La pasión incrementaba por momentos hasta convertirse en incontrolable. No queríamos controlarnos. Sutilmente, Natasha iba dando pasos hacia atrás hacia el dormitorio, cual heroína para disfrutar de su trofeo, y yo me dejaba llevar por sus actos hasta que topamos con los pies de la cama.

Aunque había dejado que mis manos viajasen por el cuerpo de ella, las subí hasta el botón del cuello *halter* que cerraba su blusa para desabrocharla y dejarla caer al suelo. Toqué sus pechos cubiertos por una delicada ropa interior de encaje, a la vez que besaba la cálida y sensible piel de su cuello y uno de mis dedos paseaba por su canalillo deseando liberar aquel encaje. Con una mano desaté el sujetador dejando libre ante mí sus senos que acaricié delicadamente, ella ya completamente desatada por aquella locura pasional y salvaje que nos embargaba, agarró mi nuca atrayéndola hacia ella para hundir mi cara entre sus pechos y así poder detenerme en saborear sus pezones.

Tirando suavemente de mi cabello hacia arriba hizo que subiera mi boca para posarla en la suya, mientras ella desabrochó los botones de mi polo y lo sacaba de entre mis pantalones para después quitármelo y dejarlo caer a nuestros pies. Nuestros torsos se hallaban desnudos y los pegábamos más para sentir el contacto de nuestras ardorosas pieles.

«Espera», me dijo. La luz estaba apagada, pero por la ventana que tenía la persiana medio subida, entraba el resplandor de la luna llena que descansaba sobre la cama permitiendo vernos entre sombras. Ella me miró y se mordió el labio inferior mostrándome su deseo, y manteniendo su mirada contra la mía se desabrochó el pantalón dejándolo caer, yo imité su gesto quedándonos ambos en ropa interior.

Di un paso al frente para situarme de nuevo junto a ella, con mi brazo le rodeé la cintura para atraerla contra mi pelvis, ella encorvó su espalda ofreciéndome todo su cuerpo, y con mi otra mano bajé lentamente su braguita; ella hizo lo propio con mi bóxer.

Ahora los dos nos encontrábamos como vinimos al mundo, piel con piel, desnudos ante nuestras miradas.

—¿Te gusto? —musitó ella.

Asentí con la mirada para dejar ir:

—Mucho. Te deseo.

—Yo también...

Nos tumbamos en la cama y nos dejamos llevar por el deseo carnal y animal que los dos ansiábamos compartir. Durante un par de horas dejamos aflorar nuestros instintos más primarios y salvajes regalándonos nuestros fluidos.

Al amanecer, con los primeros rayos de sol entrando por la ventana, se encontraban los dos en la cama, acostados, Random boca arriba y Natasha de lado mirando hacia él, con su cabeza apoyada en el hombro de él y su brazo cayendo por la espalda de ella, como protegiéndola. Natasha se despertó sin más y descubrió que su amante nocturno seguía allí a su lado como si fuera algo suyo. Con cuidado de no despertarle salió de la cama para ir al baño con la intención de volver.

—¡Nenaaa! ¿Estás despierta? ¡Que no sé nada de ti desde anoche, guapa, ni de Ruth!

Gritó Morty tras de la puerta del piso, al no escuchar nada abrió con su llave, con toda la confianza para pasar que Natasha le había otorgado y entró para ver si estaba levantada. Ella salió del baño cubierta con un albornoz, se acercó rápidamente a él.

—¡Shhh! Calla que me acabo de despertar —dijo casi susurrando.

—¡Ah! —ironizó él—. Y si ya estás despierta, ¿por qué hablamos bajito? —Natasha bostezó—. Por cierto, ¡neeenaaa! ¿Qué hace el coche ahí fuera de nuestro príncipe?

—Eh..., bueno, verás, es que..., anoche..., pues...

Ella no sabía cómo salir de aquella situación imprevista y Morty comenzaba a mosquearse porque Natasha no le sacaba de la duda. Su impaciencia por saber, no le había dejado percatarse de todo el destrozo que había en la casa hasta ese momento.

—¡¿Qué ha pasado aquí, que está todo por el suelo y roto?!

—Es que anoche tuvimos visita, Morty.

—¡¿Visita?! ¡Oh, dios mío! Pero ¿qué clase de visitas tienes, nena?

—¿Recuerdas a Dmitry?

—Ay, sí, hija, aquel mal nacido que pegó a Svetlana, sí que lo recuerdo, y bastante bien, cielo.

—Pues vino a recordarme que no me metiera en sus asuntos, bueno en los de su mujer y que la dejara en paz. Random quiso intermediar...

—¿Cómo dices? —interrumpió a Natasha—. ¿Random? ¿Qué hacía él aquí?

—¡Puf! Es muy largo de contar, además, luego tenemos que ir al hospital cuando se levante y a la jefatura de policía.

—Espera, ¿has dicho, tenemos?

Ella se encogió de hombros y se calló. Morty que no entendía nada, giró sobre sí mismo buscando respuestas a sus preguntas. Se detuvo un instante al ver unos zapatos de hombre en el suelo, calzado que le había visto a alguien el día anterior y comenzó a atar cabos.

—¡Aaay, por Dios! —Morty hizo el gesto de morderse las uñas—. ¡Mátame maricón! —Agarró a Natasha por los hombros y sacudiéndola espetó—: ¡Neeenaaa, esos zapatos los conozco, son de Randy!

Ella cerró la boca y apretando los labios dibujó una línea recta con sus labios, a la vez que asentía con la cabeza, abrió las manos para decir:

—A eso me refería, Morty.

—¡Mátame camión!

—¡Shhh! Calla... —volvió a bajar la voz—. Está descansando después de lo de anoche.

—Pero ¿te lo has tirado, nena?

Natasha frunció un poco las cejas.

—¡No! Ha sido al revés. —Los dos se rieron procurando no hacer mucho ruido—. Siéntate que te explico.

—Nena, vamos a la cocina y allí me cuentas mientras me preparo un café, que me tienes en ascuas. ¡Quiero saberlo tooodo con pelos y señales! ¿Eh?

Me desperté y no vi a Natasha a mi lado, no se oía nada y decidí ir al baño a darme una ducha, al salir me enrollé una toalla a la cintura y para ir en su búsqueda. Fui a la cocina cuya puerta se encontraba cerrada, abrí y dije:

—Disculpa, Natasha, no te encontraba, me...

—Ayyy, si está aquí nuestro héroe con la cara algo marcada por salvar a su Cenicienta. ¡Buenos días, grandullón!

Tragué saliva.

—Buenos días, Morty. Perdón, Natasha, no quería molestar ni que me viera. —Moví la cabeza refiriéndome a su amigo y la agaché después por sentir un poco de vergüenza por la situación.

—Tranquilo, guapo —se apresuró a contestar Morty—, no hay nada por lo que esconderse, ya somos mayorcitos, ¿no crees? Además, ya sé que anoche tú y ese mal nacido de Dmitry tuvisteis jarana.

—Más bien, él, Morty, yo fui su *sparring*[33].

—Sí, sí, vete a saber qué le hubiera podido pasar a Natasha si no hubieras estado aquí. —Ninguno dijimos nada, no queríamos pensar en una posible hipótesis—. Va, ahora a desayunar, que necesitaréis reponer fuerzas —dijo guiñándole un ojo a Nat—, y tenemos la mañana entretenida, vamos al hospital y a la policía.

—¿Al hospital? —pregunté escéptico—. Yo estoy bien, ¿creéis que es necesario?

—Ya te digo, querido. Nat me ha dicho que perdiste unos segundos el conocimiento, no sé cómo anoche pudisteis tener temitaaa, pero eso —señaló con un dedo a mi pómulo—, es necesario que te lo vean, y no ella, si no un médico. ¿A que duele? —Me tocó con el dedo en el moratón.

—¡Auuugh! —Tuve la tentativa de estrangularlo, pero me contuve—. Vamos, Betty tiene hoy turno de mañana; iremos para que os quedéis tranquilos —añadí.

—Pues va, tortolitos, arreglaros y nos vamos que tenemos un domingo liadito.

—Voy a darme una ducha —dijo Natasha.

Morty propuso que fuéramos en su coche, él ya había decidido que en mi «estado» no era recomendable conducir. Natasha comentó que qué tal estaría mi sobrina y yo reaccioné cogiendo mi móvil.

—Mira, vamos a llamarla. —Puse el manos libres y esperé hasta que escuché al otro lado a mi hermana—. ¡Hola, Eli! ¿Cómo se encuentra hoy la princesa?

—Hoy mejor, Randy, por la noche tuvo un poco de fiebre, te llamó en varias ocasiones mientras dormía.

—Bueno —dejé ir cariñosamente—, sería la fiebre, Eli.

—Y porque te quiere, hermanito.

—Imagino que por eso también.

—Qué lástima que ayer acabáramos así el día, Natasha y Morty son encantadores. ¿Estás en casa, Randy? Te lo pregunto por si te quieres venir a comer con nosotros.

—Bueno..., es que verás...

—A ver, petardo, ¿qué ocurre? Que te conozco como si te hubiera parido.

Morty viendo que yo no acababa de decir lo que me ocurría y que él se moría de ganas

por contarlo, saltó diciendo:

—Hola, Eli, cielo. Nada, que a tu hermano anoche le pasó por encima una apisonadora de hombre y vamos al hospital a que le vean.

—¡¿Quéé́?! ¿Qué le ha ocurrido a mi hermano?

Natasha tomó la palabra para calmarla.

—Elisabeth, soy Natasha. Tu hermano está bien, solo tiene un moratón en la cara, luego te contamos que estamos llegando al hospital y luego tenemos que ir a la policía.

—¿A la policía? Pero ¿en qué lío os habéis metido?

—Tranquila, Eli, todavía no pienso morirme ni van a detenerme, ja, ja, ja. Luego te cuento.

—Tu hermano ha pasado la noche en nuestra casa. —Nat no le dio más detalles por el momento.

—*OK, OK*. Mantenednos informados, por favor.

—Claro, Elisabeth.

Cuando corté la llamada, Morty ya había aparcado. Al entrar en urgencias, Betty se encontraba en la recepción despidiendo a algún paciente. Al vernos entrar, se dirigió a nosotros.

—¿Qué os ha pasado?

—Anoche tuvimos un pequeño problema.

—¿Tuvisteis un accidente?

—No, no —respondió Morty—, que anoche alguien irrumpió en nuestra casa y aquí el señor que es un galán recibió un puñetazo.

—Esperad un momento; voy a ver cómo va la lista de pacientes y te hago pasar Randy.

Betty fue hasta el mostrador de información, le comunicó algo a la administrativa y volvió hasta donde nos encontrábamos.

—Betty, ¿recuerdas que la primera vez que conociste a Natasha fue a través de Svetlana? —le preguntó Morty.

—Sí, la recuerdo. Vino porque fue maltratada por su marido.

—Pues ese energúmeno anoche se presentó en nuestra casa.

—¡Ostras! ¿Lo habéis denunciado?

—Sí, anoche —respondió Natasha—. Cuando salgamos de urgencias iremos a la comisaría a llevar el informe que le den aquí.

—Bien, dejadme que me lleve a este hombretón, a ver si tiene todo en su sitio.

—Espera que le dejo el móvil a Natasha, por si llama Elisabeth.

Natasha y Morty se sentaron en la sala de espera, allí donde los minutos se hacen horas y donde las horas se hacen eternas cuando esperas noticias de algún familiar.

Después de casi una hora sonó el teléfono de Random.

—Hola, Elisabeth, en cuanto llegamos aquí, Betty se llevó a tu hermano, tranquila que ya sabes que está en buenas manos.

—Lo sé, pero avisadme en cuanto sepáis algo. ¿Adónde vais luego, Nat?

—Iremos a la comisaría de policía a llevar el informe médico para demostrar que hubo agresión. ¿Por qué lo preguntas, Elisabeth? ¿Necesitas algo?

—Es para que después os vengáis a casa.

Natasha entendió que Eli estuviera preocupada y quisiera ver a su hermano, pues para ella era casi imposible desplazarse hasta el hospital a verlo, ya que la pequeña aunque se encontraba mejor, demandaba mimos de su madre constantemente.

—Eli, cuando tu hermano salga, lo llevamos a tu casa y ya vamos Morty y yo a la

comisaría.

—Lo decía para que os vengáis los tres a comer. Scott está preparando la barbacoa para hacer pollo asado y yo prepararé alguna cosa más. Ahora llamaré a Betty por si quieren venir por la tarde a tomar té.

—No sé, me da algo de apuro mujer, Ruth está delicada y tu hermano más o menos, ya habrá otra ocasión.

—Anda ya, tonta, la niña quiere verle y así vosotros me contáis lo ocurrido.

Mientras, Morty que tenía la oreja puesta le hacía señales a Nat para que aceptara.

—Bueno, Eli, luego le pregunto a tu hermano y a ver qué decidimos. *¿OK?*

—*OK.*

—Nena, son buena gente, a estas alturas creo que ya deberías de saberlo.

—Ya lo sé, Morty, pero me da mucho apuro, y tú eres un cotilla, ja, ja, ja.

—Bueno, dejemos que nuestro príncipe decida.

A él se le dibujó una sonrisa a la vez que ponía ojitos de enamorado. Nat le dio un codazo en el brazo, para bajarlo de esa nube imaginaria en la que seguro se estaba aposentando.

—¿Nuestro príncipe? —le interrogó ella con una sonrisa burlona.

—¡Aaay neeena, qué bruta eres! Es un decir, ya te dije que es una lástima que no sea de mi bando, ja, ja, ja. Y volviendo al tema de antes, cuando tu Romeo irrumpió en la cocina, no me contestaste.

—Uy, pues no me acuerdo.

—No te hagas la loca, Nat. Te pregunté que qué tal.

—Qué tal, ¿qué?

—¡Ya lo sabes guapa! ¿Qué tal se portó «nuestro» héroe?

—Mira su cara, mira, mira, el resultado del acto heroico.

—¡Que no, nena! Tú sabes a qué me refiero, ¡jodía!

Ella haciéndose la interesante le respondió:

—Morty..., eso son cosas personales. Además, estaba magullado por el golpe y la caída.

—Perooo... ¿Qué tendrá que ver todo eso para saber si es un buen amante, cariño? ¡Serás jodíaaa! —Se cruzó de brazos en señal de desespero por no conseguir que su amiga le respondiera a su curiosidad—. Venga, dame una nota del uno al diez.

—Que nooo. —Ella se hacía la dura, para tenerle sobre ascuas, pues siempre los dos se contaban ese tipo de cosas—. Eso pertenece a nuestra intimidad, ¡cotilla!

—Nat, si no me lo cuentas, dejaré de comer y cuando me salgan ojeras tú serás la culpable de que no ligue y no me coma una...

Con una carcajada que se le escapó a Nat consiguió que Morty no acabara la frase.

—¡Vale, chantajista emocional! ¿No hay doce?

Él se la quedó mirando y acto seguido flexionó su brazo con el puño cerrado tirando el codo hacia abajo.

—¡Toma! Es que es tu hombre, nena.

Ella le sonrió y le dio un beso en la mejilla. Al momento, Random salió del interior de urgencias, Natasha al verlo se levantó rápidamente para ir hacia él.

—¿Cómo estás?

—Bien, bien, gracias, después de que Betty me diera un repaso. Me han hecho una resonancia en la cabeza para ver si esos segundos inconsciente habían dejado alguna secuela.

—Es una contusión —añadió Betty—, aunque alarmante y dolorosa, que no tendrá consecuencias, en resumen, tenemos Randy para rato, ja, ja, ja. Va, marchad para casa y a

descansar, ahora le darán el informe para la policía, ese hombre parece que no tiene límites. Recuerda, si tienes dolor en la cara tómate algún analgésico.

—Random, llamó tu hermana y le dije que cuando salieras la llamarías. Ha dicho también, que luego fuéramos los tres a comer a su casa.

—Bien. ¿Qué le dijiste?

—Pues que cuando tú salieras, ya decidiríamos.

—Pues ya está decidido. Ahora la llamo y le digo que sí.

—Bueno, chicos, el deber me llama, ah, por cierto, Eli me ha mandado un SMS para decirme que vayamos a tomar té. Decidle que iremos cuando descanse un poco.

—*OK* —respondió Random—, ahora la llama mi secretaria. —Miré a Natasha y los cuatro nos reímos.

Nos despedimos de Betty y pusimos rumbo a la jefatura de policía. El inspector Howland nos comentó que Dmitry ya había sido detenido y que estaba a la espera de disposición judicial.

—Recibirán una citación para el día del juicio, pero seguro que tardará un tiempo, ya saben que las cosas de palacio... No estaría de más que se planteen ustedes poner una alarma, la zona donde viven es muy golosa para los ladrones y así, ustedes matan dos pájaros de un tiro. La policía estamos para proteger a los ciudadanos, pero no disponemos de todos los medios necesarios que nos gustaría. Disculpen mi dureza al decirles esto, pero es la realidad que nos acompaña. Durante un par de semanas verán de tanto en tanto, algún coche policial patrullando por la zona.

—No se preocupe, inspector —intervino Mortimer—, mañana mismo miraremos de ponerla, no queremos llevarnos otro susto. Mire el energúmeno ese cómo le ha dejado la cara al muchacho.

—Ya veo, afortunadamente, no ha habido que lamentar más daños personales. Cuídese ese moratón, señor Williams.

Salimos de aquellas dependencias para ir a casa de mi hermana algo más tranquilos sabiendo que Dmitry ya había sido detenido, aunque no sabíamos por cuánto tiempo sería.

Al llegar, Elisabeth salió corriendo por el jardín para abrazarme.

—¡Qué susto, por Dios!

—No es nada, esto con un poco de cariño y maquillaje de la princesa se quita.

Eli se rio más relajada al verme.

—Menos mal, que eres optimista y le ves la parte divertida.

—Pues sí, hermanita, podría haber sido peor si Natasha no me hubiera cuidado.

Elisabeth sonrió y saludó a Natasha y a Morty.

—¡Qué susto, nena! Y yo no estaba en casa cuando pasó todo... —Se lamentó Morty.

—Bueno, a veces las cosas pasan así —contestó Eli.

—De no ser por él —me señaló Nat—, no sé lo que ese hombre me hubiera hecho.

—Porque me pilló desprevenido, si no le hubiera dado su merecido a ese cap...

—¡Eeeh! Esa boquita hermano, que tu sobrina está ahí en la barbacoa con Scott. Venga, pasad, que os están esperando.

—¡Tío! —Ruth venía corriendo.

—Pero ¿y esta niña, no estaba malita?

—Sí, tío, pero ya estoy mejor.

Tras saludar todos a Scott, Morty se ofreció para ayudar a preparar el asado de la barbacoa, Elisabeth se llevó a Natasha al sofá para conversar, y a Ruth y a mí nos mandó un rato a la habitación.

—Procurad descansar, ya os avisaremos cuando esté todo. Ah, y que Ruth no te pinte.

—¿Te duele, tío Randy? Mamá me ha contado que te diste con el canto de una puerta en casa.

Entendí que Eli ya había puesto a la pequeña al día, pero con información no del todo cierta.

—Un poco, cariño, pero se me pasará, y más, si dormimos un rato los dos.

En el salón, Elisabeth le propuso a Natasha servirse ambas una copa de vino para que ésta última le explicara lo acontecido la noche anterior. Nat aceptó y Elisabeth les llevó sendas copas a Mortimer y a Scott al jardín, asegurándose así que ellos no tuvieran que entrar en la casa e interrumpir la conversación.

Nat le fue explicando todo a Eli, desde el momento en que todos se despidieron en el *parking* de urgencias la noche anterior, no omitió ningún detalle, a pesar de que hacía poco tiempo que conocía a la hermana de Random, la sentía como una amiga, alguien cercano en quien podía confiar. Elisabeth la escuchaba atentamente, casi sin pestañear.

—Natasha, tranquila. Me alegro de que la cosa con ese animal no llegara más lejos, y respecto a mi hermano, no os preocupéis, vuestras cosas son vuestras, la vida da muchas vueltas y no se sabe qué ocurrirá, así que, de momento y hasta que nada lo cambie, eres mi amiga, sé bienvenida a esta familia. —Se levantaron y se dieron un abrazo—. De esto, nada al resto, ¿eh? —Natasha agachó la mirada algo abrumada—. No tienes nada de lo que avergonzarte, ya somos todos mayorcitos, ¿no?

Ella le respondió sonriendo.

—Él me gusta.

Elisabeth le devolvió la sonrisa.

—Ruth os quiere a los dos, procurad no romperle su corazoncito.

—Eso no ocurrirá.

—¡Cariño! —Scott interrumpió la conversación—. ¿Preparamos la mesa dentro o fuera?

—Mejor en el salón.

—En media hora más o menos, la comida estará lista.

—Bien, hay que ir a ver cómo están esos cachorros y que se vayan espabilando.

Los cuatro se rieron por la ocurrencia de Elisabeth. Morty al acercarse a Natasha se dio cuenta de que tenía los ojos vidriosos.

—¿Estás bien, nena?

—Sí, gracias, cielo. Solo que ahora al estar hablando con Eli de lo ocurrido, me ha venido todo a la cabeza y me ha dado un bajón de miedo, sobre todo por Random. Imagínate que le hubiera pasado algo peor por mi culpa. ¿Jamás me lo hubiera perdonado! Mira cómo le quieren...

—No pienses en eso, cariño, eso solo te hará daño. Todo ha salido bien afortunadamente. Mira dónde estamos, en casa de ellos, los que al parecer nos han aceptado y acogido como miembros de su familia.

Natasha le sonrió asintiendo y le besó en la mejilla. Scott ya había sido informado por Morty de lo ocurrido, se dirigió a ella:

—Tranquila, Natasha, mi cuñado hizo lo que tenía que hacer, además, recuerda que es como Peter Pan —se rieron los cuatro.

Elisabeth y Natasha fueron al cuarto de Ruth, tío y sobrina dormían abrazados.

—Mira qué imagen.

—Veo que se quieren mucho.

—Sí, Natasha, a la vista está, aunque después se llevan como el perro y el gato. —se

rieron—. Hay que despertarlos, lo voy a hacer como hacía nuestro padre con él. «¡Levantaos feligreses y cumplir con vuestra ley, que lo que un trabajador se merece, no se lo merece el rey!»

—¡Uuuff! Creo que nos hemos dormido.

—¿Eso crees, hermanito? ¡Venga, arriba, señoritos, que hay que comer!

—Yo tengo sueño... —dijo Ruth bostezando.

—Déjala, Eli, si no viene, yo me comeré lo suyo.

—¡Mamiii!

—¿Ves, Natasha? Estos dos ya están bien, esta es la prueba, ja, ja, ja.

—Bueno, ya me levanto.

—¿Cómo te encuentras? —me preguntó Natasha.

—Mejor —le respondí con una sonrisa cariñosa—, necesitaba descansar.

—Sí, sí, ya veo —dijo Elisabeth guiñándome un ojo—. A ver, Ruth, que te pongo el termómetro.

Tras comprobar que la pequeña no tenía fiebre fuimos al salón junto a Scott y Morty, ambos sostenían en la mano una copa de vino mientras conversaban.

—¿Cómo están la bellas durmientes? —nos preguntó Morty.

—A mí me duele todo —respondí.

—Ya, ya... —me respondió con cierta picardía.

Estábamos acabando de comer cuando llegaron Betty y Walter.

—Bueno, veo que los dos ya estáis bien, ¿no?

—Sí, tía Betty.

—¡Ostras, Randy! ¿Eso te lo ha hecho esta señorita tan pequeña?

—¡No, tío Walter! Mamá me ha dicho que se dio un golpe con una puerta.

—Ah, vale, me habías asustado.

Nos reímos todos.

Nos sentamos repartidos entre los dos sofás mientras tomábamos té, e íbamos comentado lo ocurrido la noche anterior, aunque hablábamos casi en clave, pues Ruth tenía una versión distinta de la real.

Morty se acercó a Ruth sutilmente.

—Aaay, no sé tú... —Se miró las uñas como dando a entender que se encontraba un poco aburrido y le dijo al oído—: No sé tú, pero a mí me encantaría escuchar a tu tío tocando el piano. ¿Qué opinas, princesa?

Ella lo miró y sin decir nada, se dirigió hacia el piano, levantó la tapa, se sentó en la banqueta y comenzó a aporrear las teclas.

—Cariño, ¿qué haces? —le preguntó Eli.

—Intento tocar alguna canción del tío.

—Ruth, si tú no sabes.

—Pero el tío Randy, sí —contestó ella con una sonrisa divertidamente maliciosa.

—¿Eh? Yo hoy no estoy preparado, el golpe en mi cara puede haber alterado las notas musicales en mi cabeza —solté una risa nerviosa por mi absurda respuesta.

—¡Anda ya! —se quejó Morty—. Pues a mí me gustaría escucharte, o sea, ya somos dos, Ruth y yo. —Agarró la mano de Natasha y gritó—: ¡Eeeh, mira, que ya somos tres!

Todos nos reímos por esa ocurrencia y por aquel momento de diversión que estábamos viviendo.

—¡Ya somos cuatro! —gritó Elisabeth levantando la mano—. Quedáis otros cuatro. ¿Alguien tiene alguna duda? —Miró a Scott haciéndole un gesto con la mirada y este levantó su

mano.

Viendo que la mayoría se imponía, Walter y Betty se unieron a la fiesta.

—Pero ¿esto que es? ¿Un complot? —Me di cuenta de que no tenía escapatoria.

—Anda, Randy, si ya estás bien. ¿No? Va, no te hagas de rogar. —Me animó Eli.

—No sé, la doctora está aquí, lo mismo opina que no.

—¡Eh! Por mí ya estás bien, ya tienes el alta.

—Tío, ¿vienes?

—Sí, cariño, ya voy, parece que alguien me ha montado una emboscada. —Me acerqué hasta el piano—. Usted y yo tenemos que hablar ¿eh, señorita?

—Tío Randy, no fui yo, me lo dijo el tío Morty.

Todos le miramos y nos reímos mientras él se ponía de pie.

—Vamos a ver, princesa, ¿esto no era un secreto entre tú y yo?

Ella reaccionó tapándose la boca con la mano.

—¡Upsss! Es verdad —nos reímos de nuevo.

—A ver, Morty —intervino Elisabeth—, los niños nunca mienten.

—Ya lo veo, ya lo veo... —Y para salir de aquel embarazoso momento, dijo—: Bueno, yo lo que quiero es escuchar a Random.

—¡Y yo! —dijo Ruth sonriendo—, pero también te quiero escuchar a ti.

—¿Me haces un ladito en la banqueta y te quedas a mi lado, Ruth?

Ella movió su cabecita para negar mi petición.

—Me voy con la tía Natasha.

—¿Qué toco? —pregunté.

—Primero, la de Peter Pan, porfi, y después, la otra para la tía Natasha.

—¡Pero, bueno! —dije sorprendido a la vez que satisfecho por aquella ocurrencia de Ruth—. Como mánager, no me ayudas, sobrina, les estás contando todo, ¿eh?

—Ja, ja, ja, no soy tu mánager, soy tu sobrina.

Me senté frente al piano para estirar mis dedos y comencé acariciando sus teclas de punta a punta, la música comenzó a sonar al ritmo que mis dedos marcaban de una forma suave primero, para poco a poco ir subiendo la intensidad de las notas, a medida que avanzaba la melodía, la expectativa crecía, hasta el punto de crear cierta incertidumbre y asombro. Cuando llegaba al final, acabé con un par de notas suaves para dar a entender que Peter Pan había ganado al capitán Garfio.

Ruth enseguida aplaudió efusiva y cariñosamente, hecho que los demás secundaron.

—¿Habéis visto que bonita? —preguntó mi sobrina.

—¿De quién es esa música? —interrogó Morty.

—La ha hecho mi tío para Peter Pan.

—¡Me encanta!

—Gracias a todos por vuestros aplausos, espero que os haya gustado. —Hice la intención de levantarme para unirme al resto en el sofá, pero Ruth no me dejó.

—No, tío Randy —me dijo moviendo su dedito y poniendo después sus brazos en jarras —. Ahora tienes que tocar la otra.

—¿Cuál? —Intenté disimular.

—Aquella a la que tu sobrina le puso título y tu cuñado le dio el visto bueno —aclaró Eli.

—¿Os referís a la que me grabaste en mi Mp3 y que llevo en el coche?

—Sí, tío, hay que ver... ¡No recuerdas el nombre! —Ruth fue junto al teléfono, allí, mi hermana tenía una libreta en la que anotaba cosas importantes—. Aquí está, se titula: *¿Qué vas a*

hacer con tu vida?

—¡Guauuu! Un título muy bonito —comentó Morty—. Bueno, guapo, ¿comienzas o qué? —Como yo no arrancaba, este miró a mi sobrina que se había vuelto a sentar junto a Nat, para animarla a seguirle—. ¡Una, dos y tres! ¡Que empiece ya, que el público se va!

—Voy, voy, ya lo he entendido —murmuré resignado.

Rocé las teclas dejando ir mis dedos para que ellos buscasen aquella melodía salida de mi alma y de mi corazón. Música con toques melancólicos y con subidas de pasión. Me quedaban diez notas finales en las que la melodía iba disminuyendo lenta y pausadamente. Me detuve y respiré profundamente mientras bajaba la tapa del teclado. Acto seguido, Morty se puso en pie.

—¡Bravo! ¡Bravo! —gritaba y aplaudía como un poseso, hecho que secundaron el resto cariñosamente—. ¡Oh, Dios mío! Me he emocionado, se me han saltado las lágrimas.

—Espero que os haya gustado.

Acerté a decir modestamente e hice una reverencia.

—¡Nena —le vociferó Morty a Natasha—, si no te lo quedas tú, me lo pido yo, guapa! —Ella se quedó estupefacta y sin saber cómo reaccionar—. ¡Random, el día que dejes de ser hetero dímelo a mí primero, cielo!

Las risas estallaron en todo el salón. Scott tomó la palabra:

—Esto se merece un brindis. ¿A que sí, Morty?

Él respondió levantando su dedo pulgar.

—Pues voy a por champán, venga cuñado, que te has ganado una copa.

—¡Ah! No sé si debo...

—Tranquilos —apostilló Walter—, tenemos aquí a la doctora, por si bebemos mucho, ja, ja, ja.

—¡Eh! —interrumpió Betty—. Tú de alcohol, nada, Randy, y vosotros, un sorbito, que luego tenéis que conducir.

—Ahora le toca al tío Morty —expuso astutamente Ruth sonriendo.

—Ainsss..., esta pequeña me ha hecho una jugarreta —clamó modestamente.

Pero realmente no le importó, le gustaba sentirse el centro de atención. Se acercó hasta la banqueta y acto seguido, comenzó a tocar la canción *Candle in the wind* de Elton John, especialmente emotiva por las circunstancias que la envolvían, ya que había sido versionada para homenajear a Diana de Gales e interpretada en su funeral por el artista. Mientras Morty tocaba con mimo las teclas e inclinaba su cabeza sentidamente para buscar cada nota, en el sofá, todos nos habíamos dado las manos, percibiendo la melancolía que evocaba aquella melodía. Al acabar, por su rostro rodaban algunas lágrimas debido a la emotividad creada por la música.

Todos le regalamos un emotivo aplauso, él se vino arriba y gritó:

—¡Viva la princesa Diana de Gales!

—¡Viva! —respondimos todos.

—¡Qué bonita, tío Morty. ¿La has inventado tú?

—No, cariño. Elton John la versionó para una princesa como tú, así que si algún día quieres, la vuelvo a tocar para ti, para que te sientas más princesa.

—Mami, ¿qué significa versionó?

Mi hermana se lo explicó para que la pequeña lo entendiera.

Por iniciativa propia, me volví a sentar nuevamente junto al piano. Tomé aire para anunciarles:

—Voy a compartir con vosotros una melodía que compuse el último día que me senté frente a Rossy, aquel día después de varias circunstancias contradictorias decidí cerrar la tapa del

piano para siempre, con lo cual, esta canción quedó en el olvido, o tal vez escondida para evitar algunas lágrimas. Se acercan fechas muy importantes para Eli y para mí; la semana que viene hará cuatro años que se fueron al cielo nuestros padres. Está dedicada a ellos, se titula: *Me vas a hacer llorar más y no puedo permitírtelo.*

Comencé a desgranar cada una de las notas que conformaban la canción, una melodía melancólica producto de muchas lágrimas derramadas y no recogidas por nadie. En muchas ocasiones, Eli y yo habíamos pasado la noche en el sofá acurrucados uno junto al otro debido al cansancio, tras evocar vivencias y acabar llorando.

En esta ocasión, con la música conseguí sin darme cuenta crear un ambiente difícil de describir; bonito, dulce, nostálgico y espectacular a la vez. Al finalizar, me giré para mirar a todos y pude contemplar los ojos vidriosos, como los míos. Elisabeth que tenía a Ruth en su regazo medio dormida se la pasó a Scott y se vino hacia mí para darme un abrazo en el que nos quedamos fundidos unos diez segundos transmitiéndonos sin hablar, el calor y el amor que nos profesábamos, el resto del grupo hizo lo mismo uniéndose a nosotros en un abrazo colectivo. Busqué con la mirada a Scott, él tenía a mi sobrina en brazos, me miró y llevó su mano derecha al corazón haciéndome llegar su sentimiento. Yo levanté mi pulgar en señal de aprobación.

—¡Qué bonita, Randy, te quiero! —dijo Eli.

—¡Impresionante! —apuntilló Morty que me endosó un beso en los labios y del que no me dio tiempo a reaccionar—. Sin maldad, nena —se excusó ante Natasha—, pero es que me ha hecho saltar las lágrimas este jodío.

Después Betty me dio dos besos en las mejillas.

—Precioso —murmuró mirándome a los ojos.

—Amigo, no sé si elegiste bien la carrera, ¿eh? —añadió Walter—. Esta tarde te has superado, campeón.

—Ojalá te hubiera conocido antes, guapo —susurró Natasha.

Mientras todos se volvían hacia el sofá, ella sutilmente, me dio dos besos, uno en cada mejilla, pero muy próximos a la comisura de los labios.

La tarde de aquel día, la verdad, es que fue muy emotiva y sentimental, sin haberla buscado ni organizado.

Betty, al terminar la velada, le insistió a Walter que al día siguiente no me esperara en el trabajo, para que pudiera hacer un poco de reposo.

—Lo que tú digas, cariño. Está visto que donde manda patrón, no manda marinero, ja, ja, ja.

—Tío Randy, ¿te quedas a dormir?

—Hoy no puedo, princesa, Cascabel lleva dos días sola y me temo que haya podido hacer alguna trastada, así que deberíamos irnos ya, si no os importa.

—Claro, guapo, ya nos vamos y pasamos por casa para que cojas tu coche, ¿o te llevamos a la tuya y mañana te voy a buscar para que puedas recogerlo? —me preguntó Morty.

—Por el camino lo decidimos. ¿Vale?

Él levantó su pulgar aceptando la propuesta.

—Si quieres ya te llevamos, nosotros, Random, nos pilla de camino —comentó Walter.

Betty que escuchaba atenta intervino ante la «metedura de pata» de su marido.

—Cariño, déjales que lo lleven ellos, yo tengo que pasar por el hospital, me he olvidado allí el móvil. —Le guiñó un ojo para que Walter entendiera aquella excusa.

Nos fuimos despidiendo de todos, Walter y Betty fueron los primeros en marcharse.

—Tened cuidado. *¿OK?* —murmuró Elisabeth.

—Gracias por todo, cuñado.

—Gracias a ti por quererme, Scott —le dije al tiempo que le daba un abrazo—, y por hacer que vuestra casa sea la mía y la de nuestros amigos.

—Tío, ¿vendrás el jueves a comer?

—Claro, princesa.

Por el camino le pedí a Mortimer que me dejaran en mi casa.

—Mañana hacia el mediodía iré a buscar mi coche.

—Cuando quieras, Randy —me dijo Nat.

—Cuídate, hombretón —me aconsejó Mortimer a la vez que le estrechaba la mano para despedirme.

Le di dos besos en las mejillas a Natasha, lentos; quería absorber el aroma del perfume en su piel para que se quedara tatuado en mis sentidos.

—Si necesitas algo llámame, Random.

—¿Sea lo que sea? —bromeé pícaramente.

—Lo que sea...

Respondió ella dibujando con sus labios un beso y lanzándolo al aire. Yo reaccioné levantando mi mano al vuelo para alcanzarlo y llevarlo a mis labios. Cerré los ojos un instante para saborear aquel beso imaginario y me despedí haciendo una reverencia.

—¡Hasta mañana, Natasha!

Llegué a mi ático, nada más abrir la puerta me encontré a Cascabel esperándome. Me recibió con un sentido maullido, levantando su rabo y rozando su cuerpo con mi pantorrilla.

—¿Me has echado de menos, preciosa? —La acogí entre mis brazos y le di un beso en su cabecita—. Ya estoy aquí —le dije mientras le regalaba unas caricias por su lomo. Me di cuenta de que en su plato aún quedaba algo de pienso —. Vaya, has comido poco, señorita.

—Miauuu.

—No te debes preocupar por mí —la solté en el suelo—, ya soy grandecito y me sé cuidar, o mejor dicho, tú y yo tenemos una amiga que me cuida muy bien, ja, ja, ja.

Cascabel se me quedó mirando impertérrita mientras yo iba a la despensa a coger una lata de su comida favorita y se la vaciaba en su platillo, enseguida se puso a comer. Le puse agua limpia y limpié su arenero.

Dejé a la gata saboreando su manjar y fui a darme una ducha. Me puse un chándal para estar cómodo mientras veía un rato la televisión antes de irme a dormir, cuando sonó el móvil.

—¿Qué tal estás, Randy?

—Bien, de momento, Nat. ¿Qué haces ahora?

—Pues poca cosa, he estado atendiendo a Franky y cenando unos sándwiches con Morty, él ahora se ha marchado a tomar una copa con un amigo.

—¿Estás sola?

—Sí, pero tranquilo, soy fuerte; recuerda que te arrastré yo sola al sofá, ja, ja, ja.

—Ese detalle me lo perdí... Pero bromas aparte, no me hace gracia que estés en tu casa sola.

—Estate tranquilo, cielo, no tengo miedo, además, Dmitry está detenido.

—Si no lo digo por ti... —Puse la voz un poco triste—. Lo digo por mí, aún estoy convaleciente y puedo sufrir algún desmayo...

—Pues hoy yo te vi bastante bien, ¿eh? Bueno, no solo te vi, estás más que bien.

—Vaya, parece ser que no te doy lástima, ja, ja, ja. En fin, me conformaré con la compañía de una fémina que tengo aquí, que parece haber estado preocupada por mí.

—¿Ah, sí?

—Sí, pero ahora ya está más tranquila, después de regalarle unos mimos.

—Ummm...

—¿No estarás celosa?

—¿Yo? ¡Qué va! ¿Acaso debo estarlo?

—No sé, quizá un poco sí... En un rato compartiremos abrazos y sofá mientras vemos alguna película...

—Bueno, si solo compartís eso, no tengo por qué preocuparme, yo, mientras me doy una ducha compartiré confidencias con Franky...

—¡Aaagh!

—¿Qué te pasa, Random?

—Nada, que me acabo de acordar de que no tengo el coche, si no...

—¿Qué?

—Pues..., que si tuviera el coche, ahora mismo estaría de camino a tu casa para darte jabón por la espalda. ¡Aunque..., podría coger la bicicleta, o un taxi!

—¡Nooo! Ten en cuenta que aun estás convaleciente, me lo acabas de decir.

—¡Vaya..., es verdad. Tengo que recuperarme, jooo...! —Ambos nos reímos.

—Bueno, cielo, procura descansar, hemos tenido un fin de semana agotador.

—¡A sus órdenes, señorita! Que tengas felices sueños.

Colgamos nuestros teléfonos y con una sonrisa dibujada en mis labios me fui a trastear por la nevera a ver qué preparaba para cenar.

¿Qué vas a hacer con tu vida?

Capítulo Nº 20 - Acortando caminos

Tras darse una ducha, Natasha se disponía a ver la tele un rato antes de irse a la cama. Se dirigió al sofá y al mover uno de los cojines para ponerlo de cabecera vio debajo de este un llavero cromado con el logotipo de Chrysler, lo cogió y pudo ver que se trataba del mando del coche de Random. Agarró el móvil para llamarle y decirle que el llavero se encontraba en su casa, pero desistió al instante en el intento; se le ocurrió algo mejor: ir a llevarle las llaves y el coche.

Se fue a su dormitorio quitándose el pijama por el camino. Se vistió con el primer vestido que vio en el armario, se calzó unas sandalias, agarró su bolso y se despidió de Franky que la observaba impasible desde el pasillo, con un apresurado:

—¡Hasta luego, Franky!

Se subió al coche, ajustó el asiento, colocó los espejos a su medida y puso rumbo a casa de Random.

En casa de este sonó el móvil.

—¿Natasha? ¿Ocurre algo?

—No, tranquilo, Randy. ¿Cómo estás?

—Pues como hace más o menos una hora, pero con un poco de sueño, ja, ja, ja. ¿Y tú, qué haces?

—Poca cosa... Estaba pensando en ti, en cómo te sentías, y decidí llamarte.

—Ah, ya veo que tienes remordimientos y no te dejan dormir por dejarme solito en mi situación...

—¡Ja, ja, ja! ¿Remordimientos, yo? ¡No! Recuerda de dónde provengo, soy de carácter fuerte y frío.

—Creo, que eso es una armadura en la que te escudas. A mí no me pareces fría, todo lo contrario, eres muy pasional y me atrevo a decir que, en todos los sentidos.

—Bueno, depende de con quién, ¿eh? —se rio.

—Seguro que con aquellas personas con las que te sientes a gusto.

—Veo que eres muy observador..., y sí, tienes razón, con aquellas que me transmiten confianza —hizo una breve pausa—, y contigo me siento muy a gusto.

El silencio se apoderó de los dos, fue como si en ese momento, el hilo imaginario que nos separaba a través de nuestros móviles se hubiera tensado formando un alambre de acero. Por suerte reaccioné rápidamente para deshacer aquella pequeña tensión.

—Nat, yo también me siento muy a gusto contigo, es más, ¡me encantas!

—Ya veo. Estás tan encantado que no te has dado cuenta de que las llaves de tu coche están en mi casa, ja, ja, ja.

—¿Sí? ¡Ostras! Ni las había echado de menos —los dos nos reímos—. Mañana ya las recogeré, junto con el coche.

—Si quieres, puedes tenerlas ahora...

—No puedo, alguien que ambos conocemos, o sea, tú, me ha recomendado descansar. Bueno, y Betty, también.

—Ah, pues entonces, me voy...

—¿Cómo que te vas? ¿A dónde?

—A mi casa, ja, ja, ja.

—Pero, Nat, ¿dónde estás?

—Delante de tu edificio, en la puerta.

Dejé el móvil sobre la mesa, mi reacción fue coger las llaves de casa y dirigirme al ascensor para bajar a la calle.

—¡Maldito ascensor, siempre está ocupado cuando más falta hace! —mascullé entre dientes mientras me apresuraba a bajar por las escaleras los seis pisos que me separaban de ella.

Nat, por su parte, al ver que la llamada se había cortado, volvió a llamar a Random, pero este no cogía el teléfono. «¿Qué le habrá pasado? Espero que esté bien y no le haya dado un mareo» pensaba al tiempo que comenzaba a preocuparse porque estuviera bien. Miró su reloj y pensó: «Contaré hasta diez y volveré a llamar, si no me contesta, llamaré a Elisabeth».

Los nervios propiciaron que iniciara la cuenta sin percatarse de que lo hacía en voz alta, mientras daba pasos de aquí para allá y de espaldas a la entrada.

—Ocho, nueve y di...

—¡Nat!

Ella se dio la vuelta instantáneamente.

—¡Random! ¿Qué ha pasado?

—Nada. ¿Y a ti? ¿Por qué estás así?

—Pues, porque se cortó la llamada y no me cogías el móvil. No sabía si te había ocurrido algo.

—¿A mí? —Entonces, me di cuenta de mi fallo—. Perdona, no esperaba que estuvieras aquí, y mi reacción en vez de abrirte con el interfono fue la de bajar. —Pero también fui rápido en no desaprovechar la oportunidad que Natasha me estaba brindando—. Y sí, sí me ha ocurrido algo...

—¿El qué?

—Pues..., que he bajado seis pisos por la escaleras bajando algunas, de dos en dos y hasta de tres en tres casi accidentalmente, eso me ha supuesto un sobreesfuerzo que me ha dejado sin aire —aproveché para acercarme más a ella—. ¿No crees, que podrías darme un poco de aliento? Con un beso, seguro que me encuentro mejor...

Ella, sonrió por mi forma picaresca de aprovechar la situación, me miró cariñosamente a los ojos y nuestros labios se juntaron como imanes atraídos por el magnetismo.

—Bueno, ya que he venido a traerte las llaves, ¿no me invitas a subir a tu casa a tomar algo? ¿O vas a dejar que me vaya sola?

—¡Aaagh! Perdona de nuevo, aún debo de estar algo espeso.

—Sí, sí, ya veo, ja, ja, ja.

—Corramos un tupido velo y deja que te formule una pregunta.

—Bueno, depende del calibre de esta, puede que esté preparada o no... —Me guiñó un ojo y torció su boca de manera algo burlona.

—Nat... —Me quedé unos segundos en silencio.

—Dime.

Tragué saliva.

—Ante los hechos ocurridos últimamente, me he dado cuenta... —Ella escuchaba atentamente—, de...

—¿De qué, Random?

—De que sería un auténtico idiota si dejo pasar esta oportunidad que la vida, el azar, el destino, o tal vez tú, me ofreces... Y es que quería preguntarte..., si... ¿Te apetece subir a mi casa a tomar una copa?

—¡Menos mal! Me estabas poniendo nerviosa con tanta incógnita, ja, ja, ja.

—Bueno, y ya que estás aquí, quizá me venga bien un masaje cariñoso, parece que tengo una contractura aquí —dije señalándome la espalda y poniendo carita de pena.

—¡Me parece que lo que tienes es un poco de morro, guapo!

Nos reímos los dos mientras nos adentrábamos en el portal.

—Así ves dónde colgué el cuadro que le compré a Morty de una linda dama de bonita mirada, y de paso, saludas a Cascabel, que parece que hicisteis buenas migas el día que os conocisteis.

—Sí, ya veo que es un buen plan.

Entramos al ascensor y me pegué más a Natasha.

—Y también compruebas si tengo fiebre, parece que me ha subido unas décimas...

—¡Tendrás poca vergüenza!

Nos reímos. La cercanía de nuestros cuerpos provocó que nos diéramos un beso cargado de sensualidad, ella mordió sutilmente mi labio y nuestras lenguas jugaron a enredarse. No habíamos tocado el botón para subir y envueltos en nuestra sensual locura, no nos dimos cuenta de que el ascensor se ponía en marcha. Mis manos tocaban su trasero y las de ella se perdían enredando sus dedos entre mi cabello. Con mi cuerpo la empujé al final del pequeño habitáculo, donde nuestra pasión parecía ya desmedida, cuando, de pronto, escuchamos un carraspeo y una voz:

—¡Ejem, ejem...! Perdonen que les interrumpa, señor Williams y compañía. ¿Suben o bajan?

Nos compusimos al momento, al tiempo que sentía cómo mis mejillas se acaloraban y Nat bajaba la mirada.

—Disculpe, señora Madison. Subimos, pero no se preocupe, ya subimos caminando lo que nos queda, así puede bajar usted.

—No se preocupe, acaben lo que han empezado, si es que están tan necesitados. —Nos lanzó una sonrisa cáustica, que aún nos abochornó más, momentáneamente—. Por cierto, señor, ¿qué le ha ocurrido en la cara?

—Ah, nada grave, me di con la puerta de casa de mi hermana y ella es mi enfermera, ¿verdad?

—Sí, sí —respondió Nat haciendo verdaderos esfuerzos por contener la risa—. Estoy de guardia y hago servicio a domicilio, señora Madison.

Agarré de la mano a Nat y la arrastré al rellano.

—Vamos, que me tienes que curar.

—Claro, buenas noches, señora.

Subimos las escaleras a toda prisa antes de que mi vecina nos reprendiera más. Íbamos en silencio reprimiendo la risa.

Llegamos a mi casa, abrí y pasamos, al cerrar, apoyamos nuestras espaldas en la puerta como si de esa manera, evitáramos que alguien que nos siguiera, pudiera entrar. Nos miramos y comenzamos a reír a carcajadas. Parecíamos dos colegiales que acababan de cometer alguna travesura.

—¿Quieres saludar a la señorita del cuadro? —le dije señalándolo con el dedo.

—Muy bonito, sí señor. El artista que lo pintó hizo maravillas.

En esas, apareció Cascabel, se acercó hasta Natasha para olerla y rozar su lomo contra el tobillo, levantó su cola y de un salto se subió a las manos de ella.

—Anda, mira, otra como Ruth, primero te saludan a ti. ¡Hay que ver! —Me crucé de brazos resignado.

—No te enfades, a ti te ven más a menudo que a mí. Posiblemente, lo hacen para hacerte saber que me aceptan como parte de ti.

Me gustó ese argumento, hecho que dibujó una sonrisa en mi cara.

—Quizá sea como dices, es más, incluso apoyo esa opinión tuya; si te aceptan a ti, a mí me parece perfecto.

—Pues, asunto resuelto, ja, ja, ja.

—¿Te apetece tomar una copa?

—A eso he subido, ¿no?

—Entre otras cosas... —Le lancé un sensual guiño de ojo—. ¿Qué quieres tomar?

—Lo que tomes tú.

—¿*Gin tonic*?

Ella asintió con la cabeza. La dejé en el salón y me fui a la cocina a por hielo.

Natasha, se dio una vuelta por el amplio salón. Observó el piano que se hallaba en uno de los rincones, en un lugar privilegiado, se acercó a él y con su dedo índice trazó una línea imaginaria por todo el contorno de este. Al llegar a la parte de la cola pudo observar sobre un mueble, unas fotos; evidentemente, de sus padres, de ellos con Random y Elisabeth de pequeños, de la boda de Eli y Scott, y de Ruth cuando era un bebé.

—Ya estoy aquí, ya soy todo tuyo.

—Mmm... ¿Todo, señor Random? —me preguntó girándose y situándose detrás del piano.

—Sí, ha oído usted bien, todo —dejé ir con voz sensual y mirada retadora, mientras dejaba la bebida en la mesa que había delante del sofá y me sentaba en él observando desde ese punto a Nat—. Ya sabe, señorita enfermera, que deberá curarme bien, si no, mañana tendré que decirle a la señora Madison que usted no hizo bien su trabajo.

Hice un esfuerzo por no reírme, pero me gustaba aquella situación. Nat, divertida por mi ocurrencia se dirigió a mi pavoneándose.

—¿Se refiere usted, señor Romeo, a esa señora que dijo que deberíamos acabar lo que habíamos empezado?

—Ciertamente, claro, que, según ella puntualizó: «Si es que estábamos tan necesitados».

Ahora ella se sentó a mi lado, pero de frente a mí.

—¿Tú estás necesitado?

—Sí, de ti y de tus besos —respondí ofreciéndole de mi mano la copa con el *gin tonic*. Ella la cogió para dejarla de nuevo en la mesa y sin mediar palabra, me besó. Yo me dejé llevar, envolviéndome entre sus labios carnosos, sensuales y cálidos, pero tenía en mente a la señora Madison, al separarme un poco, una sonora carcajada acudió a mi boca.

—¿De qué te ríes? —me preguntó divertida, mientras aprovechaba a dar un sorbo de su copa.

—No me puedo quitar de la cabeza a mi vecina. Si mis padres vivieran, seguramente, mañana les iría con el cuento.

Se hizo un breve silencio, en el que la magia que momentos antes inundaba el salón se había disipado.

—Los echas de menos, ¿verdad?

—Sí, desgraciadamente, se fueron muy prematuramente y el hecho de que ya no estén, hace que el cariño que se les profesa sea mayor. La verdad, es que a los dos los quería por igual, pero mi madre era más dulce, cariñosa y comprensiva, aunque en algunas ocasiones tenía que ponerse firme para que percibiéramos su autoridad. Mi padre era más rudo, aunque luego no le

costaba mostrar sus sentimientos, nos exigía mucho en los estudios y mamá me decía: «Tu padre os quiere, solo desea lo mejor para vosotros».

—Seguro que fue una gran mujer...

—Ella era especial, Nat, me imagino que como todas las madres y mujeres en general. A veces me decía: «Algún día cuando no estemos, deberás cuidar de tu hermana, hijo». ¡Ya ves, qué ironía! Más bien es Eli la que cuida de mí.

—Os cuidáis mutuamente aunque a ti no te lo parezca, Randy —expresó poniendo una de sus manos sobre la mía dándome apoyo.

No quería ponerme nostálgico, aunque nuestra conversación se estaba yendo por esos derroteros, de manera que cogí a Natasha de la mano invitándola a levantarse.

—Señorita, acompáñeme, que le enseñaré mi humilde morada.

—Bueno, eso de humilde... Solo hay que ver el edificio para deducir que humilde no es, precisamente.

—Es un decir, Nat. Simplemente, me lo puedo permitir, al fin y al cabo sería igual de feliz si viviera en un apartamento de cuarenta metros cuadrados. —La llevé por el pasillo a las habitaciones—. Como puedes ver por el cartel, esta es la de Ruth, tipo *suite* con su cuarto de baño exclusivo.

Seguimos el resto del recorrido mostrándole la de invitados, el baño común, mi despacho y mi *suite*.

—Aquí está la cocina, donde suelo practicar cuando me siento inspirado.

—¡Uy, si sabes cocinar y todo! —dijo situándose detrás de la isla y señalando la vitrocerámica—. Eres un partidazo. ¡Ja, ja, ja!

—¿Lo dudabas?

—¿Qué eres un partidazo?

—¡Ja, ja, ja! No, mujer, que sé cocinar.

—Ah, bueno, es algo que no hemos hablado. ¿Y cuál es tu especialidad? Porque alguna, digo yo, tendrás.

—Pues, sí, hay una que se me da de lujo.

—Soy toda oídos. Es más, creo que deberías de cocinar un día para mí y así podré corroborar que lo que dices, es cierto.

—Es que no sé si te gustará, pero se me da fantásticamente bien calentar en el microondas los *tuppers* de *roastbeef* que prepara mi hermanita, ja, ja, ja.

Nat no se lo esperaba y secundó mis carcajadas.

—¡Oh, vaya, ya decía yo que algún fallo debías de tener!

—¿Fallo yo? ¡Puuuff! Unos pocos, lo que pasa que los sé camuflar muy bien, como este del que no te habías dado cuenta. —Comencé a andar por la cocina simulando tener la cadera dislocada.

—¡Seráááás! —Me tiró un trapo de cocina que había sobre el mármol.

—Ja, ja, ja. Anda, sigamos. Aquí el salón que ya has visto anteriormente, te presento a Rossy, el piano, y ahora te falta ver la terraza.

Descorrí las cortinas, abrí la cristalera y salimos.

—¡Guauuu! ¡De noche la vista es espectacular, seguro que de día también lo será!

Al ser un ático, la terraza ocupaba la mitad de la fachada formando una ele, en uno de los rincones había dos tumbonas y una mesita.

—Aquí es donde a la princesita le gusta tomar el sol cuando el tiempo acompaña.

Sonreímos los dos.

—Y al señor de la casa, ¿qué le gusta? —preguntó aproximándose a mí.

—A mí me gustas, tú. —Y la besé, no le di tiempo a procesar aquella confesión, pero se me ocurrió una idea—: ¿Me dejas hacer una cosa?

—Mmm... ¿Aquí en la terraza a la luz de la luna de Londres? —susurró ella llevándose el dedo índice a su boca y mordiendo levemente la yema de su dedo—. Depende de si es decente o indecente.

—Habrá de todo, señorita, pero todo, a su tiempo.

Tomé su mano, entramos al salón y la situé frente al sofá.

—Siéntate y déjate llevar, cierra los ojos y escucha la melodía que según dice Ruth es para ti.

Le di al interruptor de las dos lámparas de techo para apagarlas y dejé solamente las de la cornisa que rodeaba todo el salón, graduándolas para que quedara una luz ambiental suave. Me aproximé a Rossy y me senté en la banqueta, con sumo cuidado levanté la tapa y toqué algunas teclas para calentar mis dedos.

—¿Preparada, Cenicienta?

—Preparada estoy, Romeo.

Comencé a acariciar las teclas con la misma dulzura que se puede mimar el cuerpo de la mujer que amas: con delicadeza y pasión. Parecía que las notas bailaban en el aire y como poseído por la melodía que desprendía el piano, me puse a recitar:

Aquella noche, una bella mujer de piel blanca como el hielo, en una cita a ciegas, me mostró lo bonita que puede ser una mirada.

Aquella noche, dos corazones solitarios se conocieron sin albergar esperanzas de futuro.

Aquella noche, sin ellos saberlo, iban a desaparecer las corazas de dos personas a las que la vida no les había permitido soñar.

Aquella noche, sería el preludio para comenzar a descubrir lo que el destino les tenía preparado.

Toqué las últimas notas y me giré en la banqueta, pasando mi pierna derecha por encima de esta.

—¡Guauuu! Por lo que veo, Random Williams, alias, Romeo, aún guarda secretos. —Se levantó y vino hacia el piano, se sentó frente a mí situando sus piernas una a cada lado de la banqueta. Me miró y me dijo—: ¿Existen más secretos que deba conocer de Romeo? —No me dio tiempo a contestar—. ¿Quieres escuchar algo?

Abrí más los ojos sorprendido.

—¿Vas a tocar el piano, Cenicienta?

—No... —dijo en un suspiro rozando su aliento mis labios. Agarró mi mano y la llevó a su pecho—. ¿Escuchas mi corazón?

Moví mi cabeza afirmativamente. Percibí sus latidos como también pude apreciar por encima de la tela de su vestido que no llevaba sujetador. Moví mi mano acariciando su pecho y con la otra atraje su cara hacia mí para besarla. Sus labios me correspondieron volviendo al punto cuando me acordé de la señora Madison, pero esta ahora ya, no consiguió distraerme. Me centré en el momento que estábamos compartiendo Natasha y yo. Le saqué el vestido por la cabeza, ella hizo lo mismo con la sudadera de mi chándal. Allí mismo, nos dejamos llevar por la pasión y el desenfreno.

No habían pasado ni dos minutos del momento en el que habíamos alcanzado el clímax, aún teníamos los latidos acelerados y la respiración jadeante, cuando sonó el móvil de Nat. Fue

hasta el sofá donde tenía su bolso, yo aproveché para ir al baño.

—Hola, Morty. Dime, guapo.

—Nena, ¿dónde estás?

—He venido a traerle el coche a Random.

—Uy, uy, uy, eso quiere decir que a lo mejor se prolonga tu visita en su casa, ¿no?

—Bueno, ya veremos, ya sabes que aún está convaleciente...

—Ya, ya..., y tienes que hacer de enfermera, seguro que te pone el termómetro él a ti, ja, ja, ja —se rieron los dos.

—Posiblemente pase la noche aquí —le dijo bajando su tono de voz.

—No me des explicaciones, querida, si tú estás bien, yo estoy tranquilo.

Volvía del baño y al entrar en el salón, desde el quicio de la puerta apreció el cuerpo desnudo de Natasha, se encontraba de espaldas a mí, junto al piano. Había encendido la lámpara del rincón; su tenue luz iluminaba su silueta. Me dediqué a observarla mientras ella hablaba por el móvil, no escuchaba lo que decía, no era necesario, solo podía pensar en lo que hacía escasos minutos habíamos vivido. Crucé el salón y me situé detrás de ella, la rodeé con mis brazos por la cintura, aparté su corta melena a un lado y le di un beso en la nuca, noté cómo su piel se estremeció y su voz sufrió un leve quiebro que intentó disimular para que su interlocutor no notase nada. Inclinó su cabeza hacia atrás apoyándola en mi hombro sin dejar la conversación, yo continué sembrando pequeños besos por su cuello y subí mis manos a sus senos atrayendo su cuerpo hacia mí. Noté cómo se erguían sus pezones al contacto con mis dedos que jugaban a acariciarlos y tiraba delicadamente de ellos, su temperatura corporal comenzaba a elevarse y su voz a agitarse, por lo que intentó abreviar la conversación.

—Lo dicho, Morty, no me esperes esta noche, que tengo que vigilar de cerca a este enfermo, no vaya a sufrir una recaída. —No sé qué le contestó él, pero ella se rio—. No me podría perdonar que le pasara algo, le he cogido cariño y prefiero estar aquí por si tengo que echarle una mano..., o las dos... —Soltó una carcajada—. Un beso cielo. —Y cortó la llamada.

Se dio la vuelta hacia mí.

—Espero no haberte incordiado durante tu conversación.

—Umm..., no..., aunque eres un poquito travieso, pero me gusta...

Se abrazó a mi cuello y acercó sus labios carnosos buscando los míos; dejé que me besara percibiendo las sensaciones que me provocaba sentir el calor de su aliento y la humedad de su lengua recorriendo la comisura de mis labios, los entreabrí y nuestras lenguas se encontraron, comenzando así, el juego de atraparse. No me pude contener y mordí suavemente su labio inferior tirando de él hacia mí, eso provocó que me besara nuevamente con más ardor y deseo. Bajé mis manos a sus glúteos para abarcarlos y atraer su cuerpo al mío, nuestros torsos pegados piel con piel ejercían la misma atracción que posee un imán cuando se aproxima a un metal. Nuestros sexos se rozaban en cada movimiento y mi cuerpo comenzaba a reaccionar nuevamente ante esos estímulos.

—Vamos al dormitorio —le dije.

—Espera, necesito ir al baño.

Mientras, me adentré en el cuarto para encender la luz de las mesillas y me senté en el borde de la cama a esperarla, al poco vino ella, me quedé observando su belleza natural y me puse de pie cuando se situó pegada a mí.

—Natasha... —susurré.

—Shhh..., no digas nada.

Puso su dedo índice en mis labios para sellarlos, los entreabrí y con mi lengua rocé la

yema de su dedo, ella introdujo un poco la punta y yo suavemente, la succioné. Bajó el dedo por mi barbilla, por mi cuello y por mi torso para detenerse en mi ombligo, ese camino imaginario que había dibujado lo siguió con sus labios, se agachó para besar mi vientre mientras con su mano acariciaba mi entrepierna. Me gustaba y mi cuerpo volvía a reaccionar, quería que siguiera, pero necesitaba parar, quería acariciarla, saborearla, sentirla, de modo que la tomé de la mano invitándola a levantarse y se sentó en la cama, yo me incliné para volver a besar esos labios que me volvían loco, ella echó su espalda hacia atrás y yo me dediqué a acariciar y besar cada centímetro de su piel. Mi lengua jugaba con sus pezones erectos rodeándolos y chupándolos, poco a poco fui bajando hasta llegar a su sexo. Me detuve un instante para mirarla mientras sus ojos ardían de deseo. Introduje un dedo entre sus labios mayores para acariciar su clítoris; no pude resistirme a pasar mi lengua suavemente de arriba abajo y formando círculos alrededor, ella gemía y yo no cesaba en mis movimientos aumentando la intensidad al ritmo que ella aumentaba su respiración hasta que llegó al éxtasis. Subí a su boca para besarla y percibí su respiración agitada por los últimos retazos del orgasmo. Natasha se puso de lado en la cama, yo me eché a su lado frente a ella y mientras nuestras lenguas jugaban a buscarse y chocarse sin lograr atraparse, su mano acariciaba mi sexo.

De la misma manera que yo antes había adorado su cuerpo, se recreó ella en el mío, prosiguiendo su juego donde antes yo la había interrumpido. Me puse boca arriba, ella se incorporó para colocarse sobre mis piernas y poder acariciar mi sexo con suavidad y delicadeza. Había cerrado mis ojos para dejarme llevar por ese momento de placer cuando noté su lengua deslizándose por todo el largo de mi miembro; abrí los ojos y vi cómo lo lamía subiendo y bajando, cuando volvía a subir, jugaba a dibujar círculos en el glande. Estuvo así unos minutos, mi sexo no paraba de crecer y endurecerse. Paró, levanté un poco mi cabeza, ella me regaló una sonrisa pícara; abrió su boca e introdujo mi miembro en ella.

—¡Ohhh! —Exclamé en un gemido ahogado. Nat subía y bajaba su boca por todo el perímetro aumentando la velocidad de los movimientos, no iba a poder aguantar mucho rato así, debió de percibirlo y se detuvo—. No pares... —supliqué.

Se levantó quedándose de rodillas, me lanzó una mirada lasciva a la vez que se mordió el labio inferior con deseo. Se situó a la altura de mi sexo, fue bajando su cuerpo despacio permitiendo así, que la fuera penetrando.

—¡Ummm...! —dejó ir ella.

—¡Oh, Dios! —pronuncié de manera entrecortada.

Comenzó a moverse lentamente subiendo y bajando, alternando movimientos de delante hacia atrás, yo movía mi pelvis a su compás, la miraba y veía como se acariciaba sus senos mientras cabalgaba sobre mi cuerpo como una diosa. Fue aumentando el ritmo de sus caderas.

No hacía falta hablar, nuestra respiración agitada y los gemidos hablaban por nosotros, mientras nos mirábamos fijamente a los ojos.

Noté por sus movimientos más acelerados, que su orgasmo era inminente, me incorporé quedándome sentado y pegué mi torso a su cuerpo. Rodeé con mi brazo izquierdo su cintura y el otro lo apoyé sobre la cama para sujetarme y poder ejercer más presión, ella se agarró a mi cuello. Nuestros gemidos de placer eran ya más audibles, nuestra piel erizada junto al sudor de nuestro cuerpo nos delataba anunciándonos que estábamos a punto de alcanzar nuestro objetivo en ese momento. Nos dejamos llevar logrando ambos llegar al clímax.

Estuvimos así abrazados durante un par de minutos, mientras los espasmos iban descendiendo y nuestra respiración volviendo a su normalidad.

Natasha se levantó para ir al baño, no sin antes regalarle yo, un tierno beso en los labios.

Mientras tanto, acudí a la cocina, tenía sed y me puse un vaso de zumo de naranja. Al poco apareció ella cubierta con un polo blanco de Ralph Lauren mío, y seguida por Cascabel, que observaba cada uno de nuestros movimientos en el más absoluto silencio.

Me fijé en su atuendo, al ser una prenda de hombre le quedaba algo ajustada marcando un poco sus pezones.

—Te sienta bien esa camiseta, por lo que veo, te queda mejor que a mí, Nat. La verdad es que hasta hoy no me había fijado lo bonita que es.

Ella picarescamente, se mordió el dedo índice de su mano y me preguntó:

—¿La camiseta o quien la lleva?

—Evidentemente, tú..., lo que no sabía que tenía ahí dos botones para sintonizar la radio, ja, ja, ja.

Ella sonrió sin maldad para decir:

—¡Son mis armas de mujer, bobo!

Nos reímos a carcajadas.

—¿Te apetece tomar algo, Nat?

—Si, estoy seca —nos reímos de manera cómplice.

—¿Zumo? —Moví en el aire el frasco de cristal.

—Sí, por favor.

Mientras llenaba un vaso, ella se acercó a mí por detrás y se abrazó a mi espalda apoyando su cara en ella.

—¿Sabes una cosa, Nat?

—Dime.

—Me ha encantado que me hayas sorprendido con tu visita...

Me soltó para situarse a mi lado junto a la isla de la cocina y yo aproveché para ofrecerle el vaso.

—Ya ves, a veces lo que no se planifica sale mejor. —Dio un trago largo.

—Pues sí, pero para ser sincero, he de decir que mi frase de antes ha estado inacabada. —Me miró sorprendida y expectante—. Quiero decir, que me ha encantado que me hayas sorprendido con tu visita y de que me hayas traído el coche.

—¡Ja, ja, ja! —Una gran carcajada fue inicialmente su respuesta—. ¿En serio? —Moví la cabeza afirmativamente aguantándome la risa, los dos sabíamos que aquella no era la respuesta verdadera—. Vaya, qué decepción..., señor Random, acaba usted de bajar un nivel en la escala de pretendientes. Yo pensaba que me ibas a decir que te había encantado que te devolviera las llaves del coche, ja, ja, ja.

Estábamos jugando a un divertido juego de palabras en las que yo no decía en realidad lo que quería decir, ni ella decía lo que creía que yo no decía.

—¿Ah, sí? —Ahora me puse frente a ella—. Pues ese nivel pienso subirlo como sea.

—¿Y cómo lo vas a hacer?

—Ya se me ocurrirá algo. Venga, vamos a dormir. El primero que llegue a la cama, se ducha mañana primero.

Salí disparado de la cocina aventajado en esa pequeña carrera.

—¡Espera!

Me encontraba ya a los pies de la cama.

—¿Qué ocurre?

—Que no sé dónde se apaga la luz de la cocina.

Me volví por inercia para ir hacia allí, Nat siguió caminando tranquilamente para el

dormitorio sin yo percatarme de su triquiñuela. A la vuelta, me la encontré acostada en la cama con sonrisa triunfadora.

—Esta me la apunto, señorita. —Me di la vuelta riéndome mientras me dirigía al baño para asearme.

Esa noche dormimos juntos por primera vez en mi casa, en mi cama, abrazados, regalándonos muestras de cariño; caricias y besos, pues yo necesito de eso, lo considero importante en una relación, ya sea amorosa, familiar o de amistad. Aunque sea un hombre, no me importa mostrar ese lado dulce y tierno que habita en mí, y, por lo que pude comprobar, en Nat, también. Algo tan sencillo, gratuito y reconfortante que, en ocasiones cuesta tanto de ofrecer a la otra persona, como de pedirlo cuando se necesita, aunque esas muestras de amor y de cariño no se deberían de negar ni de mendigar.

Por la respiración lenta y pausada de Nat, me di cuenta de que se había dormido, apagué la luz de la mesilla, ella se reposicionó dándose la vuelta y yo me acoplé a su lado pasando mi brazo por su cintura. Con esos pensamientos, y con la satisfacción de sentirme querido y amado por la persona que tenía abrazada y que me atraía en muchos aspectos, me venció el sueño.

El sonido de llamada del móvil de Natasha nos sacó de nuestras fantasías oníricas. Hice intención de levantarme.

—Ya voy yo —me dijo mientras se dirigía al salón.

Me incorporé y puse la almohada apoyada sobre el cabezal para quedarme semisentado en la cama. Podía escuchar a lo lejos a Nat atender el teléfono.

—Hola, Morty, ¿ocurre algo? —Puso el manos libres, mientras volvía para el dormitorio, posiblemente, para darme a entender que con esa llamada no tenía nada que ocultar.

—¡Nena! Son las siete de la mañana y no has vuelto. ¿Estás bien? ¿Hoy no trabajas?

—Sí, cielo, estoy más que bien, ja, ja, ja —Se echó sobre la cama acurrucándose junto a mi hombro y me hizo una señal para que saludara a su interlocutor.

—¡Uyyy, ya lo noto por tu tono de voz, guapa! Espero que tu Romeo te haya tratado bien.

Carraspeé un poco la voz para suavizarla.

—Buenos días, Morty. Cenicienta, ahora mismo, no podría estar en mejores brazos, ja, ja, ja. Perdón por la osadía, pero dudo de que ella difiera de mi opinión.

—¡Uy, neeenaaa, eso no se hace, poner el manos libres sin avisarme! Imagínate que te hago una pregunta indiscreta. ¡Qué vergüenza, por Dios! —Nat respondió con una carcajada—. Buenos días, Random, así me gusta que la protejas como si fuera una muñequita de porcelana, si no, tú y yo tendremos que vernos las carasss.

—¡Eh, que yo sé defenderme solita! —reivindicó Natasha sacando su temperamento ruso.

—Lo sé, querida, sé que tus uñas y dientes son unas potentes armas, aunque unas clases de kárate no te vendrían mal.

Miré a Nat sorprendido por la afirmación de Morty y ella me respondió mostrándome su dentadura y sus uñas como si tuviera garras haciendo el gesto de arañarme. No pude evitar reírme.

—Morty, hoy no iré a trabajar, en un rato llamaré al despacho para avisar.

—Bueno, guapa, recuerda que tienes casa, ¿eh?

—Sí, sí, iré, no sé cuándo, pero iré, ja, ja, ja. Por cierto, cariño, ya que estás por casa dale un vistazo a Franky, por favor, que no le falte agua y esas cosas.

—Claro, nena, ¡qué remedio! ¿Desea algo más la señora de la casa? —le preguntó él en

tono sarcástico.

—Mmm, de momento, no, ja, ja, ja.

—Pues entonces, te dejo, que tengo que arreglarme para ir a trabajar, no como algunasss. Luego llamaré a alguna compañía de alarmas para que vengan a instalar una y al seguro para que vengan a poner el cristal roto.

—¿Es necesario poner una alarma? —le preguntó Nat.

—Claro, cielo, es mejor ponerla, no quiero que nos llevemos algún susto más. Déjame que yo me encargo de eso.

—Como quieras, Morty. *Bye!*

—¡Que tengáis un bonito día, besos!

Nat le dio al botón de colgar y dejó el móvil sobre la mesilla.

—Se nota que te quiere y se preocupa por ti.

—Sí, es un amor y el sentimiento es recíproco.

Nos quedamos un rato así recostados en la cama regalándonos algunos besos, pero los minutos corrían y Nat debía de llamar a su trabajo.

—¿Nos duchamos juntos?

—Ummm..., me gusta esa propuesta. Ve tú, ahora iré yo, que tengo que hacer una llamada.

Me fui al baño a afeitarme, al poco apareció Nat por la puerta.

—He llamado al despacho, me he pedido el día libre.

—¿SÍ? ¿Y cuál es el motivo?

—Tú... —Se aproximó a mi lado para observar a través del espejo cómo arrastraba con la cuchilla el jabón de mi cara—. Bueno, si para ti no es un inconveniente, claro.

—¿Para mí? ¡Yo estoy encantado! ¿Qué has alegado para ausentarte del trabajo? —pregunté curioso mientras aclaraba con agua la piel de mi rostro.

—Pues que tenía que cuidar de un familiar convaleciente y muy querido para mí. No suelo hacerlo, pero me lo puedo permitir; mi trabajo es mi pasión y cuando me dedico a él pongo mis cinco sentidos y mi alma sin reparar en las horas que le dedico, en ocasiones son más de las que debiera, así que, por un día que no vaya, no pasa nada, además, esta semana tampoco tengo juicios ni asuntos excesivamente urgentes.

Me sequé la cara con la toalla atendiendo a su respuesta.

—Me siento un privilegiado teniendo atención personalizada... —Me giré un poco para ponerme frente a Nat y abrazarme a su cintura, ella me miró con expresión interrogante—. Me refiero a tener enfermera particular, ja, ja, ja, y por ser alguien muy querido para ti... —Nos dimos un pico—. Pero me surge una incógnita.

—Adelante, dispara.

—¿Qué grado de parentesco familiar tengo para ti?

Ella sonrió y, de una manera inteligente y sutil, me pasó a mí «la bola».

—El que tú quieras... —Sopesé por un instante la idea de decirle cuál me gustaría que fuese, no sabía si era el momento adecuado para expresarle mis sentimientos que, ya eran más que evidentes. Me iba a lanzar, pero casualmente, sin proponérselo o saberlo, me desmontó—. Tenemos una ducha pendiente, que por cierto, anoche gané ser la primera.

Se quitó la camiseta que había usado como pijama y se metió en la ducha, abrió el grifo y contemplé a través del cristal de la mampara cómo el agua resbalaba por su piel. Como un autómata hipnotizado por el hechizo de su cuerpo, me quité el bóxer para meterme en la ducha con ella.

—¿Molesto?

—¡Nooo! Estás en tu casa, ja, ja, ja.

Besé su nuca húmeda.

—¿Por dónde íbamos, señorita?

—Pues, ahora viene el momento en que yo te digo: señor Williams, no sea malo, ¿eh?

Las cuatro paredes del baño y Cascabel fueron testigos directos de nuestra pasión sexual desatada en la ducha.

Durante el desayuno del que disfrutamos en la cocina planeamos cómo iba a ser nuestro día juntos. Debido a mi convalecencia decidimos pasar el día en casa, pero necesitaba provisiones. Algo había por el congelador, poca cosa, pues en ocasiones comía en algún lugar cerca del trabajo o de camino a casa, o compraba algún tipo de comida precocinada en Panzer´s que terminaba siendo almacenada en el congelador, pero no me parecía apetecible para compartir con mi invitada. Me hubiera resultado más fácil reservar en algún restaurante de los tantos que albergan nuestra ciudad, pero ya que me habían concedido licencia para no acudir durante unos días al museo, no era cuestión de andar por ahí como si nada. Así que nos limitamos a acudir caminando, a mi tienda *gourmet* favorita que se encontraba a media milla de mi domicilio, un auténtico palacio de productos exquisitos donde te podías pasar horas eclipsado por su extensa variedad de productos, tanto nacionales, como procedentes de distintos países.

A la vuelta, cargados con varias bolsas y conversando de nuestras cosas, parecíamos un matrimonio bien avenido llegando a su hogar después de su jornada laboral. Nat se fue a la cocina a preparar la comida mientras yo preparaba la mesa del salón.

—Podemos comer aquí en la cocina —me comentó ella.

—Hoy es un día especial, no todos los días tengo una bella dama en mi casa con la que compartir una deliciosa comida.

—Ah, bueno, el anfitrión manda —me sonrió—, aunque te necesito de pinche, no sé dónde guardas las cosas.

—Sin problema, coloco los cubiertos y enseguida soy todo tuyo.

—Uy, no me digas eso, que me lo tomo al pie de la letra, ¿eh?

—Ja, ja, ja, no me mires así que me das miedo, Natasha.

—Sí, sí..., ya veo que estás temblando —me contestó a la vez que alzaba la sartén para darle una vuelta en el aire a las verduras para saltearlas.

—Temblando me has dejado esta mañana, eres una diabla.

Nos reímos y me dio un toque con su cadera en la mía.

—Venga, vamos a comer estos *entrecots* a la pimienta, que si se enfrían no valen nada, que tú tienes mucho peligro...

Entre charla y comida el tiempo se pasó volando, ella se empeñó después en recoger la cocina.

—Ya lo haré yo más tarde, o ya lo arreglará mañana Zuleima.

—No, la vamos a recoger nosotros dos. Está bien si ella viene a adecentar la casa porque tú así lo consideres y no haya una señora Williams para meterte en vereda, pero hoy estoy yo y no le vamos a dar más faena a la asistenta.

—¡A la orden, camarada! —dije clavando un talón del pie junto al otro y situando mi mano derecha a la altura de la sien, como si fuera un miembro militar del ejército ruso.

Nat, fregaba y yo aclaraba, tarea que íbamos a resolver pronto pues tampoco había mucho que recoger.

Sonó mi móvil y fui a buscarlo al salón, me senté en el sofá para hablar con mi hermana.

—Eli, dime.

—Hola, Randy, ¿cómo te encuentras?

—¡De maravilla! Bueno, quiero decir que mejor, el golpe de la cara está menos inflamado y hoy no me encuentro tan aturdido.

—¿Qué haces? Si necesitas algo, vente para casa o avisa y voy.

—Pues estoy acom... —Natasha que se había sentado a mi lado me hizo una señal para que no dijera que ella estaba allí conmigo—, ...aquí viendo la tele, tranquila, Eli, si necesito algo te aviso. ¿Y mi sobrina preferida, por dónde anda?

—Hoy la he dejado a comer en el comedor de la escuela, yo tenía que resolver algunos asuntos y no iba a llegar a tiempo de recogerla.

—Ya decía yo, que no escuchaba por ahí a ese pequeño terremoto.

—Por cierto, Randy, ¿vendrás el jueves a comer?

—Sí, Eli. ¿Puedo llevar a alguien?

—Claro, hermanito, ya sabes que esta también es tu casa y a quien traigas, será bienvenido.

—Le diré a Natasha que venga, a Ruth seguro que le hace mucha ilusión. —Ella que tenía su mano puesta en mi pierna, me apretó y con la cabeza me hizo la señal de que no.

—¿A Ruth? ¿A ti también, no?

—Sí, sí, ella estará encantada de venir, no lo dudes.

—Vaya, veo que no me respondes a mi última pregunta, ja, ja, ja, en fin, que a todos nos hace ilusión que venga.

Nat que seguía diciéndome que no y veía que no le hacía caso, agarró mis partes íntimas por encima del pantalón con la amenaza de retorcérmelas. Eli me preguntó si le gustaría el *roastbeef* o cambiaba de comida.

—El *roastbeef* los jueves en tu casa es religión, no lo cambies, por Natasha no hay problema, hermanita, ella come de todo. —Cerré mis piernas lo que provocó en mí una pequeña carcajada.

—Pues, entonces, hasta el jueves, cariño.

—*Bye*, Eli.

—¡Pero, bueno! ¿Y esta encerrona? Tú y yo tenemos que hablar más a menudo, ¿eh?

—En eso estoy de acuerdo, sí, tenemos que hablar mucho más, que en las últimas horas hemos hablado poco, ja, ja, ja.

—¿Y te ríes? —En su rostro percibí que fingía hacerse la ofendida y procuraba contenerse la risa.

—Por la cara que pones. Mira el lado bueno, vas a ver a Ruth que le encantas y de paso, nosotros nos veremos más.

Ella se puso la mano en la frente para decir:

—¡Madre mía, que pesado vas a ser! ¿No?

—¡Sí!

—Ayer estuve comiendo contigo en su casa y otra vez el próximo jueves. ¿No es muy pronto?

—¿Pronto, para qué?

—No sé...

Agarré su mentón para que me mirara a los ojos.

—¿Qué problema hay?

Ella movió la cabeza de un lado al otro dándose por vencida, posible e irónicamente,

siendo abogada, se había quedado sin argumentos y la sonrisa cariñosa que ambos habíamos mantenido en todo momento, se transformó en un beso lleno de amor.

—Dime, ¿qué puedo llevar?

—No es necesario que lleves nada, solo tu presencia, Ruth quiere verte.

Allí acurrucados en el sofá viendo la tele, nos quedamos dormidos.

A eso de las siete de la tarde quiso que la llevara a su casa; tenía alguna tarea pendiente que hacer, le pregunté si nos veríamos antes del jueves en casa de mi hermana. El martes le iba a ser imposible, pues después del trabajo, por la tarde tenía que acudir a una reunión en la asociación con la que colaboraba, de manera que quedamos en vernos el miércoles por la tarde.

La despedida en mi coche fue larga, aunque ninguno de los dos decía nada, era evidente que no nos apetecía separarnos, nos despedíamos una y otra vez, encadenábamos un beso a otro; parecíamos dos adolescentes cuando sienten el furor del primer amor, aunque ese no era nuestro caso, pues ya acarreábamos ciertas experiencias, pero era obvio que en esas horas pasadas juntos habíamos acortado de una manera muy considerable nuestros caminos.

El sonido de su móvil nos interrumpió en el último beso.

—¡Morty, que inoportuno eres, ja, ja, ja!

—¡Ay, nena...! ¿Os he cortado el rollo? Dime, ¿era un beso con lengua?

—¿Tú que crees? —soltó una carcajada.

—Chica, ¿no habéis tenido bastante? ¡Sois insaciables, por Dios! Éntralo a tu casa, que ya tenéis una edad, y ya te digo yooo, que el coche es muy incómodo, por muy bonito, *chic* y lujoso que sea.

—Ya veo que de eso tú sabes un rato, jodío. Bueno, ¿me vas a decir cuál es el motivo de tu llamada, o esperas un poco a que entre y me cuentas?

—Es que desde el estudio he visto el coche de tu Romeo y tenía que avisarte de que esta tarde han instalado la alarma en nuestras casas y la perimetral en el jardín, pero ahora la desconecto para que puedas entrar y ya te explico cómo funciona todo.

—De acuerdo, ahora nos vemos.

—Saluda a Random.

—Saludos de Morty. ¿Por dónde íbamos? —me preguntó aproximándose más a mí.

—Pues estábamos en ese momento en que yo te iba a decir...

—¿Qué?

—Que se te va a hacer tarde para esos asuntos que tienes pendientes.

—¡Serás malo! —Me dio un palmotazo en el hombro—. Esos asuntos son hacer una colada, y poner en orden algunos papeles del trabajo. Te iba a invitar a pasar la noche conmigo pero has perdido la oportunidad.

Solté una carcajada al ver la cara que puso de niña enfadada.

—¡Oh, no! ¿Qué puedo hacer para remediarlo?

—Se me ocurren muchas maneras —respondió mientras tomaba con sus manos mi barbilla y me besaba en la boca—, pero por hoy hemos tenido bastante, guapito de cara. Démonos una tregua o no llegaremos a viejos —nos reímos por su ocurrencia.

Se bajó y del coche y desapareció detrás de la puerta de su casa.

Al llegar a mi ático y abrir la puerta se me hizo vacío, la presencia de Nat había llenado tanto mi espacio... Enseguida, Cascabel acudió a recibirme como buscando a alguien más.

—Miauuu —dejó ir en un maullido que me pareció un lamento.

—¡Eh, gatita! ¿A quién buscas? Si es a la señorita del cuadro, siento decirte que no está.

—Miauuu.

—Vamos, que te cambio la arena y te pongo tu comida, que luego tengo trabajo.

Me dediqué a mirar el correo en el portátil para ponerme al día con temas del museo que tenía un poco aparcados. Antes de irme a dormir, escribí un mensaje:

«Hola, Nat. Llevo puesta una camiseta que huele a ti. ¿Sabes? Son de aquellas fragancias que se meten en el olfato y se pegan en la piel, se quedan ahí como si hubieran sido creadas para eso. Que descanses y tengas bonitos sueños, guapita de cara. Ah, por cierto, aparte del incidente en tu casa con aquel energúmeno, hemos compartido unos días maravillosos. ¿Cuándo los repetimos, Cenicienta?»

Le di a enviar y dejé el móvil sobre la mesilla mientras iba a lavarme los dientes. Al volver, vi la luz del móvil parpadeando, señal de que alguien me había escrito. Abrí el mensaje y sonreí al ver que era de Natasha.

«¡Eh, eh! Eso de guapita de cara, es de mi propiedad, señor Romeo, usted me pretende plagiar y no estoy de acuerdo. Tendré que registrarlo como mío para que nadie más me lo robe. Respecto a la susodicha camiseta, creo que a mí me queda mejor, como usted bien dijo, le serviría para sintonizar la emisora de radio, puesta en mí, claro está. Por otro lado, estoy de acuerdo en que, al margen del incidente, hemos compartido unos días inimaginables. Que descanses y nos vemos en los sueños, Romeo».

Tras leerlo no pude evitar que una sonrisa invadiera mi cara nuevamente. Cerré la tapa del móvil y me acosté mirando hacia el lado izquierdo recordando la imagen de Nat pocas horas antes ocupando ese lado de la cama. Sonreí y murmuré:

—Buenas noches, Cenicienta.

A esa misma hora en el distrito de Marylebone, en su casa, Natasha recreaba la misma escena mirando a su derecha:

—Buenas noches, Romeo.

¿Qué vas a hacer con tu vida?

Capítulo Nº 21 - ¿Sera ella? ¡Si, es ella!

Durante los dos días siguientes, Nat y yo no pudimos vernos, sus compromisos laborales y personales se lo impidieron, pero mantuvimos algunas conversaciones telefónicas y a través de SMS. Quedamos en que el jueves pasaría por su trabajo a recogerla y desde allí iríamos a casa de mi hermana a comer.

Como yo me encontraba mejor, tras consultar a Betty, decidí que el jueves me incorporaba de nuevo a mi trabajo, en realidad, estar tantas horas en casa se me hacían eternas.

A media mañana me llamó Eli:

—Hola, hermanito, ¿cómo te encuentras?

—Bien, aunque liado con algún papeleo atrasado.

—No te olvides de que hoy venís a casa a comer.

—Tranquila, Eli, ya lo sabe, no obstante, ahora le enviaré un mensaje para que se acuerde.

—Déjalo, ahora la llamo yo.

—Vaya, cada día soy menos necesario en esta familia —me reí.

—¡Eres muuuy tontooo!

—¡Ala, encima me insultas, ja, ja, ja!

Ella también se rio.

—Randy, te dejo. ¡Muuuaaak! —Escuché un sonoro beso lanzado al universo de las ondas de radiofrecuencia.

Le pedí a Walter si podía salir diez minutos antes para ir a buscar a Natasha, petición que me concedió, no solo por ser mi amigo, sino, porque sabía que en mi trabajo era eficiente y que le dedicaba en muchas ocasiones más horas de las que debía incondicionalmente.

Aparqué el coche en la parte de atrás del edificio de los Reales Tribunales de Justicia, junto al parque Lincoln´s Inn Fields; pagué en el parquímetro y me fui caminando hacia el trabajo de Nat. Noté cómo mi corazón comenzaba a palpitar más rápido al sentirme tan próximo a aquella mujer que parecía estar metiéndose poco a poco, dentro de él. Esperé al pie de la cancela; miré el reloj que había en la fachada, faltaban tres minutos para la una. Enseguida apareció ella acompañada de dos hombres y una mujer con los cuales estuvo conversando. Ahora los latidos habían recobrado su normalidad dando paso a esas mariposas que dicen que se sienten en el estómago. Yo la observaba a escasos metros; veía a una hermosa mujer elegantemente vestida con un traje chaqueta entallado de color burdeos que marcaba su silueta y conjuntado con zapatos negros de tacón que la estilizaban aún más. Complementaba su *look* con un bolso a juego.

Me encontraba tan ensimismado, que no me di cuenta de que aquellas personas con las que hablaba se habían marchado, solo la veía a ella que venía con una gran sonrisa hacia mí.

—¡Hola, Randy! —Se acercó a darme un beso en la mejilla y cuando me iba a dar el otro en la otra, ladeé un poco mi cara para hacer coincidir nuestros labios—. ¡Eh! ¿Y eso? —me preguntó sonriendo.

—¡Hola, Nat! Eso es un pico, ja, ja, ja.

—¡Ya lo sé, canalla!

—A ver, Nat, hemos compartido cama, los besos en la cara son formalismos que a mí,

contigo ya no me valen. —Me crucé de brazos esperando su respuesta.

—Estoy de acuerdo con tu argumento, lo que pasa es que tengo que cuidar mi imagen de mujer dura, ja, ja, ja.

—Ummm... ¡Eso me pone!

—No seas malo, que no tenemos tiempo. Ven, acompáñame, ¿quieres?

—Depende para qué... —Ella puso los ojos en blanco y sonrió, me hizo una señal para que la siguiera—. Será mejor que me cojas de la mano, una vez estuve por aquí y acabé en el hospital.

La estiró para dármela, con cierta ironía me dijo:

—Anda, dame la mano y cuidado con los escalones, abuelo.

—¿Abuelo? —Me quedé parado al pie de las escaleras y fingiendo estar medio enfadado —. ¡Si no tengo ni hijos! Ja, ja, ja, claro, que eso se arregla pronto.

—De eso, ya hablaremos. ¿Me das la mano, cariño?

Esa petición me gustó mucho más, por lo que sonreí y contesté:

—Claro, cielo, pero no me sueltes.

Subimos y entramos al edificio, el guarda de seguridad nos saludó; deposité mis pertenencias en una bandeja y pasé por el arco de seguridad. Natasha me guio por un largo pasillo hasta llegar a una puerta igual a las tantas que habíamos ido dejando atrás. Tocó en ella y pudimos escuchar a alguien decir: «Adelante». Miré a Nat, y le hice un gesto como preguntando a dónde íbamos, ella bajando la palma de su mano hacia abajo, me dijo:

—Tranquilo, quiero que conozcas a alguien.

Abrió la puerta y entramos a un despacho, junto a la ventana y de espaldas a nosotros se encontraba una mujer conversando por el móvil; pudimos escuchar cómo se despedía. Se dio la vuelta y vino hasta nosotros.

—Creo que os conocéis —dijo Natasha—. Alona, te presento a Random Williams. Random, te presento a Alona Collins.

Ambos extendimos nuestras manos para saludarnos.

—Encantado de verla de nuevo, señora Collins.

—Lo mismo digo, Random, pero por favor, llámeme Alona. —Me sonrió—.

—Bueno —intervino Nat dirigiéndose a Alona—, ahora deberíamos marcharnos, nos esperan para comer, pero quería presentarte a mi amigo.

—Pues no os entretengáis más, va marchaos. Yo también me voy para casa ya.

—Salude a su marido de mi parte, hace algunos días que no he ido por el Café 101.

—Lo haré.

Natasha le dio un beso en la mejilla y yo le estreché la mano nuevamente para despedirme. Salimos del edificio y bajando las escaleras observé cómo una sonrisa de oreja a oreja invadía la cara de Nat.

—Ella es alguien especial para ti, ¿no?

—Sí, lo es y necesitaba presentártela. Algún día te contaré porqué es tan especial para mí.

—El día que me lo cuentes, estaré encantado de escucharte.

Instintivamente, le di la mano para guiarle el camino hasta mi coche, ella aceptó sin oponer resistencia. Al llegar fui a abrirle la puerta, pero antes de que entrara, tomé su cara con mi mano y le endosé un beso en los labios, beso que correspondió con la misma pasión que yo le ofrecí.

—¡Mmm...! Echaba de menos esos besos...

—Y yo, desde el momento en que te vi al borde de las escaleras conversando con

aquellas personas, solo deseaba que llegara el instante de poder besarte, se ha prolongado un poco más de lo esperado, pero ha valido la pena. —Puse en marcha el motor del coche—. Y ahora, nos vamos, que tenemos a tres personas esperándonos para comer.

Ella sonrió mientras se abrochaba el cinturón y pusimos rumbo a casa de Eli. Al llegar, no fue necesario tocar el claxon para que nos abrieran las puertas del jardín, al parecer, y según nos dijo mi hermana después, estaban esperándonos ellas dos en él, al escuchar el ruido del motor del coche, Ruth accionó el mando para que las puertas se abrieran. Cruzamos el jardín para aparcar junto al coche de Eli y al de Scott.

—¡Tía Nat! —Vino Ruth corriendo.

—¡Hola, princesa!

Natasha acogió entre sus brazos a mi sobrina para darle un abrazo. Sacó de su bolso un pequeño paquete y se lo entregó. La pequeña rasgó con cuidado el papel para ver el contenido.

—¡Chocolatinas! Gracias, tía Nat.

—De nada, cielo. Ya sabes, para después de comer, ¿eh?

Ella movió la cabecita asintiendo.

—¡Pero bueno! —Me crucé de brazos simulando hacer pucheros—. Visto lo visto, creo que me han destronado, ya no soy el tío enrollado y preferido de esta princesita.

Ella enseguida se bajó de los brazos de Nat para dirigirse a mí con su habitual desparpajo.

—Tío Randy, ahora la tía Natasha es mi tía preferida, y tú, siempre serás mi tío preferido. —Se abrazó a mi cintura—. Como tío, ¡nadie te podrá desbancar! Si te portas bien, te daré una chocolatina, ja, ja, ja.

—¡Ay, si es que tengo que querer a la fuerza a esta pequeña brujita! —Me agaché para cogerla en brazos y comérmela a besos—. No sé cómo te las apañas para desarmarme con tus pequeños argumentos.

Le hice cosquillas y ella reía dichosa.

Elisabeth había saludado a Nat y ahora me saludó con un beso a mí.

—Vamos para dentro que ya está la comida hecha.

—Las damas, primero.

Extendí mi mano cediéndoles el paso y parándome junto a la puerta. Nat entró tras de mi hermana con Ruth cogida de la mano, al pasar junto a mí, le di un ligero azote en el trasero. Ella dio un respingo y volvió su cabeza con los ojos abiertos e incrédula por mi gesto. Scott sin saberlo, me salvó de aquella graciosa situación.

—¡Hola, Natasha! —Se dieron la mano—. ¡Randy! —Nos dimos un abrazo.

—¡Hola, cuñado! ¿Andas por aquí?

—Sí. Hay algunos cambios en la multinacional y me he tomado una semana de vacaciones.

—Eso está bien. Estas señoritas seguro que están encantadas de tenerte en casa.

—¡Sí! —respondieron a la vez, Eli y Ruth, estallando en una carcajada por la coincidencia.

—¡A lavarse las manos todos, que vamos a comer! —ordenó Eli.

—¡Prime! —gritó Ruth iniciando una carrera que yo secundé como teníamos por costumbre cuando comía en su casa, en la que yo gané. Nat nos siguió de manera prudente caminando—. ¡Mami, el tío ha hecho trampa! —se quejaba desde el baño mientras los tres nos lavábamos las manos.

—¡Ya estamos! ¿Queréis no empezar, por favor? —pidió Elisabeth desde la cocina.

—Lo de antes, me lo apunto —me dijo Nat con sonrisa pícara sacándome la lengua en

plan burlón y dándome un toque con su cadera en la mía.

Al volver al salón, Natasha dijo:

—Es verdad, Eli, Random hizo trampa.

—¡Oh, Dios, sois dos contra uno!

Elisabeth movió la cabeza de un lado al otro, puso los ojos en blanco ante nuestras niñerías y poniendo sus manos juntas a modo de plegaria murmuró:

—¡Señor, dame valor para aguantar a estos tres!

Miré a Ruth y me encontré con su mirada traviesa y retadora. Quería rogarle una tregua pero ella no estaba por la labor, se atrevió a poner los pulgares de sus manos en las sienes abriendo sus palmas de arriba a abajo para simular unas orejas en movimiento y me sacó la lengua.

—Mira, Eli, me acaba de sacar la lengua.

—Nat —Eli parecía unirse a nuestras tonterías y me vaciló—, ¿tú lo has visto?

—No.

—Pues ya hemos pillado al tramposo.

Ruth estalló con una gran carcajada que se me asemejó a la de una malvada bruja y yo repliqué:

—¡Gamberras, ahora sois tres contra uno!

Mi hermana nos miró a los dos para decir:

—El próximo que diga algo come en la cocina.

Por un instante se hizo un silencio casi sepulcral.

—Eli, dime dónde está el mantel y voy poniendo la mesa.

—¡Mamá, la tía Nat, ha hablado!

Todos nos miramos y rompimos a reír a carcajadas.

—¡Puuuff! —resopló Elisabeth—. ¡Haced lo que queráis! —Ya se dio por vencida—. Ven, Nat, que te doy el mantel y que estos dos sinvergüenzas te ayuden a poner la mesa.

Apareció Scott con una botella de vino entre las manos.

—¿Qué está pasando por aquí, que hay tanto alboroto?

—Luego te lo cuento, cariño. ¡A comer, familia!

La comida fue muy entretenida, las bromas iban de un lado a otro sin maldad ni importancia. Mi adorada sobrina me pidió como cada jueves, que comía en su casa, que la llevara al colegio, pero hoy estaba especialmente entusiasmada porque tenía el aliciente añadido de que también nos acompañaría Nat.

—Cariño —intervino Scott cuando nos estábamos preparando para marcharnos con Ruth —, no les has comentado lo de este fin de semana.

Eli se llevó la mano a la frente por su olvido.

—¡Ostras, se me fue el santo al cielo! Me ha llamado Betty para proponernos pasar este fin de semana en los Costwolds en la casa que tienen en Bourton on the water.

—¡Síií! —gritó Ruth contenta.

—Nat, tú también estás invitada, me pidió tu número de teléfono para llamarte, pero le dije que como veníais a comer ya te lo diría yo.

—¿Yo? —Natasha se mostró algo sorprendida e incluso dubitativa.

—¿Tienes algún compromiso? —le pregunté—. Si es así, no pasa nada, ya iremos en otra ocasión.

—Morty también está invitado —añadió Eli.

—Ah, bueno, no sé... Le preguntaré a él a ver qué dice...

—Por él no te preocupes, ha dicho que sí —le aclaró mi hermana.

—Vaya —murmuró Nat—, parece que no me puedo negar, ¿no?

—Nos lo pasaremos bien —insistió Eli.

—Es un lugar con mucho encanto, ya lo verás. —Con mi comentario intentaba terminar de convencerla, pero dudaba.

Ruth le agarró la mano tirando de ella para que la mirase, Nat bajó la mirada y la pequeña movió su cabecita afirmativamente para que accediera.

—Bueno, aquí mi secretaria, me está insistiendo en que acepte.

—¡Yujuuu! —gritó Ruth.

Sonreí encantado, si Nat no hubiera podido ir, yo no hubiera ido, pero pasar un fin de semana en aquel lugar era un plan improvisado que me atraía bastante.

—Pues entonces, no hay nada más que hablar —sentenció Elisabeth—. A las diez y media de la mañana quedamos en casa de Walter y Betty. Tenemos poco más de dos horas de camino.

—¿Qué llevamos? —preguntó Nat.

—Nada, cielo —respondió Elisabeth—. Sábado y domingo comeremos en algún restaurante del pueblo, para cenar el sábado compraremos algo en alguna de las tiendas del lugar.

—De acuerdo, Eli, pues nos vemos el sábado en casa de Betty. Miraré de dejar a Franky en una guardería, no lo puedo dejar tanto tiempo solo.

—Lo puedes traer con nosotros, tía Nat.

—Cariño, no es nuestra casa, eso lo tenemos que consultar con Betty —le expuso su madre.

—No, Eli, no hace falta, no quiero causar molestias, además, en algunas ocasiones que he tenido que viajar y Morty no estaba en casa ya lo he dejado.

—Lo podemos dejar en mi casa con Cascabel, le puedo pedir a Zuleima que venga a darles una vuelta, pagándole, ¿eh? —le aclaré a Nat, que me miró con cara de circunstancias.

—¡Sí, y así se pueden hacer novios! —gritó Ruth con los ojos abiertos como platos.

—Eli, no le dejes ver a esta niña el canal ese de telenovelas romanticonas, que empareja a todo ser viviente —nos reímos—. Chicas, deberíamos de irnos, que esta princesita va a llegar tarde a la escuela.

Mi hermana se despidió de los tres con un cariñoso beso y dándole el aviso a Ruth de que se portara bien por el camino.

Normalmente, cuando llevaba a Ruth, nos despedíamos con un beso y entraba ella sola al edificio, pero esta vez, nos pidió que la cogiéramos cada uno de la mano para acompañarla a la entrada. Parecíamos un matrimonio que lleva a su pequeña a la escuela; parecíamos una familia.

—¿Me hacéis volar?

Nat me miró y le hice señas de cómo hacerlo.

—Vamos —le indiqué—, a la una, a las dos..., ¡y a las tres!

Los dos tomamos impulso de atrás hacia delante y la lanzamos por el aire de delante para atrás.

—¡Otra vez!

Hubo una tercera.

—Venga, señorita —insistí—, que tus amigas ya están en la fila a punto de entrar.

—Vaaale. —Miró a Nat y le preguntó—: ¿Me das un beso?

—Claro, cielo.

Ahora se dirigió a mí:

—¿Nos damos un abrazo de oso?

Sonreí para responderle:

—Vale, pero después te vas para adentro, ¿eh? Que tu fila ya está entrando y aún llegarás tarde.

Nat y yo nos agachamos para estar a su altura y nos fundimos en un abrazo colectivo. Ruth salió corriendo y gritó:

—¡Adiós, tíos!

Ambos sonreímos por la reacción de Ruth, nos dimos la vuelta para dirigirnos al coche cuando me di cuenta de que unos metros antes, se hallaban las vecinas cotillas de Eli que siempre cuchicheaban a mis espaldas, así que pensé: «Hoy vais a despotricar con razón, ¡cacatúas!» Una sonrisa malvada se apoderó de mi rostro; tomé sutilmente la mano de Natasha, ella, inocentemente, se agarró y dejó caer su cabeza sobre mi hombro. Avanzamos unos pasos, al llegar a la altura de las vecinas me paré y besé a Nat, que sorprendida por mi fogosidad, me correspondió con la misma efusividad.

Al separarnos, pude ver a aquellas mujeres asombradas, por lo que me vine arriba y les dije:

—¿Qué, no han visto nunca a nadie darse un beso? Ella es la madre de mis tres hijos. —Las dos nos miraban absortas como si se hubieran quedado petrificadas—. Creo que sería beneficioso para ustedes cerrar la boca y respirar, están tomando cierto color azulado. Buenas tardes, señoras.

No obtuve respuesta por parte de ellas, no reaccionaban. Tiré de la mano de Nat y nos fuimos al coche, ella también estaba perpleja.

—¿A qué ha venido eso? —Sostuve la puerta para que ella entrara, desde el interior me observaba atónita mientras cerraba su puerta y rodeaba el vehículo para ocupar mi asiento—. ¿Cómo que soy la madre de tus tres hijos? ¿Y esa grosería? —Solté una carcajada—. ¿Y te ríes?

—Si me dejas de bombardear con ese interrogatorio te respondo a cada una de tus preguntas.

—Pues estás tardando, Random Williams. —Se cruzó de brazos dispuesta a escucharme.

Una alarma imaginaria comenzó a sonar insistentemente en mi cerebro. «¡Aaagh! Me acaba de llamar como mi hermana cuando algún asunto se pone serio». Dejé mis pensamientos de lado debía explicarle rápidamente el porqué de mis actos.

—En primer lugar, el beso ha sido para callar a esas dos cacatúas que son vecinas de Eli. Cuando dejan a sus «polluelos» en la escuela, se paran en la esquina para dedicarse a despotricar de todo ser humano que pase ante sus narices.

—¿Y? —Los labios de Nat formaban una línea recta, por un instante, me pareció tener ante mí a un oficial de las Fuerzas Armadas de la Federación Rusa. Estando así tan seria también tenía su encanto—. ¡Estoy esperando! —Su insistencia me sacó de mis pensamientos que comenzaban a desvariar.

—¡Ja, ja, ja! ¿Estás enfadada?

—¿Yo?

—Sí, tú.

—Pues no, tú aún no me has conocido enfadada, Random. Pero no te vayas por las ramas y responde.

—¿Cuál era la pregunta? —Los labios de Nat se tensaron aún más—. Ah, ya la recuerdo.

—Espera, que te refresco la memoria: el beso para callar a esas señoras.

—¿Señoras? —Los ojos de Nat parecían querer echar fuego—. Bueeeno, sí..., señoras. El

beso, en primer lugar, te lo di porque me apetecía besarte ya que llevaba mucho rato sin hacerlo y como Ruth ya había entrado a la escuela, pues pensé que era el momento oportuno para hacerlo.

—¿Y qué tiene que ver que Ruth ya no estuviera?

—Para que no sienta celos, ni se sienta desplazada, y esas cosas, Nat.

—¿Me utilizaste endosándome un beso para restregárselo por las narices a las vecinas de Eli?

—Sí. ¡No! Quiero decir que sí, que fue para restregárselo, y no, que no te utilicé. A ver cómo te lo explico para que me entiendas, y con esto no quiero decir que seas corta, que no lo eres.

Ella se cruzó de brazos nuevamente.

—Al grano, Random. Dispara.

—Que no te puedes sentir utilizada, pues jamás le haría eso a nadie, para un beneficio mío. Ese beso lo deseaba desde hacía rato, tanto, como tú, por tu respuesta lo sé. Y el hecho de hacerlo ante esas mujeres es porque siempre andan cuchicheando a mis espaldas cuando me ven, las he oído en alguna ocasión compadecerse de mí por estar soltero, con un buen trabajo y ser un partidazo según ellas. ¿Tú también te compadeces de mí?

La tensión de la cara de Nat parecía haber disminuido considerablemente por lo que aproveché la situación para acercarme un poco más y volver a besarla. La miraba a los ojos fijamente, bajé la mirada a sus labios, ella aprovechó para humedecerlos un poco con la punta de su lengua, aproximé más mi cuerpo...

—Espera —«¡Dios! Se acaba de esfumar el momento romántico que flotaba en el reducido ambiente dentro del auto» pensé para mis adentros—. ¿Cómo que soy la madre de tus hijos?

—Ahí me ha fallado el subconsciente. Tenía que haber dicho que podías ser la madre de mis futuros hijos.

—¿Qué te hace pensar que quiera tres?

—Bueno, si quieres cuatro, podemos negociarlo, ¿no?

El tono de voz de Nat había bajado un poco volviéndose algo más relajada.

—Ja, ja, ja, eres incorregible.

—¿Tienes alguna idea para como dice mi hermana: «Meterme en vereda»?

—Alguna se me ocurre, pero no te la cuento, no estamos en un lugar adecuado.

—¡Mmm...! No me digas que te vistes de cuero con látigo incluido como si de una domadora se tratara. Te advierto que soy muy sensible y que según para qué cosas no estoy preparado... —Nat soltó una carcajada a la que me uní—. Y en lo de que no estamos en un lugar apropiado, no estoy de acuerdo, ya tuvimos un momento de alto voltaje en un coche, claro, que, la situación y las circunstancias no eran las mismas, pero no me importaría repetir. —Moví las cejas un par de veces—. ¿Desea la dama que le resuelva alguna cuestión más?

—Bueno, más que resolver, te debería dar un tirón de orejas por la grosería que les has dicho.

—Más bien era una recomendación. ¡Si se estaban poniendo azules de verdad!

—Anda, vamos, que aún están ahí cuchicheando y mientras estemos aquí les estamos dando para hablar.

—¡Que les den!

—Por cierto, Randy...

—Dime.

—¿Has atado bien el cinturón de sus sillitas a los niños? ¡Ja, ja, ja!

—Sí, cariño, se están portando fenomenal, han salido a su madre —nos reímos nuevamente—. ¿Tienes prisa, Nat?

—Por ahora, no, pero a las siete tengo que acudir a un evento. ¿Recuerdas el día de la manifestación? —Asentí con la cabeza—. Han organizado una cena en el hotel Hilton London Metropole para algo más de un centenar de mujeres. Puedes venir si quieres.

—Mmm..., yo entre tanta mujer... ¡Qué maravilla!

Me dio un toque con la palma de su mano en mi hombro.

—¡Eh, no te emociones! A ver si te voy a tener que cortar la coleta antes de tener el primer niño.

—Tranquila, mejor me quedo en casa, si acudo corro el riesgo de que me conviertas en eunuco, además, tengo que preparar mi próximo viaje a Rusia, para el mes que viene.

—¡Ostras, yo también! Aunque en esta ocasión no es un viaje de placer.

—¿De trabajo?

—No. Intervienen a mi abuela, le tienen que poner un *stent*[34] en una arteria que tiene obstruida.

—Vaya...

—Le propuse que se viniera aquí a Londres, que le pagaba la operación y así podría recuperarse en mi casa, pero es muy cabezona y no ha querido, es feliz en su aldea, no hay manera de arrancarla de allí. Dice que es fuerte y que un muellecito de nada no le va a hacer cambiar sus rutinas, y menos aún, las mías.

—Haces bien en estar con ella en esos momentos, aunque tenga una salud de hierro entrar a un quirófano tiene sus riesgos, pero ya verás como todo va genial.

—¡Sí, eso espero! —Cruzó sus dedos.

—Y hablando del viaje, ¡qué pena que tengas que estar en el hospital! Te habría pedido que fueras mi guía particular y me enseñaras tu tierra.

—Puedo enseñarte lo que quieras, tú pide por esa boquita... —Su voz sensual me invitaba a dejar volar la imaginación, me guiñó un ojo y me preguntó—: ¿Dónde vamos?

—Pues ahora mismo daría la vuelta y te llevaría a un lugar donde hay un piano y vive una gata llamada Cascabel, pero tengo que recoger unos documentos en el museo para revisarlos en casa más tarde, con la premura de ir a recogerte esta mañana me los he olvidado. Vas a conocer dónde trabajo y quizás veamos a mi jefe, Walter.

—A donde me lleves, estaré encantada de seguirte...

Llegamos al Museo Británico y aparqué por la zona de atrás. Me colgué mi bandolera y extendí mi mano para que Nat la cogiera.

—Es para que no te me pierdas, señorita. —Al mirarla, observé que me pasaba algunos centímetros de altura producto de los estilizados tacones de sus zapatos—. Por efecto de la edad parece ser que estoy menguando, me veo más bajo que tú.

—Tranquilo, cariño, ¿no sabes que eso en la cama no se nota?

—A decir verdad, no me había fijado. Tenemos que comprobarlo.

Le lancé un guiño y una sonrisa seductora. Imagino el efecto que le tuvo que producir, porque un ligero rubor asomó a sus mejillas.

Entramos por la puerta de mercancías; saludamos al guarda de seguridad y nos adentramos por el pasillo que derivaba en diversos almacenes en los que había cientos de cajas y objetos apilados en estanterías. A nuestro paso, nos saludaron varios operarios a los que ambos correspondíamos con un «Buenas tardes» y con toda persona con quien nos cruzábamos. En

general, tenía buena sintonía con todos y cada uno de ellos, a los que siempre he considerado compañeros, sin distinciones y aunque no tengamos demasiada relación debido a pertenecer a distintos departamentos.

—¡Guauuu!

—Estás viendo las entrañas de un museo, algo que la gran mayoría de visitantes desconoce.

—Nunca había entrado a un lugar como este —su mirada se dispersaba por todos lados admirada y yo tiraba de su mano para que no se detuviera—. Me llevas loca, ¿eh?

—Tenemos prisa, no sé si cargarte a mi hombro y llevarte como un saco de patatas.

—¿Qué? No te atreves...

—No me pongas a prueba que puedes llevarte una sorpresa.

—¡Ja! —Se soltó de mi mano y se paró en seco—. No has comido lo suficiente en casa de tu hermana para levantar este cuerpo de metro setenta y cuatro centímetros.

Me reí por su espontaneidad y su reto, así que no me lo pensé dos veces e hice el ademán de agacharme para cogerla, ella dio un paso atrás y gritó:

—¡Socorro! ¡Me quiere raptar, llamen a su jefe, a Walter!

Por suerte, no había nadie en ese momento que nos escuchara, aunque su grito retumbó por todo el pasillo y yo desistí de mi idea.

—¡Shhh! ¡Vas a hacer que salten las alarmas y vengan los guardas de seguridad! —Su repuesta fue sacarme la lengua sintiéndose vencedora—. Te voy a tener que dar unos azotitos en mi despacho...

—¡Mmm...! —dejó ir de sus labios—. Eso me gusta más...

—¡No tenemos remedio! Creo que acabamos de despertar al monstruo sexual de esta pareja.

Nos reímos los dos.

—¿Hay algún problema, Randy?

Mi cabeza ya comenzaba a desvariar, desvirtuando en mi cerebro el motivo por el cual nos encontrábamos allí.

—En mi despacho hay un sofá...

—Entonces, ¿qué hacemos aquí?

Sacudí mi cabeza para que el raciocinio volviera a mí.

—No sé si ponerte en una vitrina de estas —señalé a una que había a nuestra izquierda—, para que nadie te pueda hacer daño.

—Pero no te olvides de traerme comida, ¿eh?

Tiré de su mano y subimos por las escaleras a la planta de oficinas para llegar al despacho de Walter.

—Espera aquí un momento, por favor, que le daremos una sorpresa. —Toqué con los nudillos en la puerta y la abrí—. ¿Se puede?

—Adelante, Randy. ¿Qué haces aquí?

—Con las prisas de este mediodía me he dejado el dossier de Rusia. Quiero revisarlo en casa y tomar algunos apuntes, así que antes de marcharme para mi morada hemos aprovechado para pasar a recogerlos.

—¿Hemos? ¿Quiénes? —preguntó Walter mirando hacia la puerta.

—Adelante, señorita. —Extendí mi mano invitándola a pasar.

—¡Ostras, Natasha, esta visita sí que no me la esperaba!

—Hola, Walter. —Él alargó su mano para estrechársela, pero ella le saludó con dos besos

—. Ya ves, aquí tu amigo nos anda sorprendiendo a todos.

—Sí, sí, ya veo, aunque para sorpresas, las de este fin de semana —se calló de golpe.

Me acerqué a mi amigo para pasarle el brazo por el hombro.

—¿Nos puedes adelantar algo, Walter?

—¿Eh? ¿Yo? —Se quedó algo dubitativo para salir inmediatamente al paso—: ¡Ah, bueno! Me refería a que este fin de semana lo vamos a pasar genial en los Costwolds. Hace tiempo que no vamos por nuestra casa de campo y será un placer disfrutarlo con nuestros amigos. Natasha, ¿vendrás, no? Morty ha dicho que sí.

—Está visto que ya está decidido, ja, ja, ja. Bueno, en realidad, me apetece mucho acompañaros.

—¡Bien! Por cierto, no sé si has visitado alguna vez el museo.

—Sí, Walter, aunque seguro que no lo he visto todo y hay lugares que me quedan por descubrir a paso lento, tu amigo me ha llevado a rastras por los pasillos.

Walter me escudriñó con la mirada preguntándose por qué y yo moví la cabeza como quitándole importancia.

—Ya le vale, pues ya está tardando este sinvergüenza. Random, enséñale a nuestra invitada la nueva sala, aunque aún no está expuesta al público. Va que te lo ordena tu jefe, ja, ja, ja.

—Otro día con más tiempo, ahora he de recoger los documentos.

—Mira, lo haremos mejor, yo acompaño a Natasha a la sala anexa nueva, allí está Mortimer con sus cuadros, mientras tú vas a por los papeles.

—Es que quería enseñarle mi despacho.

—¡Bah, si es como este! Vamos, Natasha.

Ella me miró resignada y yo encogí mis hombros, no solo quería enseñarle mi lugar de trabajo, quería mostrarle lo cómodo que era el *chester* situado a un lado del habitáculo y debajo de la ventana. «No pasa nada, habrá más días y quizá más ocasiones». Sonreí ante mi pensamiento.

Natasha y Walter llegaron hasta donde se encontraba Morty, él estaba de espaldas a ellos desembalando un cuadro y asesorando a un operario dónde podía quedar mejor situado. Ella le hizo un gesto a Walter para que no dijera nada, se acercó sigilosamente hasta su amigo, le tocó en el hombro.

—¡Uiiisss, qué susto, jod...! —Se dio la vuelta—. Pero ¿tú que haces aquí, nena? ¡Vaya susto me has dado, creía que nos había visitado a este muchacho y a mí el espíritu de alguna momia! ¡Ya te vale, hija! La última persona que pensaba que me podía encontrar aquí eras tú, Nat —le explicaba mientras le daba dos besos—, aunque a decir verdad, últimamente no te encuentro mucho, ¿eh?

Natasha dibujó una línea recta con sus labios ante el último comentario de su amigo.

—Anda, cierra la boca un poco y descansa esa lengua, cotilla —se rieron—. He venido con Randy a por unos documentos.

En ese preciso momento se unía Random a ellos en la sala y observaba la pared en la que ya colgaba uno de los cuadros de Mortimer.

—Walter me dio permiso para esto, ¿eh? —se excusó Morty dirigiéndose a mí.

No pude evitar sonreír, ante su comentario.

—Estás en tu casa.

Walter cerró los ojos y asintió con su cabeza reafirmando así, mis palabras. Mortimer, al escucharlas de mí, se me abalanzó para decir:

—¡Aiiinsss, que te como la boquita, guapo!

—¡Eh! —le interrumpió, Nat —. ¡De eso nada, que me lo gastas!

—¡Ay, cómo eres, nena, podrías compartirlo!

Arrancamos a reír los cuatro a carcajadas, incluso el operario que se hallaba a un par de metros de nosotros tomando medidas en la pared.

Natasha me comentó que hacía como diez años que no había visitado el museo por lo que su curiosidad fue en aumento encontrándose allí, más aún, estando acompañada por alguien como yo que conocía casi todos los entresijos de las adquisiciones de los artículos expuestos, y como mi trabajo es mi pasión, le ofrecí un recorrido guiado por algunas de las salas; evidentemente, por la magnitud del edificio y de la extensión de las exposiciones solo le pudimos dedicar unas dos horas. Quedó pendiente para una ocasión futura volver a visitar el museo sin prisas y de una forma más extensa.

Eran poco más de las seis de la tarde cuando aparcaba frente a la casa de Nat.

—Si quieres, te espero y te llevo al restaurante —miré mi reloj—, no te queda mucho tiempo.

—Pues si no es molestia, me harías un gran favor, me doy una ducha rápida, me visto y salimos pitando.

—Sus deseos son órdenes, señorita.

Entramos a la casa, ella desconectó la alarma e iba encendiendo luces a su paso, Franky apareció para recibirnos con un maullido.

—Hola, gatito —le saludó su dueña—. Randy, cielo, ¿puedes ponerle comida y agua a Franky?

—Por supuesto, ¿dónde están sus cosas?

—En la cocina, en el armario bajo, junto al frigorífico.

Ella se fue rápidamente para su dormitorio y yo me dispuse a rellenar los recipientes del felino, me observaba atentamente desde la puerta de la cocina, y creo que, con cierto escepticismo. Lo dejé allí comiendo y me fui para el salón.

—¡Solucionado, Franky ya tiene su comida! —dije alzando la voz para que me escuchara Natasha desde donde se encontrara.

—¡Gracias, cariño! —Nat asomó la cabeza por el quicio de la puerta—. Si te apetece tomar algo, sírvete lo que quieras, estás en tu casa.

Fui a la nevera y cogí una tónica, me la serví en un vaso y me fui hacia el salón, me senté en el sofá y ojeé una revista que había encima de la mesa de centro. Franky al verme allí sentado, se acercó cautelosamente, se subió al sofá y se enroscó en el rincón. Estiré mi mano para que la oliera y darle confianza, él se levantó despacio, lanzó un breve y casi imperceptible maullido y se acurrucó junto a mí.

—Buen gatito. —Acaricié su lomo, esto provocó que se relajara—. ¿Ves? No tienes nada que temer, soy inofensivo. ¿Sabes? Creo que Cascabel te gustaría, creo que, haríais una bonita pareja gatuna.

Sonreí por mi ocurrencia. En mi monólogo con el felino, no aprecié que Natasha nos estaba observando desde la puerta.

—Veo que estás haciendo de celestino, ja, ja, ja.

—Vaya, ¿nos estás espiando en nuestra conversación gatuna?

—Solo un poquito. —Entró al salón y vino a dar un trago del vaso que mantenía en mi mano, ella estaba tapada con un albornoz blanco y una toalla envolvía su cabello, con ese atuendo estaba realmente guapa—. Voy a vestirme.

—Si no tuvieras prisa, no dejaría que te vistieras... —le insinué con voz sensual.

Ella copió mi tono de voz para decir:

—No me provoques, que aún tenemos tiempo de un «aquí te pillo aquí te mato» en el sofá.

—No serás capaz...

—¿Qué no?

Se quitó la toalla del pelo y sacudió su media melena húmeda, pasó su lengua por la comisura de sus labios, quitó la lazada del albornoz para dejarlo caer a sus pies. Contemplé su bello cuerpo desnudo y el mío respondió al instante revolucionando mis hormonas. Se arrodilló frente a mí para desabrochar el cinturón y el pantalón. Elevé un poco mi cuerpo y ella tiró de mis pantalones. Introdujo su mano en el bóxer para tocar mis partes íntimas, agarró mi sexo, con sus caricias logró rápidamente una gran erección. Se puso de pie y se sentó sobre mis piernas, mis manos acariciaron sus pechos turgentes, bajé una hasta su vulva para acariciarla mientras nuestras bocas se buscaban deseosas. No podíamos explayarnos en nuestro juego sexual, ella marcaba los tiempos y yo me limitaba a seguirla. Elevó un poco su cuerpo y se sentó sobre mi miembro. Inició así un baile de movimientos en el que nuestros cuerpos se sincronizaron para alcanzar juntos el clímax.

Acto seguido y con la respiración todavía agitada, ella se fue rápidamente a asearse y mientras se vestía, yo hice lo propio en el baño. Tras secarse el pelo y maquillarse, salimos a toda prisa de la casa, el hotel no quedaba muy lejos, a casi dos millas.

—Tenemos cinco minutos para llegar.

—No corras, si llego un poco más tarde no pasa nada, no vayamos a tener un accidente.

—Tranquila, no permitiré que eso ocurra. He de decirte que has sido una chica mala.

—Ja, ja, ja. ¿No me dirás que no te ha gustado ese «pim, pam, vamos que nos vamos», no?

—No me ha gustado, me ha encantado. Aunque ahora me gustaría estar reposando abrazado junto a ti y dejar que pasaran las horas sin importarnos el tiempo.

—Mmm..., no me digas eso que me vuelvo...

—Nada de eso, señorita Ivanova, eres una mujer responsable que se debe a sus principios, así que disfruta de la cena, de tus amistades y brilla con luz propia.

—Eres, un cielo, todavía estás a tiempo de venirte.

—No. Es tu noche y yo tengo tareas que resolver, aunque pensándolo bien podría ir como tu guardaespaldas particular. Por cierto, no te he dicho que ese vestido negro ajustado te sienta de maravilla.

—Gracias, es la segunda vez que me lo pongo.

—¿Quieres que venga a buscarte luego para llevarte a casa?

—No te preocupes, amor, no sé a qué hora acabaremos, seguramente me vuelva con alguna conocida o pida un taxi.

Llegamos al lugar y me bajé para despedirme de ella.

—Mañana hablamos o nos vemos y recuerda que el sábado nos vamos a casa de Walter y Betty a los Costwolds.

—Sí, cariño.

Nos dimos tres besos en los labios, se notaba que ninguno de los dos queríamos separarnos.

—Va, que a pesar de llegar a tiempo vas a entrar tarde. Nos vemos en los sueños, Cenicienta.

Nos dimos otro beso final, ella aprovechó para darme un suave pellizco en el trasero y yo le di un pequeño palmotazo en el suyo.

—*Bye!* —fue su despedida.

Se dio media vuelta y yo me quedé observándola apoyado en el capó de mi Chrysler mientras ella contorneaba sus caderas segura de sí misma, hasta que se perdió tras la puerta del hotel.

Me subí al coche, me estaba acomodando cuando recibí una llamada de Natasha.

—¿Ocurre algo, Nat?

—Hola, vida.

—¿Vida? Vida, cielo... Aclárate, cariño. ¿Lo próximo qué será, amor?

Escuché su risa y se hizo un breve silencio hasta que ella murmuró:

—Amor, no te olvides, ¿eh?

—¿De qué?

—De que nos vemos en los sueños, Romeo.

Sonreí.

—¿Lado derecho o izquierdo?

—Si te vienes al lado izquierdo, allí me encontrarás.

—*OK.*

—Randy...

—Dime.

—¿Puedes tomar nota de unas letras para que no se nos olviden?

—Claro, todavía estoy detenido en el auto. Va, dime que apunto.

—Escribe en mayúsculas, ¿eh?

—Vale, pero arranca, ya.

—Ya voyyy. Una T, una E, una Q, una U, una I, una E, una R y una O, ya está, Romeo.

—¿Qué hago con esto, te lo paso por SMS?

—Uy, cariño, no sé si te lo he dictado bien, recuérdame lo que te he dicho, no sea que me haya equivocado, por favor.

Fui nombrando cada una de las letras.

—¿Está bien, Nat?

—¡Oh, gracias, vida! Ja, ja, ja. ¡Qué bonito lo que me acabas de decir! Me has dicho TE QUIERO.

—¡Ostras! —No me había percatado de lo que había escrito—. Me la acabas de colar, ¿eh?

Soltó una carcajada.

—¿Yooo? Has sido tú solito.

—¡Ja, ja, ja, ya te vale, petarda! Si querías que te lo dijera, has estado muy acertada, Cenicienta. ¿Sabes una cosa?

—Dime, Romeo.

—Ojalá te hubiera conocido antes, señorita, me hubiera encantado ser en nuestra juventud aquel príncipe azul del que hablábamos en la primera cita.

—Randy, ese príncipe azul no te llegaría ni a la suela de los zapatos —nos reímos—. Hablamos, cielo, que me están reclamando por aquí.

Colgamos y me dispuse a arrancar el motor del coche cuando de nuevo volvió a sonar el móvil, se me escapó una sonrisa al pensar que era otra vez Nat.

—Hola, hermanito, ¿qué haces?

—En estos momentos voy en el coche para casa, Eli. ¿Y la princesa?

—Está con Scott en la cocina, hoy preparan ellos la cena.

—¡Uy, qué peligro! ¡Pero si mi cuñado no sabe cocinar! ¿Tú te fías de esos dos? ¡Ja, ja, ja!

—Bueno, preparar unos sándwiches tampoco tiene mucho misterio, ¿no?

—Pues no, pero yo de ti tendría un plan B por si acaso —nos reímos—. Gracias, Eli.

—¿Por?

—Por todo, tú ya me entiendes.

—No me tienes que dar las gracias por nada. Sabes que nuestra felicidad depende de la tuya, si tú estás tranquilo y bien, nosotros también lo estamos. Como veo que no me dices nada de Natasha, me adelanto yo para hacerte saber que nos gusta, y que si ella es la mujer que en este momento te acompaña por el camino de la vida, por nuestra parte, no hay nada más que decir. ¿Te vale eso?

Esbocé una sonrisa.

—¿Sabes, Eli?

—Dime.

—Es ella, estoy seguro de que es ella, mi corazón da latidos que hasta ahora parecían estar dormidos, me gusta estar a su lado, el tiempo que pasamos juntos se me pasa volando y percibo por su actitud, que ella también está a gusto conmigo.

—Entonces, ¿qué problema hay, Randy?

—Ninguno.

—Pues a por ella, hermanito, tienes la aprobación de todos, incluso de tu princesa.

—Gracias, hermanita, te tengo que dejar que estoy llegando a casa.

—Te quiero, Randy.

—Ídem, Eli. *Bye!*

Durante la mañana del día siguiente desde mi despacho le mandé a Nat un mensaje interesándome en cómo había ido la cena la noche anterior, no me explicó mucho, pues tenía una mañana de aquellas estresantes, de manera que quedamos después de nuestra jornada laboral para comer juntos. Durante la comida, en un restaurante cercano a su trabajo, le propuse que se viniera a mi casa a pasar la noche, así al día siguiente podíamos salir desde allí para ir a la casa de mi hermana y poner rumbo a los Costwolds.

—Me parece una propuesta atractiva, pero ¿cómo lo hacemos?

—Como quieras —moví mis cejas insinuándome picarescamente—, si prefieres tú arriba y yo abajo, o de lado, o contra la pared...

—Ja, ja, ja, no me refería a eso, quería decir, ¿qué hacemos con Morty?

—¡Qué feo, Nat! ¿Te quieres deshacer de él? Si tengo que ayudarte, que parezca un accidente.

—¡Ja, ja, ja, mira que eres burro! —Me dio un toque con la palma de su mano en mi hombro—. Me refiero a que si me voy a tu casa, por la mañana tendremos que volver a la suya a recogerlo.

—Bueno, pues que se venga también, pero que duerma en la habitación de invitados, que tres en la cama son multitud, ja, ja, ja.

Nat no podía contener las carcajadas mientras comía el postre y yo me reía dichoso de verla tan risueña y relajada.

—¡No puedo contigo! Espera, que lo llamo y decidimos qué hacemos. —Sacó su móvil del bolso e hizo la llamada—. Hola, Morty, cariño.

—Hola, guapita de cara. ¿Dónde andas? He estado a punto de llamar a la Interpol para que me pasen un informe de ti, jodía.

—Es que anoche llegué tarde y hoy he estado muy liada en el trabajo, ahora estoy acabando de comer con Random y estamos planificando lo de mañana.

—¡Ay, neeenaaa! Yo tenía que hablar contigo, no voy a poder ir a la cas...

—¡¿Qué?! —le interrumpió—. ¡No me digas que dijiste que sí sin consultármelo y ahora te rajas como una sandía!

—Espera, churri. Quería decirte que no voy a poder ir a la hora en la que habíamos quedado, pero que de ir, voy, lo que pasa es que he quedado para desayunar con el secretario del director de la Candem Arts Centre, me ha citado para mañana y no me puedo negar.

—¿Para desayunar después de, o antes de?

—¡Alaaa, nenaaa, qué mente más sucia tienesss, ja, ja, ja!

—Pues se me habrá pegado de ti, loco.

—Anda ya. Me ha citado porque estoy negociando con él para exponer algunas de mis obras, y para tu información, te diré que está buenorro, que está casado y además tiene hijos.

—No sé si eso último es algo relevante y concluyente.

—¡Ya ha salido doña abogada, ja, ja, ja! Bueno, nena, lo que quería decirte es que en cuanto termine las negociaciones cojo mi «bala plateada» y me reúno con todos vosotros, ahora llamaré a Betty para que me dé la dirección.

—De acuerdo, Morty, en un rato pasaré por casa a coger mis cosas y a Franky, que Random me ha invitado a pasar la noche en su casa y así mañana salimos desde allí.

—Pórtate bien, guapa, que de tanto «pim pam» lo vas a dejar tísicooo, busca un término medio jodía, que me lo vas a asustar.

—¿Tú crees?

—Claro, Nat, dale espacio, dale caña pero hazte la dura, que si está contigo es porque lo desee, no porque seas un capricho para él.

—Ay, no sé...

—Bueno, nena, te dejo que tengo que salir.

Después de tomarnos el café nos dirigimos a casa de Nat, a por sus cosas, ella al llegar abrió el buzón por si había correo, entre varios sobres se encontró un papel doblado, lo desplegó y se quedó en silencio.

—¿Qué ocurre? —le pregunté al ver su cara reflexiva.

—No sé... ¡Qué extraño! No sé quién ha escrito esto.

Me enseñó la nota donde solo figuraba un número de móvil y una orden: «Llámame».

—¿Conoces la letra?

—No, aunque tampoco sé si va dirigida a mí o a Morty, ya se lo preguntaré.

Entramos y Nat dejó sobre la mesa del salón los sobres y la nota, no le dio la suficiente importancia, pues de lo que se trataba ahora, era de preparar su ropa para el fin de semana y las cosas de Franky.

Cuando llegamos a casa, Cascabel se acercó a la puerta como de costumbre lanzando su maullido como saludo, debió de percibir la presencia de otro congénere, pues siguió a Natasha olisqueando curiosa el transportín. Ella lo dejó en el suelo y abrió la puerta, Franky no salía a pesar de animarlo Nat, se sentía extraño, eran muchas novedades juntas de golpe para él. Cascabel lo observaba con cierta prudencia y recelo.

—No lo forzaré, ya saldrá él cuando se sienta más tranquilo.

—Estás en tu casa, Nat, yo voy a preparar mi equipaje.

Esa noche preparamos la cena juntos, vimos una película abrazados en el sofá y luego, en la cama, entregamos nuestros cuerpos y nuestras almas al desenfreno, a la pasión y a la lujuria para amamos sin medida.

En la madrugada, Natasha abrió los ojos, se dio cuenta de que Randy la tenía abrazada, respiró profundamente y se dijo a sí misma: «Es real». Sonrió y apretó su cuerpo contra el de él. Random suspiró dormido y ella se volvió a dormir con el pensamiento de que no le importaría quedarse así toda la vida.

¿Qué vas a hacer con tu vida?

Capítulo Nº 22 - Fin de semana para recordar

Y llegó el sábado, a las diez y media estábamos como un clavo en la puerta de la casa de Walter y Betty, algo más tranquilos, pues Franky, mientras veíamos la tele la noche anterior, se atrevió a salir de su cobijo y estuvo husmeando por la casa seguido de Cascabel. Le dejé encargado a Zuleima que pasara por casa a media tarde y el domingo a mediodía para que comprobara que todo estuviera en orden.

Estaba cerrando el contacto del motor cuando aparecieron Scott, Eli y Ruth. Nos saludamos y enseguida salieron Walter y Betty, tras compartir saludos y besos entre todos, Ruth pidió venirse en nuestro coche, Scott era un poco reticente, pero la pequeña sabía cómo manejarnos a todos con sus deseos.

Los tres coches pusimos rumbo a nuestro destino tomando la autopista, esta ruta ya la conocíamos Ruth y yo, ya habíamos pasado allí algunos fines de semana en varias ocasiones.

Le conté a Nat que Walter y Betty hacía unos diez años que habían comprado la casa en Bourton on the water, una villa en donde habían vivido los abuelos de Walter; habían tenido una granja de ovejas de cuyo negocio lanar habían vivido y donde sus padres y hermano acudían a menudo cuando eran pequeños, por lo que tenía unos bonitos recuerdos de su infancia, de manera que compraron una casa casi derruida a las afueras, durante un par de años se dedicaron a restaurar y acomodar hasta dejarla como se encontraba ahora. Natasha escuchaba con interés mis explicaciones. Ruth, de tanto en tanto, hacía alguna incursión para que mirara el paisaje u observara los animales pastando en el campo.

A pesar de que el día era gris, el parte del tiempo en la radio no había augurado lluvia, la vista de la campiña inglesa con sus verdes colinas y el contraste de las casas de piedra era espectacular, las noventa millas que nos separaban de nuestro destino se nos pasaron en un santiamén. Nuestra parada fue en uno de los restaurantes del pueblo: The Rose Tree. Aparcamos los vehículos, Walter y Scott entraron para reservar mesa, como aún era pronto para comer, nos fuimos a estirar un poco las piernas recorriendo algunas de sus calles, al ser sábado había por allí muchos turistas.

La comida estuvo muy entretenida, por el buen ambiente y la complicidad que había entre todos, Natasha se sentía integrada en el grupo; participaba de las charlas y las bromas con precaución, pero con seguridad al mismo tiempo. Ruth como ocurría últimamente, la acaparaba para sí, aunque Eli intentaba que la dejara tranquila, la niña siempre acababa sentada a su lado o sentada encima de ella, en esta ocasión, también se quiso sentar entre nosotros dos. De vez en cuando, Nat y yo nos dedicábamos algunas miradas y sonrisas de complicidad.

Tras tomar los cafés nos marchamos para la casa que se encontraba a media milla.

—¡Guauuu, qué casa más bonita! —exclamó Nat cuando esperamos frente a la valla de setos que la rodeaba, mientras Walter se bajaba para abrir la puerta de palos de madera.

—Pues por dentro es una pasada, en el jardín trasero hay un columpio para mí, ¿me columpiarás, tía Nat?

—Claro, cielo.

—Mira, Nat —señalé a nuestra izquierda—, ese es el río Windrush, solo lo separa esa minúscula acera y un par de metros de hierba.

Dejamos nuestros coches en el jardín y entramos a la casa.

—Ya sabéis cada uno donde tenéis vuestras habitaciones —advirtió Betty—. Ven, Nat, que te enseño la casa y te llevo a tu habitación, la compartirás con Morty, hay cama de matrimonio, él me dijo que no había problema.

—Exacto, Betty, ya sabes que es como mi hermano.

—Tú, Randy, compartirás la habitación de dos camas con Leonard.

—¿Va a venir? ¡Qué sorpresa, hace tiempo que no se deja ver! No hay problema, Betty.

—Sí, Randy, esta es una ocasión especial, menos mal que debido a un descanso de su trabajo podrá venir, no podía faltar.

Me quedé un poco intrigado por esa respuesta de Betty, pero pensé que se debía a que era una ocasión en la que nos juntábamos más personas de lo habitual por las últimas incorporaciones.

Walter puso en marcha la nevera y algunos aparatos eléctricos, Betty se dedicó a enseñarle la casa a Nat, la llevó por el amplio salón con chimenea dividido en dos zonas; la de estar y la de comer, luego la cocina, casi tan grande como el salón en la que a un lado había una gran mesa para comer también, un aseo y un cuarto de lavado, en la planta de arriba había cuatro habitaciones dobles, dos de ellas tipo *suite* y un cuarto de baño. La casa estaba decorada con maderas nobles, con un estilo actual, pero conservando en algunos detalles su origen y antigüedad. Doscientos y pico de metros cuadrados, excesivamente grande para un matrimonio sin hijos, pero al que le gustaba compartir con sus amigos y familia. El exterior era de piedra como la gran mayoría de las casas del pueblo y disponía de un amplio jardín muy bien cuidado, ya que una vez al mes, un jardinero se encargaba de cuidarlo, en él, se conservaban algunos de los árboles de sus antiguos propietarios. Por su altura y espesura ofrecían a la vivienda cierta intimidad.

—Walter, cariño, deberías ir a la tienda de ultramarinos a comprar cosas para la cena y el desayuno, aquí traigo una lista de lo que hay que traer, ah, y no te olvides de comprar algunas pastas para el té.

En ese momento llegaba Morty, se hizo notar tocando el claxon de su «bala plateada». Salí a abrirle la valla para que dejara su coche en el interior del jardín.

—¡Virgen santa! —pronunció cuando se bajaba del vehículo y mirando al edificio—. ¿Esta es la casa de campo?

—Hola, Morty, veo que te ha sido fácil hallarnos.

—Claro, guapo, llevo el chivato ahí colocado para no perderme, no os creáis que os vais a librar tan fácilmente de mí, ja, ja, ja.

—No lo pretendemos, si no estás, se te echa en falta.

—¡Aaay! ¡No me extraña que Nat esté contigo embobada, qué pena que seas hetero! —soltó mientras sacaba su bolsa de equipaje del maletero.

Sonreí por su gracia.

—Bueno, puede ser que hoy te lleves una sorpresa.

—¿Te vas a cambiar de bando? —Se paró en seco cuando íbamos a entrar a la casa poniendo sus brazos en jarras—. ¡Aaah, no! A mí no me invitéis a un trío, ¿eh?

—Ja, ja, ja, nooo, a mí según para qué juegos solo me gustan de dos.

—Pues tú te lo pierdes.

Entramos y enseguida todos se acercaron a saludarlo. Betty propuso que los hombres fuéramos a la tienda a comprar, mientras ellas preparaban las camas. A la vuelta de la compra, nos estaban esperando sentadas alrededor de la mesa con el té preparado, justo en ese momento llegó Leonard. Walter salió a recibirlo.

—Llegas a tiempo, hermano. ¡Venga ese abrazo!

Entraron al salón.

—Pero bueno, ¿es que pensabais tomar el té sin mí? —fue su peculiar saludo en general.

Nos levantamos todos a saludarlo.

—No sabíamos a qué hora ibas a llegar, cuñado. —Betty le dio dos besos.

—Pues ya estoy aquí. ¿Y esta muñequita? ¡Cómo ha crecido desde la última vez que la vi!

—Es que ya tengo seis años.

Nos fue saludando uno a uno. Walter le presentó a Natasha y a Morty como amigos míos y ahora de todos.

Morty tras darle la mano para saludarlo no articulaba palabra, pues lo que hacía era observarlo. A Nat le extrañó el hecho de que estuviera tan callado. Disimuladamente, le dio un codazo.

—¿Qué te pasa? —le susurró mientras se sentaban a tomar el té.

—¡Ay, nena! ¿Has visto que atractivo? Parece un adonis...

—Ya, pero disimula un poco, majo, que te falta poco para que se te caiga la baba.

Tenía razón Walter cuando en la exposición de Morty le comentó que su hermano se había llevado lo mejor; realmente era guapo. Un metro ochenta y cinco de altura, cuerpo atlético y musculado, sus pectorales se marcaban por debajo del polo y los pantalones le quedaban de fábula. Vestía de manera informal pero elegante, pelo color castaño algo ondulado, con facciones angulosas y tez perfectamente cuidada, pero lo que más destacaban eran sus ojos color miel. Dicharachero y expresivo a la hora de expresarse. Morty le había hecho una radiografía al recién llegado, al cual no dejaba de observar, pues él poseía una especie de radar o de don para detectar ciertas señales que a otras personas les podían pasar por alto. Incluso recordó aquellas palabras que un día Walter le dijo: «Tal vez podríais hacer buenas migas, como mínimo tenéis los mismos gustos». Una ligera sonrisa imperceptible para los demás afloró en sus labios.

Leonard contó que hacía una semana había vuelto de Nueva York, su trabajo de modelo de una importante firma de ropa le había llevado hasta allí para grabar un *spot* publicitario, explicó también, que dicho anuncio se vería en televisión en seis meses para la campaña de primavera, que disponía de un mes de descanso si su agencia no le llamaba y que a la vuelta se marchaba a París para un desfile.

—¿Vives en Londres? —Se atrevió a preguntar Morty.

—No, en Manchester.

Walter intervino para sugerirle a su hermano:

—Ahora que vas a pasar unos días en casa, podríais quedar para tomar algo. —Miró a Morty para comentarle—: Es que por aquí, casi no tiene amistades.

—Sin problema —contestó él intentando contener su alegría—, luego te paso mi número de teléfono y cuando te apetezca, podemos quedar.

Betty miró a Eli, ellas se sonrieron, seguramente, en alguna ocasión habrían hablado sobre la posibilidad de que en algún momento, ambos llegaran a conocerse.

En el instante en el que la tertulia parecía disminuir Walter se puso en pie para reclamar la atención de todos.

—Bueno, creo que deberíamos de comunicaros por qué hemos querido reuniros aquí. Sabéis que formáis parte de nuestra familia, que esta villa tiene un significado especial para mí, pues es donde pasé mis mejores momentos de la infancia... —Estiró su brazo para que Betty se levantara y le rodeó la cintura—. Cariño sigue tú.

Se le quebró un poco la voz y tenía los ojos húmedos, nos miramos unos a otros con cierta cautela e incertidumbre por lo que nos iban a explicar, hasta Morty esperaba callado, seguramente haciendo un gran esfuerzo de contención, dado que solía ser rápido y explosivo con sus comentarios que tanto nos hacían reír, pero en este momento necesitábamos saber y no debíamos ni quisimos interrumpirle. Intuimos que algo le ocurría y que podía ser que cambiara su vida para siempre. Betty comenzó a hablar.

—Tranquilo, amor —le limpió con su mano unas lágrimas que pugnaban por brotar de sus ojos, le sonrió, nos miró, y añadió—: ¡Walter y yo, vamos a ser papás!

Las muestras de júbilo cambiaron en un instante el ambiente tenso e intrigante que se había creado, para dar paso a abrazos, besos y felicitaciones por parte de todos.

—¡Madre mía, Walter! —espetó Scott—. ¡Nos tenías en ascuas, canalla! Por un momento al verte tan melancólico he pensado en que te ocurría algo grave. ¡Felicidades!

—Tía Betty, ¿me dejarás cambiarle los pañales y darle el biberón?

—Claro, cielo. —Betty le dio un beso a Ruth.

Elisabet se abrazó a su amiga.

—¿Pero cómo no habías dicho nada? ¿De cuánto estás? ¿Desde cuándo lo sabes?

—Hemos querido esperar hasta asegurarnos de que todo va bien, hemos deseado tanto este momento y ha habido tantas falsas alarmas, que no nos atrevíamos a anunciarlo antes. Mañana entro en la doceava semana y lo sé desde hace tres semanas.

—¡Felicidades, amiga!

Natasha también la abrazó y le dio la enhorabuena. Así uno a uno, tanto a Walter como a Betty.

—¡Enhorabuena, mamonazo! —Le estreché la mano a Walter para seguidamente darle un fuerte abrazo—. No me hagas esto más. ¿Vale?

—¿El ser papá?

—¡No, bandido! El darme un susto, me he acojonado, en serio. ¡Si te ocurre algo malo, me muero!

Morty se acercó a los futuros padres.

—¡Felicidades, papás! A ver si por aquí alguien toma nota y se pone manos a la obraaa —arrastró la «a» denostando cierta ironía a ver si alguien se daba por aludido—, antes de que se estropee la fábrica.

—Eso es lo que digo yo —contestó Scott, pensando que la indirecta iba por él y Eli—. ¡Cariño, esta noche tenemos que poner en marcha la fábrica!

Elisabeth le sonrió amorosamente a su marido.

—Mamá, ¿esta noche iremos a una fábrica? ¿Es la misma que la de la tía Betty? Yo creía que se le escribía una carta a la cigüeña para encargarle un bebé.

La carcajada que soltó Eli hizo que los demás prestáramos atención por saber el motivo de su risa.

—Aquí, Morty, que acaba de descubrirle a Ruth que tenemos una fábrica donde se fabrican bebés. ¡A ver cómo le explico yo ahora, dónde se encargan!

Morty se acercó a Nat para susurrarle:

—Nena..., lo de la fábrica iba por ti.

—¡Pero qué dices! Tengo que revisar el té que te has tomado que te hace desvariar, ja, ja, ja.

—Sí, sí, échale la culpa al té.

Leonard echó sus brazos por encima de los hombros de su hermano y su cuñada

sosteniéndolos a cada uno a un lado.

—¡Felicidades! No quiero estropear el momento, pero que sepáis, que se os acabó el dormir más de dos o tres horas seguidas, ja, ja, ja. Ya tenía ganas de ver un pequeño o pequeña correteando a vuestro alrededor. ¡Pero bueno, que voy a ser tío! ¿Nadie me va a felicitar a mí?

Morty fue el primero.

—¡Felicidades, futuro tío de la criatura! —Le endosó dos sonoros besos en la cara—. ¡Si es la mitad de guapo que tú será un bebé precioso! —le dijo haciéndole ojitos.

—¡Esto se merece un brindis! —propuso Walter alzando un poco la voz para que todos le escucharan—. Random, acompáñame a por las copas y el champán.

—Yo quiero brindar con zumo —pidió Ruth.

—Y yo —espetó Betty.

—Ahora entiendo por qué no tomaste vino en la comida de este mediodía —le comentó Eli a su amiga—. Te creí cuando dijiste que era porque te dolía el estómago. —Ambas se rieron.

Tras el brindis, mi cuñado se vino arriba.

—Pues yo quiero daros otra noticia.

Ruth intervino para preguntarle a su padre:

—A ver si yo me entero. ¿Le habéis escrito también a la cigüeña, o a la fábrica? Porque yo quiero un hermanito. ¡A ver si me lo encargáis ya!

Nuevamente estallamos todos a reír por la ocurrencia de mi sobrina. Con sus preguntas de niña estaba sembrada, aunque su reacción al reírnos fue la de cruzarse de brazos y apretar los labios en señal de enfadarse, aunque le duró poco, Eli la acogió en su regazo para aclararle alguna de sus dudas.

—Eso digo yo, Ruth, ya va siendo hora, pero ese tema tengo que negociarlo con tu madre. —Ruth miró con los ojos abiertos como platos a Eli—. ¡Madre mía, Scott! Mira cómo me mira tu hija. ¡Ahora querrá saber cómo son esos negocios!

Scott se pasó la mano por la frente como despejando su mente.

—Bueno, voy al grano, que nos vamos por otros derroteros. A partir de esta próxima semana seré el nuevo director de mi departamento, el anterior se ha jubilado y me han ascendido, por lo que no voy a tener que viajar tanto como hasta ahora, de esta manera podré estar más con mi familia a la que tanto echo de menos cuando se acaban las reuniones y me encuentro solo entre las cuatro paredes del hotel y a cientos o miles de kilómetros de mi hogar.

Volvimos a brindar y a felicitar todos a Scott. Sin duda estaba siendo un sábado digno de recordar por tanta felicidad y buenas noticias.

Morty que desde su llegada no había tenido ocasión de ver la casa en su totalidad, tan solo el salón, paseó su mirada por este.

—¡Madre mía, Betty, en este salón caben tropecientos niños, ya verás tú el día que esto se llene!

—Bueno, de momento, vamos a por el primero y luego ya iremos viendo, ¿eh?

—¿Cuántas habitaciones tenéis, guapa?

—Tranquilo que cabemos, hay camas para todos, ja, ja, ja. La casita tiene cuatro dormitorios dobles.

—¡La casita, dice, la jodía! —nos reímos por el comentario.

—Ay, por cierto, perdona, con todo el trajín aun no te la he enseñado. Ven, acompáñame.

—Vamos a preparar la barbacoa que se vayan haciendo brasas para la cena, que veo por ahí unas nubes que no me gustan nada —dijo Walter—, y luego hay partido.

—Sí —añadí en voz baja—, hoy juega nuestro Chelsea contra el Manchester City.

—¡Le vamos a dar una paliza que se van a enterar, ja, ja, ja! —remató Scott sin reparar en su comentario.

—¡Os estoy oyendo! Recordad que yo soy del Manchester —argumentó Leonard, riendo.

—¡Oh, Dios mío! Esta noche «se arma la de Dios es Cristo». —Se santiguó Eli—. ¡Hombres!

—¿De qué equipo eres, Morty? —le preguntó Leonard.

—Del Manchester —Walter, Scott y yo, volvimos la cabeza hacia él como un resorte y mirada interrogante—. ¿Qué paaasaaa?

—Nada —contesté yo—, pensábamos que no te gustaba el fútbol.

—Pues ya veisss, hoy sí.

Nos echamos a reír entendiendo el cambio de parecer de Morty, Leonard, sin embargo, no entendía muy bien el por qué.

Los hombres nos dedicamos a asar la carne en la barbacoa a la vez que saboreábamos un delicioso vino servido por Walter y charlábamos de nuestras cosas, Morty y Leonard, parecían entenderse, pues se encontraban un poco apartados de nosotros conversando. Entretanto, las mujeres seguramente hablaban del estado de buena esperanza de Betty, mientras preparaban la mesa en el salón.

La cena fue de todo, menos aburrida; entre tantas personas, no faltaban temas de conversación, ni bromas, ni chistes.

—Señores, no quiero incordiar, pero faltan cinco minutos para que comience el partido —aclaró Walter.

—Pues si queréis ver el fútbol, venga, todos a recoger la mesa —ordenó Eli.

—Tía Betty, ¿tienes parchís?

—Claro, cielo, y es de los grandes, para ocho, en esta casa no podía faltar.

—¡Bien, así mientras tanto, nosotras podemos jugar!

Miré a mi sobrina para decirle:

—Después, tú y yo tenemos que matarnos mutuamente.

—Ja, ja, ja, tú no me matas tío, siempre me dejas pasar.

—Shhh, no cuentes toda la verdad, princesa.

Ella sonriendo hizo el gesto de cerrarse una cremallera en su boquita.

Mientras las mujeres recogían y ordenaban la cocina se escuchaba desde el salón: «¡Falta! ¡Pero dale, por Dios! ¡Ese árbitro, ¿no ve que eso es penalti?!

—Chicas, ya tenemos a nuestros hombres con la testosterona por las nubes, ja, ja, ja —comentó Eli.

—Voy a preguntarles si quieren café o té.

Betty llegó al salón y les preguntó, pero estos se encontraban tan concentrados en el partido, que no la oyeron. Ruth que se dio cuenta, se plantó delante de la tele con los brazos abiertos en cruz.

—La tía Betty está preguntando si queréis café o té.

—¡¡Caféééé!!

Gritaron todos al unísono para que saliera rápidamente de delante del televisor, excepto Morty, que, «casualmente» se había sentado junto a Leonard y observaba sus reacciones futboleras por el rabillo del ojo.

—Han dicho café, tía Betty.

Esta se dio la vuelta para volver a la cocina moviendo la cabeza pensando: «¡Hombres!»

Durante las dos horas que duró el partido seguimos en esa tónica de exaltación ante los

acontecimientos que se sucedían en el campo. Ellas jugaban unas partidas de parchís en las que se dejaban matar para que la niña no se enfadara.

Al acabar el fútbol con el resultado de tres a cero a favor del Chelsea, Walter, Scott y yo nos abrazamos como posesos por la goleada, Morty se nos unió al abrazo y Leonard riendo le preguntó:

—¿Pero tú no eras del Manchester?

—¡Ja, ja, ja! ¡Sí, pero un abrazo así entre tanto hombre buenorrooo, no me lo pierdo!

Este no pudo hacer otra cosa que echarse a reír al escuchar su respuesta. Morty se puso delante para formar una conga a la que nos sumamos los tres; animamos a Leonard a que se uniera, y al grito de: «Oé, oé, oeeé, oé, oé» hicimos un recorrido por el salón hasta llegar a la mesa, donde las mujeres nos miraban divertidas.

—¡Mira, mami. Están un poco locos! ¿A que sí?

—No, hija, no. Son así, ja, ja, ja.

Escuchamos mucho ruido en el exterior, Walter se asomó a uno de los ventanales.

—¡Ala, está lloviendo!

—Bueno, cariño, aquí no nos mojamos.

—Casi está diluviando —espetó Leonard.

—No hay problema, aquí al lado he visto un río, si acaso mañana nos vamos en canoa a Londres. ¡Ja, ja, ja! —resolvió Morty graciosamente.

—¿Dan alguna película esta noche que esté bien? —preguntó Betty.

Todos nos encogimos de hombros, por lo visto, nadie había mirado la programación en el periódico, pero Morty tuvo una ingeniosa ocurrencia.

—¡Se me ha ocurrido una idea! —dijo entusiasmado.

—A ver, cuenta, cuenta —respondió Eli.

—Podemos hacer un desfile aprovechando que tenemos aquí un modelo.

—¡Ja, ja, ja! —se escuchó a Leonard—. No me escapo ni estando lejos del trabajo.

—No es mala idea —añadió Betty—; podemos desfilar con la ropa que nos vamos a poner mañana.

Morty con su dedo índice hizo el gesto negando.

—No, guapa. Vamos a darle un giro de tuerca a lo tradicional.

—Morty, cuidado que te veo venir, ¡que te conozco! —dijo Natasha conociendo cómo se las gastaba su amigo.

Todos nos echamos a reír.

—Si hay que desfilar en paños menores —expuse yo—, me niego, hay una menor que puede quedar traumatizada para el resto de sus días. ¡Ja, ja, ja!

—Morty, ¡dispara, que nos tienes en ascuas! —soltó Natasha.

—Podemos desfilar en pijama, si es que habéis traído, claro.

Nos miramos unos a otros y Walter dijo:

—¿Por qué, no? Venga, cada uno a su habitación y en un cuarto de hora nos reunimos aquí de nuevo.

—¡Sí! —gritó Ruth—. ¿Yo puedo desfilar, mami?

—Claro, cariño.

—Para romper el hielo, primero desfilaremos los chicos —propuso Morty—, vosotras os esperáis aquí y ya os prepararéis luego, yo seré el presentador del evento. *¿OK?*

El cuarto de hora se convirtió en casi media, nos reunimos los hombres en el pasillo, Morty le pidió prestada a Walter una bata para no descubrir su atuendo mientras narrara el

desfile. Solicitó ayuda a Leonard para que nos diera unas pequeñas nociones de cómo debíamos desfilar. Bajamos al salón y nos hizo una señal para que esperáramos en el distribuidor.

—¡Atención, que va a dar comienzo al pase de modelos! —Ellas se habían acomodado en el sofá y se quedaron en silencio para escuchar a Morty—. En primer lugar, aparece el anfitrión de la casa —Walter entró al salón con paso firme. Caminó por delante del sofá hasta llegar al ventanal—. Como podrán ver, el caballero viste pantalón de punto con estampado de cuadros escoceses y camiseta de cuello redondo de color granate a juego con su sonrisa. ¡Aysss..., que te como!

Todos nos reímos y Betty fue rápida en responder:

—¡Eh, que es mío, ja, ja, ja!

Dio un giro y volvió sobre sus pasos para quedarse a un lado. Todas aplaudieron, Betty silbó y gritó:

—¡Guapo! —dirigiéndose a sus amigas murmuró—: Pero si los ha maquillado un poco y todo, ja, ja, ja.

—A continuación viene Scott —hizo el mismo recorrido sin mirar a sus espectadoras como si no estuvieran allí—. Lleva pantalón de corte recto, chaqueta tipo sastre de tela de algodón y rayas diplomáticas blancas sobre fondo celeste, elegante cual *Sir* inglés. Luce un bolsillo en la parte izquierda del pecho con bordado del emblemático caballo de Ralph Laurent. ¡Cómo se nota donde hay *money*, canalla! Y no te pongas tan serio, que me ponesss...

—¡Ja, ja, ja. Papi, vas muy guapo!

—¡Guapetón! —exclamó Elisabeth.

—El siguiente modelo es Leonard. Luce pantalón gris oscuro de algodón, tipo *jogger* anudado con un cordón en la cintura —hizo presencia marcando sus pasos, justo delante de las mujeres, se paró, dio una vuelta sobre sí mismo y les lanzó al aire un beso para proseguir con su recorrido.

—¡Guauuu! —gritó Eli.

—¡Ese modelo guapo! —añadió Betty.

—¡Mmm...! Ese cordón da mucho juego... —Pensó en voz alta, Morty—. Uyyy, voy a seguir que me falla el subconsciente y me descentro. ¡Por Dios! —las risas de todos inundaron el salón—. A ver, por donde iba... ¡Ah, sí! Completa su atuendo con una camiseta del mismo color y letras estampadas, como habrán podido leer dice así: «Este chico necesita mucho amor». Que sepas Leonard que yo soy muy cariñosooo... —Le guiñó un ojo y él le respondió con una sonrisa. Natasha torció su cabeza instantáneamente para mirar a Morty y este le contestó—: ¡Ay, hija! No me mires así, me tengo que vender, que ya tengo una edad.

—Si yo no digo nada, loco —y se rio.

—Pero a veces hay miradas que suplen a las palabras, en fin, sigamos. El penúltimo modelo es Random. Viste camiseta bicolor, el cuerpo de color azul claro y las mangas de corte ranglán en azul marino, de cuello redondo con abertura abotonada, en esta ocasión, el modelo la ha dejado sin abotonar, lo cual le da un aire más sensual.

Natasha se animó, metió dos dedos en su boca para silbar y piropear:

—¡Fiu, fiuuu, tío bueno!

—¡Bravo, tío Randy! —Acompañó Ruth con unas palmas.

—Por si hay algún/a miope en la sala, le aclaro que las letras que figuran bordadas en el lado izquierdo a la altura del pecho dicen: Sueños. Un sueño hecho realidad sería poderte quitar esa camiseta. ¡Ladrón!

Todos se rieron, en el bando de los chicos, alguien soltó:

—¡Macizo, queremos un hijo tuyo!

Al pasar por delante de las féminas miré a Natasha y pasé el dedo pulgar por mis labios emulando a aquel anuncio de televisión de un vermú italiano que tanta fama tuvo.

—¡Ayyy, neeenaaa, qué mirada te ha echado! —le avisó Morty por si ella no se había dado cuenta, hecho que provocó que se sonrojara—. Hay que decir que, se complementa con un pantalón azul marino a juego con las mangas de la camiseta. —Recibí un aplauso y Morty prosiguió—: Y ahora, falto yo. —Se quitó el batín pausada y elegantemente dejándolo sobre una silla, para dejarnos ver su *look*—. Como veréis, luzco un refinado y clásico pijama de Hugo Boss elaborado en popelín de algodón puro, con un sutil estampado de cuadros granate sobre fondo azul oscuro, el pantalón con elástico en la cintura le da comodidad en los movimientos. La chaqueta va adornada con un bonito bolsillo en la parte izquierda del pecho sobre el que está bordado el logo de la marca y rematada con cuello cubano que le da un aire moderno a este clásico pijama.

Cabe destacar que Morty hizo el recorrido dos veces haciéndose ver y notar, y claro está, para poder detallar bien su indumentaria que, por cierto, había adornado con un pañuelo sobresaliendo del bolsillo del pecho como si realmente, de un traje se tratara.

«¡Guauuu! ¡Bravo, qué elegancia! ¡Guapo!» Eran algunos de los piropos que le propinábamos todos. Él se encontraba más ancho que largo, ya que no le importaba ser el centro de atención, es más, eso es lo que él quería, que alguien en especial, se fijara en él.

—Bueno, un aplauso, ¿no? —pidió Morty para todos.

Nos situamos en línea delante de ellas para ser agasajados entre palmas y silbidos.

—¡Ahora nos toca a las chicas! —gritó Ruth entusiasmada.

Se subieron a las habitaciones a ponerse sus atuendos, al cabo de un buen rato desde el distribuidor le hicieron saber a Morty que ya estaban preparadas. Ahora éramos nosotros los que nos hallábamos sentados en el sofá para ver el desfile. Él se situó cerca de la puerta y le hizo una señal a Betty.

—Aquí tenemos a la anfitriona: Betty, son dos en uno y no me refiero a la indumentaria —nos reímos por el comentario—. Lleva una bonita bata de seda tipo kimono con flores estampadas blancas sobre fondo malva, en los puños y bajo adorna a contraste la tela lisa en el mismo tono. Acompaña el *look,* camisón de tirantes a juego —ella abrió un poco su bata para mostrar el hombro, lo justo, para volverlo a tapar—, lo que le hace que sea un conjunto sexy y femenino.

—¡Cómo le peloteas a la dueña de la casa, ja, ja, ja! —Se me escapó el comentario.

—¡Guapa, mi mujer! —añadió Walter.

—Sigamos. A continuación podemos ver a Natasha, la mujer que vino de la nieve —ella salió un poco cabizbaja—,pero con una sonrisa es capaz de derretirla. ¡Ay, hija, sonríe un poco, que no te vamos a comer! Aunque sé de uno que lo hace con la mirada, ja, ja, ja.

Con el comentario de Morty no pudo evitar sonreír.

—¡Guauuu! —Fue mi expresión al verla aparecer.

—¡Guapetona! —la piropeó Elisabeth.

—Viste un bonito pijama de pantalón recto y chaqueta sastre en satén color burdeos, un elegante color que resalta la tez blanca como la porcelana de la modelo.

—Y por último, tenemos a Eli y a Ruth. —Venían cogidas de la mano caminando muy graciosamente las dos—. La mamá luce un bonito pijama mono de algodón con estampado de lunares rosa sobre fondo gris y cerrado por una cremallera. Chica, te queda genial, pero un poco incómodo para...

—¡Morty! —Le interrumpió Nat abriendo los ojos como platos e inclinando la cabeza hacia Ruth.

—¡Aaay, nena, tranquila que no iba a decir ninguna ordinariez!

—¡Por si acaso, que tú eres como una escopeta sin seguro!

—Quería decir para hacer pis, hija... ¡Qué mal pensada eres, jodía!

—Sí, sí, como si no te conociera, ja, ja, ja.

Él volvió los ojos hacia atrás poniéndolos en blanco y prosiguió:

—Acabamos con la princesita de todos, que no me digáis que no está para comérsela —ella sonreía dichosa.

Nat volvió a dar un fuerte silbido y los hombres vitoreaban sobre todo a la pequeña.

Scott se levantó para halagar a su mujer e hija.

—¡Impresionantes, os pongáis lo que os pongáis! ¿Qué voy a decir yo, que soy el marido y el padre de la criatura?

—Va, que terminamos. La pequeña lleva un dos piezas de punto compuesto por un pantalón de color rosa, camiseta de mangas del mismo color y cuerpo blanco con estampado de Mickey Mousse. ¡Un aplauso para las chicas!

Todos obedecimos a la orden de Morty.

—Podemos hacer una fiesta de pijamas, mami.

—Ja, ja, ja, aquí la más pequeña tiene ganas de marcha, la fiesta será durmiendo, hija.

—¿Ponemos música? —preguntó Betty, pero no esperó respuesta, se fue al mueble y conectó el equipo de música; introdujo un CD de temas actuales y variados, enseguida comenzó a sonar *Clocks*[35] de Coldplay.

Walter abrió el mueble bar para ofrecernos algo de beber, en un momento parecía que nos habíamos teletransportado a un *pub* inglés con la particularidad de encontrarnos en pijama, la música nos servía de fondo mientras conversábamos entre unos y otros. Eli charlaba con Betty sentada junto a la mesa del salón; sostenía en brazos a Ruth que se encontraba recostada y ya demostraba tener síntomas de sueño debido a la hora que era, se le notaba en sus párpados semi cerrados, aunque se resistía a cerrarlos por completo. Walter se puso la bata que había dejado a Morty, y Scott fue a buscar una chaqueta para salir ambos al jardín a fumarse un cigarro aprovechando que había dejado de llover. Morty estaba de pie cerca de la cocina hablando con Leonard, no sé de qué hablaban, pero se les veía entusiasmados con sus temas, y Nat y yo, nos encontrábamos sentados en el sofá.

Comenzó a sonar un tema de Norah Jones: *Don´t know why*[36]. La letra no iba acorde a lo que estábamos viviendo en ese momento, pero la voz de la cantante era una delicia para nuestros oídos.

—Veo que no paras de sorprenderme, Natasha, aun en pijama estás guapa.

—Gracias, por el cumplido, pero calla, que me ha dado un poco de vergüenza.

—No sé por qué. Podría pasar por un traje para ir a algún evento.

—Tú también estás muy atractivo, tienes el guapo subido.

—Debe de ser un efecto del pijama, me pregunto si cuando me lo quite se esfumará, ja, ja, ja.

—Estoy segura de que no, sin él también estás de buen ver.

—Mmm..., qué pena que no compartamos habitación... —Me acerqué un poco a ella para darle un beso, pero puso sus dedos en mis labios para frenarme, en el ángulo que nos encontrábamos no podía ser visto por mi hermana, ni por Bettty—. Me muero por besarte, Nat, no me importa que nos vean.

—No seas malo, ya tendremos más ocasiones para besarnos.

Al acabar de decir sus palabras, me envalentoné y sin darle tiempo a reaccionar le di un beso, ella lo recibió con la mismas ganas que yo tenía, duró quizá tres segundos.

—¡Se están besando! —gritó Ruth que salió inesperadamente de su letargo poniéndose erguida en el regazo de su madre.

Eli y Betty se quedaron mirando, a mí solo se me ocurrió decir:

—¡Ha sido ella!

—¡Pero, bueno...! —exclamó Nat.

Las carcajadas de mi hermana y de Betty se escucharon en todo el salón alertando a Leonard, a Morty, a Walter y a Scott que entraron para ver qué ocurría.

—¿Qué ocurre? —preguntó mi cuñado.

—El tío Randy dice que la tía Nat le ha dado un beso, pero han sido los dos, que yo los estaba viendo.

—¿Nos estabas vigilando? Ya hablaremos tú y yo, sobrina.

Ella se rio divertida.

—Nena —se acercó Morty hasta el vaso de Nat que reposaba sobre la mesita de centro para hacer como que lo olía para descubrir su contenido—, voy a tener que revisar tu bebida, que se empieza por un beso y se acaba con un chichón de nueve meses, ja, ja, ja.

—Di que sí, Morty —añadió Walter—, que se comienza así, que si un besito por aquí...

—Bueno, bueno —interrumpió Betty—, no des detalles, cariño, que ya sabemos lo que pasa.

—¿Qué pasa? —preguntó mi sobrina.

—¡Pues pasa, que vamos a bailar esta canción, que me encanta!

Comenzaban a sonar las primeras notas de una melodía. Morty subió el volumen del equipo de música; cogió de las manos a Ruth y se pusieron a bailar *Escapar,* la canción de Enrique Iglesias que sonaba en ese momento.

—¡Vamos! —nos animó Morty a que bailáramos con ellos contagiándonos a todos con su buena energía.

Menos mal, que nos hallábamos en una casa individual separada de una veintena de metros de la de los vecinos, porque nos vinimos arriba; saltábamos, bailábamos y cantábamos la letra de la canción como posesos:

Si decides dejarme
No te voy a suplicar
Allá tú, si más tarde
Aunque corras, te escondas
No puedes escapar
Aunque corras, te escondas
No puedes escapar.

Con el final de la canción se paró el CD.

—Chicos, yo me marcho ya a la cama —dijo Betty bostezando.

—Y esta niña también ha de ir a dormir ya. Va da la buenas noches a todos —le pidió Elisabeth a Ruth.

Ella obedeció y le fue dando a cada uno un beso.

—Mami, ¿puedo dormir con la tía Natasha?

—Cariño, ella duerme con Morty.

—Déjala, Eli la cama es grande y cabemos los tres —dijo Nat.

—Por mí, no hay problema, Eli —expresó Morty— y si da mucha guerra me bajo al sofá, ja, ja, ja.

Ruth simuló hacer pucheros sabiéndose poderosa de ese don cuando quería conseguir algo.

—Pero pórtate bien y les dejas dormir, ¿eh? —Ahora se dirigió a Nat—: Y si no, la mandas para nuestra habitación, ¿vale?

—Se portará bien, Eli. ¿A que sí, Ruth?

Ella movió su cabecita asintiendo.

Walter se quedó en el salón para fumarse un último cigarro junto a su hermano y la compañía de Morty, los demás decidimos subirnos a dormir. En el pasillo nos fuimos dando las buenas noches unos a otros para dirigimos a nuestras habitaciones.

Betty y Natasha se quedaron las últimas, Ruth ya se había metido en el dormitorio y yo entré en el baño.

—Buenas noches, Betty —Natasha le dio un beso en la mejilla—, y gracias por invitarme, lo estoy pasando genial.

—Me alegro, desde el día que te vi en el hospital cuando acompañaste a Random, sabía que eras tú, las cartas nunca se equivocan, auguraron que alguien especial se cruzaría en su camino, alguien de corazón bonito y sin maldad, alguien a quien mirándole a los ojos se le vería su interior limpio y sano, y sé, que tú eres la elegida.

—Gracias —contestó ella de nuevo sintiéndose un poco turbada.

—Buenas noches, a ver si esa pequeñaja te deja dormir, ja, ja, ja.

Desde el baño escuché cómo se cerraban las puertas de los dormitorios. Salí y toqué en la puerta de Nat. Abrió ella.

—Pensaba que no me ibas a dar las buenas noches...

—Tío Randy —me llamó Ruth desde el centro de la cama—, ¿has venido a arroparnos?

—Claro, princesa, ahora voy — le contesté desde la puerta—. ¿Así que pensabas que no te iba a desear dulces sueños? —Abracé a Nat por la cintura, ella rodeó mi cuello con sus brazos y me besó.

—Ahora sí ha sido la tía Nat, la que te ha besado, tío, ja, ja, ja.

Me acerqué a la cama a hacerle cosquillas y poniendo voz del capitán Garfio dije:

—¿Qué hace esta linda niñita que no está durmiendo todavía? —Ella cerró los ojos simulando estar dormida—. ¡Si escucho hablar a alguien tendré que volver para debatirme en duelo! —Ruth apretaba los labios conteniendo la risa.

La arropé y le di un beso en la frente.

—Buenas noches, princesa.

—Buenas noches, tío Randy.

—¿Eh?

—Digo, capitán Garfio —rectificó ella rápidamente.

Natasha se metió en la cama recostada sobre el respaldo, me fui al otro lado y le di un beso en los labios.

—Que tengas dulces sueños, Cenicienta. —Acercando mi boca a su oído le susurré—: Porque tienes compañía, si no, no te escapabas.

Ella me miró lascivamente mordiéndose el labio inferior.

—Buenas noches, Romeo.

Me fui para la puerta y volví mi mirada a Natasha. Hizo el gesto de coger su corazón,

ponerlo sobre sus manos y sopló para que llegara a mí. Yo alargué mi mano para cogerlo al vuelo y lo llevé a mi pecho para mantenerlo junto al mío. Sonreímos.

—Nos vemos en los sueños. —Fueron mis últimas palabras antes de salir de la habitación para dirigirme a la mía.

A pocos metros, en su dormitorio, Elisabeth le murmuró a su marido:

—Qué día más bonito y qué divertida la noche, ¿verdad?

Él le sonrió.

—Somos una gran familia, cariño. Por cierto, tú y yo teníamos que hablar de negocios, ¿no?

—Ja, ja, ja, cielo, no estamos en casa.

—¿Es eso un inconveniente?

Apagó la luz de la mesilla y se sumergió entre las sábanas.

Leonard, Morty y Walter tras un rato de charla decidieron acostarse, entrando cada uno a su dormitorio.

Este último se metió en la cama y se abrazó a Betty para decirle:

—Tuviste una gran idea el reunirnos hoy todos aquí, cariño.

—No había otro lugar mejor para darles la noticia a las personas que queremos, amor —emitió un ligero suspiro—. Lástima que mis padres y tu padre no estén aquí para compartir este momento con ellos.

—Sé que avisarles por teléfono no es lo mismo, pero ten por seguro, que se sienten felices al saber que van a ser abuelos. Además, tu madre dijo que cuando fueras a dar a luz vendrán desde España a conocer a su nieto.

—Sí, estarán un par de semanas. Walter, cuando nazca el bebé, lo llevaremos a la residencia a que conozca a tu padre, espero que el Alzheimer le dé una tregua para poder sentir ese deseo que lleva tanto tiempo esperando, y tu madre desde el cielo lo protegerá, será su ángel de la guarda.

Unas lágrimas rodaron por el rostro de Betty, lágrimas tanto de melancolía como de felicidad. Seguían abrazados, cerraron sus ojos y se dejaron llevar en sus sueños acompañados por el sonido de la lluvia que volvía a hacer acto de presencia.

En la habitación de Natasha, Ruth se había quedado dormida instantáneamente, Morty tocó en el hombro de Nat para ver si estaba despierta.

—Nena, jamás me hubiera imaginado esto.

—¿A qué te refieres?

—A tu cita. Mira hasta dónde nos ha traído; un hombre de corazón noble y una familia y amigos que ya los quisieran muchos para sí. ¿No crees?

—Creo, Morty, que tal vez fue tu bendición hacia Random la que desencadenó todo esto.

Él se acercó y le dio un beso en la frente.

—A dormir, nena, que después se me marcan las patas de gallo y mañana tengo que estar impecable, no quiero que Leonard tenga una fea impresión de mí. —Le guiñó un ojo a Nat y esta le correspondió con una sonrisa—. Que descanses, cielo.

—Ídem —contestó ella.

Morty apagó la luz de la mesita para procurar dormir, Natasha se había colocado en el lado izquierdo mirando hacia el derecho, inconscientemente dejó ir de sus labios:

—Buenas noches, Romeo.

Morty que todavía estaba despierto aunque con los ojos cerrados, ironizó:

—Eso, eso, buenas noches, Romeo.

Natasha sonrió y se dejó llevar por los sueños.

Yo me encontraba acostado boca arriba, por mi mente deambulaban ideas locas y algo disparatadas diciéndome a mí mismo: «¡Puuuf! Deberemos comprar una casa más grande si algún día decidimos Nat y yo formar una familia, porque si no, ¿dónde vamos a meter a los tres o cuatro hijos? Además, si algún día queremos que se queden a dormir todos en casa como hoy, en mi ático a pesar de ser grande, no cabemos». Mi cabeza no paraba de dar vueltas entre la realidad y los sueños. Moví la cabeza de un lado al otro y pensé: «Poco a poco, Randy». Me giré hacia la derecha como si tuviera a Nat a mi lado y susurré:

—Buenas noches, cariño.

Me había olvidado de que en la otra cama se encontraba Leonard que debió de escuchar mi susurro atrapado entre los sueños y me pareció escucharle decir:

—Buenas noches, Morty.

Deberían de ser aproximadamente las nueve de la mañana cuando Ruth entró en la habitación y se subió a mi cama.

—Tío Randy, despierta. ¿No hueles a beicon?

—¡Shhh! Que vas a despertar a Leonard.

—Ja, ja, ja, si ya está abajo.

—¡Ostras, sí que habéis madrugado todos! Uuummm, ahora sí que noto ese delicioso olorcito. —Me calcé las zapatillas; fui al baño a lavarme la cara y a peinarme, volví a la habitación, Ruth me esperaba sentada en la cama—. Vamos a la cocina. —Me agaché para que se subiera a mi espalda.

—¡Arre, caballo! —ordenó como si de una joven amazona se tratara.

—¡Guauuu, qué solazo hace hoy! —dije al entrar en la cocina y dejaba a Ruth en el suelo.

—Sí, hace un día precioso —me contestó Natasha.

—Buenos días, amor. —Le di un beso en la mejilla.

Hice lo mismo acercándome a Betty.

—¡Uy, qué cariñoso te has levantado, guapo! Seguro que si hoy te pedimos algo, nos lo compras.

Nos reímos.

—Os veo muy atareadas —comenté echando una ojeada a lo que se estaba cocinando en los fogones.

—Sí, aquí, tu amiga, que se ve que no podía dormir, me está echando una mano con el desayuno y tu hermana está en el salón preparando la mesa.

—¿No te ha dejado dormir la princesa? ¿Cómo se ha portado?

—Sí, se ha portado bien, es un encanto. Nos despertamos pronto y como manteníamos una charla de chicas, nos levantamos para que Morty siguiera durmiendo.

—Ah, qué interesante ¿De qué hablabais, si se puede saber?

—Ya te lo he dicho.

Parpadeé para despejar mi mente, creía que no me lo había dicho.

—Perdona, pero no me he dado cuenta, debo de estar un poco espeso al estar recién levantado.

—Sí, sí, ya veo.

Abrí mis manos esperando la respuesta.

—De cosas de chicas —se rio y me sacó la lengua.

Me reí por su astucia, en ese momento entraba a la cocina Eli.

—Buenos días, hermanito.

Se acercó y le di un beso.

—¿Y los hombres de esta casa, dónde están? —pregunté al no escuchar ni ver a ninguno.

—Walter y Leonard están en el jardín, Scott y Morty acostados —me contestó mi hermana.

—Habrá que ir a despertarlos —sugirió Betty—, el beicon, las alubias y las salchichas, ya están listas. Queda tostar el pan y terminar de freír los huevos.

—Ya voy yo a llamarlos. —Ruth fue corriendo escaleras arriba.

—¿Ayudo a algo?

—Toma, lleva la jarra del zumo a la mesa. —Nat me la puso en las manos—. ¿Querrás té o café?

—Café. —Me acerqué un poco y le susurré—: Te ha faltado decir cariño.

Ella puso los ojos en blanco, negó con una sonrisa maliciosa a la vez que me daba una palmotada en mi trasero.

—¡Eh, eso no se hace cuando tengo las manos ocupadas, que estoy en desventaja!

Ellas se rieron siguiéndome hacia el salón.

—¿Qué tal habéis dormido? —preguntó Betty mientras dejaba una de las bandejas sobre la mesa.

—¡Yo, de maravilla! —respondí.

—Yo, también —contestó Nat.

—Y yo, y por lo que se ve, Scott y Morty, también, ja, ja, ja —añadió Elisabeth.

En esas llegaban en procesión dando bostezos con Ruth delante. Nos dieron los buenos días y todos respondimos.

—¡Por Dios, se me han pegado las sábanas! —ironizó Morty.

Betty se asomó por el ventanal para avisar a su marido y a su cuñado que andaban mirando el nuevo coche de Leonard.

—¡A desayunar!

—¿Qué vamos a hacer después? —preguntó Ruth curiosa.

—Vamos a ver el pueblo —se afanó Betty en explicar cuál iba a ser el plan para pasar el domingo—, que aunque la mayoría ya lo conocéis, Natasha y Morty, no. Está calificado como uno de los más bonitos de nuestro país y conocido como «La Venecia de los Costwolds». Caminaremos por el paseo junto al río en el que veremos varios puentes. Podemos visitar The Model Village, que es una reproducción en miniatura de la parte antigua del pueblo con sus típicas casas de piedra de la zona. Después de comer si os apetece, podemos visitar el museo de coches antiguos, que es una verdadera joya.

—Es un plan perfecto —expuso Scott.

—Para comer, si os gustó el restaurante de ayer podemos reservar mesa, así podemos dedicar el día a hacer turismo —remató Walter.

A todos nos pareció una excelente idea, así que tras el contundente desayuno ayudamos todos a dejar todo recogido para cuando regresáramos a la tarde, solo tener que coger nuestros equipajes para marcharnos.

—Nos podemos llevar cada uno las sábanas a casa y lavarlas, Betty, es demasiada faena para ti —le comentó Elisabeth y Natasha asintió.

—Nada de eso, amigas, me las llevo yo, me ayudará Walter, que se maneja muy bien con la lavadora y la secadora, además, estoy embarazada, no enferma, ja, ja, ja.

Los que no nos habíamos duchado al levantarnos, lo hicimos a continuación, en cuestión

de poco más de una hora nos hallábamos dispuestos para salir.

A pesar de haber llovido bastante la noche anterior, el día había amanecido algo fresco pero soleado. Todos conocíamos el pueblo y sus alrededores, pues ya habíamos estado en casa de Walter y Betty en varias ocasiones, aunque no siempre habíamos coincidido tantas personas a la vez, pero en este día, el *tour* por Bourton on the water, se me hacía distinto, me parecía mucho más bonito, mágico, colorido y alegre, y es que recorrerlo de la mano de Natasha tenía mucho que ver. Cuando le di la mano para caminar junto al río hizo amago de soltarse, posiblemente, le diera algo de vergüenza, o porque parecía como que oficializábamos algo que aún no tenía nombre ante nuestros amigos y familia.

—¿Qué problema hay?

—Ninguno —me contestó entre dientes y sonriendo, apretó más mi mano.

Nos hicimos fotos en cada uno de los lugares que nos encontrábamos a nuestro paso; en grupo, en parejas, individuales, y algunas improvisadas y pilladas buenamente casi a traición, sin postureo, y es que el pueblo poseía bonitos paisajes dignos de ser inmortalizados para la posteridad.

Antes de volver hacia Londres, nos despedimos unos de otros con la premisa de estar en contacto por el móvil y volver a reunirnos para juntarnos todos a tomar té o para cenar.

Pasaba un cuarto de hora de las diez de la noche cuando aparcaba mi coche frente a la casa de Nat.

—¡Qué pena que lo bueno acabe tan pronto! ¿Verdad?

—Sí, ha sido un fin de semana maravilloso, Randy. Debes de estar orgulloso de tener una familia y unos amigos sensacionales, me da envidia, pero sana, ¿eh?

—Lo estoy, tanto como de haberte conocido. —Bajé el tono de mi voz, pues se acercaba la despedida por ese día.

—Yo también me siento orgullosa por considerarlos mis amigos, me han acogido estupendamente y me siento integrada entre ellos.

—Me alegro enormemente, Nat —Me acerqué un poco a ella desde el asiento del coche, pues quería abrazarla y besarla.

—Solo ha tenido una pequeña pega este fin de semana. —Ella había apoyado sus brazos en mis hombros y sus manos jugaban a enredar mi cabello, la miré esperando que continuara—. He echado de menos tus besos...

—Y yo los tuyos...

—Y tu cuerpo... —Nos juntamos más para besarnos ardorosamente, con deseo reprimido y del que ahora no era necesario contener—. Quédate esta noche...

Su voz sensual despertó en mí el instinto básico que poseemos los seres vivos, dejando a un lado la racionalidad, sin importar si era tarde, si se podía hacer más, sin pensar en mañana, solo pensaba en el aquí y ahora, en el momento que estaba viviendo. Nos bajamos del vehículo para adentrarnos en su casa, o más bien, en su dormitorio donde entre beso y beso nos desprendíamos de nuestras ropas.

—Te deseo, Nat.

—Pues, amémonos hasta el amanecer.

Sucumbimos a nuestros deseos sin medida para sumergirnos, extasiados, en un sueño profundo.

De pronto, me encontré al pie de unas escaleras de piedra de forma triangular. Había mucha gente, miré por si conocía a alguien, cuando de repente, en lo alto de esa escalera reconocí a mi padre sonriendo, movía su mano invitándome a subir. Subí los peldaños por el

vértice corriendo, no sé cuántos, pero me parecieron eternos. Al llegar arriba mi padre tenía los brazos abiertos en cruz y yo me aferré a él como un niño desvalido. «¡Papá!» Grité a la par que él cerraba sus brazos en torno a mí. «Ven, ya verás quién está aquí», me dijo mientras me llevaba a un lado de la escalera y bajábamos, en el último peldaño estaba mi madre sentada. No sé cómo, pero mi padre desapareció mientras corría hacia ella, al verme, se puso de pie, de pronto, nuestro entorno, se convirtió en una habitación de paredes blancas. «¡Mamá!» Grité lleno de alegría al estrecharme entre sus brazos y volver a sentir el calor de su abrazo invadiendo mi diminuto cuerpo, me sentía así, como un niño pequeño. Despegué mi cara de su torso, ella la sujetó entre sus manos, la miré lleno de alegría y ella me dijo: «Estamos bien, cariño. Por el deseo de alguien, nos tuvimos que marchar prematuramente, pero no sufráis ni tu hermana, ni tú. Permaneced siempre unidos. Estamos orgullosos de las personas en las que os habéis convertido. No estés solo, Randy, es hora de que formes tu propia familia, la vida es corta y no se sabe lo que puede pasar mañana. Esa muchacha que quieres es buena persona y siente por ti amor puro». «¿Te gusta, mamá?» «Sí, a tu padre y a mí nos gusta para ti. Cuidaos mucho, diles a Eli a Scott y a Ruth que los queremos». Me soltó, yo me quedé allí mirando cómo mi madre se daba la vuelta y cómo abría el pomo de una puerta de color gris que apareció de la nada para desaparecer tras de ella. Al cerrarse, salí corriendo y tiré del pomo pero estaba cerrado, me puse a tirar de él y a gritar: «¡Mamá! ¡Mamá!» Arranqué a llorar ante la impotencia de no poder seguir a mi madre.

—¡Randy! ¡Randy!

Escuché a lo lejos la voz de alguien que me llamaba y sacudía mi brazo. Noté como si saliera de un estado de *shock* o de un letargo, como si el corazón de una forma lenta se pusiera en marcha, nuevamente, activando a cada latido, la sangre para que circulara por las venas volviendo a dar vida a cada órgano de mi cuerpo. Abrí los ojos y el llanto que antes era en sueño, ahora continuaba estando despierto, las lágrimas brotaban de mis ojos. Natasha me abrazó en silencio para calmarme.

Cuando se me pasó un poco aquella congoja solo pude decir:

—He visto a mis padres.

El llanto volvió a mí. ¡Había notado el calor de ese abrazo y me había sentido tan reconfortado...! Ahora lloraba por esa separación, no me hubiera importado en ese momento irme con ellos.

Ella se levantó para traerme agua y yo fui al baño a refrescarme un poco la cara, al volver a la cama miré el reloj de la mesita y eran las cinco y veinte de la madrugada.

Natasha me ofreció el vaso y mientras yo le daba un sorbo, ella me dijo:

—Esa herida aún duele.

—Hace solo seis años. ¡Ha sido tan real!

Mis ojos se humedecieron de nuevo. Nat se metió en la cama y se abrazó a mí, pasando su brazo izquierdo por mi pecho y poniendo su pierna encima de mi muslo. Yo la abracé también a ella, y en esa posición estuvimos sin dormir y sin hablar hasta que a las siete nos levantamos para darnos una ducha, desayunar e irnos a trabajar. Como llevaba ropa de cambio en el equipaje, no fue necesario pasar por mi casa.

Durante el desayuno estuvimos hablando de mi sueño y de mis sensaciones, pero no le comenté a Nat parte del mensaje recibido, en primer lugar, porque quería tener claras mis ideas, ya que pensaba que quizá aquel sueño era producto del deseo de mi subconsciente, y en segundo lugar, porque en ese rato que no había dormido, había comenzado a fraguar una idea en mi cabeza.

Salíamos de casa cogidos de la mano y Morty nos sorprendió por la ventana.

—¡Adiós, tortolitos!

Nos giramos para mirar al piso de él y allí estaba con una taza de café en la mano y con la otra nos despedía. Le sonreímos.

—*Bye!* —soltamos los dos a la vez.

Una carcajada invadió nuestras caras por la coincidencia, pero duró escasos segundos, pues al salir por la cancela, sobre el buzón había pegada con cinta adhesiva una nota doblada. Nat la despegó para abrirla y leerla.

—¿Qué es?

—Dice: «¡Llámame, Natasha!» Y tiene el mismo número de teléfono que la nota del otro día.

—Pues llama, a ver quién es.

Nos subimos al coche y Nat sacó su móvil para marcar los números.

—¿Hola? Tenía una not... —Quien fuera, la interrumpió, yo no podía escuchar lo que le decía—. ¡No te lo voy a decir, porque no lo sé! ¡Déjala en paz! ¡Y a mí no me mandes más notas, o se lo haré saber a la policía! —Cortó la llamada.

—¿Qué ocurre?

—Era Dmitry, me pide que le diga dónde está Svetlana, dice que si no se lo digo, me arrepentiré.

—¿Tú sabes dónde está?

—Sí, pero evidentemente, no se lo voy a decir. Ella está en una casa de acogida incluida en un programa de protección, con un nombre ficticio, tanto ella como sus hijos.

—Deberías de informar a la policía.

—A media mañana tengo que salir a hacer unas gestiones, me pasaré por la comisaría a poner una denuncia. —Llegamos al trabajo de Nat—. ¿Entonces, cómo quedamos?

—Como amigos, ja, ja, ja —le respondí del mismo modo en que un día ella me contestó a mí.

—¿Me estás vacilando? Estás siendo un chico malo. —Hizo una mueca con sus labios arrugándolos de un lado—. Me refiero para recuperar a Franky, bobo.

—¡Oh...! ¿No te da lastimita dejar sin compañía a Cascabel? —Puse carita de pena.

—¿Quién sabe? A lo mejor se llevan como el perro y el gato, ja, ja, ja, y está deseando de que me lo lleve.

—Bueno, llámame cuando acabes tu jornada, te recojo, comemos juntos y vamos a mi casa a ver cómo se han llevado nuestros felinos.

Nos dimos un beso y esperé a ver cómo Nat desaparecía tras la gran arcada de los Reales Tribunales de Justicia.

¿Qué vas a hacer con tu vida?

Capítulo Nº 23 - Urdiendo un plan

Pasaron los días y las semanas. Natasha y yo, cada vez pasábamos más tiempo juntos, bien saliendo a cenar, yendo de compras, a tomar algo al Café 101, o simplemente quedándonos en su casa o en la mía después del trabajo. Ver la televisión, una película o preparar la cena juntos era algo que nos permitía conocernos más, y yo cada vez quería que ese tiempo que compartíamos no se acabara. Los jueves como era costumbre, o más bien casi religión acudíamos a comer a casa de mi hermana, me acompañaba Natasha y después llevábamos a Ruth a la escuela.

Nos encontrábamos a jueves y tras llevar a mi sobrina al colegio, Nat pidió un taxi para acudir a la casa de acogida donde se encontraba Svetlana para tratar unos asuntos, me ofrecí a llevarla, pero me pidió que no me lo tomara a mal, pues no podía acompañarla nadie. Era una norma del plan de acogida y debía de ser rigurosa; lo entendí y por lo tanto, aproveché para ir a hacer unas compras, una de ellas ya llevaba días rondándome la cabeza y me llevó más tiempo del que pensaba. A la vuelta llamé a Eli.

—¡Hola, hermanita!

—Hola, Randy. ¿Qué tal estás?

—Bien, bien, ¿y la princesa, qué hace?

—Está acabando las tareas de la escuela. ¿Qué te cuentas?

—Pues que estaba pensando en si el próximo domingo tenéis algún compromiso.

—No. ¿Por?

—Quiero hacer una comida en mi casa, para que nos reunamos todos.

—¿Por alguna razón en especial?

—Estaba pensando en que nos hemos juntado en casa de todos menos en la mía. ¿Te parece poco motivo?

—Bueno, mirándolo desde ese punto de vista es un motivo razonable.

—Voy a llamar a Walter y a Betty a ver si les va bien y si no, lo aplazamos para otro domingo, ¿vale?

—Vale, hermanito, ya me lo confirmarás. ¡Un beso!

—Otro para ti y uno enorme para Ruth.

Marqué el número de Walter.

—¿Randy?

—Hola, Walter.

—¿Qué te cuentas?

—Hoy no te he visto por el despacho, me comentaron que estabas en una reunión.

—¿Todo bien?

—Sí, sí, el motivo de mi llamada es para invitaros el próximo domingo a comer a mi casa.

—¿Qué celebramos?

—Bueno, hace tiempo que no nos juntamos en mi ático y me apetece que comamos juntos.

—Genial, pero se lo preguntaré a Betty, creo que el sábado comienza el turno de noche.

—Pues ya me lo corroborarás. Ah, ¿Leonard está aún en tu casa?

—Sí, aunque últimamente, no le vemos mucho el pelo, sale de fiesta con Morty y parece

ser que han hecho buenas migas.

—Pues díselo y que se venga también.

—*OK*. Hablamos.

Me puse a preparar una lista con todo lo que tenía que comprar para la comida del domingo, aunque todavía tenía que hablar con Natasha y Morty.

A eso de las nueve de la noche llamé a Nat.

—¿Residencia de los señores Williams? —pregunté bromeando.

—El señor está descansando. ¿Quiere que le deje algún recado?

La respuesta me desconcertó.

—Disculpe, quizá me he confundido al seleccionar el contacto.

Despegué el móvil de mi oreja para mirar la pantalla y ver que no me había equivocado.

—¡Randy, que soy yo, cariño! ¡Mira que eres inocente, petardo!

—¡Ya te vale, esta me la pagarás, guapita de cara!

—¡Eh, esa frase es mía!

—Nat, ¿todo es tuyo? Entonces tienes que venir a casa a darle de comer a Cascabel que ya parece más tuya que mía, ja, ja, ja.

—Tiempo al tiempo, listillo —nos reímos—. Bueno, cariño, ¿qué querías?

—Escuchar tu voz, te echo de menos, Nat.

—Y yo, amor, pero el deber es algo a lo que no podemos eludir.

—Lo sé. Quería preguntarte si tienes algún plan para mañana por la tarde.

—He quedado con Alona para ir de compras y a tomar algo. ¿Por?

—Iba a secuestrarte durante todo el fin de semana, ja, ja, ja, pero pospondré el secuestro para otra ocasión.

—Bueno, podemos quedar el sábado...

—Perfecto, podemos ir a comer por ahí.

—Me parece bien, aunque podríamos comer en mi casa o en la tuya.

—No, la cocina estará cerrada, ja, ja, ja.

—¿Dónde iremos?

—¡Bah! A cualquier lugar, ya se me ocurrirá, pero eso sí, ponte guapa, aunque ya lo eres, te pongas lo que te pongas, incluso si te quitas... Ya sabes que me gustas de todas las maneras.

—¡Uy, tú tienes un peligrooo!

—¡Pero te gusta! ¿A que sí? —me reí.

—Pues sí, ¿para qué negarlo? —se rio también.

—A las doce pasaré a buscarte y te secuestro todo el fin de semana.

—Ja, ja, ja, de acuerdo, prepararé ropa para llevarme.

—También te quería preguntar si te apetece que este domingo nos juntemos todos en mi casa para comer.

—¿Y eso?

—Nada, que hace tiempo que no nos juntamos y tengo mono de familia y amigos. ¿Tú no?

—Yo también, cariño. Me parece una idea genial. ¿Qué comeremos? Es para ver qué llevo.

—Me alegro de que te guste. Aún no he decidido el menú. ¿Tienes alguna sugerencia?

—Ya sabes que me gusta todo. Tú eres el anfitrión, lo que decidas me parecerá perfecto.

—Pues ya pensaré algo. Oye, ¿llamo a Morty o se lo dices tú?

—Pues no sé si es mejor que lo llames, porque últimamente está hecho un pendón, no le

veo mucho el pelo.

—Bueno, tampoco es que tenga mucho, ¿eh?

—Ja, ja, ja, te va a matarrr.

—No se lo digas o te va a dejar viuda antes de tiempo.

—¡Ja, ja, ja! Ya sabes que él mismo bromea con que tiene la frente ancha, o que tiene unas entradas grandes. ¿Quieres saber un notición?

—¡Claro!

—Morty me ha confesado que le gusta Leonard. Pero tú, ¡shhh! Es un secreto.

—¿No me digas? ¿Pero, lo ha descubierto ahora o desde el día que lo vio en casa de Walter y Betty?

—Yo creo que desde ese día, aunque él dice que desde que salen juntos por ahí con otras amistades, se está dando cuenta de que cada día le gusta más.

—¿Y a Leonard, le gusta él?

—Morty dice que no se lo ha dicho claramente, pero por cómo actúa con él, cree que sí. ¿Sabes otra cosa?

—Si no me la dices...

—Pues que Leonard ha pasado alguna noche en su casa.

—¿Pero, entonces, ha habido tema?

—No, han charlado de sus cosas, se han tomado alguna copa entre confesiones, pero luego ha dormido en el cuarto de invitados.

—Bueno, lo que sea ya se verá, ¿no?

—Pues sí, pero conociéndole, si es verdad que le gusta a Morty, y el otro no capta sus señales, se tiene que estar tirando de los pelos.

—Figuradamente, ja, ja, ja. Cariño, parecemos las dos cacatúas de la escuela de Ruth.

—Ja, ja, ja, pero nosotros cotilleamos sin maldad.

—Tienes toda la razón, señora abogada.

—Ah, creía que me ibas a decir señora Williams, ja, ja, ja.

—Por ahora, señorita Ivanova. Mañana nos vemos y hablamos. ¿Vale, cariño?

—De acuerdo, cielo.

—Te quiero, Nat.

—Y yo, Randy.

Corté la conversación con una sonrisa en los labios por haber podido escuchar la voz de Nat y por las cosas de Morty. Con ese buen sabor de boca, me dispuse a llamar al restaurante para hacer una reserva; hice una lista con todo lo que tenía que encargar en Panzer´s y después me estiré en el sofá a ver la tele un rato antes de irme a dormir.

La tarde del viernes, después del trabajo y de haber comido en casa, me puse manos a la obra con un proyecto que tenía ya hacía tiempo en mente tras haberme hecho alguna sugerencia mi sobrina, ya que el día anterior me dediqué a comprar los bártulos necesarios para desarrollarlo. Me llevó toda la tarde y hasta entrada la noche, pero quedó perfecto.

El sábado por la mañana recogí un poco la casa; llamé a Panzer´s a hacer el encargo para la comida del domingo, quedé en que me lo trajeran a casa a las siete de la tarde. También cepillé a Cascabel y limpié sus cacharros para ponerle agua y arena limpia. Miré el reloj y eran las diez y media, así que me metí en el baño para afeitarme y ducharme. Al salir, me dirigí al armario a escoger la ropa. Sopesé la idea de ponerme traje y estuve mirando cuál de ellos quedaría mejor para la ocasión. «Si me pongo el traje gris oscuro con camisa azul, ¿será demasiado? El lugar al que vamos a comer lo requiere. Pero, solo le dijiste a Nat que se pusiera guapa, no le dijiste

elegante. Ya está, me pondré la camisa blanca con estos pantalones azul marino y el jersey de hilo color celeste. ¡Puuuff..., en menudos berenjenales te metes Randy, con lo fácil que es ponerte un pantalón cualquiera, una camisa y un blazer, y ala, a la calle!» Me sorprendí frente al espejo riéndome por mis dudas con la indumentaria. Cascabel me miraba sentada sobre sus patas traseras desde encima de la cama curiosa por verme tan indeciso.

—¿Qué me aconsejas?

Su respuesta fue estirar las patas delanteras y recostar su cuerpo sobre ellas. Pensé en el lugar a dónde íbamos a comer y cuáles eran mis pretensiones; mis dudas se esfumaron al momento. Me puse el traje, pulvericé las manos y la ropa con mi colonia favorita para salir a buscar a Natasha.

A las doce en punto estaba tocando al timbre del interfono.

—Ya salgo —me avisó.

Al abrirse la puerta y salir, la tomé de la mano para admirarla. Traía sobre su brazo una levita del mismo color que su vestido: azul acero. De largura justo por debajo de la rodilla, ajustado, con escote cuadrado, sin ningún corte ni adorno, excepto en las mangas que eran de tul, tipo farolillo y rematadas con un volante de la misma tela del vestido. Complementaba su atuendo con un bolso de mano en color azul oscuro a juego con los zapatos de punta fina y tacón de vértigo que calzaba. Su maquillaje en tono *nude* resaltaba el color rojo de sus labios perfectamente delineados.

Solo pude decir:

—¡Guauu, Natasha, estás espectacular! —Nos besamos en los labios.

En ese preciso instante llegaba caminando Morty acompañado de Leonard.

—¡Pero, bueno! ¿Y estos bellezones, adónde van?

—Hola, Morty y Leonard —Nos dimos la mano. Nat les dio a ambos un par de besos en la mejilla—. Vamos a comer.

—¡Ah, qué bien! Por la vestimenta deduzco que no vais a un *burger*, ja, ja, ja.

—No seas cotilla, querido —le dijo Leonard a Morty a la vez que le ponía un dedo en los labios para que se callara, este reaccionó intentando morder su dedo.

—Bueno, chicos, nos vamos —les avisó Nat.

—¡Pasadlo bien! —respondieron los dos—. Nena —se volvió Morty—, si no nos vemos por aquí, nos veremos el domingo en casa de Randy.

—*Bye!* —se despidió ella.

—¿Los has visto? —dije señalando para atrás, al lugar donde antes se encontraban Leonard y Morty.

—Sí, parece que hay química entre ellos.

—¿Química? ¡Creo que no va a tardar mucho en haber fuegos artificiales!

Nat soltó una sonora carcajada.

—Por cierto, antes de que llegaran te iba a dar las gracias por tu cumplido. He de decir, que tú también vienes muy guapo. ¡Mmm, y qué elegante, te has puesto corbata y todo! No sé a dónde vamos, pero no me diste ninguna pista de cómo debía de ir vestida.

—Sabía de tu buen gusto para vestir —le dije mientras le sujetaba la puerta y ella entraba en el coche—, y como te dije, te pongas lo que te pongas, luces elegante.

Cerré la puerta y rodeé el coche para subirme.

—Imagina que se me ocurre ponerme unos vaqueros y un jersey.

—No habría pasado nada, Nat.

—Ya, pero habríamos desentonado, tú elegante y yo informal. La próxima vez me avisas,

¿eh?

Pusimos rumbo a Covent Garden aparqué el coche en un *parking* de la zona y nos fuimos al The Delaunay, un restaurante en el que había estado en varias ocasiones y al que me gustaba acudir por su buen ambiente, por su personal atento y por su exquisita comida. Nada más cruzar la puerta, el jefe de sala se acercó a nosotros, le di mi nombre, él revisó en su carpeta y nos invitó a que le siguiéramos para llevarnos a nuestra mesa, al sentarnos, nos ofreció la carta.

—Enseguida vienen a tomarle nota.

—Gracias —le respondimos.

—Bueno, ¿hay alguna razón en particular por la que hoy nos encontremos aquí? —me preguntó Natasha, mientras ojeábamos la carta.

—¿Debería de haberla?

—No sé, hoy no es una fecha especial al menos para mí. ¿Lo es para ti?

—No, simplemente es sábado, ja, ja, ja. Es un día como otro cualquiera, depende de ti si se convierte en especial o no.

Nat dejó la carta sobre la mesa.

—¿De mí?

—O de los dos.

Llegó el camarero.

—Buenas tardes, señores. ¿Han decidido que van a comer?

Miré a Nat para que pidiera ella primero.

—Sopa de coliflor trufada.

—¿El señor?

—También.

—¿De segundo? —le preguntó el camarero a Nat.

—Filete de dorada a la brasa con repollo negro y puré de apio y nabo.

—¡¿Dorada?! —pregunté escéptico, el camarero me miró intrigado y Nat más aún.

—Sí, me apetece, ¿por?

—Es que había encargado para mañana.

—No pasa nada, cariño. —El camarero estaba esperando con el bolígrafo a punto para anotar. Nat le miró y dijo—: Dorada.

—¿Y el caballero?

—*Confit* de pato con frijoles *flageolet* en jugo parisino.

—¿Tomarán vino?

—Sí —contesté.

—¿Tienen alguna predilección, o prefieren que el sumiller les aconseje?

—Tráiganos un *Sauvignon de Touraine*, para la carne, cambiaremos.

—Buena elección del caballero.

El camarero se marchó y Natasha quería seguir indagando.

—En realidad, me tienes un poco desconcertada. Tú trajeado, este restaurante..., no sé...

—¡Ja, ja, ja! No le des más vueltas. Disfrutemos del día, de la comida y de lo que vaya surgiendo.

—¡Pues disfrutemos! —Levantó su copa para chocarla con la mía.

Como no podía ser de otra manera, la comida fue entretenida, conversamos sobre nuestra semana laboral, del viaje que teníamos ambos pendiente, pero de forma individual, de cómo íbamos a cocinar las doradas para el día siguiente, de Morty y Leonard, de Betty y su embarazo. Al llegar el postre percibía en Nat cierto recelo, posiblemente, su sexto sentido de mujer le

traicionaba, aunque lo intentaba disimular. Tras el postre pedimos café. Al pedir la cuenta Nat quería que pagáramos entre los dos, hecho al que me negué.

—No me gustaría que este acto lo consideres una actitud dominante, simplemente quiero que lo veas desde un punto de vista galante por mi parte hacia ti —le expliqué cuando salimos a la calle.

—Está bien, señor galante, ja, ja, ja.

Pasé mi brazo por su hombro para atraerla hacia mí y nos dimos un beso, ahora la notaba algo más relajada.

—¡Eh! El *parking* está en la calle de atrás.

—Lo sé, cariño, vamos a caminar un poco para bajar la comida. ¿Te apetece?

—Me parece genial.

Caminamos por la avenida para ir a parar a los jardines Victoria Embankment junto a la orilla norte del río Támesis, lo cruzamos por el puente de Hungerford. A mitad del puente, nos paramos para ver la ciudad desde esa perspectiva.

—¿Recuerdas la noche que cenamos mientras navegábamos por este río?

—¡Sí! Es una experiencia que jamás podré olvidar. —Los ojos de Nat brillaban al evocar esa noche.

Enfrente teníamos el London Eye. Miré a Nat e inclinando la cabeza hacia la gran noria le pregunté:

—¿Te atreves? Un día te dije que estabas ganando puntos para subir.

—¡Nooo, que tengo vértigo!

—Pues subes en avión.

—Ya, pero no es lo mismo.

Puse mis manos juntas e intenté poner la carita de Ruth cuando quería algo.

—Las vistas deben ser espectaculares y nos las vamos a perder.

—¿No has subido antes? —me preguntó.

—No, y me apetece que mi primera vez sea contigo.

—Vaya, ahora te has convertido en un chantajista emocional, ja, ja, ja.

—Si no vamos, no podremos añadir esa experiencia a la lista de nuestras primeras cosas juntos.

Mientras deliberábamos si subir o no, íbamos bajando por las escaleras del puente que daban a unos jardines que llevaban hasta el London Eye. Estábamos situados debajo y la vista de esa gran estructura metálica era impresionante.

—¡Guauuu, es enorme! Mira que he pasado veces cerca, pero nunca me había situado aquí debajo.

—¿Qué? —le pregunté mirándola. Sus ojos parecían decirme que sí, pero con su cabeza me decía que no moviéndola de un lado a otro—. Nat, estás conmigo, no voy a dejar que te pase nada, además, mira, las cápsulas son grandes y hay asientos.

—Bueno, pero si me da un ataque de pánico y tienen que pararlo, tú serás el culpable —me dijo sonriendo.

—Espera aquí, voy a por los tiques.

En la caseta de venta me informaron de que en las cápsulas había capacidad para veinticinco personas, que duraba en dar una vuelta media hora y que la velocidad era tan lenta que apenas era perceptible. Hablé con la vendedora si podíamos subir en una cabina solo dos personas, pues era una ocasión especial. Me comentó los precios y servicios de alquilar una cápsula privada; elegí la que me pareció más idónea para el momento y la compré doble, nuestro

recorrido sería de dos vueltas. Me reuní con Natasha; tomé su mano y nos acercamos a la zona prioritaria de embarque, allí el revisor, al ver nuestros tiques, nos dijo que esperáramos unos minutos, enseguida vino una anfitriona que sería quien nos acompañaría en nuestro viaje. Traía consigo una caja, nos informó de que la noria no paraba, pero que su velocidad era tan lenta que daba tiempo a que se bajaran los viajeros y a que se subieran los siguientes. Nat se agarró con las dos manos a mí.

Sonreí.

—Tranquila, cariño.

La anfitriona nos hizo una señal para que estuviéramos preparados; cuando la cabina llegó a nuestro paso, subimos y Nat se fue al centro rápidamente para sentarse en una especie de banco central sin respaldo.

—¿No sube nadie más? —me preguntó.

—No, he comprado entradas de cápsula privada. Estaremos solo tú y yo, bueno, y la anfitriona que va incluida en la entrada, pero está ahí a un lado muy discretamente. Ven conmigo.

La volví a tomar de la mano; quería conducirla hacia las cristaleras para poder ver mejor la panorámica de la ciudad que comenzaba a quedar por debajo de nosotros.

—No —me dijo a la vez que movía la cabeza sin soltarme de la mano.

—No pasa nada, cariño, yo te sujetaré todo el tiempo que haga falta. —Se puso de pie y caminó junto a mí para detenernos a un metro, me situé a su espalda y la agarré por la cintura, ella puso sus manos sobre las mías.

—¡Es impresionante! —dijo algo más relajada.

Desde luego que lo era, el Big Ben tan imponente desde el suelo, ahora parecía de juguete en la altura. Divisábamos el Parlamento, el Támesis, Buckingham Palace, la abadía de Westminster y otros edificios. Miré a la anfitriona y le hice una señal para que esperara.

—¿Te gusta, Nat?

—¡Me encanta, cariño, gracias!

—Me alegro.

—He de confesar, que si no hubieras insistido, jamás me habría subido aquí.

—En realidad, te he traído aquí por un motivo. —Ella se giró automática y estratégicamente para que no la soltara de la cintura. Clavó sus ojos interrogantes en los míos—. Hasta ahora, nunca hemos hablado de una manera directa de nuestros sentimientos aunque son más que evidentes. He de decir, que les estaré agradecido eternamente a mi hermana y a mi sobrina que fueran tan pesadas a la hora de insistir en que acudiera a nuestra cita a ciegas. —Ella sonrió—. Has llenado mi vida de luz y color, me gusta como eres, cómo sabes ver el lado bueno de las cosas y solo pensar en ti provoca que en mi cara se dibuje una sonrisa que no quiero que se borre nunca. Los días que pasamos juntos se me pasan volando y cuando estamos separados por nuestro trabajo u otros quehaceres, los minutos se hacen horas, las horas se hacen eternas hasta que nos volvemos a ver. Antes, mi casa era mi guarida, mi refugio, donde desconectaba de la rutina y me recargaba anímica y psicológicamente, pero ahora ya no es lo mismo si tú no estás. Cuando estamos juntos me gustaría poder detener el tiempo porque no quiero que pasen las horas, porque eso significa que nos tenemos que volver a separar y solo pienso en el momento en que nos volveremos a ver, o en que llegue el fin de semana para poder compartirlo contigo, ya sea en tu casa o en la mía, pero después siento que mi casa está vacía, porque tú, Nat, la llenas con tus risas, con tu presencia y con nuestras charlas. —Ella hizo intención de decir algo; puse un dedo en sus labios para detenerla—. Espera, cariño. Estoy monopolizando el momento, pero

es que necesito confesarte más cosas. Pensaba que a mi edad ya no iba a volver a querer o a enamorarme de alguien, y ahora me doy cuenta de que no se trata de querer, sino de amar. Yo te amo, Natasha. Tengo una edad en la que sé lo que necesito y quiero, y yo te necesito y te quiero, amor.

—Random, yo también te amo. Creía tenerlo casi todo; un trabajo que me gusta y que me permite vivir cómodamente, aunque me satisface más la labor que desempeño que el lado económico, tengo a mi abuela y a mi hermano lejos, pero me llega su amor y tengo personas a las que quiero y me quieren incondicionalmente, pero también me he dado cuenta de que mi vida estaba vacía, porque me faltabas tú.

Nos besamos apasionadamente, la noria se encontraba en el punto más alto; la panorámica de la ciudad era ahora lo menos importante. Me separé de Natasha para apoyar mi rodilla derecha en el suelo, ella al ver mis intenciones puso una mano en su boca, probablemente, para evitar estallar en llanto, pero sus ojos húmedos la delataban. Metí mi mano en el bolsillo derecho de la americana y saqué una cajita de Tiffany, la abrí y mostrándole un anillo le dije:

—Natasha Ivanova, mi vida eres tú y me gustaría que el resto de nuestros días los pasemos juntos. ¿Te quieres casar conmigo?

Las lágrimas irremediablemente desbordaron sus ojos, los segundos que tardó en contestar me parecieron eternos.

—¡Sí! ¡Claro que sí, cariño!

Me agarró de la mano para que me levantara y nos fundimos en un beso lleno de amor puro y desinteresado.

—Déjame que te ponga el anillo. ¿Te gusta?

Ella extendió su mano y se lo puse en su dedo anular.

—¡Oh, cariño, es precioso!

—No tanto como tú, amor. ¿Sabes por qué lleva tres diamantes?

—No. Cuéntamelo tú.

—En primer lugar, la persona que me atendió en la joyería se encargó de informarme de que los dos diamantes que coronan el central tienen forma de pera, simbolizan lágrimas de felicidad, y en segundo lugar, por la conversación que tuvimos en nuestra primera cita en el Café 101.

Ella se quedó pensando para reaccionar rápidamente:

—¿Por lo de que te gustaría tener tres hijos?

—Bueno, en un principio sí, pero puede tener distintas lecturas, el destino se encargará de revelárnoslo. Dime una cosa. ¿Tan mal lo he hecho que no paras de llorar?

El llanto dejó paso a la risa.

—¡Ja, ja, ja! ¡No, lo has hecho genial, es de felicidad! —Señaló el anillo por lo que simbolizaban aquellos diamantes.

Miré hacia atrás y le hice una señal a la anfitriona. Ella se acercó con una botella de champán Pommery Rosé, dos copas y una caja de lujo Hotel Chocolat Pink Champagne Truffles. Me ofreció la botella para que la abriera y llené las copas.

—Tome usted una copa y brinde con nosotros, por favor.

—No, gracias, no me está permitido. Disfruten ustedes de esta experiencia. ¡Felicidades! —nos dijo mostrándonos una sonrisa.

Dejé la botella sobre el banco junto a la caja de trufas para brindar.

—¡Por nuestro amor!

—¡Porque sea infinito! —añadió Nat.

—¿Nos puede hacer una foto, por favor? —le pregunté a la anfitriona.

—Por supuesto, este momento tiene que ser inmortalizado.

Le di mi móvil y nos hizo varias fotos con la ciudad de fondo a nuestros pies, besándonos, mostrando Nat su anillo, abrazados, brindando. Fotos que quizá algún día podremos enseñar a nuestros hijos y nietos, o cuando seamos viejecitos mirándolas, podamos rememorar este día.

—¿Me permites una pregunta?

—Una y todas las que quieras, Nat.

—¿Dónde quedó aquello de la edad, Romeo?

—Señorita Cenicienta, entonces no te conocía. ¿Te vale la respuesta?

—Sí. ¿Sabes?

—Sorpréndeme, mi bella prometida.

—Tengo treinta y seis años. Querías una mujer a poder ser que superara los cuarenta, y nunca más hemos vuelto a hablar del tema.

—Lo sé, cariño. Al conocerte, ese detalle pasó a un segundo plano.

—Los acababa de cumplir una semana antes de conocernos.

—¡Ostras! ¿Y no me lo has contado hasta ahora?

—Tú tampoco lo has preguntado, ja, ja, ja. ¿Habría cambiado algo, Randy?

—La verdad, es que creo que no, Nat. Opino que los dos nos hemos enamorado de la persona y de su alma.

—Tienes razón, amor.

La noria llegaba a su punto de partida.

—Vaya, se acaba el viaje —se lamentó mi prometida—. Habrá que volver otro día.

—No, cariño, no nos bajamos aún. Había contratado dos vueltas previendo que en la primera, no íbamos a poder disfrutar del paisaje.

—Lo tenías todo premeditado. ¿Eh?

—Sí, he de confesarlo. Ahora podemos recrearnos en las vistas como una pareja comprometida.

Nat sonrió amorosamente; tomó una trufa, la puso estratégicamente entre sus labios y los acercó a los míos para ofrecérmela. Quise darle un mordisco al bombón para compartirlo, pero con el calor de su boca y de la mía el chocolate se derretía al momento y yo solo quería que nuestros labios se rozaran de nuevo. Nuestras lenguas se buscaron con deseo; agarré a Nat por la nuca para pegar su boca más a la mía, ella rodeaba mi cuello con sus manos y con una de ellas agarraba mi cabello con fuerza, la empujé el metro que nos separaba hasta el cristal que hacía de pared, ella se dejó llevar cerrando los ojos, seguramente para no ver el abismo que nos separaba del suelo firme. Me apreté contra ella y puse mi mano sobre su pecho, la suave tela de su vestido y del sujetador me permitía notar su pezón erguido. Mi cuerpo reaccionaba provocándome una erección. ¡Uuuff! Le hubiera quitado la ropa allí mismo y hubiéramos sucumbido a la lujuria del deseo carnal, pero Nat susurrándome al oído me advirtió:

—No estamos solos, cariño...

Sus palabras me hicieron volver a la realidad, por un momento me había olvidado de la presencia de aquella amable señora que nos acompañaba, aunque se encontraba de espaldas a nosotros.

—Me muero por poseerte, si no estuviera ella ahí, ahora mismo estaría besando tu cuello, tus senos, recorriendo con mis manos tu cuerpo...

Ella se mordió el labio inferior.

—No calientes la comida que no te vas a comer —sonrió sensualmente.

—Por ahora... Tú y yo tenemos cuentas pendientes.

Nos acercamos al banco para coger nuestras copas, las llené de nuevo y nos centramos en contemplar el paisaje abrazados y en hacer algunas fotos de las vistas.

Después de una hora bajamos del London Eye o Millenium Wheel con nuestras vidas cambiadas, pues habíamos subido como dos personas que compartían ideas, gustos y ratos de intimidad sin un objetivo marcado, sin ponerle nombre a nuestra relación; viviendo el día a día sin más; dejando que el destino marcara nuestras vidas, para bajarnos con el compromiso entre dos seres que se aman, de unir sus vidas y formar una familia.

Al salir de la cápsula, las personas que esperaban para subir nos miraban curiosos, pues salíamos abrazados con la caja de trufas que nos quedaban en una mano y yo abrazado con la otra a Natasha, nuestras caras lo decían todo. Un poco más adelante, nos encontramos con un puesto de flores, vi un gran ramo de rosas rojas, no reparé en cuántas eran, la florista se encargó de hacerme saber que llevaba cuarenta y dos. Pagué y se las regalé a mi prometida.

—Gracias, cariño —ella me correspondió regalándome un beso—, pero no era necesario. ¡Madre mía, qué exagerado eres! —exclamó poniendo su mano sobre la frente.

En realidad, el ramo era bastante voluminoso.

—A la futura señora Williams todo lo que le pueda ofrecer es poco. Me siento tan dichoso que hubiera comprado la floristería entera.

—¡Ala! Me encantan las flores, pero me da lástima que duren tan poco.

—Sí, pero sé que tú tienes un truco para conservarlas.

—Ja, ja, ja, no puedo guardar todas, aunque una sí que conservaré de recuerdo por este maravilloso día.

—Y los que le seguirán, amor. Anda, déjame que lleve yo el ramo y toma tú las trufas. —Abracé por el hombro a Nat y ella se agarró a mi cintura—. ¿Vamos para casa?

—Sí, tenemos un montón de faena por delante.

—Tranquila, está todo controlado, ya hice el pedido a mi tienda *gourmet* predilecta —respondí pensando en que se refería a la comida del día siguiente.

—¡Ja, ja, ja! No me refería a ese tipo de faena, sino a la de ponernos de acuerdo en la fecha, buscar un lugar, los preparativos y todo lo que una boda conlleva.

Hice el gesto de poner una pistola imaginaria en mi sien por mi metedura de pata.

Pusimos rumbo al *parking* para coger el coche y marcharnos a casa. Al llegar, Cascabel nos recibió con su particular ronroneo.

—Hola, gatita linda —le dijo cariñosamente Nat agachándose para que se subiera a sus brazos.

—Miauuu —le correspondió la gata.

—¿Echas de menos a Franky?

—Miauuu.

—No te preocupes, tu dueño tiene planes que nos cambiarán la vida a todos.

Nat me miró y ambos sonreímos.

—Espera que traigo un jarrón para el ramo. —saqué del mueble del salón uno y fui a la cocina para llenarlo de agua.

—Voy al baño —me dijo ella dirigiéndose al pasillo, desde allí pude escuchar su voz—: ¿Qué es esto? —Una ligera melodía sonaba—. ¡Qué bonito!

Llevé el jarrón al salón y esperé a que Nat volviera.

—Cariño, escoge el lugar donde poner el ramo.

Ella sumergió los tallos en el agua y lo puso sobre el centro de la mesa.

—Aquí está precioso. ¡Qué chulada lo del pasillo!

—¿Te gusta?

—No me gusta. ¡Me encanta!

—Es para ti y para Ruth, cada tira contiene una nota y una luz que al ser tocada se activa creando una melodía. El viernes por la tarde estuve atareado colocándolas.

—Mmm..., eres un partidazo, amor; guapo, trabajador y detallista.

Ella se agarró a mi cuello para besarme.

—Desnudo gano puntos, ja, ja, ja.

—Estoy de acuerdo en eso, menos mal que tengo el privilegio de verte así yo sola, ja, ja, ja.

Por inercia y más bien, deseo, mis manos bajaron la cremallera de su vestido, al descubrir su hombro lo besé y pude percibir cómo la piel se le erizaba con el calor de mis labios, pero alguien inoportunamente tocó el timbre del videoportero y ella subió el hombro de su vestido. Acudí a ver quién era, al darle al botón de la cámara pude ver que era un trabajador de Panzer´s.

—¿Señor Williams? Le traigo su pedido.

Accioné el botón para que abriera la puerta de la entrada.

—Cariño, vienen a traer la compra.

Ella se dio la vuelta para que le subiera la cremallera. Me dirigí al distribuidor para abrirle la puerta de casa al repartidor.

—Adelante —le dije extendiendo mi mano para que pasara.

Él ya había venido en diversas ocasiones a traerme la compra, por lo que se adentró en la cocina con su carro portando varias cajas que fue dejando sobre el mármol de la isla.

—Aquí está todo, señor. Creo que no falta nada, si falta algo o algo no es de su agrado háganoslo saber.

—De acuerdo. ¿Qué le debo?

Él me alcanzó el tique de la cuenta. Saqué de mi cartera la tarjeta de pago y él de su riñonera el datáfono. Hicimos la transacción; saqué un billete de veinte libras y se lo di de propina.

—Muchas gracias, señor. Que tengan un buen fin de semana, señores Williams.

Le acompañé a la salida, al volver le dije a Nat:

—¿Has visto? —Señalé para la puerta—. Él ya te ve como la señora Williams y eso me gusta.

Se rio.

—Vamos, cariño, a guardar todo esto.

—¡A la orden, señora Williams!

Nos pusimos codo con codo a guardarlo todo en la despensa y en el refrigerador.

—Bueno, ya está todo colocado, voy a ponerme ropa más cómoda.

—Por cierto, Nat, tú y yo teníamos una cuenta pendiente que resolver...

Ella puso su dedo índice en la comisura de sus labios coquetamente.

—Pues sí, y ya que lo dices... —Me agarró de la corbata tirando de ella y sensualmente me dijo—: Vamos al dormitorio que te voy a ajustar todas las cuentas.

¿Qué vas a hacer con tu vida?

Capítulo Nº 24 - Oficializando el compromiso

El domingo, Natasha se despertó primero, se encontraba de lado, Random estaba pegado a su espalda y la tenía abrazada por la cintura. Ella tocó el anillo de su dedo anular, se le dibujó una sonrisa en su cara y pensó: «Quiero despertarme así todos los días». Se dio la vuelta y le dejó un beso en los labios a su amado. Se levantó, se puso una bata y fue a prepararse un café. Cascabel al ver movimiento por la cocina se acercó a husmear quién andaba por allí.

Ya con la taza en la mano, Nat se aproximó al ventanal del salón; accionó el interruptor de la persiana que fue elevándose poco a poco y pudo comprobar que el día era plúmbeo y lluvioso. Dio un sorbo a su café y al levantar la vista, en el reflejo del cristal vio la silueta de Random.

—Buenos días, cariño. —Ella giró su cara y le di un beso en la mejilla—. Qué día más feo, ¿no? —Miré su taza y ella me ofreció para que bebiera.

—Cada día tiene su encanto, amor. Aunque esté el día gris, hoy será otro día para enmarcar en el libro de nuestra vida, porque estaremos con las personas que queremos.

—Tienes razón, como siempre, Nat.

Puse en marcha el hilo musical; busqué un emisora de radio para escuchar las noticias y nos fuimos a la cocina a desayunar.

—Voy a preparar unos *blinis*, ayer vi que compraste salmón.

—¡Ummm..., sí me encantan! Betty me mandó un mensaje; decía que traerían alguna tarta para el postre.

—Podemos dejar la mesa arreglada y dej...

Le interrumpí para soltar una de mis bromas:

—¿Está rota?

Nos reímos los dos, ella movió la cabeza a ambos lados y dejó sus ojos en blanco.

—Quería decir la mesa puesta y dejar la comida medio preparada, para que esté todo casi listo, para cuando lleguen los invitados.

—De acuerdo.

—Así, cuando tengamos todo controlado, nos podemos duchar y vestir para la ocasión.

—¡Mmm, la parte de la ducha es la que más me gusta! —dije moviendo las cejas de arriba a abajo.

—¡Ja, ja, ja, no tienes remedio!

Nat se puso a preparar la masa de las tortitas rusas y yo, mientras, en el salón abría la mesa para hacerla más grande. Cambié de emisora para poner una en la que solo eran baladas. Gradué el volumen para crear un ambiente agradable del que poder disfrutar por toda la casa. Sonaba en ese momento *Something*[37] de los Beatles una balada que parecía haber sido escrita para nosotros dos. Me fui a la cocina tarareándola y moviéndome lentamente al son de la canción. Cuando esta decía: *No lo sé, no lo sé.* Yo alzaba la voz para decir: *Lo sé, lo sé.*

Natasha me observaba y se animó a cantarla conmigo, mientras cada uno hacía su tarea. Saqué un par de bandejas del horno para preparar el pescado.

—¿Te gusta la dorada a la sal, Nat?

—Sí, así queda exquisita.

—Es mi especialidad, claro que, la receta no tiene mucho misterio, ja, ja, ja. ¿La has

cocinado así alguna vez?

—No, ahora observaré al *chef*. —Saqué las doradas del frigorífico y las dejé sobre el mármol, junto al paquete grande de sal—. ¿Te ayudo? —Se ofreció ella.

—¿Te molesta tocar el pescado? —le pregunté mientras mezclaba la sal gruesa con la fina y un poco de agua.

—No, sin problemas.

—Haz como yo en esa otra bandeja y forma una cama con esta mezcla de sal. Ahora, ponemos las piezas encima y cubrimos con el resto de la mezcla. —Me situé detrás de Nat—. Así, presiona suavemente —puse mis manos sobre las de ella acariciándolas—, para que queden bien cubiertas... —le susurraba por detrás de su cuello.

Ese ritual culinario junto a la música de fondo nos estaba haciendo desvirtuar el momento convirtiéndolo en un acto lleno de sensualidad, y es que tener a Natasha tan cerca y receptiva hacía despertar en mí uno de todos los instintos primarios de todo ser humano, pero el sonido del móvil nos sacó de aquel trance.

—¡Eli!

—Ja, ja, ja, soy yo, tío Randy.

—¡Hola, princesa! ¿Qué te cuentas?

—Mi mami me ha dicho que te llame para decirte que llevaremos vino.

—Ah, vale.

—¿Hay zumo para mí?

—Claro, en casa nunca puede faltar. Espera, que te paso a alguien.

—Hola, cielo —le saludó Nat.

—¿Ya has llegado a casa del tío Randy?

—Bueno, digamos que sí —sonrió.

—¡Mami, nos tenemos que ir a casa del tío Randy, ya! —Nat escuchó cómo la pequeña se dirigía a su madre y ella le decía—: Anda, dame el teléfono.

—Hola, Eli.

—Hola, Nat. Iremos a la hora que quedamos, sobre la una.

—Muy bien, aquí os esperamos.

Ambas colgaron el móvil.

—Qué oportuna mi hermanita... ¿Por dónde íbamos?

—Pues íbamos al baño, yo a ducharme y tú a afeitarte que rascasss.

Faltaba algo más de media hora aproximadamente para que comenzaran a llegar los invitados, ya habíamos ultimado algunos detalles para que todo quedara perfecto.

Natasha se había puesto unas mallas negras con un jersey largo de punto de color coral; completaba su vestimenta con unas deportivas y perfectamente maquillada, un *look* que la hacía juvenil sin perder su elegancia.

—Estás preciosa, cariño.

—No sé si me dirás lo mismo cuando tenga diez años más, con tres hijos, recién levantada y con la bata de boatiné, ja, ja, ja.

—Seguro que lo seguirás estando.

—Mmm, tú hoy tienes el guapo subido —me dijo ella lanzando un silbido—. Estás para decirte a todo que sí, ja, ja, ja.

Me reí por su ocurrencia. Me había puesto unos pantalones de algodón tipo pitillo de color caqui, los Hogan marrones y un jersey de punto blanco y cuello de pico, al que yo denominaba «de la suerte». Debajo, una camisa blanca de rayas muy finas y del mismo color que

los pantalones.

—¿Te apetece tomar un combinado?

—Sí, estoy seca.

—¿Alguna predilección?

—Me fío de ti.

Fui al congelador para sacar hielo y lo piqué, lo traje hasta el mueble bar y allí me puse a preparar un par de copas.

—Voy a preparar una pócima secreta para que siempre me veas guapo y no te canses de mí —bromeé, ambos nos reímos.

—¿Te puedo hacer una pregunta que me lleva rondando desde ayer?

—Claro, dispara. —Ella hizo ademán de querer reivindicar la posesión de ese dicho—. Lo sé, esa frase es tuya, ja, ja, ja.

Ella también se rio y procedió a preguntarme:

—¿Tú ya tenías todo esto tramado, verdad?

—Sí. Perdóname si te dije una pequeña mentirijilla cuando puse por excusa que tenía mono de familia y amigos para hacer aquí una comida, en realidad era así, pero también pensé que era la oportunidad de dejar clara nuestra relación. Ellos seguro se imaginan algo, pero yo necesitaba ponerle un nombre ya, y saber también, si tú aceptabas ese compromiso, de manera que aprovechando que hoy estarían todos aquí anunciárselo.

—¿Sabes?

—Dime.

—Cuando te vi trajeado, tan elegante y fuimos al restaurante, me imaginé que te traías algo entre manos y, para serte sincera, he de confesar que me sentía un poco nerviosa.

—¿De verdad?

—Sí.

—El sexto sentido que tenéis las mujeres, no falla.

—Cuando pedimos el postre pensé: ¿me pedirá matrimonio? Pero al ver que nos lo comíamos, nos tomábamos el café y no decías nada, me relajé y ya, cuando pediste la cuenta y nos fuimos, esa intuición que tú dices se esfumó.

Me acerqué al piano, Nat se había sentado en la banqueta de espaldas a él y le di el combinado.

—A ver si te gusta.

Chocamos nuestras copas y le dio un sorbo. Me senté a su lado.

—¡Guauuu! ¡Está delicioso! ¿Qué lleva?

—Granadina, vermut seco, ginebra, *brandy* de albaricoque y unas gotas de limón. Es un invento mío.

—¡Madre mía! Eres una caja de sorpresas que no paro de descubrir. —Le había gastado una broma y estaba intentando contenerme la risa, pero esta, me delató—. ¿De qué te ríes?

—Es que... —Inclinó su cara hacia mí esperando la respuesta—. Que..., que te he dicho una mentirijilla. El cóctel no es mío, se llama *english rose*.

—¡Serás...! —Me dio un golpe con su hombro en el mío, al pillarme desprevenido casi me caigo de la banqueta.

—Eso, ahora tírame al suelo y te tendrás que casar con un lisiado.

Las carcajadas de Nat resonaron por todo el salón.

—Volviendo al tema de la petición. —Quiso seguir ella escudriñando.

—Sí, te escucho, que tengo curiosidad.

—Pues que esa intuición de la que te hablaba se marchó por completo. ¿Lo de subir al London Eye, también lo tenías planeado?

—Sí.

—¿Y si no me hubieras convencido? Sabías que tenía vértigo y podía haberte salido el tiro por la culata si me hubiera negado en rotundo a subir.

—Pero tenía un plan B, cariño.

—¿En qué consistía ese plan?

—No sé si decírtelo, Nat...

—¿Era mejor que el A?

Me reí antes de contestar.

—No.

—¡Ah, menos mal, porque si hubiera sido mejor preferiría no saberlo! Aunque creo, que no puede haber otro plan mejor. ¿Me lo cuentas?

—¿Seguro?

—Sí.

—Te hubiera cargado al hombro como un saco de patatas.

Antes de que reaccionara me levanté de la banqueta situándome a un par de metros delante de ella.

—¡¿Quéééé?! —Se quedó con la boca abierta y sorprendida a la vez.

El timbre del videoportero me salvó y señalando hacia el distribuidor, le dije:

—Están llamando, voy a abrir.

Al accionar el botón de la cámara vi la cara de Ruth haciendo poses con sus morritos.

—Le habla el robot de la casa. Lo siento, señorita, la cámara hoy no funciona para hacer fotos.

—¡Ja, ja, ja, tío Randy eres tú!

—¿Y tus llaves, Eli?

—Ah, pues en el bolso. ¡Pero abre, pesado que seguro que las busco y no las encuentro ahora!

Me reí.

—Si no me enseñáis la patita, no os abro.

Eli subió el brazo con el puño cerrado, detrás de ella, Scott levantó una bolsa para decir:

—¿Te vas a perder estos vinos que hemos traído?

—Vale, vale, ya os abro.

El matrimonio y la pequeña entraron al edificio. Esperaron a que el ascensor quedara libre. Al llegar a la planta de la entrada se abrió la puerta y salió la señora Madison.

—Buenas tardes, Elisabeth y familia —les saludó con aquel rostro ceñudo que la caracterizaba.

—Buenas tardes, señora Madison —respondieron los tres.

—¿Está su hermano peor? Últimamente viene por aquí mucho su enfermera, aquella que vino a curarle varias noches seguidas.

Ruth iba a preguntar algo al escuchar que venía una enfermera, pero Elisabeth que la llevaba cogida de la mano, se la apretó y la pequeña entendió que debía de permanecer callada.

—Sí, señora Madison, la conozco y es posible que la vea más a menudo si mi hermano la precisa. Está en su casa y ya es mayor para hacer lo que le plazca.

La mujer al escuchar aquella respuesta solo se le ocurrió decir:

—Por supuesto. ¡Que tengan un buen día!

Al llegar al ático la puerta del piso estaba abierta. Scott gritó:

—¡Aaa de la casaaa!

—No grites cuñado, que me vas a despertar a los niños, ja, ja, ja.

Nos dimos un abrazo.

—¡Tío! —Mi sobrina se me abrazó a las piernas y le correspondí con un beso, se soltó rápidamente para besar a Natasha—. ¡Hola, tía Nat! —Enseguida apareció Cascabel que de un salto fue a parar a los brazos de Ruth.

Eli nos besó a Nat y a mí. Nos fuimos al salón.

—Por cierto, Randy, me parece que a tu vecina, la señora Madison, no le caemos bien. Que lo sepas.

—¿Por? Qué os ha pasado ya, con esa cacatúa?

—Nos la hemos encontrado en la entrada; quería cotillearme algo y le ha salido el tiro por la culata.

—¿Pero, me quieres explicar el qué?

Scott que vio que Elisabeth se estaba riendo, tomó las riendas de la conversación.

—Por lo visto, le quería contar a tu hermana que tienes una enfermera particular —Natasha se ruborizó un poco al pensar que quizá la vecina les habría explicado el encuentro en el ascensor—, y ella le dijo algo así como que se fuera acostumbrando a verla por aquí.

Al escuchar aquello me eché a reír.

—¿Eso le dijiste?

—Sí —respondió rotundamente.

Mi reacción fue aplaudir.

—¡Bravo, Eli!

Nos reímos los cuatro. Elisabeth que se sentía bien por haberme defendido, añadió:

—Me he quedado a esto —juntó sus dedos pulgar e índice—, de mirarla fijamente a los ojos y decirle: ¿qué problema hay, señora Madison? —Nos volvimos a reír. Se dirigió a Natasha y le dijo—: Tú ven cuando te dé la gana. ¿Estamos, Nat? —Ella sonrió cariñosamente y asintió con la cabeza—. Bueno, vamos al lío. ¿Hay que ayudar en algo? Aunque ya veo que tenéis preparada la mesa. —El ramo de rosas estaba colocado en el centro—. ¡Guauuu, ese ramo es precioso!

—Me lo regaló ayer tu hermano.

Elisabeth que iba para la cocina no se dio cuenta de la explicación de Natasha. Ella la siguió y se afanó en explicarle que quedaba cocer el arroz para acompañar las doradas que estaban listas para meterlas en el horno.

Yo, mientras tanto, colocaba las botellas de vino que había traído mi cuñado en la nevera.

—¿Sabes, Randy?

—Dímelo, hermanita.

—Estos días me están recordando mucho, lo que disfrutábamos en familia.

—A mí también, Eli. Los valores que nos enseñaron nuestros padres son un legado muy bonito.

El sonido del videoportero nos sacó de la melancolía. Fui a abrir y le hice una señal a Nat para que me acompañara a la puerta a recibir al resto de invitados. Los primeros en entrar fueron Walter y Betty. Hubo cruce de besos y abrazos entre los cuatro, Betty se quedó mirando el cuadro en el que Morty había inmortalizado a Nat.

—¡Impresionante! Parece una foto tomada con una cámara.

Morty que entraba seguido de Leonard, al escuchar el comentario de Betty, no tardó en

decir:

—¡Eh, eh, el artista de ese pedazo de cuadro está aquí!

Todos nos reímos.

—¡Adelante. Bienvenidos a mi casa! —Les saludé con un abrazo y Nat le dio a cada uno un beso. Pasamos al salón y les ofrecí tomar algo—: Mientras se hace la comida, ¿os apetece un cóctel?

—¡Sorpréndenos, cuñado! —gritó Scott.

—El mío sin alcohol, Randy —dijo Betty.

—¡Y el mío! —añadió Ruth.

—Tranquilas, todo está controlado, para vosotras os prepararé un *san francisco* y para el resto, el cóctel del día: un *english rose*, que acompañaremos con estos canapés y *blinis* hechos por Nat.

Las mujeres se fueron para la cocina a poner en marcha la comida y Ruth que ya había descubierto las tiras del pasillo andaba tocándolas y componiendo una música desacompasada.

Serví las copas a los invitados, al llegar a Morty, me comentó con mucha gracia:

—¿Me enseñas tu cueva, guapo? Me tiene desconcertado que seas tan perfecto, ¡machote!

—¡Ja, ja, ja, claro! Como puedes ver, este es el salón.

—¡Menudo salón, chico! Ay, mira, el piano donde debes de entrenar tu ingenio.

—Se llama Rossy, tío Morty —le indicó Ruth.

—¡Uy! ¿Le has puesto nombre?

Sonreí ante su mirada entre curiosa y escéptica. Nat se nos unió para mostrarle el piso.

—En honor a mi madre, se llamaba Rosemary. —Él que mantenía su boca entreabierta, la cerró formando en su cara una mueca como para no dejar salir ninguna palabra—. Salgamos a la terraza.

—¡Fiuuu! —Morty lanzó un silbido apoyado sobre la baranda de balaustres—. ¡Mátame camión!

—¿Te gusta, Morty? —le preguntó Natasha.

—Cariño, estas vistas son mejores que las nuestras. Es tan grande que caben muchos niños, empezando por esta princesita. —Se agachó para hacerle cosquillas a Ruth.

—Ja, ja, ja, tío Morty, que tengo muchas cosquillas.

—Sigamos —le propuse.

—Sí, que con esta llovizna se me va a arrugar el traje, ja, ja, ja. ¡Neeenaaa! Tú ya te debes de conocer el piso como la palma de la mano, ¿no, guapa? —le preguntó con cierta ironía.

Ella sonriendo, le sacó la lengua. Al pasar por el pasillo, Ruth se entretuvo de nuevo con las tiras de luz y música.

—Mira, tío Morty.

Pasó su mano rápidamente provocando una musiquilla y unos halos de luz.

—¡Oh, qué vacilada! —exclamó él—. ¿Puedo?

Y antes de que Ruth contestara se puso a tocar las tiras con Ruth.

—Esto de las luces fue idea mía. ¿A que sí, tío Randy?

—Claro, cielo, y era una sorpresa que tenía preparada para ti y para la tía Nat.

—¿Sí? ¡Qué guay, tía Nat, el pasillo es nuestro! ¡Gracias, tío Random!

Nos reímos por su ocurrencia.

—Ya veo que tu tío escucha a las féminas que le rodean, y eso le hace mejor persona.

Hicimos el recorrido por los dormitorios y baños, por último, le enseñé la cocina. Al

llegar al salón donde se encontraban sentados en el sofá el resto de los invitados, Morty se hizo notar pronunciando estas palabras:

—Me encanta este ático y el dueño mássss. Puedo prometer y prometo... ¡Aaagh, parezco un político, por Diosss! —Todos nos echamos a reír esperando el final de su frase, pues de él te podías esperar cualquier cosa—. Que como algún día dejes de ser hetero, tú a mí no te me escapasss.

Las risas acabaron en carcajadas.

—Bueno, ¿cuándo se come en esta casa? —preguntó Walter—. Que hoy no he desayunado y parece que tengo un león en el estómago.

—¡Anda, qué envidioso eres, hermano! —espetó Leonard—. Betty lleva en su tripita un bebé y tú no querías ser menos haciéndole la competencia con un león, ja, ja, ja.

—¡Venga, todos a la mesa, que el olor de la comida denota que está en su punto! Cariño, ¿me ayudas?

—Claro, cielo.

Me siguió Nat a la cocina, enseguida aparecieron Eli y Betty para ver a qué ayudaban. Natasha le indicó a Eli que le ayudara a servir platos; una ponía el pescado y la otra un poco de arroz blanco con guisantes y zanahoria. A Betty le pedí que le pusiera la salsa César a las ensaladas, y yo me dediqué a llevar platos a la mesa.

—Cuñado, ven a la nevera a por el vino —le ordené a Scott—. Ya sabes que el que no nos bebamos se queda aquí —me reí.

Él se quedó pensativo y contestó:

—Entonces, sacaré primero el bueno. ¡Ja, ja, ja!

Cuando ya estaban todos los platos en la mesa, nos pusimos a comer. Conversábamos de distintos temas, como por ejemplo, del día lluvioso con el que había amanecido y que parecía ser, no iba a parar en todo el día, de que pronto llegaría el otoño, de que en breve, tanto Natasha como yo teníamos un viaje previsto por separado.

Nat y yo habíamos acordado que anunciaríamos nuestro compromiso en el postre, pero la casualidad o la perspicacia de alguien cambió los planes, cuando ella fue a pinchar con el tenedor, la ensalada de una de las bandejas centrales.

—¡Oh, Dios mío! —gritó Morty llevándose las manos a la cara provocando que todos se callaran y se centraran en saber qué le ocurría. Nat se quedó con el tenedor clavado en la lechuga, al mirar a Morty que se encontraba sentado justo enfrente de ella y con los ojos sobre su anillo de pedida, reaccionó de la única manera que podía para que este se callara—. ¡Ay, nena, que me vas a partir el menisco, jodía!

—¿Qué ocurre? —preguntó Elisabeth.

Nat me miró, yo miré a Morty y luego a mi prometida. Ella con su mirada me señaló el anillo. El mundo parecía haberse paralizado, solo se escuchaba de fondo la música por el altavoz del salón.

—¡Ja, ja, ja! Morty cierra la boca, que se te va a desencajar la mandíbula, y tú, Nat, puedes sacar tu tenedor de la ensalada. —No me hizo caso, parecía que se había quedado petrificada.

—¡No me digáis que hay algún bichito en la ensalada que voy a vomitar! —Betty se puso la servilleta tapándose la boca para coartar algún amago de náuseas.

—No, tranquila, no se trata de eso —expliqué para que se tranquilizara—. Cariño, dilo tú.

—No, tú —me contestó Nat, sonriendo.

—¡Aaay nenaaa, cuéntalo ya, que me voy a quedar ciego con el resplandor de ese

pedruscooo!

Evidentemente, todas las miradas fueron directas al anillo de Nat.

—Random me ha pedido matrimonio y he aceptado.

—¡Bien! —gritó con alegría Ruth.

Los invitados estallaron en vítores y aplausos. Dejamos por un momento la comida de lado, pues todos se pusieron en pie para abrazarnos, besarnos y felicitarnos.

—¡Me alegro mucho por vosotros, felicidades! —Nos abrazó Elisabeth. Tomó la mano de Natasha para ver mejor el anillo—. ¡Es precioso! A decir verdad, Nat, cuando estábamos en la cocina me di cuenta, pero no quise decir nada, porque imaginé que iba a ser una sorpresa para todos. ¿Te imaginas, Randy, lo que les hubiera gustado a nuestros padres poder disfrutar de este momento y verte pasar por el altar? —Sus ojos se volvieron vidriosos. Apretó sus labios para contener la emoción y la abracé.

—A mí también me hubiera encantado poder compartir este momento con ellos, pero seguro que sus almas en algún lugar del inmenso universo están sonriendo. Quedémonos con que tuvieron la suerte de verte a ti contraer matrimonio y sobre todo, disfrutar aunque fuese poco tiempo de Ruth. —Ella movió su cabeza afirmando mis palabras.

Cogí a mi sobrina en brazos.

—¡Dame un beso pequeñaja!

—¡Y un abrazo de oso con la tía Nat! —propuso Ruth, para acto seguido preguntar—: ¿Podré quedarme a dormir alguna noche como antes, tío Randy?

—Ah, eso se lo tendrás que preguntar a la futura señora Williams.

Ruth se la quedó mirando, esperando la respuesta.

—Por supuesto, princesa, tu cuarto seguirá estando ahí para cuando te quieras quedar, que yo me case con tu tío no va a cambiar nada. ¿Vale?

—¡Vale! —le respondió la pequeña y le dio un sonoro beso a quien ella ya consideraba su tía—. ¿Cuándo os vais a casar?

Nat y yo nos miramos, todos esperaban la respuesta.

—Aún no lo hemos hablado, pero por mí, sería mañana mismo.

—¡Pero, tío Randy, si mañana es lunes y yo voy al colegio! —Nos reímos ante la ocurrencia de mi sobrina que se mantenía con los brazos en jarras y con la cara apretada a punto de enfadarse.

—Tranquila, princesa —se apresuró Nat para calmarla—, mañana no va a ser. Ese día tú no puedes faltar, tienes que llevarnos las alianzas.

Su rostro enseguida cambió formándose una sonrisa en sus labios.

—¡¿Sí?!

Nat se agachó para ponerse a la altura de su vista.

—Claro, cariño. Eres muy especial para nosotros y ese día tendrás un papel muy importante.

Ruth se abrazó a Nat para decirle:

—Te quiero, tía Nat.

Evidentemente, todavía no habíamos tenido tiempo de hablar de cómo queríamos que fuera ese gran día, pero esa generosidad por parte de Natasha hacia mi sobrina del alma me encantó.

Se nos acercó Scott.

—¡Cuñado, ya era hora de que sentaras la cabeza, grandullón!

—¡Ja, ja, ja, yo también te quiero, cuñado!

—¡Bienvenida a esta familia que ahora también será la tuya, Natasha, ya tenía ganas de poder llamar a alguien cuñada! —nos reímos.

—¡Enhorabuena a ambos! —nos felicitó Leonard—. Me alegro mucho por vosotros, de verdad, desde que estoy por aquí, no paro de recibir buenas noticias, y espero que no acaben.

—Déjame ver más de cerca el pedrusco, cariño —Morty le cogió la mano a su amiga—, que antes me dejó flasheado. ¡Neeenaaa, es maravilloso, qué buen gusto tiene tu Romeo! ¿Ya le has clavado el diente como hace Rafa Nadal con sus trofeos? ¡Ja, ja, ja!

—Morty...

—¡Ayyy, qué poco sentido del humor tienes! Es una broma, cariño, ya sé que no es un trofeo.

—No, es un Tiffany Three Stone —soltó una carcajada—, de platino y diamantes —añadió.

En ese momento me acerqué a ellos.

—El anillo luce más bonito puesto en la mano de Nat, me costó mucho elegir, pero es que para mi amada todo es poco.

—¡Ainsss..., qué envidia me dais, jodíos! Pero, envidia sana, ¿eh? A ver cuándo se me va a aparecer mi príncipe azul...

—A lo mejor está más cerca de ti de lo que crees y no te has dado cuenta. —Nat le guiñó un ojo de manera cómplice.

—No sé..., a lo mejor me quedo para vestir santos, o para cuidar de vuestros retoños. —Se puso algo melancólico y con los ojos vidriosos se dirigió a mí.

—¡Felicidades, guapo! Que no me entere yo, que no haces feliz a mi niña, ¿eh?

—Descuida, Morty. —Nos dimos un abrazo.

—Nena, sabes que si tú eres feliz, yo también lo soy. ¡Me alegro muchísimo por vuestro compromiso!

—Gracias, cariño. Anda, dame un beso.

—¡Enhorabuena, canalla, bienvenido al club de los casados! —Walter me dio un abrazo de aquellos que te crujen todos los huesos—. ¡Qué callado te lo tenías, bribón!

—Por eso era la comida de hoy, porque queríamos compartir con todos vosotros que sois nuestra familia, esta maravillosa noticia.

Betty besó a Natasha.

—¡Qué alegría, me encanta veros así de enamorados y felices, felicidades, cariño!

—Gracias, Betty —Nat le secó con su mano una lágrima que pugnaba por salir del ojo de su amiga.

—¡Puuuff...! Las hormonas me están volviendo una llorona. Tenía razón la mujer que me echó las cartas diciéndome que este año vendrían noticias buenas.

—¡Que se besen los novios! —vociferó Walter y todos repitieron la petición.

Nat me miró sonriendo, noté en su mirada que le daba un poco de corte allí de pie delante de todos y ellos esperando a que el beso se produjera, de manera que, con mi brazo derecho rodeé la cintura de mi prometida para atraerla hacia mí, pasé mi otro brazo por su espalda y en una astuta maniobra incliné a Natasha hacia el lado izquierdo para endosarle un beso en los labios con todo el amor que sentía por ella. Beso que ella correspondió con el mismo ímpetu.

—¡Oh, mami, mira, se han dado un beso de película!

Todos se echaron a reír y volvieron a aplaudir.

—Te quiero —me susurró al ayudarle a recuperar el equilibrio.

—Yo, más —le contesté al oído.

Y nos volvimos a besar.

—¡Esto se merece un brindis! —propuso Walter.

—Voy a por el champán. —Scott fue a buscarlo a la nevera.

Tras comer el postre y tomar el café, entre todos recogimos la mesa, las mujeres querían recoger la cocina, pero casi las obligamos a que se sentaran con nosotros en el sofá, para continuar con la tertulia.

—Nat, si necesitas ayuda cuando vayas a elegir vestido, nos avisas. —Se ofreció Eli y Betty asintió.

—¿Os apetece un trago? —pregunté mostrando las botellas del mueble bar.

Ruth levantó la mano.

—Yo quiero un chupito de mora sin alcohol, tío Randy.

—Lo sé, princesa. ¡Marchando!

—¿Beefeater, Scott?

—Sí, cuñado con cola y cargado, que luego conduzca tu hermana, ja, ja, ja.

—Yo, como Scott —dijo Leonard.

—Y yo —se escuchó decir a la vez a Walter y a Morty.

—Señoras, ¿qué queréis tomar?

—Lo mismo que vosotros. —Se envalentonó Nat.

—Pero un poco más flojo, ¿eh? —indicó Eli.

Betty se levantó.

—¡Para mí no! Yo voy a hacerme una manzanilla.

Cuando todos tuvieron sus bebidas, Scott levantó su vaso de tubo para decir:

—¡Por los novios y por esta familia!

Todos levantamos nuestros vasos y dimos un sorbo, Ruth se tomó su chupito de un trago.

—Tío, ya está.

Elisabeth miró a su hija sorprendida.

—¡Madre mía, esta niña, verás tú!

—Hermanita, ponle un candado al mueble bar de casa.

Nos reímos todos.

En ese preciso instante sonó el móvil de Natasha, ella se apartó un poco del grupo para poder escuchar mejor lo que le decían del otro lado, su cara comenzó a cambiar de gesto e incluso a palidecer. Entre el barullo conseguí oír cómo ella decía:

—Tranquila, enseguida estoy ahí. ¿Pero no estás sola, no? Vale, vale. —Me levanté y me acerqué a ella, había bajado un poco el tono de su voz para no molestar ni preocupar a los demás, pero ya se habían percatado de que algo ocurría. Se callaron para no interferir en la conversación de Nat—. Llama a la policía, no le abráis y procurad estar tranquilas.

—¿Qué pasa, nena? —le preguntó Morty.

—¿Me dejas tu coche? Tengo que acudir a un lugar.

—¿Qué ocurre? —pregunté angustiado.

—Se trata de Svetlana, su marido ha localizado el lugar donde se encuentra amparada y refugiada. La está acosando desde fuera de la casa.

—¿Ha llamado a la policía? —pregunté.

—Me ha dicho que la policía que vive con ella iba a llamar.

Walter tomó la palabra:

—¿Qué podemos hacer?

—No sé —contestó negando con la cabeza—. Pero tengo que ir a ayudarla. —Se fue a

por su chaqueta y su bolso.

Hubo un breve silencio por parte de todos ante la incertidumbre hasta que Elisabeth habló.

—Señores, creo que deberíamos marcharnos, Natasha necesita espacio para pensar o para marchar a lo que necesite.

Fui a coger mi chaqueta, en la habitación le dije a Nat que la acompañaba, insistió en que debía de acudir ella únicamente, pero la convencí de que no la podía dejar marchar sola. Salimos al salón.

—Yo voy con vosotros —dijo Morty.

—Tío Randy, ¿pasa algo malo? —la carita de angustia de Ruth me desarmó.

—Tranquila, princesa, si la cosa se complica llamaremos a Peter Pan.

Ella esbozó una sonrisa quedándose más tranquila.

—Va, marchaos los tres —ordenó mi hermana—. Recogemos esto un poco, apagamos todo y nos vamos. Llamad cuando sepáis algo.

Leonard se acercó a la puerta de la entrada y tomando de la mano a Morty le pidió:

—Llámame en cuanto puedas.

Nos despedimos de todos y tomamos el ascensor con cierta melancolía por esa apresurada despedida.

Capítulo Nº 25 - Un tragico suceso

Nos subimos al coche de Morty, Natasha le indicó el rumbo que debía de tomar, él permanecía callado, seguramente, conmovido por la situación y para no quitar la atención de la carretera, pues llovía a mares.

—¿Tienes el teléfono del inspector Lewis Howland, el que nos atendió en la comisaría?

—Creo que sí, Random —dejó ir ella algo perdida por los acontecimientos que tanto la desencajaban—. ¿Crees que debería llamarlo yo también?

—Sí.

Sacó su móvil del bolso, buscó en la agenda y le dio al botón de llamada. Con los nervios debió de accionar el manos libres.

—¿Inspector Howland? Soy Natasha Ivanova. ¿Me recuerda?

—Sí, dígame, señorita Ivanova. —Ella informó al inspector de la llamada de teléfono de Svetlana y lo puso al tanto de lo que estaba ocurriendo, le indicó la dirección de donde se encontraba confinada y el inspector le aconsejó—: La policía, seguramente ya estará allí. Yo voy camino de la comisaría ahora, llevamos a un delincuente, pero enseguida voy para allá.

—Nos vemos allí —le contestó ella.

Por el camino, Nat nos contó que a Svetlana y a sus hijos los habían insertado en un plan de protección debido a las múltiples ocasiones en las que su marido la había maltratado, tanto a ella como a los niños.

Mientras vivían juntos no se había atrevido a denunciarlo, pero en una ocasión le propinó tal paliza a ella y a uno de los pequeños que dejó a ambos rozando la muerte, el otro hijo consiguió escapar alertando a una vecina que avisó a la policía. Estuvieron ingresados en el hospital bastante tiempo. El niño estuvo cuatro días en coma por un fuerte golpe en la cabeza, múltiples contusiones y fracturas en el cuerpo, y ella, con un brazo y tres costillas fracturadas. Al ver a su hijo indefenso y que los médicos casi no le daban muchas esperanzas decidió separarse, pero eso no entraba en los planes de su marido y lo que consiguió es que las amenazas fueran en aumento, llegando a acosarla por teléfono, por la calle y en cualquier lugar a donde la siguiera, saltándose incluso en varias ocasiones las órdenes de alejamiento.

La asociación con la que Nat colaboraba, le pasó el caso de Svetlana. Al ser del mismo país provocó que se creara entre ellas, un lazo de empatía y amistad en el que Natasha viendo la cantidad de partes que tenía por las agresiones sufridas y la gravedad de la violencia que aquel ser ejercía contra su compatriota hizo todo lo posible para que la incluyeran en ese plan de protección. Les proporcionaron una vivienda de acogida segura y compartida con otra mujer en su misma situación, con ellas vivía una policía de paisano, mientras que el juez deliberaba si se terminaba de completar dicho plan permitiéndoles cambiar de identidad y de ciudad para que pudieran comenzar una nueva vida alejados de aquel energúmeno, pues sus vidas corrían peligro. Oficialmente, su paradero se mantenía en una especie de vacío legal que conocían muy pocas personas, entre ellas, Natasha.

Este fin de semana a los hijos los habían mandado a un campamento para que se relacionaran con otros niños de su edad y pudieran vivir con relativa normalidad.

La lluvia parecía concedernos una tregua, aunque solo quedaba como una hora de luz diurna antes de que comenzara a anochecer. Tardamos tres cuartos de hora en llegar al lugar, una casa de dos plantas alejada en medio del campo. No veíamos ninguna patrulla de policía, pero

nos bajamos del coche.

—¿Entramos o esperamos a que llegue la policía? —pregunté para que Nat decidiera—. ¿Crees que está en la casa?

Ella se encogió de hombros dudando.

—Quizá la policía la ha trasladado a algún otro lugar —dijo con cautela. Nos acercamos como a dos metros de la puerta. Se encontraba entreabierta y con un tiro en la cerradura. Ante la duda, Nat gritó—: ¡Diecinueve, veintidós, cinco, veinte, uno. Soy catorce, uno, veinte! ¿Estás ahí?

Deduje que aquellos números asignados a cada una de las letras del alfabeto eran una especie de código para identificarse Nat cuando visitaba a Sveta (diminutivo de Svetlana).

Escuchamos ruidos de cosas cayendo al suelo; entramos pensando en que Svetlana podía necesitar ayuda, sin sopesar en las consecuencias. Nada más entrar, encontramos el cuerpo de una mujer en el suelo, muerta de un disparo en la cabeza. Todavía empuñaba su arma. Nat se llevó las manos a la boca tapándosela.

—¡Oh, Dios mío, es la agente Davis!

Había cosas por el suelo, señal de que había habido forcejeo y un agujero de disparo en la pared.

—Shhh, silencio —murmuré.

Yo iba delante, había cogido de la entrada un paraguas a modo de arma, me seguían Nat y Morty. En el distribuidor había tres puertas, al pasar por delante de la primera a nuestra izquierda vimos un salón que daba acceso a una escalera. Pasamos de largo porque me pareció escuchar un gemido en la puerta siguiente, me asomé y vi la silueta de una mujer sentada con las manos atadas al respaldo de la silla y amordazada. Vi el pánico en sus ojos, iba a quitarle la mordaza cuando escuchamos un golpe seco, al mirar hacia atrás vimos el cuerpo de Morty desmayado en el suelo. Escuchamos cómo se cerraba la puerta del salón, la atrancaba alguien por dentro y comenzaba a subir las escaleras.

—¡Morty, Morty! —gritaba Nat.

—¡Uff, me duele la cabeza! ¿Qué me ha pasado?

No hubo tiempo para explicaciones, le ayudamos a levantarse y les dije que fueran a la cocina donde se encontraba la mujer amordazada.

—Desatar a esa mujer, quedaros ahí y cerrad la puerta.

Me acerqué a la agente muerta y sin reparo cogí su arma para apuntar al aire por si aparecía alguien. Intenté abrir la puerta que habían atrancado, pero no había manera, de modo que me aparté un poco para tomar carrerilla y lanzarme de lado sobre ella con todas mis fuerzas, la cual cedió, rompiéndose en pedazos la silla que había puesto atrancada detrás. Noté un fuerte dolor en el hombro, pero no era momento de lamentarme, pues se escuchaban gritos de un hombre, posiblemente insultando en ruso y dando golpes en una puerta, cuando de pronto escuché un disparo de cómo esa puerta era destrozada.

Subí las escaleras con cuidado. Escuché el sonido de unos cristales romperse y dos disparos más, justo cuando llegaba arriba, sin hacer ruido, me aproximé al quicio de la puerta y escuché una risa sarcástica que decía:

—*Teper´ty mertv, ty plokhaya suka*[38]*!*

No sabía el significado de aquellas palabras que se quedaron grabadas como a fuego en mi mente. Reconocí esa voz; pertenecía al indeseable que me dejó *KO*. Me armé de valor y me planté delante de la puerta apuntándole con el arma que sujetaba con las dos manos, sin saber bien cómo hacerlo. Miré a los ojos de aquella mala bestia.

—¡Quieto o disparo!

Dmitry se rio en mi cara, levantó su arma hacia mí y pronunció:

—¿Segurrrooo que me dispararrásss? —Su acento ruso le obligaba a arrastrar algunas sílabas—. ¿Serrásss capaz, Random, o te tumbaré como la otra vez?

No le iba a contestar, estaba buscando con la mirada a Svetlana, no la veía ni escuchaba en aquella habitación. Dmitry optó por dispararme, ante su rapidez, no me dio tiempo a reaccionar, mi corazón comenzó a latir aceleradamente y me quedé petrificado, solo pensé que mi hora había llegado y que me quedaba quizá, un segundo o dos. No me atrevía a pestañear; cerré los ojos para tomar aire, al abrirlos, vi a Dmitry sacudiendo su revólver. Al ver que se le había acabado la munición decidió saltar por la ventana, no sin que antes, a mí, se me disparara el arma fortuitamente y una de las balas le diera en una pierna. Corrí hacia la ventana y vi cómo aquel despojo humano corría por el jardín, pasando junto al cuerpo sin vida de Svetlana.

Al ver aquella escena dantesca, solo pude gritar lleno de ira al viento:

—¡¡Hijo de puta!!

Él se perdió entre la oscuridad y la maleza del bosque.

No sé el tiempo que permanecí pegado a la ventana mirando al infinito, solo recuerdo el sonido de una sirena a lo lejos y al poco, una voz detrás de mí.

—¡Quieto, suelte el arma, Random! —Mi cuerpo temblaba, no sabía si era yo, o estaba poseído por la rabia, el inspector Howland, se me acercó y me quitó lentamente el arma de las manos—. Ya está —murmuró él—, ahora ya no podemos hacer nada más. —Me senté en el suelo y comencé a llorar desangelado, con mi cabeza entre las manos—. ¿Había disparado alguna vez?

Le miré y negué con la cabeza sin decir palabra. Finalmente, entre sollozos logré verbalizar:

—¿Natasha y Morty, y la mujer de la cocina?

—Tranquilo, mi compañera está abajo con ellos. Están llegando más policías y unas ambulancias.

Cuando conseguí dejar de temblar, me puse de pie para ir abajo.

—Quiero verlos.

Bajamos juntos, al llegar al salón y verlos no pude evitar correr hacia ellos y abrazarnos. Natasha me miró, sus ojos me preguntaban por Svetlana y mirándola fijamente negué con la cabeza.

—¡¡Nooo!!

Se escuchó un grito ahogado que resonó en el salón como un filón de acero. Hizo intención de subir a verla, pero el inspector Howland le dijo que estaba en el jardín.

—Mejor no salgan, dejen que actúe la policía.

La otra mujer se encontraba conmocionada y no podía articular palabra, se la llevaron para atenderla en la ambulancia, a Morty le atendió una enfermera para curarle la brecha que le había dejado el golpe en la cabeza, le dieron cuatro puntos.

La casa se llenó de policías y el inspector nos informó de que no nos moviéramos del salón para no contaminar las pruebas.

—¿Qué más pruebas quiere? —dije sulfurado.

El inspector entendió mi ira y me respondió:

—Me refiero a que dejemos a la policía hacer su trabajo para que puedan efectuar un informe lo más detallado posible. Tenemos a la testigo, cuando se encuentre mejor, nos podrá facilitar más datos.

La agente Miller se puso unos guantes de látex y con sumo cuidado de no alterar pruebas preparó té. Nos lo sirvió en el salón donde el inspector nos fue haciendo preguntas que quedaban registradas en una grabadora que había colocado sobre la mesa. Antes de comenzar, nos recomendó que llamáramos a un abogado o esperáramos al día siguiente para efectuar la declaración de los hechos ante un letrado. Nat le informó de que ella era abogada, por lo tanto, podía ejercer la defensa de los tres.

Durante tres horas aproximadamente estuvimos contestando a las preguntas del inspector y de su compañera; explicándole cómo se habían sucedido los hechos.

Cuando vino el juez de guardia y ordenó el levantamiento del cadáver se lo llevaron. A la otra mujer acogida, tras comprobar que se encontraba bien, la trasladaron a otro lugar más seguro y nosotros quedamos emplazados al día siguiente a que fuéramos a la comisaría.

—Svetlana me dijo que cuando terminara de hablar conmigo iba a llamar a la policía, no entiendo cómo no había nadie aquí.

—Investigaremos a ver qué ha sucedido. Ahora deberían de marcharse a casa y procurar descansar, les espero mañana. Redactaremos las declaraciones y ustedes deberán firmarlas.

—¿Han avisado a su hermana? —preguntó Nat entre sollozos.

—Sí, por el tiempo que ha transcurrido, imagino que en estos momentos deben de haber acudido al depósito para identificarla antes de efectuarle la autopsia. En cuanto al asesino, se ha decretado una orden de búsqueda y captura.

—Inspector, yo le disparé a él sin querer.

—Tranquilo, Randy —intentó tranquilizarme Nat—, fue en defensa propia.

El inspector asintió.

—¿Qué será de los niños, inspector? —le preguntó Morty afligido.

—De momento, los han llevado desde el campamento donde se encontraban a otra casa de acogida, si la hermana de Svetlana puede hacerse cargo de ellos deberá de iniciar diligencias y si no puede, se le informará a algún otro familiar directo, o pasarán a estar tutelados por el estado y atendidos por alguna familia de acogida, o incluso ser adoptados.

—Seguramente, se haga cargo Oksana, su hermana, se casó con un inglés y reside aquí en Londres —comentó Natasha.

—No se preocupen ahora mismo de eso. Marchémonos y dejemos que la policía científica termine su labor.

—Mi mayor preocupación es que le den caza a ese mal nacido. —Apreté los dientes conteniendo mi rabia.

Salimos de allí abatidos por lo que nos había tocado vivir. Habíamos sufrido en nuestras propias carnes ver cómo alguien le arrebata la vida a otra persona sin más, por puro egoísmo y machismo desproporcionado. Antes de subir al coche, el inspector se despidió dándonos la mano, la agente Miller que venía un poco más atrás, al llegar a nuestra altura nos dijo:

—Estén tranquilos, espero que ese individuo más pronto que tarde caiga. El inspector Howland es uno de los mejores, su larga carrera le antecede por su tesón y buen hacer. En comisaría le hemos puesto cariñosamente un apodo, le llamamos: «el sabueso». Suele perseguir a su presa hasta que la alcanza. En este caso, creíamos que lo teníamos todo bajo control, no pensábamos que Dmitry localizaría este lugar que ha dejado de ser seguro, es otro punto de la investigación que hay que llevar a cabo para averiguar cómo ha podido llegar a dar con el paradero de esta pobre mujer, pero insisto, tienen a uno de los mejores policías, no cesará hasta atraparlo, no lo duden.

—Esperemos que sea pronto —dijo Nat.

—Los hospitales y centros de salud están avisados, confiemos en que cometa el fallo de acudir para ser curado en la herida de la pierna, que por lo visto es de gravedad, pues según me han informado algunos compañeros, ha dejado en su huida, un rastro de sangre que se acabó en un punto en el que posiblemente tenía el coche aparcado y con el que pudo escapar.

Nos despedimos y nos dirigimos al coche de Morty. Él extendió su mano para ofrecer las llaves del coche.

—Conducid cualquiera de vosotros dos, no sé si estoy bien todavía.

Nat me hizo una señal para que las cogiera yo.

—Si quieres, siéntate detrás con él.

Ella asintió con la mirada, se dejaron caer hacia atrás apoyando sus cabezas sobre los cabezales del asiento.

—Gracias, Randy.

La miré por el retrovisor y vagamente pude esbozar una sonrisa.

—Me alegro de haber decidido venir, tú querías venir sola y no quiero ni pensar qué podía haber pasado... —Respiré hondo—. ¡Ojalá hubiera podido evitar su muerte!

—Eso es algo que no esperábamos, pero tu valentía o locura, llámalo como quieras, nos salvó a los demás.

—De no ser por ti —añadió Morty apesadumbrado—, Random, igual no lo estaríamos contando ahora mismo.

Se hizo un silencio. Parecía que ninguno de los tres lo queríamos romper. El sonido de mi móvil nos sacó de ese retraimiento momentáneo.

—¿Randy?

—¡Eli!

—¿Qué pasó? ¡Estamos angustiados sin tener noticias!

—Es un poco largo de explicar. No llegamos a tiempo, Eli. Lamentablemente es una mujer más que engrosa la lista de fallecidas a manos de mal nacidos como ese. Esto parece una enfermedad que no tiene cura. Creo que la humanidad no aprenderá jamás que todo ser es libre y que nadie pertenece a nadie.

—¿Dónde estáis? ¿Estáis bien?

—Físicamente, bien. Morty recibió un golpe en la cabeza, le produjo un desmayo y le han tenido que dar unos puntos. Ya vamos de vuelta, creo que esta noche me quedaré con ellos. Ahora llamaré a Walter para contarle y pedirle un par de días, ya que van a ser un poco movidos. —En ese momento me rompí y las lágrimas afloraron a mis ojos—. Por poco, podríamos haberla salvado.

—Lamentablemente, el destino ha querido que fuera así, Randy. Habéis hecho lo que habéis podido.

Mi voz se quebró, Nat que se había sentado detrás de mí colocó su mano sobre mi hombro para darme fuerza y cariño, se incorporó un poco y dejó un beso en él, para acto seguido abrazarme y animarme a que desahogara mis miedos.

—Entonces, ¿llamas tú a Walter y se lo dices?

—Sí, estate tranquilo.

—Gracias, hermanita, mañana te llamo y te pongo al día. Esta noche no creo que soportemos más momentos como este.

—Te quiero, Randy.

—Yo también, Eli.

—Un beso para los tres. Descansad.

Le di al botón de cortar la llamada y solté mi mano derecha del volante para acariciar los brazos que llevaban un rato abrazados a mí.

Llegamos a casa de Nat, Franky salió en su búsqueda, con un maullido parecía reclamarle a su dueña su comida, ella se fue a atenderle. Morty y yo, como autómatas, nos dirigimos al sofá prácticamente derrotados, con la sensación de haber hecho algo mal. Él se sentó en una esquina y yo en la otra. A los pocos minutos apareció Natasha con una bandeja en ella traía tres tazones.

—He preparado este caldo instantáneo, no es una exquisitez, pero nos vendrá bien tomar algo caliente.

Se sentó entre los dos, nos tomamos el caldo prácticamente sin mediar palabra, abstraídos cada uno de nosotros en nuestros pensamientos. Dejamos los tazones sobre la mesa de centro y curiosamente, Nat, se tumbó poniendo sus pies sobre las piernas de Morty y su cabeza sobre mi pecho.

Aquella noche, aquella extraña familia se dejó llevar por las lágrimas de la impotencia y por los latidos de sus corazones doloridos. Morty se dejó caer también sobre el hombro de Random, aquel, al que un día debía de darle su bendición, ahora se encontraba en el sofá junto a ellos arropándoles como una madre o un padre sabe hacer cuando sus hijos necesitan el apoyo, el calor y el amor, ante algunos momentos difíciles que la vida caprichosamente se encarga de ponerles a prueba. Finalmente, el sueño les venció, llevándoles a desconectar del mundo para dejarles descansar hasta el alba.

Al amanecer, Natasha estaba abrazada a Random, y Morty, a ella.

Natasha se despertó primero.

—Deberíamos de ducharnos, comer algo e irnos a la comisaría.

—Randy, sube a casa si quieres y mira a ver si te viene alguna ropa mía, más o menos tenemos la misma talla.

Un par de horas más tarde, sobre las nueve de la mañana llegábamos a las dependencias policiales. Al entrar, nos encontramos de frente a una pareja envuelta en un mar de lágrimas, sobre todo, la mujer, que lloraba desconsolada sobre el hombro de su marido. Natasha se fue derecha a ella, para abrazarla y arrancó a llorar junto a ellos. Una vez pasado ese trance, nos los presentó. Se trataban de la hermana de Svetlana; Oksana y su marido, Charles.

—¿Ustedes acompañaban a Natasha anoche para ayudar a mi hermana? —Bajamos la cabeza asintiendo educadamente—. Gracias por intentar salvarla, poniendo en riesgo sus vidas.

—¿Cuándo será el funeral, Oksana? —le preguntó Natasha.

—Imagino que mañana, ahora cuando salgamos de aquí vamos al tanatorio a organizarlo todo.

—De acuerdo, cuando lo sepas, llámame, por favor. Tu hermana solía ir a rezar a la iglesia de Saint Margaret, le tenía mucha fe a su virgen, el padre German podría oficiar la misa.

—Sí, gracias por recordármelo, Natasha, ahora mismo no se me hubiera ocurrido.

Natasha cogió a Oksana por los hombros y mirándola a los ojos le dijo:

—No dudes en llamarme si necesitas algo para el funeral, Oksana, lo que sea. ¿De acuerdo?

—Gracias, Natasha, no te preocupes.

—Te lo digo de verdad.

—Lo sé. Ahora, nos tenemos que marchar. Te llamo.

El policía del mostrador de información nos preguntó a dónde íbamos. Natasha le dijo que nos esperaba el inspector Lewis Howland.

—Síganme, el inspector les está esperando.

Le seguimos hasta la puerta del despacho, el policía tocó con los nudillos y abriéndola un poco, le informó de que nos encontrábamos allí.

—Adelante, pasen, por favor. —Alargando su mano nos invitó a que tomáramos asiento —. ¿Cómo se encuentran?

—Asimilándolo —contestó Nat.

—¿Lo han detenido ya? —pregunté con la esperanza de obtener una respuesta afirmativa.

—No —me respondió el inspector—. Sabemos que se adentró en el bosque. Como les dije ayer, la policía siguió un rastro de sangre y huellas de neumáticos, se ha peinado la zona, el bosque es muy amplio, pero no se ha hallado ningún rastro más, seguramente huyó a un rumbo que desconocemos. Hemos mandado telemáticamente una orden de detención a los aeropuertos de todo el país por si intenta huir al suyo a sabiendas de que se le busca.

—¡Tienen que encontrarlo! —añadió Morty—. ¡Es un asesino. No merece estar libre!

—Haremos todo lo que esté en nuestra mano para atraparlo, señor Bradley.

—Tengan —nos dio a cada uno un portafolios con varias hojas en las que figuraba nuestra declaración redactada—, lean sus declaraciones, están transcritas conforme a la grabación de ayer, si están de acuerdo con ella, fírmenla abajo.

—¿Tienen ya el resultado de la autopsia? —le preguntó Nat.

—Sí, le acabamos de dar el informe a la hermana y al cuñado de Svetlana, poco antes de que ustedes llegaran se han marchado ellos. Han ido a ver a sus sobrinos, quieren estar con ellos cuando la psicóloga les comunique lo que le ha sucedido a su madre.

—Los hemos visto al llegar, más tarde me pondré en contacto con ella.

—Al ser usted la abogada defensora involucrada en este caso, le puedo dar una copia de los informes forense y pericial. —Abrió un expediente que tenía sobre la mesa y se los dio—. Por los informes podemos deducir que, el ruido de romperse unos cristales que usted escuchó, señor Williams, cuando subía la escalera, se debió a que Svetlana al verse acorralada y sin salida en aquella habitación, la única escapatoria que tenía posible era la de romper el cristal de la ventana con la silla que se encontró en el jardín junto a su cadáver. Ella se lanzó al vacío, cayó boca abajo, en la caída, se dislocó el hombro, se fracturó la tibia y el peroné de la pierna derecha, esto le impidió levantarse y poder huir, con lo que su marido al verla allí en el suelo, le disparó en el costado izquierdo. Fue un disparo que tuvo entrada y salida; pasó cerca del riñón, de esto se podría haber recuperado, pero el segundo disparo entró por la espalda a la altura del corazón destrozándoselo y provocándole la muerte instantánea.

—¡¡Maldito hijo de puta!! —gritó Natasha.

Saber esos detalles provocó que Natasha que se mantenía entera hasta ahora, se echara a llorar desconsolada, la abracé para reconfortarla, pero su llanto nos invadió al resto. Morty se acercó con lágrimas en los ojos para unirse a ese abrazo.

El inspector nos miraba compadecido por la situación, manteniéndose en silencio. Dejó pasar un par de minutos, hasta que con cierta cautela pronunció estas palabras:

—Es un golpe muy duro para todos, a lo largo de todos estos años en mi profesión, he vivido muchos instantes similares a estos y aunque parezca impasible en estos momentos, no me acostumbro a estas circunstancias. Siento mucho por lo que han tenido que pasar, lo que han tenido que vivir en las últimas horas, de veras. Asumo y entiendo que no es agradable, pero necesito que me entreguen la declaración firmada. —Procedimos a estampar nuestras firmas—. No cesaremos en nuestro empeño hasta localizar a ese mal nacido.

—¿Qué ha sido de la otra mujer, inspector? —preguntó Morty.

—Ha sido trasladada a otro lugar en el que pueda estar protegida. Tiene una situación de violencia de género similar a la de Svetlana. Anoche pudo efectuar su declaración, en ella explicó que se encontraban las dos mujeres con la agente en el salón, que Dmitry se hallaba en el jardín gritando para que Svetlana abriera la puerta o saliera afuera.

—¿Por qué no fue la policía? —interrogó Natasha—. Ella me dijo que la agente iba a llamar.

—De momento, tenemos suposiciones, en breve tendremos un informe más certero. La agente no pudo efectuar ninguna llamada porque tenía su móvil en el coche que se hallaba en el jardín, al estar Dmitry afuera, no pudo salir a por él. Por parte de Svetlana, no pudo llamar a la policía porque tenía el teléfono apagado, se ha comprobado que se le acabó la batería y que la última llamada se la hizo a usted. Y a la otra mujer no le dio tiempo de llamar, nos dijo que iba a buscar su móvil a su habitación cuando escuchó un disparo que descerrajó la cerradura, se refugió en la cocina, desde allí vio cómo la agente salió y tras forcejear con él, este disparó yendo la bala a parar a la pared, ella le ordenó que levantara las manos y le apuntó con su pistola, pero él no le dio tiempo a reaccionar y le disparó, al ver a la agente tirada en el suelo, ella cerró la puerta de la cocina, pero Dmitry entró y le ató las manos a la espalda y a la silla con el cable de la batidora, la amordazó con un trapo de cocina para que no gritara. Dice que el asesino gritaba como loco el nombre de su mujer que se refugió en la habitación del piso superior..., el resto, desgraciadamente, ya lo saben.

Nos marchamos a mi casa, allí comimos con desgana de lo que quedó del día anterior. Nat me explicó que ante un fallecimiento normal, la iglesia ortodoxa rusa tiene unas costumbres que se han de seguir antes de la ceremonia del funeral, en esta ocasión, parte de esas costumbres no se iban a poder desarrollar al tratarse de un asesinato.

Oksana llamó a Nat para decirle que aquella tarde estarían en el tanatorio y que el funeral sería al día siguiente. Natasha se dedicó a llamar a distintas asociaciones para informar de lo que había ocurrido, sabía que la noticia se propagaría y correría como la pólvora, lo que no imaginaba es que llegara a los altos estatutos ingleses; tanto ella como Oksana, recibieron dos llamadas inesperadas, una desde Buckingham Palace, del secretario personal de la reina, para mostrar sus condolencias y condenar la violencia de género, la otra, del ministro de asuntos sociales.

Intentamos descansar un poco para acudir a media tarde al lugar donde se velaba el cuerpo de Svetlana, antes pasamos por una floristería por expreso deseo de Nat, donde compró un ramo de siete rosas negras. Más tarde, en el tanatorio, las pondría junto a las numerosas coronas y ramos de flores que no paraban de llegar.

Ya en el tanatorio, Nat se abrazó a Oksana, le dijo que al día siguiente si le parecía bien, durante el sepelio, le gustaría decir unas palabras en honor a su hermana.

—No hay problema. Sabemos de tu lucha por ayudarla en todo lo que podías.

—Por la mañana hablaré con el padre German por si dispone de un piano, así al mismo tiempo que dedicó unas palabras, Morty puede tocar alguna melodía.

Estuvimos acompañando a la familia hasta que llegó la hora de cerrar el tanatorio y nos marchamos para casa en el coche de Morty. Quedamos en que al día siguiente pasaría a recogerlos a las once de la mañana. Les dije que se quedaran en mi casa, pero necesitaban ropa para el día del funeral y decidieron que se marchaban a la suya.

—¿Seguro que estaréis bien? —me quise asegurar antes de irme.

—Sí, cariño, intentaremos descansar, aunque no sé si será posible. ¿Y tú?

—Tranquilos, tengo al capitán Garfio de mi lado. —Intenté dibujar en mi rostro una

sonrisa alentadora—. Si necesitáis algo me llamáis.

Miré a Morty pero sus pensamientos estaban en otra parte. Natasha asintió y me besó en los labios antes de bajarme del coche.

Subí a mi casa con la sensación de que las últimas veinticuatro horas habían transcurrido como si hubieran sido el doble, horas de mucha intensidad con sentimientos de haber perdido una batalla en la que no el más fuerte, sino la persona más mala y violenta había ganado.

Abrí la puerta del piso y Cascabel esta vez no maulló como de costumbre para recibirme, parecía que presintiera que algo me ocurría y me mostraba su apoyo con su presencia. Encendí el portátil para mirar el correo y ella se aposentó en mi regazo. Sonó la campanita avisándome de que tenía varios *emails* entrantes. Vi uno de Walter y lo abrí:

«En veinte días, si no hay cambios, hay que viajar a Rusia. Con cariño, Walter».

Cogí el móvil y marqué el teléfono de Eli.

—Hola, Eli.

—¿Cómo estás, Randy?

Tomé aire profundamente para murmurar:

—Mañana a las doce la entierran, la misa será en la iglesia de Saint Margaret.

—¿Cómo ves que vayamos?

—Como queráis, Eli. La verdad, si Natasha os ve, seguro que le gustará.

—Que sepas, Randy, que Betty y Walter me han dicho que quieren venir, para darle apoyo a Nat.

—Sin problema.

—¿Sabes? Han informado del suceso en las noticias y ha salido en las portadas de todos los periódicos.

—Me lo imagino, las asociaciones deben de haber movido sus hilos.

—También destacaban la muerte de la policía en acto de servicio, pobre mujer...

—Sí, una pena. Te dejo, Eli, tengo una llamada perdida de Walter y debo de ponerle al día. Dale un beso a la princesa.

—Bien, mañana organizaré para dejar a Ruth en el comedor. Voy a llamar a Betty. Nos vemos mañana en la iglesia, hermanito. Un beso.

—Otro para vosotros.

Seguidamente llamé a Walter.

—¿Randy, cómo estás?

—Hola, amigo. Estoy, Walter, solo estoy.

—Eli nos explicó cómo acabó la noche. Si podemos hacer algo, solo tienes que decirlo, ya lo sabes.

—Lo sé. Gracias. Mi hermana me ha dicho que queréis venir al funeral.

—Sí, aunque no quisiéramos molestar, Randy. Queremos estar con vosotros en este momento para daros nuestro apoyo.

—Walter, no molestáis, es un gesto que estoy seguro de que Nat agradecerá tanto como yo. Nos hará bien veros allí.

—Pues no se diga más, amigo, allí nos tendréis. Ah, disculpa, ¿has podido ver el *email* referente a Rusia?

—Sí, tranquilo, todo está controlado.

—Me fio de ti, Random, y si se ha de atrasar el viaje no te preocupes. ¿*OK*?

—Espero que no —respondí.

—De acuerdo. Betty me dice que te vengas a casa si quieres.

—Gracias, pero ahora lo que necesito es darme una ducha y desconectar un poco.

—Ya sabes, si necesitas hablar, no dudes en llamarme y si necesitas que esté ahí contigo, lo mismo.

—Gracias, Walter, nos vemos mañana.

Me fui a la ducha; metí la cabeza debajo de la alcachofa dejando que el agua cayera sobre mi cuerpo.

Rememoré lo vivido como si fuese un mal sueño del que esperaba despertar para llegar a olvidar, pero el suceso desgraciadamente, ni era un mal sueño, ni lo lograríamos olvidar fácilmente. Fue devastador, que aquel ser desgraciado, egoístamente, se creyera el dueño de la vida de la persona con la que un día quiso compartir el resto de sus días, sin aceptar que ella quisiera una vida mejor, normal y sin violencia, no solo para ella, sino por el bien de sus hijos, llegando a arrebatarles el calor y el amor de una madre.

Froté mi piel con la esponja enérgicamente, como si con cada pasada lograra deshacerme de un imaginario envoltorio de mala energía.

Me puse el pijama y miré qué había para comer en la nevera, pero nada de lo que veía me apetecía, así que opté por tomarme un vaso de leche caliente que me llevé a la cama para desde allí mandar un mensaje de texto a Eli:

«Os quiero, familia, no lo olvidéis nunca».

Enseguida me llegó la respuesta:

«Y nosotros, Randy, y nosotros».

Sonreí y escribí otro para Natasha:

«Hola, bella mujer que has entrado en mi vida. Tal vez fuiste una casualidad, de ser así, eres la casualidad más bonita jamás vivida. Mañana estaré junto a ti apoyándote en lo que precises, mañana y cuando sea, no quisiera alejarme jamás de tu lado, Cenicienta. Voy a cerrar los ojos en la cama mirando hacia el lado izquierdo imaginándote a mi lado, aunque esta noche solo fuese para abrazarte. Buenas noches, cariño».

Rápidamente escribí otro:

«P. D.: En esa casualidad también entra Morty, que lo sepas. Me alegro de haber conocido a la gran persona que guarda para abrirse a aquellas a las que quiere».

Le di a enviar y me relajé dejando la mirada perdida. Al momento llegó un mensaje de ella:

«Hola, señor Williams, gracias, mil gracias por estar ahí desde el primer día, por querer conocerme y abrir el corazón de Romeo a esta mujer tan normal. Espero que nunca te alejes demasiado de mi lado. Me he dado cuenta de que últimamente te necesito cada vez más para respirar, y esta noche si me abrazas solamente, ya me es suficiente. Buenas noches, Romeo».

Llegó otro:

«P. D.: Las personas que nos rodean y nos quieren, forman parte de nuestra vida y de nosotros».

¿Qué vas a hacer con tu vida?

Capítulo Nº 26 - El funeral

El martes amaneció nublado, el sol parecía no querer salir, quizá el universo estaba triste por lo que se acontecía ese día. A la hora acordada me encontraba en la puerta de casa de Morty y Nat, tras saludarnos, pusimos rumbo a la iglesia de Saint Margaret. Miré a Morty por el espejo retrovisor.

—¿Qué tal estás?

—Bien, por decir algo. Los puntos me tiran un poco. —Levantó el bombín que llevaba puesto para ocultar el esparadrapo—. ¡Maldito desaprensivo! Espero que no me quede mucha marca, o perderé mi *sex appeal*...

Morty parecía recuperar vagamente esa chispa que le caracterizaba, en otro momento, ese comentario nos hubiera provocado unas carcajadas.

Dejamos el coche en un *parking* cercano y caminamos hasta la puerta de la iglesia.

—Está un poco nervioso —me aclaró Nat.

—Tranquilo —le dije posando mi mano sobre su hombro. Noté que temblaba como un flan—, lo harás bien.

—Que no, Randy, que no, que me va a dar algo. ¿Y si anulamos lo del piano, nena?

—Como tú veas, cielo.

En ese momento llegaban Eli, Scott, Betty y Walter, al verlos, Natasha esbozó una sonrisa cariñosa, nos saludamos entre todos percibiendo en sus abrazos el calor y el apoyo que nos transmitían.

Betty se dio cuenta de cómo estaba Morty.

—¿Qué te has tomado?

—Dos tilas, pero no me han hecho mucho efecto.

—Sí, si..., dos tilas con unas gotas de misterio —comentó en voz baja Natasha.

—Es que es mucha responsabilidad en el embolado que me has metido.

Betty giró la cabeza de un lado a otro y mirando a Eli dijo:

—Mejor que se siente con nosotros, si encontramos un banco libre para los cinco.

—Lástima —comentó Nat—. Iba a tocar al piano la música de la canción de Elton John...

Todos nos quedamos callados y nostálgicos, entonces Morty tuvo una de sus ingeniosas ideas.

—Existe otra opción, nena.

Todos lo miramos intrigados y él sacudió ligeramente su cabeza hacia mí.

—Ah, no, no —respondí antes de escuchar ningún comentario—, ni de lejos lo haría como tú.

Miré a Nat, pero ella bajó la mirada educadamente para no forzarme. Mi hermana me tomó de la mano y murmuró:

—Tú puedes y lo sabes, hermanito. Hazlo por Svetlana, por sus hijos, por ellos —se refería a Nat y Morty—, incluso por nuestros padres, que tal vez se podrían haber llevado este homenaje el día que los despedimos. Hazlo por todos ellos, te necesitan. ¿Me oyes?

—Cuñado, tú puedes, y todas estas personas esperan que alguien despida a Svetlana de una manera especial.

Miré a Walter y Betty, sus miradas no dejaban lugar a dudas. Nat volvió a tomar la

palabra:

—Lo harás bien, tranquilo, yo voy a estar contigo, arriba en el altar. He escrito unas palabras que voy a leer mientras tú tocas el piano.

—¿Y qué toco?

—La canción que Ruth dijo que habías compuesto para mí.

—*¿Qué vas a hacer con tu vida?* Esa es tuya, Nat, la compuse para ti.

—Pues la otra que tocaste en casa de tu hermana, esa canción te toca el corazón. Hazme caso, cariño.

Me toqué el cabello de la nuca dubitativo.

—¿Estarás a mi lado?

Nat se acercó más a mí para besarme levemente en los labios.

—Claro que sí, siempre que tú lo quieras, amor.

—Subid al altar y compartid con esa familia su pena y su dolor. Dadle con la música y las palabras el aliento que necesitan para tener algo a lo que aferrarse —nos aconsejó Elisabeth sabiamente.

La iglesia se iba llenando de gente, sobre todo de mujeres, parecía que la noticia de aquel asesinato había desbordado todo lo que pudiéramos imaginar. A pocos minutos de las doce llegaba el coche fúnebre seguido de un par de taxis con la familia de Svetlana: sus dos hijos arropados por sus tíos y sus dos primos.

Oksana, al vernos junto a la puerta se acercó a nosotros.

—Gracias por venir —le dijo a Natasha—. Significabas mucho para ella.

Por la cara de ambas comenzaron a rodar lágrimas silenciosas.

Sacaron el féretro del coche fúnebre, lo colocaron sobre una plataforma con ruedas y lo introdujeron en la iglesia por el pasillo central seguido por toda su familia y de todos nosotros.

Nat me cogió de la mano para entrar, en una de las filas de bancos se detuvo un instante, me giré y vi que saludaba con un beso a Bob y a Alona. Seguimos caminando, Oksana y su familia se sentaron en el primer banco central, nosotros nos situamos en el lateral izquierdo. El padre German nos hizo la señal para que nos sentáramos y acto seguido comenzó con la liturgia según la religión ortodoxa rusa. Rezó poemas y salmos para ayudar al espíritu de la difunta a alcanzar su salvación. A un lado del sacerdote una mujer interpretaba con el lenguaje de signos toda la ceremonia. Casi al finalizar, él hizo una señal a Natasha para que fuera al altar, ella me rozó con su hombro en el mío para que la siguiera. Al acercarnos, el sacerdote, le recomendó en voz baja a Nat que hablara despacio para que le diera tiempo a aquella mujer a interpretar sus palabras. Natasha se situó tras el púlpito donde colocó su papel para leerlo, yo me acerqué al piano que se encontraba a unos dos metros del púlpito, me senté en la banqueta y Natasha comenzó a leer.

—He querido escribir y leeros unas palabras para despedir a Svetlana. Han sido escritas con el fin de transmitir todo el cariño que sentía y siento por ella. Espero que allá donde vaya se las lleve consigo. Mi deseo es que algún día no muy lejano, estos sucesos dejen de ocurrir. La música de la canción que van a escuchar ahora al piano se titula *Me vas a hacer llorar más y no puedo permitírtelo.* Es en honor a la persona que yace delante nuestro en este ataúd. Espero que estemos a la altura de lo que ella se merecía.

Nat inclinó su cabeza haciéndome entender que podía comenzar a tocar. Tomé aire y la música comenzó a sonar al son que yo marcaba con mis dedos sobre las teclas, la iglesia permanecía en completo silencio con lo que cada nota impregnaba cada rincón del templo. Nat iba narrando su escrito y la persona de los signos repetía lo que ella verbalizaba. Yo proseguía

acariciando las teclas del piano con mimo y cariño provocando casi inconscientemente que a muchos de los allí presentes se les saltaran las lágrimas hasta apoderarse de sus rostros. Natasha acabó su lectura y a los pocos segundos finalicé yo con el piano. La iglesia quedó enmudecida hasta que la persona del lenguaje de signos hizo el gesto de agitar las manos al aire, se trataba de un aplauso sordo.

Todos nos pusimos en pie e hicimos el mismo gesto. Aquella despedida no iba a ser sonora porque no había que celebrar nada bonito, pero sin embargo, aquel aplauso visual nos tocó el corazón a todos los allí presentes.

Cuando el padre German lo creyó oportuno, se levantó y se dirigió al púlpito.

—Hermanos y hermanas, no deberíamos haber despedido todavía a la hermana Svetlana. Vuestro apoyo, las palabras de Natasha acompañadas del piano han ofrecido una despedida digna de alguien a quien no le debería haber sido arrebatada la vida tan pronto. —Hizo una breve pausa —. La hermana Svetlana Ermakova será llevada al cementerio de Brompton. El próximo viernes, a las siete de la tarde se oficiará una misa para los difuntos de esta semana.

Antes de acabar, el sacerdote rezó por última vez para pedir la absolución de los pecados de la difunta y bendijo el féretro. Bajó los tres escalones que separaban el altar del resto de la iglesia, se situó delante del ataúd y comenzó a caminar por el pasillo central hacia la salida, detrás caminaban los hijos de Svetlana; lloraban desconsolados cogidos de la mano de Oksana, su marido acompañaba a sus hijos, les seguíamos Natasha y yo.

Conforme íbamos rebasando los bancos, se iban agregando personas. Al pasar junto a Scott y Eli, se unieron a la fila; ella, le dio un beso a Nat, se situó al otro lado para cogerme la mano, la apretó y susurró:

—Bien, Randy.

Bob y Alona esperaban a que llegáramos hasta donde se encontraban; los dos besaron a Natasha en la mejilla, yo acerqué mi mano y se la estreché a ambos.

Fuimos hasta el *parking* para coger el coche y recorrer las tres millas y media que nos separaban del cementerio de Brompton. Durante el trayecto, Morty puso su mano en mi hombro desde el asiento trasero para decirme:

—Gracias, Random, yo no lo hubiera hecho mejor, amigo.

Le miré por el espejo retrovisor y le sonreí como muestra de agradecimiento a sus palabras.

Ya en el cementerio, el padre German se situó nuevamente delante del ataúd, lo portaban a hombros entre seis familiares y amigos de la familia. El resto, lo seguimos en procesión hasta el nicho donde iba a ser enterrada. El sacerdote bendijo la sepultura y efectuó un pequeño ritual en el que terminó bendiciendo nuevamente el féretro y la sepultura, para finalmente los operarios del cementerio introducir el ataúd y proceder a cerrar el nicho.

Nos fuimos hasta la salida, a un lado se colocó la familia para recibir las condolencias de los allí presentes. El padre German se acercó a Natasha.

—Muy bonitas y emotivas las palabras que le has dedicado. —Me miró a mí—: La melodía que has tocado ha sido muy bonita, de una gran sensibilidad.

Los dos agradecimos sus palabras.

Walter, Betty, Elisabeth y Scott, se despidieron de nosotros tres. Quedamos en que estaríamos en contacto a través del teléfono.

—Walter —me dirigí a mi amigo—, mañana vuelvo al trabajo.

—De acuerdo, Randy, como tú veas.

Se marcharon en sus coches tomando, cada uno, camino a sus vidas.

Oksana se acercó a Nat para invitarnos a que fuéramos a la iglesia y luego a su casa a comer.

—Es que ha venido con nosotros Mortimer.

—Que se venga también.

Nat nos miró, yo miré a Morty.

—Por mí, no hay problema —contestó él.

—Entonces nos vemos en la iglesia, Nat.

Durante el trayecto, Nat me informó que según la religión ortodoxa rusa, después del entierro hay que acudir a la iglesia para tomar un chupito de vodka y brindar para «que descanse en Dios». Luego en la casa del difunto se ofrece una comida en su honor. En esta ocasión sería en casa de su hermana.

Fuimos a la casa de Oksana, allí nos agradeció a Nat y a mí el homenaje tan emotivo que habíamos ofrecido en la iglesia.

—Quiero que sepas que te ofrezco todo lo que esté en mi mano, para ayudaros en la medida de lo posible en lo que sea necesario.

—¿Crees que no has hecho ya suficiente, Natasha? Mi hermana hacía tiempo que podía haber acabado así, a manos de ese bastardo. Teníamos la esperanza de que la burocracia le consiguiera una nueva identidad, aunque para ello tuviera que poner tierra de por medio, quizá en otro país y a costa de perder durante un largo período de tiempo todo contacto con ella, pero era por su bien, y sobre todo por el de sus hijos. —Nat agachó la cabeza en señal de pena y dolor. Oksana la abrazó para transmitirle en ese abrazo, toda la gratitud por lo que había luchado para lograr el bienestar de su hermana—. Sé todo lo que has hecho desde que se cruzó en tu camino; sé que durmió en vuestra casa; sé que habéis procurado hasta última hora, que ella no tuviera este final, por todo eso, os estaré eternamente agradecida a los tres.

Oksana comenzó a llorar desconsolada, su pena nos embargó a todos, las palabras de consuelo que le podíamos ofrecer no mitigaban ese dolor tan profundo que sentía.

Tocaron a la puerta y una amiga que había estado en el entierro venía a traerle comida. Después de comer, Morty y yo estuvimos con los niños contándoles historias para que estuvieran un poco entretenidos mientras Oksana le mostraba a Nat algunos álbumes de fotos de cuando eran pequeñas y vivían en Rusia retrocediendo, así, en el tiempo de los recuerdos.

No tenían muchas fotos, pues parte de su infancia la habían pasado en un orfanato, cuando fueron abandonadas por su madre. Natasha conocía su historia, Svetlana se la había contado; sabía que no habían tenido una vida fácil, pero desde que estaban en Reino Unido, sus vidas, sobre todo la de Oksana, había cambiado a mejor, no tanto para su hermana y sus hijos, ya que su marido nunca se adaptó al nuevo país que los acogió y comenzó a pagar su frustración con su propia familia, hasta acabar en este fatal desenlace.

A media tarde, algunas amistades comenzaron a pasar para dar el pésame a la familia, en ese momento decidimos marcharnos.

—Oksana, nos vemos el viernes en la iglesia.

Ella abrazó a Natasha cariñosamente y murmuró:

—Gracias, amigos, hasta el viernes.

Salimos de allí con algo de nostalgia y contagiados por las circunstancias, durante el recorrido hacia la casa de Nat, el ambiente silente dentro del vehículo permitía escuchar cualquier sonido, como las rodadas en el asfalto o el silbido que producía la velocidad del Chrysler cortando el aire.

No intercambiamos palabra hasta llegar a nuestro destino.

—¿Quieres quedarte, Randy? —me preguntó Nat.

La miré y vi que sus ojos me lo pedían, yo también quería quedarme, necesitaba de su compañía y presentía que ella también necesitaba de la mía. Sonreí y asentí. En la entrada, Morty se volvió hacia nosotros y como un niño pequeño al que le da miedo irse a dormir solo, preguntó titubeando:

—¿Me puedo quedar con vosotros esta noche?

Nat me miró de la misma manera que lo había hecho escasos minutos antes.

—Claro, sin problema —respondí.

Era evidente que nuestras almas estaban tocadas y necesitábamos sentir que teníamos el apoyo de las personas más importantes para nosotros en esos momentos.

—Subo a ponerme el pijama, ahora vuelvo. ¿Te bajo uno, Random?

—Sí, por favor.

Morty subió a su piso y Natasha y yo nos fundimos en un abrazo.

—Gracias.

—¿Por qué?

—Por todo, por estar, por entender, por tu apoyo.

—No seas boba, ¿qué menos puedo hacer, si no es estar con la persona que quiero que comparta su vida conmigo?

Nos besamos, ese beso era diferente a los que últimamente nos solíamos dar, llenos de amor y de deseo, este, también tenía su encanto y ternura, pues en ese beso transmitíamos lo que nuestros labios en esos momentos no decían, pero que nuestra presencia demostraba: afecto, apoyo, lealtad, incondicionalidad.

La cama era lo suficientemente grande para los tres. Nat se acostó en el centro y nosotros cada uno a un lado, ambos nos giramos hacia ella y le deseamos las buenas noches.

Por la mañana me levanté más temprano de lo habitual, tenía que pasar por mi casa a cambiarme de ropa y coger mi bandolera para ir a mi trabajo. Rodeé la cama para despedirme de Morty. Él se incorporó y le di un abrazo.

—Ánimo, amigo. Tenemos que pasar página y seguir adelante con nuestras vidas.

—Si me llegan a decir que nos ibas a poyar de esta manera, no me lo hubiera creído. Gracias, Randy, menos mal que has estado ahí.

Sonreí.

—Para eso están los amigos —nos abrazamos nuevamente—. Cuídate, grandullón.

Nat se levantó y se puso una bata por encima de los hombros para acompañarme hasta la puerta.

—¿Te preparo un café, amor?

—No, cariño. Tengo que ir a casa, arreglaré las cosas de Cascabel y me daré una ducha para ir a trabajar con nuevas energías.

Nat se abrazó a mi cintura y yo hice lo propio en la de ella; parecía que nos sujetábamos mutuamente para no caernos, ya que balanceábamos nuestros cuerpos a los lados jugueteando.

—¿Sabes, guapito de cara?

—¿Es a mí, Cenicienta?

—Sí, a ti —puso su dedo índice en mi pecho—, Romeo.

—¿Qué le ocurre, a la señorita prometida?

—Pues ocurre que, quisiera decirte algo...

—Soy todo oídos, cariño.

—No se te ocurra desaparecer. ¿Me oyes? No sea que se me aparezca un principiante de

príncipe azul y tenga que recordarme que ningún hombre está a la altura de mi Romeo. O sea, señor Random Williams, no sé si alguna vez te lo he dicho o susurrado, pero de no ser así debería de haberlo hecho.

Intuía a lo que se refería, pero fui un poquito travieso y me hice el ingenuo.

—Pues no sé a qué se refiere usted, señorita Natasha Ivanova.

—Me refiero a que creo que la otra noche tal vez le susurré a usted algo al oído que no sé si lo pudo escuchar.

—Ah, posiblemente estaba dormido, o quizá no ocurrió nada.

Morty se había levantado, se disponía a subir a su casa y al pasar por la entrada gritó:

—¡Neeenaaa, díselo ya, jodía, que le quieres! ¿O se lo digo yo?

Él se marchó escaleras arriba y yo me hice un poco el loco.

—Con la puerta abierta hace un poco de aire, ¿no? No he escuchado bien lo que ha dicho Morty.

Ella bajó la mirada, se sentía algo avergonzada y murmuró:

—Bobo, si lo has escuchado ya...

Levanté con mi mano su mentón, la besé en la mejilla, la miré a los ojos para sonreírle y musité:

—Lo escuché perfectamente la otra noche, pero no te dije nada por si te salió sin querer. ¿Sabes una cosa? —Ella negó con la cabeza y sin dejar de mirarme, dejó salir una pequeña sonrisa esperando a que continuara—. Yo también te quiero, no lo olvides nunca, es más, no dejemos nunca de decírnoslo.

Natasha al escuchar esas palabras inclinó su cuerpo hacia adelante para besarme apasionadamente, mientras nos besábamos, dobló una de sus rodillas levantando uno de sus pies hacia su trasero, parece ser que con ese gesto, se sentía como si estuviera volando en una nube.

—¿Vendrás el viernes a la misa de Svetlana?

—Por supuesto. Allí estaré contigo y si quieres, después seré todo tuyo... —Le guiñé un ojo y le di un pico—. Ahora, me voy que si no, no llego, cariño.

Crucé la puerta de la casa y antes de cerrar la cancela, me giré y mi prometida aún seguía allí, me lanzó un beso al aire; hice el gesto de cogerlo al vuelo para depositarlo en mi corazón, un gesto que aun siendo en la distancia, me elevó la autoestima como para empezar el día con una bonita sonrisa.

Me subí al coche y puse rumbo a mi casa a poner un poco de orden y volver a mis quehaceres habituales. Llevábamos dos días desconectados de nuestras rutinas y debíamos de volver a la realidad.

A media mañana sonó mi móvil.

—Buenos días, hermanita.

—¿Cómo estás, Randy?

—Bueno, estoy, digamos que bien, poco a poco, Eli. Ha ocurrido todo muy rápido y todos necesitamos tiempo.

—¿Vendrás el jueves a comer?

—Claro. Necesito volver a la normalidad.

—Me parece perfecto, guapo. Ah, pero no te olvides de traer a mi futura cuñada. Tu sobrina no te lo perdonaría, ja, ja, ja.

—Eli...

—Dime.

—¿Crees que me la merezco?

—A ver, Randy, no se trata de tener esos conceptos en la vida, más bien se trata de amor, cariño y respeto, el merecer a una persona o que tú mismo seas la correcta para la otra es complicado de definir, pero nunca se sabe si no se toma la decisión, y tú ya lo has hecho. Ya sabes que nosotros te apoyaremos en todo lo que podamos. Nat es buena persona, se le ve, y si ella necesita tiempo dáselo. ¿Tienes alguna prisa?

—No. Bueno, creo que no, pero lo que sé es que no quiero perder más tiempo sin estar con ella, la necesito a mi lado.

—Entonces, sí tienes prisa, ja, ja, ja.

Mi hermana me contagió su risa.

—Es que pienso que ya no soy un niño y que si queremos formar una familia, me tengo que mover, como me dijiste un día voy a parecer el abuelo de mis hijos —nos reímos.

—¿Y qué problema hay, Randy?

—Ninguno, hermanita. ¡Menos mal que a veces haces de hermana mayor!

—¡Eh, de eso nada, guapo, el hermano mayor eres tú y estoy encantada de que sea así, o sea, que espabila! Y como solía decir papá: «Sal a la calle y ve a comerte el mundo». Randy, te tengo que dejar, que me llama un cliente. ¡Hablamos!

Colgamos. Me encantaba hablar con mi hermana, de vez en cuando con sus charlas me ponía los pies en el suelo, o me hacía ver la realidad desde otro punto de vista. Me quedé con una sonrisa de aquellas dignas de vivir. Después procuré recuperar todo el papeleo que llevaba un poco atrasado.

¿Qué vas a hacer con tu vida?

Capítulo Nº 27 - Volver a la rutina

El viernes después del trabajo, Nat me dijo que tenía tarea en casa, por lo que quedamos en que nos veríamos en la iglesia. Acudiría con Morty.

Tras oficializar la misa el padre German, nos dio la bendición y las gracias por haber ido a despedir el alma de las personas que habían fallecido esa semana. Oksana y su marido, nos agradecieron nuevamente que les hubiésemos acompañado. Tras despedirnos de ellos caminábamos hacia nuestros vehículos y les propuse ir a tomar algo.

—Ay, cari, yo no puedo —se excusó Morty—. Tengo que entregar urgentemente unas obras que llevo en el coche a unos clientes, pero ir vosotros. Nos vemos en casa, nena.

—¿Me vas a dejar a solas con ella? —Morty arrugó sus cejas en señal de extrañeza y Nat me propinó un codazo—. ¡Auuugh!

—No te quejes que ha sido con cariño.

—Espero que no me des nunca uno con rabia.

Nos reímos los tres.

—Me voy, chicos —anunció Morty—. Ah, nena, no me hagas como últimamente, ¿eh? Que luego no me dices si vienes a dormir. Y hablando de dormir, guapa. Anda, coge el bolso de la ropa que te has traído, por si acaso. —Nat, puso cara de querer estrangular a su amigo.

—¡Mira que eres bocazas! —opinó ella riéndose.

—No sabes tú nada, bonita... —dijo él con cierta ironía.

Nat fue hasta el maletero de la «bala plateada» de Morty y sacó el bolso.

—He traído algo de ropa por si la noche cambia de rumbo —me dijo guiñándome un ojo.

—¿Algo de rooopaaa? —soltó Morty con retintín—. ¡Si te has traído para todo el fin de semana!

—¡Morty, vete ya, que como no te muerdas esa lengua voy a acabar echándole un nudo! —nos reímos.

—Vale, vale, ya me voy —me miró mientras se despedía, dándome un abrazo y a ella, un par de besos—, bueno más bien me echan.

—¡Serás mamonazo!

Él le sacó la lengua, se dio media vuelta, se metió en su coche y se fue calle arriba.

Instintivamente, nosotros nos acercamos para abrazarnos frente a frente por la cintura.

—Bueno, señorita, ¿tienes alguna predilección sobre adónde ir?

—¿Qué te parece que vayamos a Covent Garden a cenar algo ligero?

—Me parece una genial idea, cariño.

—Luego podemos ir a un lugar que ambos conocemos y donde hacen unos combinados que son de diez.

—Opino lo mismo.

Tres horas más tarde, nos encontrábamos en la puerta de nuestro café favorito. Abrí la puerta y me situé a un lado para dejar pasar a Nat.

—Buenas noches —nos saludó Bob con la solemne seriedad que le caracterizaba y guardando su compostura, pero al vernos, esbozó una ligera sonrisa—. ¿Querrán su mesa?

—Buenas noches, Bob —le correspondimos ambos al saludo.

—Si está libre, sí —especificó Natasha.

—Acompáñenme, por favor. —Le seguimos, Nat caminaba delante de mí—. ¿Tomarán

lo de siempre?

Ambos asentimos.

—¿Qué tal todo, Bob? —le pregunté—. El otro día en la iglesia solo tuve tiempo de saludarles. No sé si conocían a la difunta, pero es de agradecer su presencia en el día del funeral. Había que arropar sobre todo, a la familia de Svetlana.

—¿Me permite una reflexión, Random?

—Dispare, Bob.

—Pues, verá, mi madre decía que: «No todos los momentos de la vida son necesarios, sin embargo, algunos de esos momentos que compartimos, son muy importantes».

Se dio la vuelta y caminó hacia la barra a por las consumiciones.

—Me gusta escuchar las reflexiones que Bob sabiamente comparte con nosotros, o conmigo, cuando alguna vez he venido solo. De mayor, me gustaría ser la mitad de sabio que él, o que su madre.

Nat sonrió con mi comentario.

—Es cuestión de tiempo, cariño,

—¿Ser mayor, o ser sabio?

—Ja, ja, ja. Las dos cosas. —Se me acercó sonriendo y me besó en la mejilla—. Y hablando de tiempo, ¿qué día marchas para Rusia?

Miré hacia el techo del bar para pensar con más exactitud.

—El domingo de la otra semana, creo que son cinco días. ¿Y tú?

—Pues mira —interrumpió su explicación porque se acercó Bob con los combinados.

—Disculpe, Random —puso las bebidas sobre la mesa—, ¿ya hizo el viaje a Rusia?

—No, Bob, me marcho en dos domingos. Me llevaré la nota que usted me dio.

Bob miró a Natasha y murmuró:

—¿Cuándo operan a tu abuela?

—El jueves próximo. Me voy el martes. ¡Qué pena que no hayan coincidido nuestras fechas para hacer el viaje de ida con mi prometido! —Me cogió de la mano y me la apretó—. Aquí, el señor Random podría necesitar a alguien que le enseñe un poco la ciudad.

—No te olvides, Natasha, si coincidís en el tiempo de llevarle a conocer a tu abuela Tatiana.

—Claro, Bob, esa es la idea.

Él miró hacia los lados, algunas personas entraban al café.

—¿Me disculpáis? Me reclaman en otras mesas. —Se marchó hacia su obligación.

—¿No me digas que podrás organizarte para que nos podamos ver allí? —pregunté gratamente sorprendido.

—¿Algún problema, cariño?

—¡No, al contrario, me encanta!

—Pues ese es el plan. Espero que la recuperación de mi abuelita me dé una tregua y podamos recorrer la ciudad juntos.

—Sería genial conocer Ekaterimburgo junto a ti, la ciudad es grande, yo no sé ruso... Vete tú a saber a dónde puedo ir a parar... —Hice un esfuerzo por no reírme.

—La ciudad es bonita de visitar, ya verás que te gustará, pero voy a tener que atarte corto para tenerte controlado y por si necesitas algún servicio allí estar a tu lado, no sea que con el tema del idioma no te aclares bien.

—Quizá acepte tu propuesta, eso de atarme corto... ¡Mmm..., suena bien! ¿Dónde he de firmar?

—¡Ja, ja, ja, no tienes remedio!

—Soy insaciable, Nat.

Ella me miró con mirada pícara.

—Después de saborear este *big ben* podríamos ir a mi casa, no sé si me acuerdo bien de la clave de la alarma y tú podrías ayudarme.

—¿No sería mejor un lugar donde sé que dan unos masajes con aceites esenciales?

—¿Te refieres al lugar donde después de terminar el masaje te hacen volar?

Sonreí.

—Sí. Suena bonito, Cenicienta.

—Es la verdad, Romeo.

—¿Te parece bien que vayamos ya, o tal vez prefieres esperar?

Se quedó pensativa ante la propuesta para contestar:

—A ver, posiblemente tengamos toda la vida para todo, pero cuando antes vayamos, antes podremos disfrutar de algo que ambos deseamos... —Acabó la frase mordiéndose el labio inferior mostrándome su deseo.

—No hagas eso, Cenicienta, o deberé pedirte que me dejes morder a mí esos labios que tanto me ponen.

Ella se lo volvió a morder para susurrarme:

—Por mí, Romeo, puedes saltarte el paso de pedírmelo y pasar directamente a la acción.

Nos reímos los dos.

El tono de nuestras voces estaba tomando un camino mucho más sensual. Preveía que aquella situación se nos podía ir de las manos si seguíamos por aquel rumbo.

—Creo que podríamos acabar esta copa otro día, así adelantamos otro paso. —Sonreí arqueando mis labios hacia un lado mostrándole una sonrisa seductora.

—¿Es una pregunta o un deseo? —me preguntó, la respuesta fue levantarme y extender mi mano para que ella hiciera lo mismo—. ¿Ya? —Se puso en pie divertida.

—Sí, la temperatura sube por momentos y quizá necesites que te ponga el termómetro.

—Ja, ja, ja. Recuerda que la enfermera era yo.

Nos acercamos hasta la barra, Bob al ver que nuestras copas no estaban acabadas preguntó:

—¿No os gustaron los combinados?

—Sí, sí. Estaban perfectos, Bob, pero es que tengo que llevar a Natasha a su casa y no quiero que se nos haga tarde.

—Ah, qué bien —respondió él moviendo su cabeza sorprendido—, qué detalle. Si me permite, Random, le regalo otro de mis pensamientos.

—Dispare usted, Bob.

—Cuando creemos saberlo todo, nos damos cuenta de que siempre puede ser que alguien nos sorprenda.

—Usted es una caja de sorpresas, Bob, le echaré de menos estos días.

—Procure volver, Random, tiempo habrá de compartir más ocasiones como esta.

—Tiene usted razón, de momento cóbreme y a la vuelta continuamos. Es un placer venir y compartir momentos como este.

—Váyanse ya, que se le hará tarde a Natasha. A esas copas de hoy están invitados por mí.

—No, Bob —dijo Nat.

—Natasha, quedamos en deuda, cuando volváis, vosotros me invitáis a mí. ¿Qué os parece?

Me encontraba a gusto en aquel momento así que lancé una propuesta a mi prometida:

—A la vuelta podríamos organizar una barbacoa en tu casa con Bob y Alona. —Ella sonrió.

—Me parece perfecto. Hace tiempo que no comparto mucho tiempo con ellos. —Miró a Bob—. Dicho queda, a la vuelta quedamos. —Él asintió con la cabeza.

Salimos del lugar llenos de gozo por la pequeña conversación que habíamos mantenido con Bob. Caminábamos hacia el coche abrazados como cualquier pareja que se ama.

—¿Sabes una cosa?

—¿Qué? —respondí con otra pregunta.

—Me encanta la complicidad que tienes con Bob y que le hagas partícipe en nuestras vidas.

—Has de saber que las personas que son importantes para ti lo son para mí, señora Williams.

Ella al escuchar aquellas palabras, apoyó su cabeza en mi hombro y murmuró:

—Gracias, cariño. Quiero soñar que estás a mi lado abrazado toda la noche y que al despertar sigamos en esa misma postura.

—No hace falta que lo sueñes, amor. Será un hecho, siempre que tú me lo permitas. —Nos dimos un romántico beso—. Cariño —levanté su mentón para que sus ojos alcanzaran los míos—, te traslado la pregunta como bien dice el título de la melodía que surgió de un piano: *¿Qué vas a hacer con tu vida?*

—No sé lo que la vida nos deparará, señor Williams, aunque intentemos forzar nuestro destino, solo él sabe adónde nos llevará, solo pienso en que si mañana al amanecer nos despertamos abrazados, es que nuestra magia y el hilo rojo que nos une a algunas personas existe.

La abracé más fuerte.

—Por lo pronto, tenemos un proyecto en común que me parece un sueño y del que no quiero despertar y si me despierto que sea con la ya señora Williams a mi lado. No quisiera, mientras tanto, tener que andar batiéndome con todo aquel proyecto de príncipe azul que te ronde.

—Tranquilo, cariño, esta princesa ya eligió hace tiempo y este anillo —lo señaló—, lo demuestra.

Nos detuvimos delante de mi coche, la miré y nos besamos delicadamente, ella se abrazó a mí y no pudo evitar, nuevamente, levantar el pie hacia su trasero en señal de que era feliz.

Abrí la puerta del coche para que se subiera y pusimos rumbo a mi casa donde convertimos en hechos las palabras que antes nos habíamos dedicado en el Café 101.

El sábado por la mañana, mi sobrina quiso venir a pasar el día con nosotros al enterarse de que Natasha estaba en mi casa, nos dedicamos exclusivamente a ella, le concedimos el poder de decidir qué hacer, a dónde ir, e incluso, qué comer, a pesar de las advertencias de mi hermana de que no la consintiéramos demasiado, pero es que los dos éramos débiles ante aquella personita que nos robaba el alma con cada una de sus sonrisas. Era evidente que a Natasha le gustaban los niños, y con Ruth había conectado tan bien, que me enorgullecía que así fuera. En ocasiones, me sorprendía mirándola embelesado sentado en un banco del parque, mientras ella empujaba a Ruth en su columpio y ambas me sonreían. Me permitía soñar despierto imaginando a Nat rodeada de un par de retoños tratándolos con esa dulzura que la caracterizaba. Las risas de Ruth de vez en cuando me devolvían a la realidad.

Esa noche no estaba previsto que mi sobrina se quedara a dormir, pero nos pidió quedarse

con nosotros y tuvimos que negociar con mi hermana y mi cuñado que a cambio, al día siguiente, cuando la lleváramos a su casa, nos quedáramos a comer.

El fin de semana no podía haber sido más completo e inesperado, un fin de semana familiar que permitía a mi familia ir conociendo más a Natasha y viceversa creando así, un vínculo de complicidad y confianza entre todos.

Las dos noches siguientes antes de la marcha de Nat, las pasamos juntos, no queríamos separarnos, queríamos agotar cada minuto que pudiéramos compartir, ya que durante el día debíamos dedicarnos a nuestros trabajos.

La tarde del lunes le di espacio a Natasha para que organizara sus cosas.

¿Qué vas a hacer con tu vida?

Capítulo Nº 28 - Separados por un par de miles de millas

El martes comimos juntos y a eso de las tres, la acompañé con mi coche al aeropuerto de Gatwick, el viaje era largo, ya que su avión salía sobre las cinco de la tarde para hacer escala en el aeropuerto internacional de Estambul durante una hora y cuarto, y desde donde tomaría otro avión que la llevaría hasta el aeropuerto de Koltsovo en Ekaterimburgo.

En el mostrador de la aerolínea hizo el *check-in*, facturó la maleta y le entregaron su tarjeta de embarque.

A mí no se me ocurría otra cosa que hacerle recomendaciones.

—Sobre todo, mándame algún mensaje cuando puedas, que sepa que estás bien, cariño.

—Tranquilo, Randy —esbozó una sonrisa para tranquilizarme—, no es la primera vez que viajo allí.

—Lo sé, pero necesito saberlo.

Nos manteníamos abrazados.

—Estaremos en contacto, cielo. Piensa que en pocos días si Dios quiere, volveremos a estar juntos cuando resuelvas el tema de tu trabajo.

—Sí, eso espero, señorita, tengo la sensación de que allí residen parte de tus secretos.

—Sí, y conocerás a mi abuela Tatiana. A ver qué hacemos si ella dice que no me convienes, ¿eh?

Me reí.

—¡Pues deberemos de convencerla con hechos!

—¡Ja, ja, ja, sí!

—¿Te puedes traer la placa donde pone Cenicienta?

—Claro que sí. ¿Para qué? —pregunté intrigado.

—Tú tráetela.

—*OK*. En estos días intentaré aprender algunas palabras en tu idioma, mi ruso no da para mucho.

—¿Cómo qué no? —se rio y apostilló—: Pues conmigo te defiendes muy bien.

—Es que tú lo haces fácil, cariño —dije sonriendo.

Ella tomó mi barbilla con su mano.

—¡Ay, que te como esa boquita!

Y me estampó un beso, y otro, y otro...

Por megafonía anunciaron el número de vuelo y la puerta de embarque. Llegaba el momento de separarnos, no quería dejarla ir, me hubiera ido con ella si hubiera podido, pero me debía de ceñir a mi trabajo. En esta ocasión, para ella no era un viaje de placer, sino por la operación de su abuela y debía de hacerme a la idea de que cada cierto período de tiempo, ella viajaría a verla.

—¡Te quiero, Natasha, no lo olvides!

Grité cuando ella se dirigía a la puerta de embarque, al cruzarla, se volvió y me regaló una sonrisa.

Con esa última imagen en mi mente, me fui hasta el *parking*, me subí al coche y recorrí las veintisiete millas y media que me separaban de Londres. Ya en casa, me puse a ultimar

algunos preparativos de mi viaje y otros temas pendientes en el portátil. Tenía por delante, unos días bastante movidos. El sonido del móvil desvió la atención de mi trabajo.

—¿Walter? No te he visto estos dos últimos días, ¿Está bien todo?

—Sí, amigo. Ayer estuve en una reunión con directivos de otros museos y hoy he acudido con Betty a una ecografía.

—¿Sí? ¿Y qué tal el bebé? ¿Betty está bien?

—Está perfecta, el feto mide unos cinco centímetros —por el tono de voz de Walter podía apreciar que estaba eufórico—, y hemos podido escuchar los latidos de su corazoncito. ¡Ha sido emocionante!

—Me lo imagino. Debe de ser una sensación única.

—¡Sí! ¿Y tú, qué tal llevas todo?

—Bien. Hace unas horas he dejado a Natasha en el aeropuerto. Hemos pasado un fin de semana familiar para enmarcar.

—Lo sé, el domingo vino Morty a buscar a Leonard y subió a tomar una copa, me dijo que Natasha estaba en tu casa.

Levanté mis cejas atónito, aunque conociendo a Morty no sé de qué me extrañaba.

—¡Ja, ja, ja! Está visto que con Morty no puede haber secretos.

—No deberías de tenerlos con tu colega, Randy.

—Walter, contigo nunca los tengo, eres como mi hermano.

—Así es, y espero que eso nunca cambie, ¿eh?

—Descuida. Por cierto, ¿quedamos este sábado para echar una partida de bádminton?

—¡Sí, tenemos que desencallar estos cuerpos, ja, ja, ja!

—Bien, ahora te dejo que me acaba de llegar un mensaje y puede que sea de Nat.

—*OK*, grandullón, mañana nos vemos en el museo.

Le di al botón de colgar y pulsé en el icono de mensaje. Era de Eli:

«¡Hola, hermanito! ¿Vendrás a comer el jueves, o estarás muy liado?»

Comencé a escribir para contestarle, pero desistí de la idea y procedí a llamarle.

—¿Randy?

—¡Hola, Eli!

—Quería que me confirmaras si venías el jueves.

—Claro, que iré. ¿Lo dudabas?

—Bueno, como tienes entre manos el viaje...

—Sí, pero más o menos ya lo tengo controlado, además, si no voy Ruth no me lo perdonaría. ¿Cierto?

—¡Cómo lo sabes, ja, ja, ja! El jueves cuando vengas ya quedamos con el tema de Cascabel, ¿vale?

—Sí, hermanita. Estás en todos los detalles.

—Vamos hablando, Randy. ¡Un beso!

Corté la llamada y me quedé mirando unos segundos el móvil por si en ese momento llegara algún mensaje de Nat. «¿Y si le mando uno?» Pensé a la vez que descubrí los ojos gatunos de Cascabel observándome por encima de la pantalla del portátil. «No, mejor espera —miré la hora—, aún estará volando». Apagué el ordenador y fui a la cocina a comerme un yogur. Allí miré nuevamente el reloj, la aguja de los minutos parecía haberse confabulado con el tiempo para moverse a un ritmo mucho más lento del habitual, como volviéndose en mi contra. Me fui al salón y me estiré en el sofá para ver algún programa de la televisión. A las doce de la noche, no pude contenerme más, faltaba un cuarto de hora para que el avión de Nat hiciera escala en

Estambul y me puse a escribirle un mensaje de texto:

«Hola, cariño, cuando leas este mensaje ya habrás tomado tierra. Hace solo unas horas que te has marchado y ya te estoy echando de menos, la casa está vacía sin ti, Nat, pero pronto nos volveremos a ver. *Ya tebya lyublyu*[39]*!*»

Media hora más tarde sonaba el teléfono.

—¡Hola, cariño!

—¿Qué tal estás, Nat?

—Bien, bien. He recibido tu mensaje, yo también te echo de menos, amor. ¿Y esas palabras en ruso? Creía que no se te daba bien.

—He conquistado al señor Google para que me echara un cable, ja, ja, ja.

—¡Ah, eso es trampa! —nos reímos—. Escribirlo es fácil, no tanto pronunciarlo. ¿Te atreves?

—¡No! No sea que me equivoque en la pronunciación y diga otra palabra distinta y meta la pata.

—Anda..., ¿ni aunque te lo pida yo?

—Pero no te rías, ¿eh? —Ella se quedó en silencio mientras yo dudaba si decirlo o no, pero me envalentoné—: *Ya te bya lyu blyu* —pronuncié lentamente separando las sílabas a mi criterio.

—¿Ves como no es tan difícil? ¡Yo también te amo, Random!

—Cariño, no te olvides de mandarme un mensaje cuando estés en Ekaterimburgo. *¿OK?*

—*OK*, cielo. Voy a tomarme un café. Estate tranquilo y descansa.

—*Bye*, Nat!

Hablar con mi prometida me dio un chute de energía. Escuchar su voz era como si me hubiera dado la vida y le mandé otro mensaje:

«Me ha encantado escuchar tu voz. Ha sido como tenerte momentáneamente a mi lado a pesar de separarnos casi un par de miles de millas».

Le di a enviar, no habían pasado tres minutos cuando entró un nuevo mensaje de ella.

«La distancia es física, pero nuestro amor rompe fronteras. Estás dentro de mi corazón y no pienso sacarte de él».

Escribí otro:

«No sé si esta noche podré dormir, pero si los ojos me vencen, intentaré verte en mis sueños, Cenicienta».

El sonido de un silbido en el móvil me alertó de la entrada de otro mensaje que sería el último antes de tomar Nat el siguiente vuelo.

«Procura descansar, Romeo, si no, mañana, en el trabajo, tus ojos parecerán los de un oso panda. En diez minutos estaré nuevamente en el avión».

Dejé el teléfono sobre la mesita de centro, pues en cinco o seis horas no volvería a tener noticias de Natasha. Pensé en acostarme, pero posiblemente, la tranquilidad de saber que todo marchaba bien provocó que mis sentidos se relajaran sucumbiendo mi cuerpo y mi mente a los seductores brazos de Morfeo.

La mala posición provocó que un ligero dolor en las cervicales me despertara. Cascabel se había refugiado al calor de mis pies, al notar que me movía se levantó desperezándose para acudir a su canasta. Yo me incorporé para darme un ligero masaje en el cuello e hice unos movimientos rotacionales para descargar un poco la presión en esa zona.

—Debería de haberme acostado —dejé ir en un susurro—. Una ducha me dejará como nuevo.

Miré el móvil por si había alguna novedad, pero nada. Caminaba hacia el baño cuando sonó el teléfono y me volví corriendo a por él.

—¡Hola, Randy! ¿Te he despertado?

—¡Hola, cariño! No. Hace nada que me acabo de despertar. ¿Ya has llegado?

—Sí. Estoy esperando para recoger la maleta, me subiré a un taxi y todavía me quedan un par de horas de viaje hasta Degtyarsk.

—Ya te queda menos para poder abrazar a tu abuelita.

—¡Sí, tengo muchas ganas de verla!

—Cuando estés en su casa, llámame o mándame un mensaje para que sepa que estás allí.

—Claro, cariño.

Nos despedimos apresuradamente, Nat me dijo que ya salía su maleta por la cinta transportadora, y yo tenía que asearme para comenzar un nuevo día y acudir a mi trabajo.

Capítulo Nº 29 - Ruth y sus travesuras

El jueves acudí como tenía planeado a comer a casa de mi hermana y llevé a Ruth a la escuela.

—Después te vendré a recoger —le dije mientras le ayudaba a colgarse la mochila a la espalda—, ya que hoy no tienes ninguna clase extraescolar.

—¡Vale! ¿Podremos ir un rato al parque a subirme en los columpios?

—Claro, princesa, así dejamos a mamá que descanse o tenga un ratito para ella.

—¡Sí! ¿Hacemos un abrazo de oso, tío Randy?

Asentí y ella me hizo una señal para que me agachase; nos abrazamos, al separarnos, aprovechó para darme un beso de vaca y salió corriendo, riéndose por haberme pillado a traición.

—¡Mecachis! —solté a la vez que se me escapaba una sonrisa—. ¡Esta niña...!

Esperé hasta que la vi desaparecer por la puerta del edificio y como esa tarde no tenía gran cosa que hacer, me volví a casa de mi hermana. No sin antes contemplar por el rabillo del ojo como las dos cacatúas de costumbre me miraban y cuchicheaban muy entusiasmadas, quizá por el hecho de que esta vez había acudido a llevar a Ruth yo solo. «Seguramente están pensando que Natasha me ha abandonado, como hizo Jacqueline». Mi mente no paraba de darle vueltas a lo que estarían murmurando aquellas mujeres de mí. «¡Si supieran que nos vamos a reencontrar en Rusia! ¡Ja, ja, ja! Una carcajada imaginaria se apoderó de mis pensamientos. «¡Que les den!» Una sonrisa se dibujó en mis labios por tantas boberías que acudían a mi pensamiento. Al pasar por delante de ellas las iba a saludar, pero se hicieron las disimuladas, posiblemente, no querían que les soltara alguna chorrada mía, así que me subí al coche con la intención de no prestarles más atención, pero me quedaba con una sensación de vacío, extraña, como si me faltara aquella adrenalina que tanto me divertía a pesar de todo, de modo que di la vuelta con el coche y pasé por delante de ellas. Aminoré la marcha y bajé el cristal de la ventanilla.

—¡Que tengan una buena tarde, señoras!

No obtuve ninguna respuesta, así que le di al botón del elevalunas y aceleré con intención de perderme calle abajo. Por el espejo retrovisor pude contemplar cómo las dos agitaban sus manos enérgicamente diciéndome adiós. Solté una carcajada, pues seguramente reaccionaron tarde y no se esperaban que les saludara cortésmente.

De vuelta, en casa de Elisabeth, ella me propuso tomar un café mientras conversábamos para ponernos un poco al día de nuestras cosas.

—¿Qué tal te ha ido con tu sobrina?

—Bien, bien. Hemos quedado que después la iré a recoger e iremos un rato al parque, ya sabes, cosa de niños, aunque no sé cómo me convenció.

—¡Ja! —espetó ella incrédula—. ¿Qué te convenció, o tú se lo propusiste?

Mi respuesta fue sacarle la lengua y los dos nos reímos.

—El domingo, después de comer, traeré a Cascabel. He de estar en el aeropuerto a las cuatro.

—Podrías comer con nosotros y salir desde aquí, Randy.

—Ya veré cómo me organizo, ya te avisaré.

—Si te lo pide tu sobrina, no tendrás nada que pensar. ¡Ja, ja, ja!

—¡Eso es chantaje emocional. Hacéis de mí lo que queréis, jodías!

Nos reímos y mientras Eli le daba un sorbo a su café, mi mente se fue a parar a Rusia.

—¿Estás bien, hermanito?

—Sí, Eli, no podría estar mejor, por fin me siento sentimentalmente recuperado del todo, ya sabes que me ha costado mucho.

—Lo sé, Randy, pero no pienses en el pasado. Ahora te tienes que centrar en el futuro.

—Me conformo con vivir el presente y no lo cambio por nada.

—Me gusta escucharte decir eso. Voy a hacer una llamada. Échate en el sofá si quieres dar una cabezadita antes de ir a buscar a la nena.

—¡A la orden, jefa!

Ella se levantó, me dio un beso en la mejilla y yo obedecí a la propuesta de descansar un rato. Pasaron aproximadamente treinta minutos en los que abandoné mis pensamientos para poder disfrutar de un pequeño descanso.

Elisabeth me avisó tocándome delicadamente en el brazo:

—Randy, ¿vas tú o voy yo a buscar a Ruth?

—No, no, ya voy yo, si no, la princesa me mata. —Se me escapó un bostezo y me fui al baño a echarme un poco de agua fría por la cara—. Ya estoy —avisé a mi hermana que se hallaba en la cocina—, me voy a por la princesa. Tardaremos un rato, ¿eh?

—Espera. Toma —me dijo a la par que me daba una bolsa—, aquí llevas la merienda para los dos.

—Estás en todo, hermanita.

Le di un abrazo de oso como tanto nos gustaba a todos disfrutar.

—¡Ummm! —dejó ir ella de sus labios—. Lo echaba de menos, Randy...

—Te quiero, pequeñaja.

—Ídem. Anda, vete ya, que al final llegarás tarde.

Encontré un lugar para aparcar el coche justo delante de la escuela y esperé apoyado sobre el capó a que Ruth saliera. Cuando la vi, me acerqué a la puerta, ella al verme, salió corriendo hacia mí. La esperaba agachado para acogerla entre mis brazos.

—¡Tío! ¿Vamos a ir al parque? —sonreí—. ¡Bien!

—¡Eh, señorita, que no he dicho nada!

—Ya lo sé, tío Randy, pero tu mirada dice que sí.

—Antes tengo que saber si te has portado bien en clase.

Ella iba a responder, pero casualmente apareció la profesora de Ruth. Al pasar por nuestro lado, ella le preguntó:

—Señorita Sophie, ¿a que me he portado bien en clase? Dígaselo a mi tío.

Aquella joven mujer de unos escasos treinta años me lanzó una mirada de arriba abajo y mostrando una estudiada sonrisa respondió:

—¿Usted es el hermano de Elisabeth?

Iba a responderle cuando Ruth se me adelantó:

—Sí, se llama Randy, tiene novia, se llama Natasha y va a casarse con ella.

Los dos nos quedamos estupefactos. Yo, por la inesperada actitud de mi sobrina, parecía remarcar con aquella explicación que yo ya estaba «pillado», y la señorita Sophie, por parecer haber quedado al descubierto su supuesto interés en saber quién era yo, sin haber contestado a la pregunta de Ruth.

—Sí, su sobrina es una alumna ejemplar, es un cielo de niña y generalmente, se suele portar bien. Un placer, Randy. Hasta mañana, Ruth.

Se alejó y yo solo pude balbucear un «adiós» ininteligible mirando cómo se iba contoneando su cuerpo. Mi sobrina me soltó un pellizco en el brazo que me devolvió a la realidad.

—¡Auuugh! ¿Pero qué haces? ¡Me voy a chivar a tu madre, pequeña endemoniada!

Ella me miraba con las cejas arrugadas y con los brazos cruzados.

—¡Tú ya tienes a la tía Natasha, tío Randy!

—¡Ja, ja, ja, yo solo tengo ojos para ella, cariño!

—¿Nos vamos? Porque a este paso me voy a quedar sin columpios porque se va a hacer oscuro.

Puse una mano en mi barbilla como sopesando sus palabras.

—Estoy pensando, señorita, que quizá te quedes sin ir al parque por ese pellizco que me has dado.

Inmediatamente me dio un beso en el lugar del pellizco.

—Ahora ya está curado. ¿Vamos al parque?

Su sonrisa, como siempre, me desarmó.

—Con una condición. —Con su mirada interrogante sobraban las palabras—. Tenemos que merendar los dos.

Levantó su pulgar y lo acercó para chocarlo con el mío.

—¡Hecho!

Dejamos el coche allí y fuimos caminando al parque que se encontraba a una manzana de la escuela. Mientras se tiraba por el tobogán, corría a los columpios y jugaba con otras niñas, le iba dando bocados a su bocadillo de pan de molde untado con crema de cacao con avellanas. De tanto en tanto, venía hasta dónde yo me encontraba, a pocos metros, para dar algún sorbo de zumo. La verdad es que, viendo a mi sobrina jugar me sentía dichoso, los dos teníamos un *feeling* especial que nos unía, aparte del vínculo familiar, por supuesto.

Ambos nos ayudábamos mutuamente a ser más felices.

Habíamos pasado allí casi dos horas, Ruth quiso que nos acercáramos hasta el estanque para ver a los cisnes y echarles algún trocito de pan que se había guardado para ellos.

—Señorita, nos tenemos que ir, hace un rato que ha anochecido y mamá se va a preocupar.

—Vale. Tío Randy, ¿cuándo te vas de viaje?

—El domingo, cariño.

—¿Verás a la tía Natasha?

—Espero que sí, todo depende de cómo esté su abuelita y de mi agenda.

—¿La conoceremos algún día?

—¿Te gustaría conocerla?

—¡Claro!

—Quizá algún día podamos conocerla, princesa.

Ella sonrió satisfecha mientras caminábamos hacia el auto. Puse el volumen de la radio a toda marcha y nos dejamos llevar por la locura de la música, que nos acompañó todo el camino hasta que llegamos a casa de mi hermana. Entramos cantando como poseídos.

—¿Pero que os pasa a vosotros dos? —Nos miraba divertida—. Estáis muy mal, ¿eh? Voy a tener que revisar esa crema de cacao a ver qué lleva, ja, ja, ja. —Mi sobrina y yo nos miramos encogiéndonos de hombros y nos reímos—. Señorita, vas directa a la bañera.

—Mami, ¿me puedo bañar en la de tu cuarto, la que hace espuma?

—¿En la de hidromasaje? —matizó su madre.

—¡Sí, en esa! Tío Randy, ¿vendrás a jugar con mis muñecas en el agua?

Elisabeth me miró a ver qué respondía. Era obvio que no me podía negar, en pocos días no iba a estar, al fin y al cabo, nadie me esperaba en casa, excepto Cascabel, que no me pedía

cuentas llegara a la hora que llegara.

Mi hermana fue a llenar la bañera y Ruth metió varias de sus muñecas para que flotaran a sus anchas. Cuando había una cantidad suficiente de agua, se metió y me llamó para que fuera al baño. Elisabeth se hallaba arrodillada junto a la bañera, le había enjabonado el pelo con el champú.

—Vamos, cariño de pie, que toca fregoteo. —La pequeña se rio y Eli le dio un repaso entero—. Te dejo un ratito para que juegues y luego vuelvo para aclararte.

—Tío Randy, ¿le das al botón de las burbujas?

Me arrodillé junto a la bañera posando mis brazos sobre el borde. Giré el interruptor moderadamente, enseguida el agua comenzó a moverse. Ruth me pidió que le relatara un cuento para sus muñecas, y mientras yo narraba una historia, ella las movía como si fueran las protagonistas, poco a poco iba formándose una gran capa de espuma que no paraba de crecer, hasta que llegó un momento en que casi no veía a Ruth, solo eran visibles sus vivarachos ojos.

—¡Dios mío! ¿Dónde estás, Ruth?

—¡Ja, ja, ja, aquí, tío Randy! —Ella movía sus brazos para apartar aquella mole flotante.

Rápidamente accioné el botón de parada, pero la mezcla de jabón con el agua y el aire del hidromasaje ya habían hecho su efecto. En ese preciso momento entró mi hermana.

—¿Qué ha pasado aquí?

—¡No sé, Eli! Creo que ha sido Ruth que se ha tirado un pedo y mira la que ha liado...

Las carcajadas de ellas dos retumbaban en el cuarto de baño.

—¡Has sido tú, hermanito, que eres peor que tu sobrina!

—¿Yooo?

—¡Bueno, los dos, tío y sobrina, ya os vale!

—La culpa es tuya, Eli, que has bañado a tu hija con el jabón de los platos.

Nuevamente soltaron sendas carcajadas que también me contagiaron a mí. Acto seguido, puse un poco de la espuma sobre la palma de mi mano y soplé, saliendo esta despedida hasta la cara de Eli. Se quedó seria. Miré a Ruth y los dos miramos hacia el techo como si la cosa no fuera con nosotros.

—¿Con que esas tenemos? —replicó ella.

No hubo tiempo de respuesta ni de reacción por mi parte, mi hermana me hundió la cabeza en la espuma. Eso desencadenó una especie de guerra a seis manos y a tres bandas en la que aquella masa formada en la bañera volaba de un lado al otro quedando esparcida por el suelo del cuarto de baño.

—¡Basta! —gritó mi hermana—. ¿Será posible? ¡Mirar cómo me habéis puesto! Ahora tendré que cambiarme de ropa.

—¿Qué problema hay, hermanita?

Hizo una mueca como si contara hasta diez en una cuenta imaginaria para contenerse, pero su semblante cambió y comenzó a reírse.

—¡Sois unos demonios, no tenéis remedio! Hagamos una cosa, Randy. Enjuaga tú a Ruth que voy a cambiarme.

—¡Vale!

Elisabeth salió del baño a su cuarto y mientras yo aclaraba a mi sobrina, esta me hizo una confesión:

—Tío Randy, ¿me prometes que no te enfadarás si te digo una cosa?

—Mmm..., no sé, no sé, depende de la gravedad del asunto.

Ella se quedó pensativa calibrando si era buena idea lo que me quería decir.

—Es que...

—¿Qué?

—Pues que mientras tú le dabas al botón de las burbujas, yo eché más jabón al agua.

—¿En serio? —Puse la voz del capitán Garfio y Ruth movió su cabecita afirmativamente.

—Bueno, por esta vez seré bueno y haré como que no he oído nada, pequeñaja.

En ese momento entraba de nuevo Eli con otro atuendo limpio y seco.

—¿Qué es lo que estáis murmurando?

—¿Nosotros? —Miré a Ruth y ella riéndose movió la cabeza negando—. Nada, Elisabeth, imaginaciones tuyas.

Ella resignada agarró una toalla, envolvió a su hija para darle calor y la llevó en brazos hasta su dormitorio para ponerle el pijama.

—Os espero en el salón —les dije.

—¿Te quedas a cenar, hermanito?

—¡Sí, tío Randy, di que sí!

Levanté mis manos como diciendo que no tenía otra opción. Me fui a buscar el cubo de fregar y pasé la fregona por el suelo del baño. Al poco aparecieron Ruth y Eli por el salón.

—Randy, ¿has quitado el tapón de la bañera?

—Sí, ya está enjuagada y he pasado la fregona por el suelo, para secar toda el agua que habéis echado fuera.

—¡¿Perdona?! —Los tres nos reímos sin maldad—. Haré como que no he oído nada. Anda, ayuda a tu sobrina con los deberes de la escuela que voy a preparar la cena.

Nos sentamos alrededor de la mesa de la cocina, en ese momento llegaba Scott.

—¡Ya estoy en casa, familia!

Ruth salió corriendo a los brazos de su padre y le contó toda eufórica, nuestra guerra de espuma y lo bien que se lo había pasado en el parque. Scott vino a la cocina a saludarnos, en ese preciso momento sonó mi móvil, al ver de quién era la llamada puse el manos libres y dije:

—Residencia de la princesa Ruth. ¿Diga?

—¡Hola, guapo!

—¿Operaron ya a tu abuela?

—Sí, sí, esta mañana. Ha ido todo muy bien, ahora está dormida. Estoy junto a su cama y el médico me ha dicho que posiblemente, mañana le den el alta.

—¡Perfecto, me alegro mucho!

—¡Hola, tía Natasha! —Ruth se introdujo en la conversación quedando yo en un segundo plano.

—¡Hola, princesa! Espero que tu tío te esté tratando bien.

—Sí. Estamos haciendo los deberes.

—Así me gusta. ¿Y mamá?

—Está aquí, tía Nat. Tenemos puesto el altavoz.

—¡Hola! —saludó Eli—. ¡Un saludo, cuñada!

—¡Ídem, cuñada! Por lo que veo, hay reunión familiar.

Ruth se adelantó de nuevo para contestar:

—El tío Randy me ha ido a recoger al colegio y después hemos ido al parque.

—¡Ah, qué bien!

—¡Saludos, Natasha! —intervino Scott—. ¿Todo bien por ahí?

—Sí, todo bien, de momento.

—Tía Nat, el tío pronto va a ir a donde tú estás.

—Sí, cariño. Quiero enseñarle donde nací. Espero algún día poder enseñároslo a vosotros también.

—Dice que va a conocer a tu abuelita.

—Sí, señorita, y la quiero tanto, como tu tío a ti. ¿Qué te parece?

—Pues entonces, es mucho, ja, ja, ja.

—Sí, mucho. Bueno, os dejo y ya hablaremos tu tío y yo más tarde, o mañana.

—¡Espera! —grité con premura antes de que colgara. Agarré el teléfono y me acerqué a la ventana. Desactivé el altavoz para poder hablar con un poco más de intimidad con mi amada —. Hola, de nuevo, cariño.

—¡Hola, guapo!

—No grites, Nat, que ya he quitado el manos libres.

—Ah, vale, ja, ja, ja. Podemos hablar más tarde, si quieres.

—Sí, sí, pero quería que supieras que te echo de menos, solo eso.

—¡Oh, y yo, amor!

—Nos veremos en los sueños, Cenicienta.

—No lo dudes, Romeo. Ahora estate por ellos, anda.

—Hablamos más tarde si podemos, Natasha, y si el cambio de horario te lo permite.

—Aquí vamos adelantados cinco horas, pero no te preocupes, ya estoy acostumbrada.

—Te quiero.

—Ídem. —Tras estas palabras se escuchó el sonido de lanzar un beso y colgó.

Me acerqué hasta la mesa, Ruth ya había acabado sus tareas.

—Bueno, familia, ¿qué cenamos?

—Algo ligero —respondió Eli—, una ensalada y pollo a la plancha.

Tras la cena mantuvimos una pequeña tertulia sentados alrededor de la mesa de la cocina, a Ruth irremediablemente se le cerraban los ojos.

—Esta princesa tiene carita de querer irse a la cama. —Me puse de pie y me acerqué a su silla—. ¿Superman?

—¡Sí!

—No olvides que has de lavarte los dientes, jovencita.

Hizo una mueca de desgana. Extendí mis brazos para que se estirara sobre ellos, la acerqué para que le diera un beso a su padre y después a su madre, ella estiró sus brazos y yo la llevé en volandas hasta el cuarto de baño. Cuando acabó repetí el procedimiento para llevarla hasta su cama. Se metió entre las sábanas y me preguntó:

—¿Te quedas a dormir?

—Hoy no, cariño. No me he traído ropa y Cascabel me espera para que le ponga su comida. Otro día. ¿Vale?

—Vale. Tío Randy, ¿me lees? —preguntó a la vez que encendía la lamparita que le regaló Natasha y yo apagaba la luz del techo.

—Claro, cariño. ¿Cómo no?

Cogí el cuento de Peter Pan y comencé a narrárselo, aunque no llegué a acabar el capítulo, el sueño la había vencido. Salí despacio del cuarto procurando no hacer ruido. Llegué al salón, Scott y Eli estaban sentados en el sofá, él tenía pasado su brazo por el hombro de mi hermana y ella acurrucada en su pecho, esa imagen la había visto muchas veces en nuestras reuniones familiares y me causaba una gran satisfacción verlos tan compenetrados; tan queridos el uno por el otro, y tan felices a la vez.

—Cuñado, ¿te apetece un *brandy*?

Elisabeth dio un golpecito en el sofá animándome a que me sentara.

—Ahora me vendría de lujo, Scott, pero tengo que conducir. —Me senté.

—Pues un chupito sin alcohol.

—Venga, pero me marcho enseguida.

—Quédate a dormir, Randy.

—Otro día, hermanita, tengo algunos asuntos que repasar.

—Como quieras, cielo.

—Cuando vuelva de Rusia, Natasha y yo tenemos que hablar para poner en marcha nuestros planes de boda.

Eli me sonrió y con su mano apretó la mía.

Ya en casa, mientras me hallaba metido entre las sábanas envié un mensaje a Nat:

«Hola, Cenicienta. En otro momento hablamos, posiblemente estéis descansando, las horas en el hospital se hacen muy pesadas. Aunque estés a varios miles de millas siento cada latido tuyo como si fuese mío, no te olvides que mi corazón te pertenece. A la vuelta creo que no te voy a dejar que te alejes más de mi lado. *Spokoynoy nochi, lyubimaya*[40]».

Le di a enviar y con una sonrisa algo melancólica dejé mi mente en blanco. Antes de que pudiera conciliar el sueño llegó otro mensaje de vuelta.

«Hola, cariño. Nuestras mentes están sincronizadas, tus palabras parecen robadas de mi corazón, ese que late por ti. Estoy encantada de ser tu prometida y nada me apetece más que tú, mi príncipe, me acompañe el resto de nuestros días por el camino de la vida. Ídem, amor».

Con la imagen de Nat en mi mente, me dejé llevar por el sueño.

¿Qué vas a hacer con tu vida?

Capítulo Nº 30 - Destino: Ekaterimburgo

El domingo a media mañana tal y como habíamos acordado, me dirigí a casa de mi hermana para comer con ellos; dejar a Cascabel al cuidado de mi sobrina e irme al aeropuerto.

Una vez me acomodé en el avión, me coloqué los auriculares del Mp3 y me sumergí en la música que Eli me había grabado tiempo atrás. Tras muchas horas de vuelo y una escala en Estambul de por medio aterricé a la mañana siguiente en Ekaterimburgo. Recogí la maleta y me disponía a buscar un taxi para que me llevara a mi hotel, cuando al salir por la puerta de llegada, me encontré un hombre que sujetaba entre sus manos sobre su pecho un letrero con letras en grande donde ponía mi nombre y apellido.

—Buenos días. Creo que me espera a mí.

—¿Es usted el señor Random Williams?

—El mismo.

—Bienvenido a Ekaterimburgo, señor Williams. Mi nombre es Vladimir Ivanov, me han pedido que le recoja y le lleve a su hotel o a donde usted precise.

—¡Ah! —respondí sorprendido—. No sabía que Walter había previsto que usted me acompañara.

Nos dirigimos a coger su coche.

—Ahora le dejaré en el hotel Atrium Palace, le daré mi número de teléfono para cuando me necesite.

Puse mi maleta en el maletero y Vladimir me indicó que me sentara en la parte trasera del auto. Me quedé algo intrigado, Walter no me había comentado que tendría un acompañante durante mi estancia en Rusia.

—Disculpe, señor Ivanov, veo que habla usted bien mi idioma.

Él me miró por el espejo retrovisor y asintió.

—He pasado algunos años en su país; es por eso, por lo que me defiendo bien en su lengua. Además, suelo viajar allí una semana al año de vacaciones.

El sonido de llamada de mi teléfono me sacó de mis indagaciones casi policiales.

—¿Sí. Dígame?

—¡Hola, cariño. Soy yo!

—¡Ostras, Nat! ¿Y este número?

—Grábatelo, Randy. La tarjeta de mi móvil se estropeó y he tenido que comprar otra. ¿Qué haces ahora?

—Pues hace pocos minutos que he aterrizado y voy para el hotel.

—Ah, perfecto. ¿Te han ido a recoger al aeropuerto?

—Sí, ¿cómo lo sabes?

—Cielo, me lo dijiste tú. ¿No lo recuerdas? Me dijiste eso y el nombre del hotel donde te ibas a hospedar.

Sabía al hotel que me iba a hospedar, pero me extrañó no recordar el detalle de tener acompañante, seguramente, con el ajetreo del viaje y los preparativos se me había pasado por alto.

—Disculpa, Nat, si tú lo dices, será así. ¿Sabes? Ha venido a recogerme una persona muy amable y se apellida casi como tú.

—Cariño, mi apellido es muy común aquí en Rusia.

—Me imagino que sí. Se ve que Walter le ha contratado para que me acompañe adonde necesite.

Intuí que sonreía por su tono de voz y apuntilló:

—¡Qué majo, Walter!

—Natasha, te tengo que dejar. Estamos llegando al hotel.

Vladimir sacó mi maleta del coche, me dijo que cuando tuviera que salir le avisara; estaba disponible para mí las veinticuatro horas, incluso me comentó que vivía cerca del hotel. Le pedí que viniera a las tres y cuarto, ya que tenía que acudir a una cita que tenía concertada.

Entré al hotel y me dirigí a la recepción, tras entregarle mi pasaporte y la reserva a la recepcionista, esta corroboró mi identidad. Ella con una bonita sonrisa y un perfecto inglés hablado, me indicó el número de mi habitación.

—Segunda planta, *suite* doscientos trece. —Le hizo una señal a un joven que se hallaba a un par de metros de mí—. Le acompaña el botones y le ayuda a instalarse. Que tenga usted una agradable estancia, señor Williams.

—Gracias, señorita... —Miré su placa agudizando mi vista, pero solo acerté a ver un nombre escrito en alfabeto cirílico.

—Olga. —Se apresuró a decir al mismo tiempo que señalaba la parte de debajo de la placa donde con letras más pequeñas se podía leer su nombre.

El botones cogió mi maleta y la tarjeta de la habitación, le seguí al ascensor. Al llegar a la planta recorrimos unos metros por el pasillo. Insertó la tarjeta en la ranura de la puerta, esta se abrió iluminándose la *suite* por completo. Dejó mi maleta en el dormitorio y como ya no precisaba de su ayuda saqué de mi cartera un billete de quinientos rublos que le di en la mano a modo de agradecimiento.

—*Spasibo*[41].

Me dijo agradecido mostrando una sonrisa, se dio la vuelta y cerró la puerta tras de sí.

Dejé vagar la vista por todo el salón y me acerqué hasta la cristalera para contemplar las vistas de la ciudad. Observé a mi izquierda una iglesia, más tarde me informaron de que se trataba de la Catedral de la Santísima Trinidad. A unos pocos metros del hotel, en la avenida, me pareció vislumbrar el coche de Vladimir. «Será uno igual». Pensé sin darle demasiada importancia. Miré mi reloj y calculé la diferencia horaria con respecto a Londres. Tomé el móvil.

—¡Hola, Eli!

—¿Ya has llegado, Randy?

—Sí, ya estoy instalado en la habitación.

—Ya me quedo más tranquila. Ten cuidado, hermanito.

—Sí, mamá —me reí.

—Te lo digo de verdad, Randy.

—Lo sé, Eli. No te preocupes, si entre tú y Natasha me tenéis controlado, además, Walter, por lo visto, ha contratado un chófer exclusivo para mí. No creo que me pierda, ja, ja, ja.

—Es que eres muy valioso para todos nosotros. ¿Será que te queremos?

—Imagino que sí. Te tengo que dejar, tengo en espera a Walter, me está llamando. Dale un beso a la princesa.

—Un beso, grandullón.

Le di al botón de colgar y accioné el de llamada retenida.

—¿Walter?

—¿Qué tal, Randy, todo bien?

—Sí, de momento, todo *OK*, en cuatro horas tengo la primera visita.

—Bien, me vas informando de los avances.

—Por supuesto. Mañana tengo dos más, como ya sabes.

—Sí, sí, lo sé. Bueno, descansa un poco y a ver si todo sale según lo planeado.

—Eso espero, amigo. Ah, y gracias por el detalle.

Walter se quedó algo extrañado, pues no sabía a qué se refería, pero tampoco le dio demasiada importancia a ese dato.

—Hablamos, Randy. Anda, pásatelo bien.

Me descalcé y di un salto para dejarme caer sobre la cama como si fuera un niño pequeño, me situé justo en el centro. Mirando al techo y a la lujosa lámpara de araña que de él colgaba, me quedé dormido. Me hubiese gustado poder disfrutar del tiempo necesario para recuperar el robado al sueño durante el viaje, pero no pude, ya que disponía del tiempo justo para darme una ducha, cambiarme de ropa y comer. Esa media hora me bastó para recuperar algo de energía.

A las tres y cuarto de la tarde aparecí por el *hall* del hotel, allí, junto al mostrador de la recepción se encontraba Vladimir. Él miró su reloj y sonrió.

—Buenas tardes, señor Williams. Puntual como un buen inglés que se precie.

—Buenas tardes, señor Ivanov. Así es, no me gusta hacer esperar, parece ser que su reloj funciona a la perfección.

Sonreímos cortésmente los dos y salimos del edificio para subirnos a su coche. Vladimir abrió la puerta trasera para que entrara, pero le pedí si me podía poner delante con él, me apetecía sentarme en el asiento del copiloto; ir detrás, me hacía sentir algo incómodo, pues prefería sentir alguna proximidad con esa persona que por unos días iba a ser como mi sombra.

—¿A dónde le llevo?

Saqué una nota del maletín donde llevaba alguna documentación.

—Esta es la dirección.

Puso el vehículo en marcha e iniciamos un recorrido por algunas grandes avenidas, yo miraba con atención los edificios; majestuosos y acordes a una gran ciudad. Vladimir me explicaba por dónde íbamos, nombrándome algunas de las calles más importantes, el Ekaterinburg circus, el río Iset, y algunos lugares más que no logré retener, pues era la primera vez que visitaba el país y la ciudad. Aunque demostraba atención y el viaje era placentero, mi mente estaba centrada en la reunión a la que acudiría en poco rato cuando llegáramos al Museo del Oro en Berezovsky. Se hallaba a las afueras, debido al tráfico y a la gran extensión de la ciudad, el viaje duró algo más de media hora. Mi reunión era a las cuatro y habíamos llegado con suficiente antelación.

—No sé lo que tardaré, señor Ivanov, se puede marchar si quiere, para la vuelta pediré un taxi.

—No se preocupe, señor Williams. Pero por favor, llámeme por mi nombre.

—Bien, Vladimir, usted también lo puede hacer conmigo. —Busqué mi cartera en el bolsillo interno de la americana—. Acepte unos rublos y vaya a tomar algo mientras tanto.

—No es necesario, Random. —Del lateral de la puerta sacó un termo que agitó en el aire para mostrármelo. Imaginé que llevaría café—. Le esperaré aquí, es mi trabajo.

La estancia en el museo duró casi tres horas, salí muy satisfecho, aunque Walter ya había llevado a cabo negociaciones con su homólogo desde Londres, mi trabajo aquí consistía en decidir qué artículos de los seleccionados por este museo serían prestados al nuestro para una exposición sobre la Rusia del siglo XVIII.

Vladimir me esperaba apoyado sobre un lateral de su coche de espaldas a mí, estaba hablando por el móvil. Me esperé a una distancia prudente, pero aun así pude escuchar algunas palabras en ruso que no entendí: *«Da, vse pod kontrolem*[42]*»*. Al colgar él, me acerqué.

—Ya estoy de vuelta.

Le toqué el hombro y dio un pequeño respingo al verse sorprendido.

—No le oí llegar.

—Perdón, no era mi intención asustarle.

—Tranquilo, señor. ¿Todo bien?

—Sí, todo ha salido como estaba pensado, Vladimir. Espero que las dos reuniones que tengo mañana marchen igual de bien que esta.

—¿Adónde vamos ahora, Random?

—Al hotel.

El camino de vuelta, aunque lo hicimos por el mismo recorrido, fue distinto. Hacía rato que había anochecido, a pesar de ser solamente las siete de la tarde, la noche era cerrada, pero el alumbrado de las calles y de los edificios hacían brillar la ciudad de noche.

Vladimir se mantuvo callado durante casi todo el recorrido, lo veía taciturno y no quise incordiarle con preguntas, a fin de cuentas, tampoco le conocía lo suficiente, y quizá tenía alguna preocupación que no querría compartir conmigo. Después de darle muchas vueltas a si entablaba alguna conversación con él, le pregunté:

—¿Me recomienda algún lugar al que poder acudir a tomar alguna copa después de cenar en el hotel? Tengo entendido por mi prometida que Ekaterimburgo de noche es digna de ver, tanto, como por el día.

Él me miró serio y me contestó:

—No salga solo, por favor. Si necesita salir, llámeme y le acompañaré.

—Pero usted tendrá que descansar, Vladimir, además tendrá una familia con la que compartir.

—No se preocupe por mí. Insisto, si más tarde quiere salir, llámeme.

—Pensándolo bien, creo que necesito descansar y revisar los papeles que llevo en el maletín.

Me despedí de mi acompañante en la puerta del hotel; quedamos en que al día siguiente vendría a las nueve y media de la mañana para llevarme a otro museo y después a un anticuario. Al entrar, me fui directamente al comedor. Tenía hambre, al mediodía no había tenido tiempo de disfrutar de la comida por falta de tiempo, así que ahora me iba a relajar para saborear las exquisiteces del país. Entre plato y plato, decidí llamar a Natasha.

—¿Nat?

—¡Hola, amor! Te iba a llamar, pero no sabía si habías acabado con tu trabajo.

—Sí, ahora estoy cenando, acabo de comer una sopa de pescado deliciosa, se llama algo así como, a ver si lo pronuncio bien: *ukha.*

—¿Te ha gustado?

—Sí, pero me hubiera gustado más, si tú estuvieras aquí... Por cierto, ¿cómo se encuentra tu abuela?

—Está muy bien, no para de hacer cosas por la casa, ahora no se fatiga como antes y tiene una energía que parece una quinceañera, ja, ja, ja.

—Me alegro de que se encuentre bien. ¿Y tú, qué tal estás?

—Bien, algo más tranquila y relajada, eso me permite ir escribiendo algunas notas para un futuro libro, pero sobre todo, echándote de menos...

—Y yo, cariño. Si mañana todo va como está planeado, posiblemente, pasado mañana pueda visitaros.

—Cruzaré los dedos para que así sea, cielo. Ahora te mando un mensaje con la dirección.

—Un beso para ti y otro para tu abuelita, cariño.

—Te quiero, Randy.

—Yo más, Nat.

La conversación con mi amada me sirvió para sentirla más cerca, realmente, lo estaba, aunque fuera a casi setenta kilómetros. Una sonrisa se apoderó de mi rostro al recordarla.

Terminé de cenar y subí a la *suite*. Dejé el maletín sobre la banqueta que había en la entrada y me acerqué al mueble bar a ver qué bebidas había. Eché un vistazo por encima a las botellas, pero ninguna me atraía, en realidad, lo que no me apetecía, era tomarme una copa en la soledad de la habitación y pensé en llamar a Vladimir. Estaba buscando el número en la agenda del móvil, pero automáticamente desistí de la idea, pues pensé que después de un largo día estaría cenando con su familia, o viendo la televisión junto a los suyos y me sentí un poco egoísta si lo llamaba para que me hiciera compañía. Así que fui al ropero de la habitación cogí la trenca, me la puse y salí de la habitación.

—Daré una vuelta por los alrededores yo solo y ya está.

Me dije cuando cruzaba la puerta del hotel y tras haber dejado la tarjeta de la habitación sobre el mostrador de la recepción.

Caminé por una zona peatonal que había entre el hotel y la Catedral de la Santísima Trinidad para salir a la calle posterior del hotel, no veía ningún *pub* por la zona, así que deambulé por algunas calles sin sentido para encontrar alguno, hasta que me pareció percibir que alguien me seguía. Miré hacia atrás y vi a una persona a unos quince metros de mí y seguí caminando. «¡Muchos *thrillers* has visto, Randy!» Pensé a la vez que emulaba en mi mente, la historia sobre el marchante de un museo que se encuentra en un país extranjero, en el que ha conseguido una importante y valiosa reliquia y alguien le persigue con la intención de robarle, secuestrarlo y pedir una importante recompensa a su familia a cambio de su vida. Un escalofrío recorrió todo mi cuerpo, parecía que aquella silueta que no lograba vislumbrar por la oscuridad de la noche y la poca iluminación de esas calles menos transitadas, había aligerado sus pasos, al ver que yo había aligerado los míos. Giré a la izquierda en la siguiente calle y al volver a mirar hacia atrás, la sombra también había girado, no cabía duda de que no me perdía de vista. Sin querer, mis pulsaciones se aceleraron por segundos; comencé a ponerme nervioso, hasta tal punto, de que ya no paraba de mirar para atrás insistentemente, tanto, que no sabía qué rumbo tomar, ni hacia dónde se encontraba mi hotel.

Me hallaba cruzando la calle cuando, de repente, de la siguiente esquina apareció un coche a alta velocidad y paró a unos cinco metros de mí. El haz de luz de sus faros enfocándome me deslumbraban, solo pude pensar en que se trataba de una especie de trama para raptarme.

—¡¿Qué quieren de mí?! —grité con todas mis fuerzas en medio de la calle y de la noche.

El que conducía se bajó del vehículo para colocarse delante de las luces y tras unos segundos de incertidumbre, aquella persona gritó:

—¡Señor Williams, soy yo, Vladimir! —Dio unos pasos para acercarse a mí, yo miré desconfiado para atrás y aquella persona que me seguía había desaparecido, parecía haberse esfumado como una nube de humo—. Fui al hotel a buscarle por si quería salir a dar una vuelta.

Al escuchar aquellas palabras, figuradamente, mi corazón se me bajó a los pies, los latidos comenzaron a descender paulatinamente para volver a la normalidad. Seguía parado en medio de la calle. Tragué saliva y atiné a decir:

—Es que no quise molestarle, Vladimir.

—No es una molestia, ya sabe que es mi trabajo y me debo a él.

—¿Ha visto a la persona que me seguía?

—No he visto a nadie, Random. —Miró hacia la oscuridad; alzó sus manos y se encogió de hombros.

—¿Cómo me ha encontrado? —Ahora comencé a sospechar de él.

—Pregunté en la recepción y me dijeron que había salido usted hacía pocos minutos, por el escaso tiempo deduje que no andaría muy lejos. Súbase —sopesé la idea de irme caminando solo, pero Vladimir con su argumento, me convenció. Abrió la puerta del copiloto—, y por favor, no salga solo, usted es un objetivo fácil para algunos rateros, además, estos días parece ser que la Interpol anda buscando a alguien peligroso.

Nos subimos al coche y Vladimir condujo hasta el hotel, por el camino le expliqué lo que había ocurrido.

—¿Vendrá a las nueve y media mañana? A las diez tengo una reunión.

—Claro, señor.

—Entonces, buenas noches.

—Descanse.

Recogí en la recepción la tarjeta de mi habitación. Subí por el ascensor con el pensamiento puesto en lo que había ocurrido pocos minutos antes, aunque ya estaba más tranquilo, no se me iba de la cabeza, incluso llegué a pensar que aquella persona, posiblemente, había coincidido en mi recorrido llegando a su destino en algún edificio poco antes de la aparición de Vladimir y que yo me había asustado montándome mi propia película.

—La próxima vez, si quiero salir, lo llamaré, no necesito más sobresaltos.

Me acerqué a la ventana para correr las cortinas; pude observar cómo el coche de mi chófer particular seguía aparcado al otro lado de la avenida. «¿No pretenderá pasar la noche ahí?» Me pregunté sin procurarme una respuesta. Volví al mueble bar y mirando nuevamente las botellas de licor esbocé una sonrisa al pensar en que hacía poco rato había rechazado tomar un trago a solas saliendo a la calle para volver a la soledad de mi habitación a servirme un *whisky*. «¡Qué pérdida de tiempo más tonta, Random!». Me reí. Bebí un poco y puse el vaso sobre la mesilla de noche, me puse el pijama, me metí entre las sábanas a repasar la documentación obtenida esa tarde y la que debía de llevarme al día siguiente.

El martes, la reunión en el Museo de Bellas Artes y la visita al anticuario del cual me había dado la dirección Bob, me ocuparon toda la mañana y parte de la tarde, aunque en el anticuario no habían salido las cosas como esperaba, ya que esa persona me tenía que poner en contacto con otra que decía poseer un huevo imperial Fabergé, por lo tanto, quedaba pendiente que me llamara como muy tarde el viernes por la mañana.

Vladimir me propuso comer en un puesto callejero de los muchos que abundaban en algunas zonas de la ciudad. A eso de las cuatro de la tarde llegaba al hotel. Quedé con el chófer a las seis y media; vendría para acompañarme a comprar algunos regalos para mi familia y amigos.

Al poco rato de llegar, sonó el teléfono de la *suite*, hecho que me sorprendió, ya que pensé en que a Vladimir le habría salido algún imprevisto y me llamaba para decir que no podría venir.

—¿Dígame?

—Señor Williams —era el recepcionista del hotel del turno de tarde—, un conocido suyo me pide que le comunique con usted. ¿Le paso la llamada?

—Sí, por favor.

—Enseguida se la paso.

—Gracias.

Hubo unos segundos de silencio. Esperé a ver si reconocía la voz de Vladimir o si era el anticuario que me había localizado para darme buenas noticias.

—Ayer tuvo suerte, la próxima vez no podrá escapar —dijo una voz de hombre con acento ruso que hacía un esfuerzo por pronunciar las palabras en inglés.

—¡¿Quién es usted?! —grité. Di unos pasos por la habitación yendo a parar casualmente junto a la ventana. Ante mi incertidumbre retiré la cortina para ver si Vladimir se hallaba en la calle—. ¡¿Y qué quiere?! —Volví a gritar. No sé si fue coincidencia o no, pero en ese mismo momento visualizaba a un hombre que sostenía un teléfono pegado a su oído y miraba hacia arriba, hacia donde yo me encontraba—. ¡Llamaré a la policía!

En ese preciso instante, escuché cómo se cortaba la llamada y aquel individuo que se hallaba apostado frente al hotel, se guardaba el móvil en el bolsillo. Me quedé perplejo y acto seguido, decidí llamar a Vladimir.

—¿Está en su casa?

—No. ¿Qué ocurre?

—Creo que me ha llamado el tipo que ayer me siguió. Está en la calle, le he visto por la ventana.

—¿Qué le ha dicho?

—Que ayer tuve suerte, que la próxima vez no podré escapar.

—Está bien. Quédese en la habitación, por favor. Ya le llamaré.

Colgué y enseguida pude escuchar un vehículo que giraba a toda velocidad para parar justo delante del hotel; era Vladimir, pero aquel individuo ya había desaparecido corriendo por entre los jardines que rodeaban la catedral. Abrí la ventana y le indiqué por dónde se había ido. Enseguida apareció una patrulla de la policía con la sirena en marcha, se bajaron dos agentes; salieron corriendo tras de Vladimir y se perdieron a mi vista.

Aquel suceso me desconcertaba. «¿Quién era aquel personaje? ¿Qué interés podía despertar yo en un país dónde no me conocían?» Miles de preguntas bombardeaban mi cabeza sin obtener respuesta. Me quedé allí apostado junto a la ventana por si veía algo, pero los minutos pasaban y no había novedad. Una llamada a mi móvil por parte de Natasha hizo que mi preocupación se desviara por un instante.

—¡Hola, cariño! ¿Cómo estás?

—Bien.

—¡Eh! ¿Qué ocurre?

—Nada —por mi tono de voz debió de notar que algo no marchaba bien. Yo dudaba si contarle o no, lo que realmente había ocurrido, pues no quería preocuparla innecesariamente—, hoy ha sido un día largo, aunque una de las operaciones ha salido bien, la otra está pendiente. Espero que entre hoy y mañana se resuelva para que este viaje salga redondo.

—Claro que sí, amor, ya lo verás. Además, ya queda menos para estar juntos. ¡No sabes cuántas ganas tengo de abrazarte y besarte!

—¡Yo también, Nat! —Un par de pitidos intermitentes durante la llamada me informaban de que tenía otra entrante—. ¡Aaagh, cariño, debo de colgar. Tengo otra llamada y creo que es de Walter!

—No te preocupes, cielo. ¡Te quiero!

—¡Ídem!

Colgamos y acepté la nueva llamada.

—¿Randy, qué tal, cómo va todo?

—¡Hola, Walter! Bien, las dos reuniones han dado su fruto y siguen su curso. Estoy a la espera de una llamada entre hoy y mañana del anticuario, si es cierto lo que me ha dicho, creo que podremos tener esa joya imperial para lucirla en el museo.

—¡Así me gusta, amigo. Eres el mejor!

—No lo dudes.

—¿Te ocurre algo? Te noto extraño...

—Bah, nada, no me hagas mucho caso. Os echo de menos a todos. Será eso.

—Claro, Randy, como nosotros.

—¿Betty está bien?

—Sí, fenomenal, amigo.

—Me alegro. De verdad.

—¿Has podido ver a Natasha?

—Mañana, si Dios quiere.

—Bien, pues disfruta de esos lugares y de tu chica, y sobre todo, cuídate. ¿Vale?

—Lo intentaré, Walter. *Bye!*

Al acabar la conversación me asomé a la ventana, la policía se había marchado, pero el coche de Vladimir seguía allí. Estaba comenzando a escribirle un mensaje cuando tocaron a la puerta. No esperaba ninguna visita, me acerqué despacio para abrir.

—Randy, soy yo, Vladimir. Abra por favor.

Reconocer su voz me dejó más tranquilo y obedecí a su petición.

—¿Le han cogido?

—Sí. Logré darle alcance porque tropezó y cayó, la policía se lo ha llevado detenido. Ahora tendría que acompañarme a la comisaría. Deberá prestar declaración.

—¿Es necesario?

—Sí, tiene que reconocerlo y poner denuncia si lo cree oportuno.

—Pero si anoche no le vi la cara.

—Seguramente sea el mismo individuo. Hoy usted ha escuchado su voz y deberá identificar que corresponde a la misma persona.

—Está bien. Vayamos entonces.

Cogí la chaqueta y mi cartera con la documentación. Vladimir condujo hasta una jefatura de policía donde después de ayudarme a rellenar unos papeles; él me iba traduciendo y hacía de traductor entre la policía y yo, me llevaron a un cuarto desde donde a través de un cristal en el que yo no podía ser visto, tuve que intentar reconocer de entre varios sujetos, cuál de ellos se asemejaba al que había visto. Por la estatura dudé entre dos, los apartaron y les hicieron decir varias palabras en mi idioma para ver si el tono de su voz coincidía con la que yo había escuchado. Aunque uno de ellos intentó disimularla, no tuve ninguna duda al escucharlo hablar y señalé a uno de los dos tipos. Vladimir hizo un gesto afirmativo al policía al ver que yo había identificado la voz de la misma persona que habían detenido esa tarde. Salimos de aquel cuarto y el jefe de policía me preguntó si conocía a Stanislav Vorobyov. Negué con la cabeza, él me dijo que le iban a interrogar y que ya tendría noticias. Vladimir dejó su número de teléfono para que le avisaran a él de cualquier novedad.

Salimos de las dependencias policiales y ahora entendía menos por qué aquella persona me había amenazado.

—¿Puedo estar tranquilo? —le pregunté a Vladimir.

—Por el momento sí. Creo que esta noche la va a pasar aquí, pronto será el relevo y todo

depende de lo que declare.

—Mañana me marcho a Degtyarsk y volveré pasado mañana. ¿Hay algún problema?

—No creo, pero vaya tranquilo, si hay noticias se las haré saber, de todos modos, no estará tan lejos. ¿Necesita que le lleve?

—No se preocupe. Pediré un taxi, no quiero molestarle más.

—No es una molestia, es mi trabajo, Random. Si cambia de parecer o me necesita, no dude en llamarme.

Nuevamente me hallaba en su coche y no me apetecía ir al hotel. Se me ocurrió una idea.

—¿Tiene algo que hacer esta noche, Vladimir?

Me miró algo extrañado.

—No, solo si usted me necesita.

—Le invito a cenar, las transacciones están saliendo a pedir de boca y me siento dichoso.

—No es necesario, no quiero hacerme pesado.

—Usted no lo es. Acepte, por favor, amigo, pero deberá de elegir el lugar.

Su carácter era algo frío y adusto en ocasiones, quizá era una actitud de defensa. Cierto es, que en dos días habíamos pasado muchas horas juntos y los acontecimientos parecían acercarnos más. Nuestra relación iba tomando más confianza, posiblemente, por mi parte, por encontrarme en un lugar lejos de mi familia necesitaba a alguien con quien poder conversar, y esa tarde-noche no me apetecía quedarme solo tan pronto.

Llegamos a un lugar cerca del río. Tras aparcar, nos dirigimos a un restaurante y allí en una mesa junto a un ventanal disfrutamos de la gastronomía rusa. Pedí consejo a mi acompañante a la hora del postre, él me recomendó pedir *medovik*, un pastel de miel que fue el colofón perfecto para aquella cena.

Acudí al baño y al volver, Vladimir estaba conversando por teléfono, al sentarme, me pareció escuchar una voz femenina. Pensé en que seguramente estaría hablando con su mujer. Rápidamente colgó y se quedó mirando el móvil.

—¿Marcha todo bien? —le pregunté.

—Sí. Era mi prima. Quería saber de mí, solo eso.

—¿Puedo preguntarle algo, Vladimir?

—Dispare usted, camarada.

El principio de esa contestación me resultó familiar. «Esto lo suele decir Bob, claro que su mujer es rusa». Pensé. Dejé divagar por unos segundos mi mente evaluando la situación, pero rápidamente volví al mundo real.

—¿Vive usted solo?

—Sí, desde hace mucho tiempo. Viajo mucho como ya le dije, eso dificulta establecerse en pareja y en un solo lugar. —Manteníamos una conversación limpia y en buena sintonía, en la que mayormente hablábamos de nuestros trabajos—. ¿Le apetece tomar un vodka?

—Venga, va, que no se diga. Estamos en el país idóneo por excelencia para saborearlo, ¿no?

Ambos sonreímos. Vladimir se lo pidió al camarero, cuando se acercó a nuestra mesa ante mi requerimiento, mediante una señal que le hice.

—¿Tiene usted pareja, Random? —Miré a mi nuevo amigo de forma curiosa, sopesando por un momento si le gustarían los hombres o las mujeres. Él se dio cuenta y fue rápido en aclarar—: ¡Eh, eh! Solo es una pregunta banal e indiscreta, no vaya a pensar que es un órdago.

—No se preocupe, Vladimir. A día de hoy hay que tener una mente abierta y ser tolerante. Respeto las decisiones personales, y yo tengo muy clara mi orientación sexual —nos

reímos—. Volviendo a su pregunta de antes: tengo novia y hace poco nos hemos prometido en matrimonio. Espero que no tardemos mucho en ser marido y mujer.

—¿No tienen fecha aún?

—No, pero tampoco quiero presionarla, a ella no le gusta correr, prefiere ir despacio y que sea la vida la que vaya allanando el camino.

—¿Y usted, qué opina?

—¿Puedo tutearle, Vladimir?

—Claro.

—Bueno, y tú a mí, también me puedes tutear, ¿eh? —Él asintió con la cabeza—. Verás, Vladimir, opino que ella tiene razón, pero yo tengo una edad en la que ya sé dónde me aprietan los zapatos. —Me miró algo extrañado—. Quiero decir que sé lo que quiero y lo que no; no estoy para perder el tiempo. Ella es mi luz, mi guía. Es educada, inteligente, cariñosa y bonita. La conocí en una cita a ciegas y ojalá la hubiera conocido mucho antes. Estoy contando las horas que me quedan para poder abrazarla mañana.

—¿Mañana?

—Sí. Voy a pasar dos días con ella y me va a presentar a su familia.

—¿Ella vive aquí?

—No. Vive en Londres, pero tiene aquí a su abuela y a su hermano, en Degtyarsk. Por lo tanto, hasta el jueves no precisaré de tus servicios.

—De acuerdo, Random, sin problema. De todas maneras, si me necesitas antes, me llamas y vengo rápido.

—*OK*. —Le di un largo trago a mi bebida para apurar el vaso, Vladimir fue a llenármelo de nuevo—. Yo ya estoy en mi límite —nos habíamos tomado un par de vodkas cada uno brindando cada vez que íbamos a beber—, si me tomo otro más, posiblemente acabaré hablando ruso, o vete tú a saber qué idioma, pero si a ti te apetece el último, por mí no te cortes, adelante.

Vladimir se rio y me dijo:

—Eres un gran tipo, Random —sonreí—. Ahora soy yo el que necesita ir al baño.

Aproveché para pedir la cuenta y dejarla saldada con su correspondiente propina. Al poco volvió Vladimir.

—Gracias, amigo, por acompañarme esta noche —le dije.

—Vayamos a pagar y nos vamos.

—Sí, podemos irnos ya, la cuenta está pagada.

Él hizo un gesto contrariado, pero se le pasó cuando le eché el brazo por encima del hombro y salimos del restaurante a coger el coche. Me dejó justo en la puerta del hotel y nos despedimos hasta el jueves por la tarde.

Subí a la *suite* contento por haber pasado una agradable velada conversando de mis sentimientos con alguien a quien hacía tan poco tiempo que conocía. Durante todo ese tiempo había tenido presente a Natasha en mis pensamientos y ahora podía dedicarme a ella. Saqué el móvil del bolsillo y la llamé mientras me tiraba sobre la cama para estar más cómodo.

—¡Hola, guapo! ¿Qué tal la tarde y la noche en mi país, cariño?

—Bien, bien. Esta tarde no he hecho gran cosa y esta noche he invitado a Vladimir a cenar, ahora se ha marchado. —Omití algunos detalles para no preocuparla.

—Ah, muy bien. ¿Ya le has dicho que estos dos días se olvide de ti, que me perteneces?

—¡Mmm..., sí, seré todo tuyo! Aunque... ¿No nos aburriremos tanto tiempo juntos?

—¡¿Cómo?! —Se quedó callada y yo hacía un gran esfuerzo por no reírme—. ¡Perdona, guapo, como le diga eso a mi abuela, te va a hacer algún conjuro para que me quieras más

todavía!

—¿Más? Creo que lo va a tener complicado, cariño. Aunque pensándolo bien, algo menos, sí sería mejor. ¡Qué pesada, todo el día metida en mi cabeza! —Ahora solté una carcajada.

—¿Todo el día?

—Sí.

—¡A saber en qué estarás pensando, Romeo!

—¿Debo de responder a eso, Cenicienta?

—Tranquilo, que mañana ajustaremos cuentas, ja, ja, ja.

—Eso, eso, no te olvides de ajustármelas, que no las tengo muy claras, ah, y punto por punto, ¿eh? ¡Ja, ja, ja! Te quiero, Natasha.

—Yo más, cielo.

—Nos veremos en los sueños...

—¿Lo dudas, Randy?

—No.

—Te estaré esperando en el lado izquierdo. Cada noche te busco en el otro lado y abrazo a la almohada para desearte las buenas noches.

—Pues allí nos veremos esta noche, Cenicienta. Aunque prefiero verte en persona que en sueños, cariño.

—Nos quedan horas, cielo. *I love you.*

—*Ya tebya lyublyu.*

Ambos colgamos.

«¡Qué curioso!» Sonreí al pensar en que ella me había dicho *te quiero* en mi idioma y yo le correspondí en el suyo.

Fui a cepillarme los dientes y tras ponerme el pijama, me metí entre las sábanas. Quería dormirme rápido para que las horas lo fueran aún más. Abandoné mis pensamientos para que la noche ekaterimburguesa se apoderara de mis sueños.

¿Qué vas a hacer con tu vida?

Capítulo Nº 31 - Amor y familia en degtyarsk

A la mañana siguiente me levanté pronto para afeitarme y ducharme, me puse como se suele decir: «Hecho un pincel». Quería causarle buena impresión a la abuela de Nat y, ¿cómo no? A mi chica. Parecía una eternidad desde que nos despedimos en el aeropuerto.

Metí en un bolso de mano algo de ropa, me eché mi colonia preferida, y bajé a desayunar; en la recepción, le pedí a la recepcionista que llamara a un taxi.

Tras desayunar salí a la puerta y allí estaba esperándome, me subí y le di la dirección que tenía anotada en un papel al taxista. Él no hablaba mi idioma ni yo el suyo, por esa razón el trayecto se me hizo largo, en la radio del auto se escuchaba una emisora en la que hablaba una locutora, no sé si eran noticias o algún programa radiofónico. Estuve tentado de pedirle al conductor que pusiera música, pero él iba centrado en la carretera y en darle largas caladas a un cigarro que no paraba de humear enturbiando el ambiente del auto. Bajé un poco el cristal para que entrara aire fresco y él me miró por el retrovisor; masculló algunas palabras en su idioma con voz tosca, me excusé diciéndole que no le entendía y él siguió con su vista centrada en el asfalto.

Me dediqué a observar el paisaje, aunque este era monótono a ambos lados de la carretera, solo podía otear abedules y coníferas de la taiga. No había sol, el cielo lo cubría un manto blanco de nubes que parecían anunciar nieve. Según me había informado Natasha, en septiembre no solía nevar, pero ya comenzaban a bajar las temperaturas, sobre todo, por la noche evidenciando la próxima entrada del frío otoño y posteriormente del duro invierno.

El conductor desvió el coche por una carretera secundaria, a pocos metros había un letrero, no entendía sus letras, pero pronuncié como mejor pude el nombre de la ciudad y el taxista pronunció un rotundo «*Da*[43]», a la vez que movía la cabeza afirmando. Comencé a ver casas a un lado y a otro de nuestro recorrido, no eran casas muy cercanas las unas de las otras, eso permitía que ocuparan una gran extensión que hacía parecer que aquella localidad fuera más grande de lo que en realidad era. Finalmente, el coche se detuvo frente a un camino, a unos cien metros aproximadamente se divisaba una casa, con la mano del cigarro la señaló y con un dedo de la otra me marcó el taxímetro con el dinero que debía de pagarle. Saqué de mi cartera un billete de cinco mil rublos y otro de dos mil, le hice la señal de que se quedara con el cambio. Aquel hombre dibujó una ligera sonrisa en su rostro y me dio las gracias.

En cuanto me bajé del coche dio media vuelta y se perdió en la carretera. No había un alma, por un momento imaginé que aquel taxista me había estafado cobrándome un importe exagerado y posiblemente, me hubiera dado una vuelta de varios kilómetros a la redonda por las afueras de Ekaterimburgo dejándome desamparado e indefenso. Moví la cabeza como para sacudir aquellas maquiavélicas ideas y me reí por mis absurdos pensamientos. Comencé a andar por el camino y enseguida vi salir de la casa a Natasha; venía corriendo hacia mí. Llevaba puesta una sudadera azul claro, unas mallas azul marino y unas *Converse* del mismo color que le daban un aire juvenil y deportivo. Solté el bolso en el suelo y nos abrazamos y besamos apasionadamente.

—¡Eh! ¿Qué hace un chico como tú en un sitio como este? —susurró mirándome con los ojos algo húmedos por la emoción de volvernos a encontrar.

—¡Pues ya ves, pasaba por aquí!

—¡Ja, ja, ja! Qué casualidad, ¿no?

—Pues ya ves, una coincidencia —me reí—. Dudaba si me habían dejado en el lugar correcto. No sabía si hacer autostop para irme de nuevo a Ekaterimburgo. Iba a preguntar, pero no había nadie.

—¿Cómo qué no? ¿Y yo quién soy?

—¡Tú eres mi amor!

Nos besamos efusivamente.

—Estaba esperándote, cariño, en cuanto te vi, salí a buscarte.

—Bueno, creo que tú me quieres demasiado. —Nos regalamos una sonrisa cariñosa. Cogí el bolso y agarré por el hombro a Nat para acercarla más a mí, ella pasó su brazo por mi cintura e inclinó su cabeza a mi torso—. ¿Vamos? Creo que la abuela Tatiana nos espera. ¿No?

—Sí. ¿Has traído la placa de Cenicienta?

—Claro. ¿Para qué es?

Ella sonrió obviando mi pregunta. Recorrimos el corto trayecto que nos separaba de la casa haciéndonos preguntas el uno al otro.

—Qué casa más bonita, Nat.

—Es una *dacha*[44], es muy antigua, mi abuela la heredó de sus padres y está construida toda de madera, entre mi hermano y yo le hemos ayudado para acondicionarla y que pueda vivir durante todo el año, ahora podrás verla por dentro.

La admiré desde afuera, no era muy grande, a pesar de tener dos plantas: la planta baja que disfrutaba de un porche agradable y la superior.

Llegamos a la puerta, se hallaba entornada, Nat me preguntó:

—¿Estás preparado?

—¡Y nervioso. Estoy deseando conocer a la mujer que tanto amas, cariño!

Ella me besó delicadamente en los labios y me tomó de la mano. Empujó la puerta y gritó:

—*¡Babushka*[45]*!*

Entramos a una pequeña estancia, como un distribuidor y al fondo se escuchó una agradable y dulce voz que respondía:

—*Ya zdes' dorogaya*[46].

—Presiento que estos dos días vas a tener mucho trabajo como traductora —le dije en voz baja a Nat, ella se rio.

Pasamos enseguida al salón, a un lado de este sentada en una mecedora junto a la ventana se encontraba Tatiana, nuestras miradas se encontraron por primera vez. Nos acercamos, ella se levantó de su asiento y yo fui a estrecharle la mano, pero antes pronunció unas palabras:

—Hola, señor. Es un placer poder conocerle. He oído hablar mucho de usted.

—A mí también me han hablado mucho de usted. Su nieta le profesa muchísimo cariño, aunque imagino que usted ya es consciente de lo que ella le quiere.

—Lo sé, señor.

Los dos miramos a Natasha, ella poseía una sonrisa que no cabía en su cara, seguramente, se sentía dichosa por ver cómo las dos personas a las que ella más amaba se estaban conociendo y tenían una bonita sintonía.

—Abuela, te presento a Random, mi prometido.

—Cariño, ella es mi abuela, Tatiana.

—¿Cómo se encuentra de su reciente intervención?

—Estupenda, los médicos han dado cuerda a esta anciana para que siga teniendo una salud de hierro.

—¿Me permite darle un abrazo? Lo llevo esperando bastante tiempo, y si no le importa, lo preferiría más que un apretón de manos.

Ella esperó a que Nat le tradujera mis palabras, me miró y dijo:

—Estaré encantada, aunque no me achuche demasiado, que su fuerza no es la mía —sonrió.

—No se preocupe es un abrazo cariñoso.

—Pues no se diga más.

Ella abrió sus manos, me incliné para estar a su altura; noté sus brazos rodeando mi cuello e hice lo propio abarcando su espalda para fundirnos en un cariñoso abrazo. Estuvimos así unos segundos hasta que por educación me separé un poco, ella me dio dos besos en las mejillas que correspondí.

—Me hubiera quedado así más tiempo, que lo sepa.

Natasha se encargó de inmortalizar ese momento con su móvil, nos cortó para decir:

—¡Eh! ¿Y yo qué?

Entonces recordé lo que a Ruth tanto le encantaba.

—¿Quieres un abrazo de oso?

—¡Síií, claro que lo quiero!

Tatiana nos miraba intrigada, Nat le explicó qué significaba eso para mi sobrina y para nosotros.

—¿Hacemos un abrazo de oso colectivo? —pregunté.

—Sí —respondió Nat.

Ella abrió sus brazos y se acercó a los dos para recibirnos y hacernos sentir lo que sentía por nosotros.

—Cariño —le ordenó Tatiana a su nieta—, enséñale a Random la casa.

—Como ves, este es el salón —me dijo Nat.

Observé con más atención la estancia, junto a la mecedora donde se volvió a sentar la abuela y un poco más allá de la ventana, en el rincón había un fuego a tierra, a continuación, un sofá y dos sillones, enfrente un televisor, en la parte opuesta a donde nos hallábamos había una mesa con cuatro sillas que separaban la cocina abierta al salón. Natasha me dio la mano y me llevó al dormitorio de su abuela, un dormitorio no muy grande, pero con espacio suficiente para una cama y un armario, me contó que en su origen, aquella habitación era un cuarto de herramientas, pero que al fallecer el abuelo decidieron quitarle un poco de terreno al salón para hacer allí su dormitorio y así tener todo en la misma planta y no tener que subir las escaleras. A continuación había un baño. Subimos al piso superior. Había dos dormitorios: el primero era el de su hermano, Nikolay, que sería donde dormiría yo. Anteriormente, aquel cuarto había sido el de sus padres, y a continuación se hallaba el de Natasha, durante la niñez cuando iban a pasar algún fin de semana o en vacaciones, lo compartía con su hermano. Al final del pasillo estaba el cuarto de baño, me explicó que antes había sido el dormitorio de sus abuelos y que como en esa planta no había baño, entre ella y su hermano pagaron el acondicionamiento.

Dejé el bolso con la ropa sobre la cama, me llamó la atención una foto sobre la cómoda y me acerqué para verla mejor.

—¿Es tu hermano?

—Sí. ¿A que es guapo?

—No más que tú, cariño. ¿Lo podré conocer?

—Eso espero, si no se tuercen las cosas, posiblemente venga esta noche y se quede hasta pasado mañana.

Yo me quedé pensativo y pregunté:

—¿Entonces, si viene, dónde duermo yo?

Ella reaccionó rápidamente, se acercó más a mí para abrazarse a mi cintura y decirme en un susurro:

—Pues no te va a quedar más remedio que dormir conmigo...

Tomé su mentón con mi mano para levantar su mirada hacia la mía. Con el mismo tono de voz le contesté:

—Ojalá que venga... ¡Ja, ja, ja!

Natasha sonrió y me dio un apasionado beso, en el que nuestras lenguas comenzaron a jugar para reencontrarse, nuestras manos incontroladas recorrían nuestros cuerpos por encima de la ropa para reconocerlos.

—Te deseo... —murmuró.

—¡Uuuff..., cariño! Si seguimos así no podremos parar... —Mi cuerpo comenzaba a reaccionar.

—Tú y yo tenemos cuentas pendientes... —Humedeció sus labios con la punta de su lengua.

—No seas mala, que acabo de conocer a tu abuela y quiero que tenga una buena imagen de mí.

—Tranquilo, amor, ella ya sabe que eres buena persona.

Apretó con sus manos mis glúteos.

—Anda, vamos para abajo que no respondo de mis actos.

Natasha sin decir nada, me sonrió con aquella mirada pícara que tanto me gustaba y que tanto echaba de menos. Salió del cuarto delante de mí contoneando su silueta de una forma sensual. La seguí sin poder quitar la mirada de su trasero mientras bajábamos las escaleras.

—Abuela, vamos afuera, voy a enseñarle a Randy el jardín y el huerto.

—¿Randy? Hijo, ¿cómo prefieres que te llame, Random o Randy?

Sonreí cuando Nat me tradujo su pregunta.

—Me puede llamar como usted quiera, mientras me llame.

Los tres nos reímos.

—Nada de llamarme de usted. ¿Eh? Que me haces más mayor de lo que soy.

—¿Mayor? ¡Qué va, en todo caso, usted es alguien con años y mucha sabiduría! Y ya que me ha dado permiso para tutearla, ¿cómo prefiere que la llame, Tatiana o abuela?

—Tatiana me encanta, pero si me quieres llamar abuela estaré encantada igualmente.

—¡Eh! —interrumpió Natasha que escuchaba y traducía toda aquella retahíla de propuestas y propósitos—. ¡Que estoy aquí!

Tatiana me miró fijamente y me susurró:

—Creo que tiene algo de envidia, no se lo tengas en cuenta, Randy, ja, ja, ja —nos reímos los dos. Miró a su nieta y le dijo—: Anda, ven aquí boba, que te voy a dar un abrazo de esos de oso. —Natasha sonrió y corrió hacia ella para recibirlo—. Va, id a ver el huerto.

Salimos al porche que rodeaba parte de la fachada y el lateral derecho de la *dacha,* allí había un sofá balancín y una mecedora a cada lado, delante, una mesa. Un lugar idóneo para ver la puesta de sol frente a un bosque de abedules. Fuimos a la parte de detrás de la casa en donde había un pequeño huerto que Tatiana se encargaba de cultivar, solo quedaban algunas matas de rábanos y pepinos, ya que pronto comenzarían las nevadas y el huerto quedaría impracticable. Junto a él había un gallinero con unas cuarenta gallinas, cuyos huevos vendía a los vecinos del pueblo. Esto junto a su pequeña pensión y la ayuda económica de Natasha y de Nikolay, le

permitían vivir más tranquila y holgadamente a Tatiana.

—Ven, te voy a llevar a un lugar. ¿Quieres?

—¡Te seguiría al fin del mundo si me lo pidieras, Natasha!

Apretó mi mano y caminamos por un sendero entre abedules y coníferas unos quinientos metros. Fuimos a parar al lago Ikbulat. La vista a pesar del día gris era espectacular; aquella gran masa de agua en calma, junto al verde de la arboleda de hoja perenne contrastaba con los tonos anaranjados de las hojas de los árboles caducifolios que ya comenzaban a dejar sus ramas descubiertas para formar un manto en el suelo. No se escuchaba nada, el silencio era absoluto, hasta que a lo lejos pudimos ver un pequeño grupo de patos que parpaban en su paseo por el lago. A un lado despejado de floresta había algunas mesas y bancos de madera. Aquella estampa me recordó el día que fuimos de pícnic.

—¿Te gusta? En invierno se hiela.

—¡Me encanta, es un lugar precioso y envidiablemente bonito!

—¡Ah! ¿Qué te creías, que solo había lugares así en Londres? Para que veas que aquí también hay maravillas para descubrir —me dijo divertida y orgullosa de aquel lugar.

—Ya veo.

—Solíamos venir aquí toda la familia. Cuando la magia de un lugar te envuelve, no puedes evitar regresar.

—Ahora comprendo que vengas tan a menudo aquí. Tienes a tu encantadora abuela y este lugar. ¿Sabes?

—Dime, amor.

—Este paraje me ha hecho recordar el día que me llevaste al lago Hythe End.

—¡Sí! Cuando voy allí es como si estuviera aquí, por eso te llevé.

—Ahora aquel momento parece tan lejano... ¡Y solo han pasado un par de meses!

—Y han cambiado muchas cosas desde entonces.

—Aquel día estaba loco por besarte.

—Pero no lo hacías, ja, ja, ja.

—Porque no quería quitarte el carmín de los labios.

Lo dije serio disimulando la risa, ella con la mano me dio un golpe cariñoso en el brazo.

—¡Anda ya!

—Que sí, Nat, los llevabas tan bien pintados que pensé que si te besaba no te iba a gustar.

—¡Ja, ja, ja, y lo dices tan convencido, no te creo!

—Bueno, tú misma.

—Entones, también recordarás lo que ocurrió después...

—Ah, no sé, ya estoy un poco mayor, a veces me falla la memoria.

—Sí, sí... Luego te recordaré lo que pasó. Anda, vamos a la casa.

—¿Me podrías refrescar un poquito la memoria, Nat, como anticipo?

—Ahora no llevo los labios pintados... —Se acercó a mí, tanto, que esperaba que me besara—. Si me pillas te dejo que me beses. —Su risa me pareció dulcemente pérfida y salió corriendo.

La seguí, pero me llevaba algo de delantera, y la verdad, con zapatos corriendo por el bosque no tenía tanta agilidad. No le daba alcance a pesar de ir solo un par de metros por detrás.

Al llegar a la casa, en el porche estaba su abuela sentada y le preguntó extrañada:

—¿Qué ocurre, que venís corriendo?

Nat me miró riéndose, mientras yo hacía un esfuerzo por no caerme redondo al suelo.

—Nos seguía un perro —le contestó Nat.

—¡A ti te voy yo a dar perro, bandida! —Ella abrió su boca, mostrándome su perfecta y blanca dentadura a la vez que emitía un gruñido como si de una fiera se tratara—. ¡Eh, eso no se lo traduzcas!

Nat soltó una gran carcajada, se me acercó y me estampó un beso que hizo que se me olvidara aquella pequeña triquiñuela. Su abuela le dijo algo a Natasha, ella asintió y fue adentro, a mí me hizo una señal para que me sentara en el balancín. Acercó un poco su mecedora y me tomó de las manos, me miró fijamente a los ojos y comenzó a decir palabras ininteligibles para mí, yo no sabía qué hacer, me mantenía quieto y expectante, enseguida apareció Nat, en una bandeja portaba unos vasos y una jarra con limonada.

—¿Qué te parece Randy, abuela?

—Estaba mirándole a los ojos, cariño —le dijo sin soltarme las manos y sin dejar de mirarme. Yo la miraba intentando entender algo por sus gestos ya que sus palabras me sonaban a chino, o mejor dicho, a ruso.

—¿Y qué ves? —le preguntó mientras ella ponía un poco de la bebida en un vaso para cada uno.

—Veo a alguien de corazón puro y eso no es fácil hoy en día. Me gustaría compartir con él un pensamiento.

Natasha se sentó a mi lado e iba traduciendo todo lo que su abuela decía y esperó a que yo contestara.

—Dispare usted, Tatiana. —Parece ser que esas palabras le gustaron—. Soy todo oídos. Tenía ganas de conocerla y escucharla desde el primer día que su nieta me la nombró.

—Entonces, ahí voy: cuando conoces a alguien por primera vez es como un soplo de aire fresco, pero si se puede, se debe de guardar esa esencia, ya que en el futuro, posiblemente, no se vuelva a dar esa casualidad.

Me quedé pensativo, aquellas palabras me recordaron a Bob.

—Me gusta este lugar, es muy bonito, Tatiana.

—Cuando mi marido se quedó sin trabajo en la ciudad estuvo muy acertado al convencerme para que nos trasladáramos a este lugar cuando heredé la *dacha.* Al poco tiempo logró colocarse a trabajar en la mina.

—Opino que tuvo más aciertos. —Ella me miró extrañada y yo puntualicé—: Tuvo el acierto de conocerla a usted y de que formasen una familia.

—Es normal que mi nieta esté coladita por tus huesos, Randy. —Natasha esbozó una tímida sonrisa cuando tradujo sus palabras—. Eres muy educado y zalamero.

Estuvimos un rato allí conversando hasta que la abuela propuso que entráramos a comer.

—El primer plato lo he preparado yo y el segundo mi abuela.

—¡Ummm! Huele bien. ¿Qué es? —Me acerqué a la cocina a ver qué se estaba calentando en una olla de barro.

—*Borsch.* Es una sopa de carne y verduras en la que destaca la remolacha. —La abuela al ver que hablábamos de lo que se cocía en la olla, le comentó algo a Nat para que me lo explicara, ella sonrió e hizo el gesto de negar, pero Tatiana insistió, y ella no tuvo más remedio que obedecer—. Mi abuela quiere que te explique que, en Rusia, en broma, se dice que es buena esposa aquella que sabe cocinar esta sopa.

—Ah, pues habrá que probarla, ¿no?

—Ja, ja, ja, claro. Mira —abrió el horno para mostrarme lo que su abuela había preparado —, es *kurnik*. Denominado el «zar de las empanadas rusas».

—Estoy deseando hincarle el diente. —Nos sentamos los tres a la mesa y la abuela nos

llenaba a cada uno el plato, cuando ya estábamos todos servidos comenzamos a comer. Tomé una cucharada—. ¿Eso de buena esposa va en función de la calidad de la sopa?

Nat se rio.

—Pues de eso no se dice nada. ¿No te gusta? —me preguntó curiosa.

—Tendré que considerar esa creencia. Porque si no está buena significa que...

—Pero ¿te gusta o no?

—No me gusta. —Dejé pasar un par de segundos—. ¡Me encanta. Está exquisita! —Continué tomando cucharadas.

—¡Uf, menos mal! Porque si no, te vuelves para Londres soltero y sin compromiso. ¡Ja, ja, ja!

—Cariño, eso son chorradas, yo a ti te querría igual.

—Y yo, amor, aunque no supieras cocinar doradas, ja, ja, ja.

Acabamos aquella deliciosa comida y nos sentamos en el sofá del salón para disfrutar de un rato de relax y tomar té negro con limón que la abuela de Natasha se encargó de elaborar en un curioso artilugio de cobre llamado *samovar*. Tatiana se tomó su medicación y nos dijo que se iba a descansar a su dormitorio. Nosotros decidimos ir a dar una vuelta por la pequeña ciudad, Natasha me quería enseñar aquellos lugares en los que había sido tan feliz en su niñez junto a su hermano cuando iban a pasar algún fin de semana a casa de sus abuelos o cuando no tenían escuela. Los dos besamos en las mejillas a Tatiana y le deseamos un buen descanso.

Caminábamos cogidos de la mano por el sendero para salir a la carretera que nos llevaría al centro pues la casa se encontraba a las afueras, a unos quinientos metros.

—¿Sabes?

—Dime.

—Me encanta tu abuela. Creo que me la comería a besos. —Natasha se rio—. Es una mujer muy dulce y huele a frescura de la naturaleza, como tú.

—Me alegro de que ambos tengáis una buena opinión el uno del otro.

—Tiene un bonito corazón, lástima que no viaje de tanto en tanto a Londres para verte.

—Sí, es verdad, es una lástima, pero el tema de volar es que no le gusta, a no ser que sea por una fuerza mayor. Dudo que la vea alguna vez subirse a un avión. Ella los llama pájaros de hierro y dice que su vida está aquí, por eso suelo venir de tanto en tanto. Mi hermano pasa con ella largas temporadas, cuando su trabajo se lo permite, para hacerle compañía.

Solté a Nat de la mano para estrecharla con mi brazo, ella se abrazó a mi cintura.

—Tal vez se atreva a volar cuando nos casemos.

—Cuando llegue ese día espero que acepte y si no se atreve a venir, la voy a querer igual.

Recorrimos algunas de las calles principales mirando los escaparates de las tiendas. Entramos en una de *souvenirs*, allí, aconsejado por Nat aproveché para comprar un chal típico y tradicional de Pávlovski Posad para mi hermana y para Betty, le dije a Natasha que escogiera uno para ella y otro para Tatiana. A mi sobrina le compré una *matrioshka* en cuyo interior albergaba otras ocho y chocolatinas Alionka.

—A Ruth le encantará —le dije a Nat.

—No puede haber otro regalo más representativo de mi país.

Compré también, varias latas de caviar rojo y negro. Buscamos vodka para llevarles a Walter, a Scott y a Morty. Quería llevarles algo fuera de lo común y allí no lo había, de manera que lo dejé para cuando volviera a Ekaterimburgo.

La tarde, entre pasear y comprar se nos pasó volando. Comenzaba a oscurecer, la temperatura había bajado considerablemente y nos fuimos para la casa. Conforme nos íbamos

acercando, vimos que salía humo por la chimenea, al abrir la puerta el olor a lumbre y el calor de hogar eran perceptibles a nuestro olfato.

—¡Abuela, ya estamos aquí! —advirtió Natasha. Se escuchaba música del folklore ruso en el salón que provenía de un radiocasete—. Le encanta esa cinta, siempre la tiene puesta, su música le trae bonitos recuerdos.

—Acercaros y calentaros que hace frío en la calle —nos recomendó desde su mecedora junto a la chimenea.

Me acerqué y le di el paquete del chal que le había comprado, mientras ella lo desliaba, puse las manos delante del fuego, la verdad es que apetecía. Al ver de qué se trataba, Tatiana hizo una señal para que me acercara de nuevo y me agachara; lo hice, y ella me dio dos besos en agradecimiento acompañado de una palabra que ya me resultaba familiar: «*Spasibo*».

Natasha nos preguntó si queríamos té, los dos asentimos, ella se fue a la cocina y llenó tres tazas que trajo en una bandeja, en ese preciso instante comenzaba a sonar una música más alegre y conocida: *Kalinka*. Nat dejó la bandeja sobre la mesita y comenzó a danzar al ritmo de la música, sus pies parecían flotar en el aire.

—¡Vamos, abuela!

La agarró de las manos para ayudarla a levantarse, sin soltarla, ambas comenzaron a dar pasos girando en un círculo imaginario. Yo las miraba sorprendido y admirado por la alegría que desprendían. Nat me cogió de la mano invitándome a danzar con ellas delante del fuego.

—¡Ja, ja, ja, no sé bailar esto!

—¡Déjate llevar, cariño!

Dudaba qué hacer, pero la abuela me cogió de la otra mano y ya no me pude negar, pensé: «Que sea lo que Dios quiera, Random». Tatiana con su mano me marcó el rumbo hacia dónde girar a la vez que cruzaba los pies simultáneamente, tanto ella como su nieta cantaban la canción. La abuela me soltó la mano y me la juntó con la de Nat, para que nosotros continuáramos, ella se sentó y hacía palmas al son de la música. El ritmo era vertiginoso, pero Nat lo hacía fácil, los tres o cuatro minutos que duró la canción nos hizo entrar en calor, ahora el fuego no parecía ser tan necesario.

—Mi cuerpo no podía más, vuestra energía no es la mía.

Sonreí cuando Nat tradujo las palabras de su abuela. Tras aquel momento de locura cariñosa, me acerqué a besar en la mejilla a la abuela Tatiana.

El té se había enfriado, pero nos lo bebimos igualmente. Le dije a Nat que iba a subir a coger el cargador del móvil y a ponerme ropa más cómoda, ella también subió a llevar ropa doblada a su habitación.

Una vez allí pensé que me vendría bien darme una ducha, ella se ofreció a sacar mi ropa del bolso mientras tanto. Accedí gustosamente adentrándome en el baño, al salir, pude comprobar que me había dejado preparado encima de la cama el chándal, ella estaba acabando de colocar el resto en el armario.

Traía una toalla anudada a la cintura, Nat, al girarse, se quedó mirándome, se acercó y simulando dibujar con su dedo un corazón en mi torso aun con restos de agua en él, susurró:

—¿Qué vas a hacer con tu vida?

—Compórtate, señorita, que abajo está la abuela Tatiana y no quiero que piense mal.

Natasha reaccionó separándose de mí, me dio un cachete en el trasero y con voz sensual me dijo:

—¿Me has dejado la ducha caliente?

Giré la cabeza de un lado al otro para intentar mantener la mente fría.

—Eres incorregible, Cenicienta.

—Será que tú me pones, Romeo.

Miré figuradamente al cielo y murmuré:

—¿Señor, qué he hecho yo para merecer a esta bonita de cara?

—Tú sabrás, Romeo, yo tan solo me dejo llevar.

Ahora fui yo el que me acerqué a ella y junto a su oído, le susurré:

—Tal vez a la noche debamos ponernos al día de lo que ambos deseamos y necesitamos. Aunque me sentiría igual de satisfecho si nos acostamos en la cama que tú duermes cuando estás aquí y me deseas las buenas noches, como cuando yo hago lo mismo en Londres diciéndote: buenas noches, Cenicienta. Me conformo con abrazarte y dejarnos llevar por los sueños.

Su mirada provocadora pasó a ser tierna y cariñosa, me dio un suave beso en los labios.

—Te quiero, Randy.

—Yo más, Natasha.

—Anda, vístete. Voy a darme también una ducha, que la abuela va a pensar que estamos haciendo «cosas malas». ¡Ja, ja, ja!

Se fue al cuarto de baño y yo aproveché para hacer una llamada antes de que se agotara la batería del móvil.

—¿Eli?

—¡Hombre, el desaparecido! ¿Todo bien por ahí? ¿Dónde estás, guapo?

—¡De maravilla! Estoy en Degtyarsk, en la casa de la abuela de Nat.

—¡Ah, qué bien! ¿Y su abuela, cómo está?

—Estupenda, Eli, el *stent* que le colocaron le ha dado energía para unos pocos de años más.

—¡Qué bien!

—Lástima que no pueda hablar con ella directamente, aunque en ocasiones no hacen falta palabras; su mirada desvela lo que me dice en su idioma y Nat me traduce.

—Me alegro de que te sientas a gusto ahí. Me dan ganas de conocerla.

—Sí, es encantadora, hermanita, te gustaría. A mí me gusta.

—¿Y mi futura cuñada, dónde está?

—Duchándose. Pronto vamos a cenar.

—¿Qué hora es ahí?

—Las ocho y cuarto. Cinco horas más que en Londres.

—Bueno, hermanito, dale un beso de mi parte a Nat y ya me avisarás cuando vuelvas.

—El viernes estoy ahí, si todo va como está planeado.

—Bien.

—¿La princesa está en la escuela, no?

—Sí, ya verás cuando le diga que hemos hablado, arrugará el entrecejo, ja, ja, ja.

—Luego, cuando calcule que está en casa vuelvo a llamar.

—Vale.

—Un beso, Eli, y un abrazo para Scott.

—*Bye!*

Hablar con mi hermana me había dejado una agradable sonrisa en los labios. Estaba acabando de vestirme cuando escuché la voz de Natasha desde el baño:

—¿Cariño, me puedes traer una toalla del armario?

Fui a su habitación y cogí un par de toallas, una pequeña para el pelo y una grande para el cuerpo, me dirigí al baño y toqué en la puerta que se hallaba entornada.

—¿Puedo pasar?

—Claro, cariño.

Empujé la puerta y me la encontré allí, desnuda.

—Lo siento —mascullé confuso, pues me pilló desprevenido y en ese momento no sabía medir si me podía más la admiración, el deseo o el respeto, por estar en casa de su abuela.

—Tengo un poco de frío. ¿Me das la toalla? A no ser que quieras dormir con alguien acatarrada.

—Ah, sí, sí. —Abrí una de las toallas, ella me dio la espalda y se la coloqué alrededor de su cuerpo húmedo—. Perdona, no sé en qué estaba pensando ahora mismo. —La abracé y le di un beso en la nuca.

Ella se giró y puso un dedo en mis labios.

—Shhh... No hay nada que perdonar, amor. —Nos besamos—. Anda, ve con la abuela, que enseguida bajo.

Al poco rato apareció Nat, se había puesto un pijama, aun así, no podía estar más guapa. Irradiaba felicidad.

—¿Me ayudas con la cena? —me preguntó.

—Claro —la seguí hasta la cocina—, tú me dirás qué hago.

Sacó un recipiente del frigorífico y unos pinchos metálicos de un cajón.

—Vamos a preparar *shaslik*.

—¿Eso qué es?

La expresión de mi cara le produjo risa por mi ignorancia.

—Son pinchos que luego vamos a asar en la chimenea. Va, haz como yo; ve insertando un trozo de esta carne marinada y alternándola con estas verduras.

—Con una maestra así, da gusto cocinar. —Ella se rio otra vez—. ¿Abrimos una latita de caviar?

—Déjalo para llevarlo a Londres.

—Es que me apetece compartirlo contigo y con tu abuela.

—¡Ay, no me pongas esa carita, que no puedo decirte que no! Voy a mirar si queda algún paquete de *blinis* y ponemos el caviar encima.

La cena estuvo genial, Natasha sirvió vodka para acompañar las huevas de esturión servidas sobre las tortitas, los pinchos cuya carne había marinado su abuela por la mañana, los asamos en la chimenea.

Nos hicimos algunas fotos, aunque me llevara vivencias grabadas en mi mente quería inmortalizarlas en el móvil para enseñárselas a mi familia.

Recogimos entre los dos la mesa, Tatiana desde su mecedora donde se había vuelto a sentar, le dijo algo a Nat y ella me lo tradujo.

—La abuela dice que salgamos un rato al jardín, ahora, de noche, nuestro cielo es aún más bonito. —Se dirigió nuevamente a su abuela y le dijo—: Pero, tú querías enseñarle a Randy el álbum de fotos de la familia.

—Tiempo habrá cuando entréis, cariño.

Natasha se acercó y se agachó para estar a su altura.

—Vente con nosotros.

Ella negó con la cabeza.

—Anda, ve con él, que mi cuerpo por hoy ya está algo cansado.

Nat tomó las manos de su abuela entre las suyas y las besó tiernamente, la miró y le dijo:

—Te quiero, abuelita.

Cogió una manta que había sobre el sofá para guarecernos de la gélida temperatura que hacía a esas horas de la noche y salimos afuera. Nos sentamos en el balancín y allí acurrucados, contemplamos el magnífico cielo estrellado iluminado por la luna llena.

—Mira, cariño, ese cielo guarda muchos secretos de este lugar —me dijo.

—Seguramente, algunas de esas estrellas de ese firmamento, ahora mismo están sonriendo por vernos aquí abrazados.

Nos quedamos embelesados mirando al infinito recordando cada uno a nuestros padres. Yo acariciaba el cabello de Natasha y con mi pie hacía que el balancín no parara de moverse.

Nat comenzó a relatarme anécdotas de su infancia, como una ocasión que fue al gallinero a coger los huevos y se olvidó de cerrar la puerta del cercado, al salir de él toda contenta por llevar el cesto lleno, se dio cuenta de que todas las gallinas estaban desperdigadas por los alrededores de la casa, al verlas deambular de un lado al otro curiosas explorando una zona nueva para ellas soltó el cesto, algunos huevos por el impacto al estamparse en el suelo se rompieron, otros pocos salieron rodando. Ella quería cogerlas o arrinconarlas para introducirlas al gallinero, pero su carrera tras ellas provocó que estas huyeran en estampida escampándose y alejándose aún más. Viéndose desbordada por la situación entró llorando a la casa pidiendo ayuda, todos salieron a la búsqueda y captura de las aves, hecho que duró un buen rato, incluso alguna había llegado a la carretera, suerte hubo de que no hubiera graves consecuencias, por fortuna.

Aquel suceso derivó en el castigo impuesto por su padre, de no acercarse al gallinero si no iba acompañada y a no poder comer golosinas durante un mes. Me confesó que parte del castigo se lo saltó, pues a la hora de ir a dormir, su abuela se encargaba de llevarla a la cama, le hacía el gesto de que no dijera nada y a escondidas le daba una chocolatina *Alionka*, le guiñaba un ojo y le regalaba una tierna y cómplice sonrisa mientras ella se apresuraba a devorarla antes de que sus padres vinieran a darle las buenas noches. Ese quebrantamiento del castigo benefició también a su hermano, pues como compartían habitación, Tatiana tuvo que «comprar» el silencio de su nieto. Él a sabiendas de que podía sacar tajada por aquella situación negoció dos chocolatinas por noche. La sorpresa fue mayúscula para Nat, cuando ya en su casa, en Ekaterimburgo, y cuando ya le habían levantado sus padres el castigo, su hermano le confesó que solo se había comido una chocolatina cada noche, como ella, y que la otra se la guardaba para cuando ya no estuviera castigada, así que abrió un cajón de su mesilla y le dio a su hermana la mitad de las que allí guardaba.

Una sonrisa melancólica invadió los labios de Natasha al acabar de narrarme aquella vivencia. Ese gesto por parte de su hermano me hizo recordar a mi hermana.

—¡Qué fortuna el tener hermanos! ¿Verdad?

—Sí, es un lazo que jamás se puede romper, aunque yo no pueda ver al mío tan a menudo, al menos estamos en contacto permanentemente a través del teléfono.

Abracé a Nat y subí la manta para taparnos hasta el cuello. El silencio de la noche y el balanceo que ejercía mi pie contra el suelo provocó que ella se relajara tanto, que se dejó llevar por los sueños. Aquellos que, en ocasiones, te hacen volar sin querer ni buscarlo, pero que son bonitos de vivir cuando los acontecimientos te sobrepasan; cuando esos sueños sobrepasan cualquier realidad posible de ser soñada y escrita. Cuando me di cuenta continué dejando que, la que pretendía que fuese la madre de mis hijos soñase dentro de una realidad paralela.

Sería ya, más de la medianoche cuando ella se movió y dijo:

—¡Qué frío! ¿No?

Asentí sonriendo.

—Deberíamos de irnos para adentro, Nat. Quizá la abuela nos eche de menos.

Nos pusimos de pie, levanté mis brazos sosteniendo la manta, Natasha se abrazó a mi cintura y la eché por nuestros hombros a modo de capa.

Tatiana se había quedado dormida, Natasha la despertó cariñosamente, le dio un vaso de agua y las pastillas que debía de tomar cada noche.

—Mañana tendré el desayuno preparado para cuando os levantéis —dijo Tatiana—. Aún no hemos mirado las fotos juntos.

—Mañana, abuela, ahora a descansar.

Ambos le dimos un beso en la mejilla y le deseamos las buenas noches, ella se fue a su dormitorio y mientras yo echaba un poco de agua sobre las pocas ascuas que quedaban en la chimenea, Nat fue cerrando los porticones de las ventanas y echó la llave en la puerta.

Tomé a mi prometida de la mano para subir por la escalera y dejé escapar un comentario algo jocoso:

—Tu hermano no ha venido. ¡Qué pena...! Eso significa que dormiremos cada uno en un dormitorio...

—Ja, ja, ja, vaya, yo te iba a invitar a que durmieras conmigo, pero si ese es tu deseo...

—¡No! Mi deseo es separarme de ti lo menos posible, y lo sabes, señorita.

Le di un ligero palmoteo en su trasero y ella reaccionó graciosamente frunciendo el ceño.

—Entonces, te quiero esta noche en mi cama —me dijo firmemente—. Voy a lavarme los dientes.

—Te acompaño.

Ambos iniciamos el ritual del cepillado dental compartiendo ese momento como ya lo habíamos hecho en otras ocasiones. Acto seguido, nos dirigimos a su dormitorio y comenzamos a desvestirnos. Ella se quitó el pantalón del pijama para quedarse con una braga *culotte* de encaje negro, se sacó el sujetador en una maniobra magistral sin quitarse la camiseta. Yo hice lo propio dejándome solo el bóxer.

Nos situamos frente a frente entre las sábanas.

—Solo dormir —me dijo—. Quiero sentirte toda la noche sabiendo que ahora sí que estás en el lado derecho de la cama.

—Estoy de acuerdo contigo, cariño, así no deberé decirle al silencio lo que le digo todas las noches.

—¿Ah, sí? —preguntó curiosa—. ¿Y qué le dice al silencio el señor Romeo si puede saberse?

—Pues cada noche diría que, casi desde que nos conocimos, irónicamente, miro hacia el lado izquierdo y le digo a la almohada: buenas noches, que descanses, Cenicienta.

Ella se acercó más a mí, nuestros alientos se rozaban y susurró:

—Que sepa usted, señor Romeo, que a la inversa yo hacía lo mismo. Cuando el sueño o el cansancio me superaba, me metía en la cama y buscaba la postura donde acomodarme y devolverte el halago.

—Está visto que nuestros caminos estaban conectados, por mucho que te quisieras hacer la dura.

Esbocé una sonrisa y ella me correspondió dándome un pico.

—Abrázame. —Se dio la vuelta y pegó su cuerpo al mío. Rodeé su cintura con mi brazo y ella puso su mano sobre la mía entrelazando nuestros dedos—. Dejémonos llevar por los sueños. Buenas noches, Romeo.

—Buenas noches, Cenicienta, nos vemos en ese lugar mágico a donde la inconsciencia

nos lleva.

Con esas últimas palabras y con la felicidad de hallarnos juntos dejamos que la noche nos atrapara.

Debía ser de madrugada cuando percibí un ligero movimiento en la cama. Miré hacia la ventana y vi que aún era de noche, la luz de la luna se colaba por el cristal. Me hallaba de espaldas a Natasha y ella se pegó a mí. Noté sus senos rozando mi espalda mientras ella metía su mano por debajo de mi brazo para acariciar mi pecho. Seguramente, ese movimiento lo había provocado al quitarse la camiseta del pijama. Me di la vuelta con la pesadez en los ojos de sentirme con ganas de dormir más, pero Nat aprovechó esa posición y se tumbó sobre mí procurando cubrir su espalda con la ropa de la cama.

—Buenos días, dormilón.

Sus jugosos, juguetones y ardientes labios se encargaron de despertar a los míos, que no dudaron en dejarse seducir por aquel juego en el que ahora participaban nuestras lenguas.

—Mmm... Buenos días, señorita madrugadora. Daría media vida por despertarme así todos los días del resto de mi vida. —Ella me sonrió sensualmente y en su mirada vi fuego, fuego de deseo.

—Y yo por despertarte así...

Susurró junto a mi oído comenzando a darme pequeños besos por la zona del cuello recorriendo la línea de la mandíbula hasta el mentón. Había cerrado los ojos para percibir aquella exquisita sensación, y Nat me dio un mordisquito en la barbilla que me pilló desprevenido.

—¡Ay! —Ella soltó una carcajada—. Estás guerrera esta mañana, ¿eh?

Movía su cuerpo rozándolo contra el mío.

—Pues parece que tú tienes por ahí abajo un soldadito que también tiene ganas de guerra...

—Claro, es que es muy obediente y si nota movimientos extraños que le gustan, se pone en alerta —nos reímos los dos.

Sentí frío en mis hombros, pero esa sensación duró poco, nuestra temperatura corporal iba en aumento por el contacto de nuestras pieles. Ella se giró un poco y bajó una mano hacia mi entrepierna, la acariciaba por encima del fino tejido del bóxer, mi sexo reaccionó vertiginosamente a ese sensual roce pugnando por erguirse. Metió un dedo por la goma de la cinturilla y yo levanté mi pelvis para que pudiera apartar la prenda, ahora mi miembro quedaba liberado, pero atrapado entre sus dedos que delicadamente lo palpaban ejerciendo un poco de presión. Nuestras bocas volvían a encontrarse y la lujuria se apoderaba más y más de nosotros. Nat tiró el nórdico hacia atrás quedando ambos descubiertos, se incorporó hacia atrás poniendo sus rodillas a cada lado de mis caderas; apartó a un lado su *culotte*; agarró mi miembro y lentamente se fue dejando caer sobre él, despacio, muy despacio. Noté el calor y la humedad de su sexo en el mío, ella no quitaba su mirada de mis ojos. Lanzó un gemido ahogado al sentirse penetrada y comenzó a moverse de arriba abajo, primero; lentamente, después, para poco a poco ir aumentando la intensidad de sus movimientos, de delante hacia atrás. Ella dominaba la situación y yo me dejaba hacer, observándola allí, sobre mí, como si de una amazona se tratara cabalgando sobre mi cuerpo y yo acoplándome a sus movimientos. Estiré mis manos para agarrar sus pechos que saltaban con sus meneos. Acaricié sus pezones que se erguían entre mis dedos y les daba suaves pellizcos provocando que se endurecieran más, eso le gustaba, lo apreciaba por sus gemidos y oscilaciones de sus caderas.

—Natasha, si sigues así no podré contenerme... —susurré.

—Pídemelo..., pídemelo... —me decía con la voz agitada.

—Córrete..., córrete para mí... —Aumentó la magnitud de sus contoneos—. Córrete, cariño...

Se dejó arrastrar por el ímpetu de su orgasmo. Puso una mano en su boca para ahogar sus gemidos, y yo me abandoné inevitablemente al placer de alcanzar el éxtasis inundando con mi semen sus entrañas.

Pasado el umbral que nos transportó desde la más absoluta vorágine de sensaciones, al intenso y efímero placer. Nat se derrumbó a mi lado jadeando, me giré hacia ella y nos dimos un beso.

—Te amo, Natasha.

—Y yo, Random.

Nos tapamos con el nórdico y puse una mano sobre su corazón, todavía latía agitado. Acompasamos nuestras respiraciones intentando volver a la normalidad sumergiéndonos en una profunda relajación a la que nos invitaban el sonido de las finas gotas de lluvia que chocaban en el cristal de la ventana de la habitación de mi amada.

No sé cuánto tiempo permanecí dormido, solo sé que me estiré un poco en la cama y vi que Nat ya no estaba a mi lado. Agudicé el oído y la escuché abajo canturreando alguna canción junto a su abuela. Me levanté y me acerqué a la ventana, en el cielo vi unos ligeros y tímidos rayos de sol que parecían luchar con las nubes por salir.

Un rato más tarde, tras ducharme y vestirme, bajé y las vi en la cocina preparando el desayuno.

—Buenos días. —Le di un beso en la mejilla a Tatiana—. Siento no haber bajado antes. Natasha no me despertó. —La abuela sonriendo, me dio los buenos días en su idioma. Le fui a dar otro beso a Nat, pero ella giró su cara para que el beso fuera a parar a sus labios—. ¡Por Dios, cariño! ¿Qué va a pensar tu abuela?

—¡Ja, ja, ja! ¿Tú qué crees que puede pensar? Lo raro sería que no me besaras. ¿No?

—Ya..., pero...

—¡Ni peros, ni nada. Venga a desayunar!

Nos sentamos alrededor de la mesa, Tatiana la presidía, Nat se sentó a su derecha y yo a su izquierda.

—Me gustaría que me dierais, ambos, algún objeto vuestro.

Miré a Natasha.

—No sé. ¿Qué le puedo dar?

—¿Has traído la placa con mi nombre?

—Sí, la tengo arriba. —Fui a buscarla mientras Nat recogía las tazas del desayuno—. Aquí está.

—Ahora, tú —le dijo Tatiana a su nieta. Ella fue al perchero de detrás de la puerta de la entrada y del bolso sacó la placa con el nombre de Romeo, la puso sobre la mesa junto a la otra —. Estas placas deberéis de dejármelas a mí, si no os importa. —Ambos asentimos sin más. Miró a su nieta y le dijo—: Y tú deberías de llevarte a Londres la manta de la tatarabuela. Déjala alguna vez sobre la cama de él para que lo proteja de los malos espíritus.

—Abuela, tienes que venir a Londres a nuestra boda. Es un día especial para mí —Nat me agarró la mano—, bueno para los dos, y te necesitamos a nuestro lado.

—Natasha, esos pájaros de hierro no me gustan nada, ya lo sabes.

—Lo sé, abuelita, pero debo de intentarlo.

—Anda, ir a dar un paseo antes de comer que luego veremos esos álbumes juntos. De pequeños, tu hermano y tú erais preciosos.

—No me quiero perder esas fotos familiares —le dije a Tatiana y ella esbozó una sonrisa.

Natasha subió a vestirse, la abuela había ido al gallinero a echarle de comer a las gallinas, mientras tanto, yo me ocupé de quitar las cenizas de la chimenea y de entrar algunos trozos de leña para cuando quisieran encender el fuego. Me senté en el sofá pensando que me quedaban pocas horas para marcharme.

De repente, sonó mi móvil provocando que se trastocaran nuestros planes.

Nat bajaba por las escaleras cerrando la cremallera de su chaquetón. Debió de notar algo por la expresión de mi cara.

—¿Qué ocurre?

—Me tengo que marchar, cariño. Me acaba de llamar el anticuario con el que tenía cita a última hora de esta tarde para decirme que si nos podemos reunir a la una y media.

—¡Oh, vaya...! Tienes el tiempo justo para llegar. ¡Qué pena que te tengas que marchar ya!

Nat se me abrazó, la miré a los ojos y le dije:

—Miremos el lado bueno. Si este mediodía queda zanjado este asunto hablaré con Walter y esta tarde intentaré cambiar mi vuelo para ver si me puedo quedar hasta el domingo. ¿Qué te parece?

—¡Sería estupendo! —Se quedó pensativa—: ¡Se me ocurre una idea!

—No me da tiempo, Nat...

—¿De qué?

—De un «aquí te pillo, aquí te mato».

—¡Ja, ja, ja! —Me dio un manotazo en el hombro—. ¡Serás burro! No me refería a eso, señor Williams.

—¿Ah, no? ¡Qué pena! Si se lo hubiese propuesto, futura señora Williams, nos habría dado tiempo, pero lo ha desaprovechado... —Sus carcajadas me contagiaron a mí, ambos sabíamos que no era momento, pero nos gustaba vacilarnos mutuamente cuando teníamos ocasión—. ¿Y qué hay de esa idea que se te acaba de ocurrir?

—Si consigues quedarte, puesto que mi abuela está mucho mejor, mañana podría ir a Ekaterimburgo y quedarme allí contigo hasta el sábado, ya que mi hermano vendrá a pasar el fin de semana y la abuela estaría acompañada.

—Me encanta tu idea, cariño. Recorrer la ciudad de tu mano mostrándome aquellos lugares en los que creciste es un plan maravilloso.

En ese momento entraba la abuela por la puerta. Natasha que aún estaba entre mis brazos, se encargó de informarla de mi inoportuna e inesperada llamada, ella se unió a nuestro abrazo.

—Tatiana, si me pudiera quedar más tiempo aquí estaría encantado, pero el deber me llama y tengo que cerrar el último acuerdo para el museo, quizá más adelante, si usted quiere, vuelvo junto a su nieta para seguir disfrutando de su compañía y de este lugar tan hermoso.

—Eso espero, Random. —En su cara se dibujó una entrañable sonrisa.

Apreté a ambas contra mi pecho y les di un beso en las mejillas. Con aquellas sinceras palabras acabábamos de vivir algo muy bonito, me apenaba no poder comunicarme con la abuela directamente, Nat en esos días no había parado de hablar intermediando entre ambos para facilitarnos el diálogo.

—Y ahora voy a recoger mis cosas, el tiempo apremia.

—¿Te pido un taxi, amor?

Asentí con la cabeza. Tenía poco que meter en el bolso de mano, en pocos minutos bajaba por la escalera. Natasha y Tatiana intentaban disimular, pero sus rostros lánguidos las

delataban.

—¡Eh! ¿Y esas caras? ¡No me voy a la guerra. En breve, nos volvemos a ver! —Ellas sonrieron cariñosamente—. Tenemos algo pendiente los tres.

—Dicho, queda, señor Random Williams. Me enorgullece que pronto formes parte de esta familia. Espero que Dios me dé vida para llegar a verlo.

La tomé por los hombros y le dije a Nat que me ayudara a decirle unas palabras en ruso:

—*¡Ya lyublyu, babushka Tat´yana*[47]*!*

—Lo sé, hijo, se ve bondad en tus ojos. Si me lo permites, me gustaría obsequiarte con una reflexión de aquellas que todos deberíamos de escuchar alguna vez.

—Dispare usted, Tatiana.

Ella sonrió al recordar quien solía responder así, pero obvió decirlo.

—Randy, en ocasiones creemos que las personas cambian, pero su esencia se mantiene, eso no se puede cambiar, por mucho que el destino se empeñe.

Me quedé callado intentando recordar esa reflexión.

—Gracias por compartir sus pensamientos conmigo. Voy a tratar de anotarlo en el taxi para no olvidarlo, quizá pueda compartirlo con alguien a quien también le gusta filosofar. —Ella me guiñó un ojo sonriendo.

Afuera, a lo lejos, se escuchó el claxon de un coche.

—Es el taxi, cariño —me dijo Natasha desde la ventana.

—Volveremos esta señorita y yo, abuela, y si ella no puede, aunque sea yo solo.

—¡Sí, hombre! —espetó Nat acercándose a mí—. ¿Y qué más? —Me miró con ojos retadores y levantando un puño—. ¿Es que quieres quitarme a mi abuela?

—¡No! —Sonreí—. Es que tenemos un asunto pendiente. —Ella me miró intrigada. Señalé con el dedo a la mesita que había junto a la mecedora—. Ver esos álbumes de fotos.

Salimos los tres al porche.

—Te acompaño hasta el taxi, amor.

Volví a abrazar a Tatiana y le di dos besos en sendas mejillas.

—Espero volverla a ver pronto, abuela, con el consentimiento de Natasha, nos volveremos a ver.

—Eso espero, Randy. Ha sido un placer inesperado, aunque mi nieta ya me había puesto al corriente de cómo eres.

—¡Hasta pronto!

Tomé de la mano a Natasha y andamos aquellos metros por el camino que nos separaba de la carretera. Dejé el bolso en el coche y Nat me rodeó la cintura con sus brazos.

—¡Qué rápido ha pasado todo!

—Sí, pero ha sido muy intenso, me ha encantado conocer a tu abuela. En cuanto podamos tenemos que volver, cariño.

—Claro que sí. —Nos besamos—. Cuando llegues al hotel llámame o mándame un mensaje. ¿Vale?

—¡A la orden, jefa!

Nos fundimos en un profundo y amoroso beso, no medíamos el tiempo, ninguno de los dos queríamos separarnos, pero un ligero carraspeo del taxista que esperaba con la puerta abierta para que entrara al coche, nos sacó de nuestro trance.

—Que tengas suerte en la reunión. Mantenme informada.

—Estamos en contacto, Nat.

Me subí al auto, enseguida el taxista puso el motor en marcha. Me giré y por el cristal

trasero vi cómo mi amada se daba la vuelta y ponía rumbo a la casa junto a su abuela.

Habíamos recorrido algunas millas, al reposicionarme en el asiento escuché que algo crujía en mi pantalón. Metí una mano en el bolsillo trasero y rocé un papel, lo saqué, no recordaba haberlo dejado ahí, lo desdoblé y vi que la letra correspondía a la de Natasha. Decía así:

«Gracias por hacer un esfuerzo y compartir unas horas conmigo y mi abuela. Gracias por entrar en mi vida Romeo, de la que espero que no te alejes nunca. TQ».

Una sonrisa amorosa se apoderó de mí, no entendía cómo había podido llegar al bolsillo aquella nota, ni cuándo, pero rememorando los últimos minutos juntos recordé que al salir de la casa, cuando íbamos caminando hacia el taxi, ella metió una mano en el bolsillo trasero de mi pantalón apretando mi nalga, e hizo un comentario pícaro sobre mi retaguardia. Ahora me daba cuenta de que había sido una astuta maniobra para dejarme aquel detalle que guardé en el maletín junto a documentación importante.

El viaje de vuelta lo pasé rememorando con cierta nostalgia cada minuto vivido en día y medio junto a mi prometida y su abuela, aquella mujer de pelo blanco y piel arrugada, de complexión fuerte, pero frágil y dulce a la vez, que, pese a no compartir idioma, con sus gestos y miradas, se había metido en mi corazón sin apenas darme cuenta.

¿Qué vas a hacer con tu vida?

Capítulo Nº 32 - Ultima noche en Ekaterimburgo

A las doce y media llegaba al hotel. Tenía una hora por delante para mi reunión. Subí a mi habitación a coger el maletín con los documentos y llamé a la recepción para que me pidieran un taxi. Había quedado con Vladimir que lo llamaría para que me acompañara, pero como la hora de la cita se había adelantado, pensé que quizá no podría venir.

Me cambié de ropa y me dispuse a salir del hotel, al bajar al *hall*, allí se encontraba Vladimir.

—¿No pensaba llamarme?

—Hola, Vladimir —su inesperada presencia me sorprendió—, pues verás, ha habido un cambio de planes de última hora y pensé que quizá podía acudir yo solo. —Me acerqué al mostrador de la recepción y le pregunté a Olga—: ¿Me pidió el taxi?

Vladimir no le dejó contestar.

—Ya he avisado para que se marchara, le acompañaré yo, señor Williams.

—¡Eh! ¿No habíamos quedado en tutearnos? —Me pareció ver en su rostro dibujarse una media sonrisa y movió su cabeza afirmativamente. Salimos al exterior para ir hacia su coche y le formulé una pregunta que no paraba de martillearme en la cabeza—: ¿Cómo has sabido cuándo llegaba?

—Pasaba por aquí, y te vi llegar.

—Pero ¿ibas a algún lugar en concreto? ¿Has cambiado tus planes al verme llegar?

—Random, si te respondo a todas esas preguntas sabrás tanto como yo y tendré que matarte. —Escuchar esas palabras con su voz tosca y con tanta contundencia me produjo algo de inquietud, de tal manera que se debió de reflejar en mi cara—. ¡Ja, ja, ja. Es broma, hombre!

Dejé escapar de mis labios una risa nerviosa casi imperceptible.

—Ah, vaya, es que no conozco aun el humor ruso...

—¿Qué tal te ha ido en Degtyarsk?

—Bien, Vladimir, aunque he tenido que volverme unas horas antes de lo previsto, pero bien. He conocido a una persona muy entrañable. Aquella zona es muy bonita. ¿Has estado allí alguna vez?

—Sí. Allí tengo familia. La verdad es que aquel lugar te atrapa.

—Cierto.

Vladimir condujo por la ciudad hasta llegar a una de las más importantes arterias de esta, la avenida Lenina. Fuimos a parar a la plaza 1905 donde mi chófer y amigo aparcó. La panorámica allí era espectacular: un monumento a Lenin y justo delante, el ayuntamiento, un imponente edificio que fue construido por los prisioneros de guerra alemanes tras la Segunda Guerra Mundial según me informó Vladimir. Dejamos el coche y cruzamos la avenida para adentrarnos en la calle peatonal Vaynera, repleta de comercios a ambos lados que fuimos recorriendo y contemplando hasta llegar al anticuario. Vladimir se quedó esperando en una cafetería cercana mientras yo negociaba el elevado precio y posterior envío por valija a Londres del huevo imperial.

La reunión se iba a prolongar, el anticuario nos ofreció al propietario de la reliquia y a mí comer en un restaurante cercano para tratar la negociación más relajadamente. Llamé a Vladimir para que se viniera a comer con nosotros, pero rechazó la invitación.

—Cuando finalice tu reunión me llamas y vengo a recogerte, mientras tanto, me ocuparé de unas gestiones que tengo pendientes.

La comida y su correspondiente sobremesa duraron hasta las cinco de la tarde, pero valió la pena. Con esa transacción, mi viaje a Rusia había finalizado, ahora solo me quedaba intentar cambiar la fecha de mi vuelo.

Al salir del restaurante llamé a Vladimir y en menos de cinco minutos estábamos juntos.

—Operación acabada.

—¿Cómo ha ido, amigo?

—Fenomenal. Es un placer tratar con tus compatriotas, debido a su amabilidad y buen hacer. Es una suerte que la mayoría hable inglés, eso es de gran ayuda para todos.

—¿Vamos para el hotel?

Me acordé de que me faltaba por comprar algún detalle para los chicos de Londres.

—Sí, pero antes, si no te importa, me gustaría comprar vodka.

—No hay problema, no tengo nada más que hacer hasta el próximo lunes. Así que me tienes a tu disposición hasta que mañana te deje en el aeropuerto.

—Bueno, de ese tema ya hablaremos más tarde, que todavía tengo algo entre manos por solucionar.

—De acuerdo, Random. ¿Vamos a por esos regalos?

—Sí, pero me gustaría que fuera algo fuera de lo común.

Seguí a Vladimir hasta una licorería, a simple vista no tenía nada de excepcional llevar unas botellas de vodka, pero me llamó la atención una vitrina cerrada con llave y enfocada con una cámara que había detrás del mostrador, en ella había unos huevos Fabergé. Parpadeé varias veces seguidas, no daba crédito a lo que estaba viendo; acababa de hacer un negocio millonario por la compra de un huevo imperial y allí había varios, aunque, evidentemente, su valor sería ínfimo comparado a lo que el museo iba a pagar.

Pregunté al vendedor y amablemente me respondió:

—Es la Imperial Collection de vodka Ladoga en huevos estilo Fabergé. Un producto exclusivo y de precio desorbitado por su envase elaborado en oro o plata y algo más económico, pero igualmente caro, esmaltado.

Sacó de la vitrina un ejemplar para que lo viera, solo su estuche de terciopelo ya era bonito, el huevo en su interior albergaba una botella con cuatro vasos de cristal tallados que convertían el conjunto en una auténtica maravilla. Me quedé prendado, pero tenía muchos regalos que hacer, así que opté por comprar el mismo vodka pero en una versión más asequible y menos ostentosa, pero igual de original. Compré cinco: para Walter, Scott, Morty, para Vladimir y para mí.

Salimos de la tienda y fuimos a buscar el coche para poner rumbo al hotel.

La tarde comenzaba a caer, el alumbrado de las calles y las luces de los edificios evidenciaban la llegada de la noche.

—Si no te importa tengo que hacer una llamada.

—Adelante, Random.

Llamé a la compañía aérea para cambiar mi vuelo del día siguiente, mi interlocutor, después de tenerme varios minutos a la espera, me informó de que no era posible cambiarlo para el domingo, pues la lista estaba completa. Solo me quedaba la posibilidad de dejarlo perder y comprar otro pasaje con otra compañía por mi cuenta para el domingo. Tenía vuelo disponible hasta Estambul el sábado, donde debía de hacer escala, pero luego tenía que pasar más de doce horas para coger el vuelo final llegando a Londres en la madrugada del lunes. Sopesé esa idea;

sabía que Walter no tendría problema en que llegara el lunes y me incorporara a mi trabajo el martes, pero me pasaría casi todo el fin de semana entre vuelos por pasar un día junto a Nat. Finalmente, decidí dejar el viaje como estaba programado, total, el miércoles ella estaría de vuelta.

—Bueno, Vladimir, he intentado prolongar mi estancia aquí, pero no ha sido posible, por lo tanto, esta es mi última noche en tierra rusa. ¿Cenamos de nuevo juntos? Si no tienes ningún compromiso, por supuesto.

—Pero invito yo.

—Nada de eso, y no hace falta ir a ningún lado. Cenaremos en mi hotel.

—Como quieras, Random. Estoy a tu servicio.

—¡Eh, solo cenar y charlar, ja, ja, ja!

Mi expresión por fin le arrancó una carcajada, me caía bien aquel tipo, aunque le envolvía una dura coraza que en ocasiones costaba traspasar.

Ya en el hotel, Vladimir me esperó en un salón mientras yo subía a la habitación a dejar el maletín de los documentos y los regalos, también aproveché para hacer unas llamadas.

—Randy, cariño, ¿qué tal fue todo?

—Hola, Nat, el último negocio que tenía pendiente está cerrado.

—¡Bien!

—Pero ha sido imposible cambiar el vuelo.

—¡Oh, vaya...!

—Miremos el lado bueno; el miércoles volveremos a estar juntos, ya me dirás a qué hora llega tu vuelo e iré a recogerte.

—¡Sí!

—Y tenemos mucho que arreglar, tenemos que poner en marcha la maquinaria para nuestra boda, no quiero que pasemos más tiempo separados.

—¡Madre mía...! Vamos a tener mucho trabajo, pero valdrá la pena.

—¿Y la abuela Tatiana, cómo está?

—Como una rosa, ya la has visto.

—¿Sabes? Me la llevo en el corazón, es un ser entrañable, me hubiera gustado poder conocer a tu hermano. —Se me pasó una idea por la cabeza—. Mira, se me acaba de ocurrir algo.

—Cuéntame, cielo.

—Cuando tengamos las invitaciones organizamos un viaje, aunque sea de una semana y venimos a dárselas en persona, a la abuela y a tu hermano, así lo conozco. ¿Qué te parece?

—¡Genial! E iremos a Ekaterimburgo, me gustaría enseñarte la ciudad y visitar lugares maravillosos que no has podido ver en esta ocasión.

—La verdad es que lo poco que he visto me ha gustado, pero estoy seguro de que, de tu mano, la ciudad es mucho más bonita. Bueno, cariño, te tengo que dejar, Vladimir me está esperando en el restaurante del hotel para cenar juntos.

—De acuerdo, Randy. Llámame en cuanto puedas. Nos vemos pronto. ¡Ten cuidado, te quiero! —Escuché cómo Nat me mandaba un beso.

—Ídem, amor.

Nos quedamos esperando en silencio sin cortar la llamada.

—Cariño... —susurró Nat.

—Dime, amor.

—¿Colgamos?

—Claro, tú primero —le respondí. Escuché cómo Nat se reía divertida al decirle eso.

—No, tú...

—Ja, ja, ja. Va, los dos a la vez.

—Hagamos una cuenta atrás —indicó ella—. Tres, dos, uno... ¡Ya!

—¿Nat? —pregunté por si aún permanecía al otro lado, pero había colgado.

Una sonrisa se escapó de mis labios. Seguidamente llamé a mi hermana.

—¡Eli!

—¡Hola, Randy! ¿Qué haces?

—Pues mira, esta tarde he cerrado el último trato. Estoy en el hotel y mañana vuelvo para casa.

—¡Tío Randy! —escuché en la lejanía.

—Espera, hermanito, voy a poner el manos libres, tu sobrina está ahí jugando a las cocinitas y quiere decirte algo.

—Tío, estoy preparándote la comida para mañana.

—No te preocupes, princesa, ya comeré lo que pille, además, se puede estropear, llegaré tarde. Eli, ¿tengo que comerme lo que cocine ella?

—Bueno, tú ven y ya veremos —nos reímos los dos.

—*OK*, hermanita, ya avisaré cuando esté en casa. ¡Os quiero!

—Yo también, Randy. ¡Buen viaje!

—¡Y yo, tío!

—Anda, guapo, ten cuidado —matizó Elisabeth.

—Lo tendré, Eli, lo tendré. Un beso grande y un abrazo de oso para las dos. ¡Y para mi cuñado!

Charlar con mi hermana y mi sobrina me dejó una agradable sonrisa en los labios. Busqué el número de Walter.

—¡Buenas, jefe!

—¡Hombre! ¿Qué tal, amigo? ¿Cómo estás, y cómo fue?

—Bien, bien, con todos los tratos cerrados, aunque el último ha costado, ¿eh? El lunes hay que hacer la transferencia bancaria con la mitad del dinero, el lunes de la siguiente semana llegará por valija y habrá que pagar el resto de la misma manera.

—¡Perfecto, Random! Puedes quedarte ahí mañana y descansar, cambia el vuelo, si hay que pagar algo, lo haces con la visa del museo y listos. Eso sí, te quiero aquí el lunes.

—Tranquilo, Walter, gracias por decírmelo, me iba a quedar, pero es más complicado de lo que esperaba, ya te contaré.

—Bien, grandullón, entonces, nos vemos el lunes. ¡Un abrazo, amigo!

—¡Otro para ti y para Betty. *Bye!*

Bajé al restaurante, Vladimir se hallaba sentado delante de la barra ojeando por encima un periódico.

—¿Todo bien?

—Todo *OK*. Perdón por mi demora, amigo, pero he aprovechado para hacer unas llamadas que tenía pendientes.

Pedimos una mesa, mientras mirábamos la carta, el camarero nos preguntó qué íbamos a beber.

—¿Prefieres vodka o vino, Random?

—Vamos fuerte, ¿eh? —Vladimir sonrió—. Decide tú. Es tu país.

—Entonces, vodka. —Miró al camarero y le pidió una botella de Beluga Noble—. Te gustará. Tiene un sabor suave que maridará bien con la cena.

Durante la misma, cada vez que tomábamos un buen trago de la bebida espiritual, antes lanzábamos un brindis que me enseñó a pronunciar mi amigo ruso: *«Vashe zdorovie*[48]*!»* Él se encargaba de llenar el vasito cada vez que se vaciaba, me comentó que por una tradición y superstición rusa, la misma persona que comenzaba a servir la bebida debía de hacerlo hasta que se vaciara la botella.

Estuvimos conversando de lo que había supuesto ese viaje para mi trabajo y de lo a gusto que me había sentido en un país a miles de millas del mío. Aproveché para volver a elogiar a aquellos ciudadanos con los que había tratado y todo lo que habíamos compartido, tanto con él, Vladimir, como junto a Natasha.

—Tienes que volver en otra ocasión, Random —me dijo cuando estábamos acabando de degustar el postre.

—Cierto, me queda pendiente.

Continuamos charlando de nuestras cosas, no recuerdo muy bien de qué, el vodka parecía estar haciéndome algo de efecto; solo recuerdo vagamente que rondaba la medianoche, poco a poco, el resto de los comensales se fueron yendo, quedando prácticamente vacío el comedor; nosotros seguíamos allí con nuestra tertulia.

Fueron apagando las luces y el camarero se acercó cortésmente para decirnos:

—Señores, deberíamos cerrar el restaurante.

—Sí, sí —atiné a decir a la vez que nos poníamos de pie—. Anote la cena a mi cuenta, por favor.

—Sí, señor.

Al dar los primeros pasos Random se tambaleó sobrepasado por el vodka e instintivamente puso un brazo sobre el hombro de Vladimir para sujetarse, este hizo lo mismo y decidió acompañarle a la habitación. Iban cogidos como si se tratase de dos colegas que se conocen de toda la vida. Llegaron frente a la puerta y Random no lograba introducir la tarjeta para abrirla, su amigo se la cogió y abrió. Entraron a la *suite* y le acompañó hasta la cama adonde, como un autómata, se dejó caer de golpe. Había tenido un día movido y el cansancio junto con el alcohol le estaba pasando factura. Vladimir le quitó los zapatos e intentó quitarle la ropa, pero fue imposible moverle, levantó la colcha por los lados y le tapó. Dio una vuelta por la habitación para cerciorarse de que todo estaba bien, al apagar la luz escuchó cómo Random balbuceaba entre sueños: «Buenas noches, Cenicienta». Vladimir sonrió y salió de la habitación cerrando la puerta sin hacer ruido.

En la recepción, le dejó algunas recomendaciones al recepcionista del turno de noche.

—No se preocupe, señor Ivanov. —Fue la respuesta que obtuvo.

Vladimir salió del hotel hacia no se sabe qué lugar.

Random se encontraba en el séptimo sueño cuando sonó el teléfono de la mesita, no identificaba aquel sonido ni su procedencia. Parpadeó varias veces hasta situarse en la habitación. Estaba algo perplejo, no sabía ni cuándo, ni cómo había llegado hasta allí. Se incorporó en la cama para atender aquella insistente llamada que no paraba de retumbarle en su cabeza.

—Buenos días, señor Williams —reconocí la voz de la amable recepcionista, Olga—, ayer, el señor Ivanov le dejó avisado a mi compañero para que le llamáramos esta mañana.

—Buenos días, señorita. ¿Qué hora es?

—Las siete, señor. Le recogerán a las nueve ya que tiene que estar en el aeropuerto a las once.

—*OK*. Gracias.

Rápidamente intenté poner orden en mi cabeza, aunque me asaltaban algunas dudas, no recordaba la mitad de las cosas. Vi sobre la mesita el móvil cargándose, me encogí de hombros, me desnudé para meterme de cabeza en el baño paraa afeitarme y darme una ducha. Después metí la ropa y los documentos como pude, a la carrera, en la maleta.

A las nueve en punto estaba en el *hall* del hotel desayunado, con el *check out* arreglado y una generosa propina para la simpática Olga.

Esperaba de pie y comencé a ponerme nervioso; Vladimir se estaba retrasando. «¡Qué extraño! —Pensé—. Siempre es puntual». Saqué el móvil del bolsillo interno de la americana para llamarlo, al encender la pantalla vi que tenía una llamada perdida y un mensaje de Natasha sin leer. Iba a abrirlo, pero no me dio tiempo, Vladimir hizo acto de presencia. Entró apresuradamente y con cara de circunstancias.

—¡Buenos días. Perdón, por el retraso, Random!

—Buenos días. ¿Ha ocurrido algo, Vladimir?

—Un percance de última hora, pero ya está resuelto, no te preocupes, Randy. Vamos.

Me quedé extrañado por la forma en que me había llamado.

—Por lo que veo, ayer te hice saber que mis amigos me llaman así.

Él asintió con la cabeza.

—¿Preparado para dejar nuestro país? —me preguntó mientras metía la maleta en el maletero del coche.

—Sí, aunque con algo de nostalgia, mi chica aún se queda unos días aquí.

—En poco tiempo estarán de nuevo juntos.

—Pues sí. Ah, gracias por dejar avisado que me llamaran, creo que no puse el despertador. ¡Puuuff, casi me pilla el toro!

—¿Cómo?

Vladimir no entendió aquella expresión que yo solía decir, la había aprendido de un compañero español del museo, que siempre tenía en su boca cuando el tiempo le apremiaba.

—Nada, una tontería. No quiero que pienses que te estoy reprochando el que te hayas retrasado un poco, pero ¿llegaremos a tiempo?

—No te preocupes, el coche es viejo, pero es una buena máquina.

Clavó el pie en el acelerador y noté cómo mi espalda se pegaba contra el respaldo del asiento.

—¡Madre mía! —no pude evitar hacer ese comentario en voz alta.

—¿Te ocurre algo, Randy? —Miré a Vladimir y él soltó una carcajada que se me figuró maquiavélica—. Tranquilo, sé lo que llevo entre las manos.

—Eso espero... —mascullé entre dientes y con las manos rígidas, la izquierda sujeta al asiento y la derecha a la puerta; estaba seguro de que cuando llegáramos al aeropuerto las huellas de mis dedos iban a quedar impresas para la posteridad en aquella reliquia móvil—. Creo que anoche me excedí con la bebida y no estoy acostumbrado a su alcohol.

—En la tercera botella avisé de que no dejaran más.

—¡¿Tres?! ¡Dios mío, Vladimir! Creo que mi hígado todavía no lo ha metabolizado. Procura que no me acerque a ninguna hoguera, podría pasarme tres días ardiendo, si eso ocurre, busca rápido un buen extintor, ja, ja, ja.

Entre risas y el agradable, bonito y familiar clima que se había creado entre ambos llegamos al aeropuerto. Él se ofreció a llevar mi maleta y acompañarme al interior.

—No es necesario, amigo, ya has hecho demasiado por mí.

—Randy, te voy a dejar en el mismo lugar de donde te recogí, si no te importa.

—Gracias. Ha sido un verdadero placer. Por cierto, ¿se ha sabido algo de aquel individuo que me amenazó?

—No se ha podido sacar nada en claro. Sería algún loco, que le dio por ti, como le podía haber dado por otra persona con la que se hubiera cruzado por la calle, pero no te preocupes que no parece peligroso.

—Bueno, si es así, me quedo más tranquilo. ¿Me puedo guardar tu número de teléfono por si vuelvo en alguna ocasión?

—Claro, camarada. Será un placer volverte a ver, aunque tengo la sensación de que nuestros caminos volverán a cruzarse.

—Eso espero, Vladimir. Tengo pendiente regresar a esta bonita ciudad, te buscaré para agradecerte nuevamente esta amistad, ah, y para tomar algo, si te apetece.

—¿Mas vodka, Randy?

—Te diría que no visto lo visto, pero la verdad es que... ¡Me gusta!

Nos reímos los dos. La pantalla de salidas anunciaba parpadeante el número de mi vuelo y por megafonía anunciaban que se abría la puerta de embarque. Vladimir me tendió su mano, pero no pude evitar abalanzarme sobre él para abrazarle. Recordé a mi sobrina con sus abrazos de oso, pero fui más comedido y se lo di a medias.

—Random, que van a pensar mal... —Me aparté rápidamente quedándome algo cortado, enseguida, él, me mostró su sonrisa y reaccionó abrazándome él a mí, le correspondí con la efusividad que me nacía por esos días vividos, al fin y al cabo había sido casi mi sombra y mi confidente—. Tenemos pendiente echar algún rato más como el de estos días. Cuídate, Random.

Me guiñó un ojo, símbolo de complicidad.

—*Do skorogo*[49]*!* —chapurreé en ruso.

—¡Hasta pronto! —me respondió en mi idioma.

Sonreí por esa curiosa despedida. Cogí mi maleta y me dirigí hacia la puerta en la que me haría desaparecer por los pasillos que marcan los aeropuertos.

¿Qué vas a hacer con tu vida?

Capítulo Nº 33 - Vladimir y Natasha

A pocos metros de la terminal aérea, Vladimir cogía su teléfono para hacer una llamada.

—Hola, Natasha, sí, sí, tranquila hemos llegado a tiempo, en pocos minutos se encontrará volando. Espero que su pequeño dolor de cabeza le deje descansar algo durante el vuelo.

—Es que tres botellas fueron mucho, Vladimir, aunque Random está acostumbrado, a esas cantidades de alcohol, no.

—Lo sé, pero es que estábamos tan a gusto... Me he emocionado con su despedida, ¡hasta me ha dado un abrazo de oso al irse! Tranquila, prima, he sido un buen anfitrión y guardaespaldas, se ha marchado contento.

—Es que me preocupa que Dmitry le pueda hacer daño, las amenazas que me profería iban destinadas a él. La policía no lo localiza y piensan que podría estar en Ekaterimburgo alojado en casa de algún familiar, por eso confié en ti y en tu trayectoria como militar del ejército y no dudé en pedirte el favor. ¡Gracias, primo!

—No te preocupes, Natasha, ahora ya está fuera de peligro y si ese energúmeno anda por aquí, no tardarán en darle caza; tengo algunos buenos contactos en la KGB entre los que he corrido la voz y estarán pendientes para que la policía lo pueda meter entre rejas.

—Eso espero. Por cierto, ¿qué ocurrió para que llegaras tarde?

—Pues que ayer en la tarde-noche cuando llegamos al hotel vi a un tipo oculto entre unos coches que me pareció sospechoso, durante la cena, sin que Random se diera cuenta observé por el ventanal del comedor que seguía por allí, no logré verle la cara y cuando dejé a tu prometido en su habitación avisé en la recepción que estuvieran atentos a toda persona que entrara al hotel, y sobre todo, que si alguien preguntaba por el señor Williams, que lo retuvieran y llamaran a la policía. Al salir, me di una vuelta por la zona, pero aquel tipo había desaparecido. Esta mañana a las nueve debía de recoger a Randy, pero adelanté mi cita una hora para merodear por los alrededores y para mi sorpresa, me volví a encontrar con el individuo que el otro día detuvieron. Hizo amago de salir corriendo, pero le apunté con mi pistola y conseguí que no huyera, como no obtenía respuestas a mis preguntas llamé a la policía.

—¡Oh, vaya! ¿Crees que podría ir a por Random?

—No creo, prima, no hay conexión ni razón para que quisiera hacerle daño.

—¿Y si quería robarle?

—Todo es posible, Natasha, probablemente sea algún ratero que a veces hay por las inmediaciones de los hoteles aprovechando que hay turistas. He comunicado a los policías, cuando se lo han llevado detenido, que, posiblemente, anoche estuviera merodeando por allí. Me han dicho que pedirán la grabación de las cámaras del hotel y de la catedral que hay enfrente. De ahí, mi tardanza esta mañana.

—¿Random sabe el motivo?

—No. ¿Para qué iba a preocuparle innecesariamente? Y más estando tú todavía por aquí.

—Entonces, mejor no le diré nada. Tienes razón, Vladimir.

—Me preocupa tu seguridad cuando vuelvas a Londres.

—Tranquilo, primo. Random me viene a buscar muchas veces al trabajo y en casa hemos puesto una alarma.

—Toda seguridad es poca cuando hay algún chiflado por ahí suelto, Natasha.

—Cierto. Gracias por todo y siento que hayas tenido que gastar una semana de tus vacaciones. ¡Te debo una!

—No me debes nada, ya sabes que tengo buenos contactos y alguna propina que he ido dejando por ahí, me facilitan las cosas. Además, la familia estamos para ayudarnos en lo que necesitemos y podamos, ¿no?

—Claro que sí, primo, pero ya sabes que puedes contar conmigo para lo que necesites. *¿OK?*

—*¡OK!* Ahora me voy a acercar a la comisaría a ver qué saben de ese elemento. Luego a media tarde iré a haceros una visita a ti y a la abuela Tatiana.

—¡Bien! También podrás ver a Nikolay; viene a pasar un par de semanas con la abuela. Ya que no vas a trabajar hasta el lunes, ¿por qué no te quedas a pasar el fin de semana con nosotros? La abuela estará encantada y a mi hermano le gustará echar unas partidas al *Durak*[50] contigo.

—Pues mira, no es mala idea. Luego cojo algo de ropa y voy para allá.

—¡Fenomenal!

—¡Hasta luego, prima!

¿Qué vas a hacer con tu vida?

Capítulo Nº 34 - Volver al nido

Alguien me tocó en el hombro interrumpiendo el agradable sueño en el que me había sumergido durante el vuelo, solo recuerdo, vagamente, a la azafata dando la bienvenida y las explicaciones pertinentes; de haberme abrochado el cinturón para el despegue, nada más. Otra azafata me informaba que habíamos tomado tierra y que en breve saldríamos de la aeronave. Me solté el cinturón y me levanté intentando estirarme para desperezarme, algo más de cinco horas en la misma posición me había dejado el cuerpo entumecido.

Ya en el aeropuerto internacional de Estambul, tras haber comido algo en uno de los restaurantes del lugar mientras esperaba al siguiente vuelo que me llevaría a Londres, aproveché para llamar a Nat.

—¿Random?

—¡Hola, cariño! Estoy en suelo turco.

—¡Hombre, ha aparecido el señor misterioso! —dijo con cierta sorna.

—Siento no haberte llamado antes, ayer me acosté tarde y algo mal, me parece que tomé alguna copa de más.

—¿Estás bien?

—Sí, ahora sí. Vi tu llamada y tu mensaje, pero la mañana fue un poco atropellada y no te pude contestar.

—¿Qué ocurrió?

—Nada importante, amor, ya te contaré. ¿Todo bien por ahí?

—Sí. La abuela y yo estamos muy bien acompañadas ha venido mi hermano; va a quedarse dos semanas. Ha venido también mi primo a visitarnos y le he convencido de que se quede el fin de semana.

—Ah, qué bien, reunión familiar. ¡Lástima que no los haya podido conocer en esta ocasión!

—Es verdad. Otra vez será, Randy. ¿Sabes?

—Dímelo.

—Mi abuela, está encantada contigo. Está deseando que podamos volver y pasar otro rato juntos.

—Yo también, Nat. Transmíteselo, por favor. Si a mí, Ruth me sabe sacar una sonrisa en cualquier momento, tu abuela hace lo mismo contigo.

—Es cierto. En nuestra primera cita ya nos lo contamos. Cuando se tiene un vínculo especial con alguien es difícil evitarlo.

—Hablando de vínculos, señorita, tengo una llamada en espera de la mamá de la princesa.

—Entonces hablamos luego.

—¡Qué ganas tengo de que pasen estos días, cariño. Ya te echo de menos!

—¡Y yo, guapo! Llámame cuando estés en Londres.

—Lo haré. ¡Te amo, Natasha Ivanova!

—¡Yo más, Random Williams!

Le di al botón de llamada retenida.

—¿Eli?

—¡Hola, tío Randy!

—¡Hola, princesa!

—¿Estás ya en casa?

—Ja, ja, ja, todavía no, cariño, aunque iré volando, no soy Superman. —Ruth soltó una carcajada, su risa me enterneció. ¡Tenía tantas ganas de abrazarla...! — ¿Y mami, está por ahí?

—Sí. Acabo de salir de la escuela y vamos al parque, ahora te la paso.

—Bien, hasta pronto—. Su despedida fue mandarme un sonoro beso, que, conociéndola, seguro se lo estampó a la pantalla del móvil—. ¿Ruth? ¿Eli? ¡Eooo!

Miré el teléfono y vi que la llamada se había cortado, enseguida entró una nueva llamada de Elisabeth.

—¿Randy?

—¡Hola, hermanita!

—Se cortó la llamada porque tu sobrina te mandó un beso que depositó encima del botón de colgar.

—¿No habrá sido de vaca? ¡Aaagh, Eli, qué ascooo, te lo habrá dejado todo babeado!

Nos reímos los dos.

—¡No, menos mal! Eso sí, ha sido con mucho cariño, ya lo sabes.

—Lo sé, lo sé.

—Le dije que te iba a llamar y le tuve que dar el móvil para que hablara ella primero contigo. A todo esto, ¿dónde estás?

—En Estambul.

—Ya te queda poco. ¿A qué hora llegarás?

—Sobre las doce y media o la una de la madrugada estaré en casa, bueno, ahí son dos horas menos.

En ese momento escuché cómo Ruth gritaba:

—¡Tío, te quiero, no tardes en volver!

—¿La has escuchado, no?

—Sí, parece ser que alguien me echa de menos.

—¡Eh, no solo ella! ¡¿Serás...?!

—¡Ja, ja, ja. Es broma! Cada día me doy más cuenta de la familia que tengo.

—No lo olvides nunca. *¿OK?*

Moví mi cabeza afirmativamente sin pensar en que no podía verme y murmuré:

—Gracias por estar ahí. Te quiero, hermanita.

—Ídem. Anda, vente ya, grandullón.

—Mañana me tenéis ahí. ¡Tengo ganas de achucharos!

—¿Por qué no te vienes a casa cenas algo en condiciones, te quedas a dormir y ya, mañana, te vas para la tuya?

—¿Seguro?

—¡Claro! ¿Por qué lo preguntas, bobo?

—¡Porque os voy a dar unos achuchones de oso que os vais a enterar, ja, ja, ja!

—¡Uy, no sé..., no sé si replanteármelo! —nos reímos—. Venga, va, espabila que ya estás tardando y aquí te estamos esperando todos.

—Vaaale, mamá, ya vuelvo al nido —me reí.

—Ay, si es que a veces parezco eso, tu madre, o la mayor..., y tú un niño pequeño al que hay que cuidar.

—Te tengo que contar muchas cosas, Eli, buenas, ¿eh?

—Pues venga, coge ese avión ya, no sea que lo pierdas, petardo. *Bye!*

Pasaban cinco minutos de las diez de la noche, hora londinense, salía por la puerta de la terminal del aeropuerto de Gatwick en dirección al *parking* exterior a recoger mi Chrysler. Al parecer, en esos días que había permanecido allí había llovido, junto al *parking* estaban realizando unas obras, por lo visto, habían movido tierra que, mezclada con la lluvia habían dejado el coche en un estado poco elegante.

—Mañana lo llevaré al túnel de lavado.

Fui a abrir el maletero y vi en el limpiaparabrisas un papel al que no le di mucha importancia. Metí la maleta y al cerrar lo cogí, pensando en que sería una propaganda. Debido a la lluvia estaba algo ajado. La primera intención fue la de arrugarlo y tirarlo a la papelera, pero unas letras grandes escritas con rotulador negro llamaron mi atención. Lo estiré un poco y me quedé helado con lo que allí ponía:

«Esto (había un círculo rojo señalado con una flecha) podría ser tu sangre, Random, o la de Natasha».

Miré a ambos lados, no había nadie, un escalofrío recorrió todo mi cuerpo. Me llevé las manos a la cabeza a la vez que daba vueltas sin sentido sobre mí mismo. «¿Qué hago? ¿Llamo a Natasha? ¡No, mejor al inspector Howland!» Me puse a buscar en la lista de contactos, en ese preciso instante Natasha me estaba llamando.

—Nat, ¿estás bien?

—Sí, sí, es que quería comunicarte algo importante. ¿Qué ocurre? —Mi voz me debió de delatar y ella lo notó—. ¿Qué ha pasado?

—¿Tenía que pasar algo?

—Bueno, en primer lugar, te llamaba porque me extrañaba que no me hubieras llamado todavía...

—Perdona, cariño, ya he llegado, he ido a coger el coche y... ¿Qué es eso importante que tenías que comunicarme?

—Pues que me acaba de llamar el inspector Howland. Han encontrado un coche estampado contra un árbol y calcinado en el bosque Epping, a unas veinte millas del noreste de Londres, en su interior había los restos carbonizados de una persona, por el número de bastidor han averiguado que es el coche de Dmitry, y por su alianza, además de la documentación que había en un bolso. A consecuencia del impacto debió de salir disparado del vehículo.

—¡Ostras, Natasha! ¿Están seguros de que es él?

—Lo más probable es que sí, aunque analizarán todas las muestras para cerciorarse e identificar los restos, que, a causa de su estado va a ser casi imposible. El inspector me ha dicho que ya se lo había comunicado a la hermana de Svetlana y que cuando tengan más datos, nos irán informando. Posiblemente, por la velocidad que marcaba el coche, o ha sufrido un infarto, o se ha quitado la vida intencionadamente.

—¡Puuuf, menos mal! —Respiré algo aliviado y relajando todos los músculos de mi cuerpo—. Yo iba a llamar al inspector, justo ahora.

—¿Para qué, Randy?

—Porque en el limpiaparabrisas del cristal trasero he encontrado una nota, por el contenido debe de ser de Dmitry, por el estado del papel ya que había llovido, puede ser que la pusiera hace algunos días.

—Olvídalo, cielo, ahora ya no tiene importancia.

—¡Qué susto me he llevado, me quedé helado por un momento pensé que me podía haber seguido desde el aeropuerto hasta el *parking*!

—Pues ya ha terminado todo. ¡Que se pudra en el infierno ese malnacido! Ahora por fin podremos estar tranquilos.

—¿Tú no lo estabas, Nat?

Se produjo un silencio por su parte, finalmente contestó:

—No del todo, por ti, por mí, por los dos, pero ahora ya ha acabado todo. Cuando llegue el miércoles, ya te contaré más cosas y con más detalles, por teléfono es muy largo de explicar.

—*OK*, amor. Mañana iré a la comisaría y llevaré esta nota.

—Bien, ahora ve con cuidado y descansa, cariño.

La llegada a casa de mi hermana fue una fiesta de abrazos y besos, de repartir regalos y de compartir con ellos lo que había vivido esos días. Incluso Cascabel salió de su cojín para recibirme, rozándose contra mis pantorrillas a la vez que dejaba ir un maullido de bienvenida.

Ese fin de semana, me sirvió para conectar de nuevo con mis rutinas diarias y prepararme para comenzar una nueva semana laboral, en la que también estaba incluida la llegada de Nat.

Capítulo Nº 35 - Vuelta de Natasha y malas noticias

El martes, después de mi jornada laboral, me hallaba en casa sentado frente a Rossy e intentando recuperar mi viejo hábito de tocar el piano como solía hacer antaño, ese momento, me servía de desconexión del mundo dejándome llevar por la sinfonía que se desprendía de cada una de las teclas que mis dedos acariciaban. La música me permitía dejar divagar mi mente para solo pensar en Natasha. Hacía pocos minutos que la había llamado y habíamos hablado. Me comunicó su llegada el miércoles a las seis de la tarde, le dije que allí estaría esperándola.

El sonido de una nueva llamada me arrancó de mis pensamientos.

—¡Hola, guapo!

—¿Qué tal, Morty?

—Bien. Acabo de hablar con nuestra nena, me ha dicho que vas a ir tú a recogerla.

—Sí. ¿Quieres venir y vamos juntos a buscarla?

—No es mala idea, pero he pensado que podría preparar la cena en mi guarida y cenar aquí los tres.

—Ah, pues me parece perfecto, Morty.

—¿Hay algo en especial que te gustaría cenar?

—Me gusta todo, así que lo que prepares, será perfecto.

—¡Mmm..., cómo suena eso de que te gusta todo...! ¡Qué pena que no te guste yooo! —nos reímos—. Me imagino que tendréis muchas ganas de estar solos y esas cosasss, pero es que yo también tengo ganas de verla, ¿sabes?

—Ja, ja, ja. ¿A qué cosas te refieres?

—Aaay, no te hagas el mojigato, Randy, que ya eres mayorcito para saber a lo que me refiero. ¡Jodío!

—Bueno, sí, me hago una idea, ja, ja, ja, pero piensa que Natasha después de tantas horas de viaje vendrá cansada y de lo que tendrá ganas será de descansar.

—¡Andaaaa, pues después de un buen polv... —Se contuvo y no acabó de pronunciar la palabra. Conociéndolo como ya lo conocía, sé que le tuvo que costar un mundo reprimirse—, se descansa mucho mejor!

Nos reímos los dos.

—¿Ah, sí? No lo sabía, ja, ja, ja.

—¡Anda que no, como que te has caído tú, ahora de un guindo, guapo! ¡Ainsss...! Voy a dejar el tema que estoy en sequía sexual y me dais envidia.

—¿Cómo va el tema con Leonard?

—Vamos progresando, más despacio de lo que a mí me gustaría, ya sabes que lo quiero todo ya, por si el mañana se acaba. ¡El muy bribón me tiene pillado y coladito por sus huesos, así que me tiene como un corderito consintiendo sus deseos!

—Pues nada, a tener paciencia.

—¿Qué es eso? ¡Ja, ja, ja! En fin, lo dicho, aquí os espero con la mesa puesta.

—Gracias, Morty. Hasta mañana.

—*Bye!*

El miércoles, me levanté con una energía exorbitante, hasta el tiempo parecía que quería acompañarnos, llevábamos una semana en la que el sol parecía haber desaparecido, incluso era raro el día en que la lluvia no hacía acto de presencia, pero esa mañana el sol radiante que lucía, parecía sonreírme desde lo alto en el cielo.

Las horas en el trabajo y las siguientes hasta que llegó el momento de ir al aeropuerto, se me hicieron eternas, pero por fin me hallaba allí, en el vestíbulo, tras la barrera de cristal, justo delante de las puertas de llegada con un ramo de flores variadas en la mano.

La pantalla anunciaba que el vuelo de Nat ya había aterrizado, solo me quedaba esperar algunos minutos. Busqué en el bolsillo de mi chaqueta el móvil para mandarle un mensaje y decirle que estaba allí esperándola. No lo tenía y haciendo memoria recordé que me lo dejé cargando sobre el mármol de la cocina. Cada vez que aquellas puertas se abrían, yo estiraba mi cuello para poder divisar a mi amada entre los pasajeros que salían a borbotones. Movía mi cabeza a un lado y al otro, a la par que procuraba mantener a salvo las flores, ya que la mayoría de las personas que nos hallábamos allí estábamos ansiosas por ver a nuestros seres queridos.

Enseguida la vi.

—¡Nat! —grité exultante de felicidad.

Nuestras miradas se encontraron y ella me sonrió, corrí hasta un lado de la barrera para llegar hasta ella.

—¡Randy...!

Soltó su maleta y acudió a mis brazos agarrándose a mi cuello. Rodeé su cintura con ramo incluido, para fundirnos en un ansiado y apasionado beso.

—¡Para ti, mi amor —le ofrecí las flores—, aunque ellas jamás podrán superar tu belleza!

—¡Oh, gracias, cariño! —Las acercó a su nariz para olerlas.

—¡Por fin estás en casa. Creo que te voy a secuestrar y no te voy a soltar hasta que seas mi esposa! —Ella soltó una carcajada. Agarré la maleta y le cogí la mano para salir de allí—. ¡Cómo pesa! ¿Traes la manta de tu abuela?

—No, ya no cabía nada más. He quedado en que volveremos los dos a buscarla. ¿Sabes? Creo que me ha quitado parte de su cariño para volcarlo en ti. ¡La has conquistado, bandido!

Sonreí al recordarla.

—Será un placer volver a Ekaterimburgo. Me tienes que dar clases aceleradas de ruso, cuando volvamos, me gustaría poder comunicarme con ella. Por cierto, ¿cómo está?

—Bien, ahora durante un par de semanas estará acompañada por Nikolay.

—Qué bien, así no le dará tiempo casi a echarte en falta.

—Es un primor, la quiere tanto, o casi más que yo.

—Me lo imagino. Conociéndoos a tu abuela y a ti, seguro que él, es una bella persona.

Nat me regaló una sonrisa y se acercó para dejarme un sutil beso en la mejilla. En ocasiones, ambos nos besábamos así; sabíamos que ese beso era síntoma de que algo bonito habíamos dicho o hecho. Algunas veces no hace falta que los besos sean en los labios para transmitir nuestros sentimientos a la persona por la que sentimos algo.

—Bueno, señor Romeo, ¿y ahora qué?

—Pues por el momento, si tú, mi princesa, no cambias los planes, nos dirigiremos a tu casa, allí nos espera Morty. Está preparando la cena para los tres.

—Pues me parece un buen plan. ¿Para qué deshacerlo? Tengo ganas de estar en casa junto a los dos hombres que llenan mi existencia.

—Nat, te advierto que a mí, los tríos no me van, por muy bien que me caiga Morty —traté de contener la risa por lo que iba a decir—, quizá podría hacer un esfuerzo si tienes alguna

amiga por ahí...

Su reacción fue darme un manotazo en el hombro y fingir divertida, un enfado momentáneo.

—¡Ni lo sueñes, Random Williams, te quiero todito para mí solita!

—¡No sabría vivir sin ti, Natasha Ivanova!

Habíamos llegado junto al coche y yo me hallaba de espaldas a él.

—¡Ni yo sin ti, amor! Te quiero en mi vida, tal vez algún día, me toque a mí preguntarte: ¿qué vas a hacer con tu vida?

—Te puedo responder aquí y ahora Nat: vivirla junto a ti. Te amo y quiero llenar de felicidad, todos y cada uno de los días de nuestra vida juntos.

—Que así sea, pero lo que ahora necesito es esto. —Me dio un pequeño empujón contra el auto, se pegó a mí y me besó con pasión desmesurada.

Le correspondí con el mismo frenesí y dejé que mis manos caminasen primero, por la espalda de ella, hasta bajar a su trasero, después. Metí las manos en los bolsillos de sus *jeans* para apretar sus nalgas contra mí.

—¡Mmm! —dejé ir de mis labios.

Ella apartó su cara de la mía unos centímetros para mirarme fijamente a los ojos, en ese momento, los suyos parecían destilar fuego. Con voz sensual, susurró:

—Todavía no hemos probado si ese asiento trasero es cómodo. ¿O prefieres esperar hasta llegar a casa?

Me moría de ganas de tenerla entre mis brazos, de quererla, de amarla y de poseerla, aquella idea me seducía tanto... Un «rapidito» allí tenía su morbo, pero eso debería de esperar para otra ocasión.

—Te deseo, Natasha, pero el parquímetro está contando y ese deseo nos va a costar caro. No obstante, me lo apunto en mi libreta imaginaria, en la lista de cosas por hacer.

Ella abrió los ojos como platos y separó su cuerpo del mío.

—¡Ah, o sea! ¿Es por el parquímetro? —Me divertía con su reacción—. ¡Serás rácano! —Nuevamente, me dio con la mano en el hombro—. ¡Esta noche dormirás en el sofá!

—No hay problema si vienes junto a mí. ¿Vendrás? —Fingí hacer pucheros.

Su mágica e hipnótica sonrisa afloró en sus jugosos labios. Se pegó de nuevo a mí y con voz melosa me dijo:

—¡Sí, canalla. Iré al sofá y allí donde estés, no quiero volver a alejarme de ti, nunca más!

Aquellas palabras fueron selladas con otro beso algo más controlado y contenido, si nos dejábamos llevar, corríamos el riesgo de montar allí un espectáculo de pirotecnia sexual que, seguro iba a dar que hablar a muchos rotativos.

Nos subimos al coche y tomamos camino a su casa, por el trayecto, Nat me iba relatando algunos de los regalos que había traído para todos, sobre todo, para Ruth. Sacamos el tema de la boda y de los preparativos y le planteé una idea que llevaba días rondándome en la cabeza.

—Nat, cariño, estos días que hemos estado separados, he pensado en algo que quisiera proponerte.

—Dime, cielo.

Aflojó un poco el cinturón de seguridad para poderse girar en el asiento hacia mí. Puso su mano izquierda en mi regazo y con la otra acariciaba mi cabello con delicadeza y deseo.

—No sé cuándo nos darán fecha para casarnos, por el papeleo y todo eso, pero quisiera si tú lo deseas, que mientras nos convertimos en marido y mujer vivamos juntos, en tu casa o en la mía, tú eliges.

—¿Y te lo has pensado mucho?

—Sí. —Ella quitó su mano de golpe, de mi nuca—. ¡No, solo lo he pensado un minuto! —nos reímos los dos—. Quizá, tú necesites horas, días o meses para meditarlo bien.

—¿Yo?

—Sí, sí, tú.

—Espera que me lo pienso... —Iba a abrir la boca para responder, pero en ese preciso instante, la musiquilla de su móvil estropeó el mágico momento avisándole de una llamada entrante.

—¿Señorita Ivanova?

—Hola, inspector. Acabo de llegar a Londres. ¿Ocurre algo?

—Esta tarde me ha llegado el informe del instituto anatómico forense. Hace una hora he estado en casa de la hermana de Svetlana para informarle de los resultados, al señor Williams no le he podido localizar, y por fin logro hablar con usted.

—El señor Williams está conmigo, ha venido a buscarme al aeropuerto.

—Bien, me hubiera gustado informarles presencialmente, pero pienso que dadas las circunstancias, no puedo esperar. Según el informe forense, una vez analizados algunos de los restos, se ha podido recuperar parte de la huella dactilar de un dedo de la mano derecha del cadáver que fue hallado la semana pasada, tras ser cotejada dicha huella, no corresponde a Dmitry.

—¡Pero usted me dijo que era su coche, su documentación y también su alianza!

—Cierto, era su coche y sus objetos personales. El informe de la policía científica ha determinado que el vehículo no se incendió por el impacto del motor contra el árbol, sino que fue rociado con gasolina y prendido el fuego desde la parte trasera del mismo creando así, la escena de un accidente.

—¿Entonces, quién es esa persona que encontraron?

—Ha sido identificado, se trata de un indigente que cada día acudía por los alrededores de la catedral de Westminster a que algunos de los muchos turistas que por allí pululan, le dieran algunos peniques. Hemos averiguado que por la noche solía pernoctar en un albergue municipal, en el cual, lo habían echado de menos hacía un par de días al no presentarse. Un trabajador social trataba de encontrarlo, contactando con los hospitales sin obtener resultados. No se ha podido determinar cuál fue la causa de la muerte por el estado carbonizado de la mayor parte del cadáver, no se sabe si fue drogado o incluso asesinado antes del incendio, aún se está investigando.

—Pobre hombre... ¿Y Dmitry dónde está?

—Eso nos gustaría saber, señorita Ivanova. Pensábamos que pudiera haber huido a su país, por eso le avisé de que tuviera cuidado en su viaje, pero estos hechos junto con la nota que encontró el señor Williams en su coche y que trajo a la comisaría el sábado, demuestran que no, que está aquí en Londres o en los alrededores.

—¡Dios mío! ¿Corremos peligro?

Ante mi cara de asombro, Nat puso el manos libres de su teléfono.

—No quiero alarmarla, ya he pedido una orden de búsqueda y captura, mi departamento está en ello, se ha dado conocimiento a todas las dependencias policiales de la capital y del resto del país para intensificar su búsqueda. También he pedido protección para ustedes y la familia de Svetlana, eso sí, he de pedirles, por favor, que sean precavidos y cautelosos mientras llega esa protección, lamentablemente, estas diligencias no son tan rápidas como desearíamos. Creo que, como mucho tardar, mañana les asignarán vigilancia personal hasta que le demos caza al

presunto asesino.

—Encuéntrenlo, por favor, inspector... —suplicó Nat casi en un lamento.

—Haremos todo lo posible, señorita Ivanova. Hágame el favor de informarle al señor Williams de la situación. Márchense a casa, les mantendré informados.

—De acuerdo, inspector Howland. Gracias.

La alegría que nos albergaba hasta hacía unos segundos, se vio truncada por aquellas malas noticias, Nat me contó lo que no había podido escuchar al principio. Nuestra preocupación fue en aumento, tanto, que ella olvidó avisar a su familia rusa de que había llegado a su destino.

¿Qué vas a hacer con tu vida?

Capítulo Nº 36 - En cuestion de segundos cambio todo

Al pasar por delante de la casa de Nat, nos llamó la atención encontrar la cancela abierta, Franky permanecía allí apostado como una efigie.

—¿Qué hace la puerta abierta y el gato ahí? —pregunté extrañado.

—No sé, quizá Morty ha ido a llevar la basura al contenedor, cuando va, Franky, le espera hasta que vuelve. Mira, qué confiado es, ha dejado también abierta la puerta de la casa.

Encontré aparcamiento una veintena de metros más abajo. Cogimos las cosas de Nat y caminamos hacia la vivienda.

—¡Qué raro! —exclamé extrañado—. Junto a los contenedores no está Morty, no se ve a nadie por la calle...

Cruzamos la cancela y la puerta de entrada.

—¡Morty, ya estoy en casa! —gritó Natasha—. ¡Te has dejado las puertas abiertas, cielo! —El silencio que imperaba, provocó que aquellas palabras rebotaran entre las paredes de la entrada.

—¡Morty! ¿Dónde andas, sinvergüenza? —pregunté sin obtener respuesta.

Dejamos el equipaje en el distribuidor junto a la puerta del piso de Natasha y decidimos subir al de Morty. La puerta también estaba abierta.

—¿Morty? —Volvió a gritar Natasha desde la puerta.

Miramos hacia dentro, lo vimos allí sentado, pálido como si hubiera visto un fantasma y amordazado, nos detuvimos en seco, no nos dimos cuenta de que tenía las manos detrás del respaldo de la silla y atadas, solo observamos cómo nos hacía gestos para que no entrásemos, pero fue en vano, nuestro instinto fue correr hacia él para socorrerle. Cuando nos hallábamos a su lado, Nat le quitó la mordaza, yo iba a desatarlo, entonces, escuchamos a nuestras espaldas un gran portazo. Aquel «¡Blam!» nos heló la sangre, ya que al darnos la vuelta contemplamos allí a Dmitry.

—Hola, parejita. Imagino que no me esperabais.

—Pues no, no recuerdo que estuvieras invitado —le contesté irónicamente.

En su mano derecha empuñaba una pistola. Comenzó a caminar lentamente hacia nosotros arrastrando ligeramente una de sus piernas, la que yo le disparé fortuitamente. Se me acercó tanto, que podía oler el alcohol en su aliento. Se situó detrás de mí para decirme:

—¿Te crees muy gracioso, verdad? Te escapaste en Rusia, pero solo era cuestión de tener paciencia hasta que vinierais a mí.

Aquellas palabras me desconcertaron, no las entendía.

—¿Tú no estabas muerto? —volví a preguntar.

Ahora se situó delante nuestro.

—¡Qué fácil es engañaros a los ilusos y a los incompetentes de la policía! Murió inocentemente un desgraciado en mi lugar para que yo pudiera llevar a cabo mi plan. —Con la pistola nos hizo una señal para que nos apartásemos de Morty, nos situamos a escasos metros. Miré a Nat, vi tanto miedo en sus ojos que no sabía qué hacer para no enfurecer a aquella alimaña de persona—. ¡Poneos a un lado, que vais a ir muriendo de uno en uno! ¡Quiero que veáis cuánto se sufre cuando se pierde a un ser querido!

—¿Por qué nos haces esto? —preguntó Nat con un hilo de voz.

—¡Cállate! —Dmitry jugaba con la pistola encañonándonos aleatoriamente a su antojo

—. ¡Por entrometidos! —Miraba a Natasha y escupía frases rusas que ni yo, ni Morty, lográbamos entender—: ¡Esto es por tu culpa, zorra! —gritó mientras zarandeaba la pistola e insistió volviendo a hablar en nuestro idioma arrastrando algunas de las sílabas—: ¡Por tu culpa, y por la de tu novio, que mira lo que me hizo, me destrozó la rodilla!

—¡Qué lástima que no te hubiera matado entonces! —apostilló Morty.

—¡Qué lástima que no te mató entonces! —repitió Dmitry emulando con su voz una musiquilla infantil y de forma burlona—. ¡Cállate! —vociferó apuntándole a él—. Ahora me voy a resarcir. ¿Ves lo que pasa por meter las narices dónde no debías, Natasha? ¡Por tu culpa murió Svetlana y ahora vosotros vais a seguir sus pasos! —Su locura iba en aumento, sus ojos parecían emanar fuego de rabia y los improperios iban subiendo de tono en cada frase que pronunciaba. Me apuntó a mí—. ¡Tú vas a ser el primero! Quiero ver cómo ella sufre cuando te mate. Cómo duele que alguien te separe del ser que amas. —Natasha comenzó a llorar—. ¡Ja, ja, ja. Llora, llora, que no vas a tener suficientes lágrimas mientras ves cómo sus vidas dependen de mí, te vas a arrepentir por haberle calentado a Svetlana la cabeza para que me dejara!

—¡Ella no se merecía lo que le hiciste. Dejaste a tus hijos sin su madre! —le gritó Nat.

—¡¿Y tú que te creías, que eras su salvadora?! Ahora, ya me da igual todo y si os soy sincero, me voy a divertir. ¡Y de lo lindo! ¿Sabéis por qué? —A nadie nos interesaba su respuesta, yo solamente intentaba no perderle de vista por si en algún descuido podía desarmarle —. Porque después de él voy a matar a tu amigo, tú serás la última, después voy a ir a ver a mis cuñados y a mis sobrinos, que sufrirán el mismo castigo, y mis propios hijos, porque ya me da igual todo, no me importa nadie! ¡¿Os enteráis?! —gruñó frente a la cara de Natasha.

—¡Déjala. Estás loco! —grité sin medir las consecuencias.

El horror y la ira se reflejaban en los ojos de aquel perturbado. Me volvió a apuntar con la pistola.

—¡Vas a tener el placer de morir primero y no ver a los demás sufrir, inglés de mierda!

Conociendo lo patriota que era Morty y su sensibilidad hacia la infancia, seguramente, el miedo y la ira se le mezclaron en la cabeza al escuchar aquel insulto y por saber que aquellos niños iban a sufrir el mismo calvario que nosotros. No sé de dónde sacó las fuerzas, se puso de pie enrabiado con la silla a cuestas; bajó la cabeza y se dirigió como un obús hacia Dmitry gritando:

—¡No, desgraciado, déjalos en paz. Son mis amigos! —Al impactar contra el cuerpo de aquel energúmeno gritó—: ¡Corred!

Nuestro instinto fue obedecer a Morty para intentar pedir ayuda, Natasha se hallaba más próxima a la puerta y bajó las escaleras corriendo, yo miré hacia atrás y vi cómo Dmitry para quitarse de encima a Morty, le propinaba un culatazo con la pistola en la cabeza abriéndole una brecha provocando que este cayera inconsciente y sangrando al suelo. No tuvo bastante con eso, aun allí, la emprendió a patadas por todo su cuerpo. Agarré una silla que era lo que tenía más a mano y con toda la fuerza que tenía, se la estampé contra la cabeza a aquel malnacido que cayó al suelo.

—¡Natasha! —grité fuertemente sin obtener respuesta a la vez que bajaba las escaleras de dos en dos.

La puerta de su casa estaba cerrada, pero la de la entrada todavía estaba abierta, agarré un bate de béisbol que había en el paragüero y salí a la calle. No veía a Nat por ningún lado, la oscuridad de la noche me lo impedía. Escuché cómo Dmitry bajaba las escaleras, me quedé afuera junto a la puerta con el bate levantado, al salir él, fui a darle un golpe, pero este lo esquivó y me dio un puñetazo en el torso que me dejó sin aliento, me doblegué por el dolor, no me había

repuesto, cuando me dio otro puñetazo en la cara que me tiró al suelo. El bate salió disparado por el impacto de la caída.

—¿Eso es todo lo que sabes hacer, inglés de mierda?

Natasha salió de la nada, agarró el bate sin que Dmitry la viera y le asestó por la espalda un fuerte golpe en la cabeza que, aunque no lo tumbó, lo dejó algo aturdido. Comenzó a sangrar, pero seguía en pie. La fortaleza de aquel ser demoníaco parecía paranormal, de un tirón le quitó el bate de las manos a ella y le dio un bofetón con toda la mano abierta, eso le hizo perder el equilibrio y cayó junto a mí.

—¡Estás loco! ¿Crees que vas a conseguir algo con todo esto? —vociferé a la vez que hacía la intención de levantarme.

—¡Estate quieto! —Sonrió y con voz endemoniada se regocijó de nuestro pánico—: ¡Me lo habéis puesto mejor. Vais a morir juntos como Romeo y Julieta, ja, ja, ja!

Escuché cómo liberaba el seguro preparando la pistola para disparar, mi reacción fue la de cubrir con mi cuerpo el de Natasha. Un disparo frío y seco alcanzó mi cuerpo; noté cómo algo se adentraba en mi ser quemándome a su paso como si de un hierro candente se tratara. Quería hablar pero no podía, me faltaba el aire. El silencio se apoderó de la vida, no oía nada, tan solo, una especie de zumbido sacudía mis oídos como si fuera la circulación de la sangre, los latidos del corazón comenzaron a ralentizarse. Intentaba moverme, pero mi cuerpo no reaccionaba, parecía querer evadirse al más allá. Noté mucho frío, mis ojos no tenían fuerza y se fueron cerrando lentamente. Escuché un segundo y un tercer disparo, ahora ya, algo más lejano. Por mi mente pasó mi vida a una velocidad de vértigo, como si de una película se tratara, imágenes de mis momentos de la infancia, con mis padres y mis abuelos, el nacimiento de mi hermana, el de Ruth, sus primeros pasitos, su sonrisa... Un sinfín de imágenes en las que también apareció Natasha, y todos aquellos momentos felices y cercanos grabados en mi memoria. Hice una lista figurada de todo aquello que no había logrado realizar y que me quedaría por hacer: casarme con mi prometida, tener hijos y disfrutar en la vejez de los nietos...

Aquel zumbido inicial volvió, parecía evocar el sonido de un monitor de hospital que marca las constantes vitales. El sonido comenzó a ser más pausado, hasta que llegó a ser inaudible, dando a entender que quien está conectado a él ha dejado de respirar. Unas frías lágrimas rodaron por mis mejillas, a su paso, mi piel reaccionó con pequeños impulsos de electricidad estática, pero no servía de nada, mi cuerpo yacía inerte.

¿Qué vas a hacer con tu vida?

Capítulo Nº 37 - Oscuridad

Una especie de humo blanco imperceptible al ojo humano se formó en torno al cuerpo de Random que convulsionaba con fuertes espasmos. Su alma logró escapar de su cuerpo para quedar flotando en el aire envuelto en aquel humo moviéndose de un lado a otro buscando dónde poder cobijarse para vivir, pero no lo lograba, convirtiéndose en un espectador incorpóreo de lo que allí acontecía.

—¡Vuelve, cariño! —gritaba Natasha con voz desgarrada mientras le taponaba la herida del pecho con la chaqueta que momentos antes, ella había llevado puesta.

—¡No nos dejes, Random! —clamaba Morty llorando—. ¡Agárrate a la vida, por favor. Tú eres el hombre que habías nacido para hacer feliz a Natasha, no nos dejes!

Vio al inspector Howland hablando por teléfono y a Dmitry tirado en el suelo a escasos metros con un disparo en la frente, aún tenía los ojos abiertos, su mirada a pesar de estar apagada, desprendía maldad. Enseguida llegaron más patrullas de policía y varias ambulancias. La calle se llenó de personas curiosas y alarmadas por el suceso.

El alma de Random viajó hacia el cielo que, cuanta más altura alcanzaba, más oscuro era. Se alejó de aquella escena para adentrarse por una especie de túnel persiguiendo el murmullo de voces que pronunciaban nombres, como si llamaran a otras almas. Buscaba y buscaba para encontrar almas conocidas. Gritó el nombre de sus padres y de sus abuelos por si reconocieran su voz, pero fue en vano, nadie se acercaba a la suya...

Aquella oscuridad por la que flotaba el alma de Random se esfumó, fue como si el cielo se abriera para dejar aparecer de la nada unos rayos de sol que enfocaban a un lugar desconocido. Parecía lejano, pero no cejó hasta lograr llegar a un agujero abierto en la nada desde donde emergía una neblina multicolor, se acercó cautelosamente, pero una fuerza gravitatoria absorbió el ánima, mientras se deslizaba por aquella especie de embudo, se escuchaba una vocecilla que le era familiar.

—Érase una vez un joven llamado Random, aquellos que lo conocían y querían, le llamaban Randy. Era mi tío, pero yo algunas veces, le llamaba Peter Pan. Siempre luchaba contra el capitán Garfio, aunque eran medio amigos, ya que mi tío le dejaba vivir. Mi tío es bueno, que lo sepas capitán Garfio. ¡Déjalo vivir, por favor...!

Random vio una escena que le conmovió: una niña sentada encima de la cama a los pies de un cuerpo conectado a unas máquinas y un sinfín de cables; pedía con todas sus fuerzas que viviera, no le dio tiempo a reconocer a aquellas personas, pues fue a parar sobre el ser que permanecía inmóvil. Un espasmo sacudió el cuerpo de Random.

Capítulo Nº 38 - Volver a la vida para aferrarse a ella

Escuchaba una vocecita a lo lejos, la cual se me asemejaba mucho a la que un día fue mi princesa Ruth, a la que idolatraba, la niña de mis ojos, incluso creí, escucharla en el más allá. Seguramente, me estaba llevando recuerdos para mi largo camino hacia el firmamento.

Aquella voz proseguía con su relato:

—¡Por favor, capitán Garfio, mi tío no puede morir!

«¡Era Ruth, y la estaba escuchando!» Quería abrir los ojos, pero una fuerza desconocida y superior a mí, me lo impedía. «¡Tengo que despertar, tengo que despertar!» Pensé. Quería hablar pero tampoco podía. «¡Dios! ¿Qué me está pasando?» Concentré todas mis fuerzas de forma inusitada y mis manos parecieron reaccionar ligeramente. Tenía algo enganchado en un dedo que marcaba las pulsaciones a una máquina que aceleró su sonido.

Ruth continuaba rogando:

—¡De verdad, capitán Garfio, si mi tío vuelve en sí, le pediré que nunca más vaya al país de Nunca Jamás a molestarte, para que así puedas vivir tranquilamente!

Comencé a percibir algo de claridad a través de mis párpados y volviendo a hacer un gran esfuerzo pude entreabrirlos, permitiéndome ver borrosamente a mis pies, a mi sobrina.

—Hola, princesa. Juraría que el cuento no es así, pero no importa, con tal de escuchar tu voz.

Abrió de tal manera los ojos que parecía que se les iban a salir de las cuencas. Se abalanzó sobre mí emulando el abrazo de oso que tanto había echado de menos.

—¡Mami —gritó sin soltarse de mi cuello—, el tío Randy ha vuelto!

Fuera de la habitación, en el pasillo, se escuchaban voces como del más allá. Miré hacia la puerta que se hallaba abierta y entró mi hermana; parecía que flotaba en el aire. Ahora, ya podía ver con total nitidez.

—¿Dónde estoy? —pregunté extrañado.

—¡Qué susto! —Se abrazó a mí y a Ruth—. ¡Gracias a Dios, que has vuelto hermanito, te hemos echado todos tanto de menos! —Comenzó a llorar.

—¡Ey, señoritas, no sé en dónde estamos, pero me duele todo! Si estoy muerto no me importa veros, pero si estoy vivo... ¡Me estáis chafando!

Ellas automáticamente se apartaron riéndose, Elisabeth, se secaba las lágrimas.

—¡Calla, que eres muuuy tonto! —dijo mi hermana para cambiar su tono de voz a algo más temerosa—. ¡Qué miedo hemos pasado, Randy. Pensábamos que te perdíamos para siempre!

Me di cuenta de que me hallaba en el hospital. Elisabeth apretó el botón de llamada a las enfermeras, enseguida acudió una. Al ver que había despertado, se puso a tomarme la temperatura y las constantes vitales.

—Ahora vendrá el doctor —nos informó.

—Bueno, bueno, no sé porque estoy aquí, pero al parecer, esta bella señorita, le estaba pidiendo al capitán Garfio que me dejase vivir.

—¡Claro, tío. He hecho como tú me haces a mí cuando me voy a la cama; contarme cuentos y siempre bonitos!

—Sí, sí, señorita, pero cuando yo te narro el cuento, es real, cariño.

Ella me miró con ojitos cariñosos y susurró:

—Tío Randy, el mío también es real, le pedí al capitán Garfio que no luchaseis más y que

te dejase vivir.

Nuevamente, me abrazaron, ahora con más cuidado, pero con el mismo amor de siempre. En ese momento entraron Scott, Walter y Betty, la enfermera les había dado permiso.

—¿Estos dos, quiénes son? —dije bromeando y señalando a mi cuñado y a mi amigo—. Debo de tener... ¿Cómo se le dice cuando no recuerdas algo o a alguien?

—¡Amnesia! —contestaron los dos a la vez, provocando la risa de todos por haber coincidido en la respuesta.

—¡Eh! —reclamó Betty—. ¡Que aquí la que da los diagnósticos soy yo, que soy doctora!

—¿En serio, no nos conoces, Randy? —se acercó a preguntarme Scott con semblante preocupado.

—Espera que piense... Tú debes de ser... ¿Mi abuelo? ¡Abuelo, dame un abrazo!

Scott obedeció y se acercó a estrecharme entre sus brazos.

—¡Gracias a Dios, que estás de nuevo entre nosotros, cuñado!

—¿Quién es ese, dónde está? —respondí, efectuando una pregunta.

Todos se miraron con preocupación, pero mi cara me delató. Intenté reírme, pero un dolor en el costado me lo impidió.

—¡Serás capullo! —espetó Walter—. ¡Nos has asustado doblemente, primero, por si te perdíamos y ahora, por si no nos recordabas!

—¡Yo también te quiero, Walter!

Comenzó un nuevo desfile de abrazos.

—Has vuelto, señor —me dijo Betty posando su mano en mi antebrazo.

—¡Uuuff! Por poco te quedas sin padrino para tu bebé.

—No pienses en eso, Randy. Además, mala hierba, nunca muere. —Dibujó una sonrisa en su rostro.

—¿Qué me ha ocurrido, doctora?

—Has pasado por un momento difícil, la verdad, pero ahora te lo explicará tu médico, no estoy en mi hospital y no debo anticiparme a mi colega.

—¿No podrías hacer una excepción? Necesito saber qué me ha pasado.

Miró a Eli y ella asintió, dándole el visto bueno para que me lo contara.

—Verás, Randy. Recibiste un disparo en el pecho, eso provocó la rotura de dos costillas y que la bala quedara alojada en el pulmón derecho, te intervinieron quirúrgicamente para extraerla y has estado dos semanas en coma inducido, al haber mejorado considerablemente, durante un par de días, te han ido bajando la sedación para que fueras despertando gradualmente, la medicación que tienes puesta por vía intravenosa te procurará menos dolor. Lo mejor de todo esto es que estás fuera de peligro.

—¿Solo una bala? Creo haber escuchado dos disparos más —al decirle esto, un mal presagio me rondó por la cabeza y comencé a ponerme nervioso—. ¿Y Natasha, dónde está? ¡Decidme! ¿¡Dónde está!?

—Tranquilo, Randy —intentó tranquilizarme mi hermana—. Ella está bien.

—Entonces, ¿por qué no está aquí?

—Ahora viene, tío. —Ruth seguía sentada a mis pies en la cama.

—Randy, Nat ha ido a casa a descansar un poco. —La explicación de mi hermana me tranquilizó—. Ha pasado la noche aquí, bueno, ha pasado todas las noches aquí contigo. Más tarde vendrá, ahora la llamaremos para que puedas hablar con ella.

—¿Y Morty? ¿Y Dmitry? ¿Qué ha pasado con ellos?

Scott procedió a explicármelo.

—Cuñado, los otros disparos que escuchaste, fueron lanzados por el inspector Howland. Dmitry esquivó uno, pero el segundo fue el que acabó con su vida. ¡Ahora sí que está muerto, por fin ha acabado todo!

—¿Cómo llegó allí el inspector? Creo que habíamos quedado en que vendría al día siguiente.

—Porque al bajar Natasha corriendo por las escaleras cogió su bolso que lo tenía junto a la puerta de su piso. Salió a la calle y se escondió detrás de un coche, por eso, cuando tú la llamaste, ella no contestó, estaba llamando por teléfono al inspector, que, rápidamente, se dirigió allí. Él se hallaba cerca del domicilio de Nat, ya que tras mantener la conversación con ella decidió acercarse a su casa a entregarle los informes en mano, posiblemente, también movido por un inexplicable mal presentimiento, o por la perspicacia de muchos años de experiencia.

—Le llaman el sabueso —apostillé—, por su tesón e implicación en cualquier investigación que cae en sus manos.

—Afortunadamente, pudo llegar a tiempo de que ese malnacido pudiera haber sembrado más muertes —concluyó Walter.

—Voy a llamar a Nat —indicó Elisabeth—, así hablas con ella antes de que venga.

No pudo ser ya que el médico, se presentó en la habitación, todos salieron, excepto Betty, a quien pedí que se quedara. El doctor me estuvo revisando y me dio una explicación más detallada y técnica de la que me había proporcionado la mujer de Walter.

El impacto de la bala provocó la rotura de dos costillas esternales quedando alojada en el pulmón derecho a la altura de la tercera costilla, eso, me provocó un neumotórax, de ahí que me faltara el aire, además de producirse una fuerte hemorragia. Gracias a que Natasha taponó la herida con su chaqueta, a la rápida maniobra de los sanitarios en la ambulancia y después, a la intervención quirúrgica en el hospital, evitó que me desangrara y que entrara más aire al pulmón. Me informó que por unos escasos diez centímetros, la bala, no llegó al corazón, de haberlo alcanzado, ese día, seguro, no hubiésemos tenido esa conversación.

Me mostré optimista, de hecho, siempre lo he sido y me he crecido ante las adversidades, así que le dije al doctor que miráramos al futuro, él, amablemente, me indicó cómo iba a ser mi recuperación:

—Lenta, deberás seguir nuestras pautas hasta que vayas adquiriendo tu capacidad pulmonar normal, hasta hace cuatro días has necesitado respiración asistida que hemos ido retirando paulatinamente para que tu pulmón, poco a poco, recupere su total funcionalidad. Lo iremos viendo sobre la marcha. Posiblemente, no te queden secuelas, solo una cicatriz te recordará que ese día volviste a nacer.

El doctor salió de la habitación y les recomendó a la familia y amigos que no me agotaran mucho hablando, pero su alegría por tenerme entre ellos les hizo olvidar aquella recomendación, de manera que, en cuanto el médico se perdió por el pasillo, allí los tenía a todos de nuevo junto a mi cama. Al cabo de un rato, Walter escuchó pasos y se asomó a la puerta.

—Quizá deberíamos salir. Vienen los demás.

—¿Los demás? —pregunté extrañado.

—Ahora lo entenderás —añadió Walter—. Va, salgamos que al final, nos echarán del hospital.

—Yo me quiero quedar —rogó Ruth con su carita de súplica a mi hermana.

—Que se quede, Eli, por favor. —Mi petición fue aprobada con su sonrisa.

Natasha asomó la cabeza por la puerta.

—¿Se puede?

No esperó respuesta, al cruzarse nuestras miradas, ella no pudo contenerse en correr hacia mi cama y abrazarme como si llevara un siglo sin verme.

—Me vas a aplastar, cariño... —Me dio un beso en los labios que me recordó que sin esos besos ya no podría vivir. Natasha no paraba de besarme por toda la cara, a la vez que por sus ojos brotaban lágrimas de felicidad ahogando las de la angustia vivida.

—Podrías haber muerto por mi culpa, cielo...

—Olvídalo, eso, ya forma parte del pasado, Nat. Por lo que veo, me queréis mucho.

—¡No lo dudes nunca, Random!

—Necesito un abrazo de oso. —Nat se me abrazó otra vez. Miré a mi hermana y a Ruth, y con el brazo que me quedaba libre, las animé—: ¿A qué esperáis para sumaros a este abrazo de oso familiar?

No dudaron en unirse, abalanzándose sobre mí.

—Tío Randy...

—Dime, princesa.

—¿Te gusta la manta?

No me había percatado. Nat le dio al mando de la cama para incorporarme un poco y así poder contemplarla mejor. Era la manta de la abuela de Natasha y tenía enganchadas nuestras placas, me extrañó que se encontrara sobre mi cama.

—Cariño, ¿no se había quedado en casa de tu abuela?

—Sí, pero es que alguien la ha traído para intentar que te curases.

—¿No me digas que has logrado que tu abuela, se suba a un pájaro de hierro, a no ser que fuera algo muy grave?

—Yo, no, lo has conseguido, tú...

Salió al pasillo y entró de la mano con su abuela Tatiana, sus ojos dulces aparecieron para sacarme una sonrisa.

—¡Ostras, he tenido que estar muy grave para que hayas obligado a la abuela a viajar!

Mientras Nat, le traducía mis palabras, Tatiana ya me estaba abrazando y regalando un par de besos bonitos, de aquellos que te transmiten paz y bondad. Para demostrarme su afecto, no eran necesarias palabras ni traducciones.

—No hizo falta que me obligase, no lo dudé ni un instante, además, me ha encantado conocer a tu familia, me han tratado maravillosamente. —Ella miró a Elisabeth y a Ruth, ambas le sonrieron. La abuela prosiguió—: Esta princesita que tienes por sobrina, me ha presentado a Cascabel y me he tenido que quedar una noche a dormir con ella en su cuarto, y es que, ¿quién se puede negar a unos ojos tan bonitos como los de Ruth?

—¡Tío Randy, voy a aprender ruso para poder hablar con la abuela!

Todos nos quedamos sorprendidos con aquella noticia de mi sobrina.

—¡Mírala ella! —soltó Eli—. Ya toma decisiones sin contar con nadie.

—Claro, mami, es que si no, no podemos hablar.

—Bueno, ya lo iremos viendo. ¿Vale?

La pequeña movió afirmativamente su cabecita.

—Randy —llamó mi atención Nat—, la abuela no ha viajado sola; vino muy bien acompañada por mi hermano y alguien más.

—¿Nikolay?

—Sí, estuvo un par de días al principio, pero se tuvo que marchar por su trabajo.

—¡Cómo me hubiera gustado conocerle, y que no fuera en estas circunstancias...! Por lo menos estaría bien peinado y afeitado, ¿no? Seguro que he bajado un par de puntos como

candidato a cuñado.

Nos reímos todos.

—Como te he dicho antes, también vino alguien más.

—¿Quién? —pregunté sorprendido.

Se apartaron todos un poco y apareció Vladimir con una sonrisa de oreja a oreja, de una bolsa de papel que llevaba apoyada en su brazo sacó una botella de vodka. Abrí los ojos con cierta incertidumbre y asombro.

—¿Otra copa más, Randy? Claro, que..., mejor esperamos a que estés totalmente recuperado. ¿No?

—¡Esto es lo último que me podía imaginar! Esa copa tendrá que esperar, amigo, pero queda pendiente. —Le invité a darme un abrazo—. ¿Cómo te han conseguido enredar para venir hasta aquí, Vladimir?

—No me han enredado, amigo, la abuela Tatiana quería venir y no dudé un instante en acompañarla.

Miré a Natasha para preguntarle:

—¿Sabes que él fue mi chófer durante el viaje a Ekaterimburgo y me ayudó en todo lo que pudo?

Ella esbozó una sonrisa algo tímida.

—Sí, lo sé, yo le pedí, por favor, que durante tu estancia estuviera todo el tiempo que pudiera a tu lado. —No entendía el por qué y me lo debió de notar en mi cara—. El mismo día que me marchaba de viaje, por la mañana recibí una llamada con número oculto; era Dmitry. Profirió algunas amenazas contra ti. Llamé al inspector y me dijo que investigarían a ver desde dónde se había realizado. Un día antes de tu viaje recibí otra llamada, en ella, volvía a amenazar con que no podrías huir de él, aunque te fueras al fin del mundo, ahí comenzó mi miedo al pensar que quizá seguiría tus pasos y aprovecharía tu estancia en un país extranjero para hacerte algo. Se lo comuniqué al inspector, él pensó que era una coincidencia, que no podía salir del país, y que mejor no te dijera nada, para que no te condicionara tu viaje, por eso no te avisé, pero le pedí el favor a Vladimir. Él es mi primo, hijo del hermano de mi padre; es militar y pidió una semana de vacaciones para poder ser tu sombra. —Yo estaba estupefacto. Escuchaba la información atento y no me salía una palabra. Nat prosiguió con su explicación—: Aquel individuo que te siguió la primera noche y que al día siguiente te amenazó era un amigo de Dmitry que, mandado por él desde Londres, parece ser que iba a atentar contra ti. —Natasha hizo una pausa. Tragó saliva y continuó—: Vladimir se puso en contacto con el inspector Howland y le comunicó lo ocurrido por si pudiera tener alguna relación. En un principio parecía que no la había, pero ahora han descubierto que en el teléfono de Stanislav Vorobyov había llamadas al de Dmitry y viceversa. Le interrogaron y finalmente ha confesado que eran amigos desde la infancia, Dmitry le había ayudado económicamente en alguna ocasión y ahora, este, le extorsionaba para que te matara. Él, al conocer cómo se las gastaba este tipo sabía que, si no lo hacía, su propia vida corría peligro.

—Pero si Dmitry estaba en Londres, ¿cómo pudo saber dónde iba a estar yo?

—Según la investigación creen que Dmitry te seguía, en el aeropuerto pudo ver a dónde viajabas y se puso en contacto con Stanislav. Tramó el accidente o el suicidio por si este acababa con tu vida, no pudiera haber una conexión con él. Viendo que su amigo no conseguía su objetivo y ya cegado por la ira pudo dejar la nota en tu coche sin medir los tiempos.

—Tanta era la preocupación y angustia de mi prima, que no dudé en procurar que no te pasara nada, Randy —añadió Vladimir.

Miré a Nat y le cogí la mano.

—Por lo que veo, es complicado que me pase algo, ¿no? Aquí solo nos falta Bob para que cierre este capítulo con una reflexión.

Todos se quedaron callados, pero Ruth, tan espontánea como siempre opinó:

—Es muy simpático ese señor, tío Randy, además cuenta cosas bonitas.

Nat me miró y abriendo sus brazos dijo:

—¿Estaría bien, no?

—Deberemos ir todos juntos al Café 101. ¿O hay más sorpresas?

—Ya sabes cómo es la tecnología móvil, y la noticia de que has despertado, ha corrido como la pólvora, todos quieren poder abrazarte, cariño.

Se fue hacia la puerta e hizo una señal, enseguida entraron Bob y Alona con una sonrisa cariñosa en sus rostros.

—Random, desde el primer día que le vi, tuve la sensación de que nuestros caminos se cruzarían en más de una ocasión, aunque no se crea, ¿eh? Hasta el punto de llegar a ser familia... ¡Eso, no me lo imaginaba!

Me quedé algo contrariado, no había entendido esa última parte de la frase.

—Randy, cariño —murmuró Natasha—, te presento a los que han sido y son, como mis padres aquí, desde que llegué de mi país.

—Random, hoy obviaremos las reflexiones —añadió Bob—, posiblemente, tanto Tatiana como Vladimir, ya le hayan agasajado con algunos refranes o consejos, pero no crea que no los tengo, los dejaremos para otra ocasión, que espero que sean muchas, pero fuera de este hospital.

A la habitación no paraban de llegar seres queridos que tras saludarme, iban saliendo al pasillo, entonces eché de menos a alguien.

—¿Dónde está Morty?

Nat sonrió, y él que por lo visto me escuchó, gritó desde el pasillo:

—¡Aquí! —Miré hacia la puerta y vi aparecer una silla de ruedas empujada por Leonard —: ¡Ya era hora de que me tocara, jodíos. Menos mal que estoy sentado, porque vaya esperaaa, se me va a poner el culo cuadrado! ¿Qué, no nos ibais a dejar entrar o qué? ¡Que vengo con mis mejores galas, aunque en esta silla no pueda lucirlas!

Leonard dejó la silla a la vera de mi cama, Morty y yo nos dimos un apretón de manos.

—Siento haberte dejado con aquella alimaña, Morty. ¡Eso jamás me lo perdonaré, pero tenía que hacer algo para poder parar a aquel monstruo! ¡Perdóname, por favor...!

—No hay nada que perdonar, Randy, lo que cuenta es que finalmente estamos aquí todos, vivitos y coleando. Ese malnacido me partió una costilla y una pierna, pero tú, te llevaste la peor parte...

—Bueno, lo peor ya ha pasado, ¿no? Miremos hacia adelante.

—Ay, pues sí... Saquémosle el lado bueno a todo esto. Yo tengo a mi lado a Leonard que se ha desvivido para ayudarme todo este tiempo —él, puso una mano sobre el hombro de Morty, y este, la suya, sobre la de Leonard. Alzó ligeramente su cabeza y Leonard se inclinó para dejarle un pico en los labios—, y tú —se dirigió de nuevo a mí—, tienes a todas estas personas que tanto te queremos, ¡ladrón!

Nos reímos por su ocurrencia.

—¡Por lo que veo, la familia crece! —comenté contento.

Morty me guiñó un ojo.

¡Madre mía! Cuánta información estaba recibiendo de golpe, buenas y malas noticias, ¡y tan rocambolescas! Pero como decía Morty, había que verle el lado positivo a aquel suceso.

Cuando hubo pasado toda la euforia del momento decidieron dejarme descansar,

marchándose a comer a un restaurante que había delante del hospital, Natasha se quedó conmigo, en su bolso traía un bocadillo como había hecho durante todos los días que yo había permanecido en aquella especie de limbo cósmico.

Al cabo de un par de horas hicieron nuevamente acto de presencia todos.

—Te hemos echado tanto de menos, Randy, que no queremos separarnos de tu lado —dijo Eli.

—Por mí no hay problema, hermanita, solo que para dormir sí que tendréis que dejarme, esta cama es muy pequeña y no cabemos todos.

Las risas volvían de nuevo a florecer en todos, me enorgullecía de tener la familia que tenía y unos amigos que también consideraba que formaban parte de ella.

De pronto, y cuando ya no pensaba que pudiera aparecer nadie más, el inspector Howland tocó con los nudillos en la puerta que se hallaba abierta.

—¿Se puede?

Todos se apartaron dejando un pasillo hasta mi cama.

—Adelante, inspector.

—Nos salimos afuera —ordenó Elisabeth.

—No es necesario, hermanita. Estamos en familia.

El inspector Lewis Howland alargó su mano para saludarme:

—Un placer verle despierto, señor Williams. Han pasado usted y su familia unos días complicados.

—Gracias por su ayuda, inspector, de no ser por usted creo que hoy no estaría aquí.

—Bueno, opino que es un poco gracias a todos. El señor Bradley —puso una mano sobre el hombro de Morty—, también se jugó la vida, aunque acabara con algunos huesos rotos. Señor Williams, la pesadilla ha acabado para todos, afortunadamente. Le deseo una pronta recuperación.

Se despidió y salió por la puerta.

Natasha alzó un poco la voz tomando la palabra y provocando que todos le pusieran atención.

—Quiero decir algo.

—¡Vamos, niña! —dijo Tatiana en su idioma—. ¡Arranca ya, que nos tienes en ascuas!

Nat sonrió y tomó mi mano.

—A ver, señor Random Williams, o Romeo, me da igual como quieras que te llame. Quiero responder a una pregunta que me has hecho en varias ocasiones y de la que ya te respondí delante de todos —evidentemente, yo sabía cuál era aquella pregunta. Asentí con la cabeza—, pero el día en que casi te perdemos, me habías formulado otra que no te pude responder por la llamada telefónica del inspector.

—¿Qué pregunta, tía Nat? —curioseó mi sobrina desde los pies de mi cama a dónde se había subido nuevamente.

—Bueno, en realidad fue una propuesta... —Ruth abrió las manos en señal de impaciencia, Natasha me miró a los ojos y continuó—: Mi respuesta es que sí, que quiero irme a vivir contigo mientras preparamos la boda.

Se inclinó y recibí un abrazo y un beso con mucho amor. Todos aplaudieron ante aquella escena que estaban viviendo en primera persona, como si se tratase de un evento que había salido a pedir de boca. Miré a Elisabeth y a Ruth; alargué mis manos y ambas me la tomaron simultáneamente.

Sonreí y susurré:

—Somos una familia de nuevo. —Ellas me correspondieron con sendas sonrisas.

Sin que nadie me echara cuentas miré hacia el blanco techo de aquella habitación, como si pudiera traspasarlo para dejar volar la mirada hacia el más allá y dedicarle a través de mi pensamiento, unas palabras a mis padres: «Papá, mamá, tendréis que esperar un poco más, aquí abajo me necesitan».

Sin que nadie se diera cuenta, también, Natasha se estremeció al sentir un pequeño espasmo en sus entrañas y un ligero mareo. Miró a su abuela que se percató de la ligera palidez que se aposentó en el rostro de su nieta.

Tatiana puso una mano sobre el vientre de Natasha y otra, sobre la manta que protegía a Random; dejó ir una sonrisa bonita sin decir nada para evitar romper ese otro momento mágico que estaban compartiendo, pero intuía que una nueva vida se estaba abriendo paso, poco a poco, dentro de su ser, pese a todas las trabas que pone la vida.

Como podrían decir algunas de las reflexiones de Bob, Tatiana o incluso Vladimir: «Cuando crees saberlo todo y tras haber conocido a la muerte teniéndola casi frente a frente, miras a tu alrededor y ves que los sueños, en ocasiones, se consiguen...»

FIN

Epílogo

Mi recuperación fue lenta, pero el amor de los míos y la ilusión de formar una familia con Natasha, me ayudó considerablemente. Más aún, cuando ella me comunicó que íbamos a ser padres. ¡La felicidad había llegado a nuestras vidas para instalarse en ella por mucho tiempo!

Nat y Eli se encargaron de preparar la boda en tiempo récord. Natasha quería que nos casáramos antes de que, como ella decía: «No pudiera verse los pies». La luna de miel la pasamos en Ekaterimburgo. Quería conocer a fondo de la mano de mi esposa, la ciudad donde había nacido y aquellos lugares que le recordaban su niñez y adolescencia.

Seis meses después nacería Ethan, un año más tarde, llegó Valerie. La benjamina, Emily, nacería catorce meses después. Ver la casa llena de niños, nos producía la más absoluta felicidad; la hora de la comida, la del baño, los juegos, la hora de ir a dormir con lectura de cuento incluida, incluso, aquellos momentos de rabietas infantiles, no los cambiaría por nada del mundo. Es indescriptible, no hay nada comparable a llegar a casa abrir la puerta y escuchar una vocecita que grite: ¡Papá!

Evidentemente, nos tuvimos que mudar de casa, a una unifamiliar, a las afueras de Londres.

La familia creció considerablemente:

Walter y Betty fueron padres de un niño, Hugh, con el que cumplieron su ansiado sueño.

Elisabeth y Scott envueltos entre biberones, pañales y chupetes cuando había reunión familiar, se decidieron finalmente, darle una hermanita a Ruth. Hannah.

Morty y Leonard, se fueron a vivir juntos y cuando se legalizaron en Londres las bodas civiles entre homosexuales fueron casi de los primeros en formalizar su relación. Más tarde dieron un paso más, y se animaron a adoptar a Shanon y Theodore, mellizos, de cuatro años por entonces, que habían quedado huérfanos.

Cada año, o antes, procurábamos viajar a Degtyarsk para que Tatiana pudiera disfrutar de sus bisnietos, y nosotros de ella. Quisimos traerla a Londres a vivir con nosotros, pero se resistía a abandonar su casa. Los años hacían mella en su salud y sus capacidades iban menguando considerablemente, de manera que Nikolay, mi cuñado, al que conocí el día del enlace, se trasladó a vivir con la abuela.

Cuatro años después de casarnos, durante unas vacaciones en Degtyarsk, una mañana fue Natasha a llevarle el desayuno a la abuela Tatiana, a la cama y no logró despertarla. Se había marchado inesperadamente, sin hacer ruido. Fue un duro golpe, pero tuvimos el consuelo de

pensar que se marchó en paz, sin dolor ni padecimiento y siendo muy querida por toda la familia.

Han pasado veintidós años desde que Natasha y yo nos casamos. La vida, en ocasiones, no ha sido fácil para todos, pero hemos tirado para adelante con la fuerza del amor que nos une. Nuestros hijos ya no nos necesitan tanto y comienzan a descubrir sus caminos. Sabemos que en cualquier momento volarán del nido para crear su propia familia, pero aquí estaremos nosotros, sus padres, para apoyarles en lo que necesiten.

En este último año, me he dedicado a rememorar mi historia de amor con Natasha. Cada noche he empleado unos minutos a escribir en el portátil para plasmarla en papel y poder convertir nuestras vivencias en un libro. Quiero que algún día puedan leerla mis nietos, sus hijos, y los hijos de sus hijos; y si por cuestiones de la vida, me marcho antes que Nat, pueda leerlo para que nunca se olvide de que la amé, la amo y la amaré con locura hasta el último de mis días.

¡Te amo, Cenicienta!

Agradecimientos

Primordialmente, a mi familia, sí o sí. Aunque se mantienen al margen de este sueño creen que es una locura lo que hago. Saben que soy feliz desarrollando historias que comparto con el resto del mundo.
A las personas que día a día, me ayudan a que siga adelante, como mis tres primas:
Mercedes Wals, fue la primera que me tendió la mano para lanzarme al precipicio del mundo de la escritura.
Lola Wals, casi coescritora y correctora ortotipográfica y de estilo. Con su ayuda, mis novelas mejoran considerablemente poniendo orden en el caos de mis escritos.
Josefina Galisteo, mi lectora cero o beta de todas mis novelas aportando su opinión desde un punto de vista externo.

A Paco Rodríguez, persona con la que me une una gran amistad desde hace más de treinta años, cuando nos conocimos en el servicio militar. Siempre me ha echado una mano cuando le he necesitado, aportando su granito de arena desde su oficio de diseñador gráfico, tanto para mejorar la imagen de mi empresa, como para enriquecer algunas partes de mi libro. En concreto, se encarga de estructurar y revisar los archivos de las sinopsis, los agradecimientos y la biografía, de las portadas y los títulos. Me ofrece su experiencia desde un punto de vista más comercial. En esta ocasión, su aportación ha crecido, ya que es el artífice de la portada de esta novela.

A Inmaculada Ercoreca, en Instagram la podréis encontrar por @puntodelibrosecreto, que después de leer el archivo, nos hizo algunos aportes gramaticales.

Mis agradecimientos no paran de crecer, desde hace algún tiempo pertenezco a un grupo de «locos escritores» en Instagram comandado por mi promotora, publicista y *community manager*, Promociones Literarias Esther M. A través de ella, he conocido compañeros en los cuales suelo apoyarme, cuando necesito mejorar, en cada reseña que subo a esa red social, así como también intercambiamos puntos de vista para enriquecer nuestras novelas, dicho grupo se llama: Comunidad Letras del Alma.

Una vez más, gracias a todos/as los que habéis formado y formáis parte de mi vida y de mi loca aventura.

Esta tercera novela es por y para vosotros.

Ian Lorens

---

[1] *Ragdoll:* Raza de gato denominada muñeca de trapo.

[2] *Proklyatyy Dmitry:* ¡Maldito Dimitri!

[3] *Kak daleko zaydet yego zloba?:* ¿Hasta dónde va a llegar su maldad?

[4] *Roast beef:* Corte de buey tierno que se asa al horno. Se suele servir con verduras y patatas fritas, asadas o en puré.

[5] Oyster Card: Tarjeta prepago para utilizar todo tipo de transporte público en Londres.

[6] *Royal Courts of Justice:* Reales Tribunales de Justicia.

[7] *Fish and chips:* Típico plato inglés de pescado rebozado y patatas fritas.

[8] *Custard:* Crema dulce semejante a las natillas o a la crema pastelera.

[9] *Shest´desyat pyat´:El sesenta y cinco.*

[10] *Bobbie:* Nombre popular con el que los ciudadanos ingleses denominan a la policía.

[11] *S´il vous plait* (en francés): Por favor.

[12] *Oui. monsieur:* Sí, señor.

[13] *Macarons:* Tipo de galleta tradicional francesa e italiana rellena de crema de mantequilla, jalea o ganache.

[14] *Bonsoir, monsieur:* Buenas tardes, señor.

[15] *Merci:* Gracias.

[16] *Bonjour, petite soeur:* Hola, hermanita.

[17] *Bonjour princesse:* Hola, princesa.

[18] *Adieu, mon ami:* Adiós, amigo.

[19] *S´il vous plait:* Por favor.

[20] *I want to break free:* Quiero liberarme.

[21] *One day in your life:* Un día en tu vida.

[22] West End: Zona de teatros de Londres donde se interpretan grandes musicales.

[23] *Nothing else matters:* Nada más importa.
[24] *Can´t get you out my head:* No puedo sacarte de mi cabeza
[25] *Cool:* En lenguaje coloquial, que está de moda, es atractivo, genial, fantástico, etc.
[26] *Pirozhki:* Panecillos rellenos de carne, verduras u otros ingredientes, típicos de la gastronomía rusa.
[27] *Blinis:* Tortitas finas de origen eslavo y muy común en la gastronomía rusa.
[28] *Barrister:* Abogada.
[29] *Scones:* Panecillo individual de forma redonda, típico del Reino Unido y muy común en desayunos y meriendas.
[30] *Shazka:* Tarta de galletas mojadas en licor de naranja o *brandy*, con forma de tronco.
[31] *Ptichie molokó:* Tarta de bizcocho y *soufflé* cubierto de chocolate negro.
[32] *Halter:* Tipo de cuello que se sujeta a él dejando hombros y espalda.
[33] *Sparring:* Persona con la que se entrena un boxeador.
[34] *Stent:* Prótesis similar a una malla metálica. Se implanta mediante un catéter en la arteria coronaria para evitar su obstrucción.
[35] *Clocks:* Relojes.
[36] *Don´t know why:*No sé por qué.
[37] *Something:* Algo.
[38] *Teper´ ty mertv, plokhaya suka:* Ahora sí estás muerta, mala puta.
[39] *Ya te bya lyu blyu:* Te amo.
[40] *Spokoynoy nochi, lyubimaya:* Buenas noches, amor.
[41] *Spasibo:* Gracias.
[42] *Da, vse pod kontrolem:* Sí, todo está controlado.
[43] *Da:* Sí.
[44] *Dacha:* Casa de campo típica rusa.
[45] *Babushka:* Abuela.
[46] *Ya zdes´dorogaya:* Estoy aquí, cariño.
[47] *Ya lyublyu, babushka Tat´yana:* La quiero, abuela Tatiana.
[48] *Vashe zdorovie:* A tu salud.
[49] *Do skorogo:* Hasta pronto.
[50] *Durak:* Juego de cartas.